CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
PATRONATO «MENÉNDEZ Y PELAYO»
INSTITUTO «ANTONIO DE NEBRIJA»

EMERITA

BOLETIN DE LINGVISTICA Y FILOLOGIA CLASICA

SHL
WITHDRAWN

TOMO XIX
SEMESTRES 1.º y 2.º
MADRID, 1951

Sucesores de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, núm. 26.
MADRID

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XIX

Páginas

ALVARO D'ORS: P. Mich. 456 r. (Revisión y conjetura)..... 1
A. PARIENTE: *Ferentarius* y *parens* (y otros casos análogos de disimilación, como *teres/-etis, trames/-itis, satelles/-itis)*... 15
M. C. DÍAZ Y DÍAZ: *Latinitas*. Sobre la evolución de su concepto..... 35
HANS DREXLER: Zur Frage der 'Schuld' des Tiberius Gracchus. 51
OLIVIER MASSON: Notes sur quelques manuscrits de Jean Tzetzès..... 104
F. R. ADRADOS: Sobre las Arreforias o Erreforias..... 117
P. CHANTRAINE: A propos d'un nom grec de la force: ἰσχύς.... 134
A. PARIENTE: Nota a Plauto, *Stich.* 165..... 144
AGUSTÍN GARCÍA CALVO: *Quom* y la anástrofe primitiva..... 157
LUIS MONTEAGUDO: Carta de Coruña Romana..... 191
J. M.ª DE NAVASCUÉS: Importante recuperación epigráfica..... 226
CONSTANTINO LASCARIS COMNENO: Observación sobre el texto de la *Alexiada*..... 229
BENITO GAYA NUÑO: στόλοκρος/*κολοτρον..... 232

DISCUSIONES Y COMUNICADOS.

A. TOVAR: *Augusta Vindelicum* y el celta en el latín..... 235
JOSÉ VALLEJO: *Faxo/faxim* y *fecero/fecerim* en las frases condicionales latinas..... 237
JOSÉ VALLEJO: Sobre el texto de Livio, Libro XXI. (Con motivo de la reciente edición de G. Meyer.)..... 240

CRÓNICA BIBLIOGRÁFICA.

BENITO GAYA NUÑO: Egeo y Oriente próximo II..... 244
L. PREVIALE: Studi sulla Spagna bizantina..... 259

RESEÑAS DE LIBROS.

KRAHE, HANS: *Die Indogermanisierung Griechenlands und Italiens*, Martín Sánchez Ruipérez..... 270
HEILMANN, LUIGI: *Camito-semitico e indoeuropeo. Teorie e orientamenti*, M. S. Ruipérez..... 272
Ilias Atheniensium. The Athenian Iliad of the Sixth Century B. C., edited by George Melville Bolling, A. T..... 274
Sofocle-Edipo Re, a cura di Dino Pieraccioni, M. F. Galiano... 276

Páginas

GIGON, OLOF: *Epikur. Von der Überwindung der Furcht.* Übertragen und eingeleitet von, F. R. Adrados 278
MOΥCIKAI ΔIAΛEKTOI. *Collana diretta da C. Gallavotti e A. Pagliaro. Vol. 2 app. Mario Untersteiner, La lingua di Erodoto, Serie V. 2¹ Giovanni Nencioni, Ipponatte,* Manuel F. Galiano y Martín S. Ruipérez 279
G. REDARD: *Le suffix grec -ίτης, -ῖτις,* M. S. Ruipérez 284
DIBELIUS, MARTIN †: *Die Reden der Apostelgeschichte und die antike Geschichtschreibung,* M. S. Ruipérez 286
WHALEY HARSH, PH.: *Iambic Words and Regard for Accent in Plautus,* Agustín García Calvo 288
Studi pubblicati dall'Istituto di Filologia Classica di Bolonia, Agustín García Calvo 293
GREEN, WILLIAM M.: *Initium Omnis Peccati Superbia. Augustine on Pride as the First Sin,* Agustín García Calvo 297
MAZZARINO, ANTONIO: *La Milesia e Apuleio,* Antonio Ruiz de Elvira 299
PERICOT GARCÍA, LUIS: *La España primitiva,* A. T. 302
BEELER, M. S.: *The Venetic Language,* A. T. 304
BUFFA, MARIO: *Elementi di Grammatica etrusca,* J. V. 306
RAEDER, HANS: *Platonische Studier,* A. T. 306
POHLENZ, MAX: *Die Stoa. Geschichte einer gesitigen Bewegung,* José L. García Rúa 306
LANA, ITALO: *Protagora,* José L. García Rúa 310
PADOVANI, HUMERTO A.: *Storia della Filosofia,* M. J. González-Haba 314
LEUMANN, MANU: *Homerische Wörter,* F. R. Adrados 316
OLIVER, JAMES H.: *The Athenian Expounders of the Sacred and Ancestral Law,* A. T. 322
SCHLESINGER, EILHARD: *El Edipo Rey de Sófocles,* A. Tovar ... 324
DILLER, HANS: *Göttliches und menschliches Wissen bei Sophokles,* F. R. Adrados 327
Museo, Ero e Leandro. A cura di Enrica Malcovati, M. F. Galiano 328
LINDHAGEN, CURT: ΕΡΓΑΖΕΣΘΑΙ *Apc. 18: 17; Hes. 48: 18, 19. Die Wurzel* ΣΑΠ *im N. T. und A. T. Zwei Beiträge zur Lexikographie der griechischen Bibel,* M.ª de la Concepción Giner Soria 329
Apolodoro, Biblioteca, C. Giner 331
HOFMANN, J. B.: *Etymologisches Wörterbuch des Griechichen,* A. T. 332
MASSA POSITANO, LIDIA: *Saffo.—Enea di Gaza: Epistole,* Manuel F. Galiano 334
LEO, FEDERICO: *Literatura Romana,* A. T. 336

Páginas

ANDRÉ, J.: *Étude sur les Termes de Couleur dans la Langue Latine*, Agustín García Calvo..... 337
JOSEPHSON, ÅKE: *Casae litterarum*, Virgilio Bejarano..... 344
MARMORALE, ENZO V.: *Naevius Poeta*, M. Marín Peña..... 345
DISANDRO, CARLOS A.: *La poesía de Lucrecio*, M. Marín Peña.. 347
Tito Lucrecio Caro, De la Naturaleza de las cosas, Traducción por Lisandro Alvarado, M. Marín Peña..... 349
Ciceronis, M. T. Epistularum ad familiares libri XVI, edidit Humbertus Moricca, L. Previale..... 350
LUIGI, PEPE: *Marziale*, M. Marín Peña..... 351
PERRET, JACQUES: *Recherches sur le texte de la «Germanie»*, M. Marín Peña..... 353
PARATORE, ETTORE: *Tacito*, J. Vallejo y M. Marín Peña..... 355
Actes du premier Congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Etudes Classiques, F. R. Adrados..... 361
BARDON, HENRY: *La littérature latine inconnue*, M. Bassols de Climent..... 364
Catulo, prólogo, texto y traducción por Juan Petit, A. Tovar... 366
Giovenale, por E. V. Marmorale, A. Pariente..... 367
WAELE, F. J. DE: *Titus Livius als geschiedschrijver van Rome's grootheid*, J. Vallejo..... 369
BATTISTI, CARLO: *Avviamento allo studio del latino volgare*, M. C. Díaz y Díaz..... 370
Martini Bracarensis Opera Omnia, edidit Claude W. Barlow, A. Fontán..... 374
STONE, ROBERT C.: *The Language of the Latin of Codex Bezae*, Virgilio Bejarano..... 375
BIELER, LUDWIG: *Studies on the Text of Muirchú*, J. V..... 379
GRANT, MICHAEL: *The Decline and Fall of City-Coinage in Spain*, José Vallejo..... 379
GRANT, MICHAEL: *The Colonial Mints of Gains*, J. V..... 380
Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, dirigida por A. González Palencia †. Bibliografía hispano-latina clásica, edición preparada por E. Sánchez Reyes, M. F. Galiano..... 381
CASSAIN, JORGE LUIS: *La medicina romana en España y su enseñanza*, J. V..... 383
ARIAS, IRENE A.: *Materiales epigráficos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España romana*, J. V..... 383
JIMÉNEZ NAVARRO, ERNESTO: *La «Colección de Lápidas» de don Claudio Constanzo*, J. Vallejo..... 383
M. Minucii Felicis, Octavius, rec. M. Pellegrino, L. Previale... 384

Páginas

RESEÑAS DE ARTÍCULOS.

American Journal of Philology LXXII, 4, 1951: C. W. MENDELL y S. A. IVES: *Ryck's Manuscript of Tacitus*, J. Vallejo..... 386
J. W. POULTNEY: *Volscians and Umbrians*, J. V..... 386

Eranos XLIX, 3-4, 1951: A. NELSON: *Chateaux en Espagne dans le latin medieval*, J. V..... 387
R. H. MARTIN: *Caecina's Meeting with Bassus*, J. V..... 387

Language, Vol. 26, 4, 1950: R. SMAL-STOCKI: *Taboos on animal names in Ukrainian*, J. V..... 387

Transactions and Proceedings of the American Philological Association, LXXXI, 195: E. ADELAIDE HAHN: *Genesis of the Infinitive with Subject-Accusative*, J. V..... 388

ÍNDICES DE REVISTAS..... 389
INFORMACIÓN..... 413
NECROLOGÍA..... 415
SUMMARY OF ARTICLES..... 418
LIBROS RECIBIDOS..... 426
ÍNDICE GENERAL DE MATERIAS Y DE NOMBRES..... 428
ÍNDICE DE PALABRAS GRIEGAS..... 430

P. MICH. 456 r. *

(Revisión y conjetura.)

H. A. Sanders publicó, bajo los números 456 y 457 (Inv. 5604 *b)* de su muy interesante colección de los *Latin Papyri in the University of Michigan Collection (Michigan Papyri*, vol. VII, 1947), un pequeño y, en apariencia, irrelevante fragmento de procedencia desconocida, comprado en El Cairo en 1931. Mide 12,5 × 5 cms., y, como no se conserva margen ni a derecha ni a izquierda, podemos suponer que tenemos el tercio central de un papiro doblado verticalmente en tres, cuyas líneas constarían, aproximadamente, de unas treinta letras. Nuestro fragmento no abarca más que quince líneas del centro de un texto, pero por los dos lados, si bien no existe relación entre ellos. El recto está escrito en letras latinas de fines del siglo I d. C. o principios del II, en tanto que el verso es bilingüe y parece ser del siglo III d. C.

Que se trata de un papiro de contenido jurídico ya lo señaló oportunamente Sanders, al calificarlo como un «record of court proceedings», pero tal calificación creo que debe ser rectificada, como intento explicar. Ya el hecho de haber sido usado el verso parece indicar que no se trata de un protocolo archivado.

---

* Este trabajo estaba destinado a las *Actes du VIe. Congrés de Papyrologie* (celebrado en París en 1949), cuya publicación ha resultado imposible, según noticias recibidas de la Secretaría del Congreso, por falta de subvención.

Desde el primer momento tuve la impresión de que el texto latino del recto de P. Mich. 456 ocultaba cierto interés. Al confrontar la transcripción de Sanders con la clara fotografía que se incluye en su edición, creí oportuno solicitar personalmente del mismo Sanders algunas aclaraciones y rectificaciones, lo que él hizo con amable puntualidad que mucho agradezco. Después de este intercambio con el editor, me atrevo a presentar la siguiente transcripción del texto, dejando aparte las conjeturas de suplementos:

. . . . . .

1]ṭ si · deducta[
2]deamus · qua[
3]eamus : Apṣ[
4]ere · sub · ex[
5]edicto · pra[
6]ṇis mota[
7]uctoris · sti[
8]et · eum · in[
9]m · d·f·o·ibi[
10]ṇierunt · eu[
11]cuius · bona[
12]serit · nobi[
13]ri posteaqu[
14]cio · acceperi[
15]re · iudex · d[

. . . . . .

Línea 1: Sanders admite *e*] *ṭ ṣ i;* en cambio, confirma, contra mis dudas, la *a* final.

Línea 3: Sanders lee *Apṛ*, pero acepta también la *s* final.

Línea 5: *Edicto* (no *edicta)* es seguro.

Línea 6: Las letras de esta línea están muy desvaídas; la laguna inicial es más amplia que en las otras líneas.

Línea 7: Las tres primeras letras faltaban en la transcripción de Sanders, porque el trocito de papiro que encaja en el comienzo de esta línea fué colocado al revés, de suerte que las letras griegas, puestas junto a las latinas, no daban sentido, en tanto las letras latinas, junto al verso griego, daban una lección falaz, que ahora corrige Sanders en:]ς την αυτων απο[(línea 7 de Mich. 456 v.)

Línea 10: Sanders aprueba mi lectura *ṇi*, en vez de *hi*, a la vez que

mi observación de que falta punto de separación ante *erunt*, lo que facilita mi reconstrucción como final de un verbo. Obsérvese, de todos modos, que también falta el punto en línea 13. El final, como Sanders admite, podría leerse *eo*, pero prefiero aquí la primera lectura de Sanders.

Línea 14: Sanders aclara que *tio* o *cio* son igualmente posibles. Al final, el editor insiste en que hay que leer una *u*, pero sin señalar nada especial que no pueda apreciarse en la fotografía. Con todo respeto por esta opinión, me atrevo a proponer *i* y no *u*, porque me parece, francamente, que lo aconseja tanto el aspecto del extremo inferior de letra que se ve (cfr. la *i* final de la línea 12 y, para el nivel inferior, la primera *i* de la misma línea, y, por otro lado, la *u* de la línea 13) como la reconstrucción de sentido, según explicaremos.

Línea 15: Esta última línea falta en la lámina fotográfica, a consecuencia de haber sido cortada por el que compuso la lámina, que confundió una línea de letras desvaídas con una línea en blanco.

He prescindido de señalar suplementos, incluso los que parecen evidentes, por no prejuzgar la reconstrucción. Intentar una conjetura sobre el contenido de este papiro me parece, no obstante, aconsejable, porque, si no me equivoco, se trata de una pieza bastante interesante. La presencia del plural *-deamus*, *-eamus*, *nobi*[*s*, así como la ausencia de toda referencia a una persona concreta, de un nombre propio, así como también la invocación del *edicto* y a instituciones urbanas y no provinciales, me hace pensar que tenemos en el presente papiro un fragmento de escrito de jurisconsulto (quizá de un jurista provincial de la categoría de un Gayo, aunque con menos fortuna), pero con este interés: de ser el fragmento de jurisprudencia romana más antiguo de cuantos se nos han conservado directamente.

Esta particularidad fué la que me animó a investigar en los exiguos restos de estas quince líneas incompletas el posible contenido. Habiendo comunicado mis impresiones al profesor L. Wenger, tuve el gusto de ver que tan alta autoridad aprobaba lo fundamental de mi hipótesis, a la vez que me

animaba con sus sugerencias a examinar algunos extremos de la reconstrucción. A su paternal acogida debo, pues, el atreverme a presentar mi conjetura sobre el contenido del texto, por más que de ningún modo le debe ser imputada la responsabilidad de los posibles errores, que deben reputarse como exclusivamente míos. No hay que decir, por lo demás, que tales hipótesis de reconstrucción no pueden pretender el rango de la certidumbre.

En mi opinión, se trata en este fragmento de una cuestión referente a un juicio de responsabilidad por evicción de la cosa vendida, en el que actúa como representante del comprador ausente un *procurator*. El meollo de la cuestión está en la concesión de las consecuencias del proceso a favor del comprador que ratificó la gestión del procurador agente.

Para la explicación de esta conjetura conviene empezar por las líneas 6 a 10, que se refieren a la acción entablada; luego, las líneas 3 a 5, en que se habla de la intervención en lugar del ausente; después, las líneas 1 a 3, en que se introduce la cuestión; por último, las líneas 10 a 15, en que creo se halla el meollo de la cuestión. Naturalmente, para no hacer fatigosa esta exposición, omitiré todas las conjeturas intentadas y luego desechadas, y me reduciré a los puntos fundamentales en que se apoya la conjetura que presento.

I (líneas 6 a 10). La clave para averiguar la acción de que se trata, ya que la palabra *mota* nos induce a pensar que se ha entablado una acción *(actionem, controversiam, causam movere)*, está en la línea 7, que creo puede completarse *a]uctoris sti[pulationem*. La palabra *auctor* en sentido de vendedor responsable por evicción nos remite inmediatamente a una acción para exigir esta reponsabilidad; pero, como parece que el *auctor* ha hecho una *stipulatio*, hay que descartar tanto la *actio auctoritatis* como la *actio empti*. De una *stipulatio duplae* o *simplae* tampoco se puede tratar, porque en la línea 9 nos encontramos, gracias a la solución de Wenger: *d(are) f(acere) o(portet)*, con una referencia a

una acción de objeto incierto. Creo, pues, que se ha de tratar de la *actio ex stipulatu* que nace de la *stipulatio habere licere*, y que perseguía una indemnización del interés. Es posible que en la época de nuestro papiro la *actio empti* no se utilizara todavía con el fin de perseguir la indemnización por evicción y que la *stipulatio habere licere* no se hubiese restringido todavía al acto del vendedor o herederos, sino que comprendiera la evicción por tercero, como en la época de Varrón. Neracio, en Dig. 19, 1, 11, 8 daba ya la *actio empti*, pero *ut emptori habere licere caveatur*. Sobre todos los problemas de la *stipulatio habere licere* y sus relaciones con la *actio empti* que la sustituye, me remito a Kaser, en *SZ.* 54 (1934) 176 sgs. y *Eigentum und Besitz im älteren röm. Recht* (1943) 210 sgs, aparte la obra fundamental de E. Rabel, *Die Haftung des Verkäufers wegen Mangels im Rechte* (1902) y los estudios anteriores de Girard recogidos en sus *Mélanges* 2 pp. 1-152.

Se trata, pues, de una *actio ex stipulatu*. La frase *et eum in...* nos indica que, de acuerdo con la fórmula, el juez ha condenado al demandado. Pero esto entra dentro de la hipótesis de hecho que el autor nos presenta; de modo que podríamos pensar en un giro del siguiente tipo:

> Causa cautio]nis mota[, si iudex dixerit eius a]uctoris sti[pulationem commissam] et eum in [id condemnaverit quod eu]m d.f.o., ibi [aestimatis rebus ubi ve]nierunt

Quizá pudiera pensarse en *causa evictio]nis* o frase parecida, pero repito que nuestras reconstrucciones son a título de ejemplo, para dar una idea del contenido que suponemos tenía el texto. La frase final me parece la mejor solución para explicar el enigmático *ibi*, tan unido a la referencia formularia. Es claro que el juez, para poder estimar el *quanti ea res erit*, debía atender a un lugar y a un tiempo determinados, dada la diversidad de precios en el espacio y en el tiempo. Respecto al lugar, el mercado de referencia debía ser aquel en que la cosa fué vendida y no el lugar de la re-

clamación. De qué *res* se pueda tratar, no sabría decir, pero probablemente de una *res nec mancipi*, dado que estamos en un caso de *stipulatio habere licere*. Respecto al tiempo, el juez debería tener en cuenta el del momento del juicio, en consecuencia del futuro *(quanti ea res) erit*. Cfr. sobre esto Kaser, *Quanti ea res est* (1935) 212. El *interesse* que debía estimar el juez creo yo que es, lo mismo que en el caso de la *actio de eo quod certo loco*, un interés objetivo, determinado por el precio. Vid., en relación con la *actio empti*, que tiene igual objetivo, Dig. 21, 2, 70: *Evicta re ex empto actio non ad pretium dumtaxat recipiendum sed ad id quod interest competit: ergo et si minor esse coepit, damnum emptoris erit*. En una época posterior, el *interesse* se entendió, también aquí, en sentido subjetivo, y de ahí la necesidad de fijar una tasa: Just. Cód. 7, 47, 1 y Dig. itp. 19, 1, 44. La posibilidad de apreciar la fluctuación de precio hace una importante diferencia respecto a la indemnización por *stipulatio duplae* o *simplae*, que tiene siempre en cuenta el precio mismo que figuró en el contrato. Sobre la determinación temporal no se diría nada en nuestro texto, y tampoco era necesario el hacerlo.

II (líneas 3 a 5). Donde Sanders tendía a ver un nombre propio: *Apṛ[ilis* (vid. Index p. 112), vemos nosotros, como ya dije, una palabra clave para la interpretación de esa parte del texto y de todo el fragmento: *Aps[ens*. Tal forma no es insólita por *absens*, como puede verse en la misma colección de Sanders PMich. 168, 10: *ap[sens per suorum bonorum pro]curatorem*, en un papiro del 145 d. C.

En la línea 5 nos encontramos con una clara referencia al *edicto*. Es claro que también podría tratarse del *edicto pra[efecti*, pero creo yo que es mucho más probable que se trate del *edicto pra[etoris*, ya que todo, empezando por la misma referencia formularia de la línea 9, nos hace pensar en instituciones urbanas y no provinciales.

Ahora bien: si tenemos en cuenta que en el Edicto (cfr. Lenel *EP*· §§ 29 y 271; sobre la fórmula, ahora, Solazzi, en

RISG. 3 (1949) 60 sgs.) se trataba de las *exceptiones procuratoriae* que debía admitir el procurator agente, no habrá dificultad en suponer que en estas líneas del papiro se invocaba el Edicto pretorio para decir que el *procurator* del ausente debía litigar *sub ex[ceptione*. Según Sanders, la letra anterior a *ere* no puede ser una *u* (como yo suponía al insinuar, en EMERITA, 16 (1948) 358, un *cav]ere sub ex[ceptione*, en relación con la *cautio damni infecti)*, ni tampoco una *g (ag]ere)*, sino una *c*, o mejor, una *r*, lo que me decide a leer *ger]ere sub ex[ceptione*. Así, pues, siempre a título de ejemplo, cabe conjeturar un giro de este tipo:

— Aps[entis enim
nomine ger]ere sub ex[ceptione pro-
curator ex] edicto pra[etoris debet.

La excepción procuratoria, que aparece calificada como dilatoria (Dig. 44, 1, 2, 4 y 3), la interponía el demandado por una acción (o también el requerido de *cautio damni infecti:* Dig. 39, 2, 39, 3) cuando discutía la cualidad de procurador idóneo en el demandante (Dig. 44, 1, 2, 4: *qui dicit non licere procuratorio nomine agi;* cfr. Dig. 3, 3, 62; 22, 3, 19, 2; 46, 8, 23, y sobre el momento en que se puede oponer: 3, 3, 57, 1; 17, 1, 29, 4). En este sentido, la *exc. procuratoria* y la *cautio de rato* se exigen paralelamente (Dig. 39, 1, 5 fin.-6). La diferencia está en que la *cautio* se refiere al problema de la ratificación de la gestión del procurador por el *dominus;* la excepción, en cambio, al problema de la idoneidad del procurador. La *cautio* no afectaba al juicio, sino que tan sólo garantizaba ante una nueva acción entablada por el *dominus;* la *exceptio*, como todas las excepciones, supeditaba la razón del demandante a su idoneidad como procurador. En el presente texto no parece hablarse de la *cautio de rato*, pero sí de una manera indirecta, según creo, en la última parte del texto.

III (líneas 1 a 3). Los dos puntos que preceden la pala-

bra *Aṗs*[- indican que en las líneas anteriores se ha propuesto una cuestión, a la que sigue la hipótesis de hecho y la respuesta. Esto es lo que me induce a reconstruir la frase *-deamus... -eamus* en un sentido prospectivo de carácter didáctico. No se trataría del *re*]*deamus* que supone Sanders, sino del consabido *vi*]*deamus* escolástico. El inmediato *qua-* podría pertenecer entonces a un *qua*[*liter*. Cfr. *videamus qualiter* en Dig. 5, 4, 1, 4 y 50, 16, 195, 1, ambos en comentarios *ad Edictum*. El segundo verbo *-eamus* depende de la reconstrucción de las tres o cuatro palabras intermedias, pero cabe pensar en un *deb*]*eamus* al que precedería un infinitivo *(defendere, agere,* etc., etc.)

Las primeras letras, por otra parte, pueden interpretarse, ya en sentido concesivo, como *e*]*tsi*, ya en un sentido conjuntivo, como *e*]*t si*. La palabra *deducta*, tratándose de materia procesal, podría pertenecer a un: *si deducta* [*fuerit res in*] *iudicium, vi*]*deamus*. Pero cabrían igualmente otras muchas combinaciones.

IV (líneas 10 a 15). La última parte del papiro es la que ofrece mayores dificultades, pero también es aquella en que gravita el mayor interés del pasaje. La palabra *nobi*[*s*, en la línea 12, nos remite a la primera persona del plural que aparece al principio *(videamus,* etc.). El autor del texto vuelve a intervenir, en forma de plural didáctico, probablemente para darnos su opinión sobre la *quaestio* que se formuló. Podemos pensar, pues, en algo como *nobi*[*s videtur*. De ahí dependería una oración de infinitivo, cuyo verbo creo descubrir en el final *-ri* (línea 13) y cuyo sujeto sería el acusativo *eu*[*m* (línea 10). Este no sería otro que el mismo de la línea 8, es decir, el vendedor *(auctor)* demandado por evicción y, según la conjetura que seguimos, vencido en un juicio *ex stipulatu*. Nada más natural que pensar que ese verbo cuyo final de infinitivo pasivo asoma en la línea 13 sea el verbo *tene*]*ri*. De aceptarse esta conjetura, tendríamos que el autor declara al demandado vencido obligado por algo respecto a alguien.

Si aceptamos que ya fué condenado, tal obligación derivaría precisamente de la sentencia, y podríamos pensar en un suplemento como *eu*[*m...*] ...*nobi*[*s videtur ob*/ *eam rem tene*]*ri*, con lo cual se aludiría a la *actio iudicati*. Pero el interés de la solución estaría precisamente en la determinación de la persona a favor de la cual surgía esa obligación, es decir, de la persona que podía entablar la *actio iudicati*. Creo que tal persona es la del *dominus* representado por el administrador agente: *cuius bona* [*omnia is pro*/*curator ges*]*serit* (la doble *ss* ya es sugerencia de Sanders). Se trataría, pues, del ausente representado por el *procurator*, administrador de todos los bienes. Sobre esta figura del administrador general, Albertario y la literatura que cita en la nota preliminar de sus *Studi* III 495 sgs. y, posteriormente, Erdmann, en *SZ*. 64 (1944) 370 sgs., Serrao, *Il procurator* (1947) y Arangio-Ruiz, *Il mandato in diritto romano* (1949).

Si, después de vencer en el litigio un administrador, la *actio iudicati* se da, no obstante, a favor del *dominus*, ello se debe, sin duda, a que éste ya no se hallaba ausente en ese momento, sino que se había presentado y ratificó toda la gestión realizada por su procurador. A esa ratificación debería de aludir una frase de la que vemos restos en *posteaqua*[*m...*] *acceperi*[*t...*] Como ya dije, un plural *acceperu*[*nt*, como quiere Sanders, no parece muy seguro desde el punto de vista paleográfico; pero crea, además, graves dificultades para el sentido. ¿Estaría en relación con *ve*]*nierunt* o habría que pensar en *acceperunt maiores nostri* o cosa parecida? *Acceperit*, teniendo como sujeto el mismo *dominus* a que se refiere el *cuius*, me parece congruente con la idea de que sólo después de la *ratihabitio* se puede dar a su favor la *actio iudicati*. Si admitimos que el complemento directo de ese verbo puede ser *procurationem* y que en el comienzo de la línea 14 podemos leer *iudi*]*cio*, cabrá admitir también algo como [*procuratio*/*nem in eo iudi*]*cio acceperi*[*t*.

Queda todavía la ultima línea, para la que no veo inconveniente en admitir los suplementos de Sanders: *de ea*] *re iudex d*[*ixit*. El verbo *dixit* puede parecer demasiado histó-

rico para pertenecer a un *responsum* jurisprudencial, pero no hay dificultad si tenemos en cuenta que se trata ahí de una referencia a la hipótesis de hecho que se presenta, en la cual hubo una sentencia condenatoria. La aceptación por parte del *dominus* tenía por objeto la gestión de su procurador y la sentencia (en este caso favorable) dada por el juez.

Por tanto, el sentido de estas líneas 10 a 15 sería aproximadamente así:

> — eu]m tamen prae
> senti domino] cuius bona[omnia is procurator ges]serit nobi[s videtur ob
> eam rem tene]ri posteaqua[m procurationem in eo iudi]cio acceperi[t dominus et
> id quod de ea] re iudex d[ixit.

El que un jurisconsulto del siglo I o principios del II otorgue la *actio iudicati* a favor, no del *procurator* que figura como beneficiario de la *condemnatio*, sino del *dominus* representado, puede parecer algo chocante. Sin embargo, si bien miramos las cosas, resulta perfectamente explicable, aunque debo declarar que no quiero defender con esto una teoría preconcebida, a confirmar forzadamente con una fuente prefabricada, sino tan sólo aclarar lo que creo, sin prejuicio, nos ofrece el P. Mich. 456 r.

Ya se sabe que la jurisprudencia observó una señalada tendencia a asimilar el *procurator praesentis* al *cognitor*, para dispensarle de la *cautio de rato* y admitir la transmisión de la *actio iudicati* en cabeza del *dominus*. Cfr. Girard, *Manuel*[8] 1092 y Wenger, *Ist. Procedura* 86. Cfr. también, del mismo, *Zur Lehre von der Actio iudicati* 176 sgs. acerca de la relación entre liberación de la *cautio* y traspaso de la *actio iudicati*. Se equiparaba así el administrador general, para el que la gestión procesal era un aspecto de su *officium*, y el representante especialmente nombrado para un proceso y de un modo solemne y fehaciente. Las consecuencias jurídicas que los prudentes derivan de uno y otro tipo se explican por el hecho de que hay una certidumbre en la representación, certidumbre que se funda, en un caso, en la *praepositio*, y en otro,

en el nombramiento solemne. Papiniano, en Frag. Vat. 331, nos presenta claramente la equiparación y sus consecuencias: *quoniam praesentis procuratorem pro cognitore placuit haberi, domino causa cognita dabitur et in eum iudicati actio.*

El movimiento de la jurisprudencia en pro de la equiparación al *cognitor* no se detuvo en el *procurator praesentis*, sino que se extendió a otros casos en que había análoga certidumbre: el procurator por nombramiento comunicado *litteris* al adversario, por nombramiento imperial o *apud acta factus*. Cfr. Serrao, *Il procurator*, pg. 83 sg. Pero la verdad es que nada se dice del *procurator absentis* sino para negar en ese caso la *actio iudicati* al *dominus*. Esto se dice de una manera rotunda en Frag. Vat., 317: ... *cognitore interveniente iudicati actio domino vel in dominum datur; non alias enim cognitor experietur vel ei actioni subicietur quam si in rem suam cognitor factus sit. Interveniente vero procuratore iudicati actio ex edicto perpetuo ipsi et in ipsum non domino vel in dominum competit.* Sólo que esta explicación negativa es demasiado rotunda, pues acabamos de decir que en varios casos de *procuratio* la *actio iudicati* se da a favor y contra el *dominus*, y en ese mismo fragmento, de autor desconocido, se ha dicho: *apud acta facto procuratori haec satisdatio remitti solet*, lo que parece implicar lógicamente que se admitía ahí la excepción al principio de la intransferibilidad de la *actio iudicati* en persona del *dominus*. Esto hace muy verosímil la idea de que nos hallamos ahí ante una glosa poco afortunada, como ya induce a pensar la consideración de lo poco verosímil de una cláusula edictal que afirmase lo que era una consecuencia civil de la redacción de la *condemnatio* (Lenel *EP.* § 198 criticado, aunque de manera que no acaba de convencer, por Krüger, en *SZ.* 37 (1916) 271 sgs.), así como también la mención «perpetuo», que Pringsheim, en *Symbolae Friburgenses O. Lenel* (1934) 1 sgs. (sobre nuestro texto, pg. 28 sgs.), demostró ser extraña a la jurisprudencia clásica. Así, pues, no podemos conceder a esa glosa tardía un valor decisivo para negar la transferencia de la *actio iudicati* en un caso de *procuratio* como el que nos presenta nuestro papiro.

Me parece lógico que, si la certidumbre en la *praepositio, mandatum* en los textos interpolados (sobre esto, Albertario, op. cit.), es la causa de la exención de *cautio* y la transferencia de la *actio iudicati*, y, por otro lado, la *ratihabitio* equivale a tal *praepositio (mandato aequiparatur*, cfr. C. Cosentini, en *Ann. Catania* I (1946/7) 240 sgs.), aquellos mismos efectos se den en el caso de un *procurator absentis* al que el *dominus*, ya presente, concede la *ratihabitio*. Se trata ahí de una presencia sobrevenida que produce los mismos efectos que la presencia inicial. Una probable glosa de Frag. Vat. 333 dice que *cum certum est mandatum perseverare, id est cum praesens est dominus, satisdationis neccessitas cessat.* (Cfr. Frese, en *Studi Bonfante*, IV 416). La misma razón para que «cese la necesidad de la *satisdatio*» es la que puede justificar que la *actio iudicati* se transfiera al *dominus* ratihabiente.

Todavía se podría buscar alguna luz en Frag. Vat. 332, pero en vano. Dice ese texto, que aparece sin nombre de autor: *Procurator absentis, qui pro domino vinculum obligationis suscepit, onus eius frustra recusat; et ideo nec iudicati actio post condemnatum procuratorem in dominum datur aut procuratori qui vicit denegatur.* Sorprende, desde luego, que tratándose exclusivamente del caso de un *procurator* demandado se agregue al final: *aut procuratori qui vicit denegatur.* Esta coletilla parece como el final de otro trozo desaparecido en que se propusiera la hipótesis inversa, esto es, de *procurator* agente que venció en el litigio. Pero llama, de todos modos, la atención el que se diga, no que «no se dará la acción al *dominus*», sino «no se denegará al *procurator*». Esto parece dejar entrever la posibilidad de que, no sólo el *dominus*, en ciertos casos, sino también el *procurator* pudiera ejercitar la acción ejecutiva. De hecho, esto es bastante natural: el *procurator* vencía en el juicio y podía ejercitar la ejecución; no se le podía denegar la *actio iudicati*, pero sí el *dominus* se presentaba y la pedía para sí, eso equivalía a una indiscutible *ratihabitio*, y también podía ejercitarla, lo mismo que si hubiese estado presente para nombrar *procurator*. De todos

modos, no seré yo quien apoye tal posibilidad en ese simple residuo mal unido de Frag. Vat. 332. Tan sólo quiero decir que no hay nada en las fuentes que demuestre la imposibilidad de nuestra hipótesis sobre la transferencia al *dominus* ratihabiente y que, por otro lado, ésta se deduce lógicamente de lo que sabemos sobre el *procurator praesentis*.

Examinados los puntos principales de nuestro papiro y hechas las correspondientes conjeturas, presento mi hipótesis de reconstrucción, pero tan sólo para facilitar la crítica, de ningún modo por creer que pueda darse con seguridad:

e]tsi deducta [fuerit res in
iudicium, vi]deamus qua[.....
(agere?) deb]eamus: Aps[entis enim
nomine ger]ere sub ex[ceptione pro-
5 curator ex] edicto pra[etoris debet.
Causa cautio]nis mota, [si iudex dixe-
rit eius a]uctoris sti[pulationem
commissam] et eum in [id condemnave-
rit quod eu]m d.f.o., ibi [aestimatis
10 rebus ubi ve]nierunt, eu[m tamen prae-
senti domino] cuius bona [omnia is pro-
curator ges]serit nobi[s videtur ob
eam rem tene]ri posteaqu[am procuratio-
nem in eo iudi]cio acceperi[t dominus et
15 id quod de ea] re iudex d[ixit.

A este ensayo de reconstrucción se ha observado todavía que también sería posible pensar, no en una *actio iudicati* a consecuencia de una previa condena *ex stipulatu* a favor del procurador, sino en un mismo juicio, único, iniciado y llevado por el procurador hasta la *pronuntiatio* del juez (entonces: *si iudex pronuntiaverit...] et eum in [id condemnandum esse quod eu]m d. f. o.)*, pero sentenciado en presencia ya del *dominus* que estaba ausente (entonces: *et domino in id eum condemna]re iudex d[ebebit*). De este modo, parece conseguirse una mayor congruencia con una pregunta inicial *qua actione experiri debeamus*. Admitiendo también esta otra posibilidad, no veo en ella, sin embargo, tantas ventajas como para des-

plazar la hipótesis que presentamos como preferible. El cálculo de letras parece más favorable a ésta y, por otro lado, el evento de una comparecencia del *dominus* entre la *pronuntiatio* y la *iudicatio* me parece más artificial que el problema ya conocido y debatido, y prácticamente más importante, del traslado de la *actio iudicati*. Por lo que se refiere a la forma de proponerse la *quaestio*, creo que no podemos hacer ahí mucho hincapié, ya que caben toda clase de posibilidades (v. gr.: *quando actionem ei dare debeamus)*.

* * *

Nuestra hipótesis reconstructiva, repito, debe tomarse como puramente conjetural. Puede ser comprobada, rectificada, incluso totalmente sustituída por otra mejor. Una cosa, sin embargo, me parece que puede afirmarse con bastante seguridad: que nos hallamos en presencia de un fragmento de jurisprudencia—quizá de un libro de *quaestiones*—y precisamente el más antiguo de cuantos se nos han conservado directamente. De ahí que, sea cual sea el valor que se quiera conceder a las hipótesis de reconstrucción, se deba tomar en consideración este pequeño fragmento publicado por Sanders.

ALVARO D'ORS.

FERENTARIUS Y PARENS

(y otros casos análogos de disimilación, como *teres/-etis*, *trames/-itis*, *satelles/-itis*)

Que *ferentarius* se constituyó sobre un participio de presente es una opinión general y, al parecer, inatacable. Pero yo dudo mucho que la palabra pueda darse por aclarada con las explicaciones corrientes.

Así, hoy, por ejemplo, se suele admitir (Ernout-Meillet, *DEL*[2], y de acuerdo con él, Walde-Hofmann, *Wb.*[3]) que el *-arius* tuvo una afinidad especial con los temas participiales, de la que se citan como ejemplos *praesentarius*, *manifestarius*, *sedentarius*. Y, en consecuencia, se supone que *ferentarius* fué un derivado normal sobre un participio, *ferentes*, que cada autor interpreta a su manera. Sin embargo, se echa de ver que el conjunto ese de formas que se citan, además de ser muy reducido, está integrado por palabras heterogéneas, y todas de un uso muy limitado. Así, por ejemplo, *praesentarius*, fuera de los ejemplos de Plauto, apenas vuelve a figurar en toda la literatura más que aisladas veces, y aun esas en autores arcaizantes, como Apuleyo y Gelio. Lo que indica que la palabra fué una formación individual de Plauto, que no llegó a arraigar en la lengua corriente. Y lo mismo puede decirse de *manifestarius*, por el que Plauto parece que tuvo una predilección especial, pero que luego no vuelve a repetirse más que en los autores arriba citados. Algo más fortuna debió tener *sedentarius*, que, además de en Plauto y Apuleyo, figura en Plinio, *Paneg.* 73, 3, y en Columella XII 3, 8. Pero no parece que estos ejemplos, por lo demás muy raros (los

diccionarios no dan más que uno para cada uno de los autores fuera de Plauto), autoricen a suponer que la palabra fuese de uso corriente en la lengua. La que sí debió alcanzar un uso general desde finales de la República fué *uoluntarius*, sin duda formada sobre un participio, **uoluns, -untis*, de donde *uoluntas, -atis*. Pero es muy significativo que precisamente uno de los valores típicos y fundamentales de *uoluntarius* (a saber, el que se ve en *milites uoluntarii)* aparezca referido a una idea militar. Lo cual indica que la palabra debió surgir en la esfera de la lengua militar, donde los en *-arius* fueron formaciones tan frecuentes. Evidentemente, hay que concluir que, a pesar de las creaciones más o menos artificiosas de Plauto, el tipo de formaciones en *-arius* sobre temas participiales nunca llegó a arraigar en la lengua, ni a tener vitalidad para propagarse. Y claro está que en estas circunstancias es muy improbable que *ferentarius* pueda explicarse por él.

Lo cual tampoco creo que tenga importancia. Pues *ferentarius* se explica perfectamente sin necesidad de sacarle de su terreno natural; es decir, del grupo de formas en *-arius* del lenguaje militar: *triarius, rorarius, mercen(n)arius* (1), *alarius, sagittarius, uexillarius, legionarius, classiarius*, etc. Y el camino no es difícil. Indudablemente, el *-arius* en principio, y a juzgar por los ejemplos más numerosos, debió ser por esencia un sufijo propio, para formar derivados de nombres de cosas, que fueron siempre el terreno más fecundo para esta clase de formaciones: *ferrarius, lignarius, aquarius, uinarius, falcarius, balnearius, cubicularius, cellarius, lectica-*

(1) Aunque sólo sea de paso quiero indicar que, a mi juicio, un adjetivo como *mercedōnius* difícilmente podría justificar la hipótesis de un **mercedĭnis*, o la de **mercedĭnarius* > **mercednarius* > *mercen(n)arius* (así Walde-Hofmann, *Wb*[3]). Por lo tanto, entiendo que *mercen(n)arius* hay que explicarle como resultado de una contaminación de *mercēdarius*, que efectivamente existió en el Imperio, aunque con significación algo distinta, con *legionarius*; lo que debió producir una forma originaria **merced-narius* > *mercennarius*, luego *mercenarius* (por simplificación de la *-nn-* ante vocal tónica).

rius, ostiarius, etc. Pero es claro que con el tiempo fué ampliando la esfera de sus afinidades. Así, y limitándonos sólo al lenguaje militar, encontramos que al lado de los *-arius* sobre temas de nombres de cosas (como *uexillarius, sagittarius, ballistarius*, etc.), hay otros varios, algunos tan típicos y frecuentes como *legionarius, classiarius, alarius*, en los que al *-arius* aparece unido a temas de otra clase. Se ve, pues, que la tendencia a formar nombre de oficios o de esclavos mediante el *-arius*, cruzándose con la tendencia a designar a los soldados por la sección o grupo que ocupaban, y sin duda bajo el influjo analógico de nombres militares antiguos, como *triarius, sagittarius, rorarius*, etc., produjo una extensión del sufijo. Del tipo *sagitta* > *sagittarius*, que era normal, se pasó al de *ala* > *alarius, legio* > *legionarius, classis* > *classiarius*, etc., que, indudablemente, deben considerarse como analógicos. Por otra parte, es sabido que en latín los grupos o secciones del ejército se podían designar indistintamente, o por un colectivo especial: *equitatus, peditatus, ala, cornu*, etc., o por los nombres de los soldados mismos que constituían el grupo en plural colectivo: *pedites, equites, triarii, uelites, ueterani*, etc. Por lo tanto, es completamente natural que sobre un *ferentes*, empleado como nombre de sección, se sacase un *ferentarius*, como *alarius* < *ala, legionarius* < *legio*, etcétera. De modo que por lo que se refiere al elemento final no parece que pueda hacerse ninguna objeción de peso a la derivación de *ferentarius* de un participio, pero no en cuanto tal participio, sino como nombre de una sección del ejército.

Sin embargo, la verdadera dificultad surge cuando se trata de definir la naturaleza de ese aparente participio. Así, Thurneysen (con dudas), en *Thes.*, y Ernout-Meillet, *DEL*[2], y los diccionarios de Forcellini, Georges, Lewis and Short, parecen suponer que el *ferent-* inicial es el tema del participio presente de *fero*, usado braquilógicamente con el sentido de *ferentes auxilium*, y que en consecuencia *ferentarii* debió significar «tropas auxiliares». Es, desde luego, la interpretación a primera vista más sencilla; tan sencilla, que ya se le ocurrió a Varrón, *l. l.* VII 57, y a P. F., 75, 14: *auxiliares in bello*

a ferendo auxilio dicti, y a Festo, quien por cierto atribuye el uso de la palabra con ese sentido a Catón (506, 25 L: *Cato eos ferentarios dixit, qui tela ac potiones militibus proeliantibus ministrabant)*. Pero la cosa es que esa interpretación está en oposición flagrante con el uso de la palabra en los textos, que no conocen para la misma más sentido que el de «tropas ligeras», de naturaleza muy parecida a los *funditores* y *sagittarii*, y, como éstos, encargados de hostigar al enemigo antes de comenzar la batalla. Así, Sall., *Catil.* 60, 2; Tac., *Ann.*, XII 35; San Jerón., *ad Iou.* I 35; San Ambr., *Hel.* XIII 47; Heg. III 9, 4; IV 23, 1. Y, desde luego, que ya en la época de Salustio es casi seguro que la palabra había salido del uso corriente. Pero en todo caso, el que la tradición literaria no conociese más que esa acepción es de por sí una prueba de que, efectivamente, ese valor debió ser el auténtico de la palabra. Y de hecho vemos que los autores, en los que la palabra parece responder a un uso vivo, concuerdan en todo con el uso posterior. Así, en primer lugar, el mismo Catón, quien en el único pasaje conservado en que la usa, la presenta asociada a *equitatus (mil. frg.* 6*; partem equitatus et ferentarios praedatum misit)*. Lo cual, como se ve, se compagina perfectamente con el sentido de «tropas ligeras» atribuído a la palabra por toda la tradición literaria, y en cambio sería incompatible con el sentido de «tropas auxiliares» (al menos con la acepción precisa y concreta que P. F. atribuye a Catón). Y así también Plauto, en el único pasaje suyo que nos ha transmitido la palabra, a saber: *Trin.* 456: *nam illum tibi ferentarium esse amicum inuentum intellego*. Pasaje, a mi juicio, transparente, pero que ya en la antigüedad fué objeto de interpretaciones torcidas, y que también en época moderna ha dado lugar a malentendidos. Así, por ejemplo, Varrón, *l. l.* VII 57, parece que interpretó el *ferentarius* como *inane ac sine fructu*, sin duda porque los *ferentarii* eran tropas ligeras, casi desnudas, sin apenas equipo ni arreos militares; es decir, que entendió por *ferentarius* «un hombre desnudo, desprovisto de todo». Sentido que, evidentemente, está en contradicción con el exigido por el contexto. Pues, claro está, aquí *ferentarius*,

unido como va a *amicus*, no puede significar más que «un amigo dispuesto a prestarte ayuda con toda rapidez y celo». Pero lo que yo no creo es que esto autorice a atribuir a *ferentarius* la significación de «auxiliar, que lleva ayuda», como hacen en general los autores modernos (así, Ernout, en edición *Belles Lettres*, y así los Diccionarios de Georges, Quicherat-Chatelain, Gaffiot, De Miguel y hasta Bannier en el *Thes.*, quien pone el pasaje bajo el epígrafe: *de eo qui auxilium opportunum fert)*. A mí al menos me parece que si aquí *ferentarius* se puede traducir por «presto a llevar ayuda», eso es debido, no a que de por sí *ferentarius* tuviese nada que ver con la idea de «ayuda», sino sencillamente a que el *amicus* al que iba asociado implicaba y presuponía esa idea de «ayuda». Es decir, que aquí la idea de «ayuda» le viene a *ferentarius* no de su sentido íntimo, sino de la palabra a que va unido; pues la única idea que *ferentarius* entrañaba era la de «ágil, desembarazado, rápido, dispuesto a hacer algo con rapidez», que es, como hemos visto, el sentido de la palabra en toda la literatura. Claro está que si los modernos se han equivocado sobre el sentido de *ferentarius* en ese pasaje, no creo que tenga nada de extraño que algún gramático antiguo fuese víctima del mismo espejismo, y que, por consiguiente, pudiese ver en *ferentarius* una idea de «ayuda» que, indudablemente, se desprendía del contexto, pero que de suyo no tenía nada que ver con el sentido propio de la palabra. Es decir, a mí no me extrañaría que hubiese sido este pasaje de Plauto, más que cualquier otro de Catón, el que suscitó y contribuyó a reforzar la idea de que *ferentarii* significaba *qui ferebant opem o auxilium*. De todas formas es claro que la literatura no ofrece el menor indicio para suponer que *ferentarius* hubiese tenido nunca ese sentido.

Y el testimonio de la literatura está confirmado categóricamente por los tratadistas técnicos, en especial por los tratadistas de cosas militares. Así, por ejemplo, Vegecio, siempre que menciona la palabra es para darnos el mismo sentido que ya hemos apuntado, a saber: el de «tropas ligeras», parecidas a los *funditores* y *sagittarii*, y como éstos, encarga-

dos de hostigar al enemigo al comenzar la batalla; I 20: *qui dicebantur leuis armaturae funditores et ferentarii, qui praecipue in cornibus locabantur, et a quibus pugnandi sumebatur exordium*, y II 2: *leuem armaturam, hoc est ferentarios, sagittarios, funditores, ballistarios*, y II 15: *(post principes) erant ferentarii et leuis armaturae*, y II 17: *ferentarii... sagittarii, funditores, hoc est leuis armatura*, y III 20. Los pasajes, como se ve, no pueden ser más terminantes. Pero no es sólo esto, sino que a mayor abundamiento los testimonios de Vegecio y de la literatura en general están confirmados además por todos los gramáticos que se ocuparon de la palabra. Así, en primer lugar, por Varrón, *l. l.* VII 57: *aut quod ferentarii equites hi dicti, qui ea modo habebant arma quae ferrentur, ut iaculum.* Y así, más explícitamente, Nonio, pg. 520 L: *eosdem etiam (sc. accensos) quidam uocabant ferentarios, quia pugnabant fundis et lapidibus, his armis quae ferrentur non quae tenerentur.* Y así también diversas glossas, que como testimonios más indirectos y tardíos no creo que sea preciso citar. Y así, en fin, incluso el mismo P. F., quien aunque en dos pasajes recuerda la etimología del *ferentes auxilium* (75, 14 y 506, 25), sin embargo en otros tres nos da una versión concordante con la versión general (13, 20: *nonnulli ferentarios, quod fundis lapidibus que proeliaturi ea modo ferrent, quae in hostes iacerent*; 83, 2: *ferentarii leuis armaturae pugnatores* 75, 14: *uel quia fundis et lapidibus pugnabant, quae tela feruntur, non tenentur*). Se ve que, indudablemente, entre los gramáticos antiguos hubo una tradición, ingenua y evidentemente sugerida por la etimología popular, que derivaba a *ferentarii* de *ferentes auxilium*. Tradición que pudo derivar de Varrón o de otro cualquiera. Pero esa tradición estaba tan en contradicción con los hechos que los gramáticos, en general, se resistieron a admitirla. Y de ahí que al lado de esa inventaron la otra, que examinaremos a continuación, y que en P. F. aparece contaminada con la primera.

De todas formas, creo que tras las observaciones anteriores ha quedado claro que los *ferentarii* no tenían nada que ver con el *ferre auxilium*. Y naturalmente que, admi-

tido esto, la etimología de Ernout-Meillet cae por su base.

¿Que cómo, no obstante, pudo surgir el error y hasta encontrar algún eco en los gramáticos antiguos? Pero ya he dicho que el error pudo verse favorecido porque *ferentarii* no parece que pasase como término de uso vivo mucho más allá de Catón. Y la prueba es que en el resto de la literatura no vuelve a aparecer más que una vez en Salustio y otra en Tácito, y luego en autores tardíos. En esas circunstancias no tiene nada de extraño que el sentido exacto de la palabra se obscureciese. Por otra parte, dice Vegeccio que los *ferentarii* se solían colocar en las alas del ejército. Que era precisamente el puesto más corriente de los *auxilia*. Hemos visto, además, que los antiguos no pudieron concebir a *ferentarii* más que unido a *ferre*. Luego no tiene nada de extraño que algún gramático tendiese a conjugar las dos ideas: la de *ferre*, sugerida por el parecido externo de las dos palabras, y la de *auxilia*, evocada por el puesto de los *ferentarii* en el ejército, y que en consecuencia interpretase a *ferentarii* por «los que llevan ayuda», y luego, concretando más la idea, por «los que llevan de comer y beber» a los soldados. Por lo menos a mí me parece que, dadas las circunstancias de la transmisión de la palabra, y dada la falta de sentido crítico de los antiguos, la confusión no puede ser más natural. Y no hay que olvidar que esas dos causas pudieron verse reforzadas por una tercera. Me refiero al pasaje ya citado de Plauto (*Trin.* 450): *nam illum tibi ferentarium esse amicum inuentum intellego*. Pasaje donde de suyo, como puede verse, *ferentarius* no tenía más sentido que aquel que por naturaleza le correspondía; es decir, el de «ligero, rápido, pronto». Pero claro está que en virtud de las circunstancias del contexto ese sentido tenía que matizarse con el valor de «pronto a llevar ayuda»; no porque *ferentarius* tuviese de por sí nada que ver con esa idea, como antes he dicho, sino porque *amicum*, al que iba asociado, implicaba o presuponía la idea de «ayuda». Luego no tiene nada de extraño que el pasaje se tomase como una confirmación de la etimología popular, y que en consecuen-

cia contribuyese a reforzar la interpretación de *ferentarii* por los que llevan ayuda.

Por lo demás, ya he indicado que a los mismos gramáticos antiguos les pareció esa etimología tan absurda y tan en pugna con la realidad que se vieron obligados a escogitar otra. Y de ahí que Varrón y Nonio, *locs. cits.*, aun suponiendo en *ferentarii* el tema del participio presente de *fero*, le interpretaron, no como «los que llevan ayuda», sino como «los que luchan con armas arrojadizas *(quae feruntur, non tenentur)*». Interpretación, sin duda, sugerida por el deseo de acercar la etimología al sentido de la palabra, pero desde el punto de vista gramatical no más probable que la ya discutida. Pues naturalmente esa hipótesis sólo tendría alguna verosimilitud en el caso de que las armas arrojadizas que disparaban los *ferentarii* hubiesen llevado un nombre general, como **ferentum* o cosa parecida. Que es lo que creyó Walde, *Wb*[2], al derivar *ferentarii* de un supuesto nombre de armas **ferentum*. Pero como en latín no hay el menor indicio de que hubiese nunca existido un nombre como ese, debemos concluir que tanto la hipótesis antigua como la de Walde carecen de toda base.

Y lo mismo que de ésta hay que decir de la hipótesis de Wharton, *Etym. Lat.*, que en cierto modo no es más que una variante de la anterior; pues Wharton supone que *ferentarii* significó «tropas de choque o de asalto» < *ferentes* (con sentido medio), «los que se lanzan con ímpetu». Etimología que, desde luego, parece adaptarse bastante bien al sentido de la palabra, pero que desde el punto de vista gramatical no tiene defensa. Pues, indudablemente, en latín los participios de presente admitieron alguna vez valores mediopasivos. Y de ahí los participios de presente de los deponentes, y ejemplos como *quassanti capite*, Plaut., *Asin*, 403; *crucianti cantherio*, *Capt.* 814; *mensem uertentem*, *Pers.* 628; *mouentes* (sc. *affectiones)*, Cic. *Tuscul.* IV 30, etc. Pero fueron siempre valores excepcionales y rarísimos, y que en el caso de *ferentes* no se ve que se den ni una sola vez hasta Nep., *Dat.* 45. Lo cual, como se ve, quita toda base a la hipótesis de Wharton. Es

decir, que a partir de *ferre* y de *ferentes* parece imposible llegar a ninguna solución en el problema etimológico de *ferentarius*.

Y descartadas estas hipótesis, no nos queda por considerar más que una última, a saber: la que relaciona el elemento inicial *ferent-* con el verbo *ferio*. Hipótesis muy antigua, pues la propuso ya *Vaniček, Etym. Wb.*, pg. 187, y luego Muller, *Ait. Wb.*, pg. 176, y desde el punto de vista semántico seductora. Pues los *ferentarii*, como acabamos de ver, fueron una tropa ligera, encargada de molestar, de hostigar, de desorganizar al enemigo al comienzo de la batalla. Lo que se armoniza perfectamente con el sentido de *ferire*, «herir, asaetear, hostigar». Pero claro está que una hipótesis como esa tropieza a su vez con un inconveniente grave, a saber: la falta en *ferentarius* de la *i* que habría que esperar delante de *-ent-*. Y desde luego ya sé que los partidarios de esta etimología han tratado de encontrar una solución al problema. Pero yo dudo mucho que sus ideas pueden aceptarse. Así, por ejemplo, Walde-Hofmann, *Wb.*[3] y Walde-Pokorny, *Vergl. Wb.* II 160, creen que la falta de la *i* esa pudiera explicarse suponiendo que el elemento inicial de *ferentarius* fué, no un participio de presente, sino un participio de aoristo. Idea ésta (la de los participios aorísticos latinos) apuntada ya por Wackern. *Berl. Akad. Sbb.* 1918, 410, y luego en *Vorles.* I 283, y que entre los autores modernos ha gozado de bastante aceptación. La admite, por ejemplo, aunque sin aplicarla, a *ferentarius*, que él *(H. Gr.*[5], pg. 211) considera oscuro, Stol-Leumann, *H. Gr.*[5], pg. 329; y como válida parece darla Sommer, aunque este autor rehuye hablar de *ferentarius* y de *cliens* mismo, y se limita a explicar por ella *parens (Hb.*[2], página 503). Pero ya observó acertadamente Meillet *(MSL* XII 202; XX 264l) que los participios de aoristo, excepto en griego, donde adquirieron desarrollo especial posterior a la época *i-e*, son fenómenos rarísimos dentro de las lenguas *i-e*. Así es que ya *a priori* parece sumamente inverosímil que hubiesen dejado huellas en una lengua como el latín, que al parecer perdió la noción del aoristo como tiempo indepen-

diente desde época antiquísima. Pero aun prescindiendo de esto, tenemos: 1.° Que de ninguno de esos supuestos participios aorísticos latinos se encuentra correspondencia en ninguna de las lenguas emparentadas, y 2.° Que no sólo del participio, sino ni aun siquiera de cualquier otra forma de aoristo de esos verbos se encuentra tampoco la menor huella, ni en latín ni en ninguna de las lenguas emparentadas. Y claro está que en estas circunstancias (es decir, no existiendo en latín en general residuos de los participios de aoristo, y no existiendo en ninguna lengua, ni correspondencia de esos tres supuestos participios aorísticos, ni siquiera el menor vestigio de formas aorísticas de ninguna clase para los tres verbos en cuestión), me parece que es abandonarse a la más pura fantasía el decir que *cliens*, *parens* y *ferentarius* son participios de aoristo. Y lo mismo aproximadamente puede decirse de la hipótesis de Meillet, *loc. cit.*, quien pretendió reducir estas formas, a las que él añadió *sententia*, a participios de presente atemáticos sin sufijo. Pues claro está que no existiendo correspondencia de esos particpios, ni existiendo en ninguno de los verbos esos, el supuesto tema de presente atemático sin sufijo, resulta que toda esa construcción queda en el aire. Para el caso importa poco el que los presentes en *-io* sustituyan o no a veces a antiguos radicales atemáticos. Por lo demás, creo haber demostrado en un artículo anterior *(Notas al Voc. Jur. Lat.*, pg. 29 sgg.) que a *cluens* (que es la forma primera de *cliens* atestiguada en latín) tal vez pudiera llegarse a partir de un sencillo participio presente de *colo* y a través de los grados siguientes: **colonts* > **coloents* > **cloens* > *cluens*. Es decir, que la teoría esa de los participios aoristicos latinos no descansaría más que en dos ejemplos *(parens* y *ferentarius)*. Ahora bien, es evidente que para dos casos únicos no se puede inventar un principio morfológico por lo demás incomprobable. Luego creo que tenemos razones más que sobradas para rechazar la explicación de *ferentarius* propuesta por Walde-Hofmann, *Wb.*[3]

Pero sólo la explicación propuesta por Walde-Hofmann

no la etimología *ferentarius* < *ferio*. Pues ésta, como indiqué más arriba, semánticamente es irreprochable, y aun en el terreno fonético tal vez no sea tan difícil de defender. ¿Que cómo? A mi entender, muy sencillamente, si tenemos en cuenta que un *ferientarius* <*feriens* (partîc. de *ferio)* presentaba repetido a corta distancia, y en circunstancias fonéticas idénticas, el grupo *ri*. Lo que sin duda debió producir un tétanos, que, naturalmente, tenía que tender a resolverse por una disimilación. Es sabido, además, que en todo grupo disimilatorio la posición foréticamente más débil en circunstancias normales es la del primero de los sonidos repetidos. Luego no tiene nada de particular que **ferientarius* a consecuencia de una disimilación se convirtiese en *ferentarius*.

El caso, a mi juicio, es idéntico al de *meridies*, que sin duda debió formarse sobre un loc. *meri-die* < *mediei-die* (así, Wackern. *IF* XXXI 251 y 254; Sommer, *Hb.*[2], pg. 137; Stolz-Leumann, *H. Gr.*[5], pgg. 126, 273; Walde-Hofmann, *Wb.*[3], etc.). E idéntico también al de *sententia*, «parecer», que yo desde luego no veo cómo pueda explicarse si no es partir de **sentientia* < *sentiens*, *-entis* < *sentio* (así, Wackern., *IF* XXXI 251; Sommer, *Hb.*[2], pg. 137; *KE*, pg. 129; Stolz-Leumann, *H. Gr.*[5], pg. 128). Claro está que frente a **sentientia* > *sententia* pudieran aducirse otros casos, al parecer idénticos fonéticamente, como *patientia*, *sapientia*, en los que la disimilación no se produjo. Pero a esto se puede responder (cfr. Niedermann, *Berl. Phil. Woch.* XXXV, 1915, 1089) que las circunstancias de las diversas palabras, a pesar de lo que a primera vista parezca, no fueron exactamente las mismas. Así, por ejemplo, en *sentientia* tenemos que el tétanos del grupo *ti....ti* se encontraba complicado con el de grupo *en....en*. Es decir, que la dificultad producida por el *ti....ti* se encontraba agravada por la del grupo vecino también repetido. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que la tendencia a la disimilación fuese en él mayor que en *patientia* o *sapientia*. Por otra parte, es indudable que tanto *sententia* como *ferentarius*, por los valores especiales que asumieron al substantivarse, tuvieron que quedar algo alejados de su núcleo

etimológico, y más aún, puesto que ni *sentiens* ni *feriens* llegaron a usarse como meros adjetivos. Es decir, que en ellos la tendencia a la disimilación no tenía que vencer ningún obstáculo. Mientras que, en cambio, *patientia* y *sapientia*, en primer lugar por su menor desarrollo semántico respecto a su base etimológica, y además por la existencia de los adjetivos *patiens* (de donde *impatiens)* y *sapiens* (de donde *insipiens)*, jamás debieron de llegar a desvincularse de éstos y de las formas con ellos relacionadas *(sapienter, patienter*, etc.). Formas que desde luego debieron actuar como frenos contra las transformaciones del substantivo derivado. Luego no tiene nada de extraño que **sentientia* y **ferientarius* pasasen a *sententia, ferentarius*, y que, en cambio, *sapientia* y *patientia* se conservasen inalterables.

Y como caso en el fondo idéntico a los anteriores considero yo el de los genitivos plurales de los comparativos, que, como es sabido, terminaron siempre en *-orum*, no en *-orium; meliorum, maiorum, altiorum*, etc. Y desde luego que aquí lo antiguo y originario fué el *-um*, no el *-ium*. Pero a mí me parece que al generalizarse el *-ium* en los adjetivos de tema consonántico: *prudentium, ferocium, audacium*, etc. *(quadrupedum, diuitum, pauperum* mantienen el *-um* por su carácter de substantivos o semisubstantivos), lo natural era que se hubiese propagado también a los comparativos, y que si no se propagó fué porque lo impidió la disimilación (disimilación preventiva). Y de ahí, tal vez, que *plures* y *complures*, donde no había *i* anterior ni por consiguiente razón para la disimilación, hicieron sus genitivos en *-ium; plurium, complurium*. Lo cual no quiere decir que yo excluya en absoluto el influjo sobre ellos de *omnium* (Sommer, *Hb.*[2], pg. 383). Y la prueba es que en *minorum*, aunque no había motivo para la disimilación, tampoco se dió el *-ium*, sin duda por influjo de *maiorum*. Pero no deja de ser significativo que los únicos casos de genitivos plurales de comparativos en *-ium* se den en un tema sin el *-ior-* típico de los comparativos.

Y, en último término, en latín hay una serie de ejemplos que demuestran que las disimilaciones de un tipo idéntico

o muy parecido al por mí supuesto en *ferentarius* fueron fenómenos corrientes. Así, **sṵāu̯iom* > **suāu̯ iom* > *sāuium* (Saussure, *MSL* VII 75; Lindsay-Nohl, *Die lat. Spr.*, pg. 306; Kretschmer, *Glotta* IX 288; Muller, *Altital. Wb.*, pg. 456; Schopf, *Fernwirk.*, pg. 164, etc.), y *Ianuarius* > v. lat. *Ianarius* > esp. *Enero; Februarius* > v. lat. *Febrarius* ital. *febbraio*, frz. *février*, esp. *febrero*, portg. *fevereiro*, cat. *febrer; quattuor* > v. lat. *quattor* > frz. prov. cat. *quatre*, ital. *quattro*, esp. *cuatro; coriarius* > v. lat. *corarius*, CIL III § 525; VI, 1117, etcétera; y así hasta tal vez *participalia* < **participialia* < *participium*, cfr. Niedermann, *Mnemosyne* 1935, 268. (Aunque este último ejemplo no es seguro; pues, como indica el mismo Niedermann, pudiera ser una formación analógica sobre *participium* según el modelo de dobles, como *hospitium: hospitalis, principium; principalis*, etc.) En todo caso se ve que la disimilación de las semivocales fué en latín un fenómeno muy corriente. Por lo tanto, yo no sé qué inconveniente podrá haber en suponer que *ferentarius* procedió de **ferientarius* (con pérdida disimilatoria de su primera *i*).

Y esta explicación no tiene porqué complicarse para nada con la etimología de *parens*. Pues, como acabo de indicar, *parens* es imposible que procediese directamente de *pario*. No obstante, y como hasta ahora las dos palabras se han explicado por el mismo principio, considero que mi estudio sobre *ferentarius* tal vez pudiera parecer incompleto, si no aclaro todos los problemas con él relacionados. Por eso me interesa hacer constar que también en *parens*, a mi juicio, se puede llegar a una solución satisfactoria al margen de las hipótesis actuales. Y el camino no es tan largo ni tortuoso.

Para ello basta tener en cuenta que en latín, en la época preliteraria, existió un verbo **partare*, intensivo de *pario*, y como tal formado sobre el p. p. p. *partus*. Verbo del que en época histórica no quedaron testimonios, pero cuya existencia está demostrada por *patrare*, «dar a luz con esfuerzo, dar a luz algo importante, tramar, gestar, urdir algo importante y que cuesta trabajo (cfr. EMERITA, XVIII, 138 sgs.). Y verbo que naturalmente debió tener un participio presente **partans*,

**partantis*. Ahora bien, es sabido que la *ă* de sílaba interior cerrada se convirtió en latín normalmente en *ĕ; cantus: accentus, scando: ascendo, factus: confectus*, etc. Luego debemos suponer que **partantis*, **partanti*, etc., tenía que convertirse en **partentis*, etc. Para el caso importa poco que en los participios de presente no llegase casi nunca a consumarse esa evolución. Porque en los participios de presente la tendencia fonética normal se encontró interferida por la analogía de las restantes formas verbales, con las que los participios se sintieron íntimamente unidos, y que fuera del presente de subjuntivo mantuvieron siempre la *a; amas, amabas, amabis, amares*, etc. Pero no cabe duda que cuando un participio se desligó del sistema verbal por la causa que fuese (por ejemplo, por su especificación como substantivo en un sentido concreto), siguió fielmente la evolución fonética normal. Así, **animanta* > *anmenta* > *armenta* (cfr. mis *Estudios de Fonética latina*, pg. 76 sgg.), y así *uiolans* > *uiolens*, de donde *uiolentus* por cruce con *cruentus* (cfr. mis *Estudios de Fonética latina*, pg. 253 sgg.), y así otras varias palabras que de momento sería largo estudiar. Ahora bien, es claro que **partans*, en el supuesto de que fuese la base de *parens*, tendría que haberse separado como substantivo del sistema verbal. Y la prueba es que no siguió a **partare* en su evolución a *patrare*. Luego no creo que tenga nada de extraño el que **partantis*, **partanti*, etc., que al desvincularse de **partare* quedaba lejos de sus influjos analógicos, terminase convirtiéndose en **partentis*, **partenti*, etc.

Más aún: yo ya sé que en latín hay una multitud de palabras con estructura fonética al parecer igual a la de **partentis*, etc., y que no sufrieron ningún cambio especial; así, *stantis, portantis, saltantis, tentantis*, etc. Y sé también que hasta ahora apenas se han descubierto o reconocido casos de disimilación en grupos como el de **partentis*. Por eso no me extrañaría que lo que voy a indicar suscite algunos reparos. Pero en latín hay pruebas de que en palabras de estructura fonética parecida a la de **partentis* (es decir, con repetición del grupo sonante + t̂ en sílabas contiguas) se producía

un «tétanos» articulatorio, y que ese «tétanos» se resolvió a veces con la pérdida disimilatoria de la primera *t*. Así, en primer lugar, *teres, teretis;* «terso, liso, pulido, redondo»; forma que, como es sabido, hasta ahora nadie ha explicado (cfr. Walde, *Wb.*²; Ernout-Meillet, *DEL*²), y que, sin duda, no pudo proceder más que de **ter(t)tes, *ter(t)etis*, derivado en *-s/ -tis* sobre el primitivo participio *tertus* < *tergeo* (Varr., en Non. 179, 4), como *diuos: diues, caelum: caeles, limus: limes, ala: ales*, etc. Por lo menos morfológica y semánticamente me parece que mi hipótesis no puede ser más natural. Y fonéticamente me parece que tanto la disimilación como la forma precisa como se produjo no pueden estar mejor justificadas.

Pues claro está que en el grupo de las tres *T* seguidas, y aunque de ordinario la consonante más amenazada sea la primera, la posición más débil debió ser la de la *T* intermedia, que además de ir ante otra *t*, se encontraba formando grupo con otra consonante anterior.

El que la vocal interior adoptase timbre *e* y no *i*, como en la mayoría de los casos, pudo ser, o un influjo de la *r* contigua (como en *ingredi, interpretari, impetro, integrum, consecrare*, etc.), o el efecto de una asimilación a la *e* anterior (como en *uegetus, segetis, mergetis, hebetis*, etc.). Y lo mismo que de *teres* hay que decir de *trames, tramitis;* otra forma hasta ahora inexplicada, pero que a mi juicio se explica perfectamente a partir de **tran(t)es, *tran(t)itis*, un derivado en *-s/ -tis* sobre el tema adverbial *trans*, como *comes* < **com/ cum* «con» y *semita* < **semes* / **semitis* < *semi* (cfr. mis *Estudios de Fonética latina*, pg. 108 sgg.). El cambio de la *n* radical en *m* debió estar motivado, o por una nueva disimilación como la de **temesrai* > *tenebrae*, o por un influjo de los sinónimos o cuasisinónimos *sēmita* y *līmes*. Y la cantidad larga de la *a* radical pudo ser, o un vestigio de la época en que la *ā* primitiva aún no se había abreviado ante sonante, o un influjo de los citados *sēmita* y *līmes*. Y lo mismo que de *teres* y *trāmes* hay que decir de *marītus;* forma que, sin duda, debió constituirse sobre un tema en *ī* o *i* (como *auris: auritus):* pero que por esto mismo es imposible que derivase del supuesto

**mḗri*, «mujer joven», que algunos han querido deducir por skr. *máryaḥ*, «hombre joven», y gr. μεῖραξ .·. μειράκιον, etc. (así, Osthoff, *Parerga*, pg. 276; Wiedemann, *BB* 27, 206; Walde, *Wb.*[2]; Hirt, *IF* 31, 13, y con dudas Walde-Hofmann, *Wb* [3]). Pues como indicó Wackernagel, *IF* 31, 255, ni μεῖραξ ni skr. *máryaḥ* autorizan a suponer un **mḗri*, del que no existe ningún indicio. De lo que sí tenemos testimonios abundantes en las lenguas bálticas es de un tema **marti-*, «novia, mujer joven». Luego debemos suponer con Wackern, *loc. cit.*, que *marītus* no pudo proceder más que de **martitus*, a través de un proceso de disimilación como el de **tertes* > *teres*, **trantis* > *trāmitis*, στέγαστρον > *segestre*, **sceliqua* > *siliqua*, «vaina»: abulg. *skolŭka*, «ostreum»; **scelicis* > *silicis*; got. *skalja*, «ladrillo».

Y lo mismo que de los anteriores hay que decir de *satelles* «soldado de escolta», otra forma sobre la que se han propuesto diversas interpretaciones, pero de la que hasta ahora nadie ha podido dar razón. Y ya sé que algunos autores, fundándose en que los *satellites* (según Dion. de Hal. IV 41) fueron introducidos en Roma por Tarquinio el Soberbio, dan a esta palabra como préstamo de una forma etrusca, que según ellos se vería en la inscripc. *zatlaθ aiθas* = satellites Plutonis (así Bugge, *BB* XI 1; Walde, *Wb.*[2]; Walde-Hofmann, *Wb.*[3]; Ernout, *BSL* XXX 117; Ernout-Meillet, *DEL*[2], y con dudas Lindsay, *Early Latin Verse*, pág. 77) (1).

Pero a mí me parece que, tanto la noticia de Dion. Hal. *loc. cit.* como la de Livio II 2, 18, prescindiendo del crédito que queramos darlas, son un indicio demasiado impreciso, inseguro y remoto para fundar en ellas ninguna hipótesis lingüística. Como me parece que, existiendo en la onomástica etrusco-latina una raíz **sat-*, atestiguada en múltiples for-

(1) Paso por alto otras hipótesis (como la de Froehde *KZ* XXI 329, que relacionó a *satelles* con skr. *kśatram* «dominio», *kśatriya-ḥ* «dominador», o la de Walter *KZ* X 202, que le derivó de **satro-los* < **sətro-* «compañero», con el tema de ἕταρος, ἕταιρος), porque, rechazadas como están por la crítica, sería inútil detenerse a discutirlas.

mas: *satie, satna saθna, satlnal, Sat(t)ius, Sat(t)elius, Satilius, Saturius, Sat(t)onius*, etc., es completamente arbitrario suponer que *zatlaθ*, porque aparezca al pie de unas supuestas figuras de guerreros, equivalga a *satelles*. Pues aunque *zatlaθ* correspondiese efectivamente a *Sat(t)elius*, hasta ahora nadie ha podido demostrar, ni remotamente, que *Sat(t)elius* tenga el mismo tema que *satelles*. Aparte de que, aun admitiendo la identidad *zatlaθ: satelles*, yo no veo por qué la relación entre las dos palabras tendría que ser la que se indica, y no la inversa. Pues naturalmente no creo que nadie se atreva hoy a negar que las influencias entre el latín y el etrusco fueron recíprocas. Y en cuanto al origen del sufijo, yo no sé si en el estado actual de nuestros conocimientos se puede afirmar nada con seguridad. Pero lo que no ofrece duda ninguna es tanto *mīles* como *uēles*, se pueden explicar perfectamente dentro del latín. Y en todo caso es evidente que ese sufijo dió origen a una multitud de formaciones latinas sobre tema i-e: *eques, pedes, miles, caeles, diues, ales*, etc. Por lo tanto, sería vano que sólo por poseer el *-es/-etis* tratásemos con Ernout, *loc. cit.* de deducir nada sobre el origen etrusco de la palabra. Por lo demás, es claro que la reducción de *satelles* al etrusco, no sólo no aclararía nada sobre el origen de la palabra, sino que de hecho equivaldría a renunciar a toda explicación. Una salida, como se ve, desesperada, y que desde luego en nuestro caso no creo que sea ineludible. Pues *satelles*, a mi juicio, se puede explicar de manera sencilla y natural dentro del latín mismo.

Y el camino me le sugiere *statio, -onis* «puesto de guardia»; forma que sin duda no pudo proceder más que de *stare*, y en la que el sentido originario y propio del verbo «estar en pie» aparece especificado en otro próximo a aquél pero algo diferente, a saber, el de «estar de guardia». Porque, naturalmente, si de *stare* pudo extraerse un *statio*, no tiene nada de particular que también pudiese extraerse un **stati (sc. milites)* «soldados de guardia». Término que, como *statio*, debió pertenecer por esencia al lenguaje militar. Además es también un hecho conocido que el latín popular desde la época más

antigua sintió gran predilección por los alargamientos diminutivos sin valor de tales (cfr. Woelfflin, *ALL* XXIV (1876), 153 y sigs.); y así *asellus, puella, amiculus, lectulus;* y así los diversos ejemplos de este tipo que en mis *Estudios de Fonética* analicé: **scans-ula* > *scāla* (pág. 25), **pass-ula* > *pāla* (página 28), **iact-olom* > **iactlom* > **iacclom* > *iaculum* (página 36); y así **pers-ulos* > *pessulus*, «pestillo» *(Estudios clásicos* I, 181 sgs. Luego no tiene nada de extraño que sobre **stati* y con su mismo sentido, se hubiese formado un **statelli.* Más aún, en latín el *-s/-tis*, con independencia del origen que queramos atribuirle, sirvió para formar una multitud de adjetivos denominativos, muchos de los cuales habían de quedar luego como simples substantivos: *diues, caeles, ales, limes, palmes, eques, miles*, etc. Se ve también que uno de los terrenos en los que más vitalidad demostró ese sufijo fué precisamente en el lenguaje militar: *eques, pedes, miles, arques, ueles*, etc. Luego no creo que tenga nada de extraño que sobre **statelli* se formase un **statelles, -itis;* en el que naturalmente debemos suponer un sentido como de «soldados de guardia, soldados de escolta», o cosa parecida. Es decir, que en latín, en el terreno morfológico, sería facilísimo explicar una forma como **statelles*, que coincidiría en el sentido con *satelles*, y que sólo se diferenciaría de éste por la *t* del grupo *st-*. Pero da la casualidad que al lado de esa *t* había, en la palabra, y en posición análoga, otras dos *t...t.* Lo que tenía que producir un «tétanos» violento en la pronunciación. Por lo demás, parece claro que en un grupo como ése la posición fonéticamente más débil tuvo que ser la de la *t* del grupo *st-*, que además de ir en primer lugar se encontraba ligada a otra consonante. Luego se comprende perfectamente que el «tétanos» se resolviese con la eliminación de la misma. No significa nada en contra el que en otros casos externamente parecidos (como **spospondi* > *spopondi*, **stesti* > *steti*) la disimilación siguiese otro camino y diese un resultado distinto. Pues en éstos el perfecto se encontraba íntimamente relacionado con las otras formas del verbo sin reduplicación; formas sin duda más frecuentes que las de perfecto,

y sobre las que éste se constituyó, y en las que no había razón para que el grupo *st-* se alterase. Por tanto, no tiene nada de extraño, en primer lugar, que el «tétanos» de los grupos *st...st* se resolviese en contra del segundo, y que el *st-* se mantuviese inalterable. Pero se ve que cuando no hubo ninguna razón que torciese el curso natural de la disimilación ésta se produjo en el sentido por mí indicado. Así, por ejemplo, en **stisto* > *sisto*: ἵστημι, formación sin duda creada cuando aún *sto* no había desarrollado un sistema completo y que por su sentido especial debió quedar algo desvinculada del simple. Y ante este conjunto de circunstancias me parece que la conclusión no ofrece dudas; hay que suponer que *satelles* no pudo proceder más que de **statelles* con pérdida disimilatoria de su primera *t*.

Y esta lista pudiera sin duda alargarse aún con otros ejemplos; pero su estudio suscitaría una serie de problemas que nos alejarían demasiado de nuestro propósito. Así es que prefiero dejarlo para mejor ocasión. En todo caso se ve ya, sólo con los ejemplos aducidos, que en latín un cambio como el de **partentis* en *parentis*, etc., no tendría nada de anómalo.

Y desde luego que frente a estos ejemplos pudieran citarse otros muchos, al parecer con características fonéticas iguales, y en los que la disimilación no se produjo: *stantis*, *portantis*, *saltantis*, etc. Pero a esto se puede replicar que las circunstancias no eran exactamente iguales en los dos grupos. Pues en *stantis*, *cantantis*, *saltantis*, etc., al lado de los participios había todo un sistema de formas íntimamente relacionadas con los participios, y en las que no se daban las condiciones indispensables para la disimilación: *canto*, *-as*, *-at*, *-amus*, *ant*, *-abam*, *-abas*, *-abat*, *-abamus*, *-abant*, *-arem*, *-ares*, *-aret*, etc. Por lo tanto, no tiene nada de extraño que el influjo de todas esas formas, sin duda en conjunto muchísimo más usadas que los participios, neutralizase en éstos la tendencia natural a la disimilación. Mientras que, en cambio, es claro que un **partantis* > **partentis*, en primer lugar por su especificación como substantivo y además por la transformación de **par-*

tare en *patrare*, tenía que quedar aislado de su base etimológica, y por lo mismo libre de cualquier influjo suyo analógico. Luego no tiene nada de particular que en él la tendencia disimiladora triunfase sin obstáculos. Es decir, que tanto fonética como morfológicamente, *parens* se puede explicar perfectamente a partir de un **partans*/ **partantis* > **partentis* > *parentis*, de donde luego *parens*.

El único aspecto que pudiera, pues, suscitar alguna dificultad es el semántico. Pues *parere*, en sentido físico y material, (con la significación de «parir») no parece que llegase nunca a decirse del hombre; fuera de casos excepcionalísimos (como Cecil *Chale.* 18 y Cic. *Tusc.* II 8,20), sin duda debidos al influjo griego. Mientras que *parens*, desde sus orígenes, sirvió para designar indistintamente tanto al hombre como a la mujer, y aun a los antepasados en general (así, *PF* 247, 11 L: *parens uolgo pater aut mater appellatur, sed iuris prudentes auos et proauos parentum nomine appellari dicunt)*. Dificultad que no trato de negar, aunque hoy dudo mucho que tenga el peso que en otra ocasión *(Notas al Voc. Jur. Lat.* pg. 30) la atribuí. Pues, si no en *parere*, en otros verbos sí se ve que funciones típicas de la mujer se consideran como producto de la colaboración de los dos elementos, el masculino y el femenino, y que en consecuencia de una raíz o un tema, que propiamente sólo podían referirse a las mujeres, se sacan derivados referentes al hombre; así, *genitor* y *gignere*, al lado de *genitrix*, y gr. γονεύς < γίγνομαι, τοκεύς < τίκτω. Por lo tanto, y aunque *parere* significase por esencia una función típica de las mujeres, no tiene nada de inverosímil que sobre un **partare*, «dar a luz», pudiese haberse formado un **partans*, «progenitor». Sentido que como se ve, coincide exactamente con el significado más antiguo de *parens*. Es decir, que no hay un solo aspecto de *parens* que no pueda explicarse sencillamente a partir de **partans*. Luego yo no veo qué inconveniente puede haber en aceptar esa etimología.

A. PARIENTE.

LATINITAS

SOBRE LA EVOLUCION DE SU CONCEPTO

Una de las más urgentes tareas para el estudio orgánico de los datos que sobre la situación lingüística de su época nos transmiten los autores clásicos, es la de delimitar cada uno de los conceptos y palabras por ellos usados para poder apreciar con exactitud el alcance y valor de sus referencias. Es curioso poder señalar que aún no ha sido acometida la investigación total de la terminología usada para designar la lengua latina, campo al que sólo parcialmente aluden algunos trabajos a los que tendremos más adelante ocasión de referirnos.

No es nuestro propósito en estas breves notas resolver todas las difíciles cuestiones relacionadas con este importante problema.

El término sobre el que vamos a llevar ahora nuestra vista, se ha convertido en su forma moderna en uno de los más típicos y usados para designar el latín, su historia, su literatura, sus usos lingüísticos y los estilos de los diversos autores. De aquí que creamos interesante abordar los caminos de esta palabra hasta nuestro momento.

Los términos más corrientes para designar el latín son conocidos: *latine*, con verbos como *loqui, dicere, scribere*, etcétera, es la fórmula más antigua y se encuentra abundantemente ya desde Plauto en los textos conservados (1); *lingua*

(1) [El sistema de siglas para los autores y sus obras es, en general, el del Thesaurus]. Por ejemplo, en Mil. 87 *nos Latine gloriosum*

latina se lee ya en el epitafio de Nevio (1); *sermo latinus*, como unidad de significación, es bastante posterior, ya que aparece por primera vez en Cicerón, en un escrito del año 55 (2); *latina loquella* se usa solamente en la época tardía (3); *latinum*, registrado en Cicerón por primera vez (4); *lingua Romana* se lee exclusivamente a partir de Tácito (5) y su uso crece sin cesar llegando a la época romance; *sermo Romanus*, por primera vez en Quintiliano (6); *latinum eloquium*, de evidente color

---

dicimus. Esta comedia es una de las más antiguas de Plauto, quizá sobre 205, cf. A. Ernout *Plaute*, IV, París, 1936, pág. 169.

(1) *FPR* pág. 296 Baehrens; sobre esta frase, cf. infra pág. 38.

(2) de orat. 2, 28 *cui (Catullo) non solum nos Latini sermonis sed etiam Graeci ipsi solent suae linguae subtilitatem elegantiamque concedere*. Sobre la obra de Varrón, *de sermone latino*, que citan CHARIS. gramm. I, pág. 103, 26, no tenemos datos cronológicos, aunque parece posterior a este texto de Cicerón, cf. Dahlmann, *RE*, Sp. VI 1215, 48 sgg.

(3) *Loquella graeca* = *lingua graeca* ya en Ov. trist. 5, 2, 68; con *latina* no lo hemos encontrado hasta el siglo IV en DIOM. gramm. I, pág. 311, 4; una variante, *Latinorum loquella*, en MACR. exc. gramm. V, pág. 635, 12, de primeros años del siglo V.

(4) Tusc. 3, 29 *licet enim, ut saepe facimus, in Latinum illa (dicta) convertere*. La fecha de la obra es 45-44. Esta denominación es cada vez más frecuente en época posterior.

(5) TAC. Agric. 21, 2 *ut qui modo linguam Romanam abnuebant, eloquentiam concupiscerent* (fecha, 98 d. C., cf. *RE*, s. v.). Es interesante la definición que de ella da ISID. orig. 9, 1, 7 *(est) quae post reges exactos a populo Romano coepta est, qua Naevius, Plautus, Ennius, Vergilius poetae et ex oratoribus Gracchus et Cato et Cicero vel ceteri effuderunt*, lo cual la identifica a 'lengua literaria'. Los textos que aduce F. Lot *ALMA* 6 [1931] 99 sqq. en que se contraponen *lingua latina* y *lingua romana rustica*, nunca omiten este calificativo, que es el que en definitiva puede hacer la expresión igual a 'lengua romance'. Quizá la razón de que se utilice *romana* se debe sólo a que el adj. *latina* tenía, como veremos luego, un tradicional valor gramatical que excluía la calificación de rústica (cf. el significado base del esp. 'ladino'). Vide J. W. Thompson en *Speculum* 1[1928]410-38 y L. F. H. Lowe y B. Edwards *ibid.* 2[1927]310-7. *Romana* puede, a veces, no coincidir con *vulgaris*, vide F. Vercauteren, *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 11[1932]77-88.

(6) inst. 2, 14, 1 *quos equidem non fraudaverim debita laude quod copiam Romani sermonis augere temptaverint*.

poético, lo leemos a partir de Diomedes (1); una combinación de este término con los adjetivados por *Romanus* es creación tardía, a lo que parece (2), *eloquium Romanum;* un paralelo con el antiguo y tradicional *latine* nos lo ofrece otra forma cuya antigüedad le es pareja, *Romane*, primer caso en que con el nombre de la *urbs* se define el uso de la lengua que más universalmente era conocida con el nombre de latina (3); entre los términos de sabor poético, aunque nos sean transmitidos solamente por textos en prosa, en escritores de marcada imitación poética, hay: *latinus stilus* (4) y su doblete *stilus romanus* (5), y ya puramente poéticos *patrius sermo* (6), *latina vox* (7) y *latinus sonus* (8). Al lado de estos usos diversos encontramos también a veces la palabra *latinitas*, que primitivamente tenía una acepción diferente. Trataremos de sintetizar su evolución.

---

(1) DIOM. gramm. I, pág. 318, 15; se puede decir que Diomedes es el autor que más denominaciones ha conocido y utilizado para variar la expresión 'lengua latina'.

(2) MARC. praef. chron. II, pág. 60, 5, *noster Hieronymus cuncta transtulit in Latinum et usque in Valentem Caesarem Romano adiecit eloquio.* Marcelino escribe sobre 520, cf. Mommsen, *Chronica minora*, II MGH., pág. 42.

(3) En ENN. ann. 503 V *Hispane non Romane memoretis loqui me*, la interpretación lingüística es obvia (cf. Norden, *Ennius und Vergilius*, Leipzig, 1915, págs. 114-5), pero cabe pensar en una frase de doble sentido en que el juego de palabras descansa precisamente en el equívoco: 'debéis recordar que hablo como español, no como romano'; puede compararse CIC. Verr. 5, 2, *latine me scitote, non accusatorie loqui.* En todo caso, es indiferente esta cuestión.

(4) Por primera vez en PORPH. Hor. epist. 2, 1, 164 *transferre in latinum stilum*, glosando *vertere.* Sobre la época, comienzos del siglo III, cf. Wessner, *Quaestiones porphyrioneae*, Diss. Leipzig, 1893, pág. 191.

(5) TERT. nat. 1, 10, pág. 79, 23 *Romani stili. Diogenes Varro.*

(6) LUCR. 1, 832 (= 3, 260) *patrii sermonis egestas.* Sobre el concepto de esta frase, cf. Marouzeau *Eranos* 45 [1947] 22-4.

(7) CIC. carm. fragm. 16 B *expressum Latina voce Menandrum.*

(8) OV. fast. 5, 195 *corrupta Latino nominis est nostri littera Graeca sono*

La formación de la palabra es clara: un abstracto nominal a partir del adjetivo *latinus*. Cuándo y cómo y por quién fué creada, se ignora. Sabemos, sí, que aparece la primera vez con valor rigurosamente retórico en la RHET. Her. 4, 12, 17, obra escrita, como es sabido, sobre los años 86-82, ligeramente anterior a los escritos retóricos de Cicerón. El texto aludido dice: *elegantia est quae facit ut locus unusquisque pure et aperte dici videatur; haec tribuitur in latinitatem, explanationem. Latinitas est quae sermonem purum conservat ab omni vitio remotum. Vitia in sermone, quo minus is Latinus sit, duo possunt esse: soloecismus et barbarismus...* Si el autor de esta obra fué el creador de la palabra o si deriva ya del círculo de Escipión donde se dió a conocer por primera vez y se estudió amorosamente la doctrina estoica del estilo a la cual está afiliada la definición precedente, no podemos en absoluto precisarlo (1), aunque parece natural que no sea producto del autor, que se limita en este caso a emplear la adaptación del término técnico ἑλληνισμός. Es de notar aquí cómo el adjetivo *latinus* tenía desde poco tiempo antes un doble significado: uno puramente local, geográfico, antiguo, que aparece, por ejemplo, en TITIN. com. 104 *qui Obsce et Volsce fabulantur nam Latine nesciunt*, con el que la lengua delimitada en el campo italiano se opone en rigor a todas las demás; pero poco a poco se desarrolló, creemos que por influjo de las doctrinas gramaticales griegas, un uso derivado, donde el matiz local está totalmente—o casi—anulado, cuando *latinus* significa 'correcto', 'elegante', 'literario' (entendido lingüísticamente, en oposición al habla usual); tal es, sin duda alguna, el valor del adjetivo en el pasaje antes citado. Sin duda, hay que ver el primer ejemplo de este sentido, nuevo y aún no extendido, en el epitafio tan conocido y comentado de Nevio, *FPR* pág. 296 Baehrens *obliti sunt Romae loquier lingua latina*, ya que la oposición *Romae-latina* pa-

(1) De la importancia del círculo de Escipión, vide K Barwick, *Remmius Palaemon und die römische Ars grammatica*, Leipzig, 1922, pág. 260 sgg., y más especialmente M. Puelma Piwonka, *Lucilius und Kallimachos*, Francfort a/M., 1949 cap. I y sobre todo págs. 14-27.

rece exigir un significado no local para esta última palabra; de esta suerte, la frase tiene todo un nuevo vigor referido a la recién inaugurada tradición literaria, en la que en realidad tanta parte había tenido el personaje a que en el texto se alude. Esta dirección había sido ya entrevista por Meillet (1).

Que *latinitas* es un calco de ἑλληνισμός, no cabe duda (2), de la misma manera que, posteriormente, Cicerón presenta *urbanitas* como el correspondiente romano de ἀττικισμός (3); pero en este caso Cicerón acentúa la novedad de la palabra y concepto, cosa que no ocurre con *latinitas*.

Su concepto en la Rhet. no es positivo, sino negativo, ya que se caracteriza como la ausencia de vicios en la expresión -*sermo* -; pero todo esto es simple traducción de la teoría del estilo de Diógenes de Babilonia, como señala Smiley (4),

---

(1) *Esquisse*, París, 1928, pág. 115. Cf. también G. Devoto, *Storia della lingua di Roma*, Bolonia, 1940 pág. 143. Un ejemplo más en la Antibucólica de Numitorio, *FPR* pág. 341 B. *dic mihi Damoeta, cuium pecus? anne latinum?* donde la ironía reside en el doble valor del adjetivo. Un caso parecido ocurre con *urbanus*, cuyo valor no local aparece a comienzos del siglo I a. C., cf. F. Heerdegen, *de vocabuli q. e.* urbanus *apud vetustiores scriptores latinos vi atque usu*, Erlangen, 1918, pág. 13; cf. también E. Frank, *de vocis* urbanitas *apud Cic. vi atque usu*, Diss. Berlín, 1932, y luego se extiende en la época de Cicerón hasta el punto de que su uso en este sentido supera al local, cf. H. Altevogt, *Der Bildungsbegriff im Wortschatze Ciceros*, Emsdetten, 1940, pág. 54 sgg. Cicerón conoce ciertamente, y no de manera esporádica, el valor no geográfico de *latinus*, cf. Brut. 133 *fuit igitur in Catone sermo latinus;* para *latine*, de orat. 1, 144 *ut pure et latine loquamur*. En este significado no es absurdo el comparativo que se lee en la epístola, Aur. Fronto, pág. 28, 15, *nihil latinius legi* El superlativo en Hier. epist. 50, 2 *homo latinissimus*. Sobre este significado y su presencia en *latinitas* (cf. infra pág. 40), véase la nótula de K. Sittl en *ALL* 4 [1889] 559.

(2) Curiosa, como todo lo suyo, es la etimología que propone Virg. gramm. epit. 1 pág. 4, 23: *Latinitas autem ut quidam rentur ex Latino est orta, quasi qui ipsius linguae auctor exstiterit... sed putius ut Aeneae ac maioribus visum est, ex latitudine ipsius linguae constat fuisse dirivatam.*

(3) Vide E. Frank, *o. c.*, pág. 56.

(4) Ch. N. Smiley, *Latinitas and* Ἑλληνισμός, Diss. Madison

es decir, en definitiva, una adaptación de la doctrina estoica correspondiente (1).

Cicerón conoce la palabra y su concepto, por lo menos tal como figura en la Rhet. Her., y sin embargo es curioso que él, cuyo papel en la formación del latín literario es realmente singular (2), sólo dos veces emplea esta palabra, que aparentemente tanta razón tenía de figurar con los debidos honores en sus discusiones. Más aún, las dos veces que se puede leer en sus obras, no se trata de estudios que pudiéramos llamar técnicos, sino en dos cartas íntimas a su amigo Atico, la primera del 9 de diciembre de 50 (ad Att. 7, 3, 10) en que discutiendo la corrección del uso de *in* con acusativo de lugar a donde ante *Piraeum*, cita una frase de Cecilio y añade: *malus enim auctor latinitatis est*, texto que hay que comparar con Brut. 258 *Caecilium et Pacuvium male locutos videmus*. No se puede legítimamente dudar de que *latinitas* tiene aquí el mismo sentido que en el pasaje citado de la Rhet. El otro lugar de Cicerón donde ocurre de nuevo *latinitas*, no nos interesa directamente ahora (3).

1906 (*Bulletin of the University of Wisconsin*, 143), pág. 216, cf. también Frank, *o. c.* pág. 54, con referencias bibliográficas.

(1) ἑλληνίζειν es un término para designar la imitación de lo griego por los bárbaros. En los gramáticos analogistas, significa «hablar de acuerdo con la analogía recibida», cf. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern*, Berlín, 1891², II, página 121. La oposición de ἑλληνισμός y βαρβαρισμός deriva de la oposición que establecen los anomalistas entre lenguaje cuidado y descuidado (ibid. pág. 126), de donde se pasa a la conclusión de que la ley y norma es «el uso lingüístico de los escritores considerados modelos» (pág. 127). En todo caso, la diferenciación de analogismo y anomalismo es difícil en los gramáticos latinos, más bien eclécticos.

(2) Cf. J. Marouzeau, *Aspects de la formation du latin littéraire*, París, 1949, pag. 61.

(3) Es en ad Att. 14, 12, 1, del 22 de abril del año 44: *multa illis* (sc. *Siculis*) *Caesar, neque me invito, etsi latinitas erat non ferenda, verum tamen*. El uso es original de Cicerón y pasa a autores posteriores, sobre todo jurisconsultos, con el valor de *ius Latinum*. Entre escritores no jurídicos encontramos este uso en SUET. Aug. 47 y

Ya hemos indicado que la palabra no aparece nunca en los tratados, y esto bien puede ser debido a dos razones: a que, como Cicerón no profesaba en manera alguna la teoría estoica del estilo, evitase un término que olía a esta escuela, pero sobre todo la razón fundamental estriba en que se había esforzado como nadie en dotar a la lengua literaria y culta de un canon, que llamó *urbanitas*, y que no se ajustaba a la tradición, sino al uso actual, contemporáneo de la alta sociedad romana, de la ciudad (1). Así se explica su prurito constante de comparar Roma con Atenas, tanto en cuanto debe ser la única *norma loquendi* (cf. Brut. 171, de orat. 3, 42) como en señalar los peligros de la inmigración (cf. Brut. 258). Es una tarea que le corresponde por entero, y en la que se puede decir llevó la principal y única parte, ya que, por ejemplo, su gran admirador Quintiliano, pese a señalar y definir las virtudes de la *urbanitas*, no vacila en aceptar lo extraurbano, como romano, aunque sea so pretexto de así mejor definir lo extranjero (cf. inst. 1, 5, 56 *verba aut Latina aut peregrina sunt, licet omnia Italica pro Romanis habeam* (2).

Esto en cuanto a Cicerón. Según Diomedes (gramm. I, página 439, 15) *Latinitas est incorrupte* (3) *loquendi observatio*

Scholl. Hor. carm. 4, 14, 7; en los juristas, p. ej., en Vlp. reg. 3, 4. Ps. Dosith. fragm. iur. 12 (con interesantes glosas griegas en los manuscritos). Finalmente, aparece en la Nov. 78 pr. de Justiniano con la construcción λατινότης. Esta derivación jurídica mantiene una línea recta y no nos interesa.

(1) Cf. Marouzeau, *o. c.* pág. 11.

(2) Siempre los ejemplos de lo *peregrinum* se refieren a la Galia o a Hispania, sobre todo, cf. Cic. Brut. 171. Aquí 'rústico' y 'urbano' se unen frente a lo 'peregrino'. Quizá este punto de vista sea más recto que el propuesto por Schrijnen, 'Die lateinische Umgangssprache' en *Collectanea Schrijnen*, Nimega, 1939, pág. 182.

(3) Algunos códices dan *incorruptae* (= *e*), lección que debió estar extendida, pues a ella remonta la variante del códice 336 de Berna, del sig. VIII o IX, en donde en forma de preguntas y respuestas se dice: R. *Observatio incorrupta eloquendi* etc., cf. *Gramm.* suppl. página XXXIV; otra variante, contaminada de las dos, ibid. pág. XXXIV del códice 123 de Berna.

secundum Romanam linguam. En esta definición se plantean una serie de problemas que intentaremos aclarar. Primero, la expresión *Romanam linguam*, vista la frase así, está sin duda mucho más cerca de la definición que de ella da Isidoro (cf. supra pág. 36 nota 5), que del concepto de *urbanitas*. Pero es que a continuación de esta definición, Diomedes escribe: *constat autem, ut adserit Varro, his quattuor: natura analogia consuetudine auctoritate*. El sujeto de esta oración es, sin duda, la palabra *latinitas* precedente. De aquí se concluyó, sobre todo bajo la autoridad de Wilmann, que la definición pertenecía a Varrón (1). Pero esto es altamente problemático, a nuestro juicio, de suerte que creemos no hay razón ninguna para atribuir tal texto a este escritor, siendo, por consiguiente, errónea su inclusión en las discusiones sobre la teoría varroniana de la lengua y en los fragmentos de sus tratados gramáticos. Veamos por qué.

En la época de Diomedes, y aun bastante antes, es frecuente la equivalencia *latinitas* = *sermo latinus*. Charisio, contemporáneo casi de Diomedes y que a juicio de Barwick (2) se nutre de la misma fuente, Pansa, no cita la definición antedicha y sí las cuatro notas, aunque sin referirlas explícitamente a Varrón; pero el *constat* lleva aquí por sujeto *sermo latinus* (CHAR. gramm. I pág. 50, 25), concepto al que realmente parece ir vinculada esta anotación, como hace también Quintiliano inst. 1, 6, 1, según el cual *constat ratione, vetustate, auctoritate, consuetudine;* las diferencias que parecen existir entre las dos clasificaciones pueden explicarse, ya que el propio Quintiliano dice, ibid., *rationem praestat praecipue analogia, nonnunquam et etymologia*, y *etymologia* es sin duda un criterio similar a *natura*, según se desprende de VARR. frag-

(1) En tal concepto figura todo como fragmento de Varrón 115 en la ed. del *de lingua latina* por Goetz-Schoell, 1910, y como fragmento 268 en la pág. 289 de los *Grammaticae Romanae fragmenta* de Funaioli, I, 1907. De aquí se ha partido para el establecimiento de *latinitas* = *sermo latinus*, cf. Barwick, *o. c.* pág. 210 passim.

(2) Cf. Barwick, pág. 174.

mento 36 Funaioli, pág. 201 (1). Por lo demás, en muchos de los gramáticos posteriores se da la definición tal como la hemos leído anteriormente; pero cuando se trata de dar las notas, solamente se citan tres, en lo que siguen una clasificación diferente a la varroniana, que, sin embargo, les parece poder aplicarse a la supuesta definición varroniana de *latinitas*. Pero esto es en buen sentido inaceptable (2). Los esfuerzos hechos hasta ahora para ensamblar esta definición en el conjunto de datos que conocemos de las teorías de Varrón, no son muy satisfactorios—basta ver la poca uniformidad que reina sobre en qué libro incluir el fragmento (3)—. Más aún. La expresión *lingua Romana* no aparece ciertamente hasta Tácito, y todo hace pensar en una adaptación tardía de la teoría ciceroniana de la *urbanitas* bajo el modelo de la definición de ἑλληνισμός (4), e incluso otras partes de la definición dan pie a sospechar una época bastante posterior al siglo I a. de J. C. (5).

No ha sido, sin embargo, Diomedes el que falseó los datos, pues él solamente es explícito para los cuatro criterios en cuanto a atribuirlos a Varrón. Nos parece más probable pensar en un influjo de Caper, cuya obra *de latinitate* es largamente citada y aprovechada por Charisio (v. p. ej. gramm. I,

---

(1) Cf. Dahlmann, *RE*, Sp. VI pág. 1217, 50 sgg. Que Quintiliano repite aquí una fórmula y contaminada y que sigue siempre de cerca a Varrón, es evidente; cf. J. Cousin, *Etudes sur Quintilien*, I París, 1936, págs. 47-54.

(2) Ya Norden, *Antike Kunstprosa*, II², pág. 579 n. 1 dice: 'Ob Diomedes seine Definition wörtlich so aus dem gleich hinterher zitierten Varro genommen hat, ist mir doch zweifelhaft'. Con toda razón.

(3) Un resumen de la cuestión en Dahlmann, *cit.* págs. 1215-7.

(4) Véase la definición que nos ha conservado el *Etym. Magnum* (ed. Sylburg, Leipzig, 1816), pág. 300: 'Ελληνισμός ἐστι τὸ καθ' "Ελληνας διαλέγεσθαι. Cf. Barwick, pág. 182 sgg.

(5) Todo el aire de la frase recuerda expresiones parecidas en juicios estilísticos de Aulo Gelio, por ejemplo, GELL. 13, 31, 9 *verba corrupte pronuntiabat;* 2, 20, 8 *qui incorrupte locuti sunt.* El adv. en este sentido es testimoniado la primera vez en esta frase, cf. *ThLL* VII, 1, 1035. Otros elementos en QUINT. inst. 1, 6, 16 *nec lex est loquen-*

página 194, 29) y que vivió a mediados del siglo II d. de Jesucristo, época en que todos los elementos en que hemos apoyado nuestra refutación de la paternidad varroniana estaban sin duda en circulación. De Caper quizá pasó a Pansa, cuyo libro se titulaba igualmente *de latinitate*, y estaba fuertemente influenciado por el manejo directo de fuentes griegas.

Para justificar la supuesta paternidad de la frase, se parte del hecho de que en el *de sermone latino* de Varrón «das Zentrum des Interesses die Umgangssprache ist» (1), lo cual no sólo se deduce de los fragmentos conservados, sino que se podría añadir la justificación a partir del propio concepto de *sermo* que da Varrón en su l. l. 6, 64, cuando dice: *opinor est a serie unde serta... sermo enim non potest in uno homine esse solo, sed ubi <o>ratio cum altero coniuncta;* que esto sea verdaderamente el Umgangssprache, no cabe duda, y que sólo a partir de este valor se pueda llegar al frecuente de *sermo* = 'diálogo', tampoco. Pero es que *latinitas* no se refiere a un uso concreto de la lengua, sino a la corrección de la expresión, tanto escrita como hablada, común o técnica. Que en el tratado *de sermone latino* quepa un estudio de la *latinitas*, es cierto, pero no necesario, sobre todo manifestando claramente este concepto. No olvidemos que *sermo latinus* es la 'lengua correcta', y un resultado de la aplicación o mantenimiento de la *latinitas* (2), que consiste en la virtud purificadora de la lengua. Son los autores tardíos los que realizan poco a poco la identificación de *latinitas* y *sermo latinus*. Primero, el principio gramatical que hace *latinus*, esto es 'correcto', el *sermo* se identifica con su resultado, tránsito nada difícil; siendo *sermo latinus* un término que podía simultánea-

---

di, sed observatio. ¿Influjo del gramático Valerio Probo? Cf. J. Aistermann, *De M. Valerio Probo Berytio*, Bonn, 1910, pág. 82.

(1) Dahlmann, *RE*, Sp. VI 1216, 2.

(2) Cf. el pasaje de la Rhet. Her. citado al comienzo, pág. 38. Y R. Volkmann, *Die Rhetorik der Griechen und Römer*, Leipzig, 1885², pág. 396 la interpreta así al decir que la *latinitas* «sorgt für grammatische Korrektheit».

mente ser empleado con valor local, y uno de los más usados para expresar el concepto 'latín', *latinitas* pasó por fin a esta acepción. Pero para ello fué necesario que la palabra adquiriese nueva vida en el siglo II, ya que es muy curioso que haya permanecido soterrada en un escrito de Varrón sin que nadie la haya sacado a luz a pesar de contener un concepto tan preciso. Cuando pudo haber ocurrido, ya lo hemos indicado antes.

A partir del siglo II el impulso desconocido que rejuveneció este viejo término retórico, cargado ahora de un valor exclusivamente gramatical, se extiende más y más (1) y al ampliar el uso de la palabra se amplía también su significación. Intentaremos recoger los significados más interesantes.

Para 'uso correcto', 'lengua literaria' o 'lengua según los principios de la gramática', encontramos en textos no técnicos desde el siglo IV abundantes ejemplos entre los cuales AVIAN. fab. proem. 7 *Atticos graeca eruditione superes et latinitate Romanos*, y 17 *(fabulas Phaedri) rudi latinitate compositas*, pasaje que hay que comparar con el de la carta de Cicerón citada más arriba (2). En la correspondencia de San Pablo y Séneca, compuesta a finales del siglo IV (3), leemos: *mihi velim concedas latinitati morem gerere honestis vocibus et speciem adhibere...* (PS. SEN. epist. Paul. 13), que el editor traduce rectamente: «I do wish you would obey me and comply with the pure Latin style...».

Un ejemplo bien significativo de este uso en SERV. Aen. I,

---

(1) Lo mismo ocurre con los retóricos tardíos; así SULP. VICT. rhet. 15 pág. 320 (autor quizá del siglo IV, como Diomedes) dice: *in elocutione haec sunt observanda: latinitas, perspicuitas... Ex quibus nimirum latinitas primo loco rectissime posita est. Quid enim prius est quam ut latine, hoc est ut emendate loquamur?* Es interesante señalar cómo este uso de *latinitas* es nuevo entre los retóricos, cf. A. Reuter *Hermes* 28 [1893] 124. Así IUL. VICT. rhet. 20, pág. 431: *Elocutio... et Latina debet esse et aperta.*

(2) Cf. pág. 40.

(3) Sobre 390, cf. la edición de C. W. Barlow, Roma, 1938, página 89.

67, pág. 39, 15 *cum latinitas exigat ut addatur praepositio 'per';* más tarde escribe EUCH. instr. 1, pág. 89, 18, *cum utique 'de sanguine' magis latinum sonasset, quam ob causam 'de sanguinibus' contra regulam latinitatis inscribitur?*, y muy interesante este singular pasaje de CASSIOD. inst. div. 1, 5, 6 *cuius (libri) tanta claritas tantaque latinitas est, ut sibi textus ipse commenta sint.* Más allá se llegó a hacer equivalente *latinitas* y *dicta latina*, usándose la palabra las más de las veces en plural. Que este valor deriva del empleo de *latinitas* en títulos de obras donde se discutían frases correctas, no se puede dudar. Así, de ser cierta la atribución que hace W. M. Lindsay del Glosario publicado en el Corpus de Loewe-Goetz, V, págs. 660-4 quizá colección de frases recogidas y glosadas por Columbano, en todo caso en Irlanda en el siglo VII (cf. *Classical Review* 32 [1918] 31), tendríamos en su *expli(cit) latinitates* un equivalente a las *Hisperica famina*, si bien con menos exotismo.

La igualdad *latinitas-lingua latina*, que suponemos parte de Caper, se encuentra, en efecto, testimoniada desde los últimos años del siglo II: véase como ejemplo un giro curioso: *(vocalium) quinque contenta est figuris Romuli Latinitas* (1); pero es especialmente en la época cristiana cuando se convierte en un frecuente sinónimo de 'latín', por ejemplo, en Hilario de Poitiers, donde se lee múltiples veces (2). En el

---

(1) TER. MAUR. 1303. Sobre la época muy dudosa, quizá finales del siglo II, cf. Werth, *de Terentiani Mauri sermone et aetate*, Leipzig, 1896, pág. 300. Un estudio sobre su posible relación con lo que de Caper sabemos falta aún. Cf. el pasaje con otro de MACR. somn. 1, 6, 70 *licet Latinitas* ('latinohablantes') *easdem (vocales) modo longas modo breves pronuntiando quinque pro septem tenere maluerit.* Este uso en metonimia es similar al otro pasaje de este mismo autor citado en la nota 2 de la pág. siguiente.

(2) Por ejemplo, trin. 11, 17 *latinitas pronominibus non utitur.* Un uso un tanto más avanzado es el de HIL. in psalm. 54, 11 *proprietatem verbi sive hebraici sive graeci latinitas, uti in multis, non elocuta est*, donde la equivalencia es ya 'frase latina' (el caso no es único; confróntese más allá, 65, 12).

siglo IV no son raras frases del tipo de VITA Anton. epil. página 93, 18 (obra escrita sobre 365) *scientes quantas infirmitates sustinet graecus sermo translatus in latinitatem* (1), o MACR. sat. 1, 17, 7 *Latinitas eum... 'solem' vocavit* (2). No se puede en esta ocasión pasar por alto el célebre texto de San Jerónimo donde el gran estilista y erudito formula un dato de gran importancia para la valoración de la no excesiva capacidad de observación de los autores latinos sobre la realidad de su propia lengua: *cum... ipsa Latinitas et regionibus quotidie mutetur et tempore* (3). En esta misma dirección hay que observar aquí que este uso de *latinitas* ha engendrado una formación paralela para la designación de la 'lengua griega' y se entiende fácilmente que el tránsito ha sido directo sin mediación alguna del concepto de ἑλληνισμός. *Graecitas* se encuentra asociado unas cuantas veces a *latinitas*.

Como no figura esta palabra en el ThLL, séanos permitido dar a continuación algunos de los más antiguos pasajes por su interés, siquiera indirecto, para comprobar el vigor de la palabra que estudiamos. Parece ser una creación de Hilario de Poitiers († 366) que la usa unas diez veces (4), por ejemplo, en trin. 6, 45 (obra del año 360 más o menos): *graecitas, qua lingua apostolus est locutus;* in psalm. 54, 8 *eodem verbo*

---

(1) Este concepto de la incapacidad del latín para expresar los matices del griego es muy antiguo; cf. el pasaje de Lucrecio, nota 6 de la pág. 37.

(2) MACR. sat. 5, 21, 7 conoce aun un uso metonímico = *'latini': de carchesiis ignoratis Latinitati et a sola Graecia celebratis,* de donde se partirá más adelante para llegar al significado 'historia de la lengua latina', a que aludimos después.

(3) HIER. epist. Gal. 2 prol. pág. 357A. B. Kübler, estudiando el latín de las inscripciones africanas en *ALL* 8 [1893] 161, cita una frase idéntica en CYPR. epist. 25. Pese a todos nuestros esfuerzos nos ha sido imposible identificarla en este autor; debe tratarse de un error, aunque haya sido seguido por otros posteriormente, por ejemplo, J. Sofer, *Zschr. f. kelt. Phil.* 22 [1941] 122.

(4) R. J. Kinnavey, *The Vocabulary of St. Hilary of Poitiers,* Diss. Washington, 1935, pág. 3, ya la señala acertadamente como neologismo de este autor. La preferencia de palabras semejantes por parte de Hilario resalta de las estadísticas que presenta esta obra.

utrumque graecitas elocuta est (1). La palabra tuvo su éxito, ya que pocos años más tarde la usa Servio (2); en el año 425 aparece en una constitución conservada en el Codex Iustinianus: *qui facundia graecitatis pollere noscuntur* (14, 9, 3, 1); a fines de este siglo en Soran.: *quod graecitas dioptran vocat* (página 117, 16) y sobre 540 en CASSIOD. inst. div. 1, 23, 2: *qui tanta Latinitatis et Graecitatis peritia fungebatur* (3).

De un uso similar al que hemos citado anteriormente para Macrobio (4), deriva una significación que se halla por primera vez en Prisciano, a saber *latinitas*-'*Romania*', quizá por implícita oposición a Grecia, caracterizada en sentido lato, y ya en la época del autor, por el uso de la koiné. Dice PRISC. gramm. II, pág. 565, 21 *itaque quod deest Latinitatis linguae naturaliter, completur iuncturae ratione,* a no ser que haya que ver en el genitivo un simple equivalente al adjetivo, fenómeno bien frecuente a comienzos del siglo VI (5). Una línea diferente, aunque bastante próxima, es la que podríamos caracterizar con el significado 'mundo literario latino'; es la que resalta en esta frase de nuestro ISID. vir. ill. 19, página 1.093[A] hablando de las obras griegas del Crisóstomo: *e quibus, utitur Latinitas duobus eius de lapsis libellis scriptis ad quemdam Theodorum.*

Tal es, a grandes rasgos, la historia de esta palabra, que podríamos, finalmente, sintetizar así:

---

(1) Otros pasajes, trin. 11, 17. in psalm. 55, 11. 65, 25. 66, 4, etcétera.

(2) ecl. 6, 2 *propter euphoniam contempsit ius regulae et ideo in graecitate permansit.*

(3) TERT, pall. 4, 1 *si est Romanitas omni salus.* Esta palabra es sin duda imitación de 'urbanitas' y 'latinitas', creada por Tertuliano y sin otro ejemplo en la literatura latina, cf. A. Gerlo, *Tert. de pallio,* Wetteren 1940, I, pág. 50, y II, pág. 96. No tiene valor lingüístico.

(4) Vide nota 2 de la pág. anterior.

(5) Lo cual vendría apoyado por el texto siguiente, casi contemporáneo, ALC. AVIT. epist. 47, pág. 86, 22 *quod* (poner *i* breve en *potitur*) *utique ab omni exemplo atque uso integritas Latinitatis excludit.* Hay que ver ya aquí un precedente del significado a que hacemos alusión al estudiar la fórmula *tota latinitas.*

Aparición: incierta como creación.

I estadio de significación: 'propiedad que hace latina la expresión' (Rhet. Her.)

II estadio: 'aplicación concreta de esta propiedad' (Cic.).

III estadio: 'sermo latinus' con sentido gramatical (Caper?, Diom.).

IV estadio: 'lingua latina' (Ter. Maur.).

De aquí *a*) 'frase en lengua latina' (Hil.).

b) 'latinohablantes' (Macr.).

De donde: 1) 'Romania' (Prisc. (1)

2) 'los que leen textos latinos' (Isid.).

V estadio: 'conjunto de obras y escritores latinos', 'historia de la lengua a través del tiempo'.

Este último significado entró pronto en la gramática y de ahí pasó a usarse abundantemente en el latín humanista y moderno. El primer ejemplo que hemos encontrado de esta significación remonta ciertamenta ya a la época de Carlomagno, así en los SCHOL. Vindobonensia Hor. ars 50 (ed. Zechmeister, Viena, 1877), se lee: *Romanis qui sicut sunt expediti in aliis rebus, ita etiam expediti et succinti volunt esse in sermonibus suis -nam tota latinitas breviloquio gaudet.* Es característico de este concepto la iunctura constante con *tota* (2).

(1) De esta significación se ha partido sin duda para la medieval que recoge Du Cange, s. v. el cual la explica así: *Latinitas*, occidens, ubi latina lingua in usu in divinis officiis et ubi Christiani Latinam agnoscunt ecclesiam.

(2) La idea del *breviloquium*, de la *simplicitas*, que como ideal aparece en Horacio, es una constatación del latín ya en MACR. exc. gramm. V, pág. 632, 16 *contenta simplicibus latinitate compendiis;* pero aquí es aún 'lengua latina'. Todavía habría aquí que aludir al uso moderno de *latinitas argentea*, etc. En estos casos, se trata de una adaptación al empleo que acabamos de analizar, de una calificación que deriva en última instancia del ciceronianismo humanista. En un valor más preciso de 'lengua especial', sin valor estilístico-gramatical, hay ya un precedente en VIRG. gramm. epit. 15, pág. 88, 22 *hic scribsit librum nobilem de duodecim latinitatibus.*

Así esta palabra, primeramente nacida como calco de un término retórico griego, pasó poco a poco a designar el mismo ser de la lengua latina, la unidad y fortaleza del mundo que Roma había fundido en idéntico ser y creer, y, finalmente, durante la Edad Media, llegó incluso a expresar la comunidad espiritual que, vinculada por la lengua, era aún la herencia del Imperio Romano.

M. C. DÍAZ Y DÍAZ.

Munich.

ZUR FRAGE DER 'SCHULD' DES TIBERIUS GRACCHUS (1).

Die wissenschaftliche Diskussion über die Gracchen hat vor allem drei Probleme behandelt, erstens, wie natürlich, die Frage des tatsächlichen Ablaufs der Ereignisse—bei Tiberius Gracchus bestehen weder hinsichtlich ihrer zeitlichen Folge noch der inneren Logik irgendwelche Zweifel—, zweitens die der Quellen—da wir die ersichtlich von vornherein nach Beurteilung und Tendenz stark voneinander abweichenden Primärquellen nicht zu rekonstruieren vermögen, sind wir am Ende doch auf ein kritisch-eklektisches Verfahren angewiesen—, drittens die der Beurteilung. Keiner der Historiker, der über die Gracchen geschrieben hat, konnte an dieser Frage vorübergehen. Dass sie aber zum Thema einer besonderen Abhandlung gemacht werden konnte, durch E. von Stern in seinem Aufsatz 'Zur Beurteilung der politischen Wirksamkeit des Tiberius und Gaius Gracchus', Hermes 56, 1921, 229-301, ist kein Zufall. Gerade weil das Geschehen so einfach war, weil es über das Tatsächliche Meinungsverschiedenheiten kaum geben konnte, gewann die Frage der Beurteilung, und zwar nicht etwa erst in der modernen Wissen-

(1) Dieser Aufsatz ist hervorgegangen aus der Einleitung zu einem Band von Übersetzungen antiker Quellentexte mit dem Titel 'Soziale Kämpfe und Revolutionen in Rom', der, nun mit erweiterter, auf den hellenistischen Osten ausgedehnter Themastellung, wahrscheinlich in absehbarer Zeit im Artemis-Verlag in Zürich erscheinen wird.

schaft, sondern schon bei den Zeitgenossen und Augenzeugen, eine um so grössere Bedeutung, ja sie ist die Frage schlechthin. Es ist eine wissenschaftliche Situation, wie sie etwa Schiller im Prolog zum Wallenstein formuliert: «Von der Parteien Gunst und Hass verwirrt schwankt sein Charakterbild in der Geschichte», oder Tacitus in dem berühmten Satz ann. 1,8 *cum occisus dictator Caesar aliis pessimum, aliis pulcherrimum facinus videretur*. Dass die Geschichtsforschung und -schreibung, die ihrer Natur nach 'pragmatisch' ist, Fragen dieser Art mit ihren Methoden nicht zu bewältigen vermag, ja ihnen sogar auszuweichen geneigt ist, liegt in der Natur der Sache. Denn es handelt sich jeweils um Probleme des *Masstabs* der Beurteilung, eines Masstabs jedoch, der, meiner Ansicht nach jedenfalls, niemals vorgegeben, sondern gegenständlich-immanent ist und sein muss. Es ist meine Absicht, erstens dies zu zeigen, zweitens die Masstäbe selbst zum Problem zu erheben und der Diskussion zu unterziehen. Ich befinde mich damit in der schwierigen Lage, dass diese Arbeit die festgezogenen Grenzen der Gattungen überschreitet, ja noch mehr: sie niederzureissen unternimmt. Sie ist nicht historisch, denn sie handelt nicht von den Ereignissen, sondern setzt sie als bekannt voraus, sie stellt nicht dar, sondern unternimmt das Wagnis reiner Diskussion, oder um es unfreundlicher auszudrücken, reinen Raisonnements. Sie ist ebenso wenig philosophisch, denn sie bleibt in ihrer Fragestellung der schon von den Handelnden selbst geführten und dann bis in die Gegenwart unablässig fortgesetzten politischen und geschichtlichen Diskussion verhaftet. Es ist jedoch meine Überzeugung, dass einerseits für die Geschichtswissenschaft die Grenzüberschreitung, die hier zum Prinzip einer Abhandlung gemacht wird, schlechthin unvermeidlich ist, dass andererseits die Philosophie gut daran täte, entschiedener aus dem Bannkreis ihrer nun schon fast fachwissenschaftlich gewordenen Problemgeschichte herauszutreten, die Probleme dort aufzugreifen, wo sie liegen, nämlich im 'Leben', d. h. im Sein des Menschen, und den Handelnden und Leidenden zu der Selbstbesinnung zu verhelfen, deren sie so

dringend bedürfen. Ist dies nicht das Verfahren des Sokrates gewesen? Möge also sein grosses Vorbild—sofern wir ihm wirklich zu folgen vermögen—unseren bescheidenen Diskussionsversuch rechtfertigen.

Ich gedenke wie gesagt von der von Tiberius Gracchus und seinen Gegnern geführten Diskussion auszugehen, die seither ununterbrochen fortgesetzt worden ist, begebe mich also von vornherein und aus Grundsatz eigener Entscheidung und eigenen Urteils, oder von einer anderen Seite her gesehen: Ziel dieser Arbeit kann nur die Klärung bereits bestehender Urteile sein. Nun aber hat wie bemerkt—als einziger, soviel ich sehe—E. von Stern die Beurteilung der Gracchen zum Gegenstand einer besonderen Abhandlung gemacht. Er fasst die Urteile der Älteren bis hinauf zu Tiberius Gracchus und seinen Zeitgenossen zusammen und versucht sie kritisch zu klären. So stehe ich denn in seiner direkten Nachfolge. Dies ist der Grund, weshalb ich meine eigene Ansicht in der Form einer Auseinandersetzung mit ihm entwickle, und ich hoffe, dass dieses Verfahren auch dort nützlich und erträglich bleiben wird, wo die Unzulänglichkeit seiner kritischen Stellungnahme offen zu Tage liegt. (1).

---

(1) Die grundlegende Arbeit zu den Gracchen ist Ed. Meyer, Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen, Halle 1894, in erweiterter Fassung Kleine Schriften I 1910, 381-439. Rezension dieser Arbeit von Ed. Schwartz Gött. Gel. Anz. 1896, 792-811. Ferner nenne ich E. Kornemann, Zur Geschichte der Gracchenzeit, Klio Beiheft 1, 1903. R. von Pöhlmann, Zur Geschichte der Gracchenzeit, Aus Altertum und Gegenwart, Neue Folge 1911, 132 ff. Fraccaro, Studi sull' età dei Gracchi, Città di Castello 1914 (mir nicht zugänglich). Fr. Münzer, Realencyklopaedie (RE) II A 2, 1375-1400 (Gaius Gracchus), 1409-1426 (Tiberius Gracchus). Fritz Taeger, Untersuchungen zur römischen Geschichte und Quellenkunde. 1. Tiberius Gracchus, Stuttgart 1928. Ernst Meyer, Römischer Staat und Staatsgedanke, Zürich 1948, Kapitel 3: Wandlung aund Auflösung 258 ff. Dort auch jüngere, mir nicht zugängliche Literatur. Auf die ebenso klare wie gerecht abwägende Darstellung Ernst Meyers sei besonders hingewiesen. Ich führe in Anmerkungen einige besonders wichtige Äusserungen von ihm an.

Stern geht aus von der ausserordentlich starken Divergenz in der Beurteilung der Gracchen, ebenso sehr im Altertum wie in neuerer Zeit. (1). «Die Antwort auf diese Frage ist sehr verschieden ausgefallen, je nach den Anschaungen und Tendenzen der Epoche, in der diese Forscher lebten, je nach ihren persönlichen Sympathien und Antipathien, je nach dem Vermögen, aus der uns überkommenen zum Teil lückenhaften, zum Teil widerspruchsvollen Überlieferung über die gesetzgeberische und reformatorische Tätigkeit der Gracchen, über ihr Vorgehen und ihre Endziele ein einigermassen gesichertes Bild zu gewinnen». Damit ist das Problem gestellt. «Anschauungen und Tendenzen der Epoche», «persönliche Sympathien und Antipathien»: wenn diese für die Beurteilung der politischen Wirksamkeit der Gracchen massgebend waren, dann war diese Beurteilung keineswegs eine wissenschaftliche. Erste Voraussetzung eines wissenschaftlichen Urteils ist, dass es sine ira et studio, ohne Parteilichkeit, überhaupt ohne vorgefasste Meinung abgegeben wird. Jedoch ist dies lediglich die Voraussetzung. Erst jenseits von ihr erhebt sich das eigentliche Problem: Wie sind Werturteile als wissenschaftliche Urteile möglich? Jedoch auch schon die Voraussetzung ist in sich problematisch.

Nehmen wir als Beispiel die Aufgabe, eine Geschichte der

---

(1) Fr. Münzer RE II A 2, 1409 ff.: «Die Kenntnis seiner (des Tiberius) Geschichte beruht auf einer gleichzeitigen Überlieferung, die von solcher Güte, Reichhaltigkeit und Zuverlässigkeit ist, wie sie für bedeutsame Ereignisse einer fernen Vergangenheit nur sein kann. Aber die von ihm ausgehende Bewegung zwang die Mitlebenden unwiderstehlich zur Parteinahme; deswegen waren schon die Aussagen der ersten Zeugen durch ihre Parteistellung, zum mindesten unbewusst, beeinflusst und nicht frei von Widersprüchen, zumal da die Begebenheiten bei dem überstürzten Lauf der Dinge oft nicht deutlich beobachtet waren. Die zusammenfassenden Darstellungen haben von Anfang an die Tatsachen unter bestimmten Gesichtspunkten betrachtet, ausgewählt, angeordnet und geschildert. Die nachhaltige Wirkung der gracchischen Bewegung machte es auch den folgenden Zeiten unmöglich, sich zu einer unbefangenen Darstellung zu erheben, und das gilt im Grunde auch für die Gegenwart und Zukunft.» usw.

Reformation zu schreiben. Was heisst hier sine ira et studio, ohne Parteilichkeit? Kein Zweifel, dass am freiesten von Sympathie und Antipathie ein Nicht-Christ wäre, d. h. ein Mann, den die Streitfragen, um die es damals ging, innerlich überhaupt nicht berühren. Ebenso klar aber ist, dass ein solcher unfähig wäre, an diesem Ereignis überhaupt Interesse zu nehmen. Seine Interesselosigkeit jedoch wäre wahrscheinlich sogar noch viel verhängnisvoller als der Hass und die Liebe. Denn wenn diese auch, wie das Sprichwort sagt, blind macht, so machen beide doch in gewisser Hinsicht auch wieder hellsichtig: Dem Liebenden erschliessen sich Dinge, die dem Gleichgültigen ewig unverständlich bleiben, und das Auge des Hassenden sieht mit äusserster Schärfe jeden Fehler an dem, der gehasst wird.

Wie ist aus diesem Dilemma herauszufinden? Eben an unserem Gegenstand, den Gracchen, müssen wir selbst versuchen, entweder uns durch die Macht der Tatsachen überzeugen zu lassen, dass es unmöglich ist, oder ein Beispiel aufzustellen dafür, dass die Aufgabe doch gelöst werden kann. Wir müssen also das Resultat unserer Untersuchung abwarten. Trotzdem will ich, vorgreifend, das vermutliche Ergebnis schon zuvor aussprechen, es sozusagen als Arbeitshypothese vor den Leser hinstellen, damit er prüfen kann, ob sie sich an unserem Gegenstand bewährt oder nicht. Was geschehen kann und zu geschehen hat, ist dies: Die Diskussion zwischen den Parteien muss an dem Punkt wieder aufgenommen werden, an dem sie fallen gelassen worden ist, und fortgesetzt werden bis zu ihrem letzten Ende, d. h. es müssen die Prinzipien gefunden werden, die dem Streit zugrunde liegen, oder was dasselbe ist, die Kriterien, von denen aus er geschlichtet werden kann. Dabei sind wir Nachlebenden—sofern überhaupt unsere Kraft ausreicht, dieser unendlich schweren Aufgabe Herr zu werden—in einer Hinsicht gegenüber den Streitenden im Vorteil, in einer anderen im Nachteil. Im Nachteil insofern, als jener Streit durchaus nicht nur oder auch nur in erster Linie in der Form der Diskussion geführt worden ist—nur der Publizistik ist die Form der Diskussion eigen—, sondern weit

mehr handelnd. Aber müssen nicht auch wir den durch das Auftreten Luthers entfachten Streit weiter in uns selbst und in der Auseinandersetzung mit der uns umgebenden Welt austragen? Ist nicht auch unsere Zeit von sozialen Fragen ganz ähnlicher Art wie die der Gracchen bewegt? Gelten nicht gewisse Gesetze—zum Beispiel das von Stern S. 258 mit dem französischen Satz formulierte: il n'y a que le premier pas, qui coûte—für jedes politische Handeln, für alles Handeln überhaupt, so dass auch wir uns immer, sofern wir handeln, in derselben Verstrickung befinden, in der die Gracchen sich befunden haben? Unser Handeln ist niemals autonom, es beginnt niemals ab ovo, sondern tritt hinein in eine bestimmte Situation, die allgemein durch die gesamte Geschichte, im besonderen durch die Vorgeschichte gerade dieser Lage geschaffen ist, d. h. wir übernehmen jeweils ein Erbe, manchmal als wertvolles Kapital, weit häufiger als eine schwere Last und eine drückende Fessel. Sodann: es gibt kein Handeln ohne Widerstände, ohne Gegner, und ist es nicht so, dass das Gesetz des Handelns weit häufiger auf der Gegenseite liegt als bei uns? Mit anderen Worten: wir sind im Handeln in hohem Masse unfrei, und dies allein ist, um die auch von Stern gebrauchte, unglückliche und böse Wendung zu übernehmen, ein 'entlastendes' Moment von grossem Gewicht, auch für die Gracchen.

Der Vorteil auf unserer Seite liegt darin, dass wir das Ergebnis und die Folgen des Handelns der Vergangenheit kennen. Eben darin aber haben wir bereits die massgebende Kritik, das Urteil der Geschichte in Händen. Über die Frage, ob der Erfolg *das* Urteil der Geschichte ist, werden wir nachzudenken haben; sie sei daher zurückgestellt. Hingegen dürfte es notwendig sein, sich den Unterschied zwischen der rückschauenden Betrachtung und dem vorwärts gerichteten Blick des Handelnden, nein: seinem Voranschreiten in eine dunkle Zukunft noch etwas klarer zu machen und zu vergegenwärtigen. Wir kennen dies Letztere alle, denn es ist die Situation, in der wir darinstehen, und trotzdem, so merkwürdig es ist, wir vergessen immer wieder von neuem diese Grundtatsache

unserer menschlichen Existenz, vor allem aber vergisst es die Geschichtsbetrachtung. In der Geschichte liegt alles vor uns in hellem Licht—in mehr oder weniger hellem Licht übrigens—, wir können ihr Buch vorn oder hinten aufschlagen, vorwärts oder rückwärts blättern, wie es uns gefällt. Das Gesetz von der Einsträngigkeit der Zeit, von der Unumkehrbarkeit ihrer Richtung hat seine Geltung verloren. Vor allem: die Geschichtswissenschaft lehrt uns jedes Ereignis, jede Handlung aus ihren Prämissen verstehen, d. h. die Richtung der aus der Vergangenheit in die Zukunft fortschreitenden Zeit hat durch die geschichtliche Betrachtung geradezu eine Umkehrung erfahren. Von dem bestimmten Factum, das uns beschäftigt, greifen wir zurück auf seine Ursachen, seine Vorbedingungen, seine Motive, und bilden uns gar noch ein, jenes durch diese 'erklären' zu können. Für den Handelnden ist das alles ebenso gegeben, bewusst oder unbewusst, aber es ist lediglich die Ausgangsstellung, der Startplatz, das Kapital an Kraft, schliesslich die Voraussetzung für Ziel- und Aufgabenstellung. Zu dem allen aber tritt hinzu als der entscheidende Factor ein ineffabile, die Wendung und Ausrichtung nach vorn, kurz der Wille. Über dem Willen jedoch waltet nicht mehr das Gesetz der Ursache, der Bedingung und Bedingtheit, sondern der Ruf der Verantwortung, nicht im moralischen, sondern in einem viel umfassenderen Sinne, womit erstens der Inhalt des Gewollten, das Ziel, seine Begründung und Rechtfertigung, zweitens die Erreichbarkeit und Erreichung des Ziels, kurz der Erfolg zur Diskussion gestellt sind. Oder schlichter: es geht um zwei Fragen: Wollen wir das 'Richtige', und wenn ja, welche Mittel sind geeignet, das Gewollte zu vollbringen? Aber wenden wir uns nach diesen unter ihrer eigenen Last fast zusammenbrechenden Vorbemerkungen unserer Aufgabe zu.

Wir setzen ein bei der Amtsenthebung des Octavius durch Tiberius Gracchus. Ich stimme zwar der Auffassung Sterns nicht zu, der erklärt, von der Beurteilung dieser Tat sei «die richtige Wertung der Wirksamkeit des Tiberius Gracchus überhaupt im wesentlichen abhängig» (249). Dass sie aber der

Wendepunkt seines Schicksals ist, insofern als er mit ihr seinen Gegnern die Handhabe, die erwünschte Handhabe gegen ihn gegeben hat, ist unbestreitbar.

«Niebuhr hat» dieses Vorgehen des Tiberius Gracchus «als Verstoss gegen den Buchstaben, aber als dem Geist der römischen Verfassung entsprechend bezeichnet. Der junge Mommsen hat in seiner römischen Geschichte (II^{8} 93) die Handlungsweise des Tiberius Gracchus sowohl nach Form wie Inhalt revolutionär genannt; später in seinem Römischen Staatsrecht (I^{3} 630) hat er seine Auffassung dahin abgeändert, dass die Absetzung des Octavius wohl mit dem Geist der römischen Constitution in Widerspruch stehe, dass aber formell beim ganzen Vorgang der Buchstabe des Gesetzes beobachtet sei. Eine dritte, sehr zahlreiche Gruppe von Forschern endlich —ich nenne beispielshalber Neumann, Pöhlmann, Felsberg— hält die Tat des Tiberius Gracchus nicht nur für formal vollständig gesetzlich, sondern auch für conform mit dem Geist der Verfassung, der die Entfernung eines Tribunen vom Amt erheischte, wenn dieser gegen die Interessen seines Auftraggebers, des Volkes, handelte.»

Dies ist die wissenschaftliche Situation, die Stern vorfindet—richtiger: das Chaos der Meinungen—, dies die Fragestellung, die er aufnimmt. Seine Antwort ist die: Tiberius Gracchus hat sowohl gegen den Buchstaben wie gegen den Geist der römischen Verfassung verstossen, ist durch die Absetzung des Octavius aus einem Sozialreformer zum Sozialrevolutionär geworden und hat damit eine Schuld auf sich geladen, für die sein Tod die verdiente Strafe war, auch dann wenn man noch so hart—und Stern ist bereit es zu tun—über seine Gegner, die Nobilität, Scipio Nasica an ihrer Spitze, urteilt.

Sterns Argumente führe ich nur ganz kurz an; sie scheinen mir nach der formalen Seite unwiderleglich. Weder der Hinweis auf die Volkssouveränität, so sagt er—denn «le peuple règne, mais il ne gouverne pas»—, noch auf das Rechtsprinzip «quibus modis adquirimus, iisdem in contrarium actis amittimus», d. h. «wer bestimmte Vollmachten gegeben hat, kann sie auch nehmen» (250), könne als Rechtfertigung gelten. Ein

römischer Magistrat sei nicht absetzbar, sei auch tatsächlich vorher noch niemals abgesetzt worden. Das Volkstribunat aber müsse voll und ganz als Magistratur angesehen werden.

Nicht ebenso überzeugend scheint mir Sterns Erörterung darüber, ob die Absetzung des Octavius mit dem Geist der römischen Verfassung in Einklang stehe oder nicht (253 ff.). «Es gibt gewiss Fälle, wo das summum ius zur summa iniuria wird, wo über den toten Buchstaben des Gesetzes der lebendige Geist der Institution triumphieren muss»: dies gibt er zu, obwohl er kurz vorher gesagt hatte, dass eine Verfassung, die die Absetzung eines Mandanten des Volkes gestatte, «die Anarchie zum Gesetz erheben würde», und sich damit zu dem Grundsatz strenger Legitimität bekannt hatte. Wir stellen die Erörterung der von Stern zugestandenen exceptio zurück und fragen zunächst, inwiefern nach seiner Ansicht die Absetzung des Octavius dem Geist der römischen Verfassung widerspricht. Das Volkstribunat, so führt er aus, war ursprünglich ein plebejisches (übrigens seinem Charakter nach ein revolutionäres) Amt, eingerichtet zur Vertretung und zum Schutz der Plebejer gegen die Willkür der patrizischen Magistrate, seine erste und wichtigste Befugnis das ius auxilii ferendi, das Recht Hilfe zu bringen, aber: «seit dem Rechtsausgleich zwischen Patriziern und Plebejern erscheint dann das Tribunat als vollständig staatliche Magistratur mit allen Kennzeichen und Vorrechten derselben». Trotz seines weiterhin plebejischen und oppositionellen Charakters «konnte das Tribunat nicht mehr ein Organ zum Schutz der niederen und unterdrückten Volksschichten sein, sondern musste der Sachlage nach zum Vertreter der Interessen des ganzen Volkes werden». Insbesondere weist er, wenn auch nur in einem Nebensatz, darauf hin (255), dass «auch die herrschende Klasse vorzugsweise aus Plebejern bestand», und folgert daraus, dass «es dem Geist der römischen Constitution nach durchaus nicht die Aufgabe der Tribunen sein konnte, die Interessen des einen Teiles der Plebs zu vertreten und die des anderen zu ignorieren, sondern dass notwendigerweise ihre Pflichten sich weiter erstrecken und das allgemeine Staatsinteresse der

leitende Gesichtspunkt ihrer Tätigkeit sein musste». Danach wäre also offenbar nach Ansicht Sterns nichts dagegen einzuwenden gewesen, wenn die Volkstribunen die Interessen der Nobilität vertreten hätten, da diese ja zum überwiegenden Teil aus Plebejern bestand. Denn zu behaupten, dass dies im Interesse des Staates läge, konnte niemandem verwehrt werden. Cicero tut es bekanntlich mit Emphase. Ich meine erstens: wenn ein Gegensatz zwischen Patriziern und Plebejern nicht mehr bestand, dann war das Tribunat überflüssig geworden und konnte abgeschafft werden; wenn es trotzdem erhalten blieb, dann musste seine Aufgabe weiterhin von ihrem ursprünglichen Sinn her, wie er durch das ius auxilii ferendi bestimmt ist, definiert bleiben, d. h. als die Aufgabe, den Unterdrückten beizustehen. Dies aber würde bedeuten, dass auch Octavius an diesen Auftrag gebunden war. Dass sie nur im Einklang mit dem Staatsinteresse, nicht gegen dieses durchgeführt werden durfte, versteht sich von selbst. Wie aber sollte auch das Recht der Unterdrückten dem Staatsinteresse zuwider sein? Wenn jedoch Octavius aus irgendeinem Grunde—und dies ist der zweite Punkt—den Antrag des Tiberius als den Interessen des Staates widerstrebend ansah, dann musste eben dies in offener Diskussion durchgefochten werden. Sofern wir vom Staatsinteresse ausgehen, dürfen wir Octavius nicht zugeben, dass er sich hinter seinem Veto-Recht verschanzte und sich darauf berief, eine Begründung für seinen Einspruch nicht schuldig zu sein. Wir enden damit nur wieder bei der Frage nach dem formalen Recht, die wir nunmehr hinter der nach dem Geist der Verfassung zurücktreten lassen wollten. Nein, der Geist der Verfassung forderte von dem Tribunen, wenn nicht Schutz der Unterdrückten, so doch ganz bestimmt Wahrung des Staatsinteresses, denn der erste Grundsatz jeder Verfassung muss lauten: salus publica suprema lex esto. Was also verlangte das Staatsinteresse? (1). Alle anderen Fragen müssen davor zurücktreten. Jeder

(1) Ich verwende diesen von Stern eingeführten Begriff gleichbedeutend mit salus publica, was man auch wohl mit Gemeinwohl

Rechtsgrundsatz formaler Art wird, wenn er dem widerspricht, mag er noch so sehr summum ius sein, zur summa iniuria. Im übrigen aber, daran kann bei aller Skepsis gegen die Güte unserer Überlieferung kein Zweifel sein: Octavius hat entweder gar nicht oder nur akzessorisch an die res publica gedacht; er hat vielmehr den Standpunkt und die Interessen der possessores des ager publicus vertreten, d. h. der Besitzenden, in erster Linie der Nobilität. Wir wollen nicht von vornherein behaupten, dass sich für diese Interessen keine Rechtsgründe, nicht nur formaler, sondern auch sachlicher Art, hätten ins Feld führen lassen. Dass sie in der Debatte ins Feld geführt worden seien, berichtet jedoch die Überlieferung nicht, und ich meine, wir werden ihr in diesem Punkte glauben können.

Wir haben also, das ist das Ergebnis der bisherigen Erörterungen, drei Rechtsprinzipien gefunden, die in Konkurrenz stehen und daher gegeneinander abgegrenzt werden müssen: den formalen Gesichtspunkt der Unverletzlichkeit der Verfassung, die Pflicht des Tribunen zum Schutz der Unterdrückten, die sinngemäss aus dem ius auxilii ferendi abgeleitet werden zu müssen schien, und das allgemeine Prinzip des Staatsinteresses. Von diesen ist das letztere unbestimmt und bedarf der Klärung, eine Aufgabe, die im folgenden unternommen werden soll. Zu bemerken ist dabei, dass Staatsinteresse und Legitimität, wenn man es der Einfachheit halber so bezeichnen darf, nicht auf einer Ebene stehen, nicht kommensurabel sind. Der Begriff des Staatsinteresses stellt keine Rechtsnorm im eigentlichen Sinne des Wortes dar, ist vielmehr eine Idee, die ihrerseits allem Recht vorgegeben ist und

---

übersetzen könnte, nicht im Sinne von Staatsraison. Wenn dieser letztere Begriff vielleicht einen üblen Beigeschmack haben mag, so liegt das einerseits am modernen Staatsbegriff, andererseits an dem der Rationalität, in dem ratio nur noch in der Bedeutung Rechnung, Kalkül, nicht mehr in der Bedeutung des griechischen λόγος enthalten ist. Ich bitte hier unter Staat res publica zu verstehen, nicht den Machtmechanismus des modernen Staates, der sich absolut setzt und darum zu einem Menschenopfer fordernden Moloch werden kann.

es begründet. Darin liegt seine Stärke, ja sogar seine Überlegenheit, aber auch seine Schwäche. Wer jenes vertritt—wir setzen voraus, dies sei wirklich der Fall—, hat den Geist der Verfassung für sich, d. h. das sittliche Recht. Aber Recht im prägnanten Sinne des Wortes kann immer nur das positive Recht, der Buchstabe des Gesetzes sein, und darin liegt die Stärke der Position auf der Gegenseite. Damit aber sind wir eben an dem Problem angelangt. Es lautet: 1. Wie weit geht der Geltungsbereich des formalen Rechts, welches ist das Rangverhältnis der Verfassungsparagraphen auf der einen, des Prinzips des Staatsinteresses auf der anderen Seite, und wie ist im Konfliktsfall zwischen diesen inkommensurablen Grössen zu entscheiden? 2. Wie kann die Idee des Staatsinteresses zu einem einsichtigen Prinzip politischer und—vielleicht—rechtlicher Entscheidungen gemacht werden?

Es könnte leicht die Befürchtung entstehen, dass wir uns, indem wir diese Fragen aufwerfen, in ein bodenloses Unternehmen stürzen. Dem ist, wie ich meine, nicht so. Die Frage 1 nämlich lässt sich zum mindesten hinsichtlich des *Geltungsbereichs des formalen Rechts* präzise beantworten. Eine Verfassung, so sagt Stern (253), die die Amtsentsetzung eines seinen Wählern unliebsamen Deputierten gestatten würde, «würde die Anarchie zum Gesetz erheben». Damit ist der Geltungsbereich des formalen Rechts ebenso kurz und bündig wie zutreffend bezeichnet. Das Gesetz als solches—sein Inhalt steht hier nicht zur Diskussion—gewährleistet im bürgerlichen wie im staatlichen Leben die Ordnung, verhütet Willkür und Gewalt. Genau so wie ein Spiel unmöglich ist ohne feste Regeln, an die jeder Mitspieler gebunden ist und sich bindet, so ist auch das Zusammenspiel der Menschen mit- und gegeneinander im privaten und öffentlichen Leben unmöglich ohne eine durch Recht und Verfassung festgestellte, durch die Macht des Staates garantierte Ordnung. Mit diesem Vergleich bin ich absichtlich und bewusst herabgestiegen in eine tiefere Ebene. Ich glaube damit einerseits die Würde des Rechts nicht verletzt zu haben—seine Würde nämlich nimmt es aus seinem Inhalt, aus der sittlichen Unabweisbarkeit sei-

ner Forderungen—, andererseits aber die Grenze seiner Geltung klar und scharf abgezeichnet zu haben. Dass Ordnung notwendig ist, weiss ein jeder, und darum ist es undenkbar, dass sich jemand zum Widersacher des formalen Rechts als solchen aufwerfen könnte. Aber die Ordnung ist nicht an sich heilig, sondern sie hat wie alles im menschlichen Leben eine bestimmte lebenswichtige, existenzielle Aufgabe zu erfüllen, d. h. ihr Sinn ist funktional.

Dies nun freilich ist ein Punkt, an dem wir uns von Stern radikal unterscheiden, und eben dieser Unterschied ist von grundlegender Bedeutung auch für die Beurteilung der politischen Wirksamkeit der Gracchen. Stern ist Legitimist von strengster Observanz. Das ist der Grund, weshalb ihn die Frage so sehr interessiert, ob Tiberius Gracchus «den Boden der Gesetzlichkeit verlassen» hat oder nicht (240). Er betont nachdrücklich, dass der Gesetzesantrag des Tiberius «unzweifelhaft vollkommen legal» gewesen sei «und fernab von jeder revolutionären Tendenz» gelegen habe (243), dass es «eine durchaus gemässigte, jeden Radikalismus vermeidende... Massnahme» gewesen sei (244). Sehr merkwürdig übrigens ist in diesem Zusammenhang folgender Satz (247 unten): «Vom Rechtsstandpunkt aus ist die Frage nach den Motiven für diese Einsprache des M. Octavius vollständig irrelevant; sie hat nur kultur- und sittengeschichtliches (?!) Interesse»: so sehr überwiegt bei ihm der Gesichtspunkt des formalen Rechts; die Frage des sachlich 'Richtigen' wird kurzer Hand beiseite oder vielmehr auf ein eigentümliches Abstellgleis geschoben. Und nun verstehen wir auch, weshalb er schreibt, von der Beantwortung der Frage, ob Tiberius Gracchus einen Verstoss sei es gegen den Buchstaben, sei es gegen den Geist der Verfassung begangen habe, sei «auch die richtige Wertung seiner Wirksamkeit im wesentlichen abhängig» (249). Zum Schluss die charakteristischsten Äusserungen (239): «Während nach Poseidonios-Diodor C. Gracchus die volle Verantwortung dafür trifft, wie wir heute sagen würden, 'den ersten Schuss

abgegeben zu haben' (1), liegt nach der demokratischen Tradition bei Plutarch die Schuld daran ausschliesslich auf der Seite der Gegner; der vermittelnde Standpunkt der Primärquelle Appians dokumentiert sich darin, dass C. Gracchus zwar nicht von jedem Verschulden freigesprochen, aber doch wesentlich entlastet wird; das aggressive Vorgehen seiner Freunde beruht auf einem Missverständnis, auf falscher Deutung einer unwilligen Bewegung ihres Führers». Das bedeutet: nicht wer sachlich im Recht ist, sondern wer 'angefangen' hat, ist der Schuldige. Ich brauche nicht darzulegen, welche unerträgliche Verlogenheit dieser Grundsatz zur Folge haben muss und, solange es Streit zwischen Menschen gegeben hat, bis auf diesen Tag zur Folge gehabt hat. Die Konsequenz ist die, dass man nicht darauf bedacht ist, im Recht zu sein, oder richtiger: sich selbst zu prüfen, ob und wieweit man im Recht ist, sondern allein darauf, den anderen formal ins Unrecht zu setzen. Und am wichtigsten: es erregt Stern auf das tiefste die Frage, ob Tiberius Gracchus ein «Sozialreformer» oder ein «Sozialrevolutionär» gewesen sei (233. 239 unten. vgl. 255 unten. 260 ff.). Als Sozialreformer wäre er gerechtfertigt, als Revolutionär hätte er sich aufs schwerste belastet, es träfe ihn ein schweres Verschulden (z. B. 239. 240). Letzten Endes nämlich kommt es bei der Beurteilung der politischen Wirksamkeit der Gracchen durch Stern nicht auf das hinaus, was man als eine historische Würdigung bezeichnen könnte, sondern auf ein Urteil in einem Kriminalprozess, oder kürzer: die Beurteilung ist nicht eine geschichtliche—obwohl doch Stern Historiker war—, sondern eine juristische. Nur auf der Grundlage des formalen Rechts ist eine solche Betrachtungsweise überhaupt möglich. Wenn wir damit recht haben, dass das formale Recht lediglich Ordnungsfunktion hat, dass die Würde, die Heiligkeit des Rechts niemals hieraus, sondern allein aus seinem Inhalt hergeleitet werden

(1) Genau dieselbe Urteilskategorie bei Fr. Münzer RE II A 2, 1393 Zeile 54: «so dass ihn die Verantwortung für den ersten verhängnisvollen Schritt trifft».

kann, dann fällt diese Betrachtungsweise in sich zusammen, und wir müssen versuchen, an ihre Stelle eine andere, angemessenere zu setzen.

Die Betrachtung, die mir die richtige scheint, muss einen doppelten Weg einschlagen. Erstens nämlich muss die Frage nach der salus publica gestellt und soweit möglich beantwortet werden. Wir hatten gesehen, dass sie auch bei Stern eine wichtige Rolle spielt. Um als Beleg nur eine einzige, bemerkenswerte Stelle anzuführen, so heisst es 255: «Octavius konnte Tiberius mit vollem Recht entgegnen, dass sein Protest seiner tiefsten Überzeugung nach hervorgerufen sei durch höhere Interessen als die der buntscheckigen, auf dem Forum versammelten Menge (nein, die Bauernschaft war zur Abstimmung zusammengeströmt) durch die Interessen des allgemeinen Staatswohles. Ich bestreite nicht, dass man diese Überzeugung des Octavius als unrichtig und unbegründet bezeichnen kann, aber» usw. Die Aufgabe, den Begriff des Staatswohls genau zu bestimmen, ist also erkannt, wird jedoch nicht in Angriff genommen. Zweitens muss erwogen werden, ob die Absetzung des Octavius zweckmässig war oder nicht, d. h. geeignet, Tiberius zu einem Erfolg seiner Politik zu verhelfen. Die Gechichte hat diese Frage mit einem klaren Nein beantwortet. Aber wir dürfen uns, wie mir scheint, nicht mit der reinen Faktizität zufrieden geben, sondern müssen nach einer Begründung für das Urteil der Geschichte suchen. Dabei wird es im wesentlichen auf die Frage hinauskommen, inwieweit der 'Erfolg' als Kriterium, Masstab und Norm unseres Handelns im allgemeinen, des politischen Handelns im besonderen angesehen werden kann.

Wir gehen zunächst dem ersten Problem nach, beginnen bei Octavius und erklären kurz und bündig: dass dieser sein Veto eingelegt habe in *Wahrnehmung der «Interessen des allgemeinen Staatswohles»*, ist nicht nur unglaubhaft, sondern widerspricht der Überlieferung, der man an diesem Punkte zu misstrauen m. E. keinen Anlass hat. Bei Appian steht klar und deutlich, er sei von den Besitzenden angestiftet worden, Einspruch zu erheben. Dass der Senat es zur Methode ausge-

bildet hatte, einen unbequemen Tribunen durch einen anderen lahmlegen zu lassen, ist bei Livius zu wiederholten Malen, besonders eindrücklich 2,44 (1) ausgesprochen. Tiberius standen in seinem Kampf handfeste, wenn man will brutale Interessen der Besitzenden gegenüber: wie will man also annehmen, dass der entscheidende Widerstand von etwas anderem als eben von diesen Interessen in Bewegung gesetzt worden sei? Dass auch diese Interessen einen Rechtsgrund zu haben meinten oder zu finden versuchten, versteht sich von selbst. Welches Interesse auf dieser Welt hätte das nicht getan, und dieses Unternehmen kann deshalb, weil man das Recht vom Rechtsanspruch, d. h. existenziell herleiten und begründen muss, keineswegs an sich als ungerechtfertigt gelten. Trotzdem, wenn ein Interesse entweder dem klar erkannten Gemeinwohl entgegentritt oder sich weigert, sich mit ihm auseinanderzusetzen, dann ist es eindeutig im Unrecht. Octavius *war* im Unrecht, und es ist überaus merkwürdig, dass in der ganzen Diskussion, vor allem bei Stern, aber auch bei der Mehrzahl der übrigen Forscher—Pöhlmann, der bekanntlich den Standpunkt des Sozialismus einnimmt, macht hiervon eine Ausnahme—immer nur von der möglichen oder wirklichen Schuld der Gracchen die Rede ist, während die Schuld der Nobilität, wenn schon, dann mit solcher Selbstverständlichkeit zugegeben wird, dass sie eben dadurch einfach aus dem Blickfeld verschwindet.

So viel zu Octavius. Und nun zu Tiberius selbst. Da dürfte denn zunächst an dem ἄριστον βούλευμα (2), der besten Absicht, dem besten Vorhaben, schlechterdings kein Zweifel erlaubt sein, und zwar sowohl in subjektiver wie in

---

(1) Perturbatis iterum patribus Ap. Claudius victam tribuniciam potestatem dicere priore anno, in praesentia re, exemplo in perpetuum, quando inventum sit suis ipsam viribus dissolvi. neque enim unquam defuturum qui et ex collega victoriam sibi et gratiam melioris partis bono publico velit quaesitam; et plures, si pluribus opus sit, tribunos ad auxilium consulum paratos fore, et unum vel adversus omnes satis esse.

(2) Appian bell. civ. I 71.

objektiver Hinsicht. Das erstere steht ohne weiteres fest, denn welches persönliche Interesse könnte wohl der Grund für die Politik, die er einschlug, gewesen sein? (1). Die objektive Begründung, die die Überlieferung bietet, ist folgende. Auszugehen ist von den Begriffen πολυανδρία, εὐανδρία und ihrem Gegenteil. Das Peuplierungsproblem seinerseits steht erstens unter militärischem Gesichtspunkt. Tiberius fürchtet den Rückgang der italischen Wehrkraft und gleichzeitig eine unmittelbare Bedrohung des Reichs durch die Sklavenmassen auf den Latifundien, eine Gefahr, deren Ernst der sizilische Sklavenkrieg vor aller Augen gestellt hatte. Dass dieses Argument, wie Ed. Schwartz meint (2), augusteisch sei, d. h. erst durch einen späteren Historiker Tiberius Gracchus untergeschoben worden wäre, davon kann keine Rede sein. Die spanischen Kriege, insbesondere die Katastrophe von Numantia, an der Tiberius selbst beteiligt gewesen war, mussten jeden lehren, wie es um die römische und italische Wehrkraft stand. Das zweite Argument ist in der Frage formuliert: ob es nicht recht sei, dass der gemeinsame Besitz gemeinsam verteilt werde, und ob nicht immer der Bürger rechtbürtiger sei als der Sklave (Appian b. c. 1, 44). D. h. es wird ein Recht des Bürgers an den Staat im allgemeinen, an den ager publicus im besonderen postuliert, ein Gesichtspunkt, der vielleicht auch für die Beurteilung der Getreidegesetze des C. Gracchus nicht ohne Bedeutung sein dürfte. Die Reise durch Etrurien, von der Plutarch nach C. Gracchus berichtet —man würde sich ohne diese Quellenangabe wundern, dass es erst einer solchen Reise bedurfte—, kommt als bestimmender erster Eindruck hinzu: das Land ist menschenleer; die es bestellen und die Herden darauf hüten, sind Sklaven. Die zuerst genannten beiden Argumente haben etwas Überzeugendes durch ihren handgreiflich konkreten Charakter: ein In-

(1) Das Motiv der gloria, dem Gaius Gracchus in dem bei Gellius 11, 10 erhaltenen Redefragment Ausdruck gibt, darf ausser Betracht bleiben.

(2) Gött. Gel. Anz. 1896, 803.

teresse des Staates und ein Interesse am Staat oder besser an der res des Volkes, eine solche Begründung steht, so scheint mir, einem römischen Volkstribunen wohl an. Es schimmert, wenn ich nicht irre, ausserdem noch ein drittes, tieferes Motiv durch, das was man Liebe zum Leben an sich nennen könnte (1), aber unbestimmter, nicht mit voller Sicherheit greifbar. Wir sehen daher im gegenwärtigen Zusammenhang davon ab, es in den Kreis unserer Erwägungen zu ziehen. Wie man nun aber über diesen letzten Punkt denken mag, unstreitbar bleibt, dass Tiberius Gracchus ein echtes Staatsinteresse wahrgenommen hat. Die Entwicklung zum Latifundienbetrieb mit Sklavenherden war in hohem Grade ungesund. Sie war zwar privatwirtschaftlich rationell, wie allein die Tatsache beweist, dass das italische Bauerntum dieser Konkurrenz nicht gewachsen war. Jedoch—und dies kann als ein Grundsatz von unbezweifelbarer Evidenz ausgesprochen werden—, Rentabilität ist kein politischer Gesichtspunkt. Die salus publica ist auch in dem Sinne, nein, in diesem Sinne zuerst und vor allem anderen oberstes Gesetz, dass der Bestand des Volkes die letzte und höchste Norm aller politischen Erwägungen sein muss, und dieser Bestand war durch die wirtschaftliche Entwicklung auf das schwerste bedroht. Rom war darauf und daran, sich selbst zugrunde zu richten.

Nun aber melden sich die Einwände zum Wort, echte Einwände, das kann gar nicht verkannt werden. Den ersten Einwand kann ich Stern freilich nicht zugeben. Ich meine nicht seinen Satz (245), der Widerstand der Nutzniesser des Staatslandes sei verständlich genug gewesen. Er gibt ihn selbst sogleich wieder preis, indem er erklärt, weder der Antragsteller noch die öffentliche Meinung in Rom hätten Veranlassung gehabt, hierauf besondere Rücksicht zu nehmen. Auf derselben Linie aber liegt es, wenn er die Frage aufwirft (246), «ob es wirklich im Staatsinteresse gelegen habe, um den Kleinbauernstand neu zu stärken und zu reorganisieren, die materielle Lage derjenigen Elemente zu erschüttern, die bis-

(1) Angedeutet vielleicht bei Plutarch, Ti. Gracch. 8, 9.

her die festeste Stütze des Staatsorganismus gewesen waren». Sicherlich hätte man die römische Führerschicht nicht zu Gunsten des Bauerntums vernichten dürfen. Aber abgesehen davon dass die Nobilität einen moralisch und politisch gefährlichen Weg ging und ihrerseits einer Reorganisation bedurfte: war es wirklich notwendig, dass ihre Mitglieder gezwungen waren, ihr Vermögen in italischem Grund und Boden anzulegen? Die Welt war weit, das römische Reich gross genug geworden. Die Nobilität lebte ohnehin in starkem Masse von den Provinzen, während das Bauerntum an Italien gebunden blieb. Es wäre sehr wohl möglich gewesen, ihr, auch ohne dass sie den Weg der Erpressungen einschlug, eine hinreichende und gesicherte Existenzgrundlage in den römischen Herrschaftsgebieten zu geben. «Weiter», so fährt Stern fort, «konnte es fraglich erscheinen, ob denn der Versuch des Tiberius Gracchus, aus dem grosstädtischen Proletariat einen lebensfähigen Bauernstand zu schaffen, wirklich Aussicht auf Erfolg habe. Das Endresultat der Entwickelung, die Tatsache, dass sehr viele der neuen Bauernhufner, als das Entäusserungsverbot der Landanteile aufgehoben war, ihre Grundstücke verkauften und in die Hauptstadt zurückwanderten, beweist deutlich, dass diese Zweifel nicht unberechtigt waren». Hier nun freilich stehen wir einem Einwand von wirklichem Gewicht gegenüber. Aber auch die Grösse der Schwierigkeiten praktischer Art, die sich aus der langen Okkupationsdauer ergaben: dass auf dem ager publicus sehr viel Arbeit und Kapital investiert worden war, dass die Grenzen zwischen Privateigentum und Staatsland nicht mehr gezogen werden konnten (1), dass das okkupierte Land verkauft, hypothekarisch belastet, als Mitgift an die Töchter vergeben worden war

(1) Vgl. hierzu jedoch Max Weber, Ges. Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte 1924, 225: «Ebenso mussten die Assignationen zu Erbpachtrecht oder gegen Frondienste (Wegefronden) und die *aufgeteilten* steuerpflichtigen Provinzialländereien normalerweise in Flurkarten niedergelegt werden, welche, wenn die Lasten auf der *Parzelle* als solcher hafteten, über deren Lage und Form Auskunft zu geben hatten.»

usw., soll gewiss nicht gering eingeschätzt werden. Trotzdem ist es etwas anderes, diese Schwierigkeiten ernsthaft zu erwägen, etwas anderes, die «Zweckmässigkeit der Massnahmen des Tiberius Gracchus» überhaupt in Zweifel zu ziehen (246). Ich habe den Eindruck, auch Stern wäre in der Lage gewesen, sich den Beinamen eines Sapiens zu verdienen, der Laelius für seinen Verzicht auf die von ihm beabsichtigte Reform zuteil geworden ist.

Es würde keinen Sinn haben, in Erwägungen darüber einzutreten, wie man die zuletzt genannten Schwierigkeiten hätte überwinden sollen. Hätte man doch, würde ich sagen, die Attalische Erbschaft dafür verwandt, ausreichende Entschädigungen an die Possesoren, deren Staatsland eingezogen werden sollte, für ihre Investitionen zu zahlen, so wäre niemandem ein Nachteil entstanden, das Ziel der gracchischen Reform aber war erreicht. Weit ernster ist der Einwand, dass das italische Bauerntum nicht wiederherzustellen war. Stern hat recht: die weitere Entwicklung hat seine Stichhaltigkeit erwiesen. Jedoch erstens, die Konkurrenzunfähigkeit des Bauerntums gegenüber der Latifundien- und Sklavenwirtschaft ist keinesfalls ein Argument, denn der Wettbewerb des Grossgrundbesitzes war ein Wettbewerb mit unlauteren, nein, geradezu mit unsittlichen Mitteln. Wer Poseidonios Schilderung des ersten sizilischen Sklavenkrieges liest (1), wird dieses Urteil voll bestätigt finden. So musste denn also die Konkurrenz ausgeschaltet werden, am besten durch Aufhebung der Sklaverei. Man wird sagen, für das Altertum eine utopische Forderung. Für antike Denkgewohnheiten sicher. Aber ist sie nicht auch noch in der ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts vielen Menschen in der weiten Welt utopisch, indiskutabel, wenn nicht gar als im Widerspruch mit der göttlichen Weltordnung stehend erschienen? Wenn etwas gemeinhin für utopisch gehalten wird, so ist damit noch nicht bewiesen, dass es unrichtig ist. Und die Verstädterung der von ihrer Scholle vertriebenen Bauern? Aber sie *waren* doch ein-

(1) F. Jacoby, F. Gr. Hist. II A 286 ff.

mal Bauern gewesen, alle miteinander. So wäre denn nur festgestellt, dass die Reform des Tiberius Gracchus reichlich spät kam. Dass eine Umerziehung der Proletarier, die aus ihnen wieder gute Bauern machte, schlechthin unmöglich gewesen wäre, wer wollte das behaupten? Wer will vor allem ermessen, wieweit nicht derselbe Druck, der sich in einem Bauernlegen grössten Umfangs ausgewirkt hatte, sich nun zum zweiten Mal geltend machte, ob also die Aufgabe der neuen Bauernstellen durchweg eine freiwillige gewesen ist? Ich halte es für sicher, dass sie zum grössten Teil *nicht* freiwillig war. Nein, wenn etwas als gut und richtig erkannt ist, dann zählen die Schwierigkeiten, die sich seiner Durchführung in den Weg stellen, überhaupt nicht. Sie sind nur dazu da überwunden zu werden. Niemand wird sagen können, dass es an Tiberius Gracchus oder dass es an der «Unzweckmässigkeit» seiner Reformen gelegen habe, wenn sie nicht überwunden worden sind. Die Schuld liegt an den Besitzenden, an der Nobilität, deren Privatinteresse die Bodenreform zum Scheitern gebracht hat, indem sie Tiberius und zehn Jahre später seinen Bruder totschlug, die dann auch das Ackergesetz, das weiter in Kraft blieb, allmählich zu Grabe getragen hat. Und dies ist eine echte Schuld, keine formale, wie sie Stern auf Tiberius Gracchus zu wälzen sucht, sondern eine geschichtliche. Die Geschichte hat, wie sie es zu tun pflegt, die Schuld bis ins vierte Glied unerbittlich beglichen. Zweihundert Jahre später war von den Nachkommen derer, die die Gracchen getötet hatten, keiner mehr am Leben (1).

Ich sehe, dass ich die Bundesgenossenfrage vergessen habe. Scipio hatte vollständig recht, sich der Italiker anzunehmen. Sie hatten an der Okkupation des ager publicus teilgenommen. Daher war es unmöglich, sie einerseits zu depossedieren, andererseits an der Neuansiedlung nicht teilnehmen zu lassen. Die Entwicklung drängte ohnehin auf eine Ausdehnung

---

(1) «Die Weltgeschichte ist das Weltgericht»: dies ist kein Mythologem, sondern eine sehr handgreifliche Tatsache, biblisch ausgedrückt: «Der Tod ist der Sünde Sold».

des Bürgerrechts über ganz Italien. Im Jahre 90 kam sie viel zu spät. Man könnte Tiberius Gracchus zum Vorwurf machen, dass er diese Frage nicht sogleich mit in sein Programm einbezogen hat. Aber abgesehen davon dass dies schwerlich ratsam gewesen wäre: er fing eben wirklich, um mit Stern zu reden, als Sozialreformer an, mit einem überaus gemässigten, auf ein einziges Problem beschränkten Programm. Im übrigen hat sein Gegenspieler Scipio aus seinem Interesse für die Italiker genau die Folgerung gezogen, die er nicht hätte ziehen dürfen. Er bekämpfte um ihretwillen das Ackergesetz, anstatt es zu unterstützen und dafür zu sorgen, dass es auch auf die Bundesgenossen angewendet wurde. Weder er noch sein Freund Laelius spielen in dem ganzen Handel eine sonderlich erfreuliche Rolle, und man wird die tiefe Enttäuschung über diesen hochgefeierten Mann nicht los, der auf den Trümmern Karthagos das Wort sprechen konnte: ἔσσεται ἦμαρ ὅταν ποτ' ὄλωλεν Ἴλιος ἱρη, einst wird kommen der Tag, da das heilige Ilion hinsinkt, der also einer vollständigen Resignation verfallen war und darum auch für das Ende seines Schwagers nur wieder einen Homervers zu finden wusste, einen ebenso grauenvollen wie das erste Mal: ὣς ἀπόλοιτο καὶ ἄλλος ὅτις τοιαῦτά γε ῥέζοι.

Der Stand der Dinge—dies scheint sich mir aus unseren Erwägungen mit aller Klarheit zu ergeben—war reif für eine Reform an Haupt und Gliedern, oder vielmehr, da sich niemand fand, der eine solche Reform durchzuführen oder zu unterstützen bereit gewesen wäre, für eine Revolution, für eine Revolution von noch ganz anderem Ausmass, als sie Tiberius Gracchus, nicht freiwillig, sondern durch die Entwicklung der Dinge gezwungen, unternommen hat. Hier von Verfassungsbruch, von formalem Recht, von Ruhe und Ordnung zu reden ist, rund heraus gesagt, unfassbar, ist ein Zeichen von einer seltsamen Erstarrung des Urteils, um nicht zu sagen von Verstocktheit des Sinns. Dass Stern, wenn er noch am Leben wäre, dieses Urteil nicht nur als verletzend, sondern als ebenso unbegreiflich empfinden würde wie ich das seine, ist mir vollständig klar. Unser Gegensatz beruht auf einer

verschiedenen Einstellung zur Geschichte grundsätzlich und überhaupt, zu der Frage nämlich, ob man den Willen zum Unbedingten für zulässig und möglich hält oder nicht. Um ihm von vornherein den Wind aus den Segeln zu nehmen: dass solcher Wille nicht 'zweckmässig' ist, dies steht ausser aller Diskussion. Stern hätte schon recht, wenn er ihn als utopisch, als illusionär, als 'wirklichkeits'-fremd verwürfe. Aber warum steht dieser Wille zu aller Wirklichkeit in so radikalem Widerspruch? Nur deshalb weil die Menschen nicht sehen wollen, was zu ihrem Frieden dient. Oder hat es etwa die Nobilität gesehen, die, Scipio Nasica an der Spitze, Tiberius Gracchus totschlug? Sie hat mit einer namenlos kurzsichtigen, aber überaus 'wirklichkeits'-nahen Interessenpolitik ihr Erstgeburtsrecht verkauft für ein Linsengericht und ihre Verblendung mit dem Untergang ihres Standes und der römischen Republik bezahlt. Nein, der Wille zum Unbedingten ist nicht utopisch, sondern er allein kann Gnade finden vor dem höchsten Richter, dem Herrn aller Geschichte.

Diese kühnen, utopischen, 'wirklichkeits'-fremden, dazu in der Wirkung, sofern man mit ihnen Ernst machte, radikal revolutionären Sätze müssen notwendig zu einer völlig anderen Wertung und Einschätzung der Revolution führen, als sie bei Stern vorliegt. Welches sind eigentlich die Gründe dafür, dass Reform bzw. Revolution überhaupt notwendig werden? Wir sehen von moralischen Entartungserscheinungen ab, erstens deshalb, weil sie nicht den Normalfall darstellen, zweitens aus den grundsätzlichen Bedenken heraus, die gegen die moralische Geschichtsbetrachtung zu erheben sind und an anderem Ort ausführlich begründet werden sollen (1). Der eigentliche Grund, der Grund schlechthin ist das Gesetz, das man von der einen Seite her betrachtet das Gesetz der Versteinerung, von der anderen das der Häutung nennen könnte. Ganz einfach: das Kind wächst seine Kleider aus und braucht neue;

(1) In einem Aufsatz mit dem Titel 'Die moralische Geschichtsbetrachtung der Römer', der in der Zeitschrift 'Das Gymnasium' im Laufe des Jahres 1952 erscheinen soll.

ein für einen bestimmten Zweck erbautes Haus genügt nach einigen Jahren nicht mehr, ist zu klein, unzweckmässig, unmodern geworden, man baut es also um, es sei denn dass es so unbrauchbar und baufällig geworden ist, dass nichts übrig bleibt, als es abzureissen und ein neues an seine Stelle zu setzen. Das Gleiche gilt nun aber auch von Institutionen aller Art, insbesondere von Recht und Verfassung, die einem Hause verglichen werden können, das die Menschen sich errichtet haben, um darin zu wohnen: wir haben über die Ordnungsfunktion des Rechts und die Unentbehrlichkeit der Ordnung bereits oben gesprochen. Wiederum ist es so, dass das Gebäude des Rechts, der Verfassung für eine bestimmte politische, wirtschaftliche, soziologische Situation geschaffen ist und bei einer Veränderung der Situation der neuen Lage nicht mehr entspricht, daher ständig umgeformt werden muss. Das gleiche Gesetz gilt schliesslich auch—und dies ist der schwierigste Fall—auf geistigem Gebiet. Der Ausdruck des religiösen Empfindens, des Glaubens einer Zeit in Dichtung, Verkündigung und Dogma z. B. hat oft genug für eine spätere Zeit keine Geltung mehr, einfach deshalb, weil die religiösen Fragen, die die Nachfahren bewegen, andere geworden sind, wird daher als fremd, wenn nicht als leer und wesenlos empfunden und nur noch mit Widerstreben hingenommen. Schon innerhalb unseres eigenen Lebens muten uns Äusserungen einer vergangenen Zeit zu Fragen, die uns damals tief erregten, nun aber alle Aktualität verloren haben, seltsam fremdartig an. Dies hängt mit der fundamentalen Tatsache zusammen, dass unsere Existenzform den Charakter nicht des 'Seins', sondern des Werdens und Handelns hat. Auch das Gültigste noch muss immer wieder von neuem vollzogen werden. Was keine existenzielle Notwendigkeit hat, wird uns wesenlos und leer. Geschieht es nicht immer wieder, dass Wahrheiten, die uns erleuchtend und begeisternd waren, allzu häufig wiederholt oder hinübergetragen in eine Zeit, in der das erregende Moment fortgefallen ist, zur Phrase entarten? Aber wir können das Problem an dieser Stelle nicht erschöpfen. Genug, wenn es in seinem Wesen und seiner Bedeutung

klar geworden ist. Wir stehen also lebend und handelnd jeden Augenblick vor der Aufgabe, das positiv Geltende, die festen Formen sowohl in den Institutionen wie auf geistigem Gebiet immer wieder an der Wirklichkeit, nicht der 'gemeinen', sondern der lebendigen, zu prüfen und einer dauernden Revision zu unterwerfen. Bei dieser Prüfung aber entdecken wir ebenso sehr in der uns umgebenden Welt wie im inneren Vollzug, indem wir Inkommensurabilitäten, Widersprüche, Unrichtiges, nicht Vollziehbares, Ungesundes feststellen, Normen des 'Richtigen', —wir begegnen der 'Idee' als einem eben in der geschilderten Weise dem Wirklichen immanenten, gleichzeitig aber als Idee transzendenten Prinzip. Und damit haben wir tiefer als zuvor begründet, weshalb der Wille zum Unbedingten, d. h. zu dem was der Idee gemäss ist, nicht wirklichkeitsfremd, sondern allein dem Wesen der Dinge adäquat ist. Dadurch aber wird die Frage, ob Reform oder Revolution, gegenstandslos. Auch die Reform, die Neuformung ist immer ein umstürzender Akt. Der Unterschied von jener und dieser ist belanglos. Er liegt nur im Tempo, liegt daran, ob Idee und Wirklichkeit geringfügig divergieren oder durch eine Kluft voneinander getrennt sind, ob der Widerstand der beharrenden Kräfte schwach oder unüberwindlich stark ist. Zu den Kräften des Beharrens gehört nun aber in erster Linie das formale Recht als die Sanktionierung eines vergangenen Zustands durch das Prinzip der Ordnung. Diese ist gut und notwendig, aber ebenso sehr eine Gefahr für das Lebendige, insofern sie es unter einer Versteinerungskruste zu ersticken droht. So heisst denn Leben ein immer erneutes Zerbrechen bestehender Formen und Neuschaffen anderer; denn Form ist dem Lebendigen so gewiss notwendig, wie jede Pflanze eine Gestalt hat, jeder Gedanke sich zum Satze formt. Die Auflehnung gegen bestehende Formen geschieht nicht aus Feindschaft gegen die Form an sich, sondern im Gegenteil aus dem Willen zu einer der Idee entsprechenden Form. Und dies ist mit dem vielleicht gefährlichen, trotzdem unendlich richtigen Wort von der ewigen Revolution gemeint, zu der wir uns ruhig bekennen dürfen. Wer vom Unbedingten her lebt, ist dem

Prinzip nach revolutionär, und wenn jemand hieran Anstoss nimmt, so möge er sich erinnern, dass das Urchristentum, vielmehr: das Auftreten Jesu nichts anderes war als Revolution, die radikalste Revolution, die es je gegeben hat, weil keine sonst so wie diese unter dem Gesetz des Unbedingten, des Willens Gottes stand. Damit ist die Revolution als Prinzip geheiligt wie nur etwas geheiligt sein kann.

Wir wenden uns nunmehr dem zweiten Problem zu, dem des *Erfolgs*. Tiberius Gracchus hat Misserfolg gehabt, und der Grund seines Misserfolgs war sein Verfassungsbruch, die Amtsentsetzung des Octavius, der weitere Verletzungen der Verfassung, der Antrag hinsichtlich der Attalischen Erbschaft und der Versuch, sich auch für das nächste Jahr wiederum zum Tribunen wählen zu lassen, folgten. Wie ist dieser Misserfolg zu beurteilen? Behält damit nicht vielleicht, wenn auch in einer anderen Ebene und unter einem anderen Aspekt, Stern am Ende doch gegen uns Recht mit seinem Verdikt gegen die Missachtung des geltenden, des formalen Rechts? Aber beginnen wir nicht mit einer theoretischen Erwägung, sondern behandeln wir auch diese Frage zunächst in der Form einer Auseinandersetzung mit Stern, die sich schon im vorangehenden als fruchtbar erwiesen hat! Er bringt das Problem, das uns beschäftigt, auf folgende merkwürdige Formel (264): «Uns bleibt noch übrig, zur richtigen Wertung der Tätigkeit und politischen Bedeutung des Tiberius Gracchus die Frage zu stellen und zu beantworten zu suchen, ob wir ihn als wirklichen, zielbewussten Staatsmann einzuschätzen haben, der das Zeug und die Befähigung hatte, das Staatsleben seines Vaterlandes in neue, bessere Bahnen zu lenken und die zerrütteten Verhältnisse (man beachte dieses Zugeständnis) von Grund auf neu zu gestalten. Dürfen wir diese Frage bejahen, so muss das Urteil über die revolutionären Anfänge und die mannigfachen Verfehlungen (!) seines Tribunatsjahres zwar nicht umgeändert werden, es bleibt in jedem Falle zu Recht bestehen; aber es ist klar, dass wir dann vom Standpunkt des Historikers (!) diese revolutionären Anfänge in wesentlich anderem Licht zu betrachten hätten,

nicht als die Inaugurierung einer für Rom unheilvollen Geschichtsperiode, als die Eröffnung einer ein Jahrhundert dauernden Revolutionszeit voll erbitterter innerer Kämpfe mit Hekatomben von Blutopfern, sondern als eine, wenn auch bedauernswerte, so doch kurze und unvermeidliche Vorstufe zur Herbeiführung einer gesunden und besseren Entwicklung des Staatslebens, die nur darum nicht verwirklicht werden konnte, weil der dazu berufene Lenker und Führer vorzeitig auf dem Kampfplatz geblieben war.»

In diesen Sätzen wird nun also doch die Frage der historischen Würdigung aufgeworfen und, sofern sich Tiberius Gracchus nicht als ein «wirklicher, zielbewusster Staatsmann» erweist—und Stern gesteht ihm, wie wir sehen werden, diesen Ehrentitel nicht zu—negativ beantwortet. Wir übergehen die Frage, ob man ihn für die «ein Jahrhundert dauernde Revolutionszeit» in Rom verantwortlich zu machen habe—ich würde ihn gegen diesen Vorwurf energisch in Schutz nehmen und die These verfechten, der Grund für alle Übel der Folgezeit sei darin zu suchen, dass das Reformwerk nicht durchgeführt wurde—, und sehen zu, nach welchen Kriterien Stern darüber entscheidet, ob Tiberius Gracchus ein Staatsmann gewesen sei oder nicht.

Er beginnt eigentümlicherweise mit dem gegen Tiberius erhobenen Vorwurf, er habe nach dem regnum gestrebt. Diese Beschuldigung wird zurückgewiesen, kann also als gegenstandslos übergangen werden. Sie steht jedoch mit dem folgenden Punkt in einem inneren Zusammenhang. Es ist dies die Behauptung, Tiberius Gracchus habe, unter dem Einfluss seiner griechischen Lehrer, «die Theorie von der unmittelbaren Volkssouveränität vertreten und verfochten», ihm habe also «als Staatsideal etwa das perikleische Athen und für seine Stellung im Staate die Rolle des Perikles vorgeschwebt» (266). Dieses Staatsideal aber habe auf die römischen Verhältnisse nicht gepasst und daraus folge, dass Tiberius «der Blick des wirklichen Staatsmannes, das Verständnis für die Realitäten des Lebens abgegangen» sei.

Erstens, ich halte die These, Tiberius habe die Theorie

der unmittelbaren Volkssouveränität verfochten, einfach für falsch (1). Vielmehr: sein Reformwerk wurde vom Volk, und zwar nicht sowohl von der plebs urbana als vielmehr von der Bauernschaft, getragen und begeistert unterstützt, von der Nobilität in ihrer überwiegenden Mehrheit ebenso radikal abgelehnt. Was wunder also, dass er sich auf das Volk stützte. Er musste es einfach, wollte er seinem Antrag zum Siege verhelfen. Und wenn er damit in eine dem Perikles ähnliche Führerstellung hineingeriet, so war das nur eine tatsächliche Folge der Entwicklung, nicht eine theoretisch von ihm aufgestellte und begründete Forderung. Ob eine theoretische Begründung nachträglich hinzugetreten ist, braucht als unerheblich nicht erörtert zu werden. Aber noch mehr: wenn sich der Senat dem Gebot der salus publica verschloss, das Volk es erfüllte, dann büsste jener seine auctoritas und die auf sie begründeten Ansprüche ein, die Leitung im Staat ging nach höherem Recht auf dieses über, da es die Interessen der res publica allein vertrat. Wir machen damit freilich ein Rechtsprinzip geltend, das nicht mehr formaler Natur ist, das nicht aus der bestehenden Verfassung abgeleitet werden kann, sondern seinen Ort hat in der Ebene der ἄγραφοι νόμοι, der ungeschriebenen Gesetze. Wer aber wollte die Geltung der Rechtsnorm: salus publica suprema lex esto, irgend bestreiten?

(1) Anders auch Ernst Meyer a. O. 275: «Es ist keine Frage, dass wir hier den Einbruch griechischen Staatsdenkens in Rom erleben, Tiberius Gracchus stand wie die geistig führenden Persönlichkeiten seines Kreises der griechischen Philosophie insbesondere stoischer Richtung nahe. Gerade hier aber im Verhältnis der Volkssouveränität zur Staatsregierung scheiden sich römische und griechische Auffassung grundsätzlich. Der Gedanke der überlegenen und absoluten Volkssouveränität, den Gracchus in diesem Konflikt anrief, ist griechisch, während nach römischer Auffassung das Volk mit der Wahl die Staatssouveränität uneingeschränkt und unwiderruflich den gewählten Beamten übertrug.» usw. Dass griechische Ideen auf die nachträgliche Begründung nicht ohne Einfluss gewesen sind, würde ich nicht bestreiten, halte es aber für uninteressant. Auf das grundsätzliche Problem der 'Entlehnung'—die nicht möglich ist ohne eine Bereitschaft—kann hier nicht eingegangen werden.

Es ist Stern ohne weiteres zuzugeben, dass die Volksversammlung kein geeignetes Instrument war, die Leitung des Staates unmittelbar zu übernehmen. Das erwies sich sogleich und war die Hauptursache für Tiberius' Untergang. Die Wahlen der Volkstribunen für das nächste Jahr fanden im Sommer zur Zeit der Ernte statt, und die Bauern konnten daher zur Abstimmung nicht nach Rom kommen. Es war dies die Folge davon, dass der Staat noch immer—nach dem Versteinerungsgesetz, wie wir es nannten—an den Organisationsformen des alten, engbegrenzten Stadtgebietes festhielt und der Landbevölkerung nicht die Möglichkeit bot, ihre politischen Rechte wahrzunehmen. Aber wer wollte daraus Tiberius Gracchus einen Vorwurf machen? Es war ein Grund mehr für die Notwendigkeit einer Reform dieses Staates an Haupt und Gliedern, mit anderen Worten einer Revolution, und es ist dabei gleichgültig, ob Tiberius selbst, ob überhaupt irgendeiner der Zeitgenossen das hiermit gestellte Problem erkannt hat oder nicht.

Den stärksten Anstoss aber nehme ich an Sterns Begriff des «wirklichen, zielbewussten Staatsmannes». Damit ist nicht das gemeint, was auf Griechisch πολιτικὸς ἀνήρ heisst, d. h. das Ideal des Staatsmanns an sich, womit die Frage aufgeworfen ist, was von dem Leiter eines Staates zu verlangen ist, eine Frage, die sich ihrerseits nur beantworten lässt durch eine Klärung der Aufgaben und Ziele des Staates und damit des politischen Handelns. In Sterns Begriff dagegen sind deutlich erkennbar ganz bestimmte Vorstellungen, um nicht zu sagen Mythologeme moderner Politik eingegangen, einerseits der Gedanke der Realpolitik—von seinem Staatsmann fordert Stern «Verständnis für die Realitäten des Lebens»—, andererseits der Geniebegriff, der z. B. Mommsens Verherrlichung Caesars oder der Bismarckverehrung des zweiten Kaiserreichs zugrunde lag. Wir können auf beides nicht eingehen; es würde viel zu weit führen. In aller Kürze: der Fluch des Geniebegriffs ist die Säkularisation der Idee religiöser Offenbarung und Begnadung. Mit dem Wort Realpolitik aber ist das Problem Idee und Wirklichkeit aufgeworfen und—zu-

gunsten dieser, zu ungunsten jener—präjudizierend beantwortet. Es ist überaus bezeichnend, dass Stern sich zur Realpolitik bekennt. Er bekannte sich ja auch zum Prinzip des formalen Rechts und verabscheute die Revolutionäre, diese aber nehmen ihr Recht aus der Idee und suchen die Wirklichkeit von der Idee her umzugestalten. Wie sollten sie nicht denen verhasst sein, die einer konservativen Gesinnung huldigen, denen darum Ordnung über alles geht und die nicht sehen wollen, dass diese oft genug nichts anderes ist als ein Deckmantel der Korruption, einer nur allzu gemeinen Wirklichkeit?

Wir schieben alle Theorien, alle Mythologeme beiseite und halten uns allein an den Gang der Ereignisse. Octavius legte sein Veto ein und machte damit die Reform unmöglich. Tiberius hätte warten sollen, sagt Stern (257). «Was hinderte denn die ausgesprochene Mehrheit des Volkes, nur solchen Bewerbern um das Amt (für 132) ihre Stimme zu geben, die sich vorher verpflichtet hatten, für die Reformvorschläge des Tiberius Gracchus einzutreten?», und er verweist auf die «langen Geduldsproben, die so viele andere Reformatoren bis zur Verwirklichung ihrer Pläne durchzumachen gehabt haben», woran sich eine Erörterung über die Psychose der Revolutionäre und der revolutionierten Massen schliesst. Wie aber wenn die Reform an der Person des Tiberius Gracchus gehangen hätte? Wer sagt uns, dass es einen anderen gab, der den gleichen entschlossenen Willen, die gleichen Fähigkeiten besass, sie durchzuführen? War nicht Laelius Sapiens ein warnendes Beispiel? Welche Idee, welche politische, geistige, religiöse Bewegung wäre überhaupt von ihrem Schöpfer ablösbar? Es war Tiberius' Gedanke, Tiberius' Werk. Es war auch *sein* Ehrgeiz, ihr zum Sieg zu verhelfen. Wir dürfen dieses Moment in Rom nicht geringschätzen und geringachten. Ich brauche nur daran zu erinnern, was dignitas und gloria für jeden Römer bedeuteten. Die Irreale postumer historischer Betrachtung haben etwas Peinliches an sich. Genug, er hat nicht daran gedacht, sich auf das nächste Jahr vertrösten zu lassen, und ich würde nicht wagen, ihm daraus einen Vorwurf

zu machen (1). Es ist vielleicht zu viel gesagt, dass ihm «kein anderer Ausweg übrig» geblieben sei, «wenn er nicht für immer auf die Durchführung seiner im Staatsinteresse notwendigen Agrarreform verzichten wollte», aber dass ihm ein Zurückweichen vor dem Einspruch des Octavius als ein solcher Verzicht erscheinen musste oder zum mindesten erscheinen konnte, wird man kaum bestreiten können. Ich finde es voll verständlich, dass ihm sein Werk so wichtig, so heilig war, dass seine Empörung über den unerwarteten Widersacher zu heller Flamme aufloderte und er die verfassungsmässigen Bedenken gegenüber den staatspolitischen Notwendigkeiten seiner Reform geringachtete. Aber mit dem Verstehen ist es nicht getan. Dies ist der Punkt, an dem das Problem des Erfolgs sich erhebt.

Dieses Problem muss, wie mir scheint, in folgender Weise beurteilt werden. Wenn ein Politiker etwas unternimmt, was dem Staat zum Verderben ausschlagen muss, und er hat dabei Misserfolg, dann müsste er für sein Ungeschick mit einer

---

(1) Vgl. Ernst Meyer 274: «Gracchus stand nun vor der tragischen Situation, entweder sein Gesetz, das er aus tiefster vaterländischer Überzeugung als unerlässlich für die Rettung Roms eingebracht hatte und das die offensichtliche Unterstützung der grossen Mehrheit des Volkes hatte, wegen des Widerspruchs eines Einzelnen zurückzuziehen und damit das ganze grosse Reformwerk scheitern zu lassen, oder diesen als reine verwerfliche Obstruktion erscheinenden Widerstand mit Gewalt zu brechen.» 277 unten f.: «Gegen Tiberius Gracchus könnte man den Vorwurf erheben, dass er die für das Gelingen eines grossen Werkes nötige Tugend der Geduld nicht besass, dass er sofort beim Auftreten des ersten ernsthaften Widerstandes zur Gewalt griff, statt den Gedanken des Reformwerkes in Ruhe sich weiter entwickeln zu lassen. Aber war das wirklich im damaligen Rom möglich? Wäre wirklich in späteren Jahren die Situation günstiger geworden, hätte sich nicht jedes Mal im Tribunenkollegium eine Stimme gefunden, die durch ihr Veto die Reform verhindert hätte, wäre eine Vertagung nicht eine Vertagung für immer geworden? Man wird kaum wagen, darauf eine zuversichtliche Antwort zu geben, und so war es doch wohl nicht nur Ungeduld und persönlicher Ehrgeiz, die Tiberius Gracchus veranlassten, sein Reformprogramm sofort in diesem Jahre und selber zu erzwingen.»

Prämie belohnt werden, denn seiner Unfähigkeit ist es zu verdanken, dass ein grosses Unglück verhütet worden ist. Wenn man dagegen ein ἄριστον βούλευμα gefasst hat, dann liegt eben hierin die zwingende, heilige Verpflichtung, der Absicht zum Erfolg zu verhelfen. Die Widerstände sind nur bedingt eine Entschuldigung, denn mit ihnen war von vornherein zu rechnen, sie mussten also einkalkuliert werden. Folglich musste nach Mitteln und Wegen gesucht werden, um mit ihnen fertig zu werden. Ich halte es für augenscheinlich, dass der Einspruch des Octavius Tiberius unerwartet traf. Er hatte ihn nicht vorhergesehen und sich nicht auf ihn gerüstet. Die Gegner aber hatten ihre Gegenmine vortrefflich gelegt, nach dem diabolischen Rezept, das in der oben angeführten Livius-Stelle ausgesprochen ist (1). Tiberius hat nicht vermocht, der ihm gelegten Falle zu entgehen, er ist im Pokerspiel der Politik unterlegen. Es hat keinen Sinn darüber nachzudenken, was er denn sonst hätte tun sollen. Ich fürchte auch, es wäre guter Rat teuer. Wenn dies aber zugegeben ist, dann wäre damit anerkannt, dass der Widerstand unüberwindlich war. Darauf nämlich kommt es am Ende hinaus: war wirklich der Gegner durch seine feste Organisation und sein taktisches Geschick oder seine taktischen Möglichkeiten so unangreifbar, dass ihn auch ein gewiegterer Politiker, ein sogenanntes politisches Genie nicht hätte besiegen können, oder war Tiberius an Geschick und Routine seiner Aufgabe nicht gewachsen? Diese Frage, die Frage Sterns, ist, so scheint mir, schlechterdings nicht zu beantworten. Wir versuchen ihr auf einem anderen Wege beizukommen, dadurch dass wir uns Art und Wesen der Schwierigkeiten und Widerstände klarmachen, denen Tiberius Gracchus gegenüberstand.

Da könnte man zuerst die Frage aufwerfen, ob nicht die Verhältnisse in Rom zur Zeit seines Auftretens bereits so korrupt waren, zum mindesten in der Stadt und vor allem bei der Nobilität, dass die sittlichen Kräfte, die Tiberius und

---

(1) Siehe Anm. (1) S. 66.

sein Werk hätten tragen müssen, einfach nicht mehr vorhanden waren. Man könnte zur Bekräftigung dieser These neben viel Schlimmerem auch auf die eigentümliche Resignation des Scipio Aemilianus und seines Kreises gegenüber den politischen Verhältnissen seiner Zeit hinweisen. Dem muss jedoch entgegengehalten werden, dass es an Bereitschaft zur Reform keineswegs fehlte. Hinter Tiberius Gracchus standen sein Schwiegervater Appius Claudius, princeps senatus, standen der Schwiegervater seines Bruders Licinius Crassus Mucianus, pontifex maximus, und sein Bruder Mucius Scaevola, der Konsul des Jahres und der bedeutendste Rechtsgelehrte seiner Zeit, und die widerstrebende Scipionengruppe konnte immerhin daran erinnert werden, dass auch Laelius einen Reformversuch gemacht hatte. Vor allem aber: die Frage scheint mir gänzlich unfruchtbar, aus denselben Gründen, die die moralische Geschichtsbetrachtung als so unzulänglich erscheinen lassen. Die Moral ist, wie hier nur kurz angedeutet werden kann, eine Angelegenheit des Willens, der dann aufgerufen werden muss, wenn die Versuchung an uns herantritt, eine Pflicht zu verletzen. Nehmen wir ein Beispiel: die Pflicht zum Fleiss in der Erfüllung einer uns übertragenen Aufgabe. Aber ist es nicht weit ratsamer, uns die Aufgabe zur Herzenssache zu machen? Auch die äusserste Anspannung der Energie wird niemals so viel erreichen wie die freudige Hingabe an das Werk, denn 'Lust und Liebe sind die Fittiche zu grossen Taten'. Fanden sich die Gracchen wirklich einer allgemeinen Korruption gegenüber, so war es das Verkehrteste, was sie tun konnten, an den sittlichen Willen zu appellieren, der vielleicht bei dem Einzelnen—ich rede in der Sprache der Moral—den Hang zum Schlechten besiegen konnte, bei der grossen Masse ihm hoffnungslos unterliegen musste. Aber entsprang der Widerstand, den die Grachen fanden, wirklich einem Hang zum Schlechten? Dem Moralisten freilich muss es sich so darstellen, weil er nur voluntaristisch, nicht gegenständlich zu denken vermag. In Wirklichkeit beruhte der Widerstand darauf, dass ganz bestimmte Interessen, die der Possessoren des ager publicus, sich geschädigt sahen, Interes-

sen aber sind an sich weder gut noch schlecht, sondern moralisch indifferent.

Es war in der Tat ein Streit der Interessen. Auf der einen Seite die reichen Occupatoren des ager publicus, die ihren nun beinahe schon durch usucapio, durch Ersitzung gefestigten Besitz nicht wieder herauszugeben bereit waren, auf der anderen Seite das in seinem Bestande bedrohte Bauerntum und die bereits von Haus und Hof vertriebenen und in die Stadt abgewanderten Proletarier, die Land heischten. Hierzu ist ein Doppeltes zu bemerken, etwas Praktisches und etwas Grundsätzliches. Um Tiberius Gracchus richtig zu verstehen, muss man eingesehen haben, dass sein Reformprogramm nicht nur überaus gemässigt war, wie Stern hervorhebt, sondern dass es sich auf einen einzigen Punkt beschränkte, auf die Frage der gerechten Verteilung des ager publicus. Hierin lag die Stärke des Programms, nämlich die auf ihrer Einfachheit beruhende Werbekraft; hierin aber lag auch seine Schwäche. Mit der Frage des ager publicus hingen andere Fragen zusammen, zunächst die Bundesgenossenfrage, und das weitere Fortschreiten auf dem einmal beschrittenen Wege zog immer neue Fragen in den Kreis der politischen Erörterung, nicht nur abseits liegende wie die Absetzbarkeit eines Beamten oder die Iteration des Tribunats, sondern auch zentralste Fragen: die Stellung des Senats und der Volksversammlung, und zwar nicht zufällig, sondern unter dem Gesichtspunkt der salus publica. Denn es zeigte sich deutlich, dass die staatliche Organisation Roms nicht geeignet war, dem Gemeinwohl als dem obersten Gesetz des Staates Geltung zu verschaffen. Dass Tiberius Gracchus dies nicht voraussehen konnte, wird ihm ohne weiteres zugestanden werden müssen. Die res publica-Idee war—wie anderswo ausführlicher dargelegt werden soll—funktionslos geworden, einen politeia-Begriff aber gab es in Rom nicht. Man war also nicht gewohnt, das politische Handeln an irgendeiner Idee zu orientieren. Dieses bewegte sich allein einerseits nach den Regeln des formalen Rechts, der Legitimität, war also dem Versteinerungsgesetz, wie wir es nannten, verfallen, andererseits um die Vertre-

tung der privaten Interessen. Wie hätte Tiberius Gracchus so vollständig von den Denkgewohnheiten seines Standes frei sein sollen, und wenn er es gewesen wäre, hätte er es dann überhaupt noch wagen können, an sein Reformwerk, das er als unendlich, wenn nicht als bodenlos erkennen musste, heranzutreten? Aber etwas anderes hätte er vielleicht doch voraussehen können, ich meine weniger den erbitterten Widerstand, auf den er traf, als die tatsächlich ausserordentlich grossen praktischen Schwierigkeiten. So sehr er das höhere, das höchste Recht der salus publica auf seiner Seite hatte, so gab es doch eine Fülle begrenzterer Rechte, die von seiner Reform betroffen wurden, die aber nicht einfach unberücksichtigt bleiben durften, sondern in die Erwägungen, nein: in die Vertretung der salus publica einbezogen werden mussten. Es wird kaum bestritten werden können, dass sein Reformplan viel zu einfach war, dass er den tatsächlichen Verhältnissen nicht gerecht wurde, ja diese in der durchaus richtigen, trotzdem allzu naiv selbstsicheren Überzeugung, dass sein Werk das «heiligste und für Italien nützlichste» sei (1), fast ignorierte, daher dem εἶδος der σωτηρία nicht ganz entsprach. Tiberius dachte weder Wirklichkeits- noch Idee-gemäss— ich meinerseits halte dies beides, wie sogleich darzulegen sein wird, für identisch—, sondern 'idealistisch'. Und hiermit stehen wir denn bereits mitten in der Erwägung des grundsätzlichen Problems der Politik des Tiberius Gracchus. Ich habe anderen Orts, in einem Aufsatz über Ciceros politische Anfänge (2), ausführlicher dargelegt, dass das Auseinanderklaffen zwischen Idee und Wirklichkeit, bei dem Genannten zwischen seinem 'Glauben an Rom' und seinem konkreten Handeln, kennzeichnend ist für die geistige und politische Situation der ausgehenden Republik. Bei Tiberius Gracchus kann man noch nicht von einem Auseinanderklaffen reden, aber ebenso wenig besteht eine Harmonie zwischen Idee und Wirklichkeit. Sein Plan wog leicht gemessen an dem

(1) Appian bell. civ. I 53.
(2) 'Die Alten Sprachen' Jg. 6, 1941, 133-147.

Schwergewicht der Tatsächlichkeiten. Diese Feststellung aber zwingt dazu, bei dem Verhältnis von Idee und Wirklichkeit einen Augenblick zu verweilen.

Ich würde dieses Verhältnis folgendermassen bestimmen: die Idee ist weder das Gericht über den Fürsten dieser Welt, noch das wahre Sein, an dem sich die Wesenlosigkeit der gemeinen Wirklichkeit enthüllt, sondern sie ist das Prinzip der σωτηρία, der Gesundheit, des Heils alles Seienden. Damit ist gesagt, dass es einerseits ein Existenzrecht des Seienden als solchen nicht gibt, dass Sein immer Verwirklichung ist, und wenn dem so ist, dass es dann aufgerufen ist zu seinem Wesen, zu seiner ihm nach immanenter Bestimmung gesetzten Notwendigkeit oder, wie man auf Griechisch sagen könnte, zu seinem λόγος, schlicht und einfach: zu dem was es selbst von sich aussagen müsste, zu seinem Wesensgesetz. Es kann nicht treffender formuliert werden als mit dem Wort: «Vor jedem steht ein Bild des das er werden soll; solang er das nicht ist, ist nicht sein Friede voll». Solche Bestimmung ist bei aller Immanenz immer zugleich ein Transzendentes, denn sie ist niemals nur individuell, sondern gleichzeitig generell. Unser Wesen, das ist nicht unsere Bestimmung als Individuum, sondern gleichzeitig als 'Mensch', und was ist darin enthalten! ein Unendliches, das was in Seltenen, Einmaligen einmal verwirklicht war und noch viel mehr. Andererseits aber, wenn unser Wesen sich verwirklichen soll, dann sind wir gewiesen, 'seiend' zu werden, im Hier und Jetzt, in dem einerseits vielfältigst bedingten, andererseits uns zum Unendlichen und Ewigen aufrufenden καιρός.

Wir betrachten den καιρός, den 'Entscheidungsaugenblick' des Tiberius Gracchus unter dem Gesichtspunkt seiner Realitätsbedingtheit und -gebundenheit. Diese Realitätsgebundenheit beruht auf dem Begriff des Interesses. Tiberius Gracchus vertrat ein unbestreitbares, ein evidentes Interesse unter dem höheren Aspekt der salus publica, des Gemeinwohls. Hierin liegt das Problem. Wir glaubten ihm vorwerfen zu müssen, dass er nicht nur die formalrechtlichen und tatsächlichen Schwierigkeiten bei der Rückforderung des ager publi-

cus für den Staat, sondern auch die entgegenstehenden echten Interessen nicht genügend in seine Rechnung einbezogen hatte und deshalb auf die sogleich sich erhebenden Hindernisse und Widerstände nicht genügend gerüstet war. Ich wiederhole den Grundsatz: eigene Interessen dürfen nur in der Weise vertreten werden, dass man die fremden Interessen in sie einbezieht, Tiberius aber vertrat nicht einmal ein Eigeninteresse, sondern die salus publica. Jener Grundsatz braucht sich nicht auf die 'Moral' zu berufen, sondern er entspricht den Notwendigkeiten menschlicher Gemeinschaft, schon die Klugheit also gebietet ihn. Er gilt nicht nach der trivialen Maxime, dass den anderen billig sein muss, was uns recht ist, vielmehr deshalb, weil die eigenen Interessen immer nur innerhalb der Gemeinschaft gedeihen können. Um es an einem handgreiflichen Beispiel klarzumachen: das Blühen des eigenen Geschäfts setzt wirtschaftliche Blüte im ganzen, nämlich Kaufkraft bei den Kunden voraus. Wenn also Gerechtigkeit nicht ein transzendentes Prinzip jenseits aller Interessen ist, sondern in einem Ausgleich zwischen ihnen besteht, dann haben wir in der Idee der Gemeinschaft, oder noch einfacher: in der gegenseitigen Abhängigkeit des einen vom anderen das Kriterium für die Entscheidung gefunden. Interesse aber ist ein existenzieller Begriff, kann nur bezogen sein und gerechtfertigt werden von den Notwendigkeiten des 'Lebens' her. Wiederum fassen wir es ganz konkret: Worin ist der Anspruch auf Nahrung, Kleidung, Wohnung begründet? Darin, dass diese die Voraussetzung für die Erhaltung unseres Lebens sind. Worin das Recht auf Arbeit? Nicht nur darin, dass sie uns den Lebensunterhalt gibt, sondern noch mehr darin, dass es ein Leben ohne sinnvolle Tätigkeit nicht geben kann—eine folgenschwere Erkenntnis, der wir hier nicht weiter nachdenken können. Man pflegt die Gerechtigkeit mit der Wage in der Hand darzustellen: wir wissen nun, welches die Wage ist, auf der die einander entgegenstehenden Interessen abgewogen werden müssen: das Gemeinwohl, und dieses nicht als Idee im schlechten, missverstandenen, 'idealistischen' Sinne des Wortes, nicht als ein moralistischer Kinderschreck, vor

dem selbst aufgeklärte Utilitaristen, die sonst alle Gewissensskrupel abgeworfen haben, eine geheime Angst noch immer nicht ganz loswerden können, als ein lästiger Mahner gegen die rücksichtslose Vertretung der scheinbar allein natürlichen Eigeninteressen, sondern als das Prinzip der σωτηρία, der Gesundheit, des Heils für die Gemeinschaft und für jedes einzelne Mitglied von ihr. Damit ist scharf bestimmt, in welcher Ebene die Diskussion geführt werden musste. Der Konflikt zwischen res publica und res privata musste unter allen Umständen vermieden werden, denn er bestand nicht zu Recht. Vielmehr musste der Nobilität klargemacht werden, dass es ihr eigenstes Interesse war, das italische Bauerntum zu erhalten, wenn nicht aus 'Liebe zum Lebendigen', dann jedenfalls im Interesse der Wehrkraft des Reiches. Es musste ihr weiter klargemacht werden, dass die Begründung ihrer wirtschaftlichen Existenz auf den Latifundienbetrieb mit Sklavenherden durchaus nicht ihren Interessen entsprach: der Sklavenkrieg in Sizilien war ein Menetekel von überzeugender Gewalt. Und schliesslich das Schwierigste, dass es überhaupt nicht im Interesse des Menschen liegt, reich zu werden um jeden Preis, sondern dass wir kein anderes Interesse haben können, als die uns gesetzte Bestimmung zu erfüllen. Diese Bestimmung war im Falle der Nobilität die des Führertums. Sie hierauf zu verweisen freilich hiess das Grundproblem der res publica aufwerfen. Jede echte Diskussion führt nun einmal unentrinnbar bis zum Grund der Dinge, zu den Grundlagen unserer Existenz. Die politische Debatte pflegt leider, leider nie bis zu diesen Gründen und Urgründen vorzudringen, sondern bewegt sich an der Oberfläche, wenn sie nicht gar mit den verlogensten Argumenten Nebel über die wahre Wirklichkeit verbreitet. Wie hätte es in Rom anders sein sollen? Denn wahrhaft zu diskutieren war man dort am wenigsten gewohnt. Aber den eigenen Standpunkt zu entwickeln und zu begründen, dazu hätte man die Gegner des Ackergesetzes, hätte man Octavius vielleicht immerhin zwingen können, und dies wäre wirksamer gewesen als die Umarmungen und Tränen, von denen Plutarch berichtet. Es hätte die innere Schwäche der Position

der Possessoren klar enthüllt, sofern man auf seiten der Gracchen nur bereit war, jedes echte Argument—und es fehlte der Gegenseite an solchen durchaus nicht ganz—gelten zu lassen und bedingungslos in die eigenen Erwägungen einzubeziehen. Denn man stärkt, was man in der Regel nicht wahrhaben will, seine eigene Stellung durch die willige Anerkennung fremder Gründe und fremder Rechte, schwächt sie entscheidend durch Blindheit und Verstocktheit. Ich sage nicht, dass solche Diskussion zu einem Erfolg, dem die Gegner zu überzeugen, geführt haben würde. Dass aber die Diskussion so und nicht anders geführt werden musste, immer geführt werden muss—und sie ist dann niemals ganz erfolglos—, daran scheint mir kein Zweifel möglich. Es ist der Weg der Wahrheit; nur sie kann uns frei und unüberwindlich machen.

Einer solchen Diskussion standen allerdings in Rom die schwersten Hindernisse im Wege. Das Verhältnis von res publica und res privata war, wie hier nicht näher ausgeführt werden kann, von jeher ungeklärt, ja unerörtert geblieben. Nun erhob es sich auf einmal als ein Problem von erschreckender Grösse, aber die Ohren blieben taub, die Augen blind. Wir können, wie mir scheint, das Verhängnis, das hierin waltete, uns durch folgende Erwägung noch besser verständlich machen. Der Individualismus des römischen Denkens: es ist bekannt, in welchem Masse er dem Recht sein Gepräge gegeben hat. Bei keinem anderen Volk auf Erden ist der Eigentumsbegriff mit so extrem individualistischer Schärfe ausgebildet worden. Wenn aber Eigentum 'Recht' im vollsten, ausschliesslichsten Sinne des Wortes und darum geheiligt war, wie sollte man dann einen Weg zur res publica finden? Diligentiam boni patris familias praestare, in allen Geschäften die Gewissenhaftigkeit eines guten Familienvaters zu beweisen, das war das Höchste, was man zu leisten bereit war. An korporativem, an Gemeinschaftsdenken fehlte es vollkommen, und darum auch an jedem Gefühl und jeder Einsicht für die Pflichten, die uns die Gemeinschaft auferlegt. Auch dieser Satz ist nicht moralisch gemeint, sondern gegenständlich, im Hinblick auf objektive Notwendigkeiten. Am meisten lebte man noch korpo-

rativ innerhalb der Senatsoligarchie, aber sie war durch 'Adelsparteien' hoffnungslos zerrissen. Die Ritter hatten stärkste gemeinsame Interessen wirtschaftlicher Art, aber es waren gewiss nicht solche, die Gemeinschaft hätten schaffen können. Sie waren parasitär; es stand kein 'Leben' dahinter. Unterhalb des Ritterstandes aber war einfach gar nichts mehr vorhanden, denn die collegia und sodalicia tenuiorum, die Vereine und Zünfte der kleinen Leute kommen für unsere Betrachtung nicht ernstlich in Frage. Die typisch römische Organisationsform der Klientel aber war ganz anderer Art. Sie war von oben her gesehen eine Organisationsform der Macht des Einzelnen und des Geschlechts, von unten her gesehen ein Schutzverhältnis: wer nicht stark genug war, die eigenen Interessen selbständig zu vertreten, musste sich an einen Höherstehenden anlehnen, und er tat das nach dem Grundsatz des do ut des, d. h. es wurde über die beneficia des patronus und die officia, die Dienstleistungen des Klienten sauber Buch geführt und sorgfältig darauf gesehen, dass das Konto nach Möglichkeit ausgeglichen blieb. Kurz, es war eine ökonomisch rationelle Angelegenheit, und daran änderte auch nichts, dass die Klientel durch fides zu einem Treuverhältnis geadelt werden konnte und weithin tatsächlich geadelt war. Gemeinschaftsbildenden Charakter hatte die Klientel in keiner Weise. Im Gegenteil, sie schnitt mitten durch die Stände hindurch, war also vielmehr ein die echten Gemeinschaftsbindungen zerstörendes als sie förderndes Moment.

Man muss sich diesen Sachverhalt klarmachen, wenn man das Scheitern der Gracchen verstehen will. Sollte ihr Werk gelingen, dann war nichts Geringeres notwendig als ein Durchbruch zum Gemeinschaftsleben und -denken, also eine Sinnes- und Gesinnungsänderung fundamentaler Art. Und dies wiederum hätte eine Erziehungsleistung grössten Ausmasses erforderlich gemacht. Auch hierbei halten wir uns wieder allein an die historische Situation, vor die sich Tiberius Gracchus gestellt sah. Er verfocht die Interessen des italischen Bauerntums, stützte sich auf diese Anhängerschaft und scheiterte daran, dass sie ihm aus äusseren Gründen im entschei-

denden Augenblick nicht zur Verfügung stand. Eine Anhängerschaft konnte in Rom nur organisiert sein in der Form der Klientel, d. h. eines persönlichen Schutz- und Treuverhältnisses zum patronus, und es kann gar kein Zweifel bestehen, dass die Gefolgschaft des Tiberius Gracchus sich als seine Klientel empfand. Wenn aber die Bauernschaft ganz Italiens in seine Klientel trat, dann hörte dieses Verhältnis auf ein persönliches zu sein. Es musste sich versachlichen, zu einer echten politischen Gefolgschaft werden, zu dem also was in der modernen Zeit eine Partei ist oder doch sein könnte. Damit zeichnet sich klar die politische Aufgabe ab, die ihm gestellt war. Die Partei musste als Partei organisiert werden, wobei die weitere politische Aufgabe zu lösen war, dass sie nicht zu einer pars wurde, d. h. zu einer Interessenvertretung eines Teils des Volkes auf Kosten anderer Teile—denn dies wäre ein Schwächemoment gewesen—, eine Aufgabe die deshalb keine Schwierigkeiten bereitete, weil die Bauernschaft im Grunde noch immer *das* römische Volk war, denn der Senat war kein Stand, sondern Führerschicht, und die Ritter können soziologisch überhaupt nicht eigentlich als Stand bezeichnet werden. Das Problem des Ritterstandes war ein solches der Reichsregierung und -verwaltung und lag daher in einer ganz anderen politischen Ebene. Man muss sich immer klarmachen, dass die Wirksamkeit des Tiberius Gracchus nicht länger gedauert hat als ein halbes Jahr, bis zu den Wahlen im Sommer, eine verschwindend geringe Zeit verglichen mit der Grösse der soeben bezeichneten Aufgabe. Er wurde getötet in dem Augenblick, als sich zum ersten Mal die Schwäche seiner politischen Stellung zeigte. Ihm war also keine Gelegenheit mehr gegeben zu zeigen, ob er die Fähigkeit besass, neue Organisationsformen zu finden. Um so interessanter ist der Weg, den Gaius Gracchus ging. Es ist offensichtlich, dass er von Anfang an die Gefahr, der sein Bruder zum Opfer gefallen war, klar erkannt hatte und entschlossen war, sich gegen sie zu schützen. Ebenso offensichtlich aber ist, dass der Weg, den er einschlug, nicht der richtige war. Schon der erste Ansatz war nicht mehr sauber. Sein Bruder

war an dem Widerstand der Nobilität, des Senats gescheitert. Folglich betrachtete er diesen von vorherein als Feind. Dabei spielten ersichtlich Rachegedanken, also ein gänzlich unsachliches Motiv, eine nicht geringe Rolle: dies lassen die beiden Kampfgesetze, mit denen er begann, gegen Octavius und gegen Popilius Laenas, deutlich erkennen. Es ist bei den einzelnen Gesetzen nicht leicht zu entscheiden, wie weit sie sachlichen Zwecken, wie weit sie den Notwendigkeiten des Kampfes, der Werbung von Bundesgenossen dienten. Bei dem Richtergesetz zum mindesten scheint mir das Letztere der vorherrschende Gesichtspunkt zu sein (1), bei der Auslieferung der Provinz Asien an die Steuerpächter bezweifelt es niemand. Damit hatte er den Boden der Sachlichkeit verlassen, auf dem allein er stark, ja unüberwindlich hätte sein können. Denn musste nicht die italische Bauernschaft, wenn er sich zum Vorkämpfer ihrer Lebensinteressen machte, auf Gedeih und Verderb an ihn gebunden, in unwandelbarer Treue zu ihm stehen? So aber fütterte er den städtischen Pöbel, den er besser getan hätte auf die Scholle zurückzuführen, und setzte sich mit den Intentionen der Agrarreform direkt in Widerspruch (2). Und wenn wir selbst von dem Verrat an den Provinzialen absehen: die Ritter waren von allen römischen 'Ständen' der politisch unfruchtbarste. Sie zu stärken und sich politisch auf sie zu stützen war eine Torheit. In der Tat verrieten ihn in der Stunde der Gefahr sowohl der Pöbel in Rom wie die Ritter, die vollkom-

---

(1) Ernst Meyer 282 oben: «...der Zankapfel des politischen Kampfes war zwischen die beiden Stände geworfen. Gracchus' Äusserungen nach der Annahme des Gesetzes zeigten, dass das auch der leitende Gedanke bei dem Richtergesetz gewesen war.»

(2) Günstiger urteilt, ebenso übrigens wie Stern, Ernst Meyer 282 unten: «der Sinn der Massnahme war wohl eher, die wirtschaftlich schwachen Massen der Stadt von den Schwankungen des Getreidepreises unabhängig zu machen und ihnen die unentbehrlichste Nahrungsgrundlage zu einem normalen, gesicherten Preis zur Verfügung zu stellen.» Ich will das nicht bestreiten, meine Erwägungen jedoch stehen unter dem Gesichtspunkt der politischen σωτηρία.

men richtig erkannt hatten, dass ihre Interessen beim Senat in viel besserer Hut waren als bei den Reformern. Nachdem er aber einmal sich von dem Boden der Sachlichkeit entfernt hatte, verfiel er dem Jürg Jenatsch-Schicksal, oder sagen wir es noch schärfer: dem Schicksal des Mannes, der mit dem Teufel einen Bund geschlossen hat. Die Initiative glitt ihm vollkommen aus der Hand. Er musste alle Kraft darauf verwenden, seine Gefolgschaft bei der Stange zu halten, zumal seitdem ihm in Livius Drusus ein überlegener Konkurrent im Buhlen um die Gunst der Menge erstanden war. Sein Kampf war zum Kampf um die eigene Macht, ja um die Existenz geworden, und die grauenhafte Folge dieser Positionsveränderung war hier wie überall, dass das, was bisher Ziel gewesen war, sich zum Mittel verkehrte und dass umgekehrt die Mittel Eigengesetzlichkeit gewannen und sich aus Dienern in Herren verwandelten. Schon gegen Tiberius ist der Vorwurf erhoben worden, er strebe nach der Tyrannis. Gaius gegenüber kann man ihn mit einigem Recht geltend machen, denn in der Tat kämpfte er, zwangsläufig, mehr und mehr nur noch um seine persönliche Stellung, die eine solche geworden war, dass er entweder zum ersten Mann im Staat aufsteigen oder untergehen musste (1). Bei Tiberius ist der Vorwurf weiter nichts als eines der ebenso geschickten wie niederträchtigen Mittel der politischen Diskriminierung, wie sie überall dort, wo man sogenannte 'Politik' treibt, an der Tagesordnung sind

---

(1) Günstiger lautet das zusammenfassende Urteil Ernst Meyers 284: «Überblicken wir das Ganze, so sehen wir, dass bei Gaius Gracchus eine deutliche politische Gesamtvorstellung vorlag, die, ohne den Staat umstürzen zu wollen, bestrebt war, die Allmacht des Senats zu brechen, die Staatsverwaltung zum Teil auf breitere Grundlagen zu stellen, dem Volk notwendige Erleichterungen zu verschaffen, eine demokratische Tendenz einzuschlagen und darüber hinaus auch den schroffen Gegensatz Roms zu den von ihm beherrschten Gebieten aufzulockern. Rein demagogische Anträge, nur aus dem Augenblicksbedürfnis nach taktischen innenpolitischen Erfolgen geboren, sind nicht darunter; dagegen waren rein demagogisch die Mittel, mit denen die Nobilität den unbequem gewordenen Tribunen stürzte.»

(1). Angenommen aber es wäre ihm gelungen, die Bauernschaft als Partei zu organisieren, dann wäre er damit—denn die Bauernschaft war *das* Volk—zum gubernator et moderator rei publicae, wie Cicero es nennt, zum Lenker und Steuermann des Staates gewarden. Mit einem regnum, einer Tyrannis hat eine solche Stellung nichts gemein. Aber dies ist ein Problem, dessen Erörterung uns weit von den Gracchen abführen würde.

Im Kreis der Fragen, die uns unter dem Gesichtspunkt der Beurteilung der Gracchen beschäftigen müssen, bleibt, soviel ich sehe, noch eine Frage übrig, auf die schon die früheren Absätze, am meisten der letzte hingeführt haben, die Frage der *Freiheit oder Unfreiheit des Handelns*, ich meine nicht im Sinne der Willensfreiheit, sondern in Rücksicht auf die Situation, in die wir handelnd eintreten. Das Problem hatte sich aufgetan einerseits von der Erörterung der Tatsache her, dass Tiberius Gracchus sein Reformwerk nicht allein mit einem überaus gemässigten, sondern mit einem auf einen einzigen Punkt beschränkten Gesetzesantrag begann, ohne zu bedenken, dass der Misstand, den er abstellen wollte, nicht zu isolieren war, andererseits im vorigen Absatz, als wir von der Versklavung des Gaius an die Geister sprachen, die er gerufen hatte und nun nicht mehr loswerden konnte. Da ist denn erstens festzustellen, dass der schöne Satz: «Der Starke ist am mächtigsten allein», in der Politik schlechterdings keine Geltung hat. Wir können handeln nur innerhalb eines Verbandes—ich wähle mit Absicht ein ganz neutrales Wort—oder an der Spitze eines solchen. Das erste also was geschehen muss

(1) Vgl. zu dem Faktor der Diskriminierung Ernst Meyer 277 (zur Ermordung des Tiberius Gracchus): «Es bedeutete..., dass das Reformwerk fortan mit dem Odium der Revolution behaftet blieb.» 280 (zum Gesetzesantrag des Fulvius Flaccus auf Verleihung des Bürger- oder Provokationsrechts an die Italiker vom Jahre 125): «Dieser gescheiterte Vorstoss war deswegen verhängnisvoll, weil damit auch diese grosse politische Frage, die einmal gelöst werder musste, mit der gracchischen Reformbewegung verkoppelt und dadurch kompromittiert wurde.» Ich führe diese Stellen nur an, um auf das politische Gewicht dieses Moments hinzuweisen.

ist, ihn zu gründen und um das Ziel, das uns vorschwebt, zu sammeln. Ein solcher Verband sollte nicht gegründet sein auf das gleiche sittliche Wollen—dieses wird sich den Belastungsproben der Politik gegenüber immer als viel zu schwach erweisen—, sondern auf gemeinsame Interessen, und dies ist nun die Aufgabe, erstens eine Entsittlichung der Interessenvertretung—es geht hierbei um das Verhältnis zu entgegenstehenden Interessen und zur salus publica—zu verhüten, nicht aus 'Moral', sondern aus Einsicht und Klugheit, denn wer der σωτηρία zuwiderhandelt, kann nicht mit Erfolg kämpfen, zweitens die vielfältigen und oft genug einander widerstrebenden Interessen innerhalb des Verbandes auf einen Nenner zu bringen. Aber wir haben vorhin das Problem im Falle des Tiberius Gracchus bereits erwogen. Ins Einzelne gehend können wir es ohnehin nicht besprechen. Uns interessiert im Augenblick nur die Tatsache, dass Handeln in einem Verband oder an seiner Spitze Abhängigkeit von ihm bedeutet. Schon um sein Ziel zu erreichen, muss man auf die Anhänger Rücksicht nehmen, ihnen um des Zieles willen Zugeständnisse machen, ist aber erst einmal die Frage der Anerkennung des Führers, des Zusammenhalts des Verbandes und seiner Gefolgschaftstreue zu jenem aufgeworfen, dann muss notwendig jene Umkehrung von Mittel und Ziel eintreten, von der wir sprachen. Viel selbstverständlicher noch ist, dass wir in unserem Handeln vom Widerstand der Gegner abhängig sind. Es gibt kein Handeln, am wenigsten in der Politik, ohne Widerstände und Gegnerschaft, und immer wieder sind wir in Gefahr, dass wir von der actio auf die reactio zurückgeworfen werden, dass das Gesetz des Handelns, wie man es nennt, ganz auf den Gegner übergeht. Das Veto des Octavius und seine Absetzung durch Tiberius Gracchus ist ein wunderbares Beispiel dafür, wie die sachliche Auseinandersetzung auf ein ganz anderes Feld hinübergespielt wird, das der reinen Taktik, und wie sich daher die Diskussion in ein Pokerspiel verwandelt, bei dem freilich andere Fähigkeiten, Brutalität, Skrupellosigkeit und raffiniertes Geschick, den Sieg gewährleisten. Nun könnte man sich vielleicht im Falle der Niederlage hierdurch

für hinreichend entschuldigt oder gar ins Recht gesetzt halten. Wenn es aber wirklich ein ἄριστον βούλευμα ist, dem wir dienen, dann sind wir, wie wir darlegten, schlechthin verpflichtet, Erfolg zu haben. Wie jedoch können wir einem Widerstand dieser Art überhaupt begegnen, ohne uns gemein zu machen, indem wir auf eine Arena hinabsteigen, auf der zu kämpfen unwürdig ist, und uns damit selbst aufzugeben? Ein fast unlösbares Problem. Auch eine dritte Schwierigkeit können wir uns am Schicksal des Tiberius Gracchus klarmachen, ich möchte es das Gesetz der Verstrickung nennen. Ausgezogen war er, um den ager publicus neu zu verteilen und Bauern auf dem gewonnenen Lande anzusiedeln, —und er warf damit zwangsläufig das Problem der politischen Gesamtorganisation des römischen Staates auf. «Beim ersten sind wir frei, beim zweiten sind wir Knechte»—man könnte es tatsächlich fast ein Gesetz der Hölle nennen. Nachdem wir uns einmal dem politischen Handeln verschrieben haben, werden wir vor Situationen gestellt, die wir von uns aus niemals aufgesucht, ja die wir nicht einmal an uns hätten herankommen lassen und denen wir nun mit dem besten Willen nicht ausweichen können, und zum dritten Mal stellt sich uns die Frage nach der persönlichen Verantwortung oder der Schuld bei einem politischen Handeln, dessen Gesetz nicht das unsere ist, sondern das uns von fremdem Willen oder durch die Übermacht der Umstände, die nicht in unserer Macht liegen, aufgezwungen wird. Ich hoffe, dass die Darstellung der unlöslichen Schwierigkeiten, denen die Gracchen gegenüberstanden, jede Neigung dazu ersticken wird, die Schuldfrage auf eine so summarisch primitive Weise zu beantworten, wie dies selbst ein Mann wie Stern noch getan hat. Ebenso wenig freilich können wir uns dabei beruhigen, lediglich den Ablauf der Ereignisse, wenn nicht in ihrer Notwendigkeit—denn gibt es eine solche wirklich und in welchem Sinn?—, so doch in ihrer inneren Logik darzustellen und die Schuldfrage a limine abzuweisen. Weder das eine noch das andere befriedigt, der zweite Weg aber, der vielleicht der ratsamere scheinen könnte, ist uns einfach dadurch abgeschnitten, dass auch wir selbst in jedem

Augenblick, sogar noch in der Form des politischen Nicht-Handelns, in der Situation des Tiberius Gracchus, nämlich in der allgemeinen Situation der Entscheidung darinstehen, also der Verantwortung niemals enthoben sind. Wir wären nicht einmal, wenn wir es wollten, imstande, uns selbst nur als ein von fremden Kräften getriebenes Rädchen innerhalb des Ablaufs der Ereignisse zu sehen und unser eigenes Handeln als schlechthin zwangsläufig, determiniert zu betrachten. Und am wenigsten können wir dem Handeln grundsätzlich entsagen, es sei denn wir wären geneigt, uns selbst zum Amboss zu machen oder uns in freiwillige Sklaverei zu begeben.

Wir stehen nun vor der wahrhaft schwindelerregenden Aufgabe, die Grundprinzipien des menschlichen Handelns im allgemeinen, des politischen Handelns im besonderen zu entwickeln oder doch wenigstens andeutend zu bestimmen, damit auch selbst ein Beispiel für das Gesetz der Verstrickung, denn es war unser Anliegen, eine Antwort auf die Schuldfrage bei den Gracchen zu suchen, und wohin sind wir geraten! Das eine nur, gleich wie man sonst über die folgenden Zeilen urteilen mag, kann versichert werden: sie werden weder eine Belehrung noch gar moralische Anweisungen enthalten, sondern dem Gesetz echter Diskussion, also der Wissenschaft treu bleiben.

Auszugehen ist, wie mir scheint, von dem Begriff des ἄριστον βούλευμα, des besten Wollens, des besten Planens, denn dass ein κακὸν βούλευμα, ein schlechtes Wollen, kein möglicher Ausgangspunkt ist, wird wohl niemand bestreiten wollen. Es fragt sich dann, wie jener Begriff näher zu bestimmen sei. Dabei schalten wir die moralische, die Willensfrage vollständig aus, nach dem Satz, das Moralische verstehe sich immer von selbst, einem Satz, der zwar nicht empirische, um so mehr aber grundsätzliche Geltung hat. Wer nicht einmal seiner Überzeugung gemäss zu handeln weiss, steht ausserhalb jeder Diskussion. Nun hat der Begriff des guten Wollens zwei Seiten, eine subjektive und eine objektive, ohne dass sich doch beide Seiten wirklich voneinander trennen liessen Denn zwischen Subjekt und Objekt besteht eine Korrelation. Die subjektiv richtige Haltung—ich möchte sie als Reinheit des

Wollens bezeichnen—ist nichts anderes als die rechte Einstellung zum Objekt. Reines Wollen, wir finden es in der selbstvergessenen Versunkenheit des Kindes im Spiel, in der Hingabe der Liebe, in der Hingabe an die Aufgabe und das Werk. Es ist also weit entfernt, etwas Moralisches zu sein. Es ist auch nicht Opfer oder Selbstentäusserung, und wenn diese, dann nur in dem Sinne des Aufgehens in einer höheren Notwendigkeit, in der wir uns im Grunde erst eigentlich selbst erfüllen. Denn nur in der Liebe wird das Weib ganz sie selbst, das Werk des Mannes, das ist er. Aufgehen, sich verlieren im Notwendigen—ich wüsste es nicht besser zu bezeichnen. Es ist *die* Erlösung. Wenn wir unser tiefstes Verlangen recht verstehen: wir wünschen uns am Ende nichts anderes als dies, und es gibt vielleicht nur einen einzigen wirklichen Kummer und eine Enttäuschung, dass es uns nicht gelingen will, dass die Menschen, denen wir begegnen, keine letzte Hingabe lohnen, dass das Werk unserer Hände uns immer wieder als peripher und wesenlos erscheint. Gibt es einen Ausweg aus dieser Not? Nur den einen, dass man seine Arbeit tue, um es christlich auszudrücken, als dem Herrn und nicht den Menschen. Und dies gilt ganz gewiss auch vom politischen Handeln. Wie sollten wir den Menschen dienen können, die uns auf diesem Feld entgegentreten, oder eine Aufgabe erfüllen können, die uns irgendeine Macht oder eine Partei auf Erden in die Hände zu legen bereit ist? Sie stehen ja alle ohne Ausnahme im Dienst des Fürsten dieser Welt, entweder des Daemons der Macht oder des Rachegeists der Verblendung oder des Teufels der Sattheit und des erbärmlichen Behagens. Der Ausweg heisst: man lebe immer im Ganzen und verschreibe sich niemals und um keinen Preis an irgendetwas Partielles, dem Ganzen aber diene man nach dem Prinzip der σωτηρία, oder was dasselbe ist, des εἶδος, des Bildes, das ihm vorgezeichnet ist als das, was es werden soll. Ich sage es noch einmal: ich hege gegen jeden sogenannten Idealismus den tiefsten Argwohn. Das εἶδος, das ich meine, ist das Bild des Seienden selbst. Idee und Existenz—ich übernehme diese Formulierung—bilden eine untrennbare Einheit. Jene wird aus dieser entbunden

durch einen interpretatorischen Akt. Man kann sich die Methode solcher Interpretation am einfachsten klarmachen an den Begriffen Gesundheit und Krankheit. Die erstere entzieht sich allen Versuchen einer Definition. Was Krankheit dagegen ist, wissen wir ganz genau, wir wüssten aber nicht um sie—dies wird am deutlichsten an den Geisteskrankheiten, bei denen es keine äusseren Symptome gibt, an denen sie sich erkennen liessen—, wenn wir nicht das Prinzip des Gesunden als unveräusserlichen Besitz in unserem Inneren trügen. Trotzdem ist das εἶδος des Gesunden gegenständlicher Erkenntnis zugänglich nur am Phänomen des Kranken. Womit sollen wir jenes Prinzip vergleichen? Am besten vielleicht mit der Kompassnadel, die uns den Kurs zeigt, oder dem Gleichgewichtssinn, der uns vor dem Fallen bewahrt. Und diesen Begriff des Gesunden können wir nun übertragen auf die Verhältnisse, denen wir im Handeln, insbesondere im politischen Handeln begegnen. Oder sprechen wir nicht von gesunder oder ungesunder Entwicklung der Wirtschaft, von Korruptheit der politischen Verhältnisse? Auch das Handeln des Tiberius Gracchus wurde in Bewegung gesetzt durch die Einsicht in die Ungesundheit der politischen Verhältnisse. Er stellte die Diagnose und entschloss sich zu einer dieser Diagnose entsprechenden Therapie. Sein Entschluss war tatsächlich der beste, nein, der einzig mögliche, er war schlechthin notwendig, und es war Blindheit oder böser Wille, dass ihm nicht alle sogleich folgten. Sie mussten ihm einfach folgen. Denn diese σωτηρία war auch die ihre, der persönliche Nutzen, der sie zu Widersachern der Reform machte, ihr grösster Schaden, wie das folgende Jahrhundert der Bürgerkriege schlüssig bewies.

Über die Beurteilung dieses ersten Ansatzes der Reform kann es m. E. einen Zweifel schlechterdings nicht geben und ebenso wenig darüber, dass die Richtigkeit dieses Entschlusses alle etwaigen späteren Fehler überreichlich aufwiegt. Tiberius—nicht sein Bruder—gehört zu den wenigen Gestalten der Weltgeschichte, zu deren Handeln man ein bedingungsloses Ja sagen kann. Er ist schlechthin vorbildlich. Wie aber ist über das Spätere zu urteilen? Wir unterscheiden dabei

zweierlei, erstens die Verstrickung, wie wir es nannten, zweitens seine taktische Niederlage im Kampf mit Octavius, die Tatsache, dass er den Feinden ins Garn ging, sich formal ins Unrecht setzte und ihnen damit eine Handhabe bot, gegen ihn vorzugehen. Zunächst die Verstrickung. Dass das Sich-Verlieren in der Unendlichkeit unübersehbarer Handlungszusammenhänge eine schwere Gefahr ist, liegt auf der Hand. Wie ist dieser Gefahr zu begegnen? Einerseits, so scheint mir, dadurch, dass man wirklich im Ganzen und vom Ganzen her lebt und denkt. Wir glaubten feststellen zu müssen, dass es Tiberius daran hatte fehlen lassen, dass sein Reformprogramm nicht genügend bis in die letzten Konsequenzen durchdacht war. Nur wenn man das Ganze übersieht, kann man auch die in jedem Fall notwendige Beschränkung vornehmen. Dies ist der Grund, weshalb sich alle Fehler in der theoretischen Begründung der eigenen Position in jedem Handeln, insbesondere aber im politischen Handeln so verhängnisvoll auswirken. Auf der anderen Seite treibe man nicht Politik schlechthin—man gerät dann fast unausweichlich ins Bodenlose—, sondern schaffe sich, um die Welt bewegen zu können, einen archimedischen Punkt, eine provincia, wie man römisch sagen würde, deren Lage und Grösse den eigenen Fähigkeiten und Interessen angemessen ist, diese aber verwalte man mit äusserster Akkuratesse und lasse weder sich noch anderen etwas hingehen. Ein kluger Mann hat einmal gesagt: Wenn man zur Macht kommen will—ich würde diesen Bedingungssatz freilich nicht für zulässig halten—, dann lasse man sich eine Aufgabe übertragen und löse sie so hervorragend, dass man an seiner Stelle unentbehrlich wird. Mir scheint dies vollkommen richtig, und ich würde nur noch hinzufügen: man löse die Aufgabe so, dass man unantastbar und unangreifbar dasteht. Dies ist nämlich durchaus zu erreichen, sofern nur die Aufgabe den eigenen Kräften entspricht. Wenn man sie aber gelöst hat, dann ist man damit eine Macht geworden, die auch andere respektieren werden, und dies wirkt dann weiter nicht allein als Macht, sondern noch viel mehr als ein Beispiel richtigen politischen Handelns im Sinne der σωτηρία und

wird als eine Quelle des Gesunden und des Heils weit über den eigenen Kreis hinaus ausstrahlen und anderen ein Halt und eine Stärkung sein. Es wird vielleicht auch zu seinem Teil beitragen zur Herstellung eines der unscheinbarsten und unsichtbarsten, trotzdem der wichtigsten politischen Faktoren, dessen was Cicero den consensus omnium bonorum nennt. Soll ich darlegen, in welchem Masse unser öffentliches Leben von diesem Machtfaktor abhängig ist, ja dass wir es ihm zu danken haben, wenn wir in all der Wirrnis unserer politischen Verhältnisse überhaupt noch am Leben sind? Es erscheint mir geradezu als absurd, dass die Menschen dieser Tatsache gegenüber wie mit Blindheit geschlagen sind und dass daher die hochmögenden Politiker alle möglichen überflüssigen, ja zum grössten Teil verderblichen Künste treiben und das einige Notwendige, deshalb weil es so schlicht und anspruchslos ist, weil sich damit so gar keine Reklame machen und nichts darüber in die Zeitungen schreiben lässt, gänzlich ausser acht lassen. Ja wenn sich der Mann fände, der diesen consensus, nicht moralisch natürlich, sondern in Hinwendung auf die gegenständlichen Aufgaben des öffentlichen Lebens, zu organisieren und zu einer realen Macht zu erheben vermöchte! Aber ich will mich weder in einen Wunschtraum noch in eine Sallustische Deklamation über die Korruption dieses saeculum verlieren und breche ab.

So bleibt denn nur noch ein einziger Punkt, die Amtsentsetzung des Octavius, denn auf sie konzentriert sich am Ende alles, was gegen Tiberius vorgebracht werden kann und tatsächlich vorgebracht wird. Dabei hat die Verletzung des formalen Rechts, wie wir darlegten, gänzlich ausser Betracht zu bleiben. Das was zur Diskussion steht ist die Tatsache, dass er seinen Gegnern ins Garn ging und sich ihnen ans Messer lieferte. Dabei lässt sich eines zu seinen Gunsten, eines zu seinen Ungunsten sagen. Zu seinen Gunsten dies, dass sich noch niemand gefunden hat, der anzugeben gewusst hätte, was er denn sonst hätte tun sollen. Wir haben die Schwierigkeit, in der er sich befand, oben besprochen und können auf das dort Gesagte verweisen. Es muss ihm zugestanden

werden, dass er überzeugt war, sein ganzes Reformwerk stehe auf dem Spiel, und dass er mit dieser seiner Überzeugung wahrscheinlich sogar recht hatte. Zu seinen Ungunsten ist zu sagen, dass er das Gebot nicht erfüllt hat: «Seid klug wie die Schlangen und ohne Falsch wie die Tauben», dass er es zuliess, dass sich an ihm das Wort bewahrheitete: «Die Kinder der Finsternis sind klüger als die Kinder des Lichts in ihrem Geschlecht». Denn jenes Gebot hat strikte Geltung, das vollkommenste Beispiel aber für seine Erfüllung ist die Geschichte vom Zinsgroschen. So wollen wir uns also, scheint es, wenn auch aus ganz anderen Gründen denen zugesellen, die Tiberius verurteilen? Indessen wer würde zu behaupten wagen, dass er der Falle zu entgehen imstande gewesen wäre? So gewiss der Satz richtig ist, dass, je besser die Sache ist, die wir vertreten, um so ernster die Pflicht sei, ihr zum Siege zu verhelfen, so ist es doch nicht weniger sicher, dass Situationen eintreten können, aus denen kein Entrinnen möglich ist, dass es Wege gibt, die Menschen bis zu Ende zu gehen verpflichtet sind, obwohl sie mit dem Untergang enden. Das Beispiel, das sie mit ihrem Leben und ihrem Tod aufgerichtet haben, ist dann zugleich Rechtfertigung genug für sie selbst und Gericht über die, die sich mit der Blutschuld ihres Todes befleckt haben. Nur im Vorübergehen darf an das höchste Beispiel, von dem das Neue Testament berichtet, hingewiesen werden. An diesem Punkt findet unser Fragen Ende und Ziel, vielleicht in anderer Weise aber doch auch wieder eine Antwort, die Antwort, dass der Erfolg nicht das Mass aller Dinge, nicht das vollgültige Urteil der Geschichte ist. Das Beispiel, auf das wir andeutend hinwiesen, beweist, dass der Erfolg kein letztes Kriterium ist, dass die Feinde der σωτηρία immer nur einen Pyrrhussieg davontragen und dass es Niederlagen gibt, die sich notwendig in Sieg verkehren.

Eine allgemeine und grundsätzliche Erwägung muss den Schluss unserer Darlegungen bilden. Wir haben, E. von Stern folgend, die Frage nach der Beurteilung der politischen Wirksamkeit der Gracchen gestellt und zu beantworten versucht. Dies ist in der Weise geschehen, dass wir die Kategorien, die

dem Urteil Sterns zugrunde liegen, untersucht, sie als unzureichend erkannt und daher zu klären und zu vertiefen unternommen haben. Dass aber überhaupt einmal die Frage mit zielbewusster Energie angefasst worden ist, dies scheint mir ein ausserordentliches Verdienst, und insofern steht mir sein Aufsatz unter allen mir bekannten Arbeiten zur Geschichte der Gracchen bei weitem am höchsten. Wie verfährt denn sonst die Historie? Sie urteilt, wie man auf Griechisch sagt, εἰκῇ, aufs Geratewohl, willkürlich, nämlich von vorgegebenen Wertmasstäben aus, für die Rechenschaft zu geben ihr überhaupt nicht in den Sinn kommt. Viele Historiker leben sogar des naiven Glaubens, nach dem missverstandenen Wort Rankes lediglich darzustellen, «wie es eigentlich gewesen ist». Nun gibt es sicherlich eine Ebene historischen Geschehens, in der reine Erzählung möglich ist, bei einfachen Vorgängen nämlich, z. B. bei einer Schlacht. Wenn es sich dagegen um Zuständliches oder gar um die Beurteilung von Personen handelt, dann versagt die Methode des Erzählens vollkommen. Jedes Urteil aber setzt einen Masstab, ein Kriterium voraus. Solange dieses nicht feststeht, ist ein Urteil zu fällen schlechterdings unmöglich. Die Masstäbe stehen aber nicht fest. Das Schwanken des Urteils in der antiken Überlieferung wie in der modernen Geschichtsschreibung über die Gracchen ist ein schlagender Beweis dafür. Tendenz und vorgefasste Meinung üben eine schrankenlose Herrschaft. Folglich bleibt nichts übrig, als die Kriterien selbst einer Untersuchung zu unterziehen. Wir haben diese Aufgabe, so gut wir es vermochten, zu lösen unternommen, wohl wissend, dass wir damit zwar nicht ins Bodenlose gerieten, wohl aber notwendig in den weiten Raum des Unendlichen vorstossen mussten. In ihm verliert sich unsere eng begrenzte Betrachtung. Trotzdem, hier gibt es kein Ausweichen. Man muss sich darüber klar sein, dass die Geschichtswissenschaft an einem bestimmten Punkt in Philosophie übergeht und daher sich in Philosophie zu verwandeln entschlossen sein muss.

HANS DREXLER.

Göttingen.

NOTES SUR QUELQUES MANUSCRITS DE JEAN TZETZES

Le premier volume de la *Real-Encyclopädie* paru depuis la fin des hostilités contient un excellent article *Tzetzes*, rédigé par le regretté Carl Wendel (1).

Cette mise au point constitue la plus récente étude que l'on possède sur les frères Jean et Isaac Tzetzès, philologues du XIIe siècle. Elle est aussi la plus précieuse parce que la mieux informée. L'article renferme notamment un grand nombre d'indications nouvelles sur les manuscrits des oeuvres de Jean Tzetzès, qui sont en général mal connus (2).

A propos des citations anciennes semées par cet érudit dans ses poèmes didactiques et dans ses scholies, j'ai dû entreprendre des recherches sur les manuscrits de certains de ces ouvrages. Je suis aujourd'hui en mesure d'apporter des précisions supplémentaires à l'article de C. Wendel. Il s'agit toutefois d'une suite de notes plus ou moins détaillées sur des manuscrits qui m'ont paru intéressants à divers titres, et

---

(1) Pauly-Wissowa, *RE*, t. VII (1948), col. 1959-2012; cette étude existe néanmoins en tirage à part daté de 1942. L'article de C. Wendel sera cité désormais par le simple renvoi aux colonnes de la *RE*.

(2) On y ajoutera un article récent de M. Calderone, *Giorn. Ital. di Filologia*, I (1948), p. 363-372, intitulé *L'Exegesis ad «Opera et Dies» di Tzetzes e il Codex Messanius*. Cette étude est consacrée à un ms. du *Commentaire* sur Hésiode particulièrement intéressant à cause de sa date: le ms. *F. V. 11* de Messine, du XIIe siècle.

non d'une étude systématique et exhaustive, qui demanderait un travail plus considérable.

La plupart des oeuvres de Tzetzès, en effet, ont fait l'objet de publications hâtives, à partir de manuscrits qui sont souvent défectueux ou incomplets. Sans qu'il soit question d'envisager de nouvelles éditions, on doit au moins savoir comment il est possible, dans certains cas, de vérifier et d'améliorer le texte présenté par les éditeurs des XVIIIe et XIXe siècles, parfois même, de le compléter.

1. *Mss de l'«Exegesis ad Iliadem».*

L'oeuvre a été éditée d'après un seul ms., le codex de Leipzig *Lips. Univ. 32* (ancien *1275)*, par les soins de G. Hermann (1). Ce ms. du XIVe ou du XVe siècle est le ms. L de l'*Iliade:* il a conservé en outre les prolégomènes et une partie du commentaire de Tzetzès sur le chant A, jusqu'au vers 102.

Jusqu'à une date récente, L semblait l'unique ms. utilisable pour l'*Exegesis* (2). C. Wendel (1967, 18-26) signale maintenant trois autres mss, sur lesquels on peut apporter des renseignements complémentaires.

Le seul qui soit intéressant est un ms. du Trinity College de Cambridge, *R. 16.33* (Catal. *981)*, que je nommerai C. C. Wendel (1967, 18-21) indique qu'il doit contenir le chant A tout entier, accompagné d'un texte plus complet de l'*Exegesis.*

Le fait est exact. Ayant entre les mains un microfilm de C, je suis en mesure d'apporter quelques précisions sur ce document mal connu. L'ignorance où l'on était sur l'étendue de

---

(1) Dans le volume intitulé *Draconis Stratonicensis Liber de Metris, Ioannis Tzetzae Exegesis in Homeri Iliadem*, deuxième partie, p. 1-157, Leipzig 1812.

(2) H. Felber, auteur d'un travail critique consacré à l'*Exegesis, Quellen der Ilias-Exegesis des J. Tz.*, diss. Zurich 1925, n'a pas connu d'autre source.

ce texte incombe sans doute au rédacteur du catalogue des mss occidentaux de Cambridge, Montague R. James.

En décrivant le ms. (1), il n'a pas insisté sur le fait qu'il contenait l'*explication du chant A entier;* et surtout, mentionnant rapidement la publication de l'oeuvre par G. Hermann en 1812, il ne s'est pas aperçu qu'elle n'avait pu dépasser A 102, puisque L s'arrêtait là.

On sait maintenant que Tzetzès ne s'était pas brusquement arrêté après une centaine de vers. Il est probable que son travail n'est jamais allé au delà du chant A (2); en tout cas la fin du commentaire de ce chant ne nous donne aucun renseignement sur ce point.

Le manuscrit a appartenu à Janus Parrhasius (3). Venu ensuite en la possession de Richard Bentley, il fut donné par lui au Trinity College en 1757. Il date du XIVe siècle, et présente la particularité de contenir la transcription intégrale du texte homérique (4). Le commentaire de Tzetzès l'entoure, alors que les autres mss fournissent seulement le texte du Byzantin. Les scholies, intégrales et bien conservées, permettent de compléter celles de L, qui sont souvent détériorées.

Une grande partie de l'oeuvre est donc inédite, représentant le commentaire de A 103 à A 611. Les nombreuses citations anciennes qui sont insérées dans ce texte sont pour la plupart déjà connues, à l'exception de nouvelles citations d'Hipponax qui ont été publiées ailleurs (5).

Un ms. de Vienne, *Vindob. phil. gr. 303*, du XVIe siècle (V), n'a lui non plus jamais été utilisé. Mais il est encore

---

(1) *The West. Mss. in the library of Trinity College*, Cambridge II, 1901, p. 395.

(2) WENDEL, 1967, 38-45.

(3) Cf. la note du fo. I^r^: «Antonii Seripandi ex Iani Parrhasii testamento».

(4) Sauf les vers 503-527, un folio ayant disparu, avec la partie correspondante du commentaire.

(5) *Nouveaux Fragments d'Hipponax*, dans la *Parola del Passato*, 5 (1950), p. 71-76.

plus court que L, puisqu'il s'arrête à A 62; le texte paraît en outre lacunaire (1).

Enfin C. Wendel (1967, 22-23) signale sous la rubrique de l'*Exegesis* un ms. de l'Escorial, *Y. III. 20*, de contenu mal connu. En réalité, on a affaire à un titre trompeur. De même qu'un autre ms. de la même bibliothèque, *R. III. 15* (catal. *49)*, il renferme les *Allegoriae ad Iliadem*, mais sous le titre de: Τοῦ μακαρίου Ἰωάννου τοῦ Τζέτζη ἐξήγησις τῆς Ἰλιάδος, au lieu de celui, non équivoque, de: Ὑπόθεσις τοῦ Ὁμήρου ἀλληγορηθεῖσα κτλ. Il faudra donc le placer à la suite des nombreux mss qui nous ont conservé les *Allegoriae*, en même temps que le ms. *R. III. 15*, qui semble en être une copie (2).

2. LES MSS DU «COMMENTAIRE SUR LYCOPHRON».

Le *Commentaire* (ou *Scholies)* sur l'*Alexandra* de Lycophron est une des rares oeuvres de Tzetzès pour laquelle on dispose d'une édition moderne. Elle a été publiée par Ed. Scheer en 1908, en même temps que les *Scholies* anciennes qui ont été conservées (3).

Dans son édition, Scheer groupe les mss du *Commentaire* en utilisant un système compliqué, qu'il est nécessaire de résumer ici. D'après lui, il existerait deux classes de mss (4). La première, représentée actuellement par un seul témoin, le

---

(1) D'après le Dr. HUNGER, Bibl. Nationale, Vienne. Le Prof. W. J. W. KOSTER me signale que le ms. de Paris *Suppl. gr. 655* contient des extraits de l'*Exegesis*, fos. 31^{r}-34^{v}.

(2) Les renseignements concernant le ms. *Y. III. 20* m'ont été communiqués par N. MORATA (Escorial). Pour *R. III. 15*, cf. REVILLA, *Catal. Cod. Griegos Bibl. Escorial*, I (1936), p. 180-181. Ces deux mss ne contiennent pas les scholies.

(3) Dans les pages qui viennent, j'userai des abréviations suivantes: SCHEER I = *Die Ueberlieferung der Alexandra...*, *Rhein. Mus.*, 34 (1879), p. 272-291 et 442-473; SCHEER II = *Lycophronis Alexandra*, vol. I (texte), Berlin 1881; SCHEER III = *id.*, vol. II (scholies), Berlin 1908.

(4) SCHEER III, *Prolegomena, passim.*

Paris. gr. 2723 (a), aurait conservé le texte d'une rédaction primitive du *Commentaire* élaborée par Isaac Tzetzès, l'aîné des frères. La classe II, qui fournit un texte plus abondant, constituerait un remaniement du premier *Commentaire* effectué par Jean Tzetzès, remaniement dont l'auteur aurait donné plusieurs versions. Cette classe se partage ainsi en deux groupes, *b* et *c*. Tandis que *b* n'a qu'un représentant, le *Vatic. gr. 1306 (b)*, *c* se divise en deux sous-groupes, γ 1, avec l'*Ambr. C 222 inf.* (γ 1) et γ 2, avec le *Palat. gr. 18* (γ 2).

Scheer donne la préférence à la «première rédaction», donc au ms. *a*. Il reproduit son texte, en ajoutant entre deux astérisques les «suppléments» fournis par le groupe *bc*.

Mais, dans un compte-rendu fondamental du travail de Scheer, H. Schultz a fait justice de cette théorie complexe (1). Il n'y a qu'un seul auteur, qui est Jean Tzetzès, et un seul texte, qui a été remanié et abrégé par des copistes ou des érudits. Après une critique détaillée de l'argumentation de Scheer, Schultz concluait en ces termes: «[...] die Pariser Hs. verliert ihre Sonderstellung als Redaktion des Isaac Tzetzes, und es steht wohl jetzt nichts mehr im Wege, sie als eine verkürzte Redaktion des in der Klasse *bc* reicher überlieferten Kommentars des Johannes Tzetzes anzusehen» (2).

Il convient donc de considérer comme original le texte le plus complet, avec les passages placés entre deux astérisques par Scheer, et de rendre leur valeur propre aux leçons du groupe *bc*, souvent sacrifiées par l'éditeur au profit de celles de *a* (3).

La plupart des principes admis par Scheer s'étant révélés inexacts, il serait possible d'écrire l'histoire du texte en partant sur de nouveaux frais. Une étude objective permettrait probablement d'aboutir à un classement à la fois plus clair et plus précis.

---

(1) *Gött. Gel. Anz.*, 1910, p. 19-35.

(2) *L. c.* p. 24. WENDEL, 1978-1980, admet la démonstration de SCHULTZ.

(3) SCHULTZ, *l. c.* p. 24-25.

Une nouvelle édition des *Scholies*, anciennes et récentes, serait en réalité une oeuvre utile. Elle devrait séparer de façon plus nette que ne l'a fait Scheer le texte encore subsistant des *Scholies* anciennes—*s* et *s2*, *Marcianus gr. 476; s3*, *Neap. II D 4*—et la version «revue et augmentée» que représente le *Commentaire* de Tzetzès (1), à l'aide de laquelle on peut reconstituer prudemment le texte du ms. des *Scholies* anciennes qu'il possédait, *s4* (2).

En attendant qu'un érudit courageux entreprenne ce travail, il convient d'utiliser avec critique l'édition de Scheer: malgré ses mérites incontestables, elle est susceptible de nombreux perfectionnements.

Afin d'étudier avec leur contexte quelques citations anciennes, j'ai moi-même examiné un certain nombre de mss du *Commentaire* de Tzetzès. Comme cet examen a montré l'intérêt relatif de mss ignorés ou négligés par Scheer, il me paraît utile de donner ici une liste critique des principaux documents, sans tenir compte de la classification instituée par Scheer.

Les mss sont énumérés suivant l'ordre chronologique—autant que faire se peut—; un sigle nouveau est proposé pour chacun d'eux (3).

Les mss datés les plus anciens sont S et P. Le *Scorial. R. I. 18* (S; non examiné par Scheer) est daté de 1263 (4);

---

(1) Cf. SCHULTZ, *l. c.* p. 19. Les érudits modernes qui ont utilisé l'édition SCHEER n'ont pas toujours su faire la différence entre les deux séries, attribuant parfois aux *Scholies* anciennes ce qui appartient au seul Tzetzès (ainsi DIEHL pous les citations d'Hipponax).

(2) Sur le texte de *s4*, voir les utiles réflexions de SCHULTZ, *l. c.*, p. 26 sqq. Ici encore l'on doit écarter certaines hypothèses de SCHEER: Tzetzès n'a utilisé qu'*un seul* ms. des *Scholies* anciennes, *s4*. Les mss supposés *s5* et *s6* n'ont pas existé, cf. SCHULTZ, *l. c.*, p. 27; WENDEL, 1978, 32 sqq.

(3) Ceux de SCHEER varient suivant ses publications et sont souvent incommodes: je propose un système uniforme, incorporant d'ailleurs des mss dont SCHEER ne s'était pas servi. Les mss dont le contenu n'est pas autrement précisé ne contiennent que l'*Alexandra* et le *Commentaire* de Tzetzès.

(4) Description chez REVILLA, *op. cit.* p. 65-67.

c'est un palimpseste. Le *Paris gr. 2723* (P; C chez Scheer I-II, *a* dans III) est daté de 1282; il contient diverses oeuvres, dont notre texte aux fos. 1^{r}-76^{v}.

On peut attribuer également aux environs de 1280, selon J. Irigoin, l'*Ambros. C 222 inf.* (A; γ 1 chez Scheer III), connu comme le ms. A de Pindare, K de Théocrite, etc., où notre texte occupe les fos. 109^{r}-176^{r}.

Un dernier ms. doit provenir de la fin du XIIIe siècle: c'est le *Vatic. gr. 1306* (V; *b* chez Scheer III), palimpseste qui paraît assez proche de S (1).

Ensuite viendrait le *Paris. gr. 2403* (Q; D chez Scheer I-II), que J. Irigoin date des environs de 1300. C'est le ms. V de Pindare; notre texte y figure aux fos. 58^{r}-99^{v}.

Trois mss sont attribués de façon unanime au XIVe siècle. *Le Palat. gr. 18* d'Heidelberg, ancien *Vitebergensis 2* (H; E chez Scheer II, γ 2 chez Scheer III) (2), comprend notamment les *Travaux* d'Hésiode, avec le *Commentaire* de Tzetzès, et notre texte, aux fos. 9^{r}-96^{v}. Le *Laurentianus gr. 32, 17* (L; non examiné par Scheer), est partiellement palimpseste (fos. 1^{r}-112^{v}), le reste étant écrit sur papier (fos. 113^{r}-191^{v}), mais de la même main (3). Vient enfin le *Vatic. gr. 117* (W), où notre texte occupe les fos. 30^{r}-113^{v}.

En outre, il est permis de considérer comme intéressant un ms. du XVe siècle, le *Paris. gr. 2836* (R).

En l'absence d'un classement des mss qui puisse être regardé comme définitif, un certain éclectisme est encore nécessaire. Les mss anciens du *Commentaire*, postérieurs d'un siècle et demi environ à la publication de l'oeuvre, présentent déjà une tradition qui est souvent altérée. Le ms. P, qui reste l'un des plus intéressants, donne même une version abrégée et ses erreurs sont nombreuses.

Un examen du texte de certaines citations ne suffirait pas

---

(1) Le Prof. GIANNELLI estime qu'il fut copié dans le *scriptorium* de Casole.

(2) Par suite d'une erreur, ce ms. est nommé plusieurs fois *Palat. 218* chez SCHEER II-III.

(3) Cf. KAIBEL chez SCHEER I, p. 458, n. 1.

pour déterminer la valeur des mss. Il apparaît cependant grâce à ce travail que certaines opinions de Scheer devraient être révisées (1). V n'est plus isolé: S est très proche de lui. Mais A est certainement plus important que S et V. Scheer accorde trop d'importance à V, et surtout à H, qui représente une tradition particulièrement défectueuse. Pour sa part, Q ne doit pas être négligé: malgré de nombreuses erreurs, il conserve parfois des leçons authentiques intéressantes. Enfin, il conviendrait de donner davantage d'attention à des mss plus récents comme W (2) et L. De même R, qui paraît appartenir au même groupe que P, ne devrait pas être laissé de côté.

3. *Mss des «Carmina Iliaca».*

Il faut signaler tout d'abord qu'il n'existe pas d'édition satisfaisante de ces poèmes. Les publications les plus complètes, celles de F. Jacobs (1793) et I. Bekker (1816), sont anciennes et ne fournissent pas le texte des longues scholies ajoutées par Tzetzès à son oeuvre (3).

Voici quelques précisions sur les mss de cette oeuvre, qui sont relativement nombreux et pour la plupart mal connus: ils seront énumérés en commençant par les plus importants, ceux qui ont conservé le texte intégral des scholies.

Le plus ancien est un ms. parisien, *Suppl. gr. 95*, qui appartint à Huet et doit être daté du XIVe siècle (H). Il con-

---

(1) SCHULTZ, *l. c.*, p. 21-23, a déjà montré que SCHEER donnait trop de valeur au ms. de Vienne *Vind. phil. 282*.

(2) SCHEER, I p. 291, le mentionne seulement à propos du texte de Lycophron: il ne le connaît du reste que par des indications insuffisantes de SEBASTIANI.

(3) Sur les publications partielles de ces scholies, cf. WENDEL, 1985, 5-11: restent inédites les sections correspondant aux vers 30-146 des *Antehomerica*, 226-490 des *Homerica*, et 1-780 des *Posthomerica*. B. ten BRINK avait projeté une publication intégrale des scholies: de courts passages ont seulement été reproduits dans le *Rhein. Museum*, 6 (1851), p. 36, 38, 40, à propos de citations d'Hipponax.

tient les trois poèmes, le texte et les scholies alternant. Les *Antehomerica* occupent les fos. 1r-22r, les *Homerica* les fos. 22r-46v et les *Posthomerica*, les fos. 46v-74v. Du fo. 75r au fo. 79v, le ms. contient encore les *Sentences* du Pseudo-Phocylide. Il ne paraît avoir servi à aucun éditeur.

Un ms. du Vatican, le *Barb. gr. 79*, du XVIe siècle (V), comprend les trois poèmes d'une part (fos. 1r-37r) et à la suite les scholies correspondantes (fos. 39r-68r). Ce ms. est très soigné. Quelques petites lacunes dans les scholies, d'un mot à une ligne, sont signalées par des astérisques. D'après quelques exemples, il me paraît que V a été copié sur H; à certains passages grattés ou illisibles de H correspondent des lacunes de V. Le ms. du Vatican reste néanmoins utile, car le copiste a pu transcrire des passages de H qui sont maintenant difficilement lisibles. Ce ms. n'a jamais été collationné.

Date également du XVIe siècle un ms. de Londres, *Old Royal Ms. 16 c IV* (L) (1). Copié par le Tourangeau Pierre Moreau en 1560, il comprend les poèmes et leurs scholies, disposées dans les marges. Ce ms. n'a été utilisé ni par Jacobs ni par Bekker (2).

Dans un second groupe, on peut classer les mss qui renferment un texte relativement complet des poèmes, mais peu ou pas de scholies.

Le plus ancien est le *Vaticanus gr. 915*, de la fin du XIIIe siècle. Ce ms. d'une écriture très menue et peu lisible,

---

(1) Sur ce ms. cf. WARD, *Catalogue of romances in the department of mss in the British Museum*, I (1883), p. 2-6; WARNER-GILSON, *Catalogue of western mss in the Old Royal and King's collection*, II (1921), p. 181-182. Des renseignements complémentaires m'ont été donnés par M. A. MAYOR, du British Museum.

(2) Ils n'ont connu qu'une copie (faite par WOIDE) d'un ms. de Londres du second groupe, le *Harleianus* 5662. Cf. WARD, *l. c.*, p. 4, 8-9. Rectifier sur ce point WENDEL, 1984, 55-58. Le ms. *Old Royal 16 D III* n'a pas d'intérêt: c'est une simple copie de L, avec des erreurs et des lacunes, cf. WARD, *l. c.*, p. 7 et WARNER-GILSON, *l. c.*, p. 189. Enfin le ms. *Old Royal 16 D XII* est une copie analogue, mais très fragmentaire (*Antehom.* 1-56 et 202-240), cf. WARNER-GILSON, *l. c.*, p. 191.

sur deux colonnes, est un recueil de divers poètes (1). Au milieu de la colonne II du fo. 249^{v} commencent les *Antehomerica* de Tzetzès et les *Posthomerica* se terminent au fo. 258^{r}; il y a un petit nombre de scholies de peu d'étendue. Ce ms. a été utilisé par Bekker.

Un ms. de Londres du XVe siècle, l'*Harleianus 5662*, comprend les *Carmina*, moins six vers, sous le titre de «Petite Iliade». Les scholies sont réduites à une vingtaine d'extraits de quelques lignes placés dans les marges.

Deux mss de Madrid sont d'intérêt inégal. Le *Matrit. 20*, copié en partie par Lascaris à la fin du XVe siècle, contient les *Carmina* aux fos. 136^{r}-174^{r}, avec le même titre de «Petite Iliade». Le texte des scholies marginales n'est pas intégral (2). Quant au *Matrit. 4763 (O 107)*, c'est une copie récente, exécutée au XVIIIe siècle sur l'ordre du directeur D. Rafael Casalbon, et probablement d'après le *Matrit. 20* (3).

Un ms. de Milan, l'*Ambr. N 287 Sup.* (Catal. *580)*, du XVIe siècle, reproduit le texte des *Carmina*, mais les scholies sont rares et fortement abrégées.

Enfin un ms. de Paris, le *Paris. gr. 2752*, du XVIe siècle, donne seulement le texte des *Carmina* (4). Ce ms. visiblement inachevé ne comporte ni nom d'auteur ni titre; de larges espaces restés blancs étaient sans doute prévus pour recevoir les scholies. Il a été utilisé par Bekker.

Le troisième groupe est formé par des mss où le texte lui-même n'est pas complet.

Un ms. de Modène qui paraît dater du XIIIe siècle, le

---

(1) C'est notamment le ms. O de Théognis, et le ms. M de Théocrite (cf. C. GALLAVOTTI, *Theocritus*, Rome 1946, p. 271).

(2) Ces précisions, dues à Melle I. MILLÉ, Biblioteca Nacional, Madrid, permettent de compléter le catalogue d'IRIARTE. Cf. J. R. VIEILLEFOND, *Emerita*, 3 (1935), p. 204, qui signale que le ms. *4761 (O 103)* ne contient nullement les *Carmina Iliaca*, comme l'indiquait MILLER, *Notices et extraits...*, 31, 2 (1886), p. 110.

(3) Selon Melle I. MILLÉ.

(4) Insuffisamment décrit par OMONT, *Inventaire sommaire...*, comme un *Anonymi poema de Trojae excidio.*

Mutin. III D 21, contient la fin des *Antehomerica*, v. 283-406 (fos. 1r-4r) et le début des *Homerica*, v. 1-50 (fos. 4r-6v), avec les scholies correspondantes (1).

Il faut signaler ici rapidement deux mss déjà connus de Munich et de Vienne, qui furent utilisés par les premiers éditeurs. Dans le *Monac. gr. 546*, copié à Vienne en 1506 (M), on lit seulement les v. 1-29 et 203-406 des *Antehomerica*, 1-225 des *Homerica*, avec les scholies. Pour sa part, le *Vindob. phil. gr. 308*, du XVIe siècle, fournit un très long fragment des *Antehomerica*, v. 1-347, et la totalité des *Posthomerica;* les scholies, qui sont lacunaires, accompagnent le texte (2).

C. Wendel (1985, 18-20), se fondant sur Zacher (3), signale enfin que le *Vatic. Urb. gr. 141* renfermerait les vers 39-172 des *Antehomerica*. En réalité, ce ms. ne contient au fo. 191v, qu'une Ὑπόθεσις τῆς ὅλης Ἰλιάδος, résumée d'après le passage cité des *Antehomerica* (4).

4. *Mss du traité «De Metris».*

Le texte a été édité par Cramer en 1836 (5). Suivant son habitude, Tzetzès avait pourvu ce poème didactique de scholies marginales. Quelques mss nous ont conservé ces scholies, qui sont peu nombreuses, mais renferment des citations anciennes.

C. Wendel (1997, 64-66) signale comme tel le *Paris. gr. 2644*, du XIVe siècle (A). Mais deux mss d'Oxford ont conservé également des scholies plus ou moins complètes.

Ce sont le *Baroccianus 194*, ms. du XVIe siècle (B), et le *Meerm. Auct. T. 1.10* (ou *Misc. 188* du catalogue de Coxe), de la même époque (C) (6).

---

(1) Renseignements recueillis par J. MARTIN.

(2) Selon le Dr. HUNGER.

(3) *Jahrb. f. class. Phil.*, Suppl. 16 (1888), p. 583.

(4) STORNAJOLO, *Cod. Urb. gr. Bibl. Vat.*, 1895, p. 272; ZACHER, *l. c.*

(5) *Anecd. Oxon.*, t. III (1836), p. 302-333.

(6) Pour ce ms. voir plus loin, section 5.

J'ai vérifié l'absence de scholies dans les mss suivants: Milan, *Ambr. C 156 inf.* (Cat. *865)*; Oxford, *Meerm. Auct. T. 2.13* (ou *Misc. 213)* et *Saibant. Auct. T. 4.9* (ou *Misc. 247)*; Paris, *Paris. gr. 2676, 2677, 2881* et *2972, Suppl. gr. 1198;* Vatican, *Vatic. gr. 87;* Venise, *Marc. 483.*

5. *Mss des «Historiae» (ou «Chiliades»).*

Les *Historiae,* plus connues sous le nom factice de *Chiliades,* n'ont eu qu'une édition moderne, celle de Kiessling (1826). Elle est fort imparfaite et différents compléments lui ont été apportés par Cramer et Pressel (Wendel, 1998, 16 sqq.).

Une étude des mss a été entreprise par H. Spelthahn en 1904 (1), mais cet érudit n'a pu étudier lui-même qu'un ms. de Paris, le *Paris. gr. 2644* (A), du XIVe siècle, et deux mss de Munich, *Monac. gr. 338* (E) et *564.* Pour les autres, il avait dû se contenter des indications sommaires fournies par les catalogues.

C. Wendel (1998, 53 sqq.) insiste sur l'intérêt que présenterait une édition critique des *Histoires,* mais il n'ajoute pas de nouveaux renseignements à la liste établie par Spelthahn (2).

Je n'ai pas eu moi-même l'occasion d'examiner en détail tous les autres mss des *Histoires:* il m'est seulement possible de fournir quelques informations supplémentaires sur certains d'entre eux.

De même que pour les autres oeuvres de Tzetzès, les mss importants sont ceux qui ont conservé le texte intégral, avec les scholies et les gloses dont l'auteur l'avait pourvu. Un des mss les plus intéressants de ce groupe paraît être le *Vatic. gr. 1369* (B), provenant de la bibliothèque de F. Orsini. Selon le Prof. Giannelli il peut être daté de la seconde moitié

---

(1) *Studien zu den Chiliaden des J. Tzetzes,* Dissert. Munich, 1904. Dans ce qui suit, je conserve les sigles de SPELTHAHN.

(2) Sauf la mention d'un ms. de l'Athos, *Vatopedi 287,* dont le contenu exact est très mal connu.

du XIIIe siècle. Spelthahn supposait, d'après de vagues indications données par Matranga, qu'il contenait de nombreuses oeuvres de Tzetzès (1). En réalité, outre les *Histoires* et les *Lettres* (fos. 2^r-255^v), on n'y trouve que les *Allegoriae Iliadis* (fos. 256^r-352^v), dont le texte s'arrête à Ω 311. Pour la première partie, ce ms. n'a été utilisé par aucun éditeur.

Dans cette série, le ms. le plus récent est le *Meerm. Auct. T. 1.10* d'Oxford (C). Il a été copié par N. et G Kokolos, qui travaillaient à Venise entre 1539 et 1542 (2). Son contenu est identique à celui du *Paris. gr. 2644* (A). Les *Histoires* et les *Lettres* occupent les fos. 2^r-285^v, avec un certain nombre de lacunes. Viennent ensuite différentes petites oeuvres de Tzetzès, aux fos. 285^v-306^v, dont le traité *De Metris* (fos. 288^v-304^v). Le ms. se termine par les *Allegoriae Iliadis*, aux fos. 307^r-402^v; le texte de ces dernières s'arrête à Ω 321.

On doit accorder une position intermédiaire à un ms. de Florence, le *Laurent. gr. 69, 14* (G). En effet, ce ms. du XVe siècle à deux colonnes omet un certain nombre de scholies et de gloses interlinéaires qui figurent dans les mss du premier groupe: en revanche, il comporte occasionnellement d'autres scholies (3). De Tzetzès, le ms. reproduit seulement les *Histoires* (sans les *Lettres)* aux fos. 1^r-92^r, et les courts poèmes ordinairement annexés aux *Histoires*, aux fos. 92^r-94^v.

OLIVIER MASSON.

Nancy, Faculté des Lettres.

---

(1) *Op. cit.*, p. 15-16.

(2) D'après M. BARBOUR, Bodleian Library, qui m'a donné sur ce ms. des détails permettant de compléter le catalogue de COXE.

(3) Je dois ces renseignements à Melle T. LODI, Directrice de la Biblioteca Medicea Laurenziana.

Note additionnelle.—Tzetzès nous a laissé pour quelques pièces d'Aristophane des scholies qui n'ont jamais fait l'objet d'une édition tant soit peu complète (WENDEL, 1972, 59 sqq.; 1977, 37 sqq.). Le Professeur W. J. W. KOSTER a l'intention de les publier dans un recueil qu'il prépare de toutes les scholies d'Aristophane.

SOBRE LAS ARREFORIAS O ERREFORIAS

Como en tantos otros problemas de las Antigüedades griegas, la aplicación paralela del método filológico—aprovechamiento hasta lo último de los datos transmitidos—y del lingüístico—búsqueda etimológica—, creo que puede, al comprobarse recíprocamente los resultados del uno y del otro, hacer avanzar el conocimiento de esta fiesta ateniense y de las misteriosas ceremonias que en ella se celebraban. Comenzaré por la parte filológica, haciendo un nuevo examen de los datos del problema para, al tiempo que expongo lo que es ya comúnmente aceptado, tomar posición en las cuestiones litigiosas y deducir algunas consecuencias nuevas.

En Aristófanes, *Lys.* 642, el coro de mujeres se jacta de su participación a lo largo de su vida en las ceremonias del culto y comienza diciendo:

Ἑπτὰ μὲν ἔτη γεγῶσ' εὐθὺς ἠρρηφόρουν.

En Lisias XXI, 5 se cita la ἀρρηφορία como una liturgia que el pleiteante ha desempeñado. En Dinarco, fr. 6, 4, se habla de ἀρρηφορεῖν sin que sepamos en qué contexto. Estos son los únicos testimonios de la época clásica, a los que hay que añadir para la helenística unos pocos más procedentes de inscripciones en que los padres consagran una ἐρρηφορήσασαν a Atena: *I. G.* II 1379-82, 1384-5, 1390-2, 1591; o bien a Atena y Pándroso: 1383. En otra (II 453 *b* 14) se habla de un sacerdote que ἔδωκε δὲ καὶ τὴν ἑαυτοῦ θυγατ[έρα..... εἰς τὰ] Ἐπιδαύρια ἀρρηφοροῦσαν βουλο[μενος..... τὰς] πρὸς θεοὺς τιμάς. Todas estas

inscripciones están escalonadas entre los siglos III y I a. de J. C. y proceden de Atenas.

Para precisar esta tradición tan escasa tenemos que acudir al período posterior. En las inscripciones de Atenas aparecen ahora, además del verbo ἐῤῥηφορέω (y ἀῤῥηφορέω), el sustantivo ἐῤῥηφόρος (y ἐρσηφόρος). Las inscripciones con ἐῤῥηφορέω (*I. G.* III 888,916-9) y ἀῤῥηφορέω (III 822 *a)* son del mismo carácter que las anteriores: consagraciones a Atena y una (887) a Atena y Pándroso, pero también una (919) a Demeter y Core; en otra de ellas (822 *a)* una ἀῤῥηφορήσασα consagra a su hija. En cuanto a las inscripciones con ἐῤῥηφόρος (o ἐρσηφόρος), son asientos del teatro de Dionisos: una vez la (o las) ἐῤῥηφόρος es de Atena (902), dos (918 y 919) de Cloe Temis y Ilitia en Agras, respectivamente. Observamos, pues, que mientras en época relativamente antigua el culto en que participaban las arreforos era el de Atena o el de Atena y Pándroso (divinidad íntimamente ligada con ella), a excepción de una inscripción del siglo II a. de J. C., posteriormente el número de cultos en cuestión aumenta. Sin duda la palabra tomó un sentido más amplio que al principio; y ello es tanto más seguro cuanto que en época imperial se nos habla en Mitilene de una ἐρσοφόρον (1) τῶν ἁγιοτάτων μυστηρίων *(I. G.* XII, 2 255); y ya antes Filón (I, 377) aplica el verbo ἀῤῥηφορεῖν al gran sacerdote hebreo. Además, es notable que a la joven que había sido arréforo en las Epidaurias en el siglo II a. de J. C. *(I. G.* II 453 *b* 14), corresponde en época imperial *(I. G.* III 916) una κανηφορήσασαν. Y, sin embargo, en época antigua las arréforos sólo aparecen en Atenas en una manifestación muy concreta del culto—como veremos—, manifestación que no se compagina con la función de las canéforas: arréforos y canéforas son expresamente distinguidas en el pasaje arriba aludido de Aristófanes, mientras que luego parece deducirse que ambos términos se hicieron equivalentes.

Los principales textos que hemos de utilizar para progre-

(1) Es corrección comúnmente aceptada por ἐργοφόρον.

sar en nuestro estudio son: Harpocración *s. u.* ἀῤῥηφορεῖν; Sch. Ar. *Lys.* 642; Suidas *s. u.* ἀῤῥηφορία; Hsq. *s. u.* ἀῤῥηφορία; Etym. M. *s. u.* ἀῤῥηφόρος y ἀῤῥηφορεῖν. El texto de Harpocración y el del Etym. M. *s. u.* ἀῤῥηφορεῖν tienen una fuente común (1); los otros cuatro están clarísimamente emparentados (2) y se caracterizan por la preocupación etimológica con la aceptación inconsecuente de dos etimologías distintas. Cf., además, Suid. *s. u.* ἐπιώψατο, Moeris *s. u.* ἐῤῥηφόροι y Etym. M. *s. u.* Χαλκεῖα (3); otros textos interesantes serán aducidos después.

Completando ahora con estos textos los datos antes enun-

---

(1) Etym. M.: Ἀῤῥηφορεῖν, τὸ χρυσῆν ἐσθῆτα φορεῖν ἢ χρυσία· τέσσαρες γὰρ παῖδες ἐχειροτονοῦντο κατ' εὐγένειαν ἀῤῥηφόροι, ἀπὸ τῶν ἑπτὰ μέχρις ἑνδεκα. τούτων δὲ δύο διεκρίνοντο αἳ διὰ τῆς ὑφῆς τοῦ ἱεροῦ πέπλου ἤρχοντο καὶ τῶν ἄλλων τῶν περὶ αὐτόν. λευκὴν δὲ ἐσθῆτα ἐφόρουν καὶ χρυσία.

Harpocración: τέσσαρες μὲν ἐχειροτονοῦντο δι' εὐγένειαν ἀῤῥηφόροι· δύο δ' ἐκρίνοντο αἳ διὰ τῆς ὑφῆς τοῦ πέπλου ἤρχοντο καὶ τῶν ἄλλων τῶν περὶ αὐτόν. λευκὴν δ' ἐσθῆτα ἐφόρουν· καὶ εἰ χρυσία περιέθεντο, ἱερὰ ταῦτα ἐγίνοντο.

(2) Sch. Ar: Οἱ μὲν διὰ τοῦ α, ἀῤῥηφορία, ἐπειδὴ τὰ ἄῤῥητα ἐν κίσταις ἔφερον τῇ θεῷ αἱ παρθένοι, οἱ δὲ διὰ τοῦ ε, ἑρσεφορία (sic). τῇ γὰρ Ἕρσῃ (sic) πομπεύουσι, τῇ Κέκροπος θυγατρὶ, ὡς ἱστορεῖ Ἴστρος.

Suid.: Ἀῤῥηφορία. θυσία. εἰ μὲν διὰ τοῦ ἄλφα, Ἀῤῥηφορία. ἐπειδὴ τὰ ἄῤῥητα ἐν κίσταις ἔφερον τῇ Θεῷ αἱ παρθένοι· εἰ δὲ διὰ τοῦ ε, Ἑρσηφορία (sic). τῇ γὰρ Ἕρσῃ ἐπόμπευον τῇ Κέκροπος θυγατρί. καὶ Ἀῤῥηφόροιο. καὶ Ἀῤῥηφόροι, αἱ τὰ ἄῤῥητα φέρουσαι μυστήρια. Ἀῤῥηφόροι καὶ παναγεῖς γυναῖκες.

Hsq.: Ἀῤῥηφορία. ἑκατέρως λέγουσιν οἱ συγγραφεῖς, κἂν μὲν διὰ τοῦ ε, Ἑρσεφορία (sic), διὰ τὸ τῆς Ἕρσης (sic) ἐγκατειλῆσθαι τὴν πομπὴν. ἐὰν δὲ διὰ τοῦ α, ἐπεὶ ἐπ' ἀῤῥήτοις συνέστη.

E. M.: Ἀῤῥηφόροι· καὶ ἀῤῥηφορία, ἑορτὴ ἐπιτελουμένη τῇ Ἀθηνᾷ, ἐν Σκιῤῥοφοριῶνος μηνί· λέγεται δὲ καὶ διὰ τοῦ ε, ἐῤῥεφορία (sic) παρὰ τὸ ἄῤῥητα ἢ μυστήρια φέρειν. ἢ ἐὰν διὰ τοῦ ε, παρὰ τὴν Ἕρσην τὴν Κέκροπος θυγατέρα, ἑρσηφορία (sic). ταύτῃ γὰρ ἦγον τὴν ἑορτήν.

(3) Suid.: ἐπιώψατο· κατέλεξεν, ἐξελέξατο· ἔστι δ' ἐπικόν. Ὁ βασιλεὺς ἐπιώψατο ἀῤῥηφόρους. Πλάτων (el cómico) ἐν νήσοις.

Moeris: ἐῤῥηφόροι, ἀττικῶς, αἱ τὴν δρόσον φέρουσαι τῇ Ἕρσῃ (sic) ἥτις ἦν μία τῶν Κεκροπίδων.

Etym. M.: Χάλκεια, ἑορτὴ ἀρχαία καὶ παλαιὰ δημώδης... ἔστι γὰρ ἔνη καὶ νέα τοῦ Πυανεψιῶνος· ἐν ᾗ καὶ ἡ ἱέρεια μετὰ τῶν ἀρηφόρων (sic) τὸν πέπλον διέζωνται...

ciados, se llega a la conclusión de que las arréforos eran dos jóvenes atenienses seleccionadas por el Arconte Rey entre cuatro que se elegían previamente por votación entre las de familias nobles. Llevaban un vestido blanco y las joyas de oro que se ponían quedaban sagradas, es decir, ingresaban en el tesoro de Atena. Tenían de siete a once años. Su misión era tejer el peplo que se ofrendaba a la diosa Atena en las Panateneas (28 de Hecatombeón, aproximadamente equivalente a Julio); comenzaban a trabajar en las Cálqueas (comienzo de Pianopsión, o sea aproximadamente Octubre) y eran dirigidas por la sacerdotisa de la diosa. Releyendo los textos citados al principio se deduce que, al igual que ser canéfora, ser arréforo era un alto honor, pero que al mismo tiempo suponía un gasto considerable para el padre de la niña.

Si este era el aspecto más notorio de la función de las arréforos, parece cierto que no era el único. El segundo grupo de textos mencionado últimamente (Sch. Ar., Suid., Hsq. y Etym. M. *s. u.* ἀῤῥηφόρος) habla de ἀῤῥηφόρια o ἀῤῥηφορία (la primera acentuación debe ser la buena) como de una fiesta (ἑορτή, θυσία) celebrada en honor de Atena; es más, Suidas habla (explicando el nombre) de que ἐπειδὴ τὰ ἄῤῥητα ἐν κίσταις ἔφερον τῇ Θεῷ αἱ παρθένοι (cf. más abajo Ἀῤῥηφόροι, αἱ τὰ ἄῤῥητα φέρουσαι μυστήρια y Etym. M. παρὰ τὸ ἄῤῥητα ἢ μυστήρια φέρειν). Prescindiendo de la etimología, ante estos nuevos datos hay que afirmar la existencia de la fiesta, que según el Etimológico Magno tenía lugar el mes Esciroforión (Junio-Julio). Nuevos datos sobre ella nos ofrece un pasaje de Pausanias (I, 27, 3), que hemos de comentar detenidamente (1). La substancia de este texto es que las arréforos vivían cerca del templo de Atena (lo que confirma Plutarco, *Mor.* II 839 C) y que en una ceremonia nocturna llevaban por un subterrá-

(1) Ἃ δὲ μοι θαυμάσαι μάλιστα παρέσχεν, ἔστι μὲν οὐκ ἐς ἅπαντα<ς> γνώριμα, γράψω δὲ οἷα συμβαίνει. παρθένοι δύο τοῦ ναοῦ τῆς Πολιάδος οἰκοῦσιν οὐ πόῤῥω, καλοῦσι δὲ Ἀθηναῖοι αὐτὰς ἀῤῥηφόρους· αὗται χρόνον μὲν τινα δίαιταν ἔχουσι παρὰ τῇ θεῷ, παραγενομένης δὲ τῆς ἑορτῆς δρῶσιν ἐν νυκτὶ τοιάδε. ἀναθεῖσαι σφισιν ἐπὶ τὰς κεφαλὰς ἃ ἡ τῆς Ἀθηνᾶς ἱέρεια

neo al recinto del templo de Afrodita de los Jardines algo que les daba la sacerdotisa; lo dejaban y recogían otra cosa, tras lo cual cesaban en el desempeño de su función y eran elegidas otras dos arréforos. Según Suid. τὰ ἀῤῥητα se llevaban en unas canastillas.

Se deduce claramente aquí, a mi ver, que la fiesta de las Arreforias era un antiguo ritual de poco esplendor propio que había quedado asociado al culto de Atena, del mismo modo que las arréforos habían pasado a tejer el peplo de esta diosa. El contexto nos explica claramente que la «fiesta» (τῆς ἑορτῆς) de que se habla no puede ser otra que las Panateneas; véase si no la traducción: «...dos vírgenes viven no lejos del templo de Atena Polias y las llaman arréforos; durante cierto tiempo viven cerca de la diosa (Atena!!!) y al llegar la fiesta...» Celebrándose en las inmediaciones de las Panateneas esta fiesta no podía tener mucho relieve; y nuestro texto nos lo testimonia al decir que «lo que más me llamó la atención es algo no conocido de todos, pero que contaré cómo es». Por lo demás una ceremonia consistente únicamente, a lo que sabemos, en que las arréforos van y vienen solas por un subterráneo, no se presta mucho para una fiesta popular.

El texto de Pausanias nos da por otra parte un indicio sobre el origen de este rito: sin duda alguna primitivamente estaba relacionado con el culto de Ἀρροδίτη ἐν Κήποις (Afrodita de los Jardines). Anotemos que era frecuente que los santuarios de Afrodita estuvieran situados en lugares de vegetación exuberante (cf. Roscher en el *Lexicon der griechischen und römischen Mythologie* II, col. 398), por ser una diosa que cuida de la vegetación y de la fertilidad de los campos; aun hoy aquel paraje, en el valle del Ilisos y fuera de la ciudad,

---

δίδωσι φέρειν, οὔτε ἡ διδοῦσα ὁποῖόν τι δίδωσιν εἰδυῖα οὔτε ταῖς φερούσαις ἐπισταμέναις—ἔστι δὲ περίβολος ἐν τῇ πόλει τῆς καλουμένης ἐν Κέποις Ἀφροδίτης καὶ δι'αὐτοῦ κάθοδος ὑπόγαιος αὐτομάτη—, ταύτῃ κατίασιν αἱ παρθένοι. κάτω μὲν τὰ φερόμεναι λείπουσιν, λαβοῦσαι δὲ ἄλλο τι κομίζουσιν ἐγκεκαλυμμένον· καὶ τὰς μὲν ἀφιᾶσιν ἤδη τὸ ἐντεῦθεν, ἑτέρας δὲ ἐς τὴν ἀκρόπολιν παρθένους ἄγουσι ἀντ' αὐτῶν.

está cubierto de vegetación y convertido en parque público (Frazer, *Pausanias's description of Greece*, II, pág. 191).

El rito que estudiamos es en efecto sin duda alguna un rito de fecundidad, muy parecido al practicado en las Tesmoforias. Parece ser que en las Esciroforias (en Esciroforión, Junio aproximadamente) se enterraban en unas fosas especiales unas crías de cerdo así como figuritas de masa cocida representando falos y serpientes. En las Tesmoforias (en Pianopsión o sea Octubre) se sacaban las cosas enterradas y los restos de los cerditos se colocaban en los altares y se mezclaban con las semillas para procurar una mayor fertilidad. En ambas fiestas, al igual que en las arreforias, participaban sólo mujeres.

Con esto pasamos al punto fundamental: el contenido de las cestillas en que según Suidas las arréforos llevaban los objetos misteriosos. En general ya hemos dicho que se decía que llevaban ἄῤῥητα, con lo cual se interpretaba etimológicamente la palabra. Sólo que esta etimología es como veremos insostenible. Por lo demás la afirmación de Pausanias, increible por cierto, de que ni la sacerdotisa ni las arréforos conocían los objetos transportados, no es ni más ni menos (como vió H. v. Gärtringen, *R. E.* VI, I, col. 550) que una perífrasis de ἄῤῥητα.

Nuestra fuente en el punto que nos interesa es el escoliasta de Luciano *D. Mar.* II, 1, pasaje frecuentemente discutido. Habla de las Tesmoforias, que comienza por identificar con las Esciroforias; es moderna la distribución entre las dos fiestas del ritual que aquí se describe. A continuación se dice que «estas mismas fiestas se llaman ἀῤῥητοφόρια y se celebran de igual manera por el crecimiento de las plantas y la fecundidad de los hombres» (1); pero esta supuesta igualdad no impide que siga a continuación una descripción independiente de las

(1) τὰ δὲ αὐτὰ καὶ ἀῤῥητοφόρια καλεῖται καὶ ἄγεται τὸν αὐτὸν λόγον ἔχοντα περὶ τῆς τῶν καρπῶν γενέσεως καὶ τῆς τῶν ἀνθρώπων σπορᾶς. ἀναφέρονται δὲ κάνταῦθα ἄῤῥητα ἱερὰ ἐκ στέατος τοῦ σίτου κατεσκευασμένα, μιμήματα δρακόντων καὶ ἀνδρείων σχημάτων.

ἀῤῥητοφόρια, donde se dice que «también aquí (1) se sacan a la superficie unos ἄῤῥητα ἱερά amasados de flor de harina, que imitan serpientes y órganos masculinos». Después se vuelve a decir que además de estos objetos se arrojan crías de cerdo a los μέγαρα y se concluye con una etimología de la palabra Θεσμοφόρια.

Ya Rohde al editar y estudiar este escolio *(Rh. M.* XXV, 548 sigs.) hizo ver que no daba una descripción completa de las Tesmoforias, sino que nos hallábamos ante una recopilación confusa de diversas partes de un manual (o léxico, podemos añadir). Deubner *(Attische Feste,* pág. 9 sigs.) logró llegar a la conclusión de que los cerditos eran enterrados en las Esciroforias y sacados en las Tesmoforias: tenía en efecto que pasar algún tiempo para que se descompusieran (de Escirofórión a Pianopsión o sea de Junio a Octubre). Este mismo autor vió que las «arretoforias» constituían otra fiesta aparte, confundida con las anteriores de igual modo que éstas están confundidas entre sí; y ello sin duda por su semejanza: una lectura detenida del pasaje no deja lugar a duda sobre esta conclusión. Claro que es avanzar demasiado suponer que también en nuestro caso el rito se descompone igualmente entre las Esciroforias y las Arreforias: como dice Nilsson *(Geschichte der griechischen Religion,* pág. 414) la identidad de los ritos hace sospechar que ha habido igualaciones de los datos, aunque evidentemente haya un cierto parentesco entre las fiestas en cuestión.

Efectivamente, Deubner (págs. 10 y 11) supone que al ser las Tesmoforias en Otoño y tener por fin despertar de nuevo la fecundidad de la tierra y hacer más productivas las semillas, también las Arreforias habían de tener lugar en igual fecha. Para escapar a la contradicción con el pasaje del Etym. M. en que se dice que las Arreforias tenían lugar en Escirofórión, supone que en las Esciroforias se en-

(1) En este «también» está nuestro único testimonio de que en las Tesmoforias se enterraban figurillas de estas formas. Pero cf. los μυλλοί «*cunni*» de las Tesmoforias sicilianas (Nilsson, pág. 435).

terraban los objetos que luego se desenterraban en Otoño. Como se ve, Deubner hace casi iguales Tesmoforias y Arreforias y esto sólo hace justa la sospecha de Nilsson. Pero es que además la fecha de la fiesta queda fijada claramente con nuestra interpretación del texto de Pausanias, según la cual la ceremonia mística en que participan las arréforos tiene lugar en las inmediaciones de las Panateneas. La dificultad de Deubner de que a principio de verano (él pensaba en Esciroforión; sobre esto, véase más adelante) la fiesta no tiene razón de ser, carece de fundamento: celebrándose entrado ya Agosto, esto es, cuando se recoge la cosecha, sin duda tenía por objeto renovar la fertilidad de la tierra con las figurillas fálicas hechas con harina del trigo recién recolectado. En cuanto a la interpretación de Deubner de la afirmación de Pausanias de que las arréforos dejaban una cosa y cogían otra, interpretación consistente en suponer que era para compensar a la tierra por lo que se llevaban, diremos que es una pura suposición (1) y que es mucho más verosímil, teniendo lugar la ceremonia siempre en el mismo lugar, que recogieran los ἄρρητα ἱερά del año pasado. Por lo menos es una hipótesis menos complicada.

Deubner, por otra parte, identificó las Arretoforias y las Arreforias (que separó erróneamente de las Erreforias, véase más adelante). Esto se ha negado a veces: así por H. v. Gärtringen, *R. E.* VI, I, col. 549; y en general los autores se muestran dudosos y se niegan a utilizar el pasaje de Sch. Luc. (Nilsson, por ejemplo). Creo que hay razones serias para mantener esa identificación. El rito descrito por el escoliasta de Luciano se adapta muy bien a una ceremonia que en un principio debió celebrarse en relación con la Afrodita de los Jardines, diosa de la fecundidad. Por otro lado, existe en este texto la misma preocupación etimológica del grupo de fuentes que formábamos con

(1) Deubner piensa que en las Tesmoforias ocurría algo análogo. Para ello se apoya (pág. 43) en la analogía con las Arreforias (hay, pues, un círculo vicioso) y en el Sch. Luc. cuando dice refiriéndose a las Tesmoforias καὶ ὅταν ἀποτιθῶνται ἐκεῖ τὰ πλάσματα ἐκεῖνα, palabras de muy dudosa interpretación.

Sch. Ar., Suid., Etym. M. y Hsq.: en todos estos lugares se describen como ἄῤῥητα las cosas llevadas en las canastillas; y en el que ahora estudiamos se llega incluso a llamar a la fiesta ἀῤῥητοφόρια (y á los objetos transportados, ἄῤῥητα ἱερά). Otro dato importantísimo: hay un grupo de textos (1) que nos habla de unas pastas o panecillos llamados ἀνάστατοι que «se hacían para las arréforos» (αὐταῖς ταῖς ἀῤῥηφόροις ἐγίνετο Suid.; ταῖς ἀῤῥηφόροις γίνεται Athen.); en Ateneo se nombran tras el targelo, otro pan ritual, y como cosa poco conocida. Mejor que pensar que los ἀνάστατοι eran la comida de las arréforos, me parece esto otro: que son los mismos panecillos de que habla el Sch. Luc., lo que confirma la referencia de este texto a nuestro rito. Deubner, pág. 16, supone ya, siguiendo a Van der Loeffs (*Mnem.* XLIV-1916, págs. 335 sigs.), que los ἀνάστατοι son itifálicos, pero ambos piensan que se destinan a la comida de las arréforos. Es más, Deubner conjetura que estos ἀνάστασοι tal vez estén en relación con los μιμήματα del Sch. Luc. y se elaboren con la misma masa. Creo que es más sencilla mi hipótesis de identificarlos pura y simplemente.

Ahora bien, tanto la tradición del grupo formado por Sch. Ar., Suid., Etym. M. y Hsq. como la de Sch. Luc., remonta a Alejandría: Sch. Ar. cita a Istro como garantía de una afirmación suya y Sch. Luc. tiene (como vió Rohde, *l. c.*, págs. 552-5) igual fuente que Clemente de Alejandría, *Protr.* II, 17, donde se confunden igualmente Tesmoforias, Esciroforias y «Arretoforias» (2): el descuidado compilador no es, pues, Sch. Luc., sino su fuente.

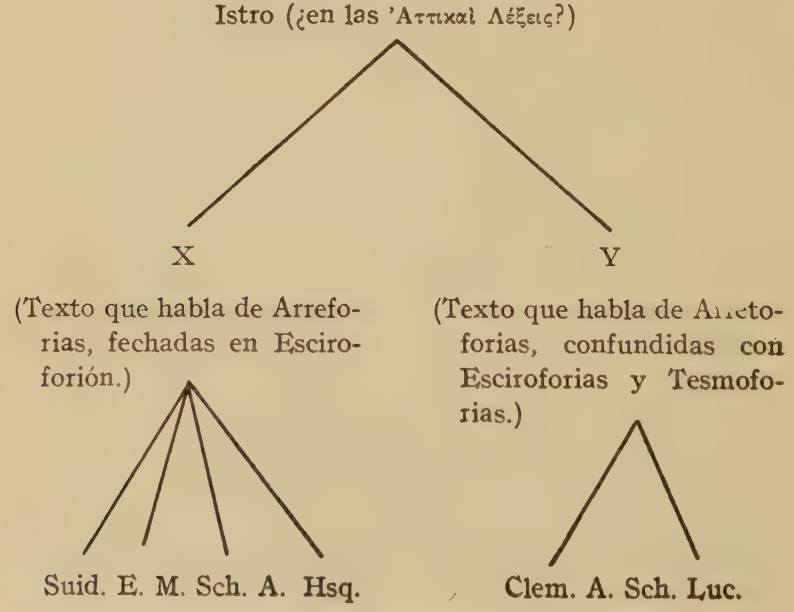
Por otra parte, hay un lazo de unión entre ambos grupos de textos: son los únicos que mencionan la existencia de una

---

(1) Suid. *s. u.* ἀνάστατοι; Hsq. *s. u.* ἀνάστατοι; Athen. III, 80; Paus. Gr. p. 161, ed. Erbse.

(2) βούλει καὶ τὰ Φερεφάττης μυστήρια διηγήσομαι σοι, καὶ τὸν κάλαθον, καὶ τὴν ἁρπαγὴν τὴν ὑπὸ Αἰδωνέως, καὶ τὸ σχίσμα τῆς γῆς, καὶ τὰς ὃς τὰς Εὐβουλέως τὰς συγκαταποθεῖσας ταῖν θεαῖν; δί ἣν αἰτίαν ἐν ταῖς Θεσμοφορίοις μεγαρίζοντες, χοίρους ἐκβάλλουσιν. ταύτην τὴν μυθολογίαν αἱ γυναῖκες ποικίλως κατὰ πόλιν ἑορτάζουσιν, Θεσμοφόρια, Σκιροφόρια, Ἀῤῥητοφόρια, πολυτρόπως τὴν Φερεφάττης ἐκτραγῳδοῦσαι ἁρπαγήν.

fiesta peculiar de las arréforos, las Arreforias (de la que «Arretoforias» es una corrupción); las demás fuentes hablan simplemente de las arréforos o de la «fiesta» (las Panateneas). Finalmente, creo descubrir otro lazo de unión entre la fuente de Sch. Luc. y la del otro grupo, que es Istro o deriva de Istro: el pasaje comentado del Etym. M. dice que nuestra fiesta se celebraba en Esciroforión, cosa totalmente incompatible con nuestro análisis del pasaje de Pausanias, que la colocaba la víspera de las Panateneas (28 de Hecatombeón o sea Julio-Agosto): es por lo demás ya de por sí absolutamente improbable que las arréforos que tejían el peplo ritual de Atena fueran despedidas un mes antes de la fiesta y su condición de arréforos ya no se manifestara en nada en ésta. Pues bien, sólo veo una explicación para esta fecha equivocada: un mismo texto ambiguo (Istro) originó por un lado el error de confundir Esciroforias y Arreforias y de otro, el de colocar las Arreforias en el mes Esciroforión; de aquí salen los cuatro textos de Sch. Ar., Etym. M., Suid. y Hsqu., y de allí (con una ulterior corrupción pseudoetimológica ἀῤῥητοφόρια) los de Clem. Al. y Sch. Luc. O sea:



Nótese que la unidad de origen del primer grupo se demuestra: *a)* por parciales coincidencias literales; *b)* por el absurdo de la doble etimología: ya con ἀ- si el nombre se refiere a ἄῤῥητα, ya con ἐ- si a que había una procesión en honor de Herse; *c)* porque son los únicos textos que dan el nombre de la fiesta. Este último rasgo (junto al otro indicio ya aludido) relaciona este grupo de textos con el segundo; sólo que aquí la preocupación etimológica, que arranca de Istro, lleva a la deformación ἀῤῥητοφόρια.

Así interpretados nuestros textos concuerdan en describir un antiguo rito de fertilidad antiguamente dedicado a Afrodita y luego asimilado a las fiestas Panatenaicas. Posiblemente hemos de concretar en el sentido de que las cestillas con los panes en forma de serpientes y falos eran dejadas en el subterráneo del templo de Afrodita y se recogían las de las anteriores Panatenaicas. Así se buscaba la fertilidad de los campos y la fecundidad de las mujeres hasta las próximas Panateneas. Lo nuevo de mi interpretación es: fechar las Arreforias, hacer más seguramente aprovechable el pasaje de Sch. Luc. y los de Suid., etc., mediante la combinación del primero con las noticias sobre los ἀνάστατοι y la filiación de todos, e interpretar el ritual como asimilado por el culto de Atena y procedente del de la Afrodita de los Jardines. No creo verosímil la suposición (cf. Deubner, págs. 11 y 12) de que de las cuatro arréforos elegidas, las dos que escoge el Arconte Rey son las que tejían el peplo y las otros dos eran de origen más antiguo y sólo intervenían en la ceremonia mística. El texto de Pausanias se compagina mal con esta hipótesis y además de ser cierta nuestras fuentes no habrían dejado de indicarlo más claramente. Lo verosímil es que las arréforos, sin dejar su antigua función, tomaran ellas mismas la otra nueva.

He tratado con independencia el problema filológico para demostrar que hay posibilidad de avanzar por este camino más de lo que generalmente se reconoce y también porque esto es metodológicamente preferible a mezclar este estudio con el lingüístico. Ahora bien, el estudio lingüístico confirma las conclusiones admitidas. Porque creo que sin duda la ex-

plicación de las formas ἀῤῥηφόρος y ἐῤῥηφόρος está en *ἀῤῥενοφόρος o *ἐῤῥενοφόρος «*uirilia ferens*», etimología a lo que parece desconocida por los modernos, pero en la que debió pensarse alguna vez en la Antigüedad a juzgar por las lecciones ἀῤῥηνοφορεῖν y ἀῤῥηνοφόρος de algunos manuscritos (cf. Hiller, *l. c.*, col. 459). Sobre las etimologías propuestas me extenderé más adelante. Mi interpretación, de ser acertada, acaba de confirmar las conclusiones sacadas del estudio filológico y la referencia a nuestro rito del pasaje de Sch. Luc. Su base está en admitir una haplología que no es rara en palabras de este tipo («los ejemplos son gramaticalmente casi siempre compuestos, y semasiológicamente predominantemente palabras técnicas y nombres de personas, por tanto expresiones de la vida diaria», Schwyzer, *Griechische Grammatik*, pág. 262). Casos parecidos como κιόκρανον por *κιονόκρανον, ὠλέκρανον por *ὠλενόκρανον, Ἀπολλωφάνης por *Ἀπολλωνοφάνης, etc., son suficiente comentario.

Realmente, la dificultad que puede ponerse a esta etimología es más bien la presencia constante en nuestra palabra de η y no ε; alguna ε esporádica en los manuscritos no puede ser otra cosa que una falta, a juzgar por las inscripciones y casi toda la tradición manuscrita (toda la de Ar., Lys. y Paus. y la mayor parte de la de los demás autores). Pero esta dificultad no es insoluble. Los compuestos con -φόρος son todos claramente analizables y se dividen en dos grandes categorías: los de primer término en -η y los de primero en -ο. No existe ningún compuesto de este tipo cuyo primer término termine en -ε (1). *Ἀῤῥεφόρος quedaba, pues, aislado y se convirtió en ἀῤῥηφόρος para prestarle una apariencia de palabra analizable. Nada más que una apariencia ciertamente; pero tengamos en cuenta que en estos (y otros) compuestos, es frecuente terminar el primer término en -η aunque realmente debiera ser en -ο o en consonante. Concretamente parece que hay una gran preferencia por los términos cultuales en -ηφόρος, casi todos en estas últimas condiciones: cf., por ejem-

(1) Hay que remontar a Nonno para encontrar un τηλεφόρος.

plo, δαδηφόρος, λαμπαδηφόρος, καλαθηφόρος, φαλληφόρος, κανηφόρος, ξοανηφόρος, etc., etc. Sin entrar en la prehistoria de este fenómeno (1), anotemos que el hecho indudable de que entren aquí motivos rítmicos no impide que la larga sea bastante frecuente tras una primera sílaba larga: cf. la categoría 2 de Wackernagel (2), algunos de los ejemplos arriba citados, y piénsese sobre todo que en las palabras que estudiamos la existencia de verbos como ἀῤῥηφορέω (antiguos y frecuentes) hacía que antes de la generalización de la contracción surgieran con frecuencia series de tres breves. Además, repito, parece que en los términos cultuales se nota predilección marcada por -ηφόρος (o al menos esto me parece deducirse del diccionario de Locker), y ya se sabe qué acciones analógicas ejercen entre sí los términos técnicos integrados en una determinada esfera semántica.

Esta dificultad—no insalvable como vemos—de nuestra etimología, queda amplísimamente compensada por una ventaja que la hace la única posible, excluyendo cualquier otra: que sólo con ella puede explicarse la coexistencia de formas iniciales con ἀ- y con ἐ-. Como se sabe, junto a la forma ἄρσην (o ἄρρην) del nombre del «varón», que se encuentra en ático y arcadio (cf. lac. ἄρσης), hay en los dialectos de Lesbos, Argos, Creta, Elide, Epidauro, etc., una forma ἔρσην. Y tanto ἄρσην como ἔρσην existen en un dialecto estrechísimamente emparentado con el ático: el jonio (Bechtel, *Griechische Dialekten* I, pág. 54). Además, en laconio, junto al vocalismo ἀ-, ya citado, se encuentran rastros del vocalismo ἐ- (en εἴρην, si es cierta como creo la etimología de Solmsen, *I. F.* VII-1897, págs. 37 sigs.). Por tanto hay que suponer que en todos los dialectos existían primitivamente ambas formas. Se trata, en efecto, de dos regularizaciones opuestas de un paradigma alternante; cf. testimonios paralelos en ai. *ṛṣabhá-* «toro» y av. *aršan-* «hombre». A un Nom. **ṝṣēn* respon-

(1) Cf. principalmente Wackernagel, *Das Dehnungsgesetz der griechischen Composita*, sobre todo págs. 9 sigs.

(2) Obra citada, pág. 15.

dería, por ejemplo, un Voc. **erson* (Solmsen, *l. c.*, pág. 49). Nuestro viejo término cultual nos conserva testimonio de un estado ático igual al jónico, sólo que con -ρσ- transformado en -ῤῥ-. Formas imperiales con ἑρση- tal vez conservan la conciencia de este origen del grupo (aunque la existencia de ἑρση-, pero no de *ἀρση- puede inducirnos también a creer que entraban en juego las falsas etimologías que parten de Ἕρση y de ἄῤῥητα, respectivamente). Como se ve, nuestra etimología confirma los resultados que sobre nuestra institución cultual habíamos logrado por métodos filológicos.

Para terminar hemos de repasar las etimologías que hasta aquí se han dado de nuestra palabra. La más frecuente es la que parte de *ἀῤῥητοφόρος, con una haplología semejante a la que yo admito. Es como vimos corriente en los antiguos; una variante de ello es la etimología de Meyer, *Griechische Grammatik*[3] I, 206 (que parte de *ἀῤῥητφόρος para evitar la haplología) (1). Ante la existencia cierta de formas con ἐῤῥη-, a lo más que puede aspirar esta etimología es a coexistir con otra que valga para dichas formas, que se suelen hacer partir de Ἕρση, diosa en cuyo honor se celebraría la fiesta. Los testimonios antiguos derivados de Istro no vacilan en decir que la fiesta se llama Ἀῤῥηφόρια porque las niñas «llevaban τὰ ἄῤῥητα» y ἐῤῥηφόρια porque había una procesión (de dos niñas!!) en honor de Herse. Esta inconsecuencia no podía ser aceptada por ningún moderno; pero en cambio éstos han tratado de justificar a la vez ambas etimologías afirmando como Deubner (2) que se trata de dos fiestas diferentes o bien como Stengel (3) que ἀῤῥηφόρια es una forma reciente pseudoetimológica, o bien, finalmente, como Nilsson (4), que es una denominación genérica frente a la específica ἐῤῥηφόρια.

---

(1) Por lo demás, los autores más prudentes (como Meisterhans-Schwyzer, *Grammatik der attischen Inschriften* [3], pág. 15) se abstienen de proponer ninguna etimología. La palabra no ha sido estudiada últimamente por los lingüistas.

(2) *Attische Feste*, pág. 9 sigs.

(3) *Griechische Kultusaltertümer*, pág. 248.

(4) *Geschichte der griechischen Religion*, pág. 414.

Otra vez, por tanto, nos encontramos en un terreno en que coinciden los campos de la Filología y la Lingüística. Con ayuda de una y otra hemos de ver: *a)* que no hay diferencia entre las dos fiestas ni diferencia de fecha en el uso de las dos formas, lo cual arruina las dos primeras hipótesis, y *b)* que la etimología que parte de Ἕρση es insostenible, lo cual va contra Nilsson y acaba con este conjunto de hipótesis.

No existe dato alguno que nos permita distinguir entre Arreforias y Erreforias, como quiere Deubner. Este autor pasa por alto que los lexicógrafos antiguos, que remontan a Istro (en cuya época perduraba nuestra fiesta), identifican Arreforias y Erreforias por más que cometan la inconsecuencia de dar a cada una de estas formas una etimología. Si es cierto que la forma con ἀ- sólo aparece en inscripciones dos veces (*I. G.* II 453 *b* 14, s. II a. de J. C.; III 822 *a*, época imperial) y que la primera de ellas habla de que la joven en cuestión había sido ἀῤῥηφόρος en las Epidaurias, lo que es sin duda un uso secundario de la palabra, que llegó a significar poco más o menos «canéfora», no lo es menos que las inscripciones con ἐ-, aunque más numerosas, no son más antiguas, y además, muchas de las que citamos arriba son fragmentarias y la restitución ἐ- de los editores es una hipótesis indemostrada; éste es el caso de II 1381-2 y 1384. Por lo demás, la tradición de los antiguos pasajes antes aducidos de Lisias y Dinarco (éste en Harpocración) presenta unánimemente ἀ-; el de Aristófanes, al ofrecernos un imperfecto ἠῤῥηφόρουν, no aporta ningún dato útil. No hay, pues, a juzgar por las inscripciones y los textos, dato alguno para separar las arréforos de las erréforos, ni tampoco para atribuir distinta edad a ambas palabras, ni menos un valor específico y uno genérico: ambas tienen primero igual sentido y ambas se aplican luego a cultos diversos. Y si las formas con ἀ- excluyen la etimología que parte de Ἕρση, las con ἐ- excluyen la que parte de ἄῤῥητα.

En realidad todas estas especulaciones tienen por base defender la etimología que parte de Ἕρση y considerar secundarias (cosa imposible como vemos) las formas con ἀ-. Pero esta etimología no está apoyada en absoluto por ningún dato

referente a nuestra fiesta, cuya relación con la diosa Herse sólo se menciona para fundar dicha etimología. Por otra parte, lingüísticamente la misma es insostenible. En ninguna parte hallamos huella en ἐῤῥηφόρος del espíritu áspero de Ἕρση (los lexicógrafos antiguos vacilan en uno u otro sentido tratando de salvar ingenuamente la dificultad); ni se comprende qué sentido concreto podría tener el compuesto: en los de este tipo el primer término hace el papel de complemento directo. Esta última objeción, aunque no la primera, puede evitarse si se piensa en ἕρση «rocío»; pero que las erréforos llevaran rocío en su cestilla es, a pesar de Deubner, increíble (1). El pasaje de Moeris en que esto se afirma (cf. pág. 119, n. 3) no es más que una combinación etimológica, transcribiendo con el término normal δρόσος el arcaico y no con seguridad ático ἕρση. Si damos a ἕρση la interpretación de «animal joven» (J. E. Harrison, *Cl. R.* III-1899, pág. 187; P. Giles, id. id., pág. 222), continúa la dificultad fonética y además procedemos por pura hipótesis, pues no hay noticia alguna de que se ofrendaran en las Arreforias. Mi interpretación, basada en revalorar el texto del Sch. Luc. y en relacionarlo con las noticias sobre los ἀνάστατοι, está mejor apoyada que éstas; por lo demás la de Miss Harrison fué ya abandonada por la autora (cf. Nilsson, pág. 414, n. 6). Sin embargo, no quiero ocultar que estas etimologías con ἕρση (con un sentido u otro) son las únicas que merecen alguna consideración desde el punto de vista lingüístico, pues las dos formas con ἀ- y ἐ- podrían, si prescindimos de la importante dificultad del espíritu áspero, explicarse por un juego de alternancias. Giles compara una forma sánscrita *vṛṣam* «lluvia», que en griego pasaría a la primera declinación (*ἄρση). Pero se trata de una hipótesis nada

(1) Parece proponerlo al creer (pág. 19) que se trata de un rito para que no falte el rocío; pero no se expresa con entera claridad en cuanto al análisis de la palabra. Este autor querría leer en todas partes ἑρση-; pero no hay otro apoyo que la supuesta etimología y precisamente el que, a pesar de ella, predominen las formas sin dicho espíritu áspero, hace pensar lo contrario.

más, mientras que las formas ἄρσην y ἔρσην coexisten efectivamente en jonio, dialecto tan próximo al ático, no presentan dificultad sobre el espíritu, y dan una etimología que concuerda con los datos que deducimos de los textos.

Finalmente, queda otra etimología por descartar: la que parte de ἄρριχος «cestilla» o mejor dicho de la palabra no testimoniada de que viene este derivado (Lobeck, *Aglaophamus*, págs. 872 sigs.) En otras palabras, se trata de canéforas. Pero el pasaje antes citado de Aristófanes distingue tajantemente entre arréforos y canéforas y la confusión es sólo reciente, como vimos; o por mejor decir, más que tal confusión lo que hay es un prurito arcaizante en la denominación de las canéforas, que se basa en un desconocimiento de la verdadera función de las arréforos. Probablemente nuestra ceremonia, al menos en su forma original, dejó de celebrarse pronto: el pasaje de Pausanias más bien deja entrever esto que lo contradice. Por lo demás esta etimología no explica las formas con ἐ- y parte de una forma *ἄῤῥη puramente hipotética.

F. R. Adrados.

A PROPOS D'UN NOM GREC DE LA FORCE: ἰσχύς

On ne peut pas prétendre que le champ du vocabulaire grec reste à défricher, mais la tâche est si vaste que des recherches seraient à entreprendre dans bien des directions. Toutefois, pour envisager les emplois les plus anciens d'un terme, il importe de se familiariser avec les conceptions qui habitaient l'esprit des hommes qui en usaient.

En indo-européen le mot participait de la chose signifiée: il possèdait une puissance, il exerçait une action. Chez Homère Ὕπνος n'est pas seulement le «sommeil» c'est la «force qui endort». L'édition de l'*Iliade* de la collection G. Budé indique la valeur de *personne* de «sommeil» par l'emploi d'une majuscule dans les passages du chant XIV (231-291 et 354-362) où Sommeil promet à Héra d'endormir Zeus, puis où il va avertir Poséidon que Zeus est endormi. Il n'est pas douteux que dans ces développements nous avons bien affaire à une divinité: ainsi au vers 231, «elle rencontre Sommeil frère de Trépas», ou au vers 242 «le doux Sommeil en réponse lui dit», ou encore au vers 270 «elle dit, et Sommeil a grand joie et lui dit en réponse». Mais sans doute s'agit-il aussi d'un être vivant dans tel autre passage où le lecteur moderne n'entend que l'équivalent du nom commun et abstrait du français «le sommeil». Ainsi A 610 ὅτε μιν γλυκὺς ὕπνος ἱκάνοι; ou B 2 Δία δ' οὐκ ἔχε νήδυμος ὕπνος; ou encore B 71 ἐμὲ δὲ γλυκὺς ὕπνος ἀνῆκεν «le doux Sommeil m'a lâché». L'étude complète des emplois du mot ὕπνος nous apprendrait que la réalité linguistique se trouve faussée par nos procèdés typographiques

qui nous obligent à tracer une démarcation entre le nom du «sommeil», état physiologique d'un être vivant et la force, l'être divin qui en est cause (1).

* * *

Des mots comme ceux qui expriment l'idée de *force* se prêteraient à une analyse qui montrerait qu'il s'agit souvent à l'origine d'une puissance vivante qui agit. Hésiode dans la *Théogonie*, 383 sqq. cite parmi les enfants de Styx Κράτος ἠδὲ Βίην «Pouvoir et Violence» que le théâtre attique représentera plus tard dans la tragédie de *Prométhée*.

Chez Homère les actes des hommes comme leurs sentiments résultent dans une large mesure de l'influence de forces agissant du dehors.

L'homme est pour ainsi dire ouvert à leur action. Aussi le poète possède-t-il un grand nombre de termes que nous sommes exposés à traduire tous par le seul mot de «force»: μένος, σθένος, βίη, κῖκυς, ἴς, κράτος, ἀλκή (2). Ces divers termes mériteraient une analyse approfondie. Certains d'entre d'eux comportent une valeur animiste sensible qui apparaît pleinement dans des formules connues comme ἱερὸν μένος Ἀλκινόοιο (η 167, θ 2), ἱερὴ ἴς Τηλεμάχοιο (β 409), βίη Ἡρακληείη (Λ 690). Ces formules expriment la force intime (mystérieuse et redoutable) d'un personnage. On a pensé qu'il s'agissait originellement de la force magique dont disposent des rois ou des prêtres.

Dans l'analyse des mots qui expriment l'idée de force il faudrait opposer à un terme comme ἴς (à rapprocher du la-

(1) Ce problème ne concerne pas que les linguistes ou les philologues, mais il touche les archéologues. Dans un article intitulé *Le Théâtre grec et l'Allégorie* (Rev. des Et. Gr., 55, 1942, p. 25 sqq.), M. Ch. Picard partant d'indications données par E. Pottier souligne l'importance des allégories dans l'oeuvre d'Hésiode. S'agit-il vraiment d'allégories? Oui si l'on entend une forme personnelle et vivante d'une notion. Non si on n'y voit qu'une abstraction intellectuelle. Voir aussi Usener, *Götternamen*, notamment p. 364 sqq.

(2) Cf. B. Snell, *Die Entdeckung des Geistes*, p. 35.

tin *uīs* et du sanskrit *vayah)* les termes qui expriment la vigueur physique, la robustesse. Il faudrait ranger dans cette catégorie les mots qui appartiennent à la famille de ῥώμη: Xénophane II 12 ῥώμης γὰρ ἀμείνων / ἀνδρῶν ἠδ' ἵππων ἡμετέρη σοφίη «notre science vaut mieux que la force physique d'hommes ou de chevaux». On rapprocherait encore des expressions comme Eschyle *Perses* 913 γυίων ῥώμη; —Hérodote I 31 ῥώμη σώματος; etc. Toutefois il est notable que ῥώμη présente un aspect animé et se dit de la force qui meut le corps: ainsi Antiphon IV 3, 3 ἀκμαζούσῃ τῇ ῥώμῃ τῶν χειρῶν χρώμενος «en employant des bras qui sont dans la plénitude de leur force»; —Thucydide VII 75 εἴ τῳ δὲ προλίποι ἡ ῥώμη καὶ τὸ σῶμα: ῥώμη est la force qui anime le corps; —Thucydide II 43, ὁ μετὰ ῥώμης... γιγνόμενος... θάνατος «la mort qui survient en pleine vigueur». On s'explique bien que ῥώμη ne se dise pas uniquement du corps. Xénophon *Cyrop.* IV 2, 14 emploie l'expression ῥώμη ψυχῆς. On comprend ainsi que ῥώμη s'applique à toute espèce de force: Euripide *Héraclès* 102 πνεύματ' ἀνέμων οὐκ ἀεὶ ῥώμην ἔχει. Enfin le caractère «animé» du mot apparaît lorsqu'il équivaut à peu près à «force morale, confiance»; Thucydide VII 18 τοῖς Λακεδαιμονίοις ἐγένετό τις ῥώμη διότι τοὺς Ἀθηναίους ἐνόμιζον... εὐκαθαιρετωτέρους ἔσεσθαι. La valeur propre de ῥώμη est confirmée par les emplois de ἔρρωμαι: Euripide *Héraclides* 636 γέροντές ἐσμεν κοὐδαμῶς ἐρρώμεθα «nous sommes un vieillard et nos forces sont éteintes»; —comme ῥώμη, ἐρρῶσθαι s'emploie avec ψυχή: Xénophon *Hellén.* III 5, 29 ἐρρωμένον τὴν ψυχὴν «d'âme énergique». Enfin si le verbe ἐρρῶσθαι se dit de la bonne santé, il est également utilisé pour exprimer l'ardeur: Thucydide, II 8 ἔρρωντο ἐς τὸν πόλεμον; etc.

* * *

Je voudrais surtout attirer l'attention sur un autre groupe de mots exprimant l'idée de «robustesse, force physique», où la valeur précise des termes oriente vers une hypothèse relative à l'étymologie.

Il existe un substantif bien connu ἰσχύς qui ne se trouve

pas attesté chez Homère, mais dont Hésiode offre déjà plusieurs exemples: *Théogonie* 146 ἰσχὺς δ' ἠδὲ βίη καὶ μηχαναὶ ἦσαν ἐπ' ἔργοις «force physique, violence et adresse étaient dans leurs actes»; —*Théog.* 823 χεῖρες μὲν ἔασιν ἐπ' ἰσχύι ἔργματ' ἔχουσαι «ses bras sont faits pour les oeuvres de force». —De même chez Pindare, *Olymp.* I 96 à propos des jeux il est question des ἀκμαὶ ἰσχύος θρασύπονοι «la hardiesse endurante de la force physique»; —Sophocle, *Ichneutai* 267 [μητρὸς γ]ὰρ ἰσχὺς ἐν νόσῳ χειμάζεται «la force physique de sa mère est ébranlée par le mal»; —*Philoctète* 594 πρὸς ἰσχύος κράτος «en s'emparant de lui par la force». —Certains passages tirés de textes de prose ne sont pas moins probants: Xénophon, *Economique* V 4 ἰσχὺν αὐτοῖς προστίθησι «(la pratique de l'agriculture) accroit leur force physique». —On notera aussi la formule de Platon *(République* 618 *d)* où ἰσχύες est opposé à ἀσθένειαι. Chez Platon également, *Banquet* 190 *b* le mot se trouve opposé à ῥώμη: ἦν οὖν τὴν ἰσχὺν δεινὰ καὶ τὴν ῥώμην (ἰσχύς désignant plutôt la robustesse et ῥώμη la vigueur). —Plus nettement chez Xénophon *Agésilas* XI 14 σώματος ἰσχύς est opposé à ψυχῆς ῥώμη.

Un exemple instructif se lit chez Isocrate X 16 *(Eloge d'Hélène):* τῷ μὲν ἰσχὺν δέδωκεν ἡ βίᾳ τῶν ἄλλων κρατεῖν δύναται, τῇ δὲ κάλλος ἀπένειμεν ὃ καὶ τῆς ῥώμης αὐτῆς ἄρχειν πέφυκεν «il a donné à Héraclès la force physique qui permet de maîtriser les autres en leur faisant violence, à Hélène la beauté qui permet de commander à la force elle-même». Le mot ῥώμη semble être ici plus général que ἰσχύς. —Toutefois les valeurs de ἰσχύς et de ῥώμη semblent souvent proches l'une de l'autre. Ainsi dans cette phrase de Platon, *Rép.* III 410 *b:* αὐτὰ μὲν τὰ γυμνάσια καὶ τοὺς πόνους πρὸς τὸ θυμοειδὲς τῆς φύσεως βλέπων κἀκεῖνο ἐγείρων πονήσει μᾶλλον ἢ πρὸς ἰσχύν, οὐχ ὥσπερ οἱ ἄλλοι ἀθληταὶ ῥώμης ἕνεκα σιτία καὶ πόνους μεταχειριεῖται «dans ses exercices mêmes et dans ses travaux il aura en vue de développer la force morale plutôt que la force physique et il n'imitera pas les autres athlètes dont le régime et les travaux n'ont en vue que la vigueur du corps» (Tr. Chambry). On observe dans ce passage d'une part le voisinage de ἰσχύς et de ῥώμη, de l'autre l'opposition de ἰσχύς «force physique» avec θυμοειδές terme fréquent

dans le vocabulaire de Platon et qui désigne ici la force morale.

Chez Hérodote l'emploi de ἰσχύς se rapporte nettement à la force du corps: III 20 μέγιστον εἶναι καὶ κατὰ τὸ μέγαθος ἔχειν τὴν ἰσχύν «le plus grand et fort en proportion de sa taille»; — de même VI 127 Τιτόρμου τοῦ ὑπερφύντος Ἕλληνας ἰσχύι.

L'adjectif ἰσχυρός semble également se dire proprement de la force du corps. Hérodote III 108 écrit à propos de la lionne:... ἐὸν ἰσχυρότατον καὶ θρασύτατον. De même chez Sophocle Philoctète dit (Sophocle, *Philoct.* 945) ὡς ἄνδρ' ἑλὼν ἰσχυρὸν ἐκ βίας μ' ἄγει «il m'enlève comme s'il avait triomphé par la force d'un homme robuste». —On lit chez Xénophon *Rép. des Lacéd.* I, 4 δρόμου καὶ ἰσχύος ὥσπερ καὶ τοῖς ἀνδράσιν οὕτω καὶ ταῖς θηλείαις ἀγῶνας πρὸς ἀλλήλας ἐποίησε, νομίζων ἐξ ἀμφοτέρων ἰσχυρῶν καὶ τὰ ἔκγονα ἐρρωμενέστερα γίγνεσθαι «il a institué pour les filles comme pour les garçons des concours portant sur la vitesse à la course ou la vigueur physique, estimant que si les parents sont tous deux vigoureux, leurs enfants naissent plus forts eux aussi» (noter la correspondance de ἰσχυρῶν et ἐρρωμενέστερα).

Pour le verbe dénominatif ἰσχύω les exemples apparaissent nets: Sophocle, *Trach.* 234, ἔγωγέ τοί σφ' ἔλειπον ἰσχύοντά τε/ καὶ ζῶντα, καὶ θάλλοντα κοὐ νόσῳ βαρύν «je l'ai quitté ma foi en pleine force, bien vivant, florissant, ne souffrant d'aucun mal»; —*Ajax* 502 ὃς μέγιστον ἴσχυσε στρατοῦ «le guerrier le plus fort de l'armée». —La prose offre également d'excellents exemples: Xénophon, *Cyr.* VI, 1, 24 ὅπως ὑγιαίνοιεν καὶ ἰσχύοιεν; — *Mém.* II 7, 7 πρὸς τὸ ὑγιαίνειν καὶ ἰσχύειν τοῖς σώμασι; —*Hellen.* VI 4, 17 ὁ μὲν οὖν Ἀγησίλαος ἐκ τῆς ἀσθενείας οὔπω ἴσχυεν «Agésilas n'était pas encore remis de sa maladie»; —de même chez Antiphon V 93 ἔτι γὰρ τοῦ σώματος ἰσχύοντος ἡ ψυχὴ προαπολείπει «le corps a beau avoir toute sa force, l'âme fait d'abord défection».

Indiquons encore un détail: ἰσχύς est volontiers employé en parlant de la terre, dont on sait qu'elle est assimilée à une mère: Sophocle *Oed. Col.* 610 φθίνει μὲν ἰσχὺς γῆς, φθίνει δὲ σώματος «elle dépérit la force de la terre, elle dépérit la force d'un corps». —Plusieurs exemples dans l'*Economique* de Xénophon: XVII 9 εἰ δὲ ἡ ἀσθενὴς γῆ ... ἰσχυροτέρα ... γίγνεται; —XVII 10 ἰσχὺς αὐτῇ ἐγγίγνεται...

D'une manière générale ἰσχύς et ἰσχυρός se sont prêtés à exprimer la force physique sous tous ses aspects. Ainsi chez Hérodote II 29 ὑπὸ ἰσχύος τοῦ ῥόου; —ou à propos de force militaire III 127 μεγάλην τὴν ἰσχὺν πυνθανόμενος ἔχειν «ayant appris qu'Oroitès disposait d'une grande force» (il s'agit de troupes).

Même développement pour l'adjectif ἰσχυρός. Chez Hérodote I 102 ἔθνεα ἰσχυρά désigne des peuples puissants, comme III 12 ἰσχυραὶ κεφαλαί désigne des crânes durs, et III 130 ἰσχυρά s'oppose à ἤπια et désigne la force physique par opposition à la douceur. Le sens est général en I 136 τὸ πολλὸν ἥγηνται ἰσχυρὸν εἶναι «ils pensent que le nombre fait la force».

Un trait important est le développement de l'adjectif ἰσχυρός dans le vocabulaire militaire. A propos de troupes: Hérodote IX 63, τὸ περὶ ἐκεῖνον τεταγμένον ἐὸν ἰσχυρότατον «les troupes qui l'entouraient et qui étaient les plus fortes». Ce sens militaire s'observe, chez Hérodote notamment, pour désigner des positions: I 76 ἡ δὲ Πτερίη ἐστὶ τῆς χώρης ταύτης τὸ ἰσχυρότατον «la Ptérie est le canton le plus fort de cette contrée» (M. Legrand remarque que l'adjectif conviendrait mieux à une place qu'à une contrée); —en parlant de remparts, VI 46 τεῖχος ἰσχυρότερον περιβαλλόμενοι; —cf. encore I 98, 178, 181, V 67, IX 115.

L'adjectif, comme on pouvait l'attendre, s'est employé de façon de plus en plus générale. C'est une épithète de la bataille: I 214, V 119, VII 235, IX 62, 70. Il peut qualifier des phénomènes physiques: Hérodote II 28 δίνας... ἰσχυράς; IV, 29 ...ἐν δὲ τοῖσι ἰσχυροῖσι ψύχεσι; cf. encore VIII 12; —des épreuves subies par le corps: I 22 σιτοδείην ἰσχυρήν (cf. I 94).

L'adjectif finit par qualifier les notions les plus variées: IV 205 αἱ λίην ἰσχυραὶ τιμωρίαι «les vengeances poussées à l'excès»; —I 165 ἰσχυρὰς κατάρας «des imprécations violentes»; —V 5 σπουδαὶ ἰσχυραί «un vif intérêt»; —I 74 ἄνευ γὰρ ἀναγκαίης ἰσχυρῆς συμβάσιες ἰσχυραὶ οὐκ ἐθέλουσι συμμένειν «sans forts liens de parenté les accords n'ont d'ordinaire ni force ni permanence»; —VII 102 νόμου ἰσχυροῦ «des lois rigoureuses»; —IX 41 (γνώμη) ἰσχυροτέρη «un avis plus décisif»; —III 82 ἔχθεα... ἰσχυρά.

L'expression τὸ ἰσχυρόν comporte des emplois compara-

bles. Elle présente une signification militaire: I 76 ἐπειρῶντο κατὰ τὸ ἰσχυρὸν ἀλλήλων «ils s'attaquaient avec violence»; cf. V 62, IX 71 et surtout IV 201 où l'on note l'opposition avec δόλῳ:... ὡς κατὰ μὲν τὸ ἰσχυρὸν οὐκ αἱρετοὶ εἶεν, δόλῳ δὲ αἱρετοί «...qu'ils ne pouvaient être réduits par la force, mais qu'ils pouvaient l'être par la ruse».—Le sens apparaît plus général en IX 2: κατὰ τὸ ἰσχυρὸν... περιγίνεσθαι «l'emporter par la force...»

Même usage enfin de l'adverbe ἰσχυρῶς: III 129 ἰσχυροτέρως ἐστράφη «il se le tourna gravement»; —II 147 ἰσχυρῶς περιστέλλοντες «l'observant avec rigueur»; —V 6 ... ἰσχυρῶς φυλάσσουσι... «ils surveillent sévèrement»; —enfin avec un adjectif auquel l'adverbe confère une valeur superlative: IV 108 γλαυκόν τε πᾶν ἰσχυρῶς «avec les yeux très bleus», ou IV 183 ἔθνος μέγα ἰσχυρῶς «un peuple très puissant».

Cette collection d'exemples empruntés à Hérodote permet d'observer comment l'emploi de l'adjectif s'est développé. Le substantif reste plus rare. Ce développement ne doit pas voiler la valeur originelle du terme qui est très concrète et se rapporte d'abord à la force physique du corps.

Un autre trait apparaît notable. La structure d'un terme comme ἰσχύς se dénonce comme archaïque. Il n'est pas vraisemblable qu'il ait été créé postérieurement à Homère. Or il ne se trouve pas attesté chez Homère, mais, il est vrai, chez Hésiode. Pourrait-on en conclure que le mot est originellement populaire ou familier, donc exclu de la langue noble de l'épopée? Cette hypothèse, pour un terme présentant ce sens, pourrait être prise en considération.

* * *

Il reste à envisager l'étymologie de ἰσχύς. Sur ce point il n'est possible que de risquer des hypothèses. Celles que proposent les dictionnaires étymologiques, par exemple celui de Boisacq, ne constituent que des combinaisons sans consistance. Le sens précis de ἰσχύς qui exprime la force physique dans ce qu'elle a de plus matériel inviterait à rapprocher le mot de ἰξύς et ἰσχίον. Nous avons affaire là à des noms de parties du

corps dont le sens est défini. Le singulier ἰσχίον désigne la «hanche»; cette valeur se trouve déterminée en Ε 305-306 τῷ βάλεν Αἰνείαο κατ' ἰσχίον, ἔνθα τε μηρὸς/ἰσχίῳ ἐνστρέφεται, κοτύλην δέ τέ μιν καλέουσι «il en frappe Énée à la hanche, à l'endroit où la cuisse tourne dans la hanche et qu'on nomme cotyle». Le pluriel ἰσχία désigne les hanches et s'oppose à la fois à γλουτοί (cf. Θ 340 ἰσχία τε γλουτούς τε), et à μηροί: Hérodote VI 75 προέβαινε ἐκ τῶν κνημέων ἐς τοὺς μηρούς, ἐκ δὲ τῶν μηρῶν ἔς τε τὰ ἰσχία καὶ τὰς λαπάρας «il passait des jambes aux cuisses, des cuisses aux hanches et aux flancs...» Le terme se dit en parlant des hommes et des animaux.

C'est au même groupe qu'il faut rattacher ἰξύς (1) attesté chez Homère pour désigner les hanches d'une femme: ε 231 = κ 544 περὶ δὲ ζώνην βάλετ' ἰξυῖ. Le mot est employé par Hippocrate à côté de ἰσχίον: *Fractures* 20 = Littré III 484 ἀμφὶ τὸ ἰσχίον καὶ τὰς ἰξύας «autour des reins et du flanc»; de même, *Des articulations* 47 = Littré IV 204 περὶ τὰς ἰξύας κύκλῳ περιδεδέσθαι ὡς ἐγγυτάτω τῶν ἰσχίων «autour des reins, aussi près que possible des hanches».

Les deux termes entre lesquels Hippocrate semble distinguer se rapportent à la région des hanches et des reins, sans qu'il s'agisse jamais du viscère qui est désigné par un tout autre nom, νεφροί (cf. lat. *nefrendēs)*. Il n'est pas invraisemblable que le nom de la force physique soit lié au nom de la région des reins où elle semble volontiers résider. Lorsqu'Agamemnon est décrit avant qu'il passe ses troupes en revue, Β 478 sqq., on a: ὄμματα καὶ κεφαλὴν ἴκελος Διὶ τερπικεραύνῳ/Ἄρει δὲ ζώνην στέρνον δὲ Ποσειδάωνι «pour les yeux et le front pareil à Zeus tonnant, pour la ceinture à Arès, pour la poitrine à Poséidon». L'idée que la force réside dans la ceinture, dans la région des reins apparaît dans des expressions ou des traditions populaires. En français même elle s'observe dans des mots comme *reinté* ou surtout *éreinté*, ou dans des expressions

(1) On ne peut pas ne pas rapprocher le nom du héros thessalien Ixion, connu pour sa brutalité qui assassine son beau-père, veut faire violence à Héra, et se trouve à l'origine de la race des Centaures.

comme *sonder les reins* prises à l'Ecriture, mais ce type de métaphore est trop naturel pour qu'on ne pense pas qu'il ait pu s'observer dans les langues les plus diverses.

La métaphore que nous avons supposée pour rendre compte du mot ne semble donc pas invraisemblable. Nous devons maintenant justifier le détail phonétique des formes. Tout ce groupe de mots pourrait être apparenté au latin *īlia*. A l'intérieur du grec la forme se présente sous deux aspects ἰσχύς et ἰσχία d'une part, ἰξύς de l'autre.

Nous avons une variation phonétique -σχ- d'une part et ξ de l'autre, qui se retrouve parfois en grec. On peut rappeler, avec un groupe σκ le dorien σκίφος à côté de ξίφος, inversement l'argien ξύλλομαι à côté de σκύλλομαι. Dans des inscriptions vulgaires d'ancien attique on trouve des métathèses comme εὐσχάμενος (pour εὐξάμενος), Σχενοκλῆς (pour Ξενοκλῆς) (1).

Ce traitement justifierait le rapprochement de ἰσχύς et ἰσχίον avec ἰξύς, cette dernière forme étant probablement originelle.

La métathèse remonterait à une haute antiquité. Elle ne surprendrait pas dans des mots de ce genre. On observe comment la langue a réparti les formes: ἰξύς nom de partie du corps se distingue de ἰσχύς «force physique»; d'autre part ἰσχίον avec son genre inanimé s'oppose bien aux deux autres mots. La variation phonétique *-ks-/-sk-* peut confirmer l'hypothèse que ἰσχύς serait originellement de caractère populaire, comme l'absence du terme dans le vocabulaire homérique nous l'avait fait supposer.

Il subsiste toutefois une difficulté. Hesychius fournit deux gloses malheureusement corrompues que l'on rapporte à notre mot. D'une part γισχύν· ἰσχύν (mais ἰσχύν est une correction de Musurus pour ἡσύχην). De l'autre βισχύν· ἰσχύν, σφόδρα ὀλίγον, Λάκωνες: mais cette glose dans sa seconde partie semble également gâtée. On en rapproche le mot βισχύν cité par Hérodien, I 509 (qui ne donne pas le sens du mot). Si l'on ajoute

(1) Sur tous ces faits voir Schwyzer, *Gr. Gr.* p. 266. On remarquera dans les derniers exemples la notation d'une aspirée.

foi à ces témoignages médiocres on pourrait supposer que ἰσχύς possèdait un digamma initial. Mais rien ne confirme cette hypothèse (cf. par exemple *Théogonie* 823), qui reste peu vraisemblable (1).

P. CHANTRAINE.

---

(1) Si l'on pensait que l'existence du digamma est garantie par ces gloses on pourrait, à la rigueur, admettre qu'elle est due à l'analogie de (ϝ)ίς. J'ai pris connaissance, au cours de la rédaction de cette note, de l'article de J. B. Hofmann dans l'*Etymologisches Wörterbuch des Griechischen* qu'il vient de publier. Il pose *ϝι-σχῡς en voyant dans le premier terme le thème **vi-*, dans le second la racine de ἔχω. Cette combinaison constitue un composé de structure insolite et ne tient compte ni de la valeur du mot en grec, ni du rapport probable avec ἰξύς, ni de l'originalité de ce thème en *-ū*. Le dictionnaire Liddell-Scott-Stuart Jones donne des explications qui s'accordent mal. Sous ἰσχύς il écrit: «Perh. ϝισχύς, cf. βισχύν, γισχύν». Mais sous ἰξύς: «Perh. akin to ἰσχύς cf. ἰσχίον».

NOTA A PLAUTO, *STICH.* 165

El pasaje, como es sabido, desde el punto de vista paleográfico parece que no deja lugar a dudas. En efecto, prescindiendo de pequeñas variantes ortográficas *(cottidie, B* frente a *cotidie, ACD)* y de errores claramente reconocibles (como el *ut teri didolores, B* o el *ut te ridi dolores, C*, etc., frente al *uteri dolores, A)*, se ve que todos los mss. presuponen un texto como el conservado en *A: uteri dolores mihi oboriuntur cotidie* (o tal vez con *mi* en vez de *mihi)*.

Pero la cosa es que un verso como ese plantea en el terreno métrico un problema de difícil solución. Porque, naturalmente, en latín no habría modo de reducirle al esquema del senario más que contando breve, o la *ō* interior de *dolores* (así Skutsch, *Kl. Schr.* pág. 102: *uterí dolŏres mi obóriuntur cotídie)*, o la *ī* primera de *cotidie* (así al parecer con dudas Ernout: *uterí dolores mi óboriuntur cotidie)*. Ahora bien, yo no voy a negar que en las concepciones actuales del abreviamiento yámbico quedan todavía algunos puntos obscuros, tanto sobre la naturaleza y las circunstancias del fenómeno, como sobre el alcance preciso del mismo. Pero con independencia de estos puntos y de la interpretación definitiva que sobre ellos hayamos de aceptar, poseemos ya varios hechos que no admiten discusión, y que pueden servirnos de base para formar juicio sobre cuestiones particulares.

Y uno de ellos es que en latín no se conoce ningún ejemplo seguro de palabras con la estructura fonética de *dolŏres* o de *cotĭdie* (es decir, de palabras como *amīcus, uenīre, erīlis, *prospērus*, etc.), que sufran abreviamiento yámbico (confrón-

tese Lindsay, *Capt. Introduct.* pág. 31; *ELV*, pág. 38 ss.). Y digo que ninguno, porque naturalmente, y a pesar de Skutsch, *loc. cit.*; Sommer, *Hb.*² pág. 128, yo no veo con qué derecho vamos a suponer el fenómeno en un caso como *intro ăbĭte (Pseud.* 168), que sería único, cuando por otra parte se puede medir perfectamente contando breve la *i* de *intro*: *intr(o) abíte atque haec cito célerate//...* (así Ritschl-Goetz). No importa que Skutsch, que atribuía al *ictus* efectos similares a los del acento de las palabras, sostuviese *(Kl. Schr.* pág. 242 siguientes) que en latín no hay más abreviamientos que los llamados «yámbicos», o los producidos por un supuesto acento de enclisis *(Tonanschluss)*. Pues indudablemente, por lo menos en palabras proclíticas de poco volumen, se dan abreviamientos como el por mí supuesto. Así, p. ej., *ĭmmo, ĕccum, hĕrcle*; y así *illic* con valor de dos moras, que a pesar de Skutsch sería imposible explicar por una supuesta síncopa **illc*, y que por eso hay que leer *illĭc;* y así también los casos de *illa* con valor de dos moras, donde también sería muy difícil justificar una síncopa de la *-a*, y donde por eso debemos suponer *illa;* y así hasta *illĕ, istĕ*, pues indudablemente, y a pesar de Skutsch, *Forsch.* I 97 ss.; *Kl. Schr.* 240 ss., en latín arcaico se dieron casos de *ille, iste*, que no se pueden explicar por las leyes generales del abreviamiento yámbico (cfr. Marx, *BSGW*, LIX 129 ss.; Sommer, *Hb.*² págs. 427, 429 ss.; *KE* pág. 125 y siguientes) (1).

---

(1) Lo cual tampoco quiere decir que yo acepte la interpretación de Sommer, quien pretende reducir el *illĕ* (según él **ilĕ)* a un caso de simplificación de geminadas ante vocal tónica, parecido al de *mamma: mamilla, offa: ofella.* Y no lo acepto, en primer lugar, porque la posición átona de *ille* (que es donde se da *ille)* excluye la vocal tónica tras la *ll*. Y además porque la simplificación de la *ll* ante vocal tónica suele llevar consigo el alargamiento de la vocal anterior: **cellare* > *cēlare*, **uellocis* > *uēlocis*, **sollari* (de *sollus)* > *sōlari*, etcétera (cfr. mis *Estudios de Fonética*, págs. 288 y 335 ss.). Aparte de que esa interpretación de Sommer nos obligaría a suponer dos explicaciones algo distintas para *ille* y para *iste;* cosa, como se ve, completamente inverosímil. Por lo tanto debemos deducir que no pudo ser

Y lo mismo que de *abīte* puede decirse de los pocos casos en que Skutsch trató de apoyar su hipótesis sobre abreviamientos de palabras como *dolōres;* p. ej., de *ibĭdem* frente a *ibīdem*, *diŭturnus* frente a *diūturnus*, o de *stupĕfacit* frente a *stupēfecit*, etc. Pues formas como *ibĭdem*, *diŭturnus*, *stupĕfacit*, no tuvieron por qué ser transformaciones directas de *ibīdem*, *diūturnus*, *stupēfacit*, sino que se explican perfectamente como reconstrucciones sobre las formas simples *ibĭ*, *diŭ*, *stupĕ*, que debieron ser de uso general. Aunque se comprende que al lado de ellos perdurasen las formas antiguas como *ibīdem*, *diūturnus*, *obstupēfecit*, con su estructura fonética regular. Y lo mismo que de los casos anteriores hay que decir de *sibĭque*, que se explica, no como transformación directa de *sibīque*, sino como reconstrucción sobre el simple *sibĭ*. Así es que yo no veo que haya la menor falta de lógica en admitir *sibĭque* y negarse a admitir *ĕŏque* (Ahlberg, *De Proceleusm.* página 93). Lo que sí constituiría una manifiesta arbitrariedad sería pretender con Skutsch *(Kl. Schr.* pág. 229) que *sibĭque* (en cuyo simple se había generalizado la forma *sibĭ)* nos obligue a suponer un *ĕŏque* o *mĕŏque*. Ya que en éstos, de haber existido unas formas como *ĕŏ*, *mĕŏ*, etc., habrían sido un fenómeno ocasional y sin arraigo en la lengua. Y lo mismo aproximadamente hay que decir de *uidĕlicet;* forma que Skutsch creyó que podía derivarse de **uider(e)-licet*, pero que sin duda no pudo proceder más que de un imperativo *uidē/ uidĕ licet*, como *scīlicet* < de *scī licet* (cfr. Adelaide Hahm, *TAPA* LXXIX (1948) pág. 308 ss.). Es decir, que también aquí el abreviamiento de la *e* debió producirse antes de la integración de los dos elementos en una nueva palabra.

Y claro está que si en latín no hay ejemplos de abreviamientos como **amĭcus*, **uenĭre*, **erĭlis*, etc., es absurdo supo-

---

la indicada por Sommer la manera como *iste*, *ille* se produjeron. Pero sobre los hechos en sí, con independencia de la causa y de la manera cómo se produjeron, me parece que no caben dudas. Así es que de momento renuncio a otras disquisiciones que me alejarían de mi propósito.

ner (con Skutsch) que *meārum, tuōrum, duōbus*, etc., pudiesen nunca medirse *meărum, tuŏrum, duŏbus*, aunque sus dos primeras sílabas se cuenten a veces como dos moras. Para el caso importa poco cómo hayan de medirse formas como *tuō, meō, deō*, etc., cuando la métrica dice que sólo valen dos moras. Pues en bisílabos de estructura fonética parecida a la de éstos, pero con vocales separadas por una consonante, el abreviamiento fué un fenómeno corriente: *benĕ, malĕ, citŏ, modŏ, mihĭ, tibĭ*, etc. Por lo tanto no tendría nada de particular que también en *tuŏ, meŏ, deŏ*, etc., pudiese haberse producido un fenómeno igual (1). Pero suponer un *meărum, tuŏrum, duŏbus*, etc., no habiendo un solo ejemplo seguro de **amĭcus, *uenīre*, etc., me parece que evidentemente carecería de toda base. Y no sólo es esto. Es que de hecho, formas como *meōrum, eōrum, deōrum*, etc., se encuentran en la poesía dactílica desde la época más antigua tratadas como dos largas; es decir, medidas *mēōrum, ēōrum*, etc. Así Enn. *Ann.* 200: *eorumdem me libertati parcere certumst;* Acc. *Ann.* en Macrob.: *eumque diem celebrant per agros urbesque per omnes;* Luc. 1191: *hunc catapiraten puer eodem deferat unctum;* 353: *hoc faciemus et uno eodemque ut dicimus pacto;* Lucr. I 306: *uuescunt, eaedem dispansae in sole serescunt;* Prop. IV 7, 7-8: *eosdem habuit secum quibus est elata capillos, eosdem oculos; lateri uestis adusta fuit*, etc. Luego, con independencia de nuestro juicio sobre *tuō, meō, deō*, etc., debemos concluir que la sinícesis en formas con un yambo inicial se concció y practicó en la vieja métrica latina (tanto en la poesía dramática como en la épica), y que fué un fenómeno de esta clase y no un abreviamiento yámbico, el que hizo que en formas como *meorum, tuorum, duobus*, etc., las dos primeras sílabas equivaliesen a dos moras.

Y no vale decir que en los arcaicos se dan a veces medidas

(2) Aunque desde luego puede afirmarse: 1.° que hay casos indudables en los que la métrica exige leer con sinícesis *mēō, tūō, mēum, tūom*, etc.; y 2.° que el argumento principal de Müller y Skutsch contra la sinícesis (a saber, la falta de formas como *mēum, tūom, sūom*, etcétera, al final del senario) carece de valor (cfr. Lindsay, *ELV* páginas 61 y 161; Drexler, *Akzentstud.* I 107).

como *amĭcitia* (Pl. *Merc.* 846), *pudĭcitia (Amph.* 930, *Epid.* 405), *pecŭlatus (Pers.* 505), *Syrăcusas* (Men. 37), *uerĕbamini* (Ter, *Phorm.* 902), *Clutăemestra* (Liv. Andr. *Trag.* 11), que externamente al menos parecen presentar cierta semejanza con *dolōres* (1). Pues lo cierto es que todas estas formas, a causa de su estructura fonética (en particular por la caída del acento detrás del grupo inicial yámbico ⏑ —) eran muy difíciles de encajar en versos yambo-trocaicos, que tuvieron como uno de sus principios esenciales la coincidencia de acento en *ictus*. Pues naturalmente que esa coincidencia tenía que haber producido medidas como ⏑/— ⏑́⏑/⏑́— y ⏑/— —́/⏑ ⏑́ en los yámbicos, o como ⏑ —/⏑́⏑ ⏑́ y ⏑ —/⏑́ ⏑/⏑́ en los trocaicos. Medidas que por supuesto hubiesen exigido para completar el semipié inicial incompleto: en primer lugar un monosílabo (pues la sílaba final de palabras más largas no hubiese sido apta para formar el semipié) (2); y además un monosílabo

(1) Y no tomo en cuenta el *cicātrices* de *Asin.* 552, porque entiendo que el verso es una interpolación (de acuerdo con Bothe, Goetz-Schoell, etc.); ni tampoco el *uerberĕtillum* de *Poen.* 378, porque en una formación caprichosa como esa no tenía Plauto por qué creer que la *e* central debía ser larga; ni *Amph.* 903, porque creo que el *uerecunda* de los mss. debe sustituirse por *iracunda* (de acuerdo con Lambinus y Goetz-Schoell).

(2) Para el caso importa poco la manera como hayamos de interpretar aquellos pasajes que parecen contradecir a este principio; es decir, los pasajes en que una Elevación *(Hebung)* métrica parece estar formada por una breve final de palabra más otra breve inicial de la palabra siguiente; p. ej., *Cas.* 564: *homínem amatorem ullum ād forum procédere;* o *Men.* 236: *mare súperum omne Gráeciamque exóticam;* o *Pseud.* 439: *essé probiorem quam ípsus fuerit póstulet;* o *Asin.* 110: *ubi erís?* :: *Ubiquómque lúbitum erít animó meo;* o *Stichus* 353: *pópuli támen aedílitātem hic quidém gerít* :: *age tu ócius* (cfr. las listas completas de ejs. en Fraenkel, *Iktus und Akzent*, pág. 259 ss. y en Drexler, *Plaut. Akzentstud.*, pág. 180 ss.). Aunque mi opinión es que desde luego hay disolución de la Elevación cuando las palabras a que pertenecen las dos breves forman un grupo sintáctico cerrado, y con esto una especie de unidad (así *Cas.* 564; y *Pseud.* 439, etc. no *Men.* 236, que yo leo con hiato *mare-súperum | ómne....);* pero que todos los demás casos hay que medirlos, no resolviendo la Elevación, sino considerando *anceps* a la sílaba breve final. Es la única fórmula

breve (pues el monosílabo largo, como caía en el tiempo más destacado del *ictus*, hubiese sido imposible abreviarlo). Y como además ocurre que todas esas palabras, fuera de *amicitia*, comenzaban por consonante, resulta que el monosílabo para no ser largo tendría que haber tenido abierta su única sílaba. Requisito éste que no se daba nunca en latín. Es decir, que con su acento natural ninguna de estas palabras (fuera de *amicitia)* eran adaptables a los yambo-trocaicos, y que por lo tanto en estos versos no podían entrar más que con acento en su sílaba final (1). Lo cual, como se ve, tenía que representar una violencia enorme para el poeta. La única que desde luego podía adaptarse con más facilidad era *amicitia*, puesto que la única condición que exigía era que delante hubiese un monosílabo breve, y monosílabos breves con sílaba cerrada sí que había muchos en latín. Pero en todo caso no dejaba de ser una coacción esa necesidad de tener que buscar un monosílabo adicional que hiciese posible el encaje de la palabra en el verso. Por lo tanto no creo que tenga nada de extraño que el poeta, en esas circunstancias, se permitiese alguna vez alguna licencia, y que en consecuencia extendiese el abreviamiento yámbico a palabras que de suyo no le admitían. Aparte de que el texto de *Merc.* 846 no creo que pueda

---

para salvar la ley de Bentley-Luchs, y la única manera de explicar por qué nunca se dan finales como *non facit amicús meús*. De cualquier forma se ve que en lo esencial y fuera de escasísimos ejemplos aislados, el fenómeno se encuentra limitado a determinados lugares del verso, y que además, como digo, nunca tiene lugar cuando la segunda palabra presenta tras la breve inicial una larga por naturaleza. Luego debemos suponer que en circunstancias normales efectivamente tuvo validez el principio que prohibía esa clase de elevaciones. Lo que naturalmente tuvo que constituir un obstáculo contra el uso de formas como *pudīcitia, uerēbamini, pecūlatus*, etc.

(1) De hecho se ve que *pudicitia* en los seis pasajes en que figura con su cantidad natural *(Amph.* 811; 840; *Capt.* 1036; *Cist.* 88; *Epid.* 110; *Stich.* 100) lleva siempre acento, a juzgar por el *ictus*, en su sílaba final; acento determinado por la enclisis en *Amph.* 811, *Capt.* 1036, *Epid.* 110 y *Stich.* 100, por el *Sperrung* en *Cist.* 88, y por la pausa entre los miembros de una enumeración en *Amph.* 840.

darse por definitivo. A mí al menos me parece muy sospechoso ese *ciuitatem*, que sigue a *amicitiam* y que necesariamente habría que traducir por «patria». Y me parece que en cambio un grupo como *uoluptatem laetitiam* se correspondería mejor con el *moerorem lacrumas* del verso siguiente. Así es que no creo que en absoluto se pueda descartar la conjetura de Ritschl, que por supuesto nos permitiría leer *amicitiam* con su cantidad normal: *uítam, amĭcitiám, uolŭptátem,//laétitiám, ludúm, iocum* (1). De cualquier forma yo no creo que casos como estos (por lo demás rarísimos) autoricen a deducir nada sobre

(1) Y lo mismo que de los anteriores hay que decir de *Epid.* 520, donde sin duda, como indica Skutsch. *loc. cit.*, hay que leer *depecŭlatui: me impúne inrisum esse hábitum depeculátui*. Pero esto es debido a que la coincidencia del acento con el *ictus* dejaba delante del *ictus* un grupo crético, imposible de encajar ni en los versos yámbicos ni en los trocaicos.

Y lo mismo tal vez puede decirse de *Truc.* 46, donde según los manuscritos y Skutsch, Goetz-Schoell y Ernout habría que leer: *si irátum scortum fórtest amatorí suo*. Pues naturalmente también *amator* en los casos oblicuos dejaba un yambo *(ama-)* delante del *ictus;* lo que sin duda tuvo que hacer difícil o incómoda su inclusión en el verso. Pero lo cierto es que aquí el acento final de enclisis en *amatorí suo* desvanecía la causa que suele producir los abreviamientos en casos parecidos. Así es que a mí me parece muy dudosa la hipótesis de Skutsch. Claro está que una medida como */ĕst ămā/torí/ suo*, considerando a *est* como monosílabo y breve, parece un poco difícil. Por eso yo lo que creo es que el verso debe reconstruirse como propuso Lambinus y aceptó Ritschl-Goetz: *si irátum scortumst fórte...*, o mejor *si irátumst scortum fórte...* La caída de *-st* y su restauración posterior junto a *forte* es un fenómeno que paleográficamente se explica con toda sencillaz.

Y lo mismo que de éste hay que decir de *Cist.* 297, considerado por algunos como obscuro (Goetz-Schoell, Ernout), y donde Skutsch quiere suponer un *praestĭgiātor es*, mientras que otros para salvar el *praestigiātor* han propuesto diversas interpretaciones (p. ej., leer *praestigiator's*, o suprimir el *non* y sustituir el *ades* por *abes;* así Ritschl-Goetz: *praestígiator és, siquidem hic es átque abes)*. Pero a mí me parece que todas las correcciones son inútiles, puesto que el verso se lee perfectamente como propuso Lindsay: *praestígjator es, síquidem hic non es átque ades* (es decir, con sinícesis del *-gia-* y con acento de enclisis en *-tor es)*.

dolores, *amicus*, *uenire*, etc. (que no presentaban ninguna dificultad al poeta). Y, en último término, el hecho es que palabras de este último tipo (o del tipo de *cotīdie)* no presentan nunca abreviamiento yámbico. Así es que no veo cómo pueda justificarse la lectura de los mss. en *Stich.* 165 (1).

Y de hecho las dificultades de esta lectura las reconocen la mayoría de los autores. Lo que pasa es que hasta ahora nadie ha podido presentar otra mejor para sustituirla. Así, por ejemplo, Bentley y en un primer momento Ritschl pensaron que el verso podría enmendarse cambiando el *mihi oboriuntur* por *mi oriuntur* y leyendo *dolōres*. Lo que sin duda daría un verso métricamente irreprochable. Pero lo cierto es que sobre la base de un originario *oriuntur* sería muy difícil justificar la inserción de ese *ob*, atestiguado por toda la tradición. Como sería muy difícil justificar el uso de *quod dies* con el sentido de *cotidie*, según propuso Ritschl, *Acta Soc. phil. Lips.* VI página 240 y aceptó Ritschl-Goetz. Y mucho más difícil todavía el *oboriunt* que propuso Lindsay. Y en cuanto a otras enmiendas (p. ej., las de Boethe) creo que su misma inverosimilitud me dispensa de discutirlas. Es decir, que a la luz de los intentos hechos hasta ahora para aclararlo, habría sin duda

---

(1) Ni por supuesto cómo pueda justificarse una etimología como la de **prospērē* > **prŏspērus* > *prospĕrus* (así Non. 252, 7L; Woelfflin, *ALL* XIV 184; Walde, *Wb.*[2]; y todavía Walde-Hofmann, *Wb.*[3]). Aparte de que en **prŏspērus* > *prosperus* habría que suponer, no sólo un abreviamiento ocasional, sino además la consolidación definitiva de esa breve. Fenómeno que no sé cómo Hofmann querrá justificar, pero del que hasta ahora nadie ha aducido ningún ejemplo con características parecidas a las de *prospĕrus* (es decir, con la vocal abreviada en interior de palabra). Y esto sin contar con que ni **prŏspērus* ni *prŏspĕrus*, sin duda en principio posibles, están atestiguados en ninguna parte. Y no sólo **prŏpĕrus;* sino que en Plauto ni siquiera hay un solo ejemplo de *pro spe* (y mucho menos de *pro spere)*, = de acuerdo con las esperanzas. Hubiera sido pues de desear que Hofmann nos hubiese dado una justificación de su preferencia por la hipótesis de Woelfflin, porque en la forma presentada (y dado que en Latín no se encuentra—a mi entender—ningún indicio de los hechos por él supuestos) produce una impresión desconcertante.

que confesar que el pasaje es desesperado (así Goetz-Schoell y Fraenkel, *Iktus und Akzent*, pág. 62).

Lo que yo no veo es por qué vamos a quedarnos en esa actitud negativa, pues el pasaje se puede reducir a un verso perfecto, y sin necesidad de grandes alteraciones. Basta con suponer que *uteri* sufrió una pequeña dislocación en la frase, a consecuencia de la cual pasó adelante del grupo *dolores mi*, cuando su puesto natural debió estar detrás del mismo. Es decir, que a mi juicio se puede obtener un verso perfecto leyendo: *dolŏres m(i) uteri obóriuntur cotídie*. Y desde luego que el senario así obtenido llevaría cesura latente. Pero este tipo de cesuras no tiene nada de anormal en latín, ni en los versos dactílicos ni, por supuesto, en los yambo-trocaicos de Plauto. Por lo tanto no creo que esto represente el menor inconveniente contra mi enmienda. Enmienda que además nos permite poner el texto de acuerdo con la conocida ley de Wackern. (IF I 333 sgs.) sobre la colocación de las enclíticas. ¿Que cómo explicar esa trasposición? Pero el hecho no creo que sea tan difícil de concebir, si tenemos en cuenta que el pasaje en el que va incluído nuestro verso gira todo él en torno a la idea del vientre, al que se han hecho tres alusiones directas en los versos anteriores (159, 160 y 163). Porque es de suponer que esa insistencia en la idea del vientre debió dejarla grabada con un relieve especial en la conciencia del copista; y naturalmente no tiene nada de extraño que éste, al llegar al pasaje y encontrarse otra vez con esa mención, se dejase arrastrar por la fuerza evocadora de la palabra y tendiese a ponerla delante de las otras representaciones. Y en todo caso a mí me parece que una hipótesis como ésta nos permite dar una explicación de los hechos mucho más natural y sencilla que cualquiera de las hasta ahora propuestas.

Por lo demás he de advertir que, a mi juicio, el pasaje encierra otros varios problemas, aunque la crítica hasta ahora no haya reparado en ellos. Es, p. ej., muy significativo que precisamente en el *A* nuestro verso y el siguiente aparecen, no en el sitio donde les dan el *BCD* y los editores modernos, sino detrás del 160 *(at ego illam in aluo gesto plus decem an-*

nos); a pesar de que la lógica del contexto hace imposible su inclusión en ese lugar. Pero la cosa es que tampoco insertándolos tras el 164 creo yo que se logre una sucesión de ideas mucho más lógica y natural. Y desde luego que tanto el tono como el contenido de esos versos tiene una cierta relación con los versos anteriores. Los elementos y recursos a que se apela en ellos para lograr el nuevo chiste son los mismos que Plauto ha venido usando en los versos anteriores. Pero lo que yo no veo es que lógicamente haya connexión entre los conceptos precisos de esos versos y el pensamiento que venía Plauto desarrollando y que hasta este momento ha fluido cristalino y sin tropiezos. Porque lo que Plauto venía diciendo, mediante un retruécano constante entre las ideas de madre física y madre moral, es que nadie se ha mostrado más agradecido a su madre que Gelásimo (el parásito); porque si aquella le llevó a él diez meses en su vientre, él ha llevado en el suyo a su madre (el Hambre) diez años; y que mientras él, por lo pequeño que era, apenas significó para su madre durante la gestación más que un pequeño peso, en cambio el hambre que él lleva en su vientre es de un peso intolerable. Y francamente, en un punto como éste no se ve a qué pueden venir esas consideraciones sobre los dolores del parto y sobre la imposibilidad de aplacar el hambre, porque con ellos se destruye el paralelismo que Plauto venía trazando. Y la prueba es que en los versos anteriores cada alusión a Gelásimo tiene por contrapartida otra alusión a su madre; mientras que esta parte última queda sin correspondencia tanto en lo anterior como en lo que sigue. Es decir, que, a mi juicio, hay un hiato, no muy violento, pero claramente perceptible, entre el verso 164 y el 165-166. Hiato al que además corresponde otro entre el 166 y el 167. En cambio se ve que suprimidos esos dos versos y empalmando el 164 con el 167 *(auditavi...*; o según yo leo *<equidem> auditaui...*), el pensamiento seguiría un curso natural. Luego parece imposible que los versos perteneciesen al lugar que en la tradición (o mejor en parte de la tradición manuscrita) ocupan. Pero no sólo es esto; es que además poco después hay otro sitio, en el que los versos encajarían

de manera natural, a saber, detrás del v. 170, cuando Gelásimo ha terminado la serie de comparaciones entre su madre física y su madre moral, el Hambre. Allí sí se ve que como cierre de las ideas anteriores y antes de pasar a otro orden de reflexiones, podrían tal vez tener cabida esas consideraciones. Con lo cuál no quiero decir que precisamente esos versos sean indispensables para el sentido. Pero aun sin ser indispensables, tampoco entorpecen la marcha del pensamiento. Por lo tanto, hay que concluir que los versos no pudieron surgir más que en relación con este punto del pasaje.

Claro está que una conclusión como esta nos plantea a su vez un nuevo problema. Porque, naturalmente, si los versos procediesen de Plauto, no se comprendería cómo habían sufrido ese desplazamiento; y menos aun cómo en una parte de la tradición fueron a parar a un sitio y en otra a otro. En cambio es claro que estos hechos se explicarían con toda sencillez sobre la hipótesis de que los versos fueron una añadidura; que naturalmente, al principio iría escrita, no dentro del texto mismo, sino en uno de sus márgenes. Pues claro está dos versos en los márgenes debieron ocupar el espacio de cuatro, seis o más líneas de texto. Por lo tanto no tiene nada de extraño que el copista o los copistas que los incorporaron por error al texto no acertasen a ver su emplazamiento exacto, y que en consecuencia los metiesen en un lugar distinto del que les correspondía. Como no tiene nada de extraño que un copista los incorporase en un sitio y otro en otro (el de *A* tras el v. 160 y el del arquetipo de *BCD* tras el 164). Y desde luego que esta manera de copiar presupone una falta tan absoluta de discernimiento que a nosotros nos parece casi inconcebible. Pero no debemos olvidar que los copistas no fueron filólogos, ni siquiera espíritus críticos, sino gentes de educación rudimentaria, y que además no tenían a mano obras de consulta, ni apenas tiempo para reflexionar. Aparte de que en nuestro caso la falta de lógica no era tan grosera, ya que ni los críticos modernos han reparado en ella. Por lo demás yo no niego que el matiz tal vez sea demasiado sutil para utilizarle como argumento; pero entiendo que las metáforas se suelen apoyar

sobre construcciones y modos de hablar corrientes en la lengua. Y me parece que una expresión como *parere matrem* entraña una asociación de ideas tan antinatural y violenta, que dudo mucho que llegase a darse en latín. Y en todo caso creo que el chiste *parere matrem* = «expulsar el hambre» revela una factura demasiado burda para considerarlo de Plauto. Como tampoco creo propio de Plauto el uso de *oborior* referido a los *dolores uteri*. Pues en los autores literarios *oborior* suele siempre designar algo que surge sin esfuerzo y que se manifiesta al exterior *(tenebrae, lacrumae, risus, laetitia, lux,* etcétera). Mientras que aquí *oborior* aparece referido: en primer lugar a algo que no sale a la luz, sino que queda oculto en lo íntimo del cuerpo, y en segundo lugar a algo que, aunque independiente de la voluntad del que habla, está muy lejos de la idea que evoca *oborior* de «fenómeno espontáneo y producido sin esfuerzo». Es decir, que aun su forma lingüística parece indicar que estas expresiones no pudieron proceder de Plauto. Hemos visto además que en rigor estricto los versos no son indispensables, ni siquiera tras el v. 170, donde la lógica nos obliga a situar el punto de su nacimiento. Luego me parece que la conclusión es obvia: hay que pensar que estos versos no pueden ser más que una interpolación. Fenómeno por lo demás bastante corriente en la literatura teatral, y no sólo en tiempos de Plauto sino en todas las épocas, y aun en nuestros días. Pues en esta clase de obras suele ser bastante frecuente (sobre todo en los pasajes cómicos) que el actor, con vistas a lograr un mayor efecto en el público, se sienta tentado a rivalizar en ingenio con el autor; o sustituyendo las expresiones de éste por otras propias, o subrayando el chiste original con alguna ocurrencia nueva, mejor o peor hilvanada al resto del diálogo (cfr. en particular sobre el texto de Plauto Thierfelder, *De Rat. Interp.*, pág. 31 ss.). Y de ahí que las corrupciones en esta clase de textos suelen ser más frecuentes que en cualesquiera otros. En todo caso hay que suponer que los versos se inventarían cuando todavía se representaban las comedias de Plauto. Y de hecho vemos que fueron recogidos por las dos ramas de nuestra tradición. Lo que indica que los

versos se incorporaron a la tradición en una época muy antigua. Así es que no debemos extrañarnos de que su técnica métrica sea la plautina.

Y una última observación. Acabo de indicar que la refundición en el texto del pasaje interpolado se hizo sin discernimiento. Y es verdad en el fondo. Pero esto tampoco quiere decir que fuese obra de la pura casualidad. De hecho se ve que los dos lugares donde aparecen esos versos presentan una circunstancia común, y es que delante de los dos hay una mención explícita del vientre *(aluo* en los versos 159 y 160; *utero* en el 163). Parece, pues, que fué precisamente la mención del vientre lo que sirvió a los copistas de punto de referencia para la inserción del pasaje extraño. Es decir, que fué la relación con *uteri* lo que determinó el punto concreto en el que los versos habían de pasar al texto. Y claro está que en estas circunstancias se hace todavía más natural la trasposición del *uteri*. Se comprende que si fué esa la palabra que sirvió de enlace entre el texto y el pegadizo extraño, se tendiese a ponerla inconscientemente en el primer lugar. Aunque ya he indicado antes que en absoluto tampoco sería preciso este nuevo factor. Pues la trasposición de *uteri* se explica sencillamente por las condiciones generales del texto.

A. PARIENTE.

QVOM

Y LA ANASTROFE PRIMITIVA

1. Hay en latín un grupo de adverbios y conjunciones temporales, formados sobre temas interrogativos (de donde relativos) o demostrativos, estrechamente relacionados entre sí, cuya interpretación no satisface. Viene primero la conjunción *quom* con su correlativo *tum* (< **tom* sin duda) y sus indudables derivados *quoniam, quondam, -quonque.* Ha parecido *quom* relacionado (1) con gót. *hvan,* a. prus. *kan* 'si', lit. *ka* 'si' (2), y dentro del área itálica o. *pun, pon,* lo mismo que u. *pune, pone* han sido entendidos como derivados de un **quonde.* Y sea lo que quiera de tales comparaciones, se ha dado a *quom* universalmente, a lo que creo, una interpretación como Ac. del tema en *-o* del interr.-relativo (3).

A esto surge una primera dificultad: el Ac. en *-m* tendría que ser masculino (4), y ¿cómo entender el uso adverbial de

---

(1) Es la opinión común, recogida p. ej. en Ernout-Meillet *Dict. Etym. de la Lang. Lat.* s. u.; pero v. más abajo.

(2) La relación con a. esl. *ko-/ku-* en *kogda, kugda* es más que problemática.

(3) V. el *Dict.* citado, y Leumann *Lat. Gramm.*[5] p. 288, Hofmann ib. p. 748, y los testimonios citados más abajo.

(4) Apenas puede traerse como documento en contra a. i. *kim* (av. *kəm, yim),* ya en compuestos védicos *(kimmáya, kiṁkará,* etcétera) tratado como forma no flexionada del interr., cuya *-m* por tanto no es de identificar como des. de Ac., y al lado del cual está la forma temática normal *kad* (v. Whitney *Scr. Gramm.* pp. 194 ss.), ni mucho menos gr. τοσοῦτον, etc., como también Brugmann *Kurze Vergl. Gramm.* p. 277 hacía.

un Ac. masculino? Ya Brugmann (1) la vió y pensó salvarla suponiendo una sustitución secundaria de *quod*, **tod* por *quom*, **tom* nada bien explicada. No llega a satisfacer mucho más la explicación de F. Skutsch (2) por elipsis de un sustantivo, que habría sido, según las ocasiones, o *dies* o *mensis* o *annus*: es verdaderamente el caso contrario a todas las explicaciones por elipsis, pues llega ésta a producirse cuando la presencia de la palabra es tan constante y fija en la locución, que su pronunciación se hace superflua: así en *quota est?*, donde el sustantivo *hora* vino a ser perfectamente innecesario, o en español *¿a cuántos estamos?* con el sust. *días*. Mas cuando se trata de oposición entre tres expresiones totalmente distintas, ¿cómo explicar la elipsis del variable sustantivo y la fusión de tres modos de frase temporal en una sola?; que además desde que aparece en el lat. presenta casos en que la circunscripción temporal que indica es mucho más reducida (equivalente a «en el momento que») que ni siquiera un día: así en CIL, I^1 200, 54 *adsignandum siet, idque quom profitebitur, cognitores...*

Mientras, por otra parte, la significación de *quom*, *cum* no se explica muy bien a partir de un Ac. de extensión: véase el caso citado, o éste: *L. Caeci. Cn. Dom. cens. quom eorum agrorum uectigalia fruenda locauerunt... [lege]/m deixerunt* (ib. 88 s.): no «a lo largo del tiempo» o «dentro del tiempo que pusieron», sino «en el momento que pusieron». La explicación en cambio que proponemos, satisface a la significación de *cum* enteramente.

Sin contar con que, siendo Ac. *quom*, no sería el correspondiente del *hvan* gót.: en efecto, gót. *hvan* (ags. *hwan* 'como'),

---

(1) *IF* XV 69, y *Kurze Vergl. Gramm.* (1922) p. 449: «Man beachte die Ubereinstimmung a. i. *yátra prathamám* gr. ὅτε (ἐπεὶ) πρῶτον, lat. *ubi (cum) primum* 'sobald als'. Hiernach erklären sich die neutralen Pronominalformen mit nominaler Endung lat. *tum quom dum*. Zumteil werden übrigens solche Neutra anfänglich auch als Akk. gedacht gewesen sein». Cfr. también p. 665.

(2) *Gl.* I 305 s. y II 373; aceptación por E. Fränkel *ib.* IV 45; apunta supuestos paralelos del gr. Osthoff *MU* VI 234 ss.

así como gót. *Þan* 'entonces', en unión con palabras celtas correspondientes (corn. *pan*, m. cim. *pan* 'como, cuando') no deja decidir que sean equivalentes de *quom tum* (así E. Kieckers *Hdbch. der Vergl. Got. Gramm.* p. 84, n. 1) precisamente el hecho de que se considere a éstos Acs. sing. masculinos, cosa que difícilmente se puede creer que fueran las palabras germanas (1), sino más bien suelen entenderse como formaciones con partícula nasal postpositiva, a comparar con la del gr. τ-να 'donde'. Veremos que precisamente, cuando la opinión de la anástrofe de *en* para el lat. quede probada, resultará paralela a la de la formación de estas palabras germ. y celtas (v. § 8).

Semejante dificultad y solución podrá, aunque de otro modo, extenderse a la relación con lit. *ką*, aprus. *kan*, con más razón, cuanto que para el báltico la posposición de forma *-n/-na* se atestigua con usos más recientes (v. § 8). Si en cambio la explicación de Skutsch se quiere, aparte las dificultades fonéticas, hacer extensible a formas de fuera del itálico, la improbable elipsis se hace sin duda más extraña, al alcanzar tal área y tanta antigüedad.

Ligada a la pareja *quom, tum* evidentemente queda la de *quam, tam* (u. *pre-pa* 'priusquam', acaso arm. *k'an*, frente a o. *pan*, a lo que se cree, junto con u. *pane*, relacionado con lat. arc. *quandē)* (2) y con ella *tandem* y acaso *tamen;* con la diferencia de que aquí se mezcla el duro problema del posible valor adverbial i. eo. de las formas pronominales o adjetivales «femeninas» (gr. dór. ταυτᾶ át. λάθρᾳ, etc.; o ἧ, etcétera, generalmente interpretados por elipsis de ὁδῷ) (3).

(1) V. p. ej. E. Kieckers *l. c.*

(2) La cantidad larga de la *-e* la reconocemos en Liv. Andr. fr. 20 Morel:

| ∨ ∨
quande mare saeuom.

(para los signos métricos v. n. 2. de la pág. 188).
Abreviada por fuerza de las necesidades dactílicas aparece ya en Enn. *Ann.* 97 Vahl. *Iuppiter ut muro fretus magis quamde manus ui,* id. 136 *quande tuas omnes legiones ac popularis.*

(3) Así Brugmann-Thumb *Gr. Gramm.* (1913) p. 269, donde ano-

Así sobre esta posibilidad y la oposición *pre-pa/pan* sentaremos (v. § 11), para *quam* al menos, un doble origen: Ac. femenino por un lado, por otro paralelo al de *quom*.

En cambio ninguna duda podrá caber tocante a *quando*, fal. *cuando* (v. § 13), al que frente a la opinión común, que parte de **quam* + *do* (raíz 'demostrativa' de *dum*, gr. -δε) o la de Prellwitz de **quān-id-o (Gl.* XIX 123), ya dió Ribezzo (1) una derivación por posposición semejante a la que propondremos.

Queda finalmente la familia de *dum*, palabra a la que, aplicando la hipótesis que desarrollaremos, ello nos permite relacionarla sin dificultades con *dōnec* y arc. *dōnicum*, a la vez que ofrecer una mejor etimología de estas conjunciones (véase § 14).

2. Intentamos, pues, hacer aceptable por este artículo que *quom* y *quando* junto con las más de las palabras relacionadas son resultado de la conglutinación de un caso del interrogativo-relativo o demostrativo correspondiente con la posposición *-en*, y seguramente mejor, con la preposición *en* usada en anástrofe, o bien con las formas *endo*, *ende*. El mismo *en* cuya posposición es casi absoluta regla en o. y u. (sólo o. *en eituas* Tab. Bant. 9) (2).

---

ta la posible confusión de los adverbios de temas en *-o* con term. Instr. en *-e* (donde estarían gort. ἦ, ὅ-πη, cret. heracl. chipr. át. ἦ 'cuando') con los de tema en *-a* con term. en -α Instr. o en -ᾳ Dat. Para el lat. la confusión no existe y *quam* tendría que ser siempre una forma femenina. Pero acaso la formación de los adv. en *-a* (*-am*) remonta a un tiempo en que los temas en *-a* no estaban aún ligados al género femenino (Instr. masc. ve en las formas en *-ā* Henry *Précis*[6] 202).

(1) *RIGI* X 200 cit. por Leumann *Lat. Gramm.* p. 741; a la hora de redactar este artículo no hemos podido ver el del señor Ribezzo, único antecedente directo de la hipótesis que proponemos.

(2) Pensábamos al principio en una posible modalidad de la hipótesis, suponiendo la posposición de un grado cero de la partícula, *-n*: así **quō-n*, **tō-n*, usado sólo precisamente para la posposición

Para lo que, en cuanto a la significación temporal, cfr. griego ἐν ᾧ, p. ej. en Jen. *Hel.* IV 2, 13, o esp. *en lo que:* valor enteramente ajustado a aquél con que *quom, quando,* etc. se presentan en lat. desde su primera aparición.

3. Pero en primer lugar ¿qué caso? No desde luego ablativo, pues que la comunidad del hecho con el o. u. y acaso (procedimiento común, si no formas comunes) con el germ. y celta, hace remontar la conglutinación a un tiempo en que el Abl. de los temas en *-o* en lat. tendría que haber mantenido su *-t* o *-d* final, que impediría la contracción; sin contar con que el régimen por *in* sólo lo alcanzó el Abl. secundariamente por el sincretismo con el Instr. y el Locativo, así como la misma significación de «en lo que» que a *quom* conviene. No así, pues, sino probablemente un Instrumental en *-ō* para *quom, *tom, *dom,* en *-ā* para *quam, tam, quando, quande* (1).

Instrumentales de que en itálico y en lat. quedan abundantes restos (v. Leumann *Lat. Gramm.* p. 275) en adverbios, no distinguibles fácilmente de expresiones ablativas también adverbiales (2) (Streitberg añade todas las formaciones en *-ō* a los instrumentales, como *ultro, intro, contro-;* pero el o. presenta, p. ej., una formación correspondiente en *-d contrud).* Así, según Brugmann (3), *Instrumentalformen* con estos sufijos serían, junto a los Instr. a. i. *vṛ́kā,* a. persa *kārā,* el gr. οὔ-πω, y acaso οὕτω(ς) (1), lat. *quo* (cfr. u. *sei-podruh-pei* 'utroque', *ulo, ulu* 'illo, illuc'), *cito, modo,* o el primer término de

---

(cfr. las formas itálicas enclíticas del verbo sustantivo, *-st, -s).* La presencia constante en o. y u. del grado pleno, *-en, -em* (o *-e,* pero no *-n),* el paralelo con *endo,* cuyo grado *-ndo* sería mucho más problemático, y sobre todo el considerar que se debió tratar de una verdadera anástrofe de la misma y propia prep. *en* (v. § 16) en oposición a los usos del balto-eslavo, nos movió a presentar la teoría en esta simple forma.

(1) V. lo dicho en n. 3 a la p. 159 acerca de las tres especies de instrumentales i. eos.: en *-o* y *-e* para los temas en *-o,* en *-a* para los en *-a.* Ejemplos para el gr. en Brugmann-Thumb *o. c.* p. 269. Una interpr. de *tum* como Instr. en *-om* propuso ya Hirt *IF* I 26.

(2) Para el umbro Bartholomae *Wkl. Ph.* 1916 p. 1026 hizo la distinción entre adv. instr. en *-o* y ablativos en *-u* de *-od.*

(3) V. *Grundriss* II[1] p. 627.

sacrō-sanctus (1). Ello en paralelo con otros adv. en *-e* seguramente también instrumentales (frente a otros ablativos: *facilumed;* cfr. *porod, meretod)*, y con la forma *quī*, que no sería así ni Abl. en *-id* ni Loc. en *-ei*.

Mas lo que ante todo nos interesa hacer resaltar es: *a)* la existencia de un *quō* instrumental del interr.-rel. (el *quō* = 'porque', 'en cuanto', y acaso el = 'hacia donde', que es también el de *quoad, quousque:* v. § 9), a comparar con el de gr. οὗ-πω; *b)* la significación temporal adoptada por esta forma y otros instrumentales en *-o: eō, cito, modo.*

4. Ahora bien, ¿admite entre sus 'regímenes' el de instrumental la prep. *en* en las lenguas i. eas? (2). Mal se contesta a esta pregunta, porque los dos únicos grupos de lenguas que han conservado viva una forma especial de Instr., el indoiranio y el baltoeslavo, precisamente (fuera del lit.) desconocen correspondientes de la prep. *en* (3). No obstante, lo que sí se ve también en estas lenguas es de una parte el valor de circunscriptor temporal que el Instr. tiene (como también en gr. τῷ 'entonces, en este caso': cfr. el correlativo con preposición ἐν ᾧ), así en a. i. *vidarbhān yātum icchāmy ekāhnā* 'quiero ir a Vidarbha, dentro, en el plazo de un día', *te ca kālena mahatā yāuvanam pratipedire* 'y ellos en largo plazo de tiempo alcanzaron la adolescencia', a. esl. *noštiją* (serb. croata *nȍću)* 'por la noche', serb. cr. *pátkan* 'el viernes', a. esl. *trьmь dьnьmь szzьdati* 'διὰ τριῶν ἡμερῶν οἰκοδομῆσαι αὐτόν', lituano *czėsù* 'con el tiempo', *tikrù czėsù* 'a su debido tiempo' *naktimìs* 'de noche', *kartaîs* 'por varias veces' (4); y de otra

---

(1) Cfr. Leumann *o. c.* p. 288. «Significación terminal tienen *-ō* y *-uc: quo, eo, huc, illuc;* la unidad fonética la propuso Thurneysen: < *ōu(-ke);* según Meillet, < *ōi(ke)* (gr. ποῖ)».

(2) La cuestión tiene una importancia bien escasa, ya que es sabido lo tardío de la adscripción en cada lengua de determinado caso a determinada preposición.

(3) Claros al menos: acaso respondem a un grado **on-* los prefijos esl. *on-, vun-, vu-.*

(4) Esto independientemente de que las distintas formaciones Instr. no tengan por qué responder a unas mismas significaciones pre-

parte el uso con el Instr. de preposiciones locales: así en a. i. las prep. *avás* 'κατὰ' *parás* 'tras' y, lo más interesante, *ádhi* 'en, sobre' alguna vez en el Rig-Veda; así también en a. esl. con *za* 'tras', *nadъ* 'por cima de', *podъ* 'bajo', *predъ* 'ante', y lit. *po* 'bajo'. Es decir, que resulta muy aceptable la unión del instrumental en *-ō* (y en *-ā)* con la preposición *en* en cierto estadio de las lenguas itálicas.

(Considérese la alternancia de un Instr. cierto como en la expresión *manu tenere* con su precisación preposicional *in manu tenere* (1); a lo que bien pueden compararse el instrumental gr. τῶ 'entonces' con la forma **to-en* 'entonces' que suponemos.)

Pero es más: creemos que en lat. mismo es este caso en *-ō*, que para base de *quom* y demás proponemos, el mismo que se encuentra unido con diversas preposiciones, que luego como independientes regirían Ac. (lo que desvaloriza la derivación a partir de Abl., **quōd*, ya fonéticamente dificultosa), en *quousque, quōcirca, *quouorsum* > *quorsum* y, la que es más interesante por el ajustado paralelismo con el caso que estudiamos (hasta por su pronunciación normalmente monosilábica), *quoad*. Y adviértase que no creemos posible la hipótesis de un Dat. en *-ō*, sabida la repugnancia de este caso al régimen preposicional, que sólo alcanza en lenguas que por sincretismo casual han fundido en él otros casos, el instrumental y el Loc.

Igualmente no Dat. en *-ā* < *-āi* (?), sino el Instr. en *-ā* que aparece para *quando*, y seguramente *quam, tam*, es el que tenemos en *eātenus* y *quātenus*, y aun acaso en *hāc, unā, rectā, dextrā* e incluso *frustrā, contrā*.

Restos en itálico de un Instr. de tiempo pueden verse bastante claros en u. (II*a* 17) *menzne kurçlasiu façia tiçit* 'mense

---

cisamente; por eso entre los ejs. dados incluímos algunos también morfológicamente comparables al Instr. lat. en *-o:* a. i. *ekāhnā*, serb. cr. *nȍću*, lit. *czėsù*.

(1) V. E. Wistrand *Der Instr. als Casus der Anschauung im Lat.* p. 27 s.

circulario faciat decet' (cfr. VI*b* 15 y 36: *pesclu semu* 'en medio del rezo', y Buck *A Gramm. of O. a. Umb.* p. 203), lo que tal vez hace pensar que expresiones latinas como *mense quarto* remonten a Instr. temporales, junto a *diē-quartē* acaso locativo.

5. En cuanto al ensamblaje de ambos componentes en *quom, quando*, etc., no ofrece fonéticamente estorbo alguno, aun renunciando (v. n. 2 de la p. 160) a un grado cero de la pospositiva *-n*, y partiendo de una contracción vocálica: **quō en, *tō en* > **quōn, *tōn* (cfr. *coemo* > *cōmo*, y con *ō* probablemente *prō-emo* > *prōmo); *quā en, *quā endo* > **quān, quāndo* (cfr. *mālim* < *māuelim)*.

Por si fuera necesario suponer latina ya la contracción (lo que tanto puede ser, a pesar de las formas coincidentes osco-umbras, como no), la forma *en* de la prep. la conservamos sin duda en la oscura inscr. de Duenos (o Dufnos) (1) *Duenos me fecit en manom einom*, así como en la misma *endo: nei ted endo; en* igualmente en CIL, I² 25 (col. Rostral) *enque* (junto a *in altod)*, CIL, I² 584 *en Manicelo; endo* además es forma que se nos da varias veces para textos de las XII Tablas (A. Gel. XX 1, 45, t. III, *quis endo eo in iure uindicit;* Porf. *ad Hor. Serm.*, I 9, 65 *manum endo iacito)* (2).

Pero incluso creo que la cantidad larga para la vocal resultante de la contracción, antes de la regular abreviación (cfr. G. pl. *-ōm* > *-ŏm* > *-um)*, podemos verla conservada, como resto o reminiscencia naturalmente, en la métrica plautina (3). Con toda claridad (y nuestra busca no ha sido ex-

---

(1) V. la reciente obra sobre la inscripción J. F. K. Dirichs *Die Urlateinische Reklamestrophe auf dem sogenannten Dresselschen Drillingsgefäss des sabinischen Töpfers Dufnos (bisher Duenos)* p. 65 y 47.

(2) Precisamente el paso *en* > *in* (como *endo* > *indu)* de la partícula usada como prep. coincide con el cambio de la prosodia vieja (de tono inicial) a la nueva, ya que es entonces sólo cuando se hace proclítica (v. § 17).

(3) Sobre la cantidad larga conservada ante *-m* en hiato v. Lindsay *Early Latin Verse* p. 237.

haustiva) en *Most.* 249, donde los edd. (así Ritschl y así Lindsay) dan la forma del set. troc. así (1):

ornata ut sim quom huc adueniat Philolaches uoluptas mea

mientras aparece así en el consenso de los codd.:

ornata ut sim quom$_h$ huc ueniat Philolaches uoluptas mea.

También, probablemente, el primitivo *dūm* (o sea *dōm)* en *Truc.* 713 (créticos) (2):

nunc dum isti lubet, dūm$_h$ habet, tempus ei rei secundumst.

Acaso también en *Rud.* 554. V. además en § 6 acerca de *quin* por *quom* en los MSS. En cambio, la supuesta escansión *quŏnĭam* debe ser, para la métrica arc. al menos, una invención de los metricistas modernos: todas las veces que hemos encontrado la palabra en Pl. y Ter. admite la pronunciación *quōnĭam*, que por tanto no nos permite decidir acerca de la cantidad de la *-o-*, testimonio que sería precioso.

En cuanto al o. y u., veamos qué datos nos ofrecen acerca de la cantidad de la *-o-* de *quom*, así como la de *-a-* de *quam*. Lo primero que hay que aclarar es el hecho mismo de la contracción: pues en o.-u. se ha formulado como regla que 'vocales distintas no se contraen' (así Buck *o. c.* p. 54); pero resulta que todos los ejemplos (3) que se dan de la no contrac-

---

(1) Otros arreglos son: *siem* en vez de *sim* Bothe, Bentley; *<ex>ornata* Ritschl app. p. 167.

(2) Según hemos defendido en otro lugar, usamos los términos «crético» y «baquíaco» en sentido distinto del usual: será «crético» (aunque acabe en forma ∪ — —) el verso que marche con ictus en todas las sílabas largas, tendiendo por tanto a la diéresis entre pie y pie, mientras «baquíaco» el que sólo lo reciba en la anterior a la breve.—Aceptamos la lección de Lindsay para este verso; con hiato tras *dum* es la única manera de entenderlo en ritmo crét. (Lindsay interpreta trím. baqu. + colon reiziano), igual que el anterior.

(3) Bien aparte están los casos (cfr. u. *Puemune*, sab. *Poimunien)* en que es una vocal *i* la que interviene: así en u. *pue* < **pō+i.* Ni que decir tiene que menos cuentan los casos o. *ioc*, *ionc*, *iak*, u. *eam*, por otra parte procedentes de **eio-*, **eia-*.

ción son de hiatos no primarios, sino originados por una caída de *-i̯-* intervocálica, que pudo ser lo bastante tardía para explicar la diferencia con un caso como el que estudiamos; de hiatos directos conservados no tenemos, pues, prueba alguna, y en cambio sí (v. Buck *o. c.* p. 55) los casos del tipo lat. *bonast:* o. *teremnatust* 'terminata est', *detrst* (e. e. **detrust)* 'dextra est', e incluso crasis del tipo u. *neirhabas* por *nei arhabas*, *eitipas* por **eitom hipens;* que hacen ver actuante en el itálico la tendencia general a la evitación del hiato. Con la advertencia, pues, de que siempre podemos acudir a la forma *-n* de la posposición *(est : en :: -st : -n)*, es posible ver en o. u. *pon*, *pone*, etc. una contracción semejante a la del lat. *quom* < **quō en*, así como en o. *pan*, u. *panne* una comparable a la de *quam*, *quande*.

Y veamos ahora la cantidad de la vocal: el o. ofrece las formas *pon* (en Tab. Bant. varias veces), *pún* (en el Cipo Abel. y alguna otra vez), *pun* (inscr. de Vibia 2 veces, más *punum* 'quandoque'); el u., *ponne* (Tab. Ig. 2 veces), *pone* (2 veces), *pune* (14 veces), *puni* (1 vez). El resultado de *ō* es en o. *u* normalmente (grafía *u* del alfabeto latino, *u*, *uu* del nativo), pero son excepción los casos de Abl. s. *-ōd*, N. pl. *-ōs*, G. pl. *-ōm*, que con frecuencia aparecen escritos *-úd*, *-ús*, *-úm* en alf. nativo y este último incluso una vez como *-om (zicolom)* en el latino y otra como -ομ (Λουκανομ frente a Μαμερτινουμ) en el griego. En cuanto al u. el alf. nativo nada puede decirnos, pues usa un signo común *(V)* para *u* y *o;* pero en el latino escribe *ō* como *u* generalmente; no así, sin embargo, tampoco en G. pl. (igual a veces en el Ac. pl.), donde aparece como *-o-* siempre (menos una vez), lo mismo que en el sufijo *-on- (homonus)*, en alguna raíz como *nome* (cerca de 100 veces), *pone* 'posca' (cfr. lat. *pō-sca*, *pōtus)* y en algunos adverbios instrumentales: *ulo*, *sìmo*, *esocc* (aunque *podruhpei* < **quoterō-)*. En suma, dejando a un lado las grafías *u* del umbro en alf. nativo, las 4 en *o* de la palabra que nos importa (en la parte de las Tablas escrita en alf. latino) se explican a maravilla sobre la triple comparación con los G. pl., los adv. instr. en *-o* y las palabras bisílabas con *-o-* entre na-

sales, como *nome, poni;* realmente no otra cosa sino *ponne, pone* podía esperarse como resultado en u. de **quo-ende.* En cuanto al o., tenemos: primero, las grafías con *-u-* son apoyo para la derivación de *-o-*, auqnue inseguro (pues la inscr. parece que no conoce el signo $\dot{V} = ú$, sino sólo *V;* o al menos el punto se ha perdido); las grafías *pún* son perfectamente explicables de acuerdo con los G. pl. en *-úm*, y las *pon* están en la Tab. Bant., donde aparece el G. pl. *zicolom.* Es decir: está clara la influencia de la nasal sobre la *-o-* en los dialectos o.y especialmente umbro, en el sentido de abrir, o mejor: no dejar cerrar su timbre hasta *-u-* (1); recuérdese el fenómeno conocido como 'abreviación' de una vocal ante *n* + cons. en lat. *(amānt* o *amāntis* > *amănt, amăntis)*, fenómeno seguramente itálico común, y del que en o. u. tal vez queden algunos restos (v. Buck p. 50), y que no debe ser sino un cambio de modulación, con abertura de la vocal sin duda, que toma el timbre que a la correspondiente breve pertenecía; esto puede ayudar muy bien a explicar el vocalismo de o. *pon pún.* Así, pues, si una evidencia de la cantidad larga de la *-o-* no se nos da por el o. u., nada se opone tampoco en él a suponer esta cantidad para la formación *quon.* En cuanto a la forma *pan*, etc., nada podemos concluir, cuando los tratamientos son iguales (excepto *-a* final absoluta) para *a* breve y larga en osco y umbro.

6. Con el estudio de estas formas itálicas entramos en otro punto fundamental del problema: ¿por qué *-m* y no *-n*

---

(1) Es sabido que esta influencia de las nasales sobre el timbre vocálico en el sentido de su apertura es un hecho de gramática general; especialmente a mano tenemos el caso del fr. *in- im-* > *en- em-*, *en- em-* > *an- am-*, *un* > *oen* (v. Bourciez *El. de Ling. Rom*[4]., pp. 642 s.; sin peligro de casos inversos: cfr. *ib.*, 145, 550 s.). Se advierte que la infl. es más decisiva cuando (así en las formas oscas) la nasal es fi-final de sílaba. La mayor abundancia de las formas abiertas *pon* respecto a las de G. pl. en *-om*, se puede explicar por infl. más fuerte de la *-n* que no la de la indecisa *-m* (no hay otra palabra en o. acabada en *-on:* el N. s. de temas en *-on-*, **-ons* > *-úf*, como *trîbarakkiúf* presenta un alargamiento compensatorio a la caída de la *-n-*).

final de *quom, tum, quam,* etc.? Con toda seguridad si formas arcaicas *quon, ton* y semejantes fueran conocidas documentadamente, nuestra hipótesis habría sido por todos de una inmediata aceptación, estribando, por tanto, aquí mucha parte del escepticismo con que pueda tropezar. Y, sin embargo, el fundamento es bien flojo.

Sin duda alguna simplemente la imprecisión articulatoria de las nasales finales sería así, en general, explicación tan cómoda como poco eficaz, tanto más cuanto que impera la idea de que el itálico distinguió claramente entre la labial y la dental nasales en fin de palabra. Nos vemos, pues, obligados a una pequeña disputa sobre este problema tan interesante.

Pero antes veamos hasta qué punto llega la conservación de rastros de *-n* para estas palabras en latín arcaico. Desde luego las inscr. ofrecen para *quom* siempre *-m* (tres veces delante de *p-*, una ante *f-;* trece ante vocal; una ante *qu-;* una ante *s-:* CIL, I^1 198, 71 *nisei quom senatu* <*s* >), excepto una sola vez que aparece agrupada con la enclítica *-que,* y entonces presenta la *-n: quonque* en CIL, I^2 586, 12; donde la asimilación de nasal a labiovelar no se ve que fuera una tendencia muy consistente en lat., como lo prueba la existencia en cambio de grafías *quemque,* etc., e incluso *quicomque* corrientemente, (p. ej. CIL, I^2 582, 5), palabras en que el contacto de *-m* y *qu-* era mucho más fijo que en el caso *quonque* que comentamos.

También en la forma *quondam* tendríamos, pues, conservado el *quon,* aunque resulte inútil para la demostración, por la fuerza asimiladora de la *d-*, que ésta sí que está bien atestiguada *(quendam).*

En cambio *quōn̥iam* (más tarde *quŏn̆iam)* es un claro caso de conservación de *quon:* una asimilación *-mi̯-* > *-ni̯-* ni se ve desde un punto de vista de fonética general mayormente necesaria, ni está en latín realmente atestiguada: pues en el verbo *uenio,* aun admitiendo una derivación de **g^{u}e-m-i̯-o,* de ningún modo necesaria (1), habría que contar con la in-

(1) V. Ernout-Meillet *o. c.* p. 1085, donde admite tres formas

fluencia del p. p. p. *uentus;* y los compuestos con *cum-, coniugis, coniungo, conicio,* no tienen valor de prueba, cuando la nasal misma final de la prep. *cum* es muy de dudar que fuera originariamente *-m* y no *-n,* y que llegara a adoptar *-m* en lat. *(comedo, comitem)* se explicaría por la misma tendencia a que para *quom* enseguida haremos referencia. En cambio he aquí las formas *eximius, nimius, praemium, gremium* (ni vale decir que aquí se trata de un sufijo *-io-* y no *-i̯o-* (1): es uno de los más profundos falseamientos hacer de las dos pronunciaciones *-io-/-i̯o-,* según la variante facultativa que la sonante adopte, dos sufijos diferentes (2), como lo sería decir que en gr. μέσσος, ἄλλος, o. *allo* 'alia' y lat. *medius, alius, gremius,* tenemos distintos sufijos; aparte de que en la poesía arc. aparece la pronunciación *grēmi̯um* (3); y lo mismo con *dormio* en iguales circunstancias que el supuesto **gᵘemi̯o* (4).

Pero, sobre todo, contra la ausencia casi total de *quon* en las inscr. más antiguas, ¿no podríamos ver resto de esta pronunciación *quon* en los autores, que superan en antigüedad a las más de las inscr. referidas? Por ejemplo, en los casos de hiato de *quom, tum, dum* en Pl. y contemporáneos; así:

---

de la raíz: **gwen-, *gwem-, *gwa-*: *uenio* lo mismo que βαίνω serían formas con sufijo nasal *-n-*.

(1) Así Leumann en *Lat. Gramm.* p. 110.

(2) Es el concepto mismo de sonante el que de acuerdo con las nuevas concepciones fonológicas sufre una renovación o, mejor, reafirmación: *i* p. ej. no es más que un único fonema (en i. eo.) que, según su posición fonética, debe valer como vocal o como cons. (variantes 'combinatorias' del fonema) o puede valer como una u otra indistintamente (así en i. eo. y lat. para la posición tras cons. y ante vocal), con lo que tenemos las variantes 'facultativas' del fonema único.

(3) Véase en CIL I² 10, 6:

| ∨ | ∨ ∨ | ∨
Quare lubens te in gremi̯u, Scipio, recipit.

V. n. 2 de la pág. 188.

(4) V. A. Pariente «Sobre las Diferencias del tipo 'facis: venis'» *Em.* XIV p. 52, donde para el caso *uenio* no se admite asimilación por la *-i-* siguiente, sino «o influencia de *uentus* (a. i. *gántuḥ)* o resultado de disimilación de la *-m-* por la labiovelar inicial».—Sobre *quoniam* < **quoni* (= u. *poni)* + *an,* v. Prellwitz en *Gl.* XIX 29.

Enn. 166 Ribb. *(Hec.* IV).

nam cum$_h$ *opulenti locuntur pariter atque ignobiles* (1).

Pl. *Mil.* 1259

naso pol haec quidem plus uidet quam$_h$ *oculis: caeca amore est.*

Véase, además, en § 5. Y acaso, junto a estos ejemplos, la confusión de *quin* por *quom*, tan frecuente en los MSS, ¿no sería de explicar algunas veces (2) por falsa escritura de *quon?* Concretamente v. *Men.* 1054: en B y Z *quin*, en F *qn (qum* BD):

quon ego accurro teque eripio ui pugnando, ingratiis;

o también *Trin.* 733:

sine dote, quom eius rem: penes me habeam domi;

cuya dificultosa cesuración (3) queda corregida así:

sine dote, quon eius rem/penes me habeam domi.

Explíquese el hecho de semejantes hiatos con toda nuestra aquiescencia por la tonicidad y ocasionalmente el énfasis para otros monosílabos como *iam, rem* e incluso *tum* en ocasiones: nada vale la explicación para las proclíticas o 'quasi proclíticas' *quom* o *dum* o *quam*, y menos en casos como alguno de los citados (así Enn. fr. 166, Pl. *Mil.* 1259), en que encima el monosílabo ocupa posición rítmica débil (4). Tenemos aquí

---

(1) Ribbek ofrece la corrección de Porson esquivando hiato tras *cum:*

Nam$_h$ *opulenti cum locuntur.*

En efecto con *nam* el hiato está explicado por ser palabra tónica y aun con posibilidad de énfasis, explicación que no vale para *cum.*

(2) Las más de ellas no, que se ve una clara falta del copista en lugar de *qum* procedente a su vez de *quum;* así en *Bac.* 421, *Men.* 156, etcétera.

(3) Aunque teóricamente haya cesura penthemímera tras *eius,* por fuerza de la pausa inmediata tras *rem* tiene que producirse la indebida diéresis.

(4) Es decir, *arsis* en su sentido griego; pero es preferible esquivar la enojosa anfibología.

a no dudar la reminiscencia de una especial nasal que mostraba dificultad para elidirse: en realidad, el recuerdo más o menos claro de una pronunciación *quon, dun, quan*, al lado de la *quom*, etc., que, como veremos, se iba introduciendo.

Pero aún más: creo estar en condiciones de afirmar con muy pocas reservas que el o. *pon* ha conservado fielmente la nasal primitiva de *quon*, así como *pan* la de *quan*. Relación nacida innecesariamente, sin duda bajo el prejuicio de la *-m* primitiva que mostraba lat. *quom*, se han venido constantemente identificando estas formas con las del u. *pone, ponne, punne, pune* y *pane, panne*. Ahora bien: ¿no es harto extraño que en o. aparezca constantemente la forma sin *-e*, mientras constantemente en u. la forma no apocopada?: piénsese que por lo demás el o. y el u. muestran la misma facilidad para el apócope: o. *nep* o *neip, aut, puf* y u. *et, neip;* u. *pufe*, pero o. *auti* (v. Buck *o. c.* p. 61). Y que en realidad la *-e* final de *quande* (< **qua ende:* v. § 11) y, por tanto, de **quonde* (< **quo ende)*, no tenemos indicio de que sea breve originariamente (n. 2 de la p. 159) y sí en cambio el antes citado testimonio de que era en tiempo de Liv. Andrónico usada como larga Tenemos, por tanto, en o. *pon* y u. *ponne* dos formas diferentes, ésta procedente de **quō endē*, aquélla, como lat. *quom*, de la forma corta **quō en*, sólo que conservando su *-n* final originaria.

7. Ahora ¿cómo entender el paso en lat. de *-n* > *-m?* En primer lugar parece tendencia del itálico haber interpretado la imprecisa nasal final i. ea. como labial. Extendida esta ley a todo su alcance, tenemos el problema del órgano de la nasal final i. ea. (si es que debe hablarse de una sola nasal final i. ea., como parece aceptable, siendo tendencia general de las lenguas no poseer más que una especie de nasal final), en el que A. Meillet, con asentimiento de muchos (v. Leumann *o. c.* p. 120, con ciertas reservas) (1), fundamentó la

(1) La más consistente de ellas, la de *-m* des. sec. de 1.ª per. sing. relacionada incuestionablemente con la primaria *-mi*, se resuelve fácilmente: si el i. eo. sólo conocía una nasal final, la *-n*, al usar

opinión (v. *MSL* IX pp. 141 ss.) de que la nasal final debía haber sido en i. eo. originariamente una *-n* (1), que precisamente el itálico, por una innovación coincidente (tal vez no común) con el a. i., habría sentido e interpretado como labial; no se encuentran en estas lenguas, como el gran lingüista advierte, casos de una *-n* final originaria (pues no cuentan las *-n* secundarias de *non* o *tamen* [v. n. de la p. 181] creadas ya cuando por los casos analógicos el lat. se había hasta cierto punto capacitado para sentir una *-n* distinta de la *-m*) (2) que no deban su mantenimiento a influencia analógica inmediata, como en *nomen* por *nominis* (cfr. el caso inverso *hiems* por *hiemis)*; en cuanto a la prep.-prefijo *in*, mientras actuaba como tal prefijo, no presentó realmente nasal final y de articulación propia, y por tanto no pudo sufrir la tendencia a la labialización (vemos en cambio qué distinto fué cuando en **quo en* > *quom* actuó como posposición). Por qué entonces, finalmente, la prep. *cum* adquirió la forma con *-m (comitis* frente a *ineo)*: precisamente porque sin duda en lat. fué mucho más constantemente que *en* usada como pospositiva (en lat. histórico es casi la única prep. monosilábica que continúa este uso: v. p. 178), de donde la *-m* se extendería a las formas prepuestas.

Tenemos, pues, sin duda, una tendencia a la nasal labial final en el itálico. Y esto que se produjo con las formas i. eas.,

---

una forma corta de *-mi*, que etimológicamente había de ser *-m*, ésta era automáticamente sentida como *-n*, y entonces es el gr. el que conserva la des. i. ea., siendo evolución secundaria de a. i. y lat. la vuelta a la *-m* etimológicamente originaria. Datos interesantes con *-m/-n* de G. pl. en los dialectos celtas españoles en A. Tovar *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas* pp. 35-37.

(1) Tal vez mejor sería, sin embargo, no fijar una articulación definida para la nasal final i. ea., limitándose a constatar que esta nasal fué sentida e interpretada por cada grupo de lenguas de una manera, ya como dental o ya como labial.

(2) Primer indicio de la vuelta a la *n* final que en las lenguas romances (cuando no es una simple resonancia nasal de la vocal última: así en la grafía *-m* port.) es predilecta: v. Meyer-Lübke *Gramm.* (ed. fr. 1890) I 491-510.

debió ser tendencia luego más o menos persistente según ya los dialectos. En o. y u. tenemos una excelente evidencia de esta evolución persistente con el caso mismo que estudiamos: la posposición *-en* transformada en *-em:* u. con Ac. *Akerusiam-em*, etc., con Loc. *Acersoni-em*, etc. Verdad es que con razón suele explicarse que el cambio comenzaría por una asimilación en los casos de Ac. sing. como *censom em*, extendiéndose luego a los demás del tipo *Acersoniem* (1); pero sin duda esto no puede entenderse sino como una causa colaborante y reforzadora de la tendencia general a la interpretación como *-m* de la nasal final. Además v. u. *numem* por *nōmen* (Ib 17) y consiguientemente *nome* (13 veces).

En cuanto a las grafías latinas mal se buscará entre las antiguas ninguna confusión de *-n* por *-m;* en cambio, para el reducido número de palabras que por la influencia analógica descrita conservan *-n*, podemos encontrar algunos casos en nuestro apoyo: *sanguem* (en vez del Nom. analógico *sanguen)* en los Fastos de Filócalo (2), y lecciones de MSS, como *sanguem, inguem* (3), y hasta se observa una extensión de la *-m* a la prep. *in* (justamente como hemos propuesto que habría tenido éxito para *cum*, y como para el uso pospuesto de la misma *in* en *quom, dum*, etc., proponemos), según se ve en CIL I¹ 1104 *im fronte*, no exigiendo la *f-* latina (labiointerdental, al menos para esta época) una nasal labial delante.

Finalmente la proximidad fonética de *-m* y *-n* finales (la última artificial y escasamente mantenida) debió acentuarse mucho más entre los monosílabos, donde incluso aquellos que presentaban una *-m* primitiva (e. e. 'uritalisch', siempre < *-n* i. ea., según la teoría expuesta), como *quem, sum*, ofrecían una *-m* dura a la elisión, que por necesidad tenía que acercarse

(1) V. Buck *A Grammar of Oscan and Umbrian* p. 71. Tampoco puede hablarse simplemente de confusión de nasales, ya que nunca se da el caso inverso, de *-n* por *-m;* lo que prueba bien claro la tendencia a labializar la nasal final en el itálico.

(2) V. CIL I¹ p. 338 y el comentario en p. 390.

(3) *Sanguem* Arnobio I 59 y el O de Lucr. I 837, *inguem* Frontón *Ep.* V 34 (p. 98 Mai).

entonces a la articulación de la *-n* analógicamente mantenida o secundaria: en efecto, la única diferencia consistente entre ambas finales habría venido a ser la incapacidad de elisión de *-n*. Recuérdese (§ 6) que en las inscr. donde *quom* aparece, de 19 veces, 13 es ante vocal, y sin elisión sin duda, como el lenguaje arcaico y arcaizante pediría. Tendríamos aquí, pues, representado por *-M*, signo el habitual para toda nasal final, un sonido real consonántico (no simple resonancia nasal), no elidible, algo, pues, que tenía que sonar muy semejante a la artificial *-n* final a los latinos.

O. *pon* y *pan* conservaron, en cambio, la *-n* originaria (es decir, la tendencia *-n* > *-m* se ha detenido en o. antes que en lat.), mientras que las *-m* finales (o, según la teoría expuesta, las *-n* pasadas en itálico común a *-m)* con frecuencia no se escriben en o. u., y así podemos ver que frente a o. *pan* < **quā en*, aparece *pre-pa* < *pre* (cfr. πρὸ, aunque no 'rija Ac.') + *quam*, en que, en cambio, sí que tenemos el Ac. fem. del relativo simplemente.

Debió ser la existencia de esa doble forma en lat. también *(priusquam, antequam*, frente a **tīn* > *tam*, **quān* > *quam* por ej. en su función comparativa), lo que rematara la extensión de la *-m* final a todas estas formas. Del mismo modo que para la victoria definitiva del *quom* tenemos que contar la confusión con la prep. *cum* en muchos casos: p. ej., *quom* en vez de *cum* aparece en CIL I² 583, 50; el cambio mismo de la conj. *quom* > *cum* (conservada la labiovelar en *quod, quō)* pudo obedecer a esta misma confusión.

8. Y ahora, explanadas las dificultades fonéticas, pasemos al problema mismo de la posposición. Dentro del área i. ea. se ha hecho notar el fenómeno juntamente en el itálico y lenguas bálticas, además de su uso, casi constante en el tocario y constante en el hitita, para las partículas adnominales, así como para algunas de ellas en a. i. y en gr., ello dejando aparte tipos como ᾧ ἐνὶ οἴκῳ, donde corremos el riesgo de que, usos literarios, no respondan a costumbres de la lengua hablada. Sobre el problema de la posposición v. A. Tovar en el vol. IX de esta revista, pp. 163-181, con un relacionamiento

de los tipos bálticos e itálicos y una insinuación de la posible pertinencia de estos casos al problema de la aglutinación en la formación de las flexiones.

No queremos nosotros aquí atrevernos más que nuestro maestro, y dejamos a un lado tan apasionante aspecto, adivinando obscuramente cómo por este camino vendría a complicarse con el uso de la posposición *-en* (o *-n, -on)* en itálico, bált., tocario y rastros de lo mismo en otras lenguas (tipo gr. ἴ-να) el mismo origen de la des. i. ea. universal para el Ac. sing. del género animado (tal vez primitivo Ac.-Lativo (1), tal vez Ac.-objeto desde el principio) (2), sobre todo desde que se advierte que la diferencia prep. *en*/Ac. *-m*, que en lat., p. ej., aparece, no quiere decir nada para la calidad de la nasal final i. ea.

Comparemos por ahora simplemente con el caso que estudiamos los diversos tipos i. eos. Así en el hitita (3) es regla la posposición de las partículas adnominales, o adverbios modificadores 'quasi preposicionalmente' de los nombres: en efecto, el hit. lo que nos revela es un estadio en que la relación 'partícula regidora-nombre regido' no se ha establecido en el i. eo. (o preindoeuropeo), no pudiéndose, por tanto, de ningún modo hablar de anástrofe de preposiciones que no existen.

Si no tan absoluto, el caso en a. i. es semejante (4): lengua todavía sumamente escasa de partículas adnominales regidoras, para las pocas con que cuenta no ha establecido aún como regular una colocación prenominal (como sí, en cambio,

---

(1) Precisamente el caso llamado directivo o ilativo en lit. es una formación secundaria con la posposición *-n(a):* v. E. Fraenkel *Syntax der Litauischen Post. und Präpositionen* pp. 1 ss.

(2) Es decir que partiendo de esta hipótesis, habría que admitir un origen de los verbos transitivos (simultáneo al del Ac. objeto) por medio del siguiente paso semántico: «yo ejecuto la acción de coger en (sobre, contra) la espada» > «yo cojo la espada».

(3) Sólo a nuestro alcance, pero suficiente para los presentes fines, J. Friedrich *Hethitisches Elementarbuch* I 73 s.

(4) V. Whitney *Scr. Gramm.* pp. 414-416.

para su uso adverbal ha reglamentado la posición preverbal), pudiendo colocarse según diversas conveniencias (acentuales, métricas, eufónicas) delante o detrás preferentemente.

Tal reglamentación ya la encontramos en gr. realizada, habiendo adoptado la posición prenominal la gran mayoría de las partículas regentes y adoptando (también como regla) la postnominal alguna, como el -δε de dirección y semejantes; cuanto al tipo τῶν πέρι, bien puede ser considerado como un residuo, probablemente ya (en la tragedia ática al menos) artificiosamente conservado, de aquella antigua etapa no reglamentada.

Cuando pasamos al toc. o al bált., que sin duda en este aspecto nos ofrecen un estadio más avanzado de la evolución, nos encontramos de una parte un grupo de partículas regentes (muy reducido en toc. (1) y no muy extenso en let. y lit.) constantemente organizadas en uso prepositivo, y coexistiendo con ellas, otras partículas, relacionadas o no etimológicamente con aquéllas, pero siempre de forma distinta, que se usan pospuestas. Para el caso que nos interesa, encontramos en toc., junto a la prep.-prefijo *in- (yn-, y-;* v. § 16), la posposición *ane, ine.* En lit. la prep. tiene la forma *į*, probablemente procedente del grado cero *n;* en cambio, la posposición correspondiente se nos presenta en la forma *-na* por lo general, la cual según la teoría de Zubaty *IF* VI 272 ss., expuesta y aceptada por E. Fraenkel *Syntax der Litauischen Postpositionen und Präpositionen*, pp. 1 s. «ist... durch falsche Abtrennung entstanden. *vardan(a), vieton(a)* usw. enthalten nach ihn eigentlichen den Akk. + Postpos. **on*, die mit *en*, das bei der Bildung der Lit. Lokative eine Rolle spielt, im Ablautverthälnisse steht».

Relacionadas sin duda con estos casos de posposición (y la existencia de adv. en *-ŷn* en lit.) (2) están las formas se-

(1) V. A. J. van Windekens *Morphologie Comparée du Tokharien*, pp. 222-224.

(2) Según E. Fraenkel, de acuerdo con Specht, originariamente Directivos en *-n(a)* de abstractos en *-is (-ys):* v. E. Fraenkel *o. c.* pp. 15-17.

ñaladas en bált. y germ. como equivalentes de lat. *quom* (v. § 1): a. prus. *kan*, lit. *ka*, gót. *hvan*. Pero, aunque admitamos orígenes semejantes, debemos suponer (y así desde luego para el báltico) una evolución separada. Lo que sí hemos de anotar también es en el germánico el mantenimiento de la anástrofe modernamente, como procedimiento casi exclusivamente usado para las oraciones de interr.-relativo: p. ej., «her eyes, which you never took notice of» (v. § 18).

9. En cambio, directamente emparentado al hecho latino de que tratamos se encuentra en o. y u. el de la existencia de varias partículas, que a l m i s m o t i e m p o y b a j o l a m i s m a f o r m a pueden ser usadas como pre- y posposiciones, aunque para algunas la anástrofe se haya convertido en regla casi absoluta; así con la que ahora más nos interesa *en* (sólo una vez *en eituas)*, que sin embargo, en lat., siendo exactamente la misma partícula (v. en § 5 sobre la forma *en* en latín), se usó en época histórica prepuesta corrientemente. Aparece ella en o. y u. bajo las formas *-en*, *-em*, *-e*, usada con Ac. y con Loc.: o. *censtom-en* 'in censum', u. *arvam-en* 'in aruum', *Acersoniem*, etc. (sobre la forma *-em*, y, por tanto, la *-e*, v. § 7); igualmente en pelignio *pritrom-e* 'in prius'.

Pero, lo que es más importante, en lat. mismo nos quedan abundantes restos de esta primitiva anástrofe de las preposiciones y (sumamente interesante para nosotros) usada, sobre todo, con casos del interrogativo-relativo y de los demostrativos. Tenemos, en primer lugar, partículas bisilábicas, unas con anástrofe de regla *(eātenus*, *quātenus*, pero también *tenus* en general), otras que la usan regularmente para el interrogativo-rel. al menos: *quousque*, *quōcirca*, **quōuorsum* > *quorsum* (con un caso que no es el Ac. regido de ordinario por ellas como preposiciones: v. § 4). Es también de notar en éstas que las formaciones con *-tenus* y *-usque* sobre Instr. hayan tenido la misma significación temporal que para **quo en* pretendemos. También *penes* hallamos usado en la misma posición, así en Pl. *Trin.* 822 *quos penes* (1).

(1) Acaso en este último ej. no se trata de un tipo heredado,

Más nos apoya aún la aparición de pospositivas monosilábicas: muy frecuente *cum* (aparte ya los tipos *mecum, nobiscum*, etc.) con el interrogativo-relativo: *quōcum, quīcum* (1), *quācum, quibuscum*. Y más semejante aún al caso que proponemos, por empezar la pospositiva por vocal y porque también aparece fundida con un caso que en el uso preposicional no había de regir, en fin, por el valor temporal adoptado, tenemos *quoad*. Si se pregunta por qué aquí, en contradicción con **quoen*, no se ha producido la contracción (a pesar de que, en una perpetua pronunciación violenta por sinicesis, suele contar como monosílabo) se nos ocurre, naturalmente, contestar que por evitación preventiva de la homofonía que había de resultar primero con un posible Abl. **quōd*, luego con el N.-Ac. neutro (también con valor adverbio-conjuncional usado) *quod*, una vez llegada la abreviación de *-o-*.

En fin, extraordinariamente elocuentes en apoyo de la anástrofe latina primitiva, especialmente con casos del interrogativo-relativo, son algunas expresiones como: *a)* la locución jurídica petrificada *illud quo de agitur; b)* algunas frases plautinas:

Asin. 119 *nec mage uersutus nec quo ab caueas aegrius*
Mil. 1047 *qua āb illarum?* (2)
Vid. 90 *quam ad redditurum te mihi dicis diem?*
y aún Ter. *Phorm.* 524 *quam ad* (sc. *diem) dares*

y con la misma prep. *in*, precisamente, formando el mismo grupo *quo in* que proponemos:

Curc. 467 *commostrabo quo in quemque hominem*
facile inueniatis loco (3).

---

sino de un esfuerzo regularizante, para lograr el mantenimiento en contigüidad del grupo característico *si* + indef. *(si quos penes)* de forma *quis*, casi petrificado ya para solas las construcciones con *si* y *ne*.

(1) Véase también aquí otro viejo caso, probablemente asimismo Instr. (v. § 3), conservado con valor casual en la locución anastrófica fijada.

(2) O *quă ăb illarum*, si no se quiere admitir que lo que en este caso tenemos no es elisión, sino crasis, que nos daría el *quāb* largo.

(3) Según Lindsay en el cap. del hiato de su *Early Latin Verse*,

Igualmente la partícula *endo*, que también nos interesa especialmente, la encontramos, sin duda, en anástrofe en la inscripción de Duenos con la expresión *ted endo (ted* no ha de ser Abl. necesariamente).

Pero además de todos estos ejs. arcaicos, al mismo tipo anastrófico, a no dudar, responden las construcciones clásicas del tipo *timores inter et iras:* en efecto, la partícula *inter* no puede sentirse como regente directa si no del sustantivo anterior. Es de notar que este tipo, que en la forma dada aparece por primera vez en Horacio y acaso como elaboración artística con más o menos de reminiscencia, con el interr.-relativo se atestigua antes en la forma *quas inter et castra* (Cés. *B. G.* VI 36, 2).

Y aun el tan frecuente tipo intercalar de nombre + preposición + atributo, o el de demostr. o interr.-rel. + preposición + nombre, o el de atrib. + prep. + nombre, es, al menos en parte (para las dos primeras modalidades), no fruto de retórica, sino de herencia y respondiendo al mismo tipo anastrófico que comentamos. El primero, *uiris cum summis* (v., p. ej., ya en Pl. *Ps.* 174) ya suele de ordinario considerarse como heredado (1): a comparar con u. *vocucom Ioviu* 'ad aedem Iouiam'; idéntico, según pensamos, a la expresión *nobiscum omnibus*, es indudable que en él la prepos. rige directamente al sustantivo, que le precede, y no al atributo, y sería por tanto de leer, al menos en la prosodia latina primitiva, *uiríscum súmmis*. El tipo inverso, de ser también primitivo, lo que nos ofrece en cambio es la colocación prepositiva *(súmmis cum uíris)* coexistiendo con la otra. Mas la segunda modalidad señalada nos parece también indudablemente anas-

---

debe medirse con hiato en todos estos casos y semejantes, del mismo modo que, contra toda apariencia, sostiene que *quoad* debe contar como pirriquio: las razones (esencialmente sobre la base de que 'énfasis' requiere hiato) nos parecen muy poco consistentes.

(1) Así Hofmann en Leumann-Hofmann *Lat. Gramm.* p. 495. Motivaciones estilísticas a estas construcciones (relieve del adj. o nombre) han buscado Marouzeau *REL* XXV (1947) 321 ss. y G. Bendz *Eranos* XLVI (1948) 42 ss.

trófica y primitiva: a la locución osca *exaisc-en ligis* son de asimilar enteramente las latinas como *ipsum per amnem, quo in agro*, y entre ellas sobre todo las expresiones (originariamente interrogativas) *quem ad modum, quam ob rem* (1). En este caso, en efecto, la palabra más 'enfática', la prosódica- y semánticamente principal es el interr. o demostrativo, y la acentuación natural *ipsúmper ámnem, quóin ágro, quémadmòdum, quámobrèm.*

10. La explicación, en que nos hemos referido preferentemente a *quom*, será extensible a aquellas otras palabras que anotamos al comienzo. Ello parece cosa de no dudar para *tum* (aunque los datos directos no abunden como para *quom)*, por cuanto la formación parece estrechamente paralela y correlativa con la de *quom*, siendo la correlación *tum-quom* cosa primitiva. Así tendremos en *tum* el Instr. del tema **to-* demostrativo (cfr. gr. Instr. τῶ con el mismo valor de 'entonces') fundido con la posposición *-en* (mejor que *-n): *tō-en* > **tōn (tunc* nos conservaría, pues, la *-n* primitiva), de donde **tom.* Por cierto anotemos cómo en lat. tardío la partícula *in* vuelve a añadirse a esta palabra, para renovar la precisión de la indicación temporal, aunque ahora—claro está—prepositivamente: **in-tunc-e(s)* esp. *entonces* (2); esto nos ayudaría a explicarnos por qué al simple Instr. temporal **tō* (gr. τῶ) sintió el latín necesidad de añadir el *-en* precisador.

11. Mientras para la pareja *quam-tam* proponemos dejar la solución como doble (v. § 7), habiéndose fundido en una forma los *tam* y *quam* procedentes de **tā en, *quā en* (p. ej. en las frases comparativas: *tam magnus-quam* 'grande en esta medida-enla que') con reales Ac. femeninos *tam, quam* (por ejemplo, en *antequam, postquam, praeterquam*, donde *ante-, post-, praeter-* simplemente actúan como prep. regidora de

---

(1) Tal vez por influencia del tipo *quem ad modum* habría entonces que aclarar la frecuencia de las expresiones en forma de atributo + prep. + nombre, cuando éste es *modum: mirum in modum, mirandum ad modum*, etc.

(2) V. M. Pidal *Gram. Hist.* pp. 336 y 338.

Ac.; cfr. o. *pre-pa* frente a *pan)* (1), en cambio la vieja forma *quandē* (n. 2 de la p. 159) es excelente ejemplo a favor de nuestra hipótesis: se trata sin duda de una conglutinación del Instr., o acaso también Loc. en *-ā* (por *-āi)* con una pospositiva **endē*, que, conocida en lat. histórico como adv. *inde*, debió antes haber tenido un valor regente con la significación prep. 'desde': así convidan a creer no sólo la formación umbra **quo ende* > *ponne*, sino el justísimo paralelo que tendríamos con la creación de *unde*, que procedente, como se admite, de la forma atemática del interr.-relat., podría tener esta semejante derivación: **q^{u}-ende* > **q^{u}onde* > **q^{u}unde* (cfr. **q^{u}eltos* > **q^{u}oltos* > *cultus)*, de donde *-cunde* por un lado (en *alicunde)*, *unde* por otro. Y no sólo su formación nos aparece tan convincente, sino que palabra como **quā endē* > *quandē* se prestaba a maravilla para introducir un segundo término de comparación (mejor aún que *quam*, que acaso debió en esto su fortuna al desplazamiento de *quande): maior quande bos:* 'muy grande desde lo que un buey, desde la medida en que un buey lo es'. El paralelismo con el Abl. de comparación queda perfecto.

12. De aceptar un *tam* < **tān* < *tā en*, creo que la palabra *tandem* (de construcción lo bastante tardía para que en **tān* no se sintiera la composición) se explica felizmente a partir de la significación locativo-temporal ('en ésta', 'entonces') que **tān* tendría, reforzada por la añadidura de la partícula reafirmadora *-dem: tan-dem* en efecto sería: 'en ésta sí', que, para más fácilmente llevarnos a su significación de 'por fin', presenta un afortunado paralelo con la expresión esp. «de ésta sí que», p. ej., en «de ésta sí que lo cogeremos» = «por fin ahora lo cogeremos».

13. También sobre el Instr. sing. fem. nos aparece con toda claridad formado *quando* (fal. *cuando)*, a partir de **quā*

---

(1) A la misma creencia en unos *tam - quam* originariamente Acusativos ayudan las formas *quamquam, tamquam* con *-m* ante labiovelar, y sobre todo *tametsi* y *tamen* (de **tam-em* por disimilación seguramente).

endō (n. 1 de la p. 160), forma que nos resulta, por tanto, enteramente paralela de *quōn*, con el interr.-rel. en su tema en *-a* en vez del en *-o* neutro, y la partícula compleja *endo*, que tal vez dió una significación temporal más precisa ('dentro, en el plazo de lo que'), en vez de la simple *en*.

14. Más complicado problema es el que nos ofrece la familia *dum*, *dōnec*, arc. *dōnicum*, *dōnique* (Lucr.); pero a cambio tal vez nos proporcione una importante contribución a la evidencia de nuestra hipótesis, gracias a la *-o-* larga de sus formas. Nos vemos desde luego forzados a admitir la existencia de una raíz prenominal **d-* al lado de **t-*, que por cierto como tal (sí como base de partículas: gr. *-δε*, lat. de *en-do)* está mal atestiguada, pero que los etimologistas han venido aceptando con entera unanimidad. *Dum* con su sentido primitivo de adverbio y al tiempo conjunción («durante este tiempo»/«durante el tiempo que») constituye un constante paralelo semántico a la expresión castellana «en tanto» («en tanto callaban todos», pero «en tanto esperábamos, se lo conté»); es decir: la derivación a partir de una base pronominal significante de «tanto» o «esto» (cfr. esp. «en esto», «en lo que esperábamos, hablé»), y con una circunscripción locativo-temporal señalada por la prep. *en*, se nos hace muy aceptable. Por tanto la etimología *dum* < **dō-en* (mejor que < **dō-n)* ya de por sí seduce. Por otra parte la *-m* primitiva de *dum* es tan poco segura como la de *quom*, según hemos visto en §§ 5 y 6, con el ej. de *Truc.* 713, en que además hallamos conservada la *-o-* larga de **dōn*. Pero es que sobre todo, cuando pasamos a *dōnec*, al mismo tiempo que encontramos a nuestra explicación perfectamente ajustada esta palabra, hallamos por ella medio de relacionarla estrechamente con *dum*, cosa que, a partir de las explicaciones propuestas, los diccionarios etimológicos no podían conseguir. En efecto, *dōnec*, como *dōnique* o *dōneque* (Lucr. II 1116, V 708, 723, 997; también en Vitr. IX 1, 11), que lo mismo puede ser una formación analógica sobre *dōnec* como no, en buena ley no quedan satisfactoriamente explicados más que si partimos de **dōn* y *nec (neque):* la primera parte sería, pues, la forma primitiva

de *dum*, que hemos propuesto, dichosamente conservada en esta conglutinación, y tendríamos una derivación de **dō-en-neque* (1): la simplificación de geminada tras vocal larga es perfectamente normal y antigua en el lat., lo que no se podría decir de una derivación de **dom* (Ac. sing. masc.) + *nec: *domnec* > **donnec*, asimilación que en lat. sólo aparece muy tardía. Pero además, mirando al aspecto semántico, nos resulta una expresión, a mi parecer, irreprochable, para explicar el valor de *donec*, y que además es felizmente apoyada por el giro conversacional castellano «en tanto y no»: no sólo la formación es idéntica («en tanto» = **dōn*, «y no» = *neque)*, no sólo nuestro giro conserva el doble valor de adv. y conj. de *dōnec* («en tanto y no, vamos comiendo», pero «en tanto y no viene, vamos comiendo», y más frecuente con intercalación del verbo: «en tanto viene y no, vamos comiendo»), sino que además la diferencia semántica que separa a las conj. «en tanto» y «en tanto y no», es la misma ligera, pero bien atestiguada diferencia, que desde el origen hay entre *dum* y *dōnec:* aquélla = gr. ἐν ᾧ, significa «durante el tiempo que» simplemente; ésta hace referencia al final del intervalo de tiempo: «hasta tanto que». Del mismo golpe se explica el uso al principio sólo con oraciones principales negativas de *dōnec: donec audias, ne irascere:* «hasta tanto que oigas y no, no te enojes» (2). De modo que para *donec, dum* no sólo venimos a hallar una explicación satisfactoria de las anástrofes, sino que

---

(1) Lo mismo pudo conglutinarse el *-nec* sobre la forma **don*, cuando en ésta no era sentida ya la composición de **do* + *en*.

(2) No es de aducir como apoyo la forma *quo in nec*, que (seguramente como error por *quoi nec)* dan algunos MSS en Pl *Ps.* 97, suponiendo que representara la formación correlativa a **dō-en-nec.*— Anotemos de todos modos otra posible derivación, que casi nos parece igualmente atractiva, y es de iguales consecuencias para la cuestión que ahora tratamos: podría haber surgido *dōnec* de la unión de **dōn* con la negación reforzada *nec (necopinus, necubi,* etc.), dando entonces el valor de «en tanto no».—Obsérvese como un apoyo más la existencia de la formación inversa a la **dōn-nec* que proponemos: *nec-dum* 'aún no'.

con *dōnec* se nos ha deparado un fuerte puntal para la general hipótesis, al ver en él con su *-ō-* y su *-n* la forma originaria, que nos certifica de los primitivos *quōn*, **tōn* que hemos supuesto.

15. Nos queda el arc. *dōnicum*, del que con poca razón (comparación con el caso de *noenum* > *non)* se ha querido a veces considerar *donec* la forma corta apocopada (v. por ejemplo Walde-Hofm. *Lat. Etym. Wört.* s. u., Lindsay edición de *Captiui* n. al v. 339). Unánimemente se ha visto en el *-cum* de esta palabra la conj. *quom*, si bien los testimonios presentan no más la forma *-cum;* y se ha comparado con u. *ar-ni-po* = = 'ad-ne-quom' (aunque fijémonos en que la forma independiente es *ponne*, etc., siempre en u.: v. § 6). Siguiendo nuestra hipótesis, para una derivación a partir de *donec* + *cum* (= «en este intervalo y no, en el que»), podríamos flacamente apoyarnos en la grafía de algunos codd. de Pl. en *Capt.* 339, que dan *donec cum* (lección relegada de común acuerdo por los edd., apoyados en una cita de Prisc. *Inst.* XV p. 74 Keil del lugar en cuestión como ejemplo de *donicum)*. Pero el lugar harto dudoso no apoya una hipótesis, que tropezaría con el problema de la simplificación de *-cc-* tras vocal breve postónica, y con el de que sin duda parece más antigua la forma *donicum* que la *donec* (1). Nos parece preferible y de acuerdo con la antigüedad de la palabra suponer desde luego una composición sobre **dōn*, pero del siguiente modo: **dōn* + *ne* + + *quom*, siendo el segundo elemento la vieja negación *ne* (en **neuolo*, *nefas*, etc.); mas naturalmente no creo que la negación haya que entenderla referida al *don* («en esto no, en lo que»), sino al *quom* (formando un **nequom* enteramente paralelo a *nequid*, etc.), dando esta significación: «en esto, en lo que no», es decir, «en tanto que no». Con la cual, muy semejante a la primitiva de *donec*, era de esperar también que en un principio fuera de aplicación a oraciones dependientes de negativas; la extensión comenzaría por casos, donde el verbo

(1) Por lo mismo tampoco podemos alegar el ejemplo semejante en Vitr. IX 1, 11 *donique cum*.

principal tiene fuerza negativa; este caso lo tenemos en el primer ej. de *donicum* conservado:

Liv. Andr. fr. 18, 1 Morel

ibi manens sedeto donicum uidebis.

De una frase como «no te muevas en el tiempo en que no te parezca, hasta tanto que no te parezca...» es fácil el paso a «estate sentado, hasta que te parezca...»

16. Y ahora pasemos a considerar las consecuencias de aceptar las propuestas etimologías (que incluyen un extenso uso de la posposición de *en* (y *endō, endē)* en lat. primitivo de acuerdo con el o.-u.) en lo que toca a la cuestión general de la posposición. Limitándonos sobre todo al caso de *-en (-n, -on, -na,* etc.), hemos ya puesto los fundamentos (v. § 8) para sostener que deben ser distinguidos y separados tajantemente de un lado los casos como los del toc. y báltico, y de otro los de o., u., lat. y demás dialectos itálicos, sin conexión clara con fenómenos semejantes en lenguas germ. o célticas.

En efecto, la partícula *en* (que no es panindoeuropea, pues falta enteramente en el a. i.) la vemos aparecer prepuesta en tocario, como *y(n)-* (A) o *in-, y(n)-* (B), pero soldada estrechamente a la palabra siguiente, igual que la otra partícula, prep. en otras lenguas, que usó el tocario *(parne* A, *parna* B); y además no tiene valor claramente de preposición, sino más bien de prefijo reforzador (cfr. B *empren*, A *empele* 'fuerte' con gr. ἔμπειρος; v. t. AB *ysomo* 'del todo') o hábil para formar compuestos posesivos (cfr. ἔντιμος), como A *ānesāci*, B *anaiçai* 'con justeza, bien', A *ynālek* 'a otra parte', *ysalu* 'en paz, felizmente', B *iṅkaum* A *ykoṃ* 'de día', B *eṣe* 'juntamente', *yçamna* 'entre hombres'. Y lo que es más, este prefijo no se deja identificar con la forma de la posposición (verdadera regidora en cambio del caso que le antecede), que tiene la forma A *ane*, B *ine* 'en'.

Estrechamente paralelo es lo que con las lenguas bálticas nos pasa (v. § 8), donde frente a la prep. lit. *į*, encontramos para forma de la posposición (además empleada ya casi como sufijo casual, según prueba la frecuente repetición con sust. y

su atributo, que ya puso de relieve A. Tovar art. cit. *Em.* IX p. 170), *-na* y su abreviación *-n* (en lit. oriental *-nu*, por influencia del Loc. pl. en *-su*, con el Ac. de pl.), seguramente derivada de una forma **-on* alternante, de la pospositiva (v. Zubaty ap. E. Fränkel *l. c.* en § 8); e igualmente en let. (expresiones adverbiales) *-n*, y a. prus. *-n* en la forma *schismán* del demostr. *schis*.

Es decir, que tenemos con lenguas tales representado el caso en que una partícula átona constituída sobre una nasal dental, con significación simplemente precisadora (a asimilar aquí lat. *-em* de *id-em* o **tam-em*, de donde *tamen?)* no había llegado a especializarse como preposición (según ya aparece en gr., p. ej., ἐν o, forma sin duda secundaria, ἐνί), sino que conserva una gran riqueza de posibilidades de uso y valor semántico y por tanto también de colocación (sufijo precisador; de aquí, sufijo o prefijo intensificador; prefijo adjetival primero o precisador de la tendencia de la acción verbal; en fin preposición o posposición precisadora del lugar a donde o en donde, ya vagamente indicados por un Ac. o un Loc.). Del mismo modo que en gr. junto a la forma preposicional fijada ἐν (o ἐνὶ) queda un resto del uso posposicional, pero con distinta forma y significado de la partícula, en ἵ-νϰα 'donde'.

En tajante oposición a esto, se nos aparece la partícula perfectamente constituída como preposición en itálico, empleada en el grupo latino en la forma *in* (antes *en:* v. § 5), en o. como *en* (aunque sólo en la repetida frase *en eituas*, que además es particular por el régimen y significado), lo mismo que perfectamente constituída aparece en celt. y germ.: a. irl. *in*, brit. *yn*, gót. *in:* es decir, con una forma determinada y con valor perfectamente definido para señalar el 'a donde' o el 'en donde'. Y ya desde este grado mucho más moderno (respecto al bált. y tocario) de fijación del valor y forma de la part. *en/-on/-n/-na*, he aquí que en itálico (acaso en itálico exclusivamente), con uso constante en o. y u., pero, como demostramos, en lat. también, al menos para ciertos grupos de palabras (interr.-relativo y demostr.), nos aparece pospuesta,

pero con la misma forma y con el mismo significado que prepuesta.

Pues bien, no se puede negar, de acuerdo con estos datos, que, si en el caso del toc., bált., etc., no se ha de hablar sino de distintos prefijos, preposiciones y posposiciones, más o menos relacionados entre sí formal y semánticamente, para el itálico es propio en cambio el título con que encabezábamos este artículo: anástrofe de una preposición.

Es decir, que el fenómeno que llevó a la creación de las formas *quom, tum*, etc., es de la misma naturaleza, aunque más antiguo y más constante naturalmente, que, p. ej., las anástrofes plautinas analizadas (v. § 9) o semejantes (una más, por ej., en *Cas.* 183 *qua in)*.

Por qué la prep. *en* tuvo, tanto en o. u. como en la formación de conj. latinas una propensión a la anástrofe tan notable, puede explicarse al menos en parte simplemente por ser con mucho la más frecuente de las preposiciones, y más en o. u., donde muchas veces le vemos ocupar el puesto que el lat. reserva para *ad*. Claro que si creemos (v. § 8) en una relación originaria de *-en* con la des. de Ac. sing., podría pensarse en tal tendencia a la anástrofe como reminiscencia de un uso de posposiciones etimológicamente relacionadas con *en*.

17. Nos queda ahora contestar a dos cuestiones que en seguida se ofrecen ante la explicación propuesta. En primer lugar, ¿por qué en los dialectos itálicos se desarrolló hasta tal punto una costumbre que, p. ej., para el griego (para célt. y germ. en realidad faltan testimonios comparables en antigüedad a los itálicos) desconocemos? Y segundo, ¿por qué la preferencia tan marcada, sobre todo en lat., a realizar la anástrofe sobre el tema del interrogativo-relativo?

La primera cuestión está enteramente ligada a la misma motivación de la anástrofe (excluída la necesidad métrica y los afanes de variación estilística): en efecto, este fenómeno no podía producirse sino en lenguas de acento inicial, como por encima de toda duda lo fueron las itálicas, al menos hasta el s. III a. J. C. Pues bien: con motivo de nuestro estudio

sobre la constitución del verso saturnio (1), en que descubríamos una influencia tan notable del acento inicial de las palabras para la armonía de aquél, nos dábamos cuenta de que la acentuación inicial no sólo regía para los compuestos así nominales como verbales (a diferencia de los dialectos germ. y célt.) antiguos y recientes (así *cónceptus, práecipitis)*, sino que incluso en los grupos correspondientes a lo que en otras lenguas son proclítica + palabra principal (negación o preposición + pal. a que se refieren, o incluso conj. + pal. siguiente) el acento recaía siempre y con toda constancia sobre la primera palabra, siendo así la semánticamente secundaria y adyacente, tónicamente principal. Así lo vemos, p. ej., en Liv. Andr. fr. 3 Morel (2):

V	V	V
Mea puera, quid uerbi	*ex tuō*	*ore*

V	V	V	V	V
id. 26 *Topper citi*	*ad aedis*	*uenimus*	*Circae*	(o *Circai)*

V	V	V	V
Nev. 49 *Siciliēnses paciscit*	*obsides*	*ut*	*reddant*

V	V	V	V
id. 64 *Immortales mortales*	*si foret*	*fas*	*flere.*

Ahora bien, en esta situación era natural la tendencia a hacer que la palabra principal semánticamente fuera también la que llevara el acento del grupo. ¿Cómo se conseguiría esto y, sin embargo, sin violentar las costumbres del idioma?: solamente por una inversión de orden: así la palabra principal era también la primera y, por tanto, la tónica. P. ej.:

V	V	V
Nev. 3, 2 *sacra in mensa*	*penatium*	*ordine ponuntur.*

---

(1) Constituyendo el cap. IV de nuestra tesis doctoral inédita *Una Tesis sobre la Prosodia y Métrica Antiguas.*

(2) Empleamos los signos del estudio citado en la nota anterior: | indica acento (musical), V sobregolpe o ictus principal, V coinciden cia de ambos.

Ya en el grupo *sacra in* todo está en el orden apetecido; lo mismo sería lo que produjo el o. *éxaisc-en lígis*, el *cénstom-en*, así como el lat. *quó de ágitur*, y el **quó en*, **quá endo* y demás.

Quede bien claro que con todo lo anterior no defendemos un punto la tan empeñosamente pretendida (y con tanto daño) intensidad inicial latina (ni itálica, o germánica ni céltica tampoco; que les es aplicable la misma explicación). Muy por el contrario en nuestro ensayo citado hemos mostrado nuestra posición, defendiendo un t o n o o acento m u s i c a l inicial, causante de que las sílabas iniciales no sufrieran apofonía, no causante de que la sufrieran las interiores, y es, por tanto, un acento musical en el que hemos basado las explicaciones precedentes (ello en conjugación independiente con el golpe rítmico de las sílabas fuertes o 'largas').

18. Es precisamente gracias a que partimos de tal tono inicial, por lo que podemos contestar a la segunda de las preguntas arriba propuestas. En efecto, es bien sabido que las palabras interrogativas poseen un acento especialmente agudo y constante (bien explicable, ya que se trata de un acento al tiempo morfológico y sintáctico, juntamente de palabra y frase), como se manifiesta bien claro en los interrogativos oxítonos griegos, no baritonizables en interior de frase. Es, por tanto, natural pensar que el *quis* lat. con los demás pronombres y adv. interrogativos poseyera también este especial tono, y que con ellos viniera a resultar totalmente inaceptable que, en el caso que una preposición debiera preceder, fuera ella la que, a costa del interrogativo, recibiera el tono principal del grupo. Y es esto, sin duda, lo que motivaría la colocación constante de *en* o de *endo* tras **quō* (y, tal vez a su influencia, tras **tō*, **dō)*, tras **quā* (y de aquí **tā)*, lo mismo que la de *quoad*, *quousque*, *quam ob rem*, etc., y, en fin, la generalidad de los casos de construcción de interrogativo con prep. (por analogía, también los de relativo).

Sería al perderse en lat. la norma del acento (musical) inicial sustituída por la de colocación en las tres últimas sílabas, cuando la costumbre de la anástrofe fué desapareciendo, que-

dando aún como reminiscencias las construcciones estudiadas en Plauto (v. § 9) o semejantes, los tipos sintácticos *summis cum uiris* y parecidos; y, por otro lado, restos fosilizados serían las expresiones anastróficas, ya convertidas en verdaderas conjunciones, *quoad, quom, quando.*

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CARTA DE CORUÑA ROMANA

I. EL INTERIOR (*)

A la feliz y trascendental idea de un Museo del Mundo Céltico, en mi amada Coruña.

Como prosecución de nuestros estudios de geografía antigua de Galicia *(Gal. en Ptol.; Mela III 13 y Ptol., Geog. II 6, 4,* EMERITA 1950, 1), en los que usamos sistemáticamente el triple método de investigación: matemático, geográfico y filológico, y apelamos, cuando el caso lo requiere, a la astronomía, geología, arqueología, etc., presentamos en este trabajo los resultados a que hasta ahora hemos llegado. Puesto que estos resultados dependen no sólo del estudio singular—mejorable en sí—de cada fuente, sino también de la aparición o publicación de antiguos documentos toponímicos, de excavaciones y hallazgos arqueológicos rectificantes o comprobantes, etc., no los consideramos, ni mucho menos, definitivos.

Concretamente el presente estudio es el complemento, muy ampliado, de nuestro primer trabajo *Gal. en Ptol.* publicado hace cinco años, durante los cuales tuvimos ocasión de profundizar las investigaciones filológicas y estudiar «in situ» muchos de los puntos arqueológicos o geográficos referidos en las fuentes o relacionados con ellas. En el próximo número de EMERITA aparecerá la segunda parte de este estudio: *La Costa.*

Aunque creemos haber manejado exhaustivamente todas las fuentes clásicas referentes al sector que estudiamos, esfor-

(*) Véanse las abreviaturas bibliográficas al final.

zándonos en agotar sus posibilidades expresivas, la base de este trabajo sigue siendo la *Geogr.* de Ptolomeo, puesto que aventaja a las demás por la abundancia, sistematización y matemática localización de ciudades o accidentes geográficos; pero debido a los variados errores iniciales y deturpaciones de los códices son en general difíciles, a veces imposibles, aún estas ubicaciones ptolemaicas, especialmente en el interior, donde falta la línea ordenadora de la costa.

Nuestras comparaciones e interpretaciones filológicas, a la rigurosa severidad de ciertos especialistas podrán parecer atrevidas, pero aun prescindiendo de los esporádicos o imponderables factores psicológicos operantes, debemos recordar que la mente del investigador debe ser, si bien parca en conclusiones, ágil y pródiga en sugerencias. En consecuencia: aduciendo hipótesis no creemos haber violado la norma. Por otra parte hemos procurado fundamentar nuestras relativamente escasas conclusiones seguras, en la evidencia o en múltiples argumentos convergentes en la misma conclusión. Debemos tener el valor de declarar que, después de nuestra aportación, si bien quedan aclaradas muchas cuestiones, muchas más son las que permanecen en la oscuridad o penumbra.

Para la fijación del límite de nuestros presuntos «atrevimientos filológicos», y prescindiendo de las tan numerosas como desgraciadas, y hasta vergonzosas, derivaciones etimológicas de nuestro siglo pasado, debemos señalar que a nosotros nunca se nos hubiera ocurrido, p. ej., la interpretación *Benadedari* del IA como **Bomi-id-est-are* que sienta el célebre historiador de la antigua geografía A. d'Avezac *(Grands et petits geographes grecs et latins*, Paris 1856, 104); Benadedari correspondería, según Müller a los Altares de Fileno [Φιλαίνου βωμοί] junto a la Rada de Ammón [ἐπίνειον Ἄμμονος] en la Gran Sirte.

Antes de entrar en el estudio de las localizaciones creemos conveniente dar noción de la problemática ptolemaica referente a Galicia, que ampliamente exponemos en nuestra tesis doctoral presentada a la Universidad de Madrid en 1949.

CALCULO DEL GRADO EN LA GALICIA PTOLEMAICA

Aunque menos científico desde el punto de vista del encuadramiento general de las localizaciones calaicas en la Ecumene, nos ha parecido de resultados más próximos a la realidad el hallar el grado de Ptol. para Galicia, partiendo de localizaciones calaicas.

Obtuvimos el grado haciendo previamente coincidir con la realidad dos puntos distantes lo más posible, y cuya fijación tiene las mayores probabilidades. Para ello hemos escogido como punto sud-occidental la desembocadura del *Limius*, que con absoluta certeza, naturalmente, la hemos hecho coincidir con la del actual Limia; como punto nord-oriental hemos elegido la desembocadura del *Nabialbionis*, que hemos ajustado a la del río Navia actual por tener más probabilidades de corresponder a éste que al *Nabia* (el punto que Ptol. presenta inmediato al W. del Nabialbionis), si no en cuanto al nombre, por lo menos en cuanto a sus coordenadas. Esta localización está confirmada por Pli. IV 111 y la Arqueología (García y Bellido, *Los Albiones...* EMERITA XI 1943, 418; A. D'Ors, EMERITA XII 1944, 123).

Una vez halladas las diferencias entre las dos longitudes de estos dos puntos entre sí, por una parte, y sus latitudes entre sí, por otra, con arreglo a estas diferencias hemos cuadriculado el mapa, y automáticamente obtuvimos el valor del grado ptolemaico para Galicia, que es de 84 km. de latitud por 30 km. de longitud, correspondiendo al grado real 111 y 81 km., respectivamente, a los 43° de latitud, que es la media de Galicia.

El grado ptolemaico en Galicia es, pues, más pequeño que el real, sobre todo por su longitud, de poco más de un tercio de la latitud, siendo de 2/3 del de latitud el que Berthelot 121 halla para la Ecumene en general. El origen del estrechamiento del grado ptolemaico creemos reside en que Ptol. atribuyó más grados de los debidos a la longitud de la Ecumene, resultando lógicamente los grados más estrechos (cf. Berth. 110).

Hemos tendido a localizar los nombres de tribus a lo largo de los valles, en ambas orillas de los ríos, pues tenemos comprobado que generalmente en los asentamientos naturales de los pueblos, los ríos unen, las montañas separan. En cambio, cuando la delimitación es artificial son los ríos de mediano caudal los que se utilizan como límite; cf. el Ulla, Iso y Tambre, en la amplificación a 24 millas de la tierra de Santiago por Ordoño II en 915 y por doña Urraca en 1120 (López Ferreira, *Fueros municip. de Santiago y su tierra* I 128). Aun hoy la parroquia de Carcacía, Padrón, situada en la orilla derecha del Ulla, cuenta con población en la margen izquierda, cuyos fallecidos, a causa de no poderse atravesar el río por las crecidas invernales, no podían, hasta hace poco, ser enterrados oportunamente; obsérvese además que el Ulla separa la provincia de Coruña de la de Pontevedra. Igual ocurre con la parroquia de Argalo, Noya, en la margen izquierda del río de A Ponte de S. Francisco, parroquia que tiene bastantes terrenos a la otra orilla, los cuales están más cerca de la de Noya que de la de Argalo y la parroquia de S. Simón de Lira, Salvaterra de Miño, dividida al medio por un afluente del Tea. En considerar las cordilleras como fronteras nos precedió el prudente Hübner (cf. mapas del CIL II y II sup.); Flórez (ES XV, cap. V), al contrario, se inclinó más a los ríos.

La abundancia de cabos, desembocaduras y sobre todo castros—unos 2.700 según nuestros cálculos para Galicia, contando 9 castros por cada 10 parroquias—dificulta grandemente las localizaciones.

CAUSAS DE ERRORES EN PTOLOMEO

Son muy abundantes y de diversa índole: astronómica, itineraria, expositiva, etc.

1) Error de falta de precisión.—Debido a no precisar más que 5′; por tanto puede alcanzar un máximo de 2′ 30″ (= 4 kilómetros en latitud y 1,3 km. en longitud). En la distancia entre dos ciudades el error es, naturalmente, doble.

2) Error de observaciones astronómicas e itinerarias.—Las observaciones astronómicas entrañaban error por falta total o parcial de aparatos adecuados; las itinerarias eran aún más falibles: 1) a causa de la dificultad de traducir en distancias, a veces por gente no perita, la duración de rutas que no eran recorridas con regularidad; 2) por la imposibilidad de fijar con exactitud la dirección seguida, lo que en general ocasiona una exageración de la distancia real en recta, por considerar recto el itinerario quebrado.

3) Error de 1° más de latitud.—Sólo aplicable a la localización de *Argentiola* y *Brigaecium*, ciudades astures, y probablemente en la de *Bracara*, que caen fuera de este estudio.

4) Error de los meridianos costeros ptolemaicos 5° y 6°.—Acaso debido a la proyección cónica utilizada por Ptolomeo en la parte septentrional y central del conjunto de la Ecumene, proyección que origina un estrechamiento de los territorios hacia el polo y una viciosa orientación NE. de los meridianos occidentales de la Ecumene que hay que corregir con la 1.ª corrección, inclinándolos 12° al lado contrario (cf. Ch. Singer: *La Ciencia*, Legado Roma 1944, 413). Otra causa pudo ser el que las observaciones transmitidas a Ptolomeo fueron hechas a la hora de máxima digresión (separación del meridiano) de la Polar, de 11° hacia el E. Creemos posible también que dirigiéndose de S. a N. el conjunto de la costa desde el *Sacrum Prom.* (Cabo S. Vicente) hasta el *Artabrorum Portus* (Duyo), según claramente lo expone Estrabón II 5, 15, esta misma dirección, mantenida casi constante en un trayecto tan grande, haya influído en la apreciación del rumbo en los trayectos parciales de la costa, en el sentido de no percibir o despreciar las pequeñas desviaciones del rumbo general. Esta suposición nuestra la vemos apoyada por Berth 135: «Un changement de direction insensible et progressif le frappera moins (à l'oeil du marin) qu'une déviation brusque, et si son journal de route est incomplet et non apuyé sur des relevés astronomiques, il pourra prolonger sur des dizaines et des centaines de milles une direction suivie pendant quelques milles seulement.»

5) Error angular interno.—Consiste en la orientación, errada unos 30°, de ciertos puntos del interior de Galicia tomados sobre la dirección Cabo S. Adrián-Viana do Bolo, con centro en el primer punto, dirección seguida o cruzada por vías romanas. Dada la gran extensión del error (190 km.) las causas son difíciles de averiguar. Por otra parte es difícilmente concebible que una persona, por torpe que fuera, haya cometido una desviación de 30°. Siendo las distancias entre los puntos intermedios muy aproximada a la realidad, y creciendo el error en abanico hacia el SE. de Galicia (en la misma dirección circular, pero en sentido contrario al de la 1.ª corrección) debemos suponer que la enfilación inicial se tomó mal, y que a ésta se fueron refiriendo por medio de la plancheta—como aun hoy en topografía—las sucesivas triangulaciones que, por tanto, resultaron erradas en cuanto a su orientación (cf. Berth. 111). Acaso también aquí haya influído el haber utilizado la Polar en su máxima digresión, de 11°.

6) Error de la 3.ª semicorrección.—Debido muy posiblemente a que las latitudes llegaron a Ptolomeo por conducto distinto al de las longitudes. En efecto, por el mismo Ptol. I 19 sabemos que tuvo que añadir casi siempre una coordenada a las localizaciones de Marino de Tiro, que acostumbraba a referir sólo una. En el caso presente parece ser que la longitud, que no necesita corrección, fué adquirida en itinerarios terrestres, mientras que la latitud, corregida con el giro de 12°, puesto que éste se aplica a toda la costa gallega, lo fué en itinerarios marítimos.

7) Error de latitud.—El error de latitud de un lugar o conjunto de lugares pudo haberse originado porque se utilizó la duración del día, referida en los relatos de viaje, la cual varía considerablemente según las estaciones, entre otras causas de error que entraña este método. Creemos hay que considerar que Ptol. no tenía en cuenta que las estrellas, debido a la refracción de la luz al atravesar las capas de aire que rodean la tierra, aparecen más altas, para nuestro clima con 30′ más de latitud; esto explica la 4.ª parte de los 2° que está corrida hacia el N. la latitud de Galicia. Por otra parte, sien-

do la «distancia polar» (al polo N. del mundo) de la Polar en tiempo de Ptol. (150 p. C.) de 11°, y puesto que esta estrella con todas las demás efectuaba cada 24 horas una vuelta completa alrededor del polo invisible, unas veces estaba al E., otras al W. y otras encima o debajo del polo, según la hora del día; este giro diario tiene fuerte repercusión en la latitud (según estuviera la Polar al N. o al S. del polo N., con separación máxima entre estos dos extremos de 22°, suma de dos errores máximos: de 11° al N. más 11° al S.) y en la orientación [V. supra 4) y 5)].

8) Error de orientación.—Es el más grave y frecuente en Ptol. En el ángulo, juntamente con la distancia, basaba Ptol., componiendo un triángulo rectángulo, el cálculo de coordenadas para las ciudades pequeñas, que son mayoría. El no hallar este ángulo directamente, sino por estima, a ojo, constituye la gran inferioridad de la cartografía antigua respecto a la moderna geodesia. Este error llegaba a traducir en latitud distancias principalmente en longitud, y viceversa. Estos errores eran naturalmente mayores en los itinerarios marítimos que en los terrestres, puesto que en éstos existían cruces con otros itinerarios y la latitud se podía comprobar más fácilmente en tierra. El cartógrafo marino tenía que traducir con frecuencia, en cifras, datos tan falibles como la diferencia de visibilidad del saliente o entrante con relación al resto de la costa, ayudándose con una visión más o menos oblicua sobre los mismos accidentes. La desviación paulatina de la costa era difícilmente apreciada por los marinos, de ahí la errónea dirección S.-N. de la costa W. de Galicia o la insuficiente latitud del *Lapatiancorum prom.* en la costa N. de Coruña. Los grandes errores de situación de las islas respecto a sus costas estriban en que éstas fueron fijadas por medio de itinerarios marítimos distintos de los utilizados para situar las islas, lo cual se aplica perfectamente a las de Galicia. Desde el mar los objetos tienen otra apariencia que desde tierra: un gran río puede pasar inadvertido, y en cambio ser señalado un arroyo cuya desembocadura sea ancha (cf. río *Virus*, por Baldayo?, Carballo) o cuya cuenca sea profunda. La falsa

orientación costera es también la causa de ciertos golfos cartográficos entre dos cabos cuyo saliente se exagera (Berth. 137). La situación relativa de ríos y montañas es generalmente exacta, pero no así la de las montañas relacionada con las ciudades, pues éstas eran casi siempre fijadas en itinerarios terrestres independientes del sistema orográfico; entre los lucenses, *Libunca y Pintia* debieran estar situadas más al N. con relación al *mons Vindius*, y *Asturica* bastante más al E. El error de orientación era inevitable cuando, por tratarse de puntos próximos, no se hacían las observaciones directas de latitud, o carecían de seguridad: por un error inicial de la costa N. de la ría de Solway—hasta el cabo Mull of Galloway—que en vez de E.-W. se presenta en Ptol. S. N., toda Escocia aparece en dirección E.-W. en vez de N.-S. Esta falsa dirección de la costa E. de Escocia (S. en Ptol.), al empalmar con la occidental de Inglaterra, prácticamente bien trazada de N. a S., convierte en amplio golfo el rector correspondiente del *Germanicus Oceanus*, que en realidad es mar abierto.

9) Error de longitud.—Llega a originar la repetición de islas a lo largo de un paralelo, aun en época moderna. Tal es el caso de la isla fantástica de S. Brandán (Schulten, Ampurias VII 21), de la de Santa Elena, duplicada en el paralelo 9° y de la isla de la Trinidad, cuadruplicada en el mapa de Ortelius 1587 (García Franco II 76). Esta explicación pudiera dar la clave de la posible repetición del *Nabia* y *Nabialbionis* de Ptol., que, además de coincidir bastante en el nombre, presentan la misma latitud.

10) Error de la 4.ª corrección.—Como corresponde a localizaciones que se alínean más o menos cercanas y paralelas al río Ulla, acaso el origen de este error resida en haber tomado como referencia común a todas ellas el río, al cual, equivocadamente, se le asignó una posición algo más SE. que la realidad. Mejor pudo ocurrir que estas localizaciones se consiguieran tomando como base la importante ciudad de *Iria Flavia* (Padrón), cuya situación ptolemaica está errada en 20 kilómetros al SE.

CORRECCIONES

Para tratar de poner de acuerdo las fijaciones ptolemaicas con la realidad—en lo que a Galicia se refiere, y una vez hallado el grado—creemos no hay otra solución que prescindir de la interpretación rígida y someter los datos de Ptolomeo a correcciones de conjunto, que afecten al mayor número posible de localizaciones.

Hemos elegido como norma de estas correcciones el que sus puntos extremos, en que se apoyan, estén lo más alejados posible uno del otro, para que, abarcando un gran conjunto de puntos, y afectando igual o proporcionadamente a todos ellos, las ubicaciones de éstos resulten en máximo grado objetivas y, por tanto, científicas.

Se ha procurado respetar en lo posible las coordenadas ptolemaicas; de ahí nuestra 3.ª semicorrección, que sustituyó a un alargamiento proporcional de la costa NW. que propusimos en la corrección *c)* de nuestro trabajo *Gal. en Ptol.* 614.

La mayor dificultad que encontramos en el establecimiento de estas correcciones la constituyó—y a veces aun la constituye—el saber con exactitud la extensión geográfica a que afectaban. Algunas veces al situar algún punto periférico de estas extensiones, hemos vacilado sobre la corrección conveniente, hasta que le aplicamos la que posteriormente hemos comprobado era la más exacta y objetiva.

Nos satisface no haber tenido necesidad de violentar el orden de las localizaciones, inversión forzosa en algunos puntos costeros franceses (Grenier 519).

Las correcciones obtenidas y utilizadas por nosotros son las siguientes:

1.ª Hacer girar la costa occidental hacia poniente 12°, tomando como centro la desembocadura del Limia, con el fin de rectificar la falsa orientación, que es causa de que conforme van avanzando las determinaciones costeras ptolemaicas hacia el N., la costa se vaya introduciendo en tierra crecientemente, en abanico.

Esta corrección es válida para los puntos costeros entre la

desembocadura del *Limius* y el *prom. Lapatiancorum* (cabo Ortegal; para este punto, en cuanto a la latitud solamente), ambos inclusive, más las poblaciones próximas a la costa: *Novium* y *Clandio Nerium*. Notemos que esta concordancia entre costa y tierra parece contradecir la opinión de Berthelot 135, quien afirma que «il faut étudier séparément les itineraires terrestres et les itineraires maritimes longeant les côtes».

Con esta corrección algunos puntos llegan a coincidir con exactitud matemática, de manera admirable (lo cual destaca la altura científica del genio de Ptolomeo), y otros necesitan sólo sendas pequeñas correcciones secundarias, en dos casos relacionadas de dos en dos.

Este conocimiento sorprendentemente exacto que Ptolomeo tuvo de la costa W. de Galicia se explica porque es ésta precisamente la más meridional y más rica de las regiones atlánticas exportadoras de estaño, como lo demuestran los aluviones, filones y la enorme abundancia de hachas de bronce de talón en esta costa, principalmente en el NW. de Pontevedra y SW. de Coruña (Monteagudo: *Hachas de talón*, Boletim do Grupo Alcaides de Faria, Barcelos III, 3, 1951; *Casiterides*, pássim).

En nuestro trabajo *Gal. en Ptol.* 612 ya aplicamos esta corrección, pero sólo desde la desembocadura del Limia hasta el *Nerium prom.*

También la costa occidental de Francia, hasta el cabo San Mateo, necesita en Ptolomeo el mismo giro que la respectiva de Galicia; en cambio coincide con la realidad, en general, la dirección de la costa N. de Francia (Fischer, *Pars altera*, tab. IV; Grenier 515).

Estos 12° son también precisamente los que, en Ptolomeo, conviene hacer girar hacia occidente a la Gran Bretaña e Irlanda conjuntamente, tomando como centro el cabo Lands End, con el fin de acercar estos países a la realidad; así lo demuestra la simple inspección del mapa de estas islas en cod. Constantinopol. Seragliensis Graecus 57 (ed. Fischer, *Tomus prodromus* A 10).

La misma corrección, ampliada unos grados más, necesita

el Chersoneso Címbrico (penins. Jutlandia), según los mapas de los cod. Mediotanensis Ambrosianus B 52 inf., Parisiensis Latinus 4803, Harleianus 7195 Musei Britannici, Harl. 7182 Mus. Brit., Parisiensis Latinus 15.184, Zeitzianus Latinus Hist., fol. 497 y algunos otros (ed. Fischer, *Tom. prodr.* L. 7, 8, 10, 11, 12 y 13).

2.ª Hacer girar el mapa de Ptolomeo 30° hacia el NE., tomando como centro el punto que Ptolomeo (con 3.ª corr.) da para el promontorio de las Aras de Sestio (9 km. al NE. del cabo S. Adrián), con lo cual coincide *Forum Bibalorum* de Ptolomeo con Viana do Bolo. Con ello conseguimos que los puntos situados entre el prom. de las *Aras* y el *Forum Bibalorum*—y aun los que se desvían algo—se aproximen mucho a la realidad, a pesar de la gran distancia que separa los extremos.

La causa de esta concordancia creemos estriba en que los puntos están situados en vías romanas o cerca de ellas, siendo lógicamente bastante exactas las distancias y la secuencia de los mismos, pero no su orientación general, que es lo que precisamente con esta corrección rectificamos.

También hemos utilizado esta corrección para situar las *Fontes fluvii (Minii)*, en las del Sil.

3.ª (Semicorrección). Sobre la longitud sin corrección ninguna aplicar la latitud rectificada con la 1.ª corrección, es decir, sobre el paralelo 45° 30′ resultante de haber girado 12° en sentido negativo los meridianos 5.° y 6.° con centro en la desembocadura del río Limia. Se puede considerar, por tanto, como una semicorrección, puesto que la longitud es la de Ptolomeo.

Con ella se logra acercar notablemente toda la costa N. de Galicia a la realidad. Se aplica esta semicorrección a toda la costa N. de Galicia desde las Casiterides hasta la desembocadura del Mearo y a tres ciudades cercanas a la costa: *Flavia Lambris*, *Pintia* y *Libunca*, puntos muy alejados entre sí, lo que acredita la objetividad de la semicorrección.

4.ª Desplazar unos 20-28 km. al NW. aproximadamente siete ciudades ptolemaicas interiores del S. de Coruña, N. de Pontevedra y *Turriga* (Dorra, SW. de Lugo).

VARIABILIDAD FONETICA DE LAS PALABRAS

Las variantes son debidas, a nuestro parecer, no sólo a las equivocaciones de los copistas, sino también a una costumbre innata de los gallegos de todos los tiempos, de pronunciar oscuramente las palabras, en especial las vocales y algunos grupos de consonantes, lo cual se traduce ya visiblemente en la epigrafía, en los documentos medievales, sobre todo en algunos nombres de lugar de procedencia germánica (G. Sachs, *Die germanischen Ortsnamen in Spanien u. Portugal,* passim), y llega hasta nuestros días.

La causa de esta variabilidad en la pronunciación creemos que, en parte, en la época prerromana, es debida principalmente a la falta de alfabeto, y en la romana y medieval, a la falta de cultura literaria; no debió dejar de influir en esta ambigüedad la etimología popular, el afán de querer entender el significado de los antiguos topónimos, asimilándolos a nombres conocidos.

Quizá también sea esta variación un remoto reflejo de las fluctuaciones de timbre de algunas vocales y de la falta de clara diferenciación de las consonantes sordas y sonoras, ya manifiestas en las lenguas mediterráneas según lo estudiaron G. Devoto *(Storia della Lingua di Roma,* Firenze 1940, 14) y A. Montenegro *(Estudio sobre el vocalismo mediterráneo,* Ampurias 1948, 171, donde se analiza especialmente los restos de la alternancia (mejor diríamos fluctuación) au/a/o/u; en las lenguas mediterráneas prerrománicas, entre ellas la ibérica, vasca y sarda).

LOCALIZACIONES

La dificultad que entrañan en general las localizaciones de la geografía antigua de Galicia, especialmente las ptolemaicas, fué ya puesta de relieve por Villaamil y Castro *(Norte Lugo* 84), Sánchez Albornoz (Div. Trib. 316) y—para Francia—Berthelot 143.

CARTA D GALICIA ROMANA
SIGNOS CONVENCIONALES
CORRECCIONES
Lugar sin corrección ptolemaica
con 1ª corr.
2ª
3ª semicorr.
Dirección de la correc. primaria
secund.
PROBABILIDADES
Lugar localizado con 2 probabil.
3
seguridad
LÍMITES
Convento jurídico
Tribu
Provincia moderna
VÍAS ROMANAS
Segura
Probable
Secundaria
Puente romano
LUGARES MODERNOS
Capit. prov.
Parroquia
Aguas minerales
Part. judic.
Lugar
Monte
Ayuntam.
En capital romana, los topónimos ptolemaicos; entre paréntesis, los que proceden de las fuentes indicadas por las siglas (Me = Mela; IA = Itinerario Antonino; ps = parroquial suevo, etc.).
40 millas de 1600 m.
50 km
Luis Monteagudo
OCEANVS
CANTABRIVS
OCCIDENTALIS
46°
45° 30'
45°
44° 30'
44°
43° 30'
43°
LVCVS AVG.
BRACARA AVGVSTA
ASTVRICA AVGVSTA
IRIA FLAV.
AQVAE CALID.
PONTEVEDRA
ORENSE
OVIEDO
LAPATIAN
ARTABRI
CALLAECIA
FORVM BIBALORVM
FOR. LIMICORVM
AQVAE FLAVIAE
INTERAMNIO FLAV.

Sabemos que hemos planteado más problemas que los que hemos resuelto, pero también sabemos lo necesitada que está la arqueología científica de que sus investigadores se den cuenta de que es una disciplina que todavía nació ayer, y de que, por lo tanto, hoy en ella, en términos generales, sólo la duda es verdad. El descubrir y ponderar debidamente la complejidad de problemas antes aparentemente sencillos, aunque no equivale a descubrir la verdad, es dar un gran paso hacia ella, pues sólo atacando todo el frente de esta complejidad se pueden vencer las dificultades y alcanzar la verdadera solución de los problemas.

Lo escurridizo de los medios a nuestro alcance para avanzar nos impone mucha cautela. De ahí la frecuencia, hasta la pesadez, de nuestros adjetivos *posible* y *probable* y de sus adverbios, que hemos creído conveniente concretar en las localizaciones poniendo, al principio de cada una, el número que expresa su grado de probabilidad: 1, poco probable; 2, bastante probable; 3, muy probable; 4, seguro. Con ello facilitamos el camino a los investigadores que deseen corregir nuestra obra. Creemos que esto es más científico que *cerrar las puertas* con rotundas conclusiones inconmovibles *ex cathedra*.

Ptol. II 6, 21.

Clandio Nerium. 5° 45′ 45° 10′ (Artabros).

[3] Xanzón (Moraime, Muxía).

Ptol. con la 1.ª corrección costera nos da un punto 4 kilómetros al E. de Xanzón, a cuya aldea creemos que también corresponde fonéticamente (a través del acus. **Clandionem)* por ser normal en gallego el paso *cl* > *cl′* > *ci̯* > *š̂* *(= ch)* > *š* *(= x*, dialectal). Es de notar que este paso de africada *(ch)* a fricativa *(x)* acostumbra a darse en zonas, como ésta, de seseo. En los mapas aparece Janzón.

Los ms. consignan Κλαυδιομέριον (Ur) o Κλαυδιονέριον, pero suponemos que el topónimo debió de ser aproximadamente *Clandio Nerium*, en el cual la 2.ª palabra es adjetivo gentilicio, indicando que pertenece a los nerios, lo cual insinúa Ptol.

al decir «κατέχουσι δὲ τὰ μὲν περὶ τὸ Νέριον ἀκρωτήριον Ἀρταβροι, ἐν οἷς πόλεις Κλάνδιο Νέριον... Νοούϊον...»

El *Clandio* que reconstruímos puede estar relacionado con la R. preide. *Klō[n]d-*, que forma antropónimos del tipo *Clotius, Cloutius*, celtas para Schulten (Cántabros 114) y preide. para Pericay 134.

Es posible, aunque poco probable, la reconstrucción *Cladio Nerium*, basándose en la relativa abundancia de antropónimos y topónimos con R. *clād* (tumba), que presenta Holder: Cladaeus, -cladia, Cladilla, Cladiscus, Clado, Cladrum, Cladus; pero quedaría difícilmente explicable la *-n-* de Xanzón (por analogía con Xan = Juan?).

También pudiera constituir la R. *Kla[n]d-/klō[n]d* una fluctuación de tipo mediterráneo (cf. Montenegro, 171).

Desde el punto de vista fonético y semántico no es probable que Xanzón esté relacionado con los apelativos chanzada *(< *planitiata)*, «llanura pequeña», y chanzo, «travesaño de escalera de mano» (Dicc. Valladares).

De tratarse, como creemos, de un nombre precelta o celta, la forma *Claudio* de los códices tendría que ser considerada como etimología popular o *lectio facilior* relacionada con el nombre del emperador, que dió nombre a ciudades como *Claudiomagus*.

Müller relaciona *Claudiomerium* con el actual S. Claudio, parroquia al S. de Ortigueira, lo que combate con razón Schulten (RE. s. v.), pero sin dar nueva localización y considerándolo como fundación del emperador Claudio. Tampoco lo sitúan Flórez (Es. XV) ni Cuevillas *(Estudos)*. Cornide *(Mapa Corog.)*, no sabemos por qué, lo sitúa «Cerca de la Parroquia de Zas, en la Jurisdicción de Soneira, Provincia de Santiago», 22 km. al E. de nuestro Xanzón.

Ptol. II 6, 21.

Novium. 6° 10′ 44° 45′ (Artabros).

[3] Noya, la ciudad más meridional de los ártabros nerios.

Aplicando nuestra 1.ª correc. costera, mediante la cual

coincide exactamente el próximo punto de la desembocadura del Tambre, obtenemos para *Novium* un punto 1,5 kilómetros al N. de Noya, con lo cual la ubicación es exacta.

Novium fonéticamente puede convertirse en Noya, con la única dificultad de la sustitución *u* > *a*, que acaso sea debido a una feminización por asimilación a *ciudad*. Ejemplos: *lumbrico* > lombriga, *Mearu* > Mera, *Caranicu* > Aranga?, *Dactionum (Dactonium*, cod.) > Diciona (Ptol. II 6, 4, II 6, 22 y II 6, 25).

Novium corresponde casi de seguro a la *Noela* de los antiguos códices de Pli. IV 111, nombrada probablemente como ciudad de los *Capori* (a los que Ptol. asigna *Iria* y *Lucus Aug.*) y al N. de los *Celtici Praestamarci*. La *Noega* que Mela III 13 sitúa en el litoral astur debe corresponder a la Νοίγα Οὐκεσία que Ptol. II 6, 6 coloca en los cántabros, no habiendo necesidad de pensar, como hace Schulten (RE. Noega) —basándose en que están junto a unas *Aras Sestianas*—que la *Noega* que Mela sitúa en Asturias es la de Galicia (y concreta, en el cabo Finisterre), puesto que también Pli. IV 111 habla de que la ciudad de *Noega*—según nuestra puntuación del texto pliniano (V. XII 9)—está en una península, que no puede ser otra que la de Mela; y en nada se opone a lo dicho el que Plinio sitúe por Muros otras aras: «Neri et super Tamarici [Tamarci, ed. Mayhoff], quorum in paeninsula tres arae Sestianae Augusto dicatae, Capori...»

La *Noela* de los *Capori (Copori*, ed. Mayhoff) que aparece en el mismo pasaje de Plinio, presenta un problema, porque a pesar de ser anterior a Ptol., ofrece la terminación *-a*, además de otras letras diferentes al *Novium* de éste; por ello, y porque a causa de la proximidad le pudiera convenir la misma 4.ª corrección que a *Iria* y *Glandomirum* creemos queda un cuarto de probabilidad de que Νοούιον no corresponda al *Noela* (Noya) de Plinio y haya que situarlo unos kilómetros al NNE. de la actual Noya. Refuerza esta objeción el que *Novium*, además de **Noyio* (cf. *fovea* > foya) puede dar **Noxo* (cf. foxa, *leviariu* > lixeiro) y **Noivo* (confróntese roibo, choiva).

Los autores son unánimes en la asimilación a la Noela de Pli. y en su atribución a Noya. Cornide *(Mapa Corog.)* sitúa *Noega* en Noreña «cerca de dos leguas al nordeste de Oviedo», evidentemente por parecido fonético. Por esta misma razón, la leyenda local, siempre ennoblecedora, relaciona Noya con Noé, así como Navia, según una tradición asturiana, fué fundada por un nieto de Noé (Acevedo: *Los vaqueiros de alzada*, Oviedo 1915, 246).

Ptol. II 6, 22.

Olina. 8° 30′ 45° 30′ *(Oppidum* lucense interior).

[1] Por el río Sor; ayuntamientos de Grañas del Sor, Maañón (Coruña), Ríobarba y Orol (Lugo).

Con la corrección 2.ª viene a caer encima del cabo Ortegal.

El único nombre que parece corresponderle fonéticamente es Luhía, parroquia 2 km. al E. de Ortigueira, pero además de que es casi costera, había que partir de un **Loina*, con metátesis de la *o* en Ptol., cosa no imposible.

Sin la corrección de giro habría que situar *Olina* en el ayuntamiento de Xermade; al S. de éste, en la parroquia de Belesar (Villalba) se encuentra el remoto lugar de Len, que bien pudiera corresponder a *Olina*.

Teniendo en cuenta el acento esdrújulo del río *Olina* (hoy Orne, que desemboca por Caen) que Ptol. II 2, 8 coloca en la Lugdunense, y un posible primitivo **Olĭca* u **Olĭga* (por *Olina)* podemos pensar en Olga (Alvare, 4 km. al ESE. del ayuntamiento de Pastoriza, con cuya longitud coincide *Olina* aproximadamente.

La localización, en fin, es tan difícil que ni siquiera Cornide *(Mapa Corogr.)* lo intenta.

Ptol. II 6, 22.

Guruptiana. 6° 20′ [44°] 45′ *(Oppidum* lucense interior; latitud de Müller; en Ur 43° 45′, excesivamente meridional, porque da-

ría—sin corrección—un punto situado a 6 km. al E. de Túy, por tanto en plena Bracarense).

[3] Monte Corzán (al S. de Xallas de Arzón o de Porqueiras, lindando con Arzón y a 10 km. al W. de Negreira).

Los cód. ponen Τουρουπτίανα (uno Τουρουστίανα), que Müller y demás autores creyeron verdadero. Müller (al que sigue Holder, s. v.), basándose al parecer en una ligera semejanza fonética, llegó incluso a asimilarla a *Turoqua*, mansión del IA 430, 2 (*Turaqua* del Rav. 4, 43, pág. 307, 19), que nosotros, basándonos en un detenido estudio de la vía, situamos en Negros o Sajamonde, 3 km. al S. de Redondela.

Después de muchos intentos de localización, un buen día, leyendo en Murguía I 579 la descripción del «monumento de Corzán» nos acudió a la mente la posibilidad de que éste correspondiera a un castro de nombre Γουρουπτίανα deturpado en el Τουρουπτίανα ptolemaico. Reiteradas pesquisas fueron comprobando el aserto hasta casi no dejar duda.

Lo primero que hicimos fué interpretar las dos páginas que le dedica Murguía a este «monumento», en el cual él aprecia unos «curiosos círculos... enfrente a una preciosa mámoa. El monte presenta hacia el N. una gran planicie cubierta hasta hace un año por los *toxos* (aliagas), pero habiéndose incendiado, aparecieron entonces visibles una porción de círculos extendidos por aquella alta llanura, algunos de notables dimensiones, unos enteros, otros deshechos en parte, pero todos ellos formados por pequeñas piedras unidas unas a otras y puestas sobre el terreno, a manera de un apenas perceptible vallado, interrumpido de cuando en cuando por piedras clavadas mayores que las otras, aunque pequeñas, pues apenas miden más de un decímetro de altura. Este sencillísimo monumento, este monte sagrado, si podemos llamarle así, cubierto por tan misteriosos círculos, que todavía logran llamar la atención del indiferente campesino, pertenece por su extrema simplicidad a una época remota, como se puede sospechar por la magnífica mámoa que allí se encuentra... fuera de la suposición, por otra parte gratuita, de que aquéllos fuesen re-

cintos sagrados, dentro de los cuales tuviesen lugar los misterios del druidismo, nada hallamos probable. El nombre del monte, cuya radical *Cor* significa en céltico villa...»

A pesar de haber llegado en nuestras excursiones a Eirón (Mazaricos) y Negreira, nunca nos acercamos al Corzán. Sin embargo, creemos poder interpretar que las palabras de Murguía se refieren a un típico castro céltico con casas circulares en su «croa», que nada tienen de sagrados recintos druídicos, muy dentro de la arqueología romántica décimonona, pero fuera de la realidad. Es incomprensible que Murguía, citando en la pág. 580 «círculos marcados por pequeñas piedras... y que podían muy bien señalar el recinto de antiguas habitaciones humanas» situadas «en una gran colina sobre el Sarela (denominada allí río de S. Lorenzo)», no haya relacionado los círculos del Corzán con estas habitaciones circulares.

La relativa importancia de este poblado resalta de la resonancia que tiene en sus contornos, de sus numerosas leyendas, de las noticias de hallazgos en su «croa» (según noticias de una campesina: «tellóns, argola de bronce, xarrón, ánfora, construcciones», etc.).

Comprobada la existencia de un importante castro en el Corzán, sólo nos faltaba confirmar su relación con la *Guruptiana* de Ptol., desde los puntos de vista geográfico, paleográfico y filológico.

Geográficamente, la situación de Guruptiana en Ptolomeo coincide bien con el monte Corzán, aplicándole la corrección 4.ª, que probablemente le conviene por su proximidad a la mansión *Glandomirum* (Ptol. y Rav.) y a *Iria Flavia* que (con toda seguridad esta última) también necesitan dicha corrección. Unicamente hay que notar que la corrección de *Guruptiana* tiene sentido WNW. en vez de NW.

Paleográficamente, tuvimos la satisfacción de comprobar que es posible la deturpación Γουρουπτίανα > Τουρουπτίανα, que a juzgar por la falta de variantes con Γ- debió de afectar ya a la fuente que utilizó Ptol. Lógicamente empezamos por inferir la facilidad de esta deturpación, dada la semejanza de la Γ y T mayúsculas, pero no nos quedó duda cuando

observamos que incluso la τ minúscula puede sustituir a la γ minúscula, porque en los códices medievales ésta tiene una forma muy semejante a la Γ mayúscula y por tanto a la τ; cf. Λοῦκος Αὐτόπτου y Λ. Αὐτοπίου (var. de Λ. Αὐγούστου, Lugo, Ptol. II 6, 23); Βελτική y Βελγική, también en Ptolomeo.

Filológicamente, para el paso de *Guruptiana* a Corzán sólo hay la dificultad de que la *G-* debiera conservarse sin ensordecerse. Pero creemos explicable este ensordecimiento por asimilación a *corzo*, animal que aún en la Edad Moderna debió de cazarse por aquellos montes, o bien porque la inicial ya primitivamente era *K-*, a veces pronunciada con cierto matiz fricativo o sonoro, que confundió al primero que escribió el topónimo con *G-*.

Aplicando diversas correcciones y partiendo de la errónea *Turuptiana*, habíamos pensado, en un principio, en Tronceda (Arzúa), Turces (Touro) y forjado un antropónimo céltico, germánico o véneto Trup ti-ianu- del cual derivaría el topónimo *(villa) Turuptiana*, como *villa Campaniana* (Campanhã) del «pressor» Campanius, formación que tiene su origen ya a finales de la República romana; pero, creemos, pervive en Galicia hasta la alta Edad Media (Piel 147).

Cornide (Mapa Corogr.), basándose en una ligera semejanza fonética, y no considerando la localización de Ptol., sitúa este punto en S. Jorge de Terrachá (Antas de Ulla, Chantada), que procede de **Terraplana*. Pero menos explicables son las localizaciones propuestas por Müller y Holder (V. supra).

Ptol. II 6, 22.

Glandomirum. 7° 44° 30′ (*Oppidum* lucense interior; los ms., incluso Ur, presentan 43° 30′ de latitud, que daría un lugar por debajo de los tíburos).

[3] Reyes? Vilariño? Baamonde? (Teo).

Aplicándole la 4.ª corrección (que le corresponde por su proximidad a Iria, que indiscutiblemente la necesita) obtenemos un punto 3 km. al NE. de Ponte Vea, por Baamonde o Vilariño, en plena vía 20 del IA, lo cual confirma decisiva-

mente nuestra localización, puesto que Glandomirum es una mansión de dicha vía.

Con la 1.ª corrección costera se obtiene un punto 3 km. al SW. de A Estrada.

Sin corrección obtenemos Parada, 13 km. al SW. de Lalín. Γλανδόμιρον corresponde al *Grandimiro* de la vía 20 del IA, 424 y al *Glandimarium* del Rav. IV 43, que Cornide *(Mapa Corogr.)* sitúa en «el lugarcito de Cantomir, en la parroquia de Taragoña, en la ría de Rianjo», fundándose, como siempre, en la falsa semejanza de los nombres. Cantomir es nombre germánico que procede de **ganþs* (de significación desconocida) + *ŏ* (vocal de unión) + **mêreis* (famoso) (Sachs 56 y 110).

La mansión al N. de *Grandimiro* es *Trigundo* (var. *Trigondo* y *Atricondo* en ed. Cuntz), que Cornide *(Mapa Corográfico)* sitúa en Busto, Enfesta, donde se conserva la tradición y, según nuestras noticias, algún resto del antiguo puente de Nogalláns. López Ferreiro (HIS. I 275), después de un extraño trazado zigzagueante y un tanto fantástico que se aparta de todos los comentaristas, sitúa *Trigundo* en Linar-Trigonde, Restande, Trazo, muy digno de tenerse en cuenta si lo hubiéramos encontrado en el Madoz, en el Nomenclátor de la Direc. Gral. de Estadís. 1940 ó en la hoja de Santa Comba del mapa en escala 1 : 50.000 del Instituto Geográf. y Catastral; sin embargo, 1 km. al SW. de Restande existe el lugar de Brea (= castell. «vereda» < *vīrētum*, «verde, con hierba» REW. 9360 *a*; según Beist, Zs 41, 690, de *veredus* «caballo de posta») y en Londoño, 13 km. al N. de la parroquia de Restande, en dirección a Betanzos, existen los lugares de Brea y Porto Brea, que, por lo menos, marcan la dirección de un camino antiguo.

Noticias muy recientes de una anciana nacida en Restande nos confirman que Liñar Trigunde es el nombre de un terreno situado unos metros al W. de la iglesia parroquial de Restande, en el cual se va a establecer el nuevo cementerio. La objeción a nuestra localización de Trigundo en Marzoa, que indudablemente constituye este nombre, se puede reba-

tir considerando que Trigunde, por su *-e*, mejor que como procedente del nombre de la mansión, es explicable por un genitivo de un «nomen possessoris» germánico.

No hemos encontrado en Sachs—obra altamente científica y bien expuesta, pero bastante incompleta—ni en documentos el antropónimo **Trigundus*; sin embargo, existen las tres posibilidades siguientes de que Trigunde sea un nombre de posesor germánico, y, por tanto, no teniendo nada que ver con el *Trigundo* o *Atricondo* del IA:

1.ª En el OM 1911, 132 constan los nombres personales y patronímicos: 906 *Tractemiri*, 1038 *Tractemiriz*, 1014 *Tractesindiz* y—lo que más nos interesa—(en pág. 234) 965 *Treitegundia* (nombre de mujer?) cuyo masculino sería **Treitegundius*, de genitivo **Treitegundi* > **Treitgunde* **Treigunde* > Trigunde (monoptongación del diptongo protónico).

2.ª En J. M. Piel (*Os nomes germânicos na toponimia portuguesa*, Bol. de Filología, VII 4, Lisboa 1944, 368) hemos encontrado *Traguntia* (Pozos de Hinojosa, Salamanca), *Trandes* (Guimarães, B) < **Tradi-nand-ici?* (*-nanps*, audaz), topónimos que, según el autor, provienen de un elemento Trad- que aparece en OM *Trado* 994 y *Trad-ilo*, fem. 982 (?). En consecuencia juzgamos que nuestro Trigunde también puede venir de un **Tradi-gund-i* (*-gunps*, lucha; elemento final muy frecuente en antropónimos y topónimos germánicos). Piel relaciona Trad- con Drato, Dratolf citados por Förstemann 1451, formas que este autor aproxima al antiguo alto alemán Drâti, veloz.

3.ª En Sachs 95 tenemos los elementos *triggws* (treu, fiel) y *riggwa* (unión, alianza), que da tregua en castellano; ambos pueden dar origen a los topónimos Treilán (Lugo[3]) y Treimonte (Lugo). También de uno de estos dos elementos puede proceder nuestro Trigunde, a través de un **Trig-gund-i*.

Descartado con bastante probabilidad el Trigunde de Restande—enojosa coincidencia que hubo que salvar como peligroso escollo—creemos probable que el *Trigundo* del IA corresponda o está situado muy próximo a *Medioga* del Rav.

(que Holder s. v., muy equivocadamente y por simple parecido fonético asimila al Μεδιολον de Ptol. II 6, 57 en la Celtiberia) enumerada entre *Glandimarium* y *Bricantia*. De *Medioga*, con simple introducción de una *r*, que pudo perderse en los mss., deducimos, científicamente y sin esfuerzo alguno, Marzoa, Orcoso; esta aldea ya suena Marcola (por Marçola) en 830 (HIS, I). Con posterioridad a esta fijación hemos tenido la satisfacción de comprobar un idéntico fenómeno paleográfico al observar que *Mercienses* (CD = Merced?, Postmarcos, Puebla del Caramiñal), del parroquial suevo del siglo VI, tiene sus variantes *Medienses* E, *Mediense* A (P. David, *Etudes* 42). No creemos que este topónimo tenga que ver con el apelativo morzoga (Parrochas, Villalba, Lugo), marzola (Barcia, Ribeira de Piquín) y murizola (Rubiá, Orense) con significación de molleja, difícilmente transferible a un topónimo. Los recoge Otero 186, quien los deriva erróneamente, creemos, del vasco morcoa, tripa hinchada.

Desde Marzoa, contando hacia el S. las 22 millas (35,2 kilómetros) que separan *Trigundo* de *Grandimiro*—y descontados 3 km. en atención a las curvas—obtenemos un punto cerca de Trobe (2 km. al E. de Vilariño), sobre el Ulla, por la divisoria de los ayuntamientos de Teo y Vedra, por los cuales creemos se debe colocar *Glandomirum*.

La medida desde Trobe (Vedra) de los 180 estadios (33 kilómetros) que separan *Grandimiro* de *Ad Duos Pontes* (Pontevedra según Cornide, Saavedra 93, Fernández Villaamil [Mus. Pontev. 1944] y otros), deduciendo 3 km. a causa de las curvas, nos da la parroquia de Berducido 5 km. al NE. de Pontevedra, lo cual tiende a comprobar la reducción de ambas mansiones.

Robustece nuestra localización de *Glandomirum* el que los 35° = 17 km. que según Ptol. separan *Iria* de *Glandomirum*, nos dan la parroquia de S. Mamed de Ribadulla, Vedra. También coinciden exactamente la distancia de 19 km. entre Trobe y Caldas de Reyes, con la que, según los datos ptolemaicos obtenemos para la de entre *Glandomirum* y *Aquae Calidae Cilinorum*, sin ninguna corrección para ambos puntos.

Según datos obtenidos por nosotros de D. V. Loureda en A Ponte das Cascas, Betanzos, y otros suministrados por don J. Brión, párroco de Moar, Frades—referentes a un antiguo camino, por el que, según el primero, «iban los antiguos carreteros a Pontevedra», y según el señor Corral, de Cornes (Moar, Frades) de ochenta y tres años «por ise camiño real viñan a Barbeiros os carreteiros das Mariñas (Betanzos) a buscal a casca de curtir peles», por los ayuntamientos de Cesuras, Mesía y Frades—creemos que la vía 20 del IA. se dirigía desde Brabío *(Fravium Brigantium)* a Marzoa *(Medioga, Atricondo)* por los siguientes sitios: en el ayunt. de Betanzos por A Ponte das Cascas y Castro de Xan Rozo; en el de Oza de los Ríos por Costa Longa (Cuiña), Castro de Callobre, capilla de Santa Rosa, Cines y A Serra; en el de Cesuras aproximadamente por Cutián y Paderne, Cruceiros Bonitos (Abegondo?) y Loureda; en la parroquia de Bisantoña (1 km. al W. de la cual existe el lugar de Calzada) por Pousadoiro (derivado de Pausata = Posada), Ordoño, Pedrido y Cobelo; en Olas por Ponte Lueiroa y Lugar das Calles (< *callis?* = sendero, cañada); en Vilamayor por Montes de Vilamayor, San Lourenzo, Rego da Pedreira, Campo, Castro, Casanova, Carballo y Porpalla; en Abellán por Ponte dos Carros; en Barbeiros por Peñasco, Mandayos, Vieites, Cruxo, Loureiro, Uzal, Meixonfrío (< *mansione frigido?)* y Fonte do Viño; en Pereira y en dirección a Marzoa por Cruz de Folgoso (donde atraviesa la actual carretera Ordenes-Pontecarreira); en Marzoa por Recouso (1 km. al W. de aquí entre Pereira y Beán existe un pequeño puente posiblemente romano, y 1 kilómetro al NW. de Pereira está el lugar de Rúa [< *ruga* = arruga]) y Marzoa. Los datos que respecto a este camino disponemos parecen continuarlo hacia el SW., hacia Oroso y Santiago—derivación acaso medieval—en Beán por Nouche (< *Nausti)* y Areosa de Nouche; en Vilarromarís por Castro Valverde; en Santo Tomé (filial de Gándara) por Vilaverde; en Gándara por Falmega, Piñeiro y Gándara, donde atravesaba el Tambre por Ponte Carolle.

A partir de A Serra (Cines) también es posible la siguiente

dirección, que se desvía, al principio, más al SW. que la anterior, remontando la orilla izquierda del alto Mero (la inferimos principalmente de la toponimia): en el ayunt. de Abegondo, por Presedo (< *Praesidium?*, romano), Pousada, Viones, Travesa (Vizoño); en el ayunt. de Mesía por Hospital; en el de Ordenes por Carreira y Mámoas (túmulos que con frecuencia flanquean vías romanas; Ardemil), Rúa, Ponte (Buscás), Costa, Calle [Poulo; con «restos de una vía (¿romana?) que se conoce por el Camino Francés o de los Pelengrinos, pues por ellos pasaban los grandes contingentes de romeros (peregrinos) que iban a Compostela»; GG, Cor II 617; acaso es la *stratam de Beian* (Beán, Ordenes) de la donación de Alfonso VII a la catedral de Santiago en 1124, GG II 606]; respecto al nombre de *camino francés* hay que tener en cuenta que también se llama así al empedrado—probablemente de origen medieval—que se conserva por Gafoy, Frades, y que unía Santiago con el monasterio de Sobrado; GG, II 640, Mendo (Pereira, con un pequeño y viejo puente de un arco, que, por las referencias, pudiera ser romano) y Carrás (<Carrales; Montaos), Rúa (Deixebre), luego atrevesaba el Tambre por Ponte Sigüeiro (que ya figura en dicha donación) o, mejor, por Ponte Carolle, confluyendo aquí con la otra dirección que proponemos.

Creemos probable que la vía 20 del IA., siempre en dirección SSW., debía de atravesar el Tambre por Ponte Carolle, y la vía 19 (entre *Iria* y *Lucus Aug.)* por Labacolla (Sabugueira, 9 km. al ENE. de Santiago, donde hemos encontrado tégulas romanas y escoria de fundición de hierro); luego pasaría por la parroquia de Vigo y montes de Lamas y Gastrar, donde según Barros Sivelo, AG. 164, se conservan restos de calzada; luego por el N. del Pico Sagro (el *sacer mons* de Justino 44, 3?), cuyo paso recordaría la *strata* nombrada tres veces en la donación en 914 de Sisnando I al monasterio de S. Sebastián de Pico Sagro (Yepes IV ap. XIII; Carré, GG. Cor. II 1054), A Gándara—lugar dividido entre las parroquias de San Félix de Sales (con pequeño puente romano? y miliario de Germánico del 40 p. C.; HIS. I 261) y Sergude—en cuyo des-

poblado de Aixón (Sergude) hemos visto restos constructivos romanos, y en el cual López Ferreiro (HIS. I 239; cf. Blázquez, *Cuatro téseras militares* BRAH 77, 99 y GG. Cor. II 1083) sitúa, creemos que equivocadamente, la mansión de la vía 19, que ya la hemos cruzado más al N., *Asseconia* o *Ascionia (Assegonion* Rav. IV 45), que nosotros, por razones arqueológicas, itinerarias y filológicas (-onia > onlla, por dialectalismo comprobado en *Letaonio* > Ledonllo, Culleredo, Coruña y en el río Anllóns [Allones, Bergantiños] < **Aniones?)*, colocamos en A Sionlla, Sabugueira; para la sonorización y caída de la *c* intervocálica cf. islas *Siccae* > Sías > Síes, y actualmente, castellanizado, Cíes (Pli. IV 112); sin embargo, creemos no descartable el que realmente existieran próximas *Asseconia* (que daría A Sionlla) y *Assegonion* (que daría Aixón), cf. Brigantia (La Coruña) y *Fravium Brigantium* o *Brigantium* (Bravío?, junto a Betanzos).

Respecto al Pico Sagro, dice Pli. XXXVII 24 al hablar de las piedras preciosas y su procedencia: «Cornelius Bocchus [auctor est] et in Lusitania [crystallum nasci] perquam mirandi ponderis in Ammaeensibus iugis, depressis ad libramentum aquae puteis». Creemos que probablemente estos *iuga Ammaeensia*, de donde, por medio de profundos pozos, se extraen masas de cristal de roca de peso extraordinario, corresponden al dique geológico cuarzoso cuya altura principal es el Pico Sagro. En efecto, en la cumbre de este pico aún existe un pozo de unos 10 m. de tramo casi horizontal y más de 20 vertical; descolgándonos por una cuerda el año 1946, hemos comprobado que el pozo estaba abierto en la superficie de contacto del cuarzo con el gneis, y del fondo extrajimos lápices de cristal de roca extrañamente alterados en su superficie blanquecina. Seis km. al E., en S. Xan da Coba hubo un pozo semejante, hoy tapado por las obras del F. C. Santiago-Orense. Ambos pozos tienen abundantes leyendas (GG. Cor. II 1057 y 1079). Hoy pervive el topónimo en A Mahía, comarca que comprende los feracísimos valles del Sar y Sarela, y al oriente de la cual se halla Santiago; actualmente el Pico Sagro se encuentra en la inmediata comarca de A Ulla. Sin em-

bargo, contra todo lo dicho, Hübner (RE, s. v. *Ammaea)* sitúa los *Ammaeensia iuga* en Lusitania, relacionándolos con la *Ammaia* de Ptol. II 5, 6, ciudad entre el *Anas* y el *Tagus;* pero es más probable nuestra suposición dada la coincidencia de los pozos cristalíferos y el que *Gallaecia* en algunas fuentes primitivas formaba la parte N. de Lusitania. Plinio toma la noticia de Cornelius Bocchus, que según dos lápidas honoríficas de Alcacer do Sal y una de Troia (Setúbal) fué un alto personaje del convento Escalabitano; Leite de Vasconcellos, que las estudia (AP 1895, 69), sitúa los montes Ammaeenses en Portalegre.

Luego debió de pasar la vía por Illobre, Baamonde y Vilariño (por donde estaría la mansión *Glandomirum)*, y atravesar el Ulla por Ponte Vea. Desde este puente y bordeando el Ulla por el N. debió de existir un corto ramal de 9 ó 10 km. para enlazar con la vía 19 en *Iria*, a juzgar por el miliario de Carcacía (cf. HIS. I 263).

Desde Ponte Vea la vía debió de continuar hacia Cuntis por la cuenca del arroyo que confluye en la orilla izquierda del Ulla, al E. de Ponte Vea; así lo abona la dirección, la facilidad del trazado y los topónimos Couso (< *cursus* REW. 2417, donde ya se nota la extrañeza del diptongo), Castro, Pousada (< *pausata*, donde también pudiera situarse *Grandimiro)*, Estrada (S. Bartolomé, S. Julián de Vea; cerca están Pouso y Costenla), Portela (divisoria de aguas entre el Ulla y el Umia), Anllada (< *Angulata*, confluencia de caminos, lo cual coincide con la realidad, pues el camino N.-S., que suponemos sea la vía romana, aquí se encuentra con otro que procede del NE. y pasa por Casa da Cruz [Arcos, Cuntis] y Loureiro de Arriba [Portela, Cuntis]); esta Anllada se encuentra en la orilla derecha del río Gallo; en la izquierda y a 2 km. al S. existe otra Anllada, desde donde la vía bajaba por la orilla izquierda u oriental del río por Furco (< *furcu?* = sendero; parroquia de Arces) y Porto de Gómez a Cuntis, que tiene aguas termales, restos de calzada y lápidas romanas (GG. Pontev. 56; C. García Romero: Memorias romanas de Cuntis, BAG 1916, 273 y 1917, 289). García Romero

289 añade que el puente actual de Cuntis sustituyó en 1905 a otro, con seguridad romano porque de él se extrajeron los típicos ladrillos. En la pág. 291 afirma que en 1915 le pareció haber visto trozos de antigua vía en la dirección que le fijamos entre Cuntis y Ponte Vea.

Con este trazado, a reserva de una investigación *in situ*, creemos haber resuelto la tan debatida cuestión del IA en las inmediaciones de Santiago, distinguiendo dos vías (19 y 20) donde los demás autores no situaban más que una (19) y ramales secundarios, porque la 20, según ellos, pasaba al W. de la 19. López Ferreiro, HIS. I 261, es el exponente más claro de esta confusión.

Cortés y López (I 219) sitúa *Glandomirum* en «Cantomir, cerca de Rianzo» (por Rianxo), tomándolo de Cornide—que lo coloca «en el lugarcito de Cantomir, en la parroquia de Tarragoña (por Taragoña), en la Ría de Rianjo»—y de una interpretación errónea del IA—. Esta localización es aprobada por Müller. Saavedra 94 lo sitúa en Dimo (3 kilómetros al E. de Catoira) «cuyo nombre parece corresponder al antiguo», manifiesto error. El prudente Hübner no se decide por ninguna de las dos localizaciones, y añade: «Die Lage ist noch nicht ermittelt».

Ptol. II 6, 23.

Capororum. Iria Flavia. 6° 25′ 44° 30′.

[4] Iria, parroquia 700 m. al N. de Padrón.

Este punto y el de *Aquae Calidae* (Caldas de Reyes) son los que con mayor seguridad necesitan nuestra 4.ª corrección, y sirven de fundamento a la de los otros cinco. La corrección de *Iria* consiste en 19 km. al NW., la de *Aquae Calidae*, en 18.

Respecto a la extensión de la tribu de los cáporos, por la situación de Noya—que según Ptol. II 6, 21 es el *oppidum* más meridional de los ártabros, que habitan los alrededores del prom. *Nerium*, y que Pli. IV 111 coloca en los cáporos, y al N. de los prestamarcos del Barbanza—y teniendo en cuenta que Ptol. incluye *Iria* y *Lucus* entre los cáporos,

podemos suponer que éstos ocupaban el valle del Ulla y acaso el del Tambre, desde Noya (haciendo caso a Plinio) o desde Iria (considerando los datos ptolemaicos) hasta Lugo, siguiendo la vía 19 que flanquea el Ulla por su margen derecha.

El que la iglesia de *Pestomarcos* D (variante despreciada, sin razón, por P. David 42 ante *Pestemarcos* BC) en la alta Edad Media *Pistomarcos* (p. ej. testam. de Odoario Alfónsez 1131, BAG, Col. doc. I 336), hoy Postmarcos a 17 km. al sur de Noya pertenezca a la sede Iriense, en el parroquial suevo sin interpolar, favorece la adscripción pliniana de Noya a los cáporos.

En cuanto al nombre de la tribu, en un principio hemos dudado entre el Καπορῶν de Ptol., el *Capori* del cod. He (apoyado por la variante *Caepori* B) de Pli. IV 111 y el topónimo Cáparos (Rus, Carballo) por una parte (acaso haya que considerar también Cabrois [< *Caporones?; Paleo, Carral] y Cabruy [Mesía]), y la lección *Copori* de la mayoría de los ms. de Plinio, que Mayhoff cree verdadera y el *Coporos* interpolado en tiempos de Gelmírez en el parroquial suevo (P. David 42 y 49) por otra. También apoyan la lección *Copori* los antropónimos «*Coporino y variantes*: Los hay en Astorga y Lamego, pudiendo tratarse de un nombre común a lusitanos y astures» (F. L. Cuevillas: *Sobre el onomástico personal pre-romano de galecos y astures*, BMAP Orense 1946, 30). Hoy, confesando que aun no vemos el problema muy claro, nos inclinamos a *Capŏri*, cuya *ŏ* postónica no es extraño se haya asimilado a la *a* tónica en el topónimo de Carballo, cuya situación actual puede deberse a un ligero desplazamiento —caso no raro en Galicia—hacia el N., de un grupo de los Cáporos. Téngase en cuenta que el sufijo *-os* es propio de gentilicio tribal: Labacengos, Bergantiños, Céltigos, Cabarcos, Sarreaus, etc. También Müller dice: «De vera nominis forma non constat».

Sobre la localización de *Iria*, naturalmente, todos los autores están conformes.

Ptol. II 6, 26.

Baedyum. Flavia Lambris. 7° 20′ 44° 45′.

[3] Lambre, Ambroa, 5 km. al NNW. de Irixoa (Betanzos).

La longitud dada por Ptol. es virtualmente exacta, pues sólo dista 2 km. al W. de Lambre, pero la latitud es 40 kilómetros meridional.

Llevados por la correspondencia intuitivamente axiomática entre Φλαουία Λαμβρίς y algún castro que debió de existir a orillas del Lambre, hemos tratado de aproximar dichos lugares del modo más científico. Creemos que éste consiste en aplicar al topónimo ptolemaico la correcc. 3.ª—dada su presunta proximidad a *Brigantium* y a la costa N. de Galicia—y luego ampliar la latitud del punto obtenido (1 km. al E. de Arzúa) trasladándolo al lado opuesto al eje *Fravium Brigantium-Caronium*, rectificados ambos con la 3.ª y 2.ª corrección respectivamente. Con esta corrección secundaria —que fundamentamos en la falta de orientación segura (Berthelot 131)—y conservando las distancias respectivas a los puntos ptolemaicos más cercanos, conseguimos colocar *Flavia Lambris* precisamente en la aldea de Lambre 9 kilómetros al ENE. de Betanzos y a orillas del río Lambre, del cual recibe el nombre.

Pudo suceder que Ptol. recibiera los datos de *Flavia Lambris* tomados sobre la mansión *Brigantium* y él los colocara refiriéndolos a la siguiente mansión *Caranico*. En efecto, si se toma la distancia y dirección de *Flavia Lambris* a *Caronium*, ambos rectificados con la 2.ª corr., y las transportamos a *Fravium Brigantium*, se observará que *Flavia Lambris* coincide exactamente con Lambre.

Si los 20 km. que separan *Flavia Lambris* de *Fravium Brigantium* son contados a partir de Brabío en dirección al Lambre, obtenemos el nacimiento de este río en Santa Juliana de Monfero.

El topónimo Lambre, en toda Galicia solamente se repite en la desembocadura del río, en Viñas, Paderne, caso frecuente en los ríos gallegos (Monteagudo: *Mela* III 13... Eme-

RITA XV 1947, 76), y Ambroa sólo en Andayo, Tordoya. La terminación se repite además en Galicia en Cambre (< *Calambris)*, Enxembre, Hombre, Pambre, Quembre y Tambre, y está, al menos aparentemente, relacionada con los célebres y misteriosos topónimos en *-obre, ebre*, etc., sobre los cuales tanto se viene escribiendo (Menéndez Pidal, *Los topónimos en -obre*, CEG. II 5, 1946; Piel 148).

En *-obre* vemos nosotros la posible confluencia (además de con el conocido cél. *-briga* «altura, fortaleza», que nos parece interviene, p. ej., en **Um(e)-briga* [fortaleza del río Ume, hoy Eume, Pontedeume] > Hombre [4 km. al E. de Pontedeume], **Landro-briga* [fortaleza del río Landro] > **Landrobre* > Landrove, Vivero; con evolución dialectal *-bria* > *-bre)* de dos sufijos: uno céltico *-brŏg-* (territorio, país; confróntese Holder s. v.), otro germánico *-fripa* (= *Fripa*, nombre afectivo de *Fripus*, paz; M. Schönfeld: *Worterbuch der altgermanischen Personen- u. Völkernamen*, Heidelberg 1911, 93); cf. *Briccio-frida* (mujer CIL XII 2652) < *briccio* (céltico)-*frida* (Schönfeld 53), *Cenabrida* (comprador en 860 de una heredad en el río Mandeo), *Ansobrida* (testigo de dicha venta; cf. topónimo Anzobre, Arteixo, que Menéndez Pidal CEG. 5, 3 y Piel 171 derivan del etrusco-latino Antius), *Mectubrida* (testigo en 905 de otra venta cercana a la anterior; ambas del tumbo de Sobrado I, fol. 31 y 28; E. Sáez, *Documentos gallegos inéditos del período asturiano*, AHDE 1947, 23, 24 y 32 de la separata) *Sonie-frada* (seguramente por *Sonie-freda* o *-frida*, confirmante en 868 de la venta de una viña en Turieno, Potes, Santander; E. Sáez, *Nuevos docum. inéd. reino Asturias* Rev. Port. Hist. 1945, 167).

Pero creemos que Lambre es un adjetivo sustantivado, que puede proceder del prerromano **lámara*, «cantos rodados, guijarros», de donde Lavedan *lámbros*, «montones de escombros; rocas que se disgregan?» (J. Hubschmid 137); con correspondencias en los dialectos alpinos, p. ej., tirolés *lammer*, «cantera, rocalla, cantos rodados» y griego meridional λάμαρ, λάμαρα. Sin embargo, también pudiera proceder de **lama*, que probablemente pertenece al sustrato preindoeu-

iopeo, puesto que se conserva en gallego con el mismo sentido de «barro» que el georgiano *lami* (Meckelein). Esta significación pudo en letón evolucionar semánticamente en *lama* «parte baja de un campo (ordinariamente barrosa en países húmedos), inclinación, hoyo».

Respecto al sufijo *-aro-* también son dispares las opiniones. Los investigadores franceses lo consideran prerromano y le adjudican (como a *-ono-*) el significado de «agua» (cf. *Tamaris, Isara*, lyd. Σέναρος, etc.) porque es muy frecuente en los ríos. Hubschmid 146 y 147, después de excluir el parentesco con el irlandés medio *ar* «labradío» (relacionado con el francés antiguo *savart* «campo roturado»), se inclina a considerarlo preindoeuropeo (basándose en el sardo tséppara «llanura pedregosa») y de significación colectiva. Para él este sufijo se repite en *sénara* (> senra) «campo inculto > c. roturado > c. cultivado»; *gándara* «terreno diluvial formado por arcilla, guijarros y cantos» (cf. *ganda* «canto rodado» en Alpes italianos y germanos; *xógara* «guijarro o canto rodado pequeño» en W. de Asturias (cf. gallego *xoga* «china de río para jugar»; *támaro* «montón grande de tierra corrida a consecuencia de las lluvias», en Sadrarín (Lugo), *támara* «cembo, cada uno de los caballones que hay a los bordes de un arroyo, canal o acequia, así como de los senderos y caminos; *cómaro* «faja inculta, en general en talud, que rodea los labradíos»; *láparo* «conejo joven»; *cáparo* «jabalí joven»; *cáscara, gájaras*, etcétera; y en los topónimos *Bracara*, Láncara, etc. de raíz posiblemente céltica.

En resumen, *Lambris* procedería de **Lamaris* con significación de: 1) (río) «abundante en cantos rodados», 2) «río fangoso o pedregoso» (tomando *-ara-* como «corriente de agua, río»), o más probablemente 3) (río) «abundante en fango» (de *lam-*, «fango» y *-ar-is* «abundante en»); la desinencia *-a* primitiva está conservada en Ταμάρα (Ptol. II 6, 2), río Tambre.

Creemos que a pesar del parecido entre Lambre y Ambroa no están filológicamente relacionados. La *L-* del Lambronne, hoy Lambrole, subafluente del Garona, en el Aude, territorio ibero-ligur, se debe al artículo, según Menéndez Pi-

dal. Este autor *(Sobre el substrato mediterráneo occidental,* Ampurias II 1941, 9) revalorizando la teoría ligurista de d'Arbois, a costa de la ilirista de Pokorny, estudia los topónimos: Ambruno, Lombardía, Ambruna, Piamonte; Ambrón, Toscana; Lambronne, citado; Ambronai, Ain; río L'Ambron, Haute Loire; Ambrona, Soria; Hambrón, Salamanca y nuestro Ambroa, que aparece escrito *Santo Thirso de Ambrona* en 747? en el testamento tan discutido de Odoario, obispo de Lugo en el s. VIII (ES. XL 360). Menéndez Pidal deriva los topónimos del gentilicio *Ambroni*, galos para los romanos, germanos para los modernos (Zeus los sitúa en el río *Ambar*, hoy Emmer, al SW. de Hannóver) y para él, «nombre antiguo y familiar relegado a segundo término por la denominación literaria de *ligures*».

En cuanto al origen de estos topónimos en la región septentrional de España, Menéndez Pidal los supone «últimos restos del substrato ligur», y añade: «No es creíble que los toponímicos citados aludan a la rama especial de los ambrones, cuyo recuerdo vive también en el nombre de la isla Amrum (en el mar del Norte, al S. de Dinamarca), los cuales, u otros afines, asociados a los cimbrios y teutones fueron aniquilados por Mario en Aix el año 102 a. de C.» Sin embargo, nosotros creemos en la posibilidad que tiende a descartar el sabio maestro, puesto que con los ambrones pudo ocurrir lo que posteriormente con los francos, los cuales, antes de la época visigótica, dan nombre a una de las iglesias de *Egitania* (Idaña) en el parroquial suevo de c. 570. P. David *(Etudes* 43) explica esta aparente anticipación como procedente del asentamiento pacífico de gentes pertenecientes a las sangrientas invasiones francas que asolaron Hispania en 253 y 258, en tiempos de Galieno, hasta que Claudio, por ello llamado el Gótico, logró restablecer el orden en 269.

Sin embargo, frente a P. David nosotros creemos más probable que los suevos en su peregrinación (mejor que invasión) hacia Galicia arrastraron algunas gentes que habitaban cerca de ellos o que encontraban en su marcha, y los francos pudieron ser algunas de estas gentes. Que nuestra suposición es

muy probable lo muestra el que la variante del cod. C (Liber Fidei n.° 551) *Loncoparre* (iglesia de la sede Tudense; Lougarés?, Sendelle, Creciente; también hay Longares en Mondoñedo)—que P. David 43 desprecia, creemos que sin razón, ante el *Lucoparre* del texto de Risco ES. XL, 341—debe interpretarse como el único resto conocido de los longobardos que debieron de acompañar a los suevos en su expedición a *Gallaecia*. Abona la hipótesis el que Estrabón afirme que al E. del Elba vivían parte de los suevos, vecinos de los hermunduros y longobardos (399: μέγιστον μὲν οὖν τὸ τῶν Σοήβων ἔθνος... μέρος δὲ τι αὐτῶν καὶ πέραν τοῦ Ἄλβιος νέμεται, καθάπερ Ἑρμόνδοροι καὶ Λαγκόβαρδοι).

Por tanto los ambrones de los topónimos del N. de España pueden ser: bien los restos de los ligures precélticos, como quiere Menéndez Pidal, bien restos de los que acompañaban a Cimbros y teutones el 102 a. de C., de la misma forma que los francos y longobardos de los topónimos gallegos son los que probablemente acompañaban a los suevos, según nuestra teoría; pero creemos también posible que los ambrones hayan sido una de tantas tribus arrastradas—en este caso probablemente desde el Rin—por esta emigración sueva del 406.

Con los bedios acaso esté relacionado el *vico Baedoro gentis Pinton(um)* de la lápida de Condeixa a Velha (CIL. II 365).

Por falta de datos desconocemos la derivación moderna del gentilicio bedios. Fonéticamente pudiera estar relacionado con el nombre del arciprestazgo de Bezoucos, a través de un **Bedioncos* (*Besancos* aparece en la interpolación del siglo XII al parroquial suevo, P. David 42) con el sufijo *-ncos*. Este sufijo—de procedencia ligur según Aebischer (Sachs 70), abundante en Coruña y escaso en las tres restantes provincias—es propio de tribus y posteriormente de arciprestazgos. A esta relación se opone el que el arciprestazgo de Bezoucos abarca la península de Ares y Mugardos, y, por otra parte, el curso superior del Lambre pertenece al de Pruzos (< *Prutios*).

ABREVIATURAS BIBLIOGRAFICAS

AG.: *Antigüedades de Galicia*, por Barros Sivelo, 1875.

AP.: *O Archeólogo Portugués*, Lisboa.

Berthelot, A.: *L'Asie ancienne centrale et sudorientale d'après Ptolemée*, París, 1930.

Cornide Saavedra, J.: *Mapa corográfico de la antigua Galicia.* Arreglado a las descripciones de los geógrafos griegos y romanos. Con lista de la correspondencia de los nombres antiguos a los modernos, 1790.

Cortés y López, M.: *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, Madrid, 1835.

David, P.: *Études historiques sur la Galice et le Portugal du VIe au XIIe siècle.* Lisboa, 1947.

Div. trib.: *Divisiones tribales y administrativas del Solar del reino de Asturias en la época romana*, BRAH 1929, 315.

ES.: *España Sagrada*, por E. Flórez. Madrid, t. XV, 1759.

Fischer, J.: *Claudii Ptolemaei Geographiae Codex Urbinas Graecus 82*, en 4 t. Leipzig, 1932.

García Franco, S.: *Historia del arte y ciencia de navegar.* Instituto Histórico de la Marina. Madrid, 1947.

GG.: *Geografía del Reino de Galicia*, Coruña (2 t.), por E. Carré Aldao, 1929?

Grenier, A.: *Manuel d'Archéologie gallo-romaine*, París 1934, II 2.

HIS.: *Historia de la santa A. M Iglesia de Santiago de Compostela.* Santiago, 1898, por A. López Ferreiro.

Hubschmid, J.: *Studien zur iberoromanischen Wortgeschichte und Orts namenkunde.* Boletim de Filologia, 2, 1951, 117.

IA.: *Itinerario de Antonino Caracalla*, ed. P. Wesseling, Amsterdam, 1735 y O. Cuntz, Leipzig, 1929.

Monteagudo, L.: *Galicia en Ptolomeo. La Costa*, CEG VII 1947, 609; *Mela III 13 y Ptol., Geog. II 6, 4* EMÉRITA 1947, 71; *Casiterides*, EMÉRITA 1950, 1.

Montenegro, A.: *Estudio sobre el vocalismo mediterráneo.* Ampurias, 1948, 171.

Müller, C.: *Claudii Ptolemaei Geographia.* Didot, París, 1883.

OM.: *Onomástico medioeval portugués*, por Cortesão, AP. 1911.

Otero, A.: *Hipótesis etimológicas referentes al gallego-portugués*, CEG 1949, 171.

Pericay: *Cuestiones lingüísticas sobre fuentes antiguas hispanas.* Σάμβροκα ποτ de Ptol. II 6, 19. Ampurias, IX-X, 1948, 122.

Piel, J. M.: *Nomes de «possessores» latino-cristiãos natoponimia asturo - galego - portuguesa.* Biblos XXIII I y II, Coimbra, 1947.

Plinio: *Naturalis Historia*, editor Mayhoff, Teubner, Leipzig, 1906.

Ptolomeo (V. Fischer y Müller).

CARTA DE CORVÑA ROMANA

SIGNOS CONVENCIONALES

CORRECCIONES

+ Lugar sin corrección ptolemaica
q " con 1ª corr. "
x " " 2ª " "
.+ " " 3ª semicorr. "
---> Dirección de la correc. primaria
---> " " " " secund.

PROBABILIDADES

|_ Lugar localizado con 2 probabil.
|-|- " " " 3 "
|-|- " " " seguridad

LIMITES

Convento jurídico
Tribu
Provincia moderna

VIAS ROMANAS

Segura
Probable
Secundaria
Puente romano

LUGARES MODERNOS

◎ Capit. prov. • Parroquia ▲ Aguas minerales
⊕ Part. judic. • Lugar * Monte
○ Ayuntam.

En capital romana, los topónimos ptolemaicos; entre paréntesis los que proceden de las fuentes indicadas por las siglas (Me = Mela; IA = Itinerario Antonino; PS = parroquial suevo, etc.).

0 5 10 20 30 40 50 km.
5 10 15 20 25 30 35 40 millas de 1600 m.

Luis Monteagudo
Madrid jun. 1949

Rav.: *Cosmographia anonymi Ravennatis*, ed. Placidus Porcheron, París, 1688 y S. Schetz, Leipzig, 1940.
RE.: *Real-Encyklopädie der classischen Altertumswissenschaft*, por Pauly-Wissowa. Los artículos referentes a la Península son de Hübner y Schulten.
Saavedra, E.: *Discurso de recepción en la Real Ac. Hist.* Madrid, 1862, referente a las vías romanas de España. Contestado por A. Fernández-Guerra.
Sachs, G.: *Die germanischen Ortsnamen in Spanien und Portugal.* Jena, 1932.
Schulten, A.: *Los cántabros y astures y su guerra con Roma.* Madrid, 1943.
Str.: *Geographica de Estrabón*, editor Meineke, Teubner. Leipzig, 1921.
Ur.: *Codex Urbinas Graecus 82* (V. Fischer).
Yepes: *Crónica general de la orden de San Benito.* Valladolid, 1621.

IMPORTANTE RECUPERACION EPIGRAFICA

El ilustre colaborador del Museo de Orense don Joaquín Lorenzo Fernández está de enhorabuena por el servicio prestado a la Epigrafía al recuperar una inscripción latina del año 510, perdida durante decenios y decenios. Publicó el letrero por vez primera don Juan Manuel Bedoya, en 1841, en un folleto rarísimo que ya no pudo encontrar el P. Fidel Fita en 1902. Lo editaron después, sin ver el original, el sabio Hübner (IHC 136 y *supp.* p 67) tomándolo, sin que podamos ahora saber cómo, del señor Bedoya; luego Fita (BRAH XLI 1902 p 498), Diehl (ILCV 2458) y Vives (ICERV 185). Ahora, con motivo del traslado de la iglesia parroquial de Baños de Bande, al remover las piedras apareció la de la inscripción, la cual fué reconocida e identificada por el señor Lorenzo, quien nos obsequia con la grata sorpresa del hallazgo acompañada no sólo de una versión personal del epígrafe, estudiado directamente, sino de unas reproducciones gráficas que dan valor objetivo excepcional y de primera mano a su trabajo publicado en «El Museo de Pontevedra» (entrega 21, páginas 27-32), bajo el título de *Una lápida de la época sueva en Baños de Bande.* La versión del señor Lorenzo viene a dar la razón a Diehl, aunque rectificando su transcripción en detalles que quedan aclarados y comprobados por el nuevo editor con la reproducción añadida al artículo.

La reaparición de este epígrafe está relacionada, por la escritura de sus numerales, con mi estudio sobre *la era «...AS»* («Scripturae. Monumenta et studia» I Madrid 1951). Allí

(páginas 29 y ss.) enumeré los ejemplares del nexo numeral VI citados por el Dr. Vives, y escogí de los doce consignados en sus ICERV sólo tres, dando las razones por las que los nueve restantes eran inútiles para investigar la forma prístina del susodicho enlace. A los tres agregué otro que no había recogido el señor Vives. Los cuatro ejemplares utilizados en mi trabajo fueron los contenidos en los epitafios de

Paulinus (ICERV 198), de Tarragona. Sin fecha.
Ringilio (ICERV 214), de Tarragona. Sin fecha.
Nico (Arch. Esp. de Arqueología XX 1947. *De epigrafía...* núm. 3), de Extremadura. Año 518.
Marturius (ICERV 71), de Chellas (Portugal). Año 571.

Entre los nueve rechazados por mí figura el de Alepius, ahora reaparecido, *por ser incierta la forma del signo en la transcripción y no poder comprobar el original.* Pero después de la publicación del señor Lorenzo es necesario incorporarlo sin reservas, según sus datos literarios y gráficos. Los dos nexos V-I = 6 que se abrieron en la piedra dan una forma aproximada a la de los números 1 y 2 de la figura 2 de mi trabajo, pero de trazado tan personal que es tan diferente de aquellos dos como lo son estos entre sí, con lo que se garantiza la hipótesis de que la forma del enlace obedece a una traza espontánea sobre la piedra o bien a una copia de las formas manuscritas en los originales de los textos entregados a los trazadores. Es interesante el hecho de que la forma de los nexos del epitafio de Alepius sea de fecha anterior a las formas 3 y 4 de aquella misma figura, de los años 518 y 571 respectivamente. No obstante, esta circunstancia no puede tomarse por ahora más que como una observación de interés; pero no puede servir de base para una cronología de evolución morfológica, la cual contradecirían posiblemente las formas S y C del mismo nexo numeral.

Mientras llega la ocasión de hacer un estudio más detenido del nuevo epígrafe y de las consecuencias que puedan deducirse, sólo he querido subrayar el interés de la nueva pu-

blicación del señor Lorenzo Fernández, deseando al propio tiempo que la piedra sea cuidadosamente recogida en el Museo Arqueológico de Orense, el cual goza ya de edificio propio en el que puedan recogerse y destacarse piezas tan importantes como la que ahora nos ocupa.

J. M.ª DE NAVASCUÉS.

OBSERVACION SOBRE EL TEXTO DE LA *ALEXIADA*

El texto de la *Alexiada*, de Ana Comnena, es bien conocido, y del mismo se han hecho ediciones críticas magníficas. Sin embargo, precisamente en un punto en que los textos y las ediciones antiguas coincidían plenamente, modernamente se propuso una modificación, en función del sentido. Se trata de una frase de Ana Comnena, inserta en un extenso párrafo en que informa sobre el estado de la Astrología en su tiempo. Dölger propuso la modificación (1) y Leib le sigue en su edición (2); como ésta es la más conocida y empleada hoy día, tanto por su calidad como por ser fácilmente asequible, deseo puntualizar que esta modificación del texto es injustificada.

Ana Comnena dice: Ἦν δ' ἄρα καὶ τοῦτο μαγικὸν μὲν οὐδαμῶς, ἀλλὰ τέχνη τις Ἀλεξανδρέως λογική (3).

Es decir, el egipcio Seth, al adivinar mediante la Astrología, aplica una τέχνη λογική, una *técnica lógica*. Pero Dölger estimó que, hablando de la Astrología, Ana Comnena no podía decir que era una técnica lógica y entonces propuso la sustitución de λογική por λογαρική, con lo cual la traducción literal de la frase citada («No había nada mágico, sino técnica lógica del Alejandrino») quedaría en esta forma: «No

---

(1) *Byz. Zei.*, 29, 303.

(2) *La Alexiada*. «Les Belles Lettres», vol. II (París, 1943), p. 58, nota 1.

(3) *Alexiada*, VI, VII, 4.

había nada mágico, sino hábil cálculo del Alejandrino». Leib modifica ya el texto y solamente en nota recoge la cuestión.

Ahora bien, esta sustitución de términos no está basada en el texto, sino en su interpretación, o sea en el estudio del concepto mismo de Astrología. Pues bien, precisamente apoyándome en el valor de este término en el griego medieval y la estructura dada en la época a su estudio, considero que esta modificación es no sólo inadecuada, sino contraria al espíritu mismo del párrafo en que se encuentra por los siguientes motivos:

1.° Ya que concuerdan los códices y posee plenamente sentido (no se trata de una frase ininterpretable), no debe modificarse el texto, sino tratar de explicarlo, ya que la interpretación no debe llegar a la alteración del mismo, a no ser que no hubiese otra solución.

2.° Ana Comnena considera peligrosa la Astrología; incluso se justifica cuando dice que la estudió (1), pero esto no quiere decir que la considere irracional. Precisamente, de aceptar la modificación del texto, no tendría explicación por qué denomina διαλεκτικότατος, gran dialéctico, a uno de los astrólogos (2), y por qué denomina reiteradamente ἐπιστήμη (3) a la Astrología, o también σοφία. La voz ἐπιστήμη tiene en griego un sentido estricto de ciencia racional, y la voz σοφία (4), incluso en los casos en que es aplicada al conocimiento místico, conserva siempre su referencia a la intuición intelectual (5). La Astrología era entendida como una ciencia que tenía sus axiomas, sus leyes y sus corolarios, todos los cuales podían estudiarse racionalmente y cuya aplicación práctica, según explica Ana Comnena, sólo era peligrosa en cuanto a

---

(1) VI, VII, 3.

(2) VI, VII, 5. Comp.: V, VIII, 6.

(3) Hablando del mismo Seth, dice que era admirado por su *ciencia* (ἐπιστήμη) y: ἦν γὰρ ἐπὶ ταύτῃ τῇ σοφίᾳ εἰς ἄκρον ἐλληλακώς. (VI, VII, 1).

(4) Comp.: VII, II, 6.

(5) Comp.: V, VIII, 3. O bien el sentido genérico empleado en XV, XI, 1.

que la ignorancia del vulgo le daba un valor profético. El campo que Ana Comnena le asigna corresponde hoy netamente a la Astronomía. Y no hay que olvidar que la Astrología, como ciencia, es algo distinto de lo que Platón y Aristóteles entendían por este término.

3.° En griego clásico, es corriente la expresión ἡ μαντικὴ τέχνη. En relación con ella, es fácil fundamentar la presente.

Por tanto, si la Astrología era una *ciencia* de tipo especulativo, no hay motivo para rechazar el que, a su respecto, se hablase de una *técnica lógica*, ya que esta expresión indica simplemente que poseía unos principios aplicables metódicamente (1). Para modificar el texto, harían falta argumentos positivos, y no precisamente argumentos negativos, que contradicen el mismo contexto.

No contradicen este sentido ni la obra de Oeconomos, ni las fuentes aludidas, como Balsamon o Camatéros. Precisamente el *Poema Astrológico* de Teodoro Prodromos presenta la Astrología como arte racional, y sistemáticamente.

CONSTANTINO LASCARIS COMNENO.

---

(1) Comp.: V, VIII, 2, donde la misma expresión es empleada inequívocamente.

στόλοκρος/*κολοτρον

En *Glotta* XXXI (1948), pág. 128, publica Franz Specht una breve e interesante nota bajo el título *Griech.* στόλοκρος sobre esta rara palabra, conocida especialmente por los lexicógrafos. El azar de haberme ocupado momentánea e incidentalmente con las *colodras*, recipientes de cuerno fabricados y adornados por los pastores sorianos, y pensado en la etimología probable de su nombre, me permite completar dicha nota con una derivación insospechada (1).

Según Hesiquio, στόλοκρον es τὸ περικεκομμένον τὰς κόμας, καὶ γεγονὸς ψιλόν, εἴτε δένδρον, εἴτε ἄνθρωπος. δηλοῖ δὲ καὶ ἀνειδές—acaso en vez de ἀναιδές—καὶ σκληρόν y bajo el epígrafe κόλον·κολ(ο)υστόν, μέγαν τράγον κέρατα οὐκ ἔχοντα, καὶ ἡ τῶν κεράτων ἔκφυσις αὐτὸ μόνον ἔχον τὸ ζῷον καὶ μηδέποτε εἰς τὸ τέλειον κερασφοροῦν. ταύτας δὲ καὶ στολόκρους ἔλεγον. δηλοῖ δὲ καὶ τὸ ἔντερον καὶ τὸ κολοβόν. παρὰ δὲ Ὁμήρῳ τὸ κολοβόν, τὸ κεκολοβωμένον. Fotio 540, 13 define στόλοκρον· καὶ ἡ ἔσωθεν τῶν κεράτων ἔκφυσις καὶ τὸ περικεκομμένον τὰς κόμας. También Herodoto IV, 29, designa con κόλον una especie de bóvidos cornicortos del país de los escitas (2).

De tales empleos y definiciones resalta la sinonimia de στόλοκρος, κόλον, κολοβός y el p. p. p. de κολοβοῦν, formas todas pertenecientes a un grupo ide. de raíz bisílaba **(s)kolə-* paralelamente al cual aparece otro con una ampliación con

---

(1) Debo valiosas observaciones sobre las formas mencionadas en esta nota a la amabilidad del señor Rodríguez Adrados.

(2) El pasaje es δοκεῖ δέ μοι καὶ τὸ γένος τῶν βοῶν τὸ κόλον διὰ ταῦτα οὐ φύειν κέρεα αὐτόθι.

-u-, que expresan la idea de «calvicie» y su derivada de «fealdad». Así, al lado del lat. *cal-u-os* «privado de pelo o cuernos» —ésta es su doble significación, según se trate de hombres o de animales—, del gr. σκόλλ-υ-ς «tonsura alrededor de la cabeza», σκολ-ύ-βρα y σκολ-ύ-φρα· σκυθρωπή Hes., aparecen las de forma bisílaba σκολέ-φραι· κατακεκαυμέναι τὰς τρίχας, σκολο-φρή· κατακεκαυμένη Hes., σκολο-βρᾷ· χαλεπαίνει Hes., y el propio στόλοκρος que será la disimilación regresiva de *σκολο-κρος, forma hipotética postulada por Specht. En su sílaba final -κρος no hay que ver el grado cero de κέρας sino el sufijo -κρο-.

Con seguridad puede unirse a las anteriores una forma hasta ahora desconocida, representada por la palabra española *colodra*, uno de cuyos significados es «cuerna» (vaso de cuerno). En la provincia de Soria, según T. Ortego que las ha estudiado (1), están hechas de la parte media de las astas de los bóvidos, cortando e igualando los bordes y cerrando el fondo con una tapa de madera. Son, pues, un instrumento hecho de *un cuerno separado* del animal. Su etimología no parece encontrar dificultad: al lado de la forma *σκολοκρος sabemos ya con seguridad que existió la paralela κόλοκρος, de la que, por disimilación inversa a la que produjo στόλοκρος, aquí κ-κ > κ-τ, favorecida además por la abundancia del sufijo neutro -τρον para designar instrumentos y objetos, dió *κολοτρον y ya en España, *colodro* y *colodra*, con el paso natural de los plurales neutros en *-a* a femeninos, exactamente como ocurre en su sinónimo *cuerna*.

Ciertamente, no es ésta la única significación que *colodra* tiene en castellano, pues sirve para designar el «barreñón de madera utilizado para ordeñar cabras y ovejas»—cf. el gracioso artículo que le dedica Covarrubias—y la «vasija de madera en forma de herrada en que se tiene el vino para irlo vendiendo al por menor», es decir, en ambos casos, recipientes que por sus dimensiones nunca pudieron ser de cuerno. Tal

(1) T. Ortego Frías, «Del arte popular soriano. Las colodras pastoriles». *Homenaje a don Luis de Hoyos*, vol. II, págs. 282-295, con ilustraciones.

vez el paso de una a otra significación se ha logrado por mediación de la de *colodro*, «medida para capacidad de líquidos», en singular, por designar una unidad. Cuándo se introduciría tal helenismo en castellano es para mí desconocido; en todo caso, antes de la sonorización del grupo *-tr-* intervocálico.

Semánticamente, si se acepta esta derivación, revela un proceso interesante: στόλοκρος se contrapone a *κολοτρον; esto es, la misma forma fundamental, con modificaciones y tratamientos que la diferencian en dos direcciones y la especializan, designa al ser mutilado y privado de algo, y lo que se ha arrancado de él.

BENITO GAYA NUÑO.

Soria, marzo de 1951.

AUGUSTA VINDELICUM Y EL CELTA EN EL LATIN

Con un eruditísimo artículo el sabio autor de la *Historia de la literatura griega* W. Schmid hizo un paréntesis en esta colosal tarea para ocuparse en una revista local, la *Zeitschrift des historischen Vereins für Schwaben*, tomo LIV (1941), páginas 1-6, del nombre de la *Augusta Vindelicum*, la actual *Augsburgo*.

El análisis de los hechos le lleva a anotar que la forma regular en latín, *Vindelicorum*, aparece en la literatura, pero nunca con el nombre de la ciudad. «Dagegen lautet der Name der Stadt Augsburg in allen uns vorliegenden, literarischen Zeuguissen des Altertums sowie in der einzigen Inschrift, die ihn darbietet, *Augusta Vindelicum*.»

A continuación anota W. Schmid que tal es el caso para otras ciudades: «Für die gekürzte Genetivform gibt der Name von Augst bei Basel auf Inschriften *Augusta Rauracum* eine Parallele. Weitere Beispiele lassen sich durch Rückschlüsse aus modernen Städtenamen gewinnen. Man darf annehmen, *Torino* sei nicht aus *Taurinorum*, sondern aus *Taurinum*, *Trier* nicht aus *Treuerorum*, sondern aus *Treuerum* entstanden, wiewohl uns diese Kurzformen nicht erhalten sind.»

Lo que no suscribiríamos es la explicación de W. Schmid. que piensa en un genitivo de plural abreviado, no arcaico o poético, como *deum* o *nummum*, sino una forma preferida por el lenguaje oficial de la cancillería. Creemos que no pudo bastar este uso cancilleresco para imponer definitivamente la forma. Esta arraiga sencillamente en la lengua del país, que tiene el genitivo indoeuropeo en *-um*, y que siendo vecina al la-

tín se mezcla con él. Exactamente lo mismo hemos demostrado para España en sus regiones indoeuropeas, que nos ofrecen (lo mismo que genitivos en *-acum* y en *-icum)* a veces la doble forma, latina y no latina, en profusión de formas epigráficas: *Abilicorum, Abliq(um)* y en letras ibéricas *abilicom; Aulgigun* y *Auolgigorum: Medutticorum* y *Medutticum* (sobre estas últimas formas v. Schulten: *Los cántabros y astures y su guerra con Roma,* Madrid, 1943, pág. 64, quien ya veía respectivamente en ellas la declinación latina y la indígena). Una ojeada a las listas de gentilicios que presentamos en nuestros *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas,* Buenos Aires, 1949, pág. 101 ss., convencerá de la penetración de elementos indígenas, incluso formas, en el latín local. Ahora lo acepta M. Lejeune *REL* XXIX pág. 89-92. Que ello se daba no sólo en nuestro bárbaro noroeste, sino en otras regiones célticas nos instruye sobre lo que ocurría con la latinización de los países de lengua indoeuropea que en la práctica se sentía afín al latín y originaba verdaderos «préstamos morfológicos».

En el *Corpus* hay mucho material que espera ser tratado saliéndose de las barreras puestas por la necesidad de ser especialista. En un punto he iniciado este estudio: sobre la sonorización y caída de intervocálicas como fenómeno del «latín occidental» *(REL* XXIX 1951 pág. 102-120).

A. TOVAR.

FAXO / FAXIM Y *FECERO / FECERIM* EN LAS FRASES CONDICIONALES LATINAS

Hace algún tiempo (1) mostrábamos nuestra resistencia a aceptar la teoría del señor Thomas, expuesta en sus *Recherches sur le subjonctif latin. Histoire et valeur des formes*, 1938, según la cual, en las frases condicionales del tipo *si faxo (faxim)*, *faxo* y *faxim* expresan la anterioridad, y ello, a pesar del «valor atemporal originario de estas formas». Recientemente los señores Ernout y Thomas han publicado su tan esperada *Syntaxe latine* y en ella vemos reproducida dicha tesis: el valor de *si faxo (faxim)*—se dice en la pág. 207—es *casi siempre* de *perfectum*, y su fin expresar la anterioridad.

Con arreglo, pues, a esta teoría, en una época determinada coexistirían *si faxo (faxim)* y *si fecero (fecerim)*: en *si faxo (faxim)* la frase era atemporal: «si hago» («si hiciera»); *si fecero (fecerim)*, por el contrario, expresaba la anterioridad: «si he hecho» («si hubiera hecho»). Pero el tipo *si faxo (faxim)* se contagia de *si fecero (fecerim)*, y entonces pasa ya a emplearse *casi siempre* con valor de *perfectum* y expresión de anterioridad.

Ninguna prueba existe de semejante proceso. Con el mismo derecho con que el señor Thomas asigna un valor de anterioridad a los restos de *si faxo (faxim)*, podemos nosotros ver en ellos la expresión sencilla de una hipótesis sin esa pun-

---

(1) *Sobre el subjuntivo latino. Examen de la doctrina del Profesor Thomas.* EMÉRITA, X, 1942.

tualización temporal. Y, en efecto, no han faltado filólogos que no han reconocido dicho valor de *perfectum* a las formas en cuestión. ¿Por qué, p. ej., Enn. *Sc.* 308 *plus miser sim, si... faxim* exige que interpretemos «si entonces yo hubiera hecho» y no simplemente «si hiciera»?

Podemos perfectamente suponer también el proceso contrario; *si fecero (fecerim)* en muchas frases condicionales expresa puramente la hipótesis sin valor de *perfectum* ni puntualización de anterioridad, y este hecho es debido a que tales prótasis reproducen y continúan entonces sencillamente los viejos tipos *si faxo (faxim)*.

Pero con una diferencia: que aquí tenemos ciertos datos a favor.

En la propia *Syntaxe latine* (1) leemos que «*ne feceris* comenzó por ser una adaptación de un *ne faxis* más antiguo» (comenzó y así siguió, diríamos mejor).

Antes, en sus *Recherches*, el señor Thomas se había mostrado algo indeciso en aceptar esta explicación—ya con anterioridad sugerida por el señor Ernout. En el citado artículo de EMERITA alegué entonces otros refuerzos en confirmación de ella; sobre todo el que extraje de un trabajo que, con otro motivo, había publicado el señor Magariños (2), demostrando cómo en Plauto y Terencio *ne feceris* no se usa con perfecto reduplicado, en exacta coincidencia con lo que ocurre en el tipo *ne faxis*.

De manera que para el señor Thomas *ne feceris* reproduce *ne faxis:* pero en las frases condicionales sucede al revés: *si faxis* reproduce *si feceris*. ¿No parece más natural suponer la misma dirección en los dos movimientos?

Se dirá que en *ne feceris* la forma verbal no parece tener más justificación que la de ser una imitación o adaptación; mientras que en *si fecero (fecerim)* la estructura de *perfectum* de las formas justificaba de por sí el empleo de éstas en la

---

(1) Pág. 208.
(2) EMÉRITA, VII, 1939.

prótasis como indicadoras de la anterioridad. Nada más cierto, efectivamente. Pero ello no prueba en modo alguno que el tipo *si faxo (faxim)* cambiara tan radicalmente de carácter ni que *si fecero (fecerim)* no pudiera emplearse como sustituto del primero con su mismo valor.

Que es justamente la suposición que parece más razonable; en el empleo de *si fecero (fecerim)* confluyeron seguramente dos corrientes: de un lado, herencia y continuación de *si faxo (faxim):* del otro, deseo (y necesidad, a veces) de puntualizar los matices de *perfectum* y de anterioridad que ofrecían las formas nuevas. Pero esta última seguramente con carácter bien secundario.

Que *si fecero (fecerim),* en mayor o menor proporción, reproduzca y continúe los giros arcaicos no puede ser más natural; casi todos estos giros antiguos se continúan en las nuevas formas: *ne feceris, libenter didicerim, haud negauerim:* y son bien conocidas otras coincidencias entre ciertos empleos de las dos clases de formas.

J. Vallejo.

SOBRE EL TEXTO DE LIVIO, LIBRO XXI

(Con motivo de la reciente edición de G. Meyer) (1).

Por las dificilísimas circunstancias que han impedido tantas veces conocer a su tiempo la bibliografía reciente, esta edición comentada de tres libros de Livio nos ha llegado con gran retraso. El prólogo aparece fechado en diciembre de 1945; pero el libro, que no exhibe fecha de publicación, salió, según información amable del autor, en el verano de 1946.

Así que el señor Meyer no pudo ver mi edición comentada del Libro XXI—aparecida en la primavera de 1946—antes de la publicación del suyo. Registro este dato, porque así tienen más valor ciertas coincidencias que se dan en nuestros libros, como el juicio que hacemos sobre la edición oxoniense, de acuerdo ambos en que su valor filológico es inferior al paleográfico; sobre la gran utilidad de la consulta al *Thesaurus* (hasta ahora no utilizado) para resolver dudas en ciertos pasajes de Livio y, en fin, la coincidencia de tratar determinados pasajes de lección discutida.

Las notas del señor Meyer son exclusivamente de crítica textual y se refieren sólo a muy pocos de los pasajes dificultosos. Anotaré las que, a mi entender, ofrecen alguna novedad o materia de discusión, pero limitándome al Libro XXI que me es más conocido. En XXI, 25, 9, la mayoría casi de los editores hemos corregido el texto de los manuscritos, poniendo unos *praecipitatur* y otros *praecipitat*, en lugar de *prae-*

---

(1) Titi Livi *ab urbe condita* libri XXI-XXIII... edidit Gustavus Meyer. In aedibus Orell Füssli; Zürich (1946). (Editiones Helveticae.)

cipitatus. Todos nos hemos dejado llevar por la autoridad de Madvig, de Weissenborn y de Gronovius. Pero el señor Meyer nos enseña, de manera convincente a mi juicio, que en Livio se da con cierta frecuencia el empleo del perfecto pasivo o deponente con omisión de la cópula, y que, en realidad, no aparece justificada la necesidad de una corrección en dicho pasaje. Hay un ejemplo que, aunque el señor Meyer no lo hace observar, yo creo que es de tipo parecidísimo al discutido; éste dice: *inexplorato profectus in insidias praecipitatus multaque cum caede... emersit;* el que señalo es XXV, 16, 15: *e castris profectus duce hospite in insidias praecipitatus. Hostes...* (pasaje, por cierto, también corregido en las ediciones).

Creo francamente que el señor Meyer tiene razón en este punto. Para ser justo en todo, hay que hacer notar que el señor Meyer ha podido contar con la ayuda del excelente libro de Pettersson, *Commentationes Liuianae*.

En cambio, no encontrará, tal vez, igual aceptación la conjetura del A. al 33, 4, *diversis rupibus, iuxta <per> invia ac de<cli>via adsueti decurrunt*, relacionando *per invia* y *declivia* con *decurrunt* y dejando aislado a *adsueti* con la traducción «acostumbrados <a ello como estaban>». Porque, aun en el supuesto de no aceptar la construcción *adsueti* con acusativo sin preposición, queda como conjetura, a mi juicio, más natural *<in> invia adsueti*. El autor da mucha importancia a la lección *invia ac devia*, que rechaza, y por eso corrige *de<cli>via*. Yo no encuentro dificultad en admitir la lección de los ms., porque pienso que contiene dos palabras para decir con más viveza y expresividad «caminos de cabra».

En 35, 3, *per artas, praecipites vias*, el señor Meyer conserva acertadamente la lección de los códices. Para la defensa que de ella hace hubiera encontrado buen apoyo en el material del *Thes. L. L.;* lo efectivo de tal apoyo ya lo hice yo ver en mi artículo de EMERITA XVI.

35, 12: *haerere adfixi* (ms. *adflicti) uestiguo suo:* el A. no acepta la corrección de *Drakemborch*, generalmente admitida. Y lo curioso es que el *Thes. L. L.* le ofrecía al editor la prue-

ba definitiva de que *adfixi* es la única lectura posible, como lo demuestro en mi edición. El señor Meyer, para este punto, consultó el *Thes.*, pero algo de prisa.

38, 7: menos tímido que yo, que me limité a hacer constar fuertes reservas en las notas de mi edición, el A. respeta, y con razón, la lección *deduxerint*, casi universalmente enmendada en *deduxissent* (como el *petenda fuerint* del 47, 5).

Pero su justificación de la conjetura la considero equivocada. En primer lugar, no tiene en cuenta el pasaje 34, 7: *accipienda clades fuerit*, que arroja luz sobre el *petenda fuerint* y ambos sobre el citado *deduxerint*, es decir, tres subj. perfecto en empleo con valor de pluscuamperfecto.

El señor Meyer llama a este perfecto un «potentialem perfecti ui praeditum», pero esto es un error, originado porque el señor Meyer ha equiparado los ejemplos citados de Livio con Liv. VI 14, 4: *tum... nequiquam hac dextra Capitolium seruauerim, si... uideam*, donde ciertamente puede tratarse de un potencial «ui perfecti praeditum», como dice el editor; pero es caso bien distinto de *deduxerint*.

Por otra parte, el ejemplo de Livio XXX, 30, 5, que se cita en apoyo, es una distracción del A., ya que aquí *ediderit* es uno de tantos casos de fut. II con valor de fut. I. Igualmente Ter. *Heaut.* 316 es cita impropia, porque *perierim* es el perf. subj. natural en frases condicionales potenciales. De los otros dos ejemplos, el de Cicerón *Att.* 3, 13, 2 debe ser cita equivocada y Catulo 67, 20 no tiene nada que ver en esta cuestión.

44, 9: *Si hoc bene fixum omnibus si destinatum in animo est.* En mi citada edición creo haber demostrado que son muchísimas más las probabilidades de una lectura *destinatumque* que la preferida por el señor Meyer.

60, 3: El señor Meyer, al corregir la evidente mala lección *lacetanis*, la sustituye por *laeetanis*, mala grafía por *laietanis*, como justifico también en mi *Livio libro XXI*.

61, 8: Sobre si la lección debe ser *lacetanos* o *laeetanos* (es decir, *laietanos)* el A. dice: *prorsus ignoramus*. Pero a la

vista de las vicisitudes de la guerra con Roma de los pueblos del NE. de España, ya nadie duda de que la buena lección es *lacetanos*.

El libro del señor Meyer aporta su grano al mejoramiento del texto de Livio. Esta aportación, tratándose nada menos que del Libro XXI (el aquí examinado), y a estas fechas, tiene que ser forzosamente pequeña. ¡Pero ya es bastante!

José Vallejo.

EGEO Y ORIENTE PROXIMO

II

Desde la crónica correspondiente a EMERITA 1949, han llegado a nuestro conocimiento obras de interés, referentes exclusiva o parcialmente a esa región de contacto de los tres continentes, tan decisiva en los destinos primitivos de la Humanidad.

En primer término, el trabajo de Menghin, *Migrationes Mediterraneae* (1), trascendental, no sólo para el Asia Anterior a la que reivindica como lugar de origen de poderosos movimientos migratorios, sino para toda la cuenca mediterránea y los países de su ámbito. Es una síntesis poderosa en que, según anuncia en el capítulo preliminar, *Cuestiones metodológicas*, pone a contribución materiales de diversas fuentes: arqueológicos, como la cerámica, el más revelador, por proceder casi siempre de la industria local, de las características espirituales y materiales de la cultura que la produjo; lingüísticos, a base principalmente de los topónimos y nombres personales que por su perduración merecen la consideración de fósiles, y, en menor grado, el material antropológico que debido a su escasez y en otros casos a la uniformidad de los restos que acompañan a culturas distintas, veda deducir conclusiones respecto a las emigraciones que las transportaron. Por tanto, son los dos primeros los que, combinados,

---

(1) O. F. A. Menghin «Migrationes Mediterraneae. Origen de los Lígures, Iberos, Aquitanos y Vascos». *Runa* I, partes 1-2 (1948), páginas 111-195.

constituyen las bases de la investigación lingüístico-arqueológica: la lingüística, con su método comparativo, suministra un cuadro de relaciones que necesita del soporte fijo que sólo la arqueología puede ofrecerle con su sistema estratigráfico y tipológico. Aquélla permite una cronología relativa, ésta absoluta. La eficacia del método combinado lo demuestra el hecho, hasta hace poco increíble, de poder remontar en la investigación hasta el cuarto milenio.

Los cuatro capítulos que siguen al metodológico versan sobre el *Asia Anterior* (II), *El Egeo y la península balcánica* (III), *Sicilia, península apenínica, Liguria* (IV), *España* (V), con mucho el más extenso y revolucionario, y *Aquitania* (VI). Limitaré mi análisis detenido únicamente a los dos primeros por ser los que encajan en el marco de esta crónica, no por inferioridad de los restantes que, por el contrario, son de un interés capital para la Prehistoria de la cuenca occidental del Mediterráneo y singularmente para la nuestra peninsular a la que suministran una explicación válida en sus líneas generales. Así lo han comprendido especialistas en Arqueología como Almagro (*Ampurias* XI, págs. 255-259) y Tovar («Sobre los problemas del vasco y del ibérico» en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1949, págs. 124-138) quien, con sólo el título de su comentario, ya declara qué lenguas salen beneficiadas por el estudio del prehistoriador vienés.

El autor, siguiendo la dirección determinada desde el descubrimiento del archivo de Bogaz-Koi, realza el papel desempeñado en Asia por los elementos microasiáticos a quienes propone englobar en el término de asiánicos cuando no pueda establecerse diferencias entre ellos. A base de parentescos lingüísticos distingue dos grandes familias, la *hurro-elámica*, en relación íntima con otras lenguas del Cáucaso tanto del grupo meridional o cartvélico como del NW., y la *lelege-khatita* o pre-hitita, sin conexión con las anteriores y quizá sí con las caucásicas occidentales o circasianas. De los primeros, cuya existencia se puede señalar ya en el cuarto milenio en la meseta del Irán—Susa, Persépolis—gracias a la cerámica pintada que acompaña sus movimientos y caracteriza al grupo

(«círculo de cultura táurico oriental»), podemos seguir su expansión, o mejor, sus sucesivas expansiones, pues Menghin distingue cuatro:

La primera comenzaría a mediados del cuarto milenio; hacia 3000 se señalan en Tepé Sialk, W. de Persia y se desparraman por la región montañosa del W. de Mesopotamia—Tell-Halaf, Tepe-Gawra—, Siria—Karquemisa, Ugarit—y Palestina—Tell-el Ghassul—hasta las costas mediterráneas. Por el Sur, pone en relación con esta cultura la de Maadi, que floreció en Egipto a mediados del cuarto milenio, siendo incierto si se propagó a Libia. Por el contrario, no admite sino ligeras conexiones culturales, no étnicas, con las viejas civilizaciones del Indo que ofrecen mucho propio y nuevo y, en todo caso, su relación más próxima es con las de la parte oriental del Irán. Sin embargo, en alguna de sus manifestaciones, como la escritura, la cultura del Indo tiene indudables relaciones con la que más tarde se desarrolló en Creta. Tal vez la opinión justa sobre esta cuestión se encuentre en una línea de equidistancia entre las de Menghin y Hrozny.

A los últimos siglos del cuarto milenio atribuye una segunda emigración del mismo grupo étnico que, a través del Asia Menor, se dirigió a Grecia y las islas egeas. Como restos de la capa hurro-elamita en el S. de Anatolia considera Menghin a los solimios, en licio *Hlm̃mi*, parientes de los pisidios, y más tarde llamados milios, por mayor analogía de su lengua con la elámica que con la lelege-khatita. Con todo, estos restos están aislados en Anatolia, donde la influencia de la segunda oleada parece haber sido más cultural que étnica. Si en la primera dominaba el elemento elámico, en ésta parece haber dado la tónica el hurrita. Su gran época de dominio del Asia Anterior es la mitad aproximada del segundo milenio y culmina en la fundación de los reinos de Hurri y Mitanni. En su paso a los países del Egeo arrastrarían también elementos lelege-khatitas de su habitat anatólico. Como pruebas de la estancia de elamitas en Grecia, cita Menghin los nombres de lugar—Ἐλυμία, Ἐλύμων, Σολυμία—que recogió Kretschmer, y un conjunto bien nutrido de topónimos del tipo *Kissa*, *Karra*,

Palla, etc., que encuentra ampliamente extendido de Mesopotamia a España, y atribuye expresamente a los hurro-elámicos dada la semejanza con antropónimos elamitas como *Kassu, Lullu, Hurru*. Como pruebas arqueológicas, la existencia en el Neolítico griego continental—Sesklo—de cerámica pintada, «círculo de cultura táurico occidental», que pone en conexión lógica con el oriental como expansión de éste. Al lado figura cerámica monocroma, roja pulida o negra, atribuible a los lelege-khatitas arrastrados por la invasión. Los motivos de la cerámica de la etapa siguiente—Dimini, hacia 2500—, espirales y meandros, son de origen danubiano y relacionables con la inmigración de los pelasgos de Kretschmer.

Otro es el caso de la otra gran cultura egea del cuarto milenio. Menghin ve que el Neolítico cretense, en su enorme duración, está caracterizado por la presencia de una cerámica negra comparable con la de Tell-Jedeideh, al N. de Siria, atribuída a una capa semítica sedentaria. Postula, en consecuencia, que la más antigua capa de Creta fué semítica, si bien lingüísticamente no hay que esperar comprobación ninguna. A continuación, estima que el elemento dominante fué el lelege-khatita de la emigración posterior, con los elementos hurritas que pudiera arrastrar, pues no es fácil hacer la división tajante de los bienes culturales, figurados o sociales que deban su origen a cada una de ambas agrupaciones étnicas. Brandenstein es aún más decidido, pues no ve elemento alguno hurro-elámico en el Egeo, sino solamente reto-tirrenos con su característica aspiración. En esta cuestión es necesario discrepar de ambas opiniones y subrayar la existencia de huellas que permiten afirmar la importancia en Creta de poblaciones portadoras de las culturas elamita y hurrita. A las primeras son atribuíbles, hasta ahora, motivos heráldicos, representaciones de animales y de objetos, que aparecen en sellos cretenses del MM. II y tienen su antecedente claro e incuestionable en vasos y sellos de Susa, I estilo (1). Aún más, para

(1) En «Minoiká. Introducción a la epigrafía cretense», Madrid, 1952, págs. 3 s., 16, 25, 36, y figs. 5, 6, 13, 26, se encontrará reproducción de tales motivos.

Menghin es característica de la lengua elámica la existencia de un sufijo en *-p-* o *-b-* para expresar el plural cuyo empleo descubre hasta en la lejana Sicilia (λιλύβη = *Lullubi*, y en las monedas de Segesta, colonia elámica, las inscripciones ΣΕΓΕΣΤΑΖΙΒ, ΣΕΓΕΣΤΑΖΙΒΕΜΙ = σεγεσταιων); pues bien, en la escritura cretense hay un signo, de lectura *pi/bi* que aparece con visible frecuencia en posición final, es decir, como sufijo o desinencia, y de grupos de que forma parte he dado alguna lectura, p. ej., *le-le-k/go-p/bi*. Ciertamente, yo lo atribuí a la lengua hurrita-mitanni a base de la forma *Ta-aš-mi-šar-ri-pi* que aparece cerca de la *Ta-aš-mi-šar-ri-in* en un texto hurrita sin duda ninguna, pero esta adscripción era provisional hasta conseguir precisión mayor (1). Respecto a los hurritas, recordemos las semejanzas notadas por Starr entre la cerámica cretense y la de la ciudad hurrita de Nuzi, y fijándonos en la manifestación más peculiar de cada pueblo, que es su lengua, también he expuesto el hecho de que en muchos grupos de signos cretenses se encuentran desinencias nominales y verbales e incluso formas completas de esta última categoría con paralelo exacto en hurrita-mitanni que hacen creer en un influjo de mayor hondura que el que se les atribuye. Por lo demás, sería inconcebible que una ola emigratoria que cubrió Chipre, Grecia, Sicilia y el remoto Occidente contornease precisamente las Cícladas y Creta, tan fácilmente accesibles desde Asia Menor. Creo, por el contrario, que hay que asentir plenamente a la idea de Menghin sobre la densidad de la emigración lelege-khatita en Creta, propagadora de la cultura de ciudades, con una lengua cuyas formaciones a base de prefijos y antropónimos son aún discernibles, y en quienes veo un estrato cultural y étnico en esta isla anterior al hurrita.

Cronológicamente, entre la segunda y la tercera expansión elámicas debe colocarse la *khatita* o *proto-hitita*. Como tal debe

---

(1) Para la forma *-bi* como variante de la desinencia hurrita *-we*, vid. F. Thureaul Daugin: «Vocabulaires de Ras-Shamra», en *Syria*, XII (1931), págs. 225 s., y E. A. Speiser: «Introduction to Hurrian», New Haven, 1941, pág. 109 s.

considerarse la población primitiva de Asia Menor central y oriental, anterior a la llegada de los hititas, que de ella tomaron su designación. Su lengua se caracterizó por el papel morfológico que en ella desempeñaron los prefijos, y además de la conexión supuesta con las lenguas caucásicas circasianas, debe citarse que algunos pueblos del Daghestán (Cáucaso Oriental) aun hoy se llaman *lacos*, sin duda los mismos que Plutarco designa como λῆγες del siglo I a. de J. C. Arqueológicamente, debe atribuírseles la cultura del III milenio de Anatolia con una cerámica no pintada, monocroma, roja o negra o pulida y con hachas de piedra perforadas, bellamente trabajadas, todo lo cual aparece en Alishar, E. de Anatolia. Los leleges propiamente dichos deben localizarse más bien en el ángulo SW. de Asia Menor de donde fué fácil su paso a Chipre y al Egeo; su fósil-guía fué la jarra de pico o *Schnabelkanne*. Antropológicamente, ambas grandes familia lingüísticas parecen haber presentado de modo predominante el tipo dolicocéfalo que se ha designado como propio de la raza mediterránea y, sin embargo, en las representaciones artísticas es claramente distinguible un tipo braquicéfalo armenoide que se pensó correspondería a los hurritas, sin que los hallazgos hayan confirmado esta atribución; es, pues, un problema que espera su solución. Pues bien, toda esta masa de población acumulada en las costas orientales del Egeo, a mediados del III milenio, hacia 2500, se lanzó y cubrió las islas y continente griegos y, en general, la península balcánica en un movimiento, menos amplio que el anterior elámico-hurrita, pero mucho más decisivo por su densidad y permanencia para la Grecia pre-helénica, para la formación de su pueblo y la creación de una cultura elevada. Lingüísticamente se puede fijar su presencia en tierras helenas, tracias y pónticas, gracias a los abundantes topónimos en -ασσος y -ησσος. Otra guía suministran los finales en -υρα, -ουρα, comparables con el proto-hitita *ura* «fuente» (sec. Jongkees, significarían «ciudad»), los prefijos *a-* móvil y *le-* de plural, extendido quizá a los liburnos ilíricos, cuya ciudad, sin el prefijo, se llamaba *Burnum*. Los mismos griegos tuvieron consciencia de que diversos pueblos asiáti-

cos, entre ellos los leleges, habían sido los primitivos colonizadores de la Hélade, y Pausanias, IV, 1, 1, nos informa de que Lacedemonia se llamó antiguamente Λελεγία. Arqueológicamente, son determinables por la *Schnabelkanne* y la cerámica monocroma que ya señalamos en Dimini. A esta capa étnica, tan soberbiamente dotada, deben su nacimiento las civilizaciones Heládica, Minoica y Cicládica, ramas de un tronco común, desarrolladas respectivamente en el continente griego, Creta y las islas egeas. Hasta en el N. del Balcán se encuentran khatitas que con los descendientes de la anterior invasión elámica forman el sustrato pre-reto-tirreno y pre-indoeuropeo de ilirios y tracios.

Hasta aquí lo referente al Egeo, cuestión en que, a mi ver, tiene el mérito de articular—y fijar—la sucesión de los desplazamientos asiánicos que Kretschmer fué el primero en señalar. Si algo contribuye a reforzar la certidumbre de sus conclusiones es el hecho de que quien esto escribe, por caminos totalmente independientes y aun partiendo de bases distintas, ha alcanzado análogos resultados. En lo sucesivo, los nombres de leleges y hurritas han de adquirir para la historia griega del tercer milenio la realidad casi física que los de jonios, aqueos y dorios poseen para la del milenio siguiente.

Resumamos brevísimamente lo que sigue. La presión ejercida por la invasión últimamente mencionada sobre los anteriores elementos, determinaría la llamada por Menghin tercera migración elámica, los cuales, partidos del Norte de Grecia se dirigieron al Danubio e Italia, de donde pasaron a Sicilia. De aquí—apreciables son los nombres de procedencia elimia y la cerámica pintada derivada de la de Dimini—nuevamente se dispersaron hacia Liguria, Hispania y Aquitania, con cuyo sustrato africano-hamita combinados en grado variable, originaron las lenguas protoligur, ibérico, vasco y ligur, respectivamente.

Aún señala un cuarto movimiento, nacido del SE. de España, región de acceso de los asiánicos, que propagó por el Centro y Occidente de Europa el vaso campaniforme, movi-

miento completamente emigratorio y no debido a contactos meramente culturales.

Con lo expuesto puede juzgarse del contenido y alcance del trabajo de Menghin que no es aventurado predecir provocará en lingüistas y prehistoriadores—y no es pequeño beneficio el de incitar a que armonicen investigaciones y resultados—la revisión y puesta al día de lo logrado en sus respectivos sectores ante una teoría, indudablemente audaz, pero seductora y que suministra una explicación total del curso de la Prehistoria mediterránea.

* * *

Como era fácil prever, el descubrimiento por Bossert de la bilingüe de Karatepé ha continuado suscitando importantes comentarios de los especialistas que sopesan la trascendencia que la bilingüe puede tener para el total desciframiento del hitita jeroglífico y, al mismo tiempo, nos dan el estado actual de conocimiento sobre estas lenguas y escritura. Tales son los dos excelentes trabajos de I. J. Gelb (1) y H. G. Güterbock (2). Aunque el primero está fechado en 1950, según manifiesta su autor en la introducción, fué preparado para el *Journal of the American Oriental Society* de septiembre de 1949. Ambos corresponden, pues, al estado de conocimientos logrado en 1949 después de la publicación por T. Bossert, H. Çambel y V. Bahadir Alkim de los vols. I y II de *Karatepé*. Independientes uno de otro, siguen cursos paralelos en el enjuiciamiento de la cuestión y en general deducen idénticas conclusiones.

En primer lugar, la importancia que para los relieves encontrados—numerosos y tan representativos como los de Tell

---

(1) I. J. Gelb: «The Contribution of the New Cilician Bilinguals to the Decipherments of Hieroglyphic Hittite». Chicago, Illinois, February, 1950. 31 págs. de texto mecanografiado.

(2) H. G. Güterbock: «Die Bedeutung der Bilinguis vom Karatepe für die Entzifferung der hethitischen Hieroglyphen», *Eranos* XLVII, 1949, págs. 93-115.

Halaf, Sendchirli y Karquemisa—y, sobre todo, para la bilingüe, tiene el hecho de que la antigua ciudad fué ocupada solamente durante un período único: su estratificación uniforme no deja lugar a dudas, y esta época fué aproximadamente el promedio del siglo VIII a. de J. C.

El texto fenicio en sus tres redacciones ha sido comunicado por Bossert en su totalidad, y las traducciones logradas por los especialistas—que constituyen ya una nutrida nota bibliográfica—aun ofreciendo algunos desacuerdos iniciales dejan esperar en breve un texto acorde. Según la redacción fenicia, *'ZTWD* fué el autor de la inscripción, y el nombre de la ciudad, derivado del suyo, *'ZTWDJ*. El texto hit. jer. que en las estelas originales se presenta en pequeñas hileras verticales y dentro de cada una de éstas en líneas horizontales de sentido alternativo, o en bustrofedón, Bossert lo transcribe de un modo seguido y en el mismo sentido, lo cual, según Güterbock, lleva consigo cierta subjetividad; en total, las primeras diez frases que comprenden 55 palabras.

En la apreciación de la importancia de la bilingüe de Karatepé, ambos autores se muestran unánimes. Sólo con que nos hubiese transmitido un texto en hit. jer., largo y bien conservado, habría contribuído grandemente a nuestro progresivo conocimiento de esta lengua. Incomparablemente más, habiendo al lado un texto fenicio legible que, en general, da una exacta traducción del anterior (solamente hay algunas divergencias, especialmente en el orden de las palabras, y otras de léxico comprensibles, así al nombre *Ba'al (B'L)* en el texto fenicio, corresponde *Tarḫunt* en el hit. jer., aparte de la desventaja que se deriva de la particularidad de la escritura fenicia de no representar las vocales). Y si las bilingües en lenguas relativamente bien conocidas, como accadio e hit. cun., son siempre bien venidas, en el caso del hit. jer. el descubrimiento es casi revolucionario. Sin embargo, es preciso hacer notar su pobreza en nombres propios, geográficos o de dioses, tan aptos para fijar los valores fonéticos de los signos—logrados principalmente en esta lengua por el estudio de los sellos bilingües—y en nombres verbales; cf., por el contrario, la mo-

nolingüe de Jekke, publicada por R. D. Barnett en *Iraq* X (1948), págs. 122-139, que ha suministrado formas nuevas tan preciosas como un infinitivo med. pas. en *-mena*. En este sentido, y no perdamos nunca de vista que lo hasta ahora entregado al estudio y la discusión no es sino una pequeña parte del texto hallado, el particular valor del descubrimiento es el de confirmar en alto grado, sin rectificación alguna, los resultados obtenidos por el método interno gracias a los esfuerzos continuados de un corto número de sabios. Es un resultado satisfactorio y alentador para cuantos nos ocupamos de desciframientos sin bilingües o antes de bilingües en el caso de que la suerte nos depare alguna. Y ambos autores reaccionan al unísono contra la idea de comparar la inscripción de Karatepé con la piedra de Rosetta, auténtica piedra fundamental de la egiptología, mientras que en el hit. jer., según la expresión de Gelb, «la piedra de Rosetta salió del sudor y la fatiga de los eruditos que entre 1930 y 1935 desvelaron ese gran secreto de la Antigüedad».

El balance de lo adquirido actualmente sobre el carácter de la lengua hit. jer. no puede trazarse tan sencillamente como a primera vista pudiera parecer, pues claramente se advierten dos tendencias, una representada por Gelb como figura capital, a quien en general sigue Güterbock, la otra por el propio Bossert. Procuraré exponer con la máxima objetividad sus respectivas posiciones sobre cada materia.

El hit. jer. consta de unos 60 signos monosilábicos del tipo de silabario abierto (sólo vocal o cons. + voc.), y ausencia de polifonía o posibilidad de que un mismo signo represente varios sonidos. Hay, sin embargo, algunos signos fuera del silabario regular, signos propiamente jeroglíficos o *logogramas* que se leen con la pronunciación total de lo que representan. Hay, igualmente, ideogramas que o se emplean con signos fonéticos para el final («complementos fonéticos») o llevan tras sí toda la palabra escrita fonéticamente. Gracias a los determinantes se puede saber si un signo está empleado ideográficamente o no: se conocen así los de «rey», «ciudad», «dios del sol», «hombre», «caballo», «yo», pero quedan aún muchos irre-

conocibles. Por tanto, en muchos signos hay que determinar lectura y significación; así, Gelb aprueba la identificación por Bossert del signo VOLUTA con la significación «grande», pero no la lectura *uras*.

Si en las anteriores características del hit. jer. la coincidencia está en general lograda, no ocurre lo mismo en cuestiones tan radicales como la representación de la cantidad vocálica, la distinción de sordas y sonoras y la homofonía. Para Gelb, el hit. jer. renunciaba a la distinción gráfica de la cantidad de las vocales; más adelante veremos la opinión de Bossert en un caso particular, totalmente opuesta. Igualmente, Bossert distingue las consonantes oclusivas sordas de las sonoras, mientras para Gelb estaban indiferenciadas. Tampoco pueden reducirse a la unidad sus opiniones sobre la homofonía: según Gelb, no existe homofonía; para cada consonante no hay sino cuatro signos que la representan de un modo fijo seguida de cada una de las cuatro vocales del hit. jer. *a, e, i, u;* en Bossert, por el contrario, para cada consonante existe un número de signos mayor que la figuran seguida de cualquiera de ellas o sin vocal. Para Güterbock, ambas teorías son útiles como hipótesis de trabajo, siempre que se evite caer en la *petitio principii*, p. ej., cuando Gelb para determinado signo en «caballo», «cuerno», «abundancia» rechaza la lectura *ku*, por existir ya, y le da la de *su* y las lecturas consiguientes *asŭ-(wa)s*, *šurnis*, *šúras* (1), que le confieren precisamente carácter de lengua *satem*, cuando el signo pudo poseer un valor especial y distinto. Además, el propio Güterbock emplea (página 112), dos signos con el valor *wa*, reconociendo algún caso de homofonía. Por otra parte, siguiendo aún a este último autor, Bossert con sus lecturas se acerca cada vez más al lu-

(1) Sobre este punto concreto y, en general, sobre la posición de Gelb ante el hit. jer., cf. su trabajo en colaboración con G. Bonfante, «The Position of «Hieroglyphic Hittite» among the Indo-European Languages», *Journ of the Amer. Orient. Society*, vol. 65, núm. 1 (1945), páginas 169-190, analizado por el autor de esta nota en «Tres momentos de la expansión de las lenguas indoeuropeas por el Asia Anterior», *Humanitas* II (1948), págs. 117-130.

vita, sin que esta semejanza suministre una prueba de la corrección de sus lecturas. La decisión vendrá, naturalmente, de las lecturas de nombres propios.

En el campo gramatical, parece que las frases hasta ahora publicadas no han aportado, como en el de la fonética, ningún dato nuevo y, en cambio, han confirmado plenamente todo lo alcanzado por el método interno. Prolongaría demasiado la extensión de esta nota trazar el cuadro detallado de todas sus particularidades morfológicas, para lo cual remitimos a las obras citadas en la nota precedente, pero no dejaremos sin mencionar algunas de las más destacadas que aparecen en lo ahora descubierto: en la flexión nominal, se conoce casi completo el conjunto de desinencias para los nombres de seres animados, estando mucho más atrasados en lo que respecta a los neutros. Hay terminaciones propias para formar gentilicios, como *-waneas, -wanes, -wanis, -is*. El pronombre pers. de primera pers. es *'amu* en su forma tónica, *-me* y *-mu* en la enclítica. Para pron. pos. de dicha persona sirve *'ames* «mi», según Gelb que recalca expresamente que no se emplean pronombres personales usados enclíticamente, mientras Bossert y otros especialistas creen que el hit. jer. tiene esta práctica en común con el hit. cun. El pron. relativo es *kias* en nominativo y *kian* en acusativo. Empleo pospositivo de las partículas copulativas *-ha, -hawa, -hewa* «y» y de la correlativa *-wa*. En el verbo son pocas las formas empleadas, lo cual depende del tono del texto que narra lo que hizo su autor; es, pues, natural que lo más abundante sean desinencias de pretérito en primera pers. sg. en *-ha* o *-he*, y algunas de tercera del mismo tiempo en *-te* o asibilada en *-za*. Hay también una final de participio pas. en *-mes* y un elemento causativo *-nu(wa)* que intercalado entre un tema y las desinencias le da carácter verbal, p. ej., «hizo grande = engrandeció», «trajo a la vida = vivificó».

Para el léxico, el valor de la bilingüe se revela incomparablemente más alto y positivo que en los dos anteriores aspectos: confirma antiguos significados y corrige otros deducidos de falsas evidencias—*titas* «padre», *aia-* «hacer», *sanawas* «dios»,

karunas «edificio, almacén»—, y da otros completamente nuevos—14—, entre ellos conceptos tan importantes como *lai-* «vivir», *halis* «día», *tenemes* «todo», *apames* «Este», *merisetemes* «Oeste» (o viceversa), *suwa-* «llenar».

El carácter del hit. jer., conocido únicamente por inscripciones tardías del primer milenio a. de J. C.—como ésta de Karatepe—, revela ciertas afinidades con el luvita que pertenece al milenio anterior. Si la lectura y los nuevos progresos confirman esta apreciación, habría que considerarlo, pese a la baja época de sus documentos, como el estadio de transición entre las lenguas anatolias ide. de la gran época y las tardías.

Terminemos el comentario de estos dos trabajos con el dato de que por traer el de Gelb el análisis detallado y comentario de cada una de las palabras que componen las frases conocidas, y el de Güterbock la reproducción de los signos jeroglíficos, son indispensables, con la obra de Bossert, para el conocimiento a fondo del tema.

Un breve y enjuto estudio del propio Bossert (1) constituye una aportación de interés para el conocimiento de los numerales en hit. jer. Tanto en uno como en otro hitita es muy poco lo que se sabe de ellos con seguridad por el hábito de representarlos con signos numerales. (Piénsese igualmente en las escrituras de Creta y Mohenjo-Daro.) Ahora, ha podido identificar el que designa «cinco» que se conocía ya por tres textos, gracias a la interpretación de *usa* = «año», a la que constantemente acompañaba, en la bilingüe de Karatepe. El numeral aparece en la forma *pată/patā*, sin representar la nasal ante dental, como es usual en esta lengua, y con la alternancia de *ă/ā* que Bossert admite. Tenemos así una forma fundamental *panta*, netamente ide., con el consonantismo del griego, es decir, idéntico tratamiento de la labio-velar ante *e*, y el vocalismo del ai. av. y tok. A. Respecto a la cantidad de la final, no voy a terciar en la discusión entre dos conocedores

(1) H. Th. Bossert, «Das hieroglyphenhethitische Zahlwort «Fünf», en *Archiv Orientálni*, vol. XVIII (1950), págs. 123-125 más una lámina.

del hit. jer. como Gelb y Bossert; únicamente aduciré, desde el punto de vista de la fonética ide. comparada, que en todas las lenguas de esta familia el numeral «cinco» se presenta con breve final, lo que induce a pensar que la forma común, **penqŭe*, así la tenía, pero que en ático y dorio, en la composición de la decena se presenta πεντή(-κοντα) y lo mismo en ai. *pañcā-(-çát-)*, lo que representa una posibilidad no desdeñable de fundamentación, aparte de la supuesta por Kretschmer.

La forma *pantā* aparece en un texto perteneciente a Ḫalparunta de Kurkum que se refiere a trabajos realizados en honor del dios Tarḫunt; la *pantā*, en dos textos de Katuŭas de Karquemisa ponderando los edificios que levantó en honor de su venerada madre Ănа y del dios Ăsar(i)luḫas, cuya estatua, por lo demás, se conserva. Bossert ha conseguido fijar las épocas de reinado de ambos dinastas: Ḫalparunta corresponde a la mitad aproximada del siglo IX; Katuŭas, cuyos antecesores son también conocidos, se puede fechar en la primera mitad del siglo VIII. Por tanto, la evolución se ha producido de *pantā* a *pantă*.

Del mismo autor (1), pero sobre una cuestión menos alejada en el tiempo, la lengua de Side en Panfilia, es el otro trabajo que vamos a reseñar. Sabemos por la referencia de Arriano en su *Anabasis*, I 26, 4, que Side se distinguía por una lengua especial, no griega, que se explicaba suponiendo que los fundadores de la ciudad, emigrantes de la Cumas eólica, habían elaborado una lengua propia sin coincidencia con la de los bárbaros limítrofes. Por otra parte, quienes han estudiado el dialecto griego panfilio han llegado a pensar que algunos de sus fenómenos sólo pueden explicarse por la influencia de alguna lengua de sustrato no griega, que bien pudiera ser el sidético. Para determinarlo, se disponía hasta hace poco de un material verdaderamente escaso: un par de palabras —ζειγαρά glosada por Hesychio como = τέττιξ, y σίδη «granada», el emblema parlante de la ciudad—, algunas monedas

(1) H. Th. Bossert, «Scrittura e lingua di Side in Panfilia», *La Parola del Pasatto*, fasc. XIII (1950), págs. 32-50.

de los siglos IV y III en lengua y escritura indígenas, y una inscripción bilingüe, en escritura griega y sidética, llamada de *Artémon* por ser éste el nombre del dedicante, por completo inaccesible al desciframiento, ignorándose incluso la dirección en que tal lengua debía leerse.

Afortunadamente, desde 1949 se posee otra bilingüe en las mismas lenguas, la misma que Bossert ha aprovechado con un método excelente y admirable perspicacia para descorrer el velo que nos ocultaba otra lengua anatólica. Pertenece a la base de una estatua, es de tiempos del emperador Claudio y en ella Ἀπολλώνιος Ἀπολλοδώρου τοῦ Ἀπολλωνίου dedica una estatua suya a todos los dioses, siendo el autor de la misma Μνασέας Ἀρτέμωνος. Como resultado de la comparación de ambas redacciones—la sidética no está completa—se llega a los siguientes satisfactorios resultados: la escritura sidética es *sinistrorsum;* valores puramente alfabéticos para 17 signos; existencia de genitivos en *-as;* aféresis de *a-*, p. ej., *purdur* por Ἀπολλοδώρου; paso de λ a ρ, cf. este mismo ejemplo y la particularidad de ζειγαρά (como en castellano), frente a lat. *cicada* y la forma **cicala* presupuesta por fr. *cigale,* prov. e it. *cigala.* La aplicación de los valores así obtenidos a la bilingüe ya existente de Artémon le ha permitido obtener nuevos valores, presumir la existencia de un dativo sg. fem. en *-ā*, así *θanā* por Ἀθηνᾳ, y la elisión de las vocales internas como *artmun* = Ἀρτέμων, *θanp* = Ἀθήνιππος, fenómenos que aparecen también en las lenguas ide. recientes del Asia Menor, especialmente en el licio y lidio, y algunos de cuyos rasgos, como la aféresis, se observa también en el dialecto griego panfilio. Sólo el estudio de nuevas inscripciones podrá fortalecer la sospecha de que este dialecto fué influído por la lengua sidética indígena.

En resumen: podemos concluir la existencia de una escritura puramente alfabética, de la que se conocen ya unos 24 signos, relativamente reciente, de mediados del primer milenio o poco anterior, contemporánea de las licia y lidia y, como ellas, constituída por signos de origen griego y otros de procedencia desconocida.

Es de esperar que no sea éste el último hallazgo de Bossert en ese inmenso archivo de lenguas, escrituras y civilizaciones de la Antigüedad que es la península anatolia.

BENITO GAYA NUÑO.

STUDI SULLA SPAGNA BIZANTINA

La storia della dominazione bizantina nella Spagna visigotica non ha ancora trovato una sistemazione definitiva. I pochi specialisti in materia non hanno finora raggiunto l'accordo né sulla sua durata, né sulla sua estensione, né infine su una sua obbiettiva valutazione. Così per esempio, per limitarci alla durata, mentre oltre cent'anni fa lo Aschbach le assegnava 80 anni in cifra tonda (1), l'Ostrogorsky, a cui la bizantinologia deve la più recente e completa Storia dell'Impero d'Oriente, la minimizza riducendola a soli 31 anni (554-585) (2). Ed effettivamente se è facile fissare il «terminus a quo» della dominazione bizantina (l'appello ai Bizantini del ribelle Atanagildo, 554), non altrettanto facile risulta fissare un «terminus ante quem», per non parlare di una data esatta, per la sua cessazione.

Ancora dieci anni fa il Lot deplorava la mancanza di un lavoro speciale sulla Spagna bizantina (3); la «queja» era ben giustificata, e ci fu chi la raccolse. In una serie di saggi appar-

---

(1) J. ASCHBACH, *Geschichte der Westgothen* (1827), p. 193 (opera classica al suo tempo, ora interamente superata); cfr. pure F. DAHN, *Die Könige der Germanen*, V (1870), p. 185; SCHÖNFELD, in Pauly-Wissowa, *Real Encycl. der Altert.*, Suppl. III (1918), s. v. Goti, coll. 839-845.

(2) G. OSTROGORSKY, *Gesch. des byzantinischen Staates*, Munich (1940), p. 48 ss.

(3) F. LOT, PFISTER, F. GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I *(Les destinées de l'Empire en Occident de 395 à 888)* I *partie: de 395 à 768*, Paris (1940), pp. 171 ss.

si sulla «Revue des études byzantines» sullo scorcio della seconda guerra mondiale e nell'immediato dopoguerra il bizantinista francese Paul Goubert, S. J., porta alla conoscenza dell'argomento un contributo veramente essenziale, che, si può ben dire, colma la lacuna deplorata dal Lot e fornisce tutti gli elementi analitici necessari per una sintesi non gettata in aria (un anno di analisi per un'ora di sintesi deve essere la divisa dello studioso serio). Crediamo pertanto di far cosa grata non soltanto all'esigua schiera dei bizantinisti spagnuoli, ma anche a una più larga cerchia di studiosi riassumendo nella presente rassegna i risultati dei saggi del Goubert (1).

Il G., utilizzando con diligenza e acume la documentazione e la letteratura, non copiose, sul periodo visigoto-bizantino (2), indaga nel suo primo saggio lo stabilirsi dei Bizanti-

---

(1) PAUL GOUBERT, S. J., *Byzance et l'Espagne wisigothique*, in *Etudes byzantines*, t. II (1944), Bucarest, 1945, pp. 5-78. Per conoscenza degli studiosi non bizantinisti aggiungeremo che le *Etudes byzantines* pubblicati a Bucarest dal 1943 al 1948 e poi a Parigi, sono la continuazione degli *Echos d'Orient*, organo dell'Institut Français d' études byzantines, pubblicato in 39 volumi dai benemeriti Pères Assomptionistes de Kadi-Köy (l'antica Calcedone, sulla riva asiatica del Marmara, di fronte a Costantinopoli). I tempi calamitosi costrinsero l'Institut a trasferire la sua sede due volte in dieci anni, prima da Kadi-Köy a Bucarest, poi da Bucarest a Parigi, ove giova sperare che alfine al riparo da vessazioni fiscali, da ventate di xenofobie nazionalistiche e da odiose intolleranze ideologiche, sotto il segno spirituale del grande Diehl, principe dei bizantinisti francesi, spentosi nel 1944, potrà svolgere in pace la sua nobile attività, a vantaggio della scienza e della civiltà. L'«Instituto Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas potè ricevere soltanto ora l'intera collezione delle *Etudes byzantines* e questa circostanza valga a giustificare il ritardo della presente segnalazione.

(2) Il GOUBERT, informatissimo e aggiornatissimo, dimostra di ignorare l'esistenza del III vol. della *Historia de España* diretta dal MENÉNDEZ PIDAL (ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1940), che d'altronde tratta in modo affatto sommario la dominazione bizantina in Spagna. Anche altri importanti contributi spagnuoli sono ignorati dal G. e il notevole articolo di ANTONIO TOVAR, «La cuestión bizantina ante nuestros investigadores en historia eclesiástica» *Correo Erudito* (1940), pp. 33-35, potè dal G. essere utilizzato solo nella parte conclusiva

ni nella penisola sotto Atanagildo (554-567) (1), la reazione e la vittoria del nazionalismo visigotico-ariano sotto Leovigildo (568-586); il regresso del pericolo bizantino sotto Recaredo, il «Clodoveo spagnuolo» (586-601), che con la sua conversione al cattolicesimo tolse a Bisanzio l'arma migliore della sua «crociata» contro i Visigoti, quella della difesa dell'ortodossia; infine l'agonia della dominazione bizantina sotto Witerico il regicida (603-610), Sisebuto, liberatore e unificatore della Spagna (612-621) e Suintila (621-631), che verso il 625 cacciò i Bizantini dal loro ultimo baluardo, l'Algarve. Ma la riconquista visigotica non fu mai completa, perché le Baleari e forse anche qualche base mediterranea della penisola rimasero in potere dei Bizantini fino all'invasione araba (711).

Il G. paragona questo periodo a un dramma antico in 5 atti e con due scene di tradimento o almeno di ricorso allo straniero (rispettivamente l'aiuto richiesto da Atanagildo a Giustiniano contro Agila e l'invio a Bisanzio da parte di Ermenegildo di San Leandro, vescovo di Siviglia e fratello di

---

dell'ultimo articolo. Non si devono però dimenticare, nel rilevare queste lacune bibliografiche, le eccezionali circostanze di tempo e di luogo (a Bucarest, durante la guerra mondiale!) in cui il G. dovette effettuare le sue ricerche.

(1) Il glorioso vocabolo «Reconquista», che nella storiografia spagnuola ha un'accezione e un uso ben definiti nel tempo e nello spazio, viene dal G. impiegato per designare le guerre di Giustiniano per ricuperare il mondo mediterráneo occidentale, già nucleo dell'Impero Romano. Ma come si può parlare di «reconquista» bizantina, se la Spagna non aveva mai fatto parte dell'Impero d'Oriente? Evidentemente nel senso che quest'ultimo, erede e continuatore dell'Impero Romano, nella sua complessità, rivendicava i diritti al possesso delle terre d'Occidente che già avevano fatto parte di esso. Potrebbe anche giustificarsi tale uso nel senso di «reconquista» di una provincia cristiana gravemente minacciata dall'eresia ariana dei dominatori visigoti, e sua riunione al mondo dell' ortodossia cristiana di cui Bisanzio era spada e scudo. Resterebbe a vedere (e resterà probabilmente problema insolubile) se gli Ispano-Romani videro nei Bizantini dei «crociati» accorsi in aiuto della loro ortodossia minacciata o semplicemente un nuovo invasore «additus» all'antico.

San Isidoro, per implorare l'aiuto di Tiberio II e Maurizio contro le persecuzioni di suo padre Leovigildo, press'a poco —significativa coincidenza—nel tempo in cui San Gregorio Magno, amico di San Leandro, veniva inviato da Papa Pelagio II a perorare presso l'imperatore Maurizio una protezione armata della città di Roma contro le persecuzioni ariane dei Langobardi). Ma questa schematizzazione del periodo visigotico-bizantino in 5 atti, e soprattutto quest'assimilazione di una guerra così fiacca di condotta a una tragedia greca riuscirà forse suggestiva ad alcuni, ma non è fatta per persuadere i più. Il G. si è forse qui lasciato troppo influenzare da quella esigenze di ordine e chiarezza che sono le felici caratteristiche, ma qualche volta anche le limitazioni della divulgazione scientifica francese (e «absit iniuria verbo», chè nel caso attuale non si tratta certo di «divulgazione» nel senso deteriore, ma di valido contributo scientifico).

Il G. riconosce tuttavia all'effimera dominazione bizantina in Spagna notevoli ripercussioni sulle ulteriori sorti della storia e della civiltà ispaniche. Vogliamo citare le parole conclusive di questo primo saggio, che anticipano le conclusioni degli altri saggi (1): «Quelle part aura Byzance dans l'effondrement wisigothique sous les coups des cavaliers arabes? Certains ont prétendu que les mesures antisémitiques prises sous son influence ont favorisé la conquête de la péninsule: cela n'est pas prouvé. En tout cas, détachée de Byzance, l'Espagne se pénètre toujours de civilisation byzantine. L'Eglise catholique, par les conciles nationaux de Tolède, adapte à son génie national les grands principes du code Justinien. Si, malgré l'occupation de sept siècles par les Arabes, la péninsule est restée un pays profondément latin, c'est en grand partie à l'Eglise catholique, et indirectement à l'ancienne et à la nouvelle Rome, qu'elle le doit».

Conclusioni moderate, ragionevoli, che non sopravvalutano (com'è spesso vezzo degli specialisti innamorati del loro

---

(1) *Art. cit.*, p. 78.

argomento) e d'altra parte non sottovalutano l'importanza del fatto storico preso in esame; pertanto conclusioni perfettamente accettabili.

* * *

Ma, come spesso succede che la pasta lieviti e cresca tra le mani al panificatore, così nel campo degli studi una prima ricerca ben circoscritta a un solo aspetto di un problema finisce per fornire lo spunto a tutta una serie di monografie, che poi potrebbero richiamarsi a unità, con qualche ritocco e aggiunta, in un vero volume d'assieme. E questo è precisamente il caso degli studi sulla Spagna bizantina del dotto bizantinista francese; il primo saggio sui rapporti militari e diplomatici dei sovrani di Bisanzio coi re visigoti si è successivamente allargato e approfondito in una completa indagine sull'organizzazione civile, militare, ecclesiastica della Spagna bizantina.

La prima parte di queste nuove ricerche si propone di ricostruire la successione e il profilo dei vari governatori che si avvicendarono nella Spagna bizantina (1). Il primo di essi fu certamente il nonagenario patrizio Liberio, nato in Italia verso il 465, ministro di Odoacre e di Teodorico, inviato da Teodato nel 534 a Cospoli per far giustificare e legittimare la sua usurpazione e successivamente utilizzato da Giustiniano, pur non essendo uomo d'armi, ma di finanza amministrativa, per la sua impresa spagnuola. Una simpatica ed energica figura di vecchio romano nei confronti della quale è unanime il giudizio favorevole dei contemporanei, da Procopio a Cassiodoro. Il G. gli assegna per il suo governo nella Spagna bizantina il periodo 551-554.

Dopo di lui le fonti non nominano altri governatori della Spagna bizantina fino a quel Comentiolus che un'iscrizione la-

---

(1) P. GOUBERT, «L'administration de l'Espagne byzantine: I. Les Gouverneurs de l'Espagne byzantine», *Etudes byzantines*, III (1945), pp. 127-142.

tina (1) chiama «patricius et magister militum Spaniae» e su cui scarsi e contraddittori sono i dati. Il patrizio Comentiolus avrebbe governato dal 589 circa alla fine del VI sec., commettendo gravi abusi di autorità soprattutto verso le gerarchie ecclesiastiche spagnuole, tanto da provocare la più viva reazione diplomatica del papa San Gregorio Magno. Anche le fonti orientali (greche), conoscono un Comentiolus contemporaneo del governatore bizantino in Spagna e gli attribuiscono notevole importanza nelle guerre d'Oriente, ma ignorano ogni suo rapporto con la Spagna. Il G. affronta la spinosa questione dell'identificazione dei tre Comentiolus che le fonti ci presentano, il magister militum Spaniae, il dux Malacitanus, il magister militum d'Oriente, e dimostra con copia di argomenti, sforzandosi di superare le gravi difficoltà soprattutto cronologiche, che in sostanza nessuna incompatibilità esiste perchè si tratti sempre dello stesso e unico personaggio.

Nuovamente tacciono le fonti dopo Comentiolus fino al patrizio Caesarius, che sotto l'imperatore Eraclio comandò l'armata bizantina contro il re visigoto Sisebuto, verso il 615, e che vari bizantinisti includono nell'elenco degli esarchi d'Africa, ritendo improbabile che i modesti possessi bizantini in Spagna in quest'epoca formassero oggetto d'un'amministrazione autonoma. Il G. inclina a credere che Cesario non fosse esarca bizantino di Cartagine (naturalmente Cartagine d'Africa), ma semplicemente «magister militum Spaniae», dall'esarca distaccato con qualche contingente militare a difendere i residui possessi bizantini di Spagna.

Quarta ed ultima figura di governatore bizantino presa in esame dal G. è quella del conte Julianus, di cui tutto è incerto, il nome (Julianus o Olianus o Ulbanus?), la nazionalità (bizantino, visigoto, berbero?), l'identità, l'attività, tranne il fatto incontrovertibile che fu l'ultimo governatore bizantino in Africa, con il vano titolo di esarca e giurisdizione territoriale ormai ristretta alla sola Ceuta (Septem dei Bizantini).

* * *

(1) HUEBNER, *Inscript. Hisp. Christ.*, p. 57, n. 176.

La seconda e ultima parte di queste nuove ricerche del G. sull'amministrazione della Spagna bizantina riguarda le province (1). Alla fine della dominazione romana la penisola iberica, com'è noto, comprendeva sette province (Tarraconensis, Carthaginiensis, Baetica, Lusitania, Gallaecia, Insulae Baleares, Tingitana) raggruppate in una diocesi; ordinamento che Giustiniano avrebbe certamente restaurato se fosse riuscito a conquistare tutta la Spagna. La Spagna bizantina costituiva una sola o due province? Contro il noto passo di Isidoro di Siviglia, che accenna a «duo patritii, qui ad utrumque mare pro rata portione res gerebant pro romanis» (2), suggerendo la divisione della Spagna bizantina in due province, una mediterranea e una atlantica, il G. ritiene l'amministrazione della Spagna bizantina concentrata nelle mani di un solo governatore avente la sua residenza in Cartagena, unica capitale. Il che non esclude, evidentemente, che i governatori bizantini che si succedettero in Spagna tra il 550 e il 624 avessero alle dipendenze dei «duces» e «judices» con giurisdizione e poteri più ristretti. Altrettanto incerte sono le testimonianze sui rapporti tra la Spagna bizantina e l'Africa bizantina. Il Diehl, nella sua classica opera sull'Africa bizantina, basandosi su una testimonianza di Giorgio di Cipro (importante, perchè contemporanea) opina che la Spagna bizantina con Septem (Ceuta) e le Baleari formasse una provincia dipendente dall'alto comando bizantino stabilito a Cartagine (d'Africa), sotto il nome di Mauritania seconda. Il G. smantella il valore della testimonianza di Giorgio di Cipro, il quale, pur scrivendo tra il 602 e il 605, sembra pressochè ignorare la estensione della conquista bizantina in Spagna. Giorgio di Cipro assegna

---

(1) P. GOUBERT, «Administration de l'Espagne Byzantine (suite).—II. Les Provinces.—III. Les Capitales.—IV. Les Villes.—V. Les Diocèses de l'Espagne byzantine», *Etudes byzantines*, IV (1946), pp. 71-110.

(2) J. DE MARIANA, S. J., *Historiae de rebus Hispaniae* libri XXV, Toledo (1592), V. pp. 244-245. La classica opera del dotto gesuita spagnuolo fu, com'è noto, più volte ristampata in traduzioni castigliana e catalana e con aggiornamenti, ma non più nell'originale latino.

infatti alla Mauritania seconda solo tre territori iberici, Maiorca, Minorca e un'enigmatica citta spagnuola chiamata *Mesopotamenoi*, il cui nome ricorre pure nelle «Notitiae Graecorum episcopatum a Leone Sapiente ad Andronicum Palaeologum» e attrasse l'attenzione di Antonio Tovar nel citato articolo, venuto a conoscenza del G. quando lo studio che veniamo riassumendo era già in corso di stampa, ma dal G. recensito con lode nelle stesso numero della rivista bizantina ove pubblicò lo studio (1). Il G. inclina a credere che solo dopo la riconquista bizantina (624-634) i residui dei possedimenti bizantini in Spagna furono aggregati alla Mauritania seconda e così incorporati all'esarcato di Cartagine (d'Africa). Viceversa Ceuta e la Tingitana non appartennero mai alla Spagna visigotica, tranne durante l'effimera conquista del re visigoto Theudis; esse rimasero bizantine fino alla conquista araba e precisamente dal 534 al 711.

Il G. passa in rassegna le alterne vicende delle due capitali bizantine, Corduba, che fu l'originaria capitale dal 567 al 572, e Carthago Nova o Carthago Spartaria (Cartagena), che la rimpiazzò, e rimase in possesso dei Bizantini molto a lungo, forse fin verso il 622 o 624 (conquista e sacco da parte dei Goti); quindi le vicende delle seguenti altre città: Acci (odierna Guadix), Astigi (Ecija), Basti (Baza), Carteia Dianium (Denia), Egabro (Cabra), Iliberri (Karmattah dei Fenici, Medina El Bira o Elvira degli Arabi, Granada odierna), Illici (Elche), Ilipla o Elipla (Niebla), Malaga, Mentesa (Oringi di Tito Livio, Oningi di Plinio il Vecchio, odierna La Guardia), Ossonoba (Faro), che con l'Algarve appartenne ai Bizantini fino al 634, le Isole Baleari, che, come si disse, dopo il 624 furono inglobate nella Mauritania Seconda e annesse all'esarcato di Cartagine.

Il G. chiude l'esauriente trattazione con uno studio sulle diocesi della Spagna bizantina. Arduo, per l'estrema penuria di documentazione, identificare le diocesi della Spagna visigotica-bizantina, ancor più arduo distinguere con sicurezza le

(1) *Etudes byzantines*, IV (1946), pp. 287-289.

diocesi visigote da quelle bizantine. Nè i due codici escorialensi con le liste dei seggi episcopali, ma senza distinzione dei visigoti e dei bizantini, né l'opera geografica di Giorgio di Cipro possono venirci in aiuto. Più utili indicazioni possono invece fornirci i nomi dei titolari di diocesi presenti o assenti ai vari concilî di quel periodo: III di Toledo (589), I di Siviglia (590), II di Siviglia (619), IV di Toledo (633). Da essi chiaramente risulta che dopo il III concilio di Toledo rimanevano binzantine cinque diocesi della provincia Cartaginese (Bigastrum, Carthago Nova, Dianium, Ilici, Urci), tre della provincia Betica (Abdera, Assidonia, Málaga) e una della provincia Lusitana (Ossonoba): in totale 9 vescovati sugli 80 che contava la penisola a quest'epoca, escluse le Baleari, che dipendevano ecclesiasticamente dalla Sardegna. La separazione di Cartagena bizantina dal resto della Spagna visigotica servì d'altronde a rinsaldare la supremazia del vescovato di Toledo, il cui titolare fu da quel momento primate di tutta la Spagna.

* * *

L'ampia ricerca del G. trova la sua logica conclusione in un'articolo ove si studiano le molteplici influenze bizantine sulla Spagna visigotica: influenze che si esercitarono sulle istituzioni, sulla politica, sulla chiesa visigotiche (1). Nel campo istituzionale sopravvissero funzioni e dignità bizantino-romane fino al X secolo; ma ancor più vive furono le influenze bizantine nel campo della legislazione, anche dopo l'abrogazione ufficiale del Codice Giustinianeo per opera di Recesvinto. Nel campo politico alcuni vollero vedere un'influenza bizantina (Eraclio) nell'antisemitismo dei sovrani visigoti. Infine fortissime e durevoli furono le influenze bizantine sulla chiesa

(1) P. GOUBERT, «Influences Byzantines sur l'Espagne Wisigothique.—I. Influences sur les Institutions.—II. Influences Politiques. III. Influences sul l'Eglise Wisigothique d'Espagne», *Etudes byzantines*, IV (1946), pp. 111-133.

visigotica di Spagna. La liturgia visigotica è affatto simile alla romana, ma con larghe infiltrazioni orientali-costantinopolitane. I Visigoti stessi del resto, come i loro confratelli Ostrogoti, venivano dall'Oriente e il loro arianesimo conteneva numerosi elementi orientali-bizantini. Il G. allega probanti esempi di analogia della liturgia visigota con quella bizantina. Un suggestivo parallelo viene stabilito tra i concili toledani e quelli bizantini per giungere alla conclusione che in Spagna lo Stato visigoto era debole, ma la Chiesa forte, ben organizzata e non incrinata da eresie, il che permise, sia pure a distanza di secoli, la «reconquista», mentre nell'Impero Bizantino la Chiesa, dilaniata da eresie e asservita all'assolutismo imperiale, non ebbe di fronte all'Islam trionfatore la stessa forza centripeta di raggruppamento di energie, di reazione ortodossa e nazionale. Il G. sottolinea la bontà dei rapporti tra i vescovi di Siviglia e Toledo da una parte e il patriarca di Bisanzio dall'altra alla fine del VI secolo. Però severo giudizio dà Sant'Isidoro sull'imperatore Giustiniano, reo di aver abbracciato l'eresia degli Acefali; il santo ispalense con la sua dottrina indusse il vescovo siriano Gregorio, principale sostenitore di essa, ad abiurarla.

Insomma ben fu rilevato che fu soprattutto la conformità religiosa tra gli Ispano-Romani e i Bizantini di fronte all'arianesimo visigoto a rendere più strette le relazioni ispano-bizantine, laddove la conversione di Recaredo al cattolicesimo tolse all'Impero Bizantino ogni ragione d'intervento in una Spagna ormai politicamente e religiosamente unificata, mettendolo nella luce di intruso e attentatore all'unità e libertà del Paese. Ma i tre quarti di secolo di dominazione bizantina su qualche provincia meridionale bastarono, secondo il G. (ed è questa la più importante conclusione a cui convergono le varie articolazioni delle sue ricerche sulla Spagna bizantina) a lasciare impronta profonda a Siviglia e Toledo, «les foyers intellectuels les plus florissants après Byzance», e a dare alle provincie Betica e Cartaginese del VII secolo nella Spagna «le rôle civilisateur» della 'Provincia' nella Gallia romana; cosicché il «secolo di Sant'Isidoro» nell'Estremo Occidente d'Europa non

sarebbe che un'eco lontana del «secolo di Giustiniano» nell'Estremo Oriente della stessa. E qui forse si potrebbe rilevare una certa tendenza a sopravalutare l'influsso della tradizione bizantina, in realtà ben limitata nel tempo e nello spazio, a detrimento della secolare e solidissima tradizione della lingua, fede, civiltà romane, roccia invitta che trionferà dei flutti dell'Islam.

Il G. con i suoi studi sulla Spagna bizantina ha benemeritato non solo della bizantinologia, ma anche della storiografia ispano-visigotica e il suo contributo resterà fondamentale per qualunque futura opera di sintesi nei campi delle due civiltà, bizantina e spagnuola.

L. PREVIALE.

Reseñas de libros.

HANS KRAHE.—*Die Indogermanisierung Griechenlands und Italiens.* Vorträge und Studien zur idg. Sprachwissenschaft, Namenforschung und Altertumskunde. Heidelberg, 1949, Carl Winter. 60 páginas.

En las dos conferencias reunidas en este libro *(Die Indogermanisierung Griechenlands,* pgs. 7-30, y *Die Indogermanisierung Italiens,* páginas 31-59), el profesor H. Krahe nos da una exposición de conjunto, desde su punto de vista autorizado, del estado actual de la investigación de la prehistoria de Grecia y de Italia, sentando algo así como una base para reanudar la labor científica tras el vacío que la situación alemana en los últimos años de la guerra y en la postguerra había producido en toda la lingüística y filología clásica.

Dado el estilo conferencístico en que están concebidos los dos opúsculos, el autor se limita las más de las veces a exponer resultados, citando otras los elementos de juicio y construyendo sobre ellos, pero sin entrar nunca en la discusión de los problemas. Por eso, la recensión ha de atender ante todo a dar una idea de la síntesis total.

Procediendo de lo antiguo a lo moderno, esto es, de lo conocido a lo desconocido—conforme al único método lícito en este campo científico—, Krahe reconstruye en la primera de las conferencias la prehistoria de la Hélade. Las aficiones y el interés personal del autor por los problemas ilirios aparecen bien patentes desde el primer momento. Recogiendo ideas hoy ya generalmente aceptadas, Krahe considera a los dorios como el producto de la mezcla de estirpes ilirias que llegan al N. W. de Grecia a fines del II milenio con las griegas que, rezagadas, se encontraban allí en esa fecha. Los ilirios son el engranaje que enlaza la última prehistoria griega con la europea en general y la de Italia en particular. Las invasiones griegas que precedieron a la de los dorios son para Krahe dos, jonios y aqueos, cosa que da por segura, a pesar de los problemas que presenta la segunda de ellas, sin bosquejar siquiera una demostración. Sin duda, no se le oculta a Krahe la dificultad de los problemas prehelénicos y por ello procede en este punto con toda cautela evitando un radicalismo hoy

por hoy injustificado, lo cual no es obstáculo para que dé cabida a las ideas de Georgiev—en su conjunto acertadas, a nuestro parecer—sobre un sustrato indoeuropeo pregriego, bastante bien definido fonéticamente, que para Krahe fué absorbido por los egeos, dejando sólo leves huellas de su existencia.

La segunda conferencia, consagrada a la indoeuropeización de Italia, constituye una exposición mucho más detallada y penetrante. Krahe cuenta con un sustrato meridional relacionado con el Egeo, otro septentrional que identifica con los ligures—los cuales no son indoeuropeos, pues las inscripciones lepónticas no son ligures, sino celtas—y, por fin, otros sustratos de áreas más reducidas como el de los Sicanos, sin duda procedentes de Iberia. Para Krahe, los etruscos proceden de Oriente y llegan a Italia cuando los pueblos indoeuropeos ya se han asentado en ella. Lo más interesante es, sin duda, la exposición de la indoeuropeización de Italia en función de la expansión de los ilirios y a la luz de los resultados obtenidos principalmente por Altheim en el estudio de las inscripciones eugánicas de la Val Camonica. Los itálicos (latino-faliscos y osco-umbro-sabélicos) se encontraban todavía en el Norte de Italia cuando irrumpen los ilirios, que les ponen en movimiento hacia el Sur, mezclándose en buena parte con ellos, al igual que ocurre en Grecia con los dorios, y arrinconando a los eugáneos en los valles de los Alpes. Por la mezcla de ilirios y latinos se explican las semejanzas del véneto con el latín y los rastros vénetos en el Lacio *(Venetulani, Caruentum)*. También los otros itálicos arrastran consigo grupos ilirios (toponimia, onomástica, religión), a los que se suman los que se extienden desde el otro foco ilirio de la costa del Adriático que había pasado a Italia a través del canal de Otranto. Una ojeada a la colonización griega y a las invasiones celtas completa la excelente vista panorámica de la indoeuropeización de Italia en la que el Prof. Krahe se basa en resultados suficientemente seguros, sin confiar en hipótesis como la de los sículos y protolatinos de Devoto.

La exposición autorizada de Krahe nos parece digna de confianza en general y sólo hemos de formular algún reparo de detalle. Entre el vocabulario atribuído a las poblaciones pregriegas encontramos algún término en que tal atribución es muy dudosa, como κέραμος (pg. 21), πρεσβευτής (pg. 22). Lo mismo opinamos de Ἑρμῆς (pg. 23), cuya interpretación como «el dios del montón de piedras» por el griego cuadra perfectamente con los datos religiosos del problema (Nilsson), y de Ἀπόλλων, sobre cuya procedencia asiánica reciente (en pleno II milenio) no puede caber duda después de los trabajos de Hrozny, Chantraine y Nilsson.

La síntesis total constituye un esfuerzo notable por construir sobre base lingüística historia cultural y por presentar la prehistoria griega

e itálica dentro del marco general de los movimientos de pueblos indoeuropeos de comienzos y de finales del II milenio a. C. Sobre todo, como era de esperar en un especialista en cuestiones ilirias, Krahe muestra empeño especial en desplegar ante nuestra vista toda la enorme importancia que este oscuro pueblo indoeuropeo tuvo en la prehistoria europea, sobre la base de su identificación con la cultura de los «campos de urnas» (Urnenfelder), identificación justificada por el hecho de que las irradiaciones de dicha cultura alcanzan todas las regiones en las que aparecen topónimos ilirios y, viceversa, faltan donde también faltan estos topónimos. No obstante, Krahe se deja llevar por este entusiasmo por los ilirios, llegando a afirmaciones que, si no son absurdas, son por lo menos hipótesis totalmente indemostrables. Porque, dado lo poco que conocemos de los ilirios—apenas unos cuantos nombres propios y unas piezas de cerámica—, el hecho de que se rastreen huellas de ilirios en Esparta y en el mismo Lacio no es base suficiente para atribuir al fermento ilirio de Roma y de Esparta la organización política peculiar en estas ciudades: «Ohne die Illyrier kein Rom und kein Römertum—und ohne die Illyrier kein Sparta un kein Doriertum!» (pg. 14).

En todo caso, estos dos opúsculos de Krahe tienen el mérito de poner de relieve dentro de un marco general el importantísimo papel que los ilirios desempeñaron en la prehistoria—o mejor, en la protohistoria—de Grecia y de Italia. Los ilirios están de moda, pero lo están justificadamente.

MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ.

LUIGI HEILMANN.—*Camito-semitico e indoeuropeo. Teorie e orientamenti.* «Studi e Ricerche», II. Bologna, 1949. Dott. Cesare Zuffi, Editore.

Desde el nacimiento mismo de la lingüística comparada en la primera mitad del siglo XIX, la investigación del parentesco del tronco lingüístico indoeuropeo con el semítico no ha cesado su curso, si bien por un cauce subterráneo, mirada siempre con desinterés, sino con desprecio u hostilidad, por parte de los comparatistas que trabajaban en los terrenos bien acotados y más seguros del indoeuropeo o del semita. En nuestro tiempo, la lingüística comparada, ya de vuelta del positivismo de los neogramáticos, que asignaban a la comparación como única misión la de restituir el indoeuropeo y la de trazar la evolución desde ese estado restituído hasta la fase histórica de cada una de las lenguas, vuelve con un método más elaborado y más seguro a las investigaciones glotogónicas. Dentro de esta tendencia, mientras que unos creen que la interpretación genética del indoeuropeo sólo

es posible—dado el estado de nuestros conocimientos—a partir del indoeuropeo mismo, otros lingüistas no han vacilado en acometer de un modo decidido y sistemático la comparación del indoeuropeo con otros troncos lingüísticos, especialmente con el fino-ugrio y con el camito-semítico.

A trazar una historia de los plateamientos de la cuestión del parentesco del indoeuropeo con este último grupo de lenguas y de los métodos aplicados a su estudio, dedica Heilmann la monografía que reseñamos, notable por la perfecta sistematización de la exposición, por las consideraciones metodológicas y críticas y por la completisima documentación que maneja y que con la indicación precisa de su contenido figura en las notas a los lugares correspondientes.

En un primer capítulo (I. «La teoria della affinità radicale») Heilmann trata del período preascoliano, en el que ya von Raumer (imposibilidad de comparar elementos gramaticales y, por consiguiente, limitación a los lexicales) y Delitsch (comparación, no entre la lenguas derivadas, sino entre el indoeuropeo y el semítico restituídos por la comparación) y otros, basando siempre su análisis en la teoría del monosilabismo de la raíz semítica, intentan sentar bases metódicas para la investigación, que, sin llegar a resultados positivos, termina con el escepticismo de Fr. Müller o la negación de todo parentesco por Schleicher.

Sólo el anhelo de encontrar en un pasado lejano un mismo punto de arranque de los dos troncos lingüísticos—y para entonces también raciales—pudo animar a Ascoli, judío de nacimiento y de religión, a volver sobre la difícil cuestión (cap. II), en la que sus trabajos señalan una nueva etapa por asentar la comparación sobre firmes bases metodológicas: hay que partir del estado restituído por la comparación dentro de cada familia y se trata de establecer la existencia de una misma estructura morfológica para la época de comunidad y una serie suficientemente numerosa de correspondencias fonéticas. Un buen sentido histórico lleva a Ascoli a utilizar para la comparación, no la declinación nominal indoeuropea, sino la pronominal sánscrita, mucho más arcaica, y a lograr establecer para la época de comunidad «ariosemítica», una flexión rudimentaria con sólo nominativo y acusativo, con dual y plural, a estudiar la reduplicación como procedimiento formativo en ambas familias de lenguas y a verificar, por el análisis morfológico de los elementos añadidos, la identidad de estructura entre las raíces indoeuropea y semítica.

En nuestra época (cap. III) ya no existe ciertamente el alto grado de hostilidad y de desinterés que motivaron el silencio posterior de Ascoli. A nuestro siglo pertenecen ya los estudios ambiciosos de Möller, y aunque no se comparta el optimismo de Cuny, no hay que olvidar que la voz prestigiosa y ponderada de Meillet no ha negado

la posibilidad de esta comparación sobre las bases sentadas por Ascoli. La teoría de las laringales ocupa el primer plano del interés gramatical en la Lingüística indoeuropea y tal vez—aunque estemos lejos de la certeza—haya en ellas un punto de contacto entre las dos familias lingüísticas. Ultimamente la cuestión se ha complicado con la tendencia a considerar sólo afinidad por contacto (Pisani, Devoto), lo que muchas veces se consideraba parentesco.

No cabe duda de que la comparación indoeuropeo-semítica opera hoy con un método notablemente perfeccionado. Pero la verdad es que una ciencia necesita no sólo métodos, sino también datos. Y éstos, en esta cuestión, son tan escasos y de tan poco valor, que puede justificarse el escepticismo en cuanto a los resultados y no habrá que extrañarse si el cultivo de esta rama de la lingüística comparada sigue sin atraer a la masa de los lingüistas. Para unos y para otros, la exposición de Heilmann, con su crítica acertada y su razonable entusiasmo, sirve de excelente orientación.

M. S. RUIPÉREZ.

Ilias Atheniensium. The Athenian Iliad of the Sixth Century B. C., edited by GEORGE MELVILLE BOLLING, published by the American Philological Association with the cooperation of The Linguistic Society of America, 1950.

No hace mucho recogíamos en estas páginas el deseo expresado por un maestro de que se hagan ediciones que representan el estado de un texto en tal o cual momento de su historia: Sófocles según Triclinio, por ejemplo. Precisamente una empresa así es la que intenta el Prof. Bolling, conocido desde hace tiempo por obras dedicadas al problema del texto homérico (*The external evidence for interpolation in Homer*, Oxford 1925, *The athetized lines of the Iliad*, Baltimore 1944). El presente libro es una reproducción del texto de Allen dejando al pie de la página los versos que por un motivo u otro se consideran interpolados.

Los criterios del autor, expuestos en sus obras anteriores, sirven de fundamento a la arriesgada empresa. Al iniciarla, queda definida la posición de que arranca la misma. Es evidente que Bolling sigue con Bentley y Wolf, Hermann y Lachman, Cauer y Kirchhoff, considerando en sustancia real la historia de la redacción de la *Ilíada* en Atenas en el siglo VI. Muy feliz es la fórmula que cita el autor sacada de Rhys Carpenter: «... if antiquity had neglected to record for us the Peisistratean recension of Homer, we should have to invent it for ourselves as a hypothesis essential to explain the facts...». A pesar de los ataques que contra esta teoría se formulan por Ludwich,

Wilamowitz, Ed. Meyer, y de que se halle para muchos tan desacreditada («zum Glauben an die Peisistratosredaktion bekennt sich heute mehr ein ernsthaft zu nehmender Forscher», escribe en su *Literatur*, I, 1, pg. 161, W. Schmid).

Sin embargo, Bolling se basa en la tradición papirácea, a juzgar por la cual es sólo hacia el año 150 a. C. cuando se fija el texto homérico con un número de versos parecido al que ha pasado a la tradición manuscrita, sin que tengamos esos versos añadidos de los papiros anteriores y de las citas en los escritores antiguos. Los papiros posteriores a esa fecha se repiten («more alike than peas in a pod», escribe Bolling, pg. 3), y, evidentemente, repiten una tradición fijada uniformemente, una vulgata. Ahora bien, Bolling se funda en la coincidencia de estos tres hechos: ausencia de un verso en Aristarco, ausencia en estos papiros, ausencia de apoyo sólido en la tradición manuscrita medieval. Por consiguiente, la vulgata se remonta al trabajo crítico de Aristarco. El autor, con Chantraine, supone que Aristarco es el que ha fijado la vulgata que ha llegado a nosotros (Bolling la llama Alpha Text o vulgata alejandrina), la cual estuvo precedida por otra vulgata prealejandrina. Para determinar la naturaleza de ésta, Bolling acude en sus estudios al paralelo del *Mahābhārata*, cuya tradición manuscrita, siempre creciente en cuanto al número de versos, tiene adiciones, pero no sustracciones. En tales tipos de tradición, se puede establecer que ningún manuscrito omitía intencionadamente ni un solo verso del texto.

En el caso de la *Ilíada* ha habido criterios opuestos en lo que se podría llamar el problema de la relación entre el texto alejandrino y el «prealejandrino»: «for Wilamowitz the tradition was in a chaotic condition by the time of Zenodotus; for Bethe and Aristarchus were nearly identical» (pg. 7). Bolling estima que el texto de Aristarco tendría unos mil versos más que el núcleo de la redacción definitiva o Π, ya que Aristarco llegó a añadirlos reuniendo el material de todas sus fuentes. La discordancia entre éstas y la variabilidad en cuanto al número de versos acercan al autor a la opinión de Wilamowitz sobre el estado caótico de la tradición prealejandrina. «There is then no Pre-Alexandrian Vulgate», concluye, pg. 10.

Se trata, pues, de reconstruir no una vulgata prealejandrina, que como tal vulgata no existe, sino de remontarse a lo que podríamos llamar redacción definitiva de la *Ilíada*, lo que nuestro crítico llama Π, un verdadero manuscrito, base de nuestro conocimiento. Basta con que un pasaje esté excluído de un testimonio para que, según el criterio de que en estos casos la tradición siempre aumenta por adición, nunca disminuye por sustracción, sea separado del texto y relegado al pie de página con la indicación crítica.

Algunas ideas de Pasquali han llevado al autor más allá, hasta

intentar reconstruir el estado del texto no sólo cual se desprende de la tradición manuscrita tal como puede elaborarse con criterios mecánicos, sino llegando más allá, más arriba, con el apoyo de la conjetura. Por otra parte, de una manera que también recientemente hallamos razonada en M. Van der Valk (v. esta revista, XVIII), el autor prefiere Zenódoto sobre Aristarco, y, en general, los restos de la redacción básica anterior a los que se demuestran como de la vulgata alejandrina (pg. 13). En este afán de reconstruir el texto, el autor no ha ido tan lejos como para lanzarse a reconstruir el texto en la escritura del siglo VI, anterior a la transliteración, pero sí, en un sentido más moderado, a dar como la transcripción de ese texto primitivo.

En una addenda, Bolling estudia provisionalmente el caso excepcional de un nuevo e inédito papiro hamburgués, que por primera vez permite, al coincidir en parte con otro anteriormente descubierto, cotejar dos papiros sobre idéntico pasaje. Parece que por ello se confirma la opinión establecida de que los papiros representan cada uno un texto emparentado al de los demás, pero diferente.

Difícil sería juzgar en pocas líneas, y por quien no ha dedicado una vida entera a esta especialidad de la crítica homérica, un trabajo como el de Bolling. Evidentemente, hay algo de lujoso en esto de preparar lo que debió ser la *Ilias Atheniensium* allá en el siglo VI, pero el aparato crítico que acompaña a los versos secluídos es valiosísimo para los futuros editores de la vulgata homérica, y al realizar un trabajo como éste no cabe duda de que hay ocasión de revisar punto por punto los más intrincados problemas de la tradición del poema.

A. T.

SOFOCLE, *Edipo Re* a cura di DINO PIERACCIONI. Firenze, Vallecchi, 1949. Un vol. en 4.° menor de 169 pgs.

Hacer una edición comentada es muy fácil; pero hacerla bien es sumamente difícil. Y al decir «hacerla bien» nos referimos a que el editor no debe limitarse a espolvorear el texto con unas cuantas notas de aluvión, tomadas al azar de ediciones anteriores, ni tampoco abrumar al escolar con controversias, interminables excursos o intempestivas exhibiciones bibliográficas. Hay un justo medio, en el cual ha acertado a colocarse, con gran ponderación, el notable filólogo italiano D. Pieraccioni, descendido esta vez de las alturas de la investigación científica para ayudar paternalmente a esos «ragazzi», a quienes con tanto cariño alude en dedicatoria y prólogo, en los apuros, perplejidades y problemas de su lectura de Sófocles. Tenemos, pues, ante nosotros un comentario erudito que no quiere dejar ver que lo es: unas

notas en que dos o tres líneas sin citas ni nombres propios recogen los resultados de una docena de artículos críticos con insuperable claridad en la exposición; una breve, pero interesante introducción; varios apéndices sobre el teatro griego y las representaciones, el texto de la tragedia, la lengua de los trágicos y un utilísimo estudio de la métrica de las partes líricas del *Edipo* (en las notas se señalan también aquellos trímetros en que hay otros pies que el yambo y el espondeo). ¿No es todo esto bastante para que quede satisfecho el más intransigente crítico?

Nosotros hemos utilizado la edición de Pieraccioni a lo largo de un curso dedicado parcialmente a la más bella de las tragedias sofocleas, lo cual es causa de que, por haber tenido ocasión de conocerla perfectamente, podamos hacer algún pequeño comentario o reparo. Diremos, pues, unas palabras destinadas, más bien que a censurar tan insignificantes tachas, a demostrar al inteligente helenista la atención y el cariño con que hemos visto su obra.

Pieraccioni ha adoptado en general el texto de Pearson, pero como por lo visto no ha llegado a esta decisión hasta última hora, quedan en las notas algunas feas inconsecuencias al ser aplicable el comentario no a la lección del texto, sino a la antes elegida por el editor: así en 107 (τινα en el texto y τινας en las notas) y 293 (τὸν δὲ δρῶντ' y τὸν δ' ἰδόντ', respectivamente; son de menos importancia, por ser simples diferencias gráficas, las incoherencias de 317, 330 y 553). También producen mal efecto unas cuantas erratas en las notas a 92 (léase ἑτοῖμος dos veces y ἕτοιμος), 107 (αὐτοέντας), 275 (ξυνεῖεν), 335 (ὀργαίνειν), 555 (χρείη), 557 (ἔθ'), 626 (626 y εὖ), 713 (αὐτόν), 1106 (εὕρημα), 1170 (ἐστί), 1399 (δρυμός), 1473 (ἐποικτίρας), 1478 (τῆσδε), 1489 (ποίας), 1525 (ἥδει), etc.

Otras observaciones que señalamos brevemente. Nota a 2: el verbo homérico es θαάσσω. Id. 93: quizá, en lugar de dar τῶνδε como gen. obj. dependiente de τὸ πένθος, se podría entender que depende también de περί (cfr. en 138 αὐτοῦ regido de ὑπέρ). Id. 123: haría falta señalar que μιν aparece en muchos mss. de Píndaro. Id. 297: yo habría considerado un uso «generalizador» de ὁ como el que se encuentra usualmente con participio. Id. 322: es mejor no llamar a εἶπας «aoristo débil», sino reservar tal calificación para los sigmáticos. Id. 458: no creo que pueda equipararse κἀξ ἧς con καὶ ταύτης ἐξ ἧς, puesto que tenemos γυναικός. Id. 715: τόν se refiere a Layo, no a Edipo. Id. 718: el texto de Demóstenes aparece ligeramente «falsificado», sin duda para mayor claridad. Id. 744: ¿no puede desorientar al alumno el decirle que ἔοικα οὐκ εἰδέναι es lo mismo que ἔοικεν ὅτι οὐκ οἶδα? Id. 772: si afirmamos que βεβῶτος por βεβηκότος es forma atemática, podemos hacer pensar al principiante que la otra forma es temática. Id. 842: ¿por qué llamar anacoluto a la prolepsis?

Id. 871: es preferible ver en κατακοιμάσῃ un aor. subj. o, leyendo -ει, un fut. act.; pero no un futuro medio.

En ciertos pasajes discrepamos de Pieraccioni, pero su opinión es, por lo menos, tan respetable como la nuestra: así, en 2 (nosotros traducimos «¿qué significa esta posición en la cual ...?»), 11 (tras de στέρξαντες basta una coma), 65 (preferimos ὕπνῳ γ', aunque sea *facilior)*, 85 (una cosa es el Creonte del *Edipo* y otra el de la *Antígona;* el primero no es antipático, al menos para nosotros), 390 (lo que sobrentenderíamos nosotros es «[y digo esto] porque ...»), 397 (es dudoso el juego etimológico εἰδὼς Οἰδίπους), 596 (mejor «todos me dicen χαῖρε»), 774 (aquí ἦν está usado por atracción de los otros pasados; no parece que Edipo sospeche tan pronto que Pólibo no era su padre), 1280/1 (Pieraccioni es demasiado escéptico en cuanto a la paternidad de estos versos), etc.

Habríamos deseado, en fin, ver comentados, si el espacio lo permitía, ciertos puntos interesantes: por ejemplo, los muchos pasajes en que hay ironía trágica; los participios que se encuentran en la misma frontera del gen. abs. (126, 165, 250); el uso de πρὸς τάδε con imperat.; y en fin, otras mil cosas que, de todas maneras, un buen profesor no dejará de hacer notar en sus lecciones. Pero, realmente, no es raro que este editor, como todos, se haya visto reducido a hacer una selección—hábil selección en este caso—entre los muchos extremos dignos de comentario que en cada verso se le ofrecían.

Debemos, pues, felicitar sinceramente al prof. Pieraccioni y desear para muy pronto una nueva edición que, libre de estas pequeñísimas taras (vemos a última hora que hay que leer ἐπὶ en nota a 455, μεθ' en nota a 990, δυσ- en nota a 1315), constituirá, como esta primera, un verdadero modelo de trabajos destinados al estudiante de la lengua y la literatura helénicas.

M. F. GALIANO.

GIGON, OLOF.—*Epikur. Von der Uberwindung der Furcht.* Übertragen und eingeleitet von... Die Bibliotek der alten Welt im Artemis-Verlag, Zürich. L + 134 pgs. 1949.

En una cuidada traducción de Olof Gigon y precedida de una extensa introducción de tan buen conocedor del tema, la Biblioteca del Mundo Antiguo, que publica, primorosamente editada, la editorial Artemis, de Zurich, nos ofrece una nueva edición de los escritos de Epicuro que nos son conocidos: el catecismo, las cartas, la colección de máximas y los fragmentos. La traducción va seguida de extensas notas explicativas de carácter filosófico.

La introducción es muy interesante y en ella se estudia, a través

de las diversas partes de la doctrina epicúrea, los orígenes del pensamiento de Epicuro y sus aportaciones propias. Una vez más se nos hace ver claramente el empirismo y realismo de esta doctrina, que humaniza las paradojas sofístico-socráticas que son su punto de partida en los temas del placer, la justicia o la amistad, y que cambia de sentido las ideas de Demócrito sobre el acontecer natural o sobre los dioses. Gigon no se limita a citar fuentes, sino que en él el estudio de las fuentes no tiene otro objeto que una mejor comprensión de las ideas de Epicuro en lo que recogen de otros y en lo que innovan. La tensión constante entre paradoja brutal y sabio conocimiento de la vida se resuelve en el último fin del pensador griego: la liberación del miedo y la pasión.

El libro, sin alarde de erudición—como corresponde al carácter de la colección—, pero muy bien informado y de grata presentación y lectura, es digno de todo elogio.

F. R. ADRADOS.

MOYCIKAI ΔΙΑΛΕΚΤΟΙ.—Collana diretta da C. Gallavotti e A. Pagliaro. Vol. 2 app. MARIO UNTERSTEINER, *La lingua di Erodoto*. Con bibliografia e indici. Supplementi. Serie V. 2^1. GIOVANNI NENCIONI, *Ipponatte* nell'ambiente culturale e linguistico dell'Anatolia occidentale. Parte prima. La formazione dell'ambiente ionico. Adriatica Editrice. Bari, 1949 y 1950, respectivamente. Dos volúmenes en 4.° de 160 y 222 pgs., el último de ellos con varios mapas.

Los lectores de EMERITA recordarán la reseña que, en el volumen XVI, 1948, 308-12, se dedicó a los dos primeros volúmenes de esta utilísima colección; hoy son ya cuatro los tomos que, en constante y veloz ritmo, han visto la luz dentro de ella. Uno de ellos, el publicado por Untersteiner, es el apéndice del segundo manual descriptivo propiamente dicho; el otro, redactado por Nencioni, forma parte de la quinta serie de suplementos, correspondiente a los «estudios y ensayos» (hay otras cuatro de textos y comentarios, documentos epigráficos y papirológicos, gramáticos y lexicógrafos antiguos y léxicos especiales de autores diversos). Ambos contribuirán, sin duda, a afianzar todavía más el ya gran prestigio de la joven «collana».

* * *

Untersteiner ha redactado un completo y clarísimo manual que será indispensable en lo futuro para todo aquel que se acerque al texto herodoteo. Su trabajo no comprende—y es grandísima lástima—la sintaxis, que ofrece muchas particularidades dignas de ser estudiadas. Presenta, en cambio, una amplia introducción, donde se trata

muy detalladamente de la tradición manuscrita del historiador—sobre todo, como es natural, en relación con los problemas dialectales—para dar más tarde una breve historia del dialecto jónico y de sus fuentes. En la página 37 comienza lo que, con término equívoco, llama Untersteiner «Morfología», que comprende la Fonética y la Morfología propiamente dicha. Tanto aquí como en la primera parte, los problemas son abordaados siempre a la luz de la mejor y más moderna bibliografía (que, además es reseñada, siguiendo una buena costumbre, al principio de la obra). Como la exposición se hace muy ordenada y sistemáticamente, resulta fácil encontrar la opinión del autor sobre un caso determinado, aparte de que cierran la obra un índice de materias y otro de palabras griegas. Lo único que tal vez podríamos objetar al autor de tan interesante manual es el haber cedido algunas veces a la irresistible tentación de explayarse sobre casos fonéticos y morfológicos que, por no darse en Heródoto más ni menos que en cualquier otro autor, no tenían por qué ser incluídos en la obra. Así, entre otros, los párrafos dedicados a las alternaciones vocálicas (páginas 54-60; pudo ser eliminado todo aquello que no es exclusivamente herodoteo), el artículo (80), las variaciones acentuales de los temas en *-a* (83), la omisión de aumento en χρῆν (111-2), el uso transitivo de ἀνέγνωσα (123), las notas sobre sintaxis del perfecto (127), etc.

Vamos a señalar también, más por dar gusto a la pluma que porque lo merezcan nuestras insignificantes observaciones, algunas dudas o correcciones que nos ha sugerido esta lectura; y también, marcadas con asterisco, varias erratas que el autor ha tenido la amabilidad de comunicarnos particularmente.

Pág. 19, 1 y 3*. Léase **d** y **a**, respectivamente. Id. 20, 3*. Léase D. Id. 24, 11*. L. «osserva». Id. 39, 4. El autor pudo haber hecho notar el hecho, cronológicamente importante, de que aparezca η en Δηιόκης *(Dājaukku)*, mientras que el propio Heródoto conserva ᾱ en Ἀριᾱραμνης *(Ariyārāmna)*, Ἀρσάμης *(Aršāma)*, Ὑστάσπης *(Vištāspa)* y Δᾱρεῖος *(Dārayavauš)*, lo cual demuestra que a principios del siglo VII aun tenía vigencia el paso ᾱ > η, pero que ca. 570 no se practicaba ya. Id. 43, 14 f. Es una inconsecuencia escribir *χρηίουσα y no *χρηίοντία. Id. id., 2 f. L. > -άων. Id. 44, 14. La abreviación en θεήσασθαι de *θᾱF- demuestra que, al producirse tal fenómeno, había desaparecido ya la digamma, lo cual tiene también su trascendencia para la cronología relativa. Id. íd., 16 f. Era imprescindible decir que λαΐαν es forma de los mss. en Pínd. O. X, 44, pero que el metro (⏑̆ — —) exige λάαν, de Ahrens, aceptada por todos (cfr. Schroeder, *Pindari carmina, ed. maior*, Leipzig, 1900, 28). Id. íd., 7 f. Quizá sea posible simplificar la evolución señalada (ζώουσι > *ζόωσι > ζῶσι): basta decir que ο̄ + ο̄ > ο̄ (cfr. Lejeune, *Traité de Phonétique grecque*, París, 1947, 232), y, siendo así, el ejemplo no pertenece al capítulo

de la abreviación de vocal en hiato. Id. 45, 12 f.* L. «ionizzazione». Id. 47, 17. L. ποιέο. Id. 52, 5. Al hablar de ἱστίη había que rebatir, o al menos citar, la teoría que ve en la ι- inicial un $ə^2$ (cfr. Schwyzer, *Griechische Grammatik*, I, Munich, 1934, 351). Id. 55, 16. Untersteiner niega que γόργυρα sea una forma asimilatoria de γέργυρα (cfr. sin embargo *ibid.* 255). Id. íd., 19. Parece casi seguro que la forma ἱρός debe ser eliminada de la columna correspondiente al grado cero, pues la ι es larga (cfr. Hofmann, *Etymologisches Wörterbuch des Griechischen*, I, Munich, 1949, 123). Id. 61, 4*. L. DAVANTI. Id. 63, 12 f. L. ξεῖνος. Id. 64, 5 f. La verdadera forma locria es (ϝ)ε(ϝ)αδηκότα. Id. 69, 5. No es posible que τέσσερα provenga de *τετϝρα. Id. 70, 6. ¿No habría que escribir ἄσον con asterisco? Id. íd. 5 f.*. L. μαστός <. Id. 72, 3 f. Creo, con Reichelt *(Indog. Forsch.*, XL, 1922, 44), que en gr. no ha existido nunca *ἀρτοπόκος, sino ἀρτοπόπος (cfr. en Liddell-Scott ἀρτοποπέω; y las explicaciones antiguas de ἀρτοκόπος); la dificultad que opone Schwyzer, *o. c.*, 298 (el hecho de que π-π se mantenga en πόπανον, etc.), podría resolverse pensando en una etimología popular: el panadero golpea y soba la masa al heñirla. Id. 73, 12. El autor desdeña una vieja explicación (cfr. Kretschmer, *Introducción a la Lingüística griega y latina*, Madrid, 1946, 165): *ὀg^{w}ελός se convirtió en *ὀg^{w}ολός, por asimilación, antes de la escisión entre dialectos con respecto al tratamiento de la labiovelar, y luego la β se transmitió, no sólo al dimin. ὀβελίσκος, sino a ὀβελός. Id. 80, 8 y 7 f. L. *sā, *tā-. Id. 90, 16 y 10 f. ¿Hasta qué punto hay metátesis cuantitativa, y no simplemente abreviación de vocal ante vocal, en νέα y νέας? Id. 103, 9*. L. 11. Id. 115, 16*. L. < *u̯r̥p-i̯o. Id. 120, 11 f.*. L. «genuinità». Id. 125, 16 f. Seguramente un *lapsus calami* tiene la culpa de que se diga que οἶδας procede de *οἰδ-θα; además, ¿por qué se incluye esta forma entre las que, como οἴδαμεν y οἴδασι, han extendido el grado *o* analógicamente? Id. 136, 6 f.* L. «sillabico». Y eso es todo. Por lo demás, el tomo entero es una firme demostración de los altos vuelos que, cada día en mayor escala, va tomando la Filología italiana. Nuestra EMERITA lo ha proclamado ya varias veces, y no será ésta la última. Digamos ahora que el trabajo de Untersteiner merece los más vivos plácemes de todo el mundo humanístico.

MANUEL F. GALIANO.

* * *

Nada menos que un volumen de más de 200 páginas constituye la introducción, por decirlo así, al estudio sobre Hiponacte, que, como segunda parte de la obra, habrá sido ya publicado cuando esta recensión vea la luz. La primera parte, que ahora reseñamos, pretende su-

ministrar una visión completa del ambiente geográfico, cultural y lingüístico de Asia Menor, y de Efeso en particular, donde creció y se desarrolló ese producto especialísimo que es la poesía de Hiponacte.

Interesa advertir que en la parte segunda y principal de la obra («Tradizione ed innovazione nel mondo poetico d'Ipponatte») no encontraremos un estudio limitado a la lengua del tipo al que estamos acostumbrados, sino que Nencioni—a juzgar por el índice sumario que nos anticipa—se ha propuesto el objetivo mucho más ambicioso de abarcar la totalidad del estilo hiponacteo y de dar una interpetación genética del mismo. Así quedan justificados en esta primera parte no sólo el extenso capítulo III (pgs. 61-152) sobre estratigrafía lingüística del «triángulo anatólico», sino también el II (pgs. 21-60) sobre estratigrafía cultural y el IV (pgs. 153-196) titulado «Asia y Grecia en Efeso», a los que precede uno más breve (I, pgs. 13-20) con la descripción geográfica del que Nencioni llama «triángulo anatólico».

Los capítulos II y III constituyen una exposición de la complicada prehistoria y protohistoria cultural y lingüística de Asia Menor desde el tercer milenio antes de Cristo, que por su misma complicación es materialmente imposible resumir aquí. Nencioni posee en todo momento una excelente información bibliográfica, imprescindible especialmente en un terreno científico en el que es más lo discutido que lo definitivamente logrado. Por eso mismo tal vez sea un mérito el que el autor se mantenga dentro de las opiniones más autorizadas, aunque su exposición, especialmente en la parte lingüística, produzca a veces la impresión de que faltan elementos de juicio para no pocas distinciones e interpretaciones. Nada sustancialmente nuevo encontrará el estudioso en estos dos capítulos a que nos referimos. Pero en ellos tiene una completa y bien ordenada exposición, que a veces puede parecer insistente y difusa, pero siempre bien documentada y muchas veces crítica.

Al tocar el problema de la relación de las lenguas asiáticas con el indoeuropeo, hay que agradecer a Nencioni el que (pgs. 68 y ss.) llame la atención sobre la teoría del «peri-indoeuropeo» de Devoto, que, enunciada en años difíciles para Europa, no ha merecido la atención que merece. Devoto, dentro de la corriente más moderna de la Lingüística italiana que intenta resolver en «afinidad» muchas relaciones que hasta ahora han sido consideradas como «parentesco» (Pisani) (por una especie de inercia mental que nos ha mantenido presos del esquema positivista del «Stammbaum» de Schleicher) sostiene que no se trata del desgajamiento precoz de una rama de un tronco «proto-indoeuropeo» (Kretschmer), sino más bien de la interferencia y compenetración de isoglosas indoeuropeas y egeo-anatólicas no indoeuropeas a lo largo de una faja marginal en la cual los dos grupos estaban en contacto.

En cuestiones precisamente más próximas al objeto central de la obra, esto es, en griego, no siempre puede uno dejarse llevar de la mano de Nencioni. Dado el planteamiento general de su libro, era casi inevitable que Nencioni se adhiriese a la teoría que atribuye a una influencia del vocalismo de las lenguas de la Anatolia occidental el paso de $\bar{\alpha} > \eta$ en jónico ático. Si esto es muy discutible (cfr. en último término la teoría contraria de W. Brandenstein, basada en argumentos fonológicos, en *Studia Linguistica*, VI, 1950, pgs. 31 ss.) sorprende que Nencioni ignore la teoría, hoy generalmente aceptada, de la «retro-versión» («Rückverwandlung») de $\bar{a} > \bar{\alpha}$ en ático cuando afirma (pg. 98) que la evolución $\bar{\alpha} > \eta$ «si è compiuta dopo la separazione dei parlari ionici, come dimostra lo sviluppo più rapido, completo e coerente che essa ha avuto nelle città della Ionia». Aunque la cuestión del «aqueo» no es de las más fáciles que tiene planteadas la lingüística histórica del griego, es, no obstante, evidente que el autor pierde toda base real cuando (pg. 134) entiende por «aqueo» el «grupo di fatti ed isoglosse che, a qualsiasi dialetto appartengano, abbiano aspetto arcaico e rappresentino la fase più antica» y cuando (pg. 135) olvidando la génesis de la epopeya homérica y confundiendo su lengua con el dialecto de Jonia, Nencioni considera el texto de los poemas homéricos como «il più importante e sicuro documento del fondo acheo per la Ionia».

Interesante en extremo es el intento de Nencioni (pgs. 137 ss.) de interpretar, con ayuda de otras indicaciones procedentes de fuentes antiguas, el texto de Heródoto, I, 142, sobre los cuatro tipos dialectales del jónico de Asia, resucitando con ello tentativas anteriores ya casi olvidadas a causa del escepticismo de Meillet en cuanto a la posibilidad de precisar las diferencias que pudieron servir de base a la división herodotea. Parece claro que el τρόπος de las ciudades jónicas de la Lidia—Efeso la más importante—consistía en una mezcla de abundantes elementos bárbaros, de la que precisamente Hiponacte es el mejor testimonio.

De este modo la exposición histórica de la superposición de lenguas en Asia Menor nos ha colocado ante el mismo Hiponacte, de cuyo Efeso nos traza en el cap. IV Nencioni una pintura vívida, rica en indicaciones sobre la topografía y la vida interna de la ciudad, tanto de la época helenística como—cuando los datos los permiten o la inferencia es lícita—de la arcaica.

No hace falta decir la impaciencia e interés con que esperamos la segunda parte de la obra, dedicada ya al mismo Hiponacte, porque el marco que ha dado el autor en esta primera parte hace esperar una minuciosa y acabada interpretación de los diferentes aspectos de la producción literaria del poeta mendigo de Efeso.

MARTÍN S. RUIPÉREZ.

G. REDARD.—*Le suffixe grec* -ίτης, -ῖτις. Etude philologique et linguistique. París, 1949. Librairie C. Klincksieck. 318 pgs.

Desde comienzos del siglo actual, una vez conseguida en sus líneas esenciales la restitución del indoeuropeo, que la lingüística comparada se había propuesto como misión principal y única desde su mismo nacimiento—claramente formulada desde Schleicher—, el interés ha ido dirigiéndose cada vez más a estudiar la evolución de los fenómenos lingüísticos de las distintas lenguas en la época plenamente histórica y en esta nueva tendencia la formación de palabras puede decirse que ha sido objeto de especial consideración. Recuérdese, por ejemplo, para el griego la monografía de Fraenkel sobre los nombres de agente o los tratados generales de Chantraine y de Debrunner.

M. G. Redard, profesor en la Universidad de Neuchâtel y discípulo de Niedermann, nos da en el libro que reseñamos una escrupulosa investigación de este tipo, enriquecida en la definición sistemática del sufijo por las ideas que dió a conocer Benveniste en su obra sobre los nombres de agente y de acción en ide. (cfr. EMERITA, XVII, pg. 290).

Este estudio comprende tres partes. En la primera examina el autor la génesis y la morfología de los derivados denominativos en -της, -τις, siguiendo en lo fundamental los análisis de Fraenkel. La segunda está constituída por el estudio semántico de una clase de denominativos en -της, a saber, los en -ίτης, fem. -ῖτις, y, por fin, en la tercera trata el autor de dar una definición de la función del sufijo -της.

La parte segunda, que da título al libro, es el núcleo de la obra y abarca la casi totalidad de sus páginas. En realidad, el modo peculiar de extensión del sufijo en forma de irradiaciones analógicas desde centros primarios, es lo que ha llevado a Redard a ordenar con un criterio semántico esta segunda parte destinada a trazar la historia del sufijo desde los mismos poemas homéricos hasta bien entrados los tiempos bizantinos, y sólo esa peculiaridad transforma en ventaja la elección de un tipo de criterio que se presta, por lo general, a los peligros del subjetivismo. Y dentro de esto hay que reconocer a Redard el mérito de haber operado con nociones generalmente bien definidas y no interferibles y el haber dado de ese modo una interesante exposición de las extensiones sucesivas del sufijo, por ejemplo, piedras, plantas, animales, etc. Los nombres propios son también tratados, si bien, como es natural, en este punto el estudio no puede aspirar a ser completo. Baste señalar a modo de ilustración el ejemplar capítulo consagrado (pgs. 20 ss.) a πολίτης y a los numerosos derivados en -ίτης formados sobre él y decir que el autor no opera mecánicamente con las papeletas, sino que sabe interpretar la historia del vocabulario haciendo verdadera historia cultural, como puede

verse, por ejemplo, en la página 49 acerca de la creación del vocabulario científico para la clasificación de las piedras. Y aparte del interés que ofrece la historia así trazada de un sufijo que se desarrolla en su totalidad ante nuestros ojos, hay que agradecer al autor el haber creado en esta segunda parte un instrumento lexicográfico de primer orden, cuya consulta facilitan los completos índices que van al final del libro.

En la tercera y última parte (pgs. 227 ss.), inspirada en Benveniste, como ya hemos apuntado, Redard cree poder señalar como función específica común a todos los empleos del sufijo -της la de ser un sufijo «catégorisant», «clasificateur». El material aducido parece sustentar bien esa definición: πολίτης es «el que forma parte de la πόλις», ὁδίτης, ordena al viajero en la categoría universal des «gens en route»; ὁπλίτης, ἰδιώτης implican la pertenencia a un grupo por oposición a ἄναξ, βασιλεύς, ἡγεμών, etc. Incluso μακαρίτης no repugna a esta interpretación: «lorsqu'un homme meurt, il 'trépasse'—passe d'une catégorie de l'être dans une autre». Hay que reconocer que la definición de Redard es ingeniosa y sin duda acertada. Paro creemos que el adaptar los antropónimos a esa definición no se logra sin cierta violencia. Por lo menos el sostener (pg. 229) que «Θερσίτης, Μαργίτης représentent un *type*—un individu qui assume les caractères d'un groupe» está en manifiesta contradicción con lo sostenido por Benveniste *Noms d'agent*, pg. 55, según lo cual el sufijo -τωρ sería preferido a -της (Μέντωρ, Κάστωρ, etc.) en los nombres de persona precisamente por expresar una noción más individualizada. Tal vez ambas afirmaciones sean inadecuadas por la misma peculiaridad semántica de los nombres de persona.

Para el problema de la relación de *-ītā* ilirio e -ίτης griego, que trata el autor en la página 121, creo poder aportar a M. G. Redard un dato importante. Si se admite el origen ilirio del nombre de Artemis en su forma Ἄρτεμις, gen. Ἀρτέμιτος, como parece evidente después de los argumentos de índole diversa aducidos en mi artículo, EMERITA, XV, pgs. 1 ss., el nombre de la isla Ἀρτεμίτα (Steph. Byz., Strab. I, 59, Plin., *Hist. N.*, IV, 5), que no hay obstáculo para utilizar como representante del sufijo ilirio *-itā* (cfr. los topónimos en -ίτης *-ītā* procedentes de los más diversos países citados en páginas 123 ss.), decide el problema en el sentido de que dicho sufijo ha surgido en ilirio por evolución propia como resultado de la adición de *-ā* a un tema en *-it-* (cfr. mi art. cit, pg. 10 y nota). La cantidad de la *-i-* no puede ser fijada, pues ciertamente, el tipo de gen. Ἀρτέμιδος es secundario por adaptación en jónico-ático y en eolio, sino que hay que contar para la cantidad breve de dicha vocal con la influencia del metro dactílico.

Sólo nos resta señalar la admirable escrupulosidad con que Re-

dard ha realizado su trabajo y las masas ingentes de bibliografía y de material que ha utilizado con toda probidad científica.

M. S. RUIPÉREZ.

MARTÍN DIBELIUS †.—*Die Reden der Apostelgeschichte und die antike Geschichtsschreibung.* Sitzungsberichte der Heidelberger Akad. der Wissensch. Philol.-Histo. Klasse. 1949, 1. Heidelberg, Carl Winter, Universitätsverlag. 59 pgs.

Los especialistas en el *Nuevo Testamento* han señalado hace ya tiempo que la presencia de discursos en los *Hechos de los Apóstoles* entraña cierta afinidad con la historiografía clásica, sin que apenas hayan pasado de la mera observación de este hecho. Lo que Dibelius intenta—y logra—en esta excelente monografía es determinar la posición de San Lucas en la tradición de la historiografía antigua mediante una serie de finos y atentos análisis, que, sin duda alguna constituyen un considerable progreso en la interpretación de esta obra capital de la literatura cristiana primitiva.

Sobre la base de que la significación de los discursos contenidos en los *Hechos* debe ser más bien buscada en la situación que los principales de ellos ocupan en la organización de la obra entera, el autor se plantea el problema de saber por qué precisamente San Lucas nos da un discurso de San Pablo en Atenas (XVII, 22 ss.) y no nos refiere los que sin duda alguna pronunció el apóstol en Filipos y Corinto, siendo así que en estas dos ciudades el éxito de su misión fué incomparablemente mayor que en Atenas. Para D. todos los detalles del discurso (la curiosidad de los atenienses, su religiosidad, la mención de estoicos y epicúreos) están calculados para subrayar que San Pablo se encuentra en el centro espiritual de Grecia, como haciendo «pendant» con Roma, el centro político del mundo de entonces, a la que el apóstol de los gentiles se dirigirá después. Dibelius recalca que San Lucas sigue la tradición de la historiografía antigua al elegir libremente la ocasión de recoger un discurso y, en cierto modo, al usar de cierta libertad para darle forma y fijar su tema. A igual conclusión conduce el análisis del discurso de San Pablo en Mileto ante los presbíteros de la iglesia de Efeso (XX, 18 ss.), que, sin importancia para el curso de los acontecimientos, tiene para la estructuración de la historia de la misión paulina el significado de ser no sólo el único que pronuncia el gran apóstol ante una iglesia cristiana, sino también el último dicho en público antes de su prendimiento. Su estructura interna está, además, perfectamente calculada, como ocurre también con el más largo de San Pablo, el que pronuncia ante el pueblo de

Jerusalem (XXII, 1 ss.), que en la estructuración de la exposición de San Lucas tiene una posición especial porque en él traza el apóstol su propia biografía y la historia de su misión.

Junto a este tipo de discursos internamente bien construídos, Dibelius establece un segundo de sermones con carácter más puramente misional, cuya técnica consiste esencialmente en la repetición estereotipada de un mismo esquema: anuncio de la Vida, Pasión y Resurrección de Jesús, acompañado de diferentes pruebas y de una llamada al arrepentimiento y a la penitencia. Pero en todos Dibelius descubre el fin estructural que cumplen en la obra de San Lucas, como es el caso especialmente de algunos notablemente importantes y aparentemente desligados de la situación: así el de San Esteban (VII, 2 ss.) antes de su lapidación, que comienza con una exaltada historia del pueblo de Israel (Esteban es un judío), en cuyas manos pereció Cristo y perecerá él mismo. El discurso que nos presenta de él San Lucas no es quizá el que se espera de un mártir (falta, por ejemplo, la mención de la recompensa del martirio), sino que, dentro de la línea de la historia de los apóstoles, que traza el autor de los *Hechos*, este discurso tiene un lugar señalado: cierra una parte y abre la que (VI-XII) describe el paso del Evangelio de Cristo al mundo gentil.

Numerosos elementos internos muestran además en los discursos a un escritor en posesión consciente de la técnica clásica de la historiografía: interrupción de un discurso, pero siempre después de haber expresado la idea culminante; tendencia a la igualación de lengua y estilo de los discursos y de las partes narrativas; ausencia de caracterización de los oradores (interesante, por ejemplo, pg. 49, un dicho genuinamente griego en el discurso de XXVI, 14, pronunciado, según dice San Lucas expresamente, en arameo: πρὸς κέντρα λακτίζειν). Y, junto a ello, otras diferencias, como la falta frecuente de cohesión entre el discurso y la situación y la brevedad de todos ellos en comparación con los de los historiadores paganos, plantean el problema de la posición literaria de San Lucas en términos tales, que resulta imposible dar una respuesta simple y concreta.

Sustancial es que San Lucas se propone escribir algo a modo de historiador y que en calidad de tal emplea la técnica clásica de la historiografía; que todos los discursos, siguiendo esa tradición, tienen a San Lucas por autor. Pero al mismo tiempo el autor de los *Hechos de los Apóstoles*, además de ser historiador, persigue un fin doctrinal, apostólico, con vistas al cual el interés por la exactitud histórica (al menos en la ἀκρίβεια y en la ξύμπασα γνώμη de Tucídides) de los discursos cede el primer plano a las ideas netamente cristianas que San Lucas pone en boca de los personajes. Por eso, quizá no sea atrevida la conclusión—forzada por el paralelo con la historiografía pagana—de que (pg. 53) no es lícito «die Reden der Apostelgeschi-

chte als Quellen für Gedanken und Wörte der Redner verwenden».

Por último, una observación acertada de Dibelius (pg. 12 ss. y 53 ss.) arroja intensa luz sobre un problema fundamental de la exégesis del *Nuevo Testamento*. Con los *Hechos* no hay que comparar las características literarias del Evangelio de San Lucas, pues en éste el autor sigue una tradición ya establecida con todo detalle (de la que proceden los tres sinópticos) incluso en lo literal. Ni en San Lucas ni en los otros dos sinópticos aparecen en boca de Cristo verdaderos discursos: el sermón de la Montaña, que es el que más pudiera pretender ser tal (San Lucas, VI, 20 ss.), no es más que una compilación de dichos de Jesús. Por ello—y ésta es una conclusión trascendental—, no hay en ningún modo razones estilísticas válidas para rechazar la tradición antigua de que un mismo autor, San Lucas (su personalidad tampoco ofrece dudas a Dibelius), compuso el tercer Evangelio sinóptico y los *Hechos de los Apóstoles*.

M. S. Ruipérez.

Ph. Whaley Harsh.—*Iambic Words and Regard for Accent in Plautus*. Stanford (California), 1949. Stanford Vniversity Publications, Language and Literature. Vol. VII, n.° 2. 149 pgs.

La introducción (pgs. 7-42) es de gran interés para la situación, apreciación y método de estudio del siempre agitado problema «ictus y acento»: tras una breve y lúcida exposición de los estudios anteriores, Fraenkel, Drexler, Lindsay, justifica el autor la existencia del suyo, rebelándose contra el extendido escepticismo acerca de que pueda verse en cuánto es fortuita y en cuánto buscada la elección-o evitación de ciertos tipos de palabras o acentuaciones, proponiendo los criterios sobre que esta observación pueda ser hecha: divergencia del uso griego, distorsión de la lengua en su aplicación poética (aunque éste es mal aplicable por falta de textos contemporáneos no plautinos, que recogieran bajo forma no métrica lengua hablada); finalmente la existencia de un hecho en la ocasión pertinente a la explicación propuesta y su ausencia en otras. Se desentiende de la relación de la preferencia por ciertos tipos de palabra con motivos sintácticos, que tanto detuvo a Fraenkel y Drexler, sintiendo esos motivos como consecuencia secundaria de los tipos acentuales. Elige para sus estadísticas seis comedias: Miles, Stichus, Pseudolus, Truculentus (las más o menos fechadas) con Rudens y Trinummus, que le ofrecen sobre un tercio de los trocaicos setenarios y senarios yámbicos de Pl., a los que se limita. Especifica lo que entiende por palabra yámbica (breve más larga, por su vocal ésta o por cerrada, con ciertas limitaciones). Siguen unas consideraciones sobre el «sentence accent», especialmente

de la enclisis y proclisis en su sentido más extenso, siendo de notar que no sólo admite el autor la unidad acentual, sobre que aduce testimonios, de grupos de prep. más nombre, adv. más verbo o semejantes, acento único que reposaría no en la semánticamente principal, sino en la primera de ambas palabras *(in manu, quid istic?, nil moror)*, sino que afirma la posibilidad del que llama «cretic accent», es decir: de un acento secundario en la segunda sílaba de palabra yámbica en grupo crético *(tú quidém, ín manú, níl morór)*, con lo que se explicaría el mantenimiento en tales grupos de palabras yámbicas donde de otro modo se rechazan (naturalmente esta ventaja de la hipótesis siempre puede ser para el lector sospecha de que haya ella misma intervenido en su establecimiento) y no habría así choque o discoincidencia *(clash)* de acento y ictus, que es lo que este estudio, como los más sobre la materia, busca eliminar las más veces posibles. Y así, con el estudio de la discoincidencia de ictus y acento se cierra la introducción: se sostiene enérgicamente su intencionada evitación por Plauto, contra los que la estimaron fruto de la colocación de las cesuras (Meyer especialmente), tomando el señor Whaley la posición de que, siendo el desagrado de la discoincidencia más fuerte en unos tipos de palabras (así los tríbacos, donde anotamos que cae en la común falta de sentar conclusiones sobre la colocación del ictus en la segunda sílaba del tríbr. y no, como igualmente posible, en la tercera, colocación que a su vez no tiene en verdad otra motivación que precisamente buscar la coincidencia con acento) y menos en otros (así espondeos y molosos), especialmente en ciertas posiciones, en estos casos podía el desagrado de la discoincidencia sacrificarse a razones métricas (por ejemplo, la sucesión espondeo-baquíaco preferida en comienzo de senario a la que daría coincidencia, baquíaco-espondeo; siguiendo a Menandro, se nos dice: sin embargo, en éste la exigencia de aquel orden es mucho más fuerte por la ley de dipodia), de modo que sin ser un imperativo absoluto, la coincidencia era buscada (especialmente para tipos de palabras como las de tríbraco, en que con la discoincidencia, por ejemplo, *regére*, incluso se nublaría la significación, mientras habría en las de forma de espondeo o moloso menos influencia), en tanto razones de orden métrico más fuertes no se opusieran. En suma, el autor considera la coincidencia de ictus y acento como un factor para la claridad del ritmo, que compensa la menor claridad (respecto al griego) en la constitución métrica: «with the abandonement of the dipody law, some compensatory rhythmic element must have been added by the Latins» (pg. 40); «quantitative precision and coincidence are to a degree interchangeable» (pg. 41).

El estudio particular comienza con los trocaicos setenarios (páginas 43-77), considerados, entre otros motivos por no haber razones métricas contra las palabras yámbicas en ellos, excelentes para estu-

diar las circunstancias de éstas. Después de comparar el uso de los diversos tipos de palabras en Menandro con el plautino, comprobando que la más chocante diferencia (aparte otras naturales, como más monosílabos breves del griego, más espondaicas y molósicas del latín) está en las palabras yámbicas: quedando de las originariamente yámbicas apenas 1/4 yámbicas actualmente (sin elisión, sinicesis, abreviación yámbica, etc.), se estudia la abundancia y condiciones de éstas en las diversas posiciones: el procedimiento es: sacar primero estadística de todas las palabras yámbicas en las comedias dichas para cada posición, con lo que ya resulta mucho menos número que en Men., y luego reducirlo aún a los casos verdaderamente ofensivos, por las consideraciones hechas: los grupos créticos, casos (los más claros solamente) de acentuación de frase, los grupos coriámbicos (ambiguos), los casos en versos líricos, los de pasajes dudosos, etc. Así, entre pie 3.°-4.° los 60 ejemplos (que dan prop. de 1 : 50,8 contra 1 : 11,5 en Men.) quedan en apenas 28 (prop. 1 : 100). En 2° - 3° es más abundante la discoincidencia: 123 pal. yámb. (1 : 24,8 contra 1 : 8,2 en Men.), que quedan también en menos de la mitad. En cuanto a la posición 1.°-2.°, dada la constitución del verso, la gran mayoría de las veces la pal. yámb. deberá estar precedida de monosíl. largo, es decir, en grupo crético; así se admiten libremente: 240 casos (1 : 12,7, casi como en Men.: 1 : 12,3), de donde los 3/4 en grupo crético, que con otras consideraciones reducen la incidencia de discoincidencia ofensiva a unos 43 casos en los 3.048 vv. analizados. En 4.°-5.°, es decir, ante la diéresis medial del verso, es claro que la pal. yámb. ha de ser muy difícil: Men. en los 50 vv. sobre que el autor actúa, no ofrece caso alguno! Pl. da 16, no teniendo el Pseudolus ninguno ni acaso el Trinummus, y aun ésos, analizados bajo diversos criterios, dejan concluir que Pl. nunca o casi nunca admitía «offensive clash of iambic words» en esta posición. La 5.°-6.°, equiparable a la 1.°-2.°, da 174 casos (prop. 1 : 17,5, muy oscilante entre las diversas piezas: extremos, Miles con 1 : 25, Truc. con 1 : 11,5), de los que de nuevo la mayoría (108) entran en grupos créticos, y aun otros criterios disminuyen una docena. En la posición 6.°-7.°, aunque las pal. yámb. son poco aceptas a Men. (prop. 1 : 15), lo son 20 veces más que para Pl., que sólo ofrece unos 10 ejs., aun algunos dudosos; ¿por qué aquí tan raras?: ¿cuál en general el fundamento de la ley de Luch (que cuando el final del set. es una pal. yámb. el pie penúltimo no debe ser troqueo [es decir: debe ser tríbaco o dáct.] : no —/⏑—, aunque sí ⏑⏑/.⏑ —)?: el autor cree que ésta no es sino la más violenta manifestación de una tendencia que se da en interior también (que, cuando hay discoincidencia de pal. yámb. el primer pie de los dos no será troqueo), la cual no encuentra explicación métrica, como prueba el ser extraña a los griegos, no siendo éstos, desde luego, menos sensitivos a sutilezas métricas, sino

acentual; aunque siendo, sí, raros dos espondeos o dos yambos sucesivos en discoincidencia, no lo sean un espondeo con un yambo en iguales condiciones, para lo que queda la hipótesis de un motivo lingüístico: dos yambos seguidos con *clash* «border upon the incomprehensible». Pero aun dentro de los casos de excepción a todas estas reglas y tendencias, una buena parte son «adrede»: tienden a un especial efecto, énfasis. Igual con las sucesiones de dos (o más) yambos en discoincidencia seguidos, punto tratado aparte; las cuales, frecuentes así en Men. como en la lengua latina, son evitadas curiosamente en Plauto: sólo de unos 19 casos que el autor cuenta en las comedias estudiadas, apenas 3 ó 4 quedan, y en éstos el fenómeno se utiliza para efectos especiales. También por evitación de la ofensiva discoincidencia en un punto relevante del verso explica el señor Whaley el excluir el comienzo yámb. después de un cambio de interlocutor (que en Pl. es posible en todas las posiciones, incluso contra el griego, dentro del 4.° pie), y de la que, sin embargo, y frente a Men., sólo unos 20 casos pueden encontrarse, que apenas si son en realidad 5, eliminados los otros por los criterios de costumbre, por suponer hiato en el cambio de interlocutor, o por busca de especial efecto expresivo. Finalmente anota el autor cómo el uso de las discoincidencias en pal. yámb. en todo caso está a las riendas del poeta, como lo prueba el que no apareciendo apenas en trozos tranquilos, con largas tiradas seguidas, suban en proporción a más del doble en escenas animadas. Y se advierte que, como igual pasa con pal. yámb. en grupos créticos que no, ello sugiere que la innocuidad de la discoincidencia en tales grupos se deba a una licencia poética por imitación de uso vulgar (como pasa con la abreviación yámb.), excluída en pasajes de más noble estilo.

Semejantes análisis sufren los 2.617 senarios de las mismas comedias (pgs. 78-97), si bien la discriminación entre motivos métricos y acentuales sea aquí menos fácil. En general, frente a Men. la principal diferencia de uso es la en latín más rigurosa huída de palabras-pies (mientras el griego llega a presentar trímetros enteramente compuestos de yambos unitarios, acaso consecuencia del rigor en la ley de dipodia), habiendo, por tanto, en Pl. más cesuras. En el segundo pie, ante la cesura penthemímera, la coincidencia es casi inevitable (a no haber una palabra yámb. seguida de monsíl.), si se observa la cesura; pero cree el autor más bien que la escrupulosa observancia de ésta en Pl. sea la consecuencia de la busca de coincidencia; lo que es corroborado por la evitación del yambo: frente a la prop. 1 : 7 de Men. (en 200 trímetros estudiada) Pl. ofrece una de 1 : 51,3 con sus 51 casos, que se reducen a apenas 17 por los criterios acostumbrados. El primer pie, mientras en Men., por no urgir la ley de dipodia, da menos pal. yámb. (1 por 13 ó 14 vv.), en Pl. ofrece 139, que, aunque reducidos a

la mitad, dan el mayor porcentaje en posiciones así de senarios como setenarios, lo que se explicaría por las mayores libertades inmediatamente tras la pausa. Para el tercer pie se hace un estudio de los tipos de palabra preferidos en Men. para los casos (un 36 $^0/_0$ según Descroix) en que falta la penthemímera, comprobando luego que en Pl. la divergencia está esencialmente en aquellos en que la coincidencia de ictus y acento se vería comprometida; lo que apoya la idea de que el mayor cuidado por la penthemímera en Pl. (14 frente a 32 casos de falta en Men. por 100 vv. de uno y otro) es de raíz acentual. Sin embargo, por consideraciones métricas el yambo es poco favorecido aun en Men.: 4 casos en los 200 vv. estudiados, mientras aparecen en Pl. 19 para los 2.617, mas de los que apenas quedan 4, eliminados los otros por varias consideraciones, entre ellas la de hiato haciendo cesura. El 4.° pie (como el 5.°-6.° del setenario) es el más propio a formas créticas y, por tanto, abundarán aquí palabras yámbicas: en Men. 1 : 10 y en Pl., 1 : 16,9 por 155 casos, de los que, naturalmente, 96 son en grupo crático, y aun los restantes se dejan reducir. Por las razones de la posición 6.°-7.° del setenario, en el 5.° pie del senario a Pl. repugna especialmente la palabra-yambo: frente a 8 casos en los 200 vv. de Men., 11 en los 2.617 suyos, que aún caen entre los que para el autor no presentan real discoincidencia de acento e ictus. Las «sucesiones» también aquí son extremadamente repugnantes: contra 2 triples más 11 dobles en Men., sól 2, y aún dudosas, en los vv. de Pl., lo que, no molestando a éste ni sucesión de yambos ni de palabras similares entre sí, si no hay discoincidencia, no tiene sino causa acentual. En cuanto al cambio de interlocutor, dan 4 casos los 200 vv. de Men. y 2 los 2.617 de Pl., de los que uno eliminable por hiato y el otro (triple) de efecto especial; no siendo, según el señor Whaley, equiparable el caso al de comienzo de verso, donde el yambo es común. En cuanto a estilo, de nuevo se advierte cómo los prólogos, monólogos y, en general, trozos de más alto tono y seriedad tienen menos pal. yámb. en discoincidencia que los más vivos e informales.

En otro capítulo, «Statistics on Individual Words» (pgs. 98-104) se intenta otra manera de complementar la investigación del problema: por medio de estadísticas sobre determinada palabra, como, por ejemplo, la posición de oxitonas reconocidas *(adhuc, abhinc)*, aunque son de demasiada rara incidencia; la frecuencia relativa de palabras sinónimas, una yámbica y otra no (así, *scies/scibis, rogas/rogitas)*, apareciendo ésta en interior y aquélla reservándose para el yambo final, o bien dentro, pero reducidas u oscurecidas; finalmente, observando cómo Pl. oscurece en el interior de verso pal. yámbicas (que, en cambio, aparecen aisladas, relevantes en final), así si son reducibles (aptas a elisión o sinicesis) como si no, concluye el autor que tal afán no procede del uso popular de las palabras, sino que se sirve

de él para oscurecerlas con algún fin, y como métricamente no hay a ellas objeción aun en posición relevante y aislada, el fin será procurar la coincidencia.

En las pgs. 105-109, el autor resume sus conclusiones, insistiendo una vez más en que las particularidades de los metros plautinos, sobre todo frente a Men., no pueden explicarse por usos lingüísticos comunes ni por la casualidad, y, por tanto, hay que elegir entre aceptar la tendencia a hacer coincidir ictus y acento o refugiarse en «obscurant and mystical metrical considerations unknown to the Greeks and without any justifiable existence in Latin».

Las pgs. 109-144 se destinan a una lista cuidadosamente organizada, anotando posición tras posición y por el orden de versos en las comedias las pal. yámb., por separado las en grupo crético, las en baquíaco, las oxítonas y las simplemente yámbicas; así como sumarios con las cifras correspondientes. Al fin, un índice de los 29 lugares cuya enmienda se discute, y un breve índice de autores y cuestiones.

En suma: tenemos aquí una obra ejemplar en lo que a método, cuidado y sentido del valor probativo de los números se refiere; que sería altamente convincente, si no fueran ciertas cosas muy a la base del edificio, que son dejadas a un lado, de las que especialmente: la aceptación más o menos subrepticia de una naturaleza no puramente musical del acento latino, o mejor, plautino; también en realidad parece que, por ejemplo, en lo de acentos secundarios en grupos, el acento se confunde un poco con el ictus mismo, cuya coincidencia se va buscando; igualmente lo dicho arriba sobre la colocación del ictus en los tríbracos; finalmente quedaría explicar por qué se acepta con tanto gusto la violenta discoincidencia de ictus y acento en el punto más relevante del verso: en el yambo de final.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

Studi pubblicati dall'Istituto di Filologia Classica de Bolonia. Volumen I. Bolonia, 1948. 8 + 131 pgs. Está formado este primer volumen por cuatro trabajos, de cuyo origen el director de la publicación, C. B. Pighi, nos da noticia en un breve prefacio.

1.° «Il Terzo Libro del Corpus Tibullianum, de Giuseppe Baligan, está dedicado a aportar nuevos argumentos y datos a la opinión que sostiene para este libro III, el de las elegías a Neera de Lígdamo, la atribución, ya de muchos propuesta, a Ovidio. Primero se combate la atribución a Tibulo (falta de citas antiguas del Tibulo del tercer libro) y se estudia la formación del *Corpus Tibullianum*. Se recorren luego las opiniones sustentadas: Lígdamo, seudónimo de Tibu-

lo; Lígdamo, amigo de Tibulo; Lígdamo, nombre propio del autor; Lígdamo, seudónimo de éste; Lígdamo, el esclavo de Propercio; Lígdamo, seudónimo de Ovidio joven. En el l. III se repiten, es verdad, versos de Ovidio; pero el mismo Ovidio repite cien veces versos suyos en otras obras. Neera se ve que estaba casada con Lígdamo y que le traicionó; pero todo lo que sabemos de Neera conviene con la primera mujer de Ovidio (y no con las otras dos). Sólo una vez el autor del libro III (en su epitafio) se impone el nombre de Lígdamo; pero puede ser (he aquí una ingeniosa hipótesis) que se trate con la expresión «*el* Lígdamo de Neera» de una concreción de «el esclavo de Neera», por alusión al «Lígdamo de Cintia», es decir, al esclavo de la amante de Propercio, cuyos versos sabemos que debían ser familiares a su amigo Ovidio. El nombre de Neera es, por otra parte, en los poetas latinos usado para nombrar a mujeres mudables, falsas, adúlteras. A continuación, el señor Baligan propone, basándose en la de aquella elegía de Propercio, la fecha de 22 a. J. para estos versos, e intenta una ordenación de las seis elegías de Lígdamo según las fases del sentimiento del poeta. Se comparan rasgos de las Heroídas con otros de aquéllas, y en especial el sueño de Lígdamo (*Corp. Tib.*, III, 4) y el de Ovidio, *Am.*, 3, 5; después concordancias estilístico-métricas entre ambos (colocación de determinados grupos en determinado puesto del verso); finalmente, el estilo y sentimientos de la poesía de Lígdamo (no de desdeñar, en opinión del señor Baligan) son propiamente los de un joven de gran talento poético al comienzo de su arte. Un apéndice, en que se comparan sobre todo expresiones de ambos, ayuda a la conclusión de que «Lígdamo no puede sino identificarse con Ovidio».

2.° «Originalitá e Sentimento Letterario nella Poesia di Claudiano», por Virginio Cremona, trata, con ocasión de Claudiano, el tema de la imitación: la viva, la revividora, es distinta de la meramente mecánica. De Claudiano serán examinadas las recogidas de temas (no tema general de la obra, ni temas míticos) y expresiones (lo más imitado por él, contra la opinión de J. Rolfe, de que es, sobre todo, imitador de pensamiento; la discusión de lo cual motivó el presente trabajo), pero afrontando «un problema de poesía que inviste el alma del poeta». En cuanto a los temas, se estudian separadamente la «simple recogida de temas», el «eco de temas con recogida o variación de expresiones», el «eco de motivos contaminados». En todos los ejemplos se ve cómo Claudiano revive el tema antes de reexpresarlo; incluso (por ejemplo, con motivo de la aparición de Prosérpina a su madre en Claud., de Héctor a Eneas en Virg.) se aprecia una distinta sensibilidad. En cuanto a las expresiones, se recorren numerosos casos en el «Rapto de Prosérpina» de recogida de un solo término, o de 17 diversos modos de combinaciones sintácticas que se recogen. Pero

el motivo de este retorno a expresiones anteriores (supuestamente felices), ¿cuál es sino repetición maquinal? Dado que muchas veces las expresiones idénticas se refieren a cosas absolutamente desconectadas, que no es notoria la predilección por expresiones raras o llamativas, el fascinamiento rítmico (el 60 por 100 de las expresiones imitadas son del 5.°-6.° pie) por cadencias afortunadas explica parte del motivo; pero de otro lado hay que tener en cuenta la educación poética de Claudiano, que, griego (aunque no hay que hablar de un choque de genio griego y genio romano, cuando ambos han confluído ya; y la deuda a los mitógrafos griegos sería más bien temática), ha de aprender en la escuela y sobre los grandes poetas anteriores la expresión latina y de ellos adquirir un vocabulario feliz, que, sin embargo, en Claudiano cubre un matiz sentimental, un perfume poético totalmente diverso, y del mismo modo que al tomar un tema puede hacérsele revivir, las expresiones no son más que herramientas que pueden servir, según el genio del que las sepa usar en su lugar, para los más diversos objetos. La deuda a los antiguos poetas es en Claudiano más verbal que sustancial, y no es él aún de los que poetizan mecánicamente según un descolorido método de calco.

3.° «I 'Cantica' di Terenzio», por Sesto Prete, es una valiosa aportación al conocimiento de las maneras de interpretación del verso en el teatro antiguo. Tras reunir útilmente los testimonios (Livio, Diomedes, Petronio, Mario Victorino y varios de los prefacios de Donato a Terencio) sobre aquéllas, se rebate el parecer de F. Ritschl, que, frente a los DV (= *diuerbia)* y C (= *cantica)* de Plauto, que serían los senarios y los metros líricos con setenarios respectivamente (aunque éstos en 'recitativo', en propio canto los segundos), opone, basado en la noticia de Donato, unos DV y MMC (= *mutatis modis cantica)*, siendo estos últimos una subespecie de los *cantica*, excluídos setenarios, los cuales si no son distinguidos en los prefacios con una simple C, ello es por descuido de Donato: no es de esperar un empobrecimiento de Pl. a Ter. en un período literario floreciente. Para el señor Prete no es esto impedimento para lo otro, y considerando lo absurdo de la suposición y de que nunca se dieran los MMC en Pl. ni los C en en Ter., examinado el modo como Don. habla de aquéllos, concluye que C y MMC son siglas distintas de lo mismo: los metros cantados, así los polimétricos como los setenarios, explicándose la diferencia porque los códices de Pl. y de Ter. siguen diversas tradiciones, sin que, además, la de éste tenga que ser posterior (y así perfeccionadora) de la de aquél. Se corrige también a Ritschl en la interpretación de Don. *de comp.* pg. 30 Wessner (aunque aceptando que los *tres numeri* sean *tres notae* y se refieran a la sigla MMC, y no, como para Hermann, a tres períodos rítmicos en que el *canticum* se divida) y de Diom. *gramm* I, 491, sosteniendo que bien puede referirse a un primitivo estado lo

de que el *canticum* sólo lo entonaba un personaje. Luego, el señor Prete ataca, sin duda con excesiva dureza, las opiniones de C. Conradt, *Die Metrische Composition der Komoedien des Terenz*, que sacrifica demasiado a la imposición de su preconcebida teoría de que de las partes que supone a la comedia (*a*, monodias del *cantor; b*, escenas cantadas por los actores; *c*, versos con acompañamiento; *d*, senarios sin éste) la primera se componía de tres miembros invariablemente, señalando éstos, así como los límites mismos del aria o *canticum*, a costa de violencias. (Estimamos con todo que tal preconcebida idea es bien fecunda.) Trae después el señor Prete noticia y valoración de las teorías posteriores sobre el origen de las partes cantadas de la comedia latina, anteponiendo con razón a la de Leo (y Wilamowitz) de relación con la métrica astrófica helenística, y a pesar de las objeciones estériles de Wil. y los intentos de relacionamiento con la Comedia Nueva (Wuest, Crönert) o la Media (Marx), la de Fränkel (*Plautinisches*, c. X, REPW s. v. «Neuius») de asimilarla a la, aunque mal conocida, métrica lírica de la tragedia romana, teoría tratada de concordar con la de Leo por O. Immisch. A continuación se recuerdan las ediciones de Ter., criticándose duramente la primera moderna, la de Bentley, por su irrespetuosidad a los codd. ante la fuerza de la *ratio*; tras la cual las de Fleckeisen, K. Diatzko, F. Umpfenbach (alabada sobre todas), y, finalmente, la de Lindsay-Kauer y el «Andria» de Marcuzeau. Tras esta útil parte de noticias, en la segunda de su trabajo el señor Prete analiza algunos trozos líricos de Ter. (And. 172-195, 236-266; Eun. 292-306, 549-567, 643-667; Hec. 841-853; Ad. 155-174), confrontando, o más bien enfrentando, las lecciones y colometría más generales en codd. y edd. con las correcciones y constante tripartición de Conradt, discutiéndose al pie de cada esquema varias lecciones y aun algún problema particular, sin que, no obstante, conclusión alguna general sea deducida de este análisis.

4.° «Analisi ritmica d'alcuni Luoghi dei Comici Latini» sirve para que en pocas páginas el señor Pighi despierte, más que aquietar, problemas rítmicos de los más importantes para un conocimiento vivo del verso antiguo, con motivo del análisis de unos pocos trozos de la métrica cómica. Tras recordar la teoría métrica de la edad imperial y de Prisciano particularmente (división de los metros en κατὰ στίχον y κατὰ περίοδον, siendo éstos, en los latinos, de los ἀπολελυμένα y dividiéndose a su vez en ἁπλοειδῆ y μικτὰ, entre éstos los mezclados κατ'ἀντιπάθειαν), pasa a discutir la interpretación por aquél del pasaje Ter., *And.*, 481-487 (III, 2, 1-8) como 'trímetros' en que el yambo y el troqueo pueden mezclarse (cabiendo, pues, antispastos, coriambos), no por absurda en sí, sino por muy más preferible la obvia interpretación como baquíacos (que si Prisc. rechaza, es por la repugnancia a admitir otros metros κατὰ στίχον que el yambo y el troqueo), la cual desarrolla

con un sistema de representación por notas musicales (♪ = breve, ♪ = larga *alogos*, o sea por una breve, ♫ = dos breves por larga *alogos*, ♩ = larga, ♫ = dos breves por larga, ♪♩ . ♩♪ = largas de tres tiempos por yambo, o por troqueo, ♫♪ = yambo por troqueo, ♪♫ = troqueo por yambo), resultando los vv. 481-484 tetrámetros baquíacos con sustitución por peón, y por moloso en los pies impares; el apoyo de un trozo de verso del original griego en Donato inclina a creer que Ter. reprodujo el metro de Menandro. De Ter. *And.* 625-638, los vv. 626-634 son claros tetrámetros créticos; el 625 ha sido enmendado *(hoccine* u *hoccinest)* para hacerlo tetrám., dact. o tetrám. crét. también; el autor lo considera mantenible, y nos da la interpretación del trozo en su sistema; cuanto a 635 s., distingue el señor Pighi con viva interpretación una posibilidad de pronunciación en «staccato», que daría dím. crét. más tripodia troc. cat., o en «legato», dando dímetro yámb., por lo que se decide, basado en lo que al carácter del personaje convendría; en fin, con 637 s. nos da una lección de prudencia y buen sentido, pues no sólo prefiere no añadir una nueva variante al vacilante texto, sino que ofrece dos versiones rítmicas de 637 y cinco de 638, según variantes, admitiendo que muchas pudieron ser ya de los actores (y así—conclusión implícita—haberse usado varias de las interpretaciones propuestas). En elaria Ter. *Ad.* 610-617 (IV 4, 1-8), de que se nos reproducen los textos y colometría de los MSS A (Bembinus) y P (Parisinus), aligerados de tantas enmiendas posteriores, descubre el autor un período 610-613 y otro 613-617, cada uno compuesto de dos 'frases', precedidas de un inciso las del primero, de miembros con coriambos mezclados a yambos o troqueos. Finalmente a las interpretaciones dadas por Prisc. de Pl. *Truc.* 95-101 (I 2, 1-7) y Turp. *com.* 141 (de la «Lindia») como troqueos en mezcla con yambos, igual que *Andria* 481 ss., se oponen otras, expuestas en la cómoda notación del autor, que acercan estos metros plautinos al sotadeo. Una conclusión más general se saca al fin, opinando que los diversos trozos hallados en que coriambos (o molosos, o jónicos) se mezclan con yambos y troqueos (con breves sustituíbles), debieron tener en realidad una «battuta» yámbica o trocaica, y ser considerados 'yambo-trocaicos polisquemáticos'.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

WILLIAM M. GREEN.—*Initium Omnis Peccati Superbia. Augustine on Pride as the First Sin.* Publicaciones de la Universidad de California sobre Filología Clásica. Vol. XIII, núm. 13 (pgs. 407-432), 1949.

Una muestra más de esta serie de interesantes aportaciones a la Filología Clásica, el libro de Mr. Green, antepuestas citas de San Agus-

tín, San Gregorio Magno, Santo Tomás y Niebuhr sobre el tema, enuncia su intención de estudiar: 1) la doctrina de San Agustín sobre la soberbia; 2) fuentes de ella; 3) su significación en el pensamiento agustiniano.

I. En orden cronológico se sacan los textos pertinentes a la opinión de San Agustín sobre la soberbia y la caída de demonio y hombre (con sus apoyos en el Eclesiástico, *initium omnis peccati superbia*, Isaías, etc.), así como las cuestiones de cuándo (desde su creación o bien—opinión última del santo—desde el comienzo de su soberbia) cayó el Demonio; si la soberbia nace por sugestión de éste o le abre camino (opinión última); si todos los pecados nacen de la soberbia (reacción de Agustín ante la exageración de Pelagio).

II. Los textos bíblicos no son reales fuentes de la afirmación del santo (dudoso el del Eclesiástico por el libro, el sentido del texto, su crítica textual); lo son más los relatos bíblicos y extracanónicos (de siglo II a. J.-I d. J.) de la caída del Angel. De los Padres, Orígenes no sólo precede a San Agustín (y apoyado en los mismos textos), sino que pasa a más, afirmando el confinamiento en cuerpos como una penitencia de humillación para la primitiva caída universal de las almas en soberbia. Pero con Orígenes entra la contribución de Grecia a la idea (y aquí uno de los mayores intereses del tema para nosotros): ὕβρις como origen de ruina aparece en Solón, Teognis, Hesíodo (caída por ella de los hombres de plata y bronce), los trágicos; Platón tiene una clara doctrina sobre el «exceso», pero se opone a lo cristiano en estimar la μεγαλοπρέπεια y rechazar las ψυχὰς ταπεινάς; con todo, en él está la teoría de Orígenes sobre la caída de las almas preexistentes, sometidas a la pena del cuerpo. Soberbia como primer pecado era tópico en tiempos de Agustín; entre otros padres, debe seguramente sobre todos a San Ambrosio (lleno a su vez éste de Orígenes): él asienta la soberbia como causa de la caída del hombre y de la del Diablo. Pero un nuevo soplo viene de Platón, a través de Plotino sobre todo, que pone el comienzo del pecado («privación de bien, movimiento hacia el no-ser») en la τόλμα, por la que las almas ansían independizarse y volverse al mundo del cambio (γένεσις), pudiendo bajar a cautividad de la materia. San Agustín toma de Plotino, como siempre, modificando, acerca de la caída del hombre atraído por «lo que está detrás» (cosas) y despreciando «lo que está delante».

III. Estimando que la idea de que «Dios resiste al soberbio, mas da gracia al humilde», informa todas las «Confesiones», Mr. M. Green recorre la historia de la soberbia del santo en su autobiografía, por llegar a ver la posición de ella en su pensamiento, desde su vanidad de primer puesto escolar, pasando por sus victorias retóricas (coronación en Cartago) y de defensa maniqueísta (cuya doctrina halagaba su soberbia, porque en ella el pecado no depende de la voluntad del

hombre), su desprecio por la literatura bíblica, sus ambiciones puestas en Italia, su lujuria explicada incluso ella como nacida de soberbia por el santo, las humillaciones que su soberbia recibe, hasta la conversión enderezada al camino de la humildad cristiana contra la soberbia neoplatónica, en lo que ayudan la humilde conversión de Victorino, junto con las palabras de Pablo («¿Qué tienes que no hayas recibido?»); pero aún no estaba del todo vencida la soberbia: algo de ella quedaba en los diálogos conducentes a la conversión (así se dice en las «Retractaciones»); aunque R. Reitzenstein exagera al decir que la primera época de la conversión es falsa, algo de cierto hay en que la verdadera línea de paso al cristianismo la señala el cambio del aire de vanidad de los primeros tratados a la humildad consciente de los posteriores; sin embargo, en «De Beata Vita» (donde la alegoría de la montaña hueca), «De Ordine» habla de la soberbia como cristiano verdadero. El autor ha intentado «to show that all the chief stages of Augustine's early life were steps toward his conviction that pride is the beginning of all sin. His conversion, therefore, was a conscious rejection of pride». Aún (l. X de las «Confesiones») cree Agustín que no es completo su triunfo, porque siente gozo en la alabanza, aunque sea por su virtud.

Hay un pasaje donde formalmente Agustín contrasta gracia con soberbia: el abandono de su soberbia fué lo que hizo al santo encontrar un nuevo «emphasis on grace» en los textos que le ayudaron. El hombre es incapaz de bien ninguno y vive enteramente dependiendo de la gracia. Y así (concluyen estas excelentes páginas sobre la idea y persona de San Agustín), la doctrina que le dió el título de *Doctor Gratiae* «es una secuela de su anterior convicción de que el comienzo de todo pecado es la soberbia».

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

ANTONIO MAZZARINO.—*La Milesia e Apuleio*. Torino, Chiantore, 1950, 164 pgs.—Es éste un libro ambicioso, en donde se nos da una solución a problema tan actual como el del valor de la obra de un autor latino con relación a sus modelos griegos. Desarrolla Mazzarino sus ideas con un método riguroso y una lógica exhaustiva, prolija a veces, y, si bien los supuestos no siempre son seguros, el libro es una contribución importante a la comprensión de la novela de Apuleyo, así como a la solución de algunas cuestiones textuales hasta ahora inexplicadas.

En la primera parte trata Mazzarino de descubrir la prehistoria de la tradición manuscrita de las *Metamorphoses*, es decir, de rastrear lo que pudo haber antes de la existencia del códice *F*, considerado unánimemente como el fundamental de que derivan todos los manus-

critos existentes. Y ya desde el principio expone M. la interesantísima idea de que todos los mss. de la clase I (cuya importancia establecieron Giarratano, y, sobre todo, Robertson en el completo estudio publicado en *Class. Quart.*, 1924, 34 ss.) derivan de un «fratello gemello» de *F* que debió tener al margen el *spurcum additamentum* a X 21 que no tiene *F* y que presentan los códices φ y *L* y otros derivados de ellos. La opinión corrientemente aceptada hoy sobre la clase I de mss. es precisamente la de Robertson y Giarratano, según los cuales deriva «ex *F* nondum mutilo». Pero los argumentos de Mazzarino muestran indirectamente que tal opinión no tiene otro fundamento que el respeto a la tesis de Keil sobre el valor de *F*, por ser ya una tradición con más de cien años de vigencia entre los filólogos. Por el contrario, la solución de M. es la única manera admisible de explicar ese hecho de la presencia del *spurcum additamentum* del que Robertson en la introducción a la ed. Budé, pg. XLII dice que «restait et reste encore inexpliqué»; así como es también la *mejor* manera de comprender la bondad, en tantos casos, de las lecciones de los mss. de la clase I, haciendo innecesario ver en ellas restituciones conjeturales. Y efectivamente, el acierto de tales supuestas conjeturas, contra las lecciones de *F*, no puede menos de causar asombro en unos códices que se estima derivados de *F*. Llega, pues, Mazzarino a formular un nuevo *stemma*, pero como con razón explica él, no se trata de una herejía en la interpretación admitida de la tradición manuscrita de Apuleyo, sino más bien de una consecuencia legítima de los hechos expuestos por los dos excelentes críticos aludidos, y que viene a explicar mejor que hasta ahora el conjunto de la tradición manuscrita del *Asno de oro*.

Si en esa teoría, expuesta en el cap. II, estamos de pleno acuerdo con Mazzarino, no podemos adherirnos del mismo modo a las ideas de los capítulos III y IV, que son un poco aventuradas, aunque desde luego no inverosímiles. Y así, en el cap. III se trata de demostrar la existencia de una tradición manuscrita «Afra», de carácter popular, *milesia (Milesia Punica Apulei* en la cita de Scriptores Historiae Augustae, Vita Clodii Albini 12. 12), a la cual habría suplantado la *emendatio* erudita de Salustio de fines del siglo IV. El principal argumento de M. son las citas de Apuleyo por gramáticos africanos como Nonio, Charisio, Servio, Macrobio, y, sobre todo, el muy tardío Fulgencio; de éste existen ciertos lugares paralelos a otros de las *Metamorphoses* y con variantes que M. supone se deben al hecho de que Fulgencio manejó una edición «Afra», por la presencia de ciertas palabras con sabor de *africitas*. Aun dando por supuesto que los textos de Fulgencio fueran citas fieles de una edición de Apuleyo que él tuviese delante (lo cual ya es aventurado, puesto que se ha demostrado la falsedad de otras citas de Fulgencio, y cuando éste dice *Apu-*

leius in asino aureo... dicit puede estar citando de memoria o de segunda mano, de un «testo riassuntivo» como el del III *Mythologiarum* de que habla el mismo M.), sobre todo el argumento de las palabras con sabor de *africitas* no puede menos de suscitar nuestras dudas, teniendo en cuenta la inseguridad en la aplicación de tal criterio, aun sin rechazar de plano la teoría de la *africitas* como hace, en general, toda la crítica moderna.

Del mismo modo, en el cap. IV, en un interesante análisis del *spurcum additamentum*, los argumentos de Mazzarino muestran con gran probabilidad que es un pasaje *antiguo* (y no medieval), que no es de Apuleyo y que se desarrolla en el *tono* de la antigua *Milesia:* todo ello por razonamientos estilísticos cuyo legítimo valor comprenderá fácilmente todo lector de la novela de Apuleyo al advertir, sin más, en el curso de la lectura, el exquisito cambio de *tono*, p. ej., al empezar y acabar el cuento de Psyche. Pero ya a partir de aquí las conclusiones de Mazzarino se hacen más inseguras al afirmar que el *additamentum* ha debido ser tomado de un pasaje de la antigua *Milesia* paralelo a Apul. Met. X 21, por «quella attività editoriale» (sc. de gramáticos de los siglos III al V) «interessata a sottolineare il carattere di *Milesia Punica* di Apuleio»; que anotado al margen por ellos, debió ser transcrito por las *alterae manus* de los códices φ y *L;* y, finalmente, que se trata de un pasaje de Sisenna, el traductor de las Μιλησιακά de Arístides.

La segunda parte del libro es la más valiosa, y en ella se propone Mazzarino presentar «lo sfondo ambientale» de la novela de Apuleyo, su génesis, y finalmente la originalidad, la «apuleyanidad» de Apuleyo. Curioso es hacer constar que al mismo tiempo aproximadamente que veía la luz este libro de Mazzarino se publicaba en el fasc. 3 del vol. XLVIII de *Eranos* un artículo de H. Erbse con el título «Griechisches und Apuleianisches bei Apuleius» y cuyas ideas coinciden notablemente con las de Mazzarino, aun estudiando uno y otro aspectos concretos distintos. La idea fundamental de Mazzarino es la de que Apuleyo, en las *Metamorphoses*, moviéndose en el ámbito de la antigua *Milesia*, manteniéndose en el mismo γένος y tomando como base de su narración asuntos ya conocidos y generalmente debidos a otra pluma, *eleva el tono* de la *fabula* muy por encima de todos los anteriores, y especialmente de su modelo Lucio de Patras que fundamentalmente había repetido a Arístides-Sisenna. Las deducciones que hace Mazzarino de la comparación entre la obra de Apuleyo y el Λούκιος ἢ ὄνος atribuído a Luciano son admirables y concluyen en que Apuleyo sigue a Lucio de Patras (a excepción del cuento de Psyche y de cuatro historias más) aun allí donde no hay correspondencia con el Ὄνος (contra la tesis de Junghanns), p. ej., en la historia de Aristomenes (en donde tenemos, sin duda, según la acertada

demostración de M., una de las μεταμορφώσεις ἐξ ἀνθρώπων εἰς ἀλλήλους de que habla Focio). Ahora bien: ¿cuál es la originalidad, la «apuleianità» de Apuleyo? La feliz respuesta de Mazzarino es la de que Apuleyo es a la *Milesia* lo que Terencio a Menandro, y semejante su técnica *contaminatoria* a la de la *palliata*. *Contaminatio*, pues, como la que Erbse, art. cit. 118, ve en la composición del cuento de Psyche. Por otra parte, Mazzarino es un decidido defensor de la unidad de la novela de Apuleyo, en apoyo de la cual aduce argumentos tan brillantes como el de la supresión de las indicaciones geográficas de Lucio de Patras en lo que precede al libro XI, con el fin de preparar la acción religiosa que ha de desarrollarse en Corinto, donde existía un santuario de Isis, y no en Tesalónica (como en Lucio de Patras), donde no existía tal templo ni el ambiente necesario (el hecho simple ya fué observado por Helm en su Praefatio a la ed. Teubner, vol. II, 2, página XVII). Ideas parecidas a las que sobre la unidad, finalidad elevadora y profundidad psicológica de la obra formula Erbse en el artículo citado.

Ambos trabajos vienen a precisar de modo serio y analítico algunas de las ideas que en el fondo animan el brillante prólogo de Vallette a la ed. Budé, y se oponen esencialmente a las de Helm y otros anteriores que no veían en Apuleyo más que un *compilator* con un poco de sal. Y en el conjunto del problema general de la imitación en la literatura latina, sobre el cual también en 1950 ha aparecido un artículo, de G. Herzog-Hauser (en *Wiener Studien*, LXIV, 124-134), ambos trabajos aseguran a Apuleyo un lugar distinguido entre los maestros que han «imitado», pero de tal manera han encontrado la síntesis perfecta, *ut priores superasse, posteros docuisse dicantur*.

ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

PERICOT GARCÍA, LUIS.—*La España primitiva*, Colección histórica Laye, Editorial Barna, S. A., Junqueras, 16 4.°, Barcelona, 1950. Un volumen de 374 págs., con láminas e ilustraciones. 75 ptas.—El profesor Pericot es conocido universalmente como uno de nuestros primeros prehistoriadores. No sólo por su saber, sino también por su capacidad de síntesis y por la prudencia y a la vez flexibilidad con que, en una ciencia que, como la prehistoria, se renueva continuamente, va dando cabida a los resultados de las últimas excavaciones y a los nuevos materiales que continuamente enriquecen y a veces trastornan el panorama.

El libro que tenemos delante constituye una síntesis dirigida, más que al especialista, a la persona culta preocupada por el problema del origen de las gentes que pueblan nuestra península. No se trata, por

consiguiente, de una obra polémica ni donde se nos den uno por uno los fundamentos de esta ciencia. Se trata de una vasta síntesis, que, en frase del autor, quiere ser a la vez «reconstrucción histórica y ambiental» y «esquema personal» (pág. 9).

Comienza el libro con una introducción sobre la evolución de los estudios prehistóricos, con referencia especial a nuestra patria. El cuadro que presenta de la situación actual, sin ninguna omisión, y con la nobleza de espíritu que caracteriza a Pericot, es un buen exponente de la próspera situación de la ciencia prehistórica en nuestra península.

La enorme profundidad cronológica que la prehistoria ofrece como pasado de la Humanidad, es expuesta rápidamente por Pericot en el capítulo I de su libro. No hay que decir que los períodos tradicionales aparecen remozados y organizados conforme a los descubrimientos recientes. Así, hallamos referencias al período Clactoniense, anterior al Acheulense o Abbevilliense. También hallamos mencionado al Gravetiense o Perigordiense, faceta diferenciada del Auriñaciense. Gravetienses serían, al lado de los Auriñacienses de la zona cantábrica y compartiendo con ellos la denominación de «primeros españoles», los pobladores de la costa mediterránea de la península. En esta parte no hay que decir cuánta es la autoridad del Prof. Pericot, autor de las excavaciones de la cueva del Parpalló.

El mapa de la distribución del arte rupestre (pág. 67), con los comentarios que le acompañan toca acertada y discretamente los difíciles problemas de la cronología, tan discutida, de estos materiales.

Mayor interés para el lingüista ofrecen, en orden creciente, los siguientes capítulos. El planteamiento de la cuestión en cuanto a la difusión del neolítico (pág. 121 ss.) tiene en cuenta las posibilidades que comienzan a preocupar a los lingüistas en la época más remota a que pueden alcanzar con sus hipótesis.

Acepta Pericot la tesis de Martínez Santa Olalla, de un círculo cultural hispano-mauritano. Es evidente que, como han señalado otros investigadores, la determinación de las relaciones de nuestras culturas del Sur y Levante con las del Norte de Africa, consistirá la solución de problemas que se encubren bajo nombres como este de hispano-mauritano o el de capsiense (este último evitado por nuestro autor, con su característica discreción).

Describe a continuación Pericot la cultura de Almería, con su extensión hacia el Norte; asimismo el fenómeno megalítico (al que rehusa la categoría de cultura unitaria). Se plantea Pericot el complicado problema de la cronología y origen de los megalitos, inclinándose a admitir eclécticamente varios orígenes y corrientes; en párrafo aparte se ocupa de los extraordinarios megalitos andaluces. Defiende todavía Pericot la personalidad de la zona de cultura portuguesa me-

galítica, formulada principalmente por Bosch Gimpera. El planteamiento de la cuestión en cuanto a la zona central de la península revela la crisis en que se encuentran las antiguas ideas sobre el asunto (cultura de las cuevas). La cultura pastoril pirenaica es definida en otro párrafo, y el arte esquemático rupestre, así como el vaso campaniforme, son tratados a continuación. Señalemos el interés del apartado sobre las relaciones exteriores de la península en la primera fase de la edad de los metales (pág. 187 ss.).

Los capítulos siguientes tratan de la cultura argárica y del extraordinario apogeo de las zonas atlánticas «cuando el segundo milenio está avanzado».

Con la edad del hierro pisamos los umbrales de la historia. Se basa primero Pericot en los trabajos de Schulten sobre Tartessos, recuerda el papel de los fenicios y a continuación se ocupa del problema de los ligures. Si quisiéramos precisar la situación en cuanto a éstos, diríamos que si tratamos de los ligures preindoeuropeos, hay coincidencias en este estrato entre la Liguria y nuestra península (a juzgar por la toponimia). Pero también los elementos indoeuropeos que se señalan en la Liguria ofrecen semejanzas con restos onomásticos en nuestro suelo. La idea de una comunidad indoeuropea precelta, extendida desde el Tajo hasta el Vístula se abre paso, llámese a estas gentes ilirios, protoceltas, ligures, ambrones o como quiera. El lingüista verá con gran satisfacción que un capítulo de nuestra prehistoria se titula ya «Indoeuropeización de España».

Con un estudio arqueológico de las colonizaciones y un cuadro interesantísimo sobre la cultura ibérica y celtibérica se completa este libro, que constituye una guía excelente para el conocimiento de nuestras antigüedades y que el lingüista y el filólogo clásico pueden consultar con toda seguridad y confianza.

A. T.

BEELER, M. S.—*The Venetic Language*, University of California Publications in Linguistics. Vol. 4, n.° 1, págs. 1-60, 1949.—HANS KRAHE: *Das Venetische. Seine Stellung im Kreise der Verwandten Sprachen*, Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse 1950, 3. Abhandlung, 37 páginas.—Estas dos importantes monografías revisan a fondo el problema de la lengua véneta. La primera de ellas hace un estudio muy detenido de los restos lingüísticos, basándose desde luego en la publicación de Conway en *Prae-Italic Dialects of Italy* y combinando en los restos de la lengua véneta todas las apariciones de las distintas grafías, con lo que el estudioso tiene un repertorio muy completo para el estudio de la fonética véneta. En toda esta parte la obra constitu-

ye un excelente y seguro elemento de trabajo. En algunos puntos sigue el autor a Claflin, así cuando (pág. 20) interpreta como representante del *šwa secundum* la primera vocal de *tolar*, que correspondería a lat. *tulam*. Desde luego que el fundamental trabajo de Sommer es ampliamente utilizado por Beeler, que ofrece el mejor repertorio para el manejo de las inscripciones vénetas. La bibliografía es muy completa, aunque echamos de menos el importante trabajo de Kretschmer en *Glotta* XXX 1943, págs. 134 ss., que tan útil le hubiera sido al autor para la clasificación que intenta de la lengua véneta. Poco posterior al trabajo de Beeler, y nos permitimos señalar su importancia aquí, es el estudio del prehistoriador Menghin titulado «Veneto-Illyrica», cuya primera parte se ha publicado en los *Anales de filología clásica* de la Universidad de Buenos Aires, vol. IV, 1949, págs. 151-81.

La parte más original—y menos metódica—del estudio de Beeler la constituye su capítulo VII, donde intenta una clasificación lingüística del véneto. Beeler insiste en las coincidencias con el itálico y las divergencias frente al ilirio y llega a la conclusión de que el véneto no es sino «an Italic dialect which broke off early from the parent stock but which still retaines some remarkablee features whih link it more closely to the Latin-Faliscan branch of that stock».

En realidad los argumentos de Beeler se reducen a que él no ha visto sino un dilema: dado que no es ilirio-mesápico, el véneto tiene que ser itálico (1). Pero ya en el gran trabajo citado de Kretschmer se señalaba que no había tal dilema y que *tertium datur*.

Esto lo demuestra cumplidamente Krahe en la reciente monografía que comentamos. Se trata de una conferencia, que el autor ha conservado como tal, y donde se hace por una parte la crítica de Beeler y se señala por otra la posición del véneto en relación con las lenguas vecinas, insistiendo una vez más en la teoría de las ondas.

Da el autor una valiosa revisión del material ilirio, para diferenciarlo del véneto, y examina luego sucesivamente las coincidencias del véneto con el ilirio, con el itálico y también, lo cual es muy importante discutiendo a Beeler, con el germánico. Los argumentos de Krahe creemos convencerán a todo el mundo, y pueden resumirse en la tesis siguiente: «das Venetische ist ein selbständiger Sprachzweig

---

(1) Ahora sería el momento de señalar su posición a las inscripciones de Val Camonica, que también se acercan al latino-falisco, y que, a juzgar por *tiez* (núm. 11 de Altheim-Trautmann *Vom Ursprung der Runen* Frankfurt am Main 1939) presentarían la vacilación entre *t* y *z* para representar la *d* (cf. Beeler, págs. 6 y 35) que se da en la región véneta. Sobre estas inscripciones v. EMERITA IX, pág. 201 s., X, pág. 360 s. y Hofmann en Büchner-Hofmann *Lat. Liter. u. Sprache* p. 260 s. Otra de las omisiones de Beeler en la bibliografía: estas obras de Altheim.

des Indogermanischen». Esta tesis la creemos cumplidamente demostrada en la memoria que reseñamos.

A. T.

BUFFA, MARIO.—*Elementi di Grammatica etrusca.* Edizione privata. Pescia, 1950.—El señor Buffa, miembro del Instituto de Estudios Etruscos y autoridad en esta materia por sus importantes publicaciones, muerto en 1946, dejó en manuscrito dos trabajos: la *Grammatica* de que ahora damos cuenta y otro de más aliento, intitulado «Indice temático etrusco». Por iniciativa y decisión familiar, se han impreso y publicado estos *Elementi*, y debemos agradecer el rasgo de piadoso respeto que, al mismo tiempo, presta un estimable servicio a los estudios filológicos.

El señor Buffa tuvo la excelente idea de reunir en lo que sería un pequeño volumen todo lo esencial bien establecido de gramática etrusca. Es una exposición clara y escueta que, indudablemente, será muy útil sobre todo a los investigadores de las lenguas prerromanas.

J. V.

RAEDER, HANS.—*Platoniske Stadier.* Det. Kgl. Danske Videnskabernes Selskab, Filosofiske Meddelelser, Bind II, Nr. 5, Copenhague, 1950. 29 págs., con un resumen en inglés.—El conocido investigador en temas de filosofía griega Hans Raeder hace en esta Memoria un estudio acerca del debatido asunto de la relación entre el Sócrates platónico y el Sócrates histórico. Naturalmente que el autor se opone al criterio de algunos investigadores ingleses, como Burnet y Taylor, que hacen remontar incluso hasta Sócrates la teoría platónica de las ideas.

Raeder se ocupa de determinar en qué medida Sócrates es portavoz meramente del pensamiento de Platón. Sigue la opinión generalmente admitida de que cuando Platón abandona a Sócrates como protagonista de sus diálogos, ello significa la independización total de su maestro y la entrada en nuevos horizontes.

El autor discute con un gran conocimiento de la bibliografía sobre el asunto y representa un criterio moderado y objetivo que merece continuamente la adhesión del lector.

A. T.

POHLENZ, MAX.—*Die Stoa. Geschichte einer geistigen Bewegung.* Göttingen 1947, 490 págs., con una *Ergänzungsband.* Göttingen 1949,

230 págs.—La obra es de las que se llaman exhaustivas. El autor, con toda la autoridad de su rigor científico, nos ofrece una historia del estoicismo, desde la tierra en que echó raíces hasta la digestión de sus frutos por la posteridad.

La historia de la tierra es ésta: a una filosofía jónica, que se desinteresa de la ética, sucede, en consonancia con una crisis histórica, una filosofía ática de corte moral. La postura humana, que, como eje central, la determina, es el individualismo; y las soluciones son, respecto de este eje, o centrípetas (sofistas) o centrífugas (Sócrates y los resultados políticos de Platón y Aristóteles). La persistencia de la tónica individualista que trae consigo la quiebra total de la Polis, da carácter angustioso a la crisis moral del helenismo a la busca de un arte de vivir. Dos soluciones, una que propende a un individualismo quietista: Epicuro; otra, que ofrece posibilidades a un nuevo concepto de comunidad: la Stoa. Tras presentar a los personajes y señalar agudamente el extranjerismo de la Stoa inicial, comienza la exposición de la doctrina (pág. 31). El meollo del estoicismo está en la filosofía del Logos. En éste busca Zenón la unidad de las partes de la filosofía. Pero el Logos no es el Nus. Mientras éste se emplea ya desde Homero con un carácter que tiende al abstrusismo, con el Logos se señalan las relaciones entre el hombre y el mundo exterior. Es el centro de impresiones, suma de nuestra postura externa y vía de diálogo (λέγειν) con los demás y con uno mismo. En la aprehensión de esta noción se remonta Zenón hasta Heráclito. Es tan importante la delimitación de este concepto, que Pohlenz se maravilla de que no se haya hecho antes de él comparación entre el Logos y el Nus (cf. *Ergänzungsband*, pág. 20, nota a pág. 34).

El lenguaje como testimonio del Logos tiene un singular valor para los estoicos (pág. 41 ss.); ellos fueron los que determinaron con sentido casi actual el valor de los casos y los primeros que dieron una doctrina sistemática del tiempo verbal. Pero, dentro de ésta, más que en el grado temporal se fijan en el modo de la acción, en el aspecto. La causa la ve Pohlenz en el carácter semítico de los fundadores de la Stoa, y señala, a la vez, que, en la doctrina estoica del tiempo gramatical, no sólo se percibe una diferente sensación del lenguaje, sino hasta un distinto sentido del tiempo.

En Lógica (pág. 49 ss.) la originalidad estoica está en haber dado entrada en la Filosofía a los juicios disyuntivos e hipotéticos, frente a los juicios categóricos de Aristóteles, que, típicamente ideales, no calaban, según Crisipo, en la realidad misma de las cosas. La necesidad científica de este método se había mostrado ya, por lo demás, en la matemática con Euclides.

Dentro de la doctrina del conocimiento (pág. 54 ss.), Pohlenz atribuye a Zenón haber sido el primero que conoce claramente, como pro-

blema filosófico, los juicios del valor. La consideración de lo que «vale» es el punto de partida para un examen de nuestro interior (οἰκείωσις).

En Física (pág. 64 ss.), la explicación del corporalismo estoico, que, dentro del campo griego, queda todavía coja, se ve en la dimensión semítica del estoicismo; Pohlenz ejemplifica corporalizaciones de procesos morales en el Antiguo Testamento.

No hay necesidad de explicar la teoría monística de Zenón del ποιοῦν y el πάσχον por las críticas de Teofrasto a la doctrina aristotélica del movimiento. Parte, en realidad, de su más interior motivo: el Logos; y aquí se justifica, más que en cualquier otro sitio, la sustitución, que Zenón hace, del Nus aristotélico por el Logos (pág. 68).

Originalidad estoica es también haber introducido en la concepción del mundo la idea del *tonos*, que por los griegos sólo era aplicada al deporte y a la música.

La Teología está en los estoicos íntimamente unida a la Física; la idea de Dios como fuego creador, o bien, tras la modificación de Crisipo, como pneuma racional, pone al estoico en una situación de religiosidad impersonal para con Dios, y Pohlenz hace resaltar cómo la expresión individual sólo se encuentra, dentro de la Stoa antigua, en el griego Cleantes.

En la Etica (pág. 111 ss.) necesita el autor, para explicar bien el sentido de la moral estoica, aclarar el valor de la eudemonia, que tiene, según él, desde Kant, un acento peyorativo, porque no se la comprendió y sintió a lo griego. Su verdadero valor está, por ejemplo, en lo que moralmente sintieron los discípulos de Sócrates, en presencia de su muerte. En este sentido es eudemonista la moral estoica, exigiéndose obrar conforme a la razón, o sea, el ὁμολογουμένως ζῆν,, que, para Zenón, tenía el sentido etimológico de «vivir conforme al Logos». Pero los estoicos no ignoraron, de manera total, lo animal en nuestra naturaleza, y, si no nos hacemos cargo de ello, no comprenderemos muchas consecuencias que debía arrostrar la doblez de la idea de la φύσις. Típicamente griega es también, en la Stoa, la ausencia de una noción de la voluntad en sentido moderno (pág. 124 ss.). Prepondera el conocimiento sobre el impulso, y Pohlenz se opone a los historiadores modernos de la Filosofía, que hablan mucho de la voluntad en Aristóteles, sin precisar bien este sentido. La originalidad ética está en el «debes» estoico (elemento semítico, según Pohlenz) frente al «puedes, tienes facultades para» griego.

La helenización de la Stoa viene con Panecio, heleno puro, aristócrata y hombre de gran mundo. Introduce una visión total del hombre, y con él por primera vez se reconoce autoridad moral a la personalidad individual. Con Posidonio, entra la idea de inmortalidad, pero se trata de representaciones religiosas que trae de su patria oriental y que no están muy en consonancia con su propio sistema. Con ellos

dos se entra en el segundo período de la Stoa, que no implica que sea un grupo cerrado.

En Roma (pág. 257 ss.), cuando el romano, en la crisis moral simultánea con su expansión, necesita una concepción total del mundo, no cabía otra doctrina que la estoica. Mentalidad práctica y de miembro de comunidad, *virtus*, *pietas*, sencillez, parsimonia, proceder casuístico, todos estos factores de la conformación interior del romano hacían a la Stoa altamente simpática en su mundo, y con ella (Panecio) se defiende de la dialéctica de un Carnéades, agresiva para el imperialismo romano.

El sentido de *humanitas*, que nace, como concepto, en la comedia nueva, y que el estoicismo griego pone en fría actividad, debía encontrar gran eco en el mundo romano. Aparece ya en el terenciano *homo sum* y se desarrolla con Cicerón; pero la *humanitas* pertenece a la esfera de la vida personal, y no basta; la *virtus* por otro lado, acredita al *vir bonus* como «hombre» al servicio del Estado; las dos juntas dan el cuadro completo del nuevo romano.

La actividad filosófica de Cicerón no se reduce a un mero trasplante de ideas. Aparte el manejo de ideas propiamente romanas, como *honestum*, *officium*, *virtus*, tiene otra actividad constructiva, romanizante, en la interpretación de ideas filosóficas griegas. Por ejemplo, en vez de traducir πάθος traduce ταραχή, *perturbatio*, y cambia απάθεια en *tranquillitas (animi)*, nociones más próximas al interior romano. Típicamente diferenciador es que el romano opera siempre con preponderancia de la voluntad sobre el conocimiento, y frente a la Eunoia pone la *benevolentia*.

Con Augusto retrocede el ideal de *humanitas* y cobra relieve la antigua *virtus;* pero, pasado el momento augusteo, y frente a las tendencias vulgarizantes que puede representar un Trimalción, renace aquel ideal con sentido de filantropía. Es la época de Séneca, a quien, en definitiva, sigue Pohlenz reconociendo como hombre antiguo. Séneca romaniza ya plenamente el estoicismo. Original en el cordobés, dentro de la corriente estoica, es la valoración moral de la conciencia, noción que, a través de la escuela de los Sextios, recibe de los pitagóricos, de donde, dice Pohlenz, pasó también al judaísmo helenístico. La valoración de la voluntad, que en Cicerón había sido un tanto detenida por teorías griegas, se supervalora ya, en Séneca, plenamente y sin trabas. Hay asomos de dualismo, pero no se sale del esquema monístico-inmanentista que señala la escuela. Se encuentran en él expresiones del concepto personal de Dios, pero son sólo vislumbres. El sentimiento de la inmortalidad, que apunta en él, no pasa de ser un bello sueño (pág. 322). A una concepción de Dios personal se llega con Epicteto, pero con Marco Aurelio se vuelve a diluir el sentimiento religioso en la creencia panteísta que caracteriza la Stoa.

Y así entra Pohlenz en la cuarta y última parte de la obra (página 366 ss.) estudiando las nuevas corrientes espirituales que dieron al traste con la vigencia pública de la Stoa. Con Filón y el judaísmo vienen introyecciones de espiritualidad más definida, y, sobre todo, de una religiosidad con sentido del pecado. La agitación espiritualizante se mantiene viva con las corrientes de la Gnosis y la Hermetika, y, tras los intentos de fijación científica de neopitagóricos (Numenio) y neoplatónicos (Plotino), cristaliza en la nueva fuerza religiosa del cristianismo, espiritualidad original en el *humus* del helenismo muerto. Pero los pensamientos fundamentales del estoicismo se mostraron con suficiente fuerza para seguir obrando, incluso dentro de la nueva postura vital y espiritual.

La obra es recia, bien trabada, maneja exhaustivamente el material bibliográfico (230 págs. de citas y comentos), y aporta a la Historia de la Filosofía, aparte su aguda visión del estoicismo desde el ángulo semítico, ideas originales, de gran riqueza explicativa, sobre el logos, la eudemonía, la voluntad y la conciencia, en sus relaciones con la filosofía antigua. Por nuestra parte, sólo sentimos la falta de una explicación interna del nacimiento del individualismo griego, que motiva, en definitiva, la aparición de la Stoa, y bastante timidez y vacilación en la interpretación de algunos motivos senequistas.

José L. García Rúa.

Lana, Italo.—*Protagora*. Università di Torino. Pubblicazioni della Facoltà di Lettere e Filosofia. Vol. II, fasc. 4. Torino 1950. 91 páginas + 2 hojas.—Una vez más los sofistas. Otra vez motivo de palestra ese complejo fenómeno del pensamiento helénico que, tan escarnecido en la Antigüedad, cosechó, junto a vejaciones, buen número de elogios de Hegel para acá. Y en la palestra, ahora, un italiano, que no hace aspavientos, y, al contrario, buen alarde de prudencia crítica. Inteligentemente señala él mismo desde el principio, el peligro del apasionamiento—«perchè, di fronte alla critica platonica, è parso necessario prendere posizione pro o contro la Sofistica», página 9—y procura no perderlo de vista.

Ya desde el cap. I *(Protagora pensatore politico)*, se afinca en el método histórico y no buscará eliminar contradicciones sino explicarlas y rehuir peligrosas elaboraciones personales, para, prudentemente limitado en su empeño, tratar de ver sólo hasta qué punto se puede hacer revivir la personalidad de Protágoras y reconstruir sus doctrinas. Es este un capítulo de generalidades donde Lana concreta la mayor parte de la doctrina de su libro. Tras hacer la crítica de las noticias que prueban la importancia de la actividad política en Protá-

goras (pág. 5), hace afirmaciones que son clave en su libro: Que toda tentativa de reconstrucción de su pensamiento político queda en un grado de probabilidad; que es preciso, por razones de método, no perder de vista su profesión política para que nos sirva, por decirlo así, de aglutinante de unitariedad con respecto a su actividad teorética (página 9); que era—y aquí lanza su tesis—un interpretador de realidades políticas, un pensador político, pero no un utopista; de aquí que Aristóteles no haga mención suya junto a Falea, Hipodamo y Platón *(Politica* II).

En el cap. II *(Il pensiero politico di Protagora in rapporto alla Repubblica di Platone e alle teorie oligarchiche di Trasimaco*, pág. 11 y siguientes) desmenuza el repertorio de argumentos encaminados a probar sus afirmaciones del cap. I. Empieza por extraer la sustancia política de Protágoras de la crítica de algunas noticias de la Antigüedad (v. g., en la vida de Platón de Diógenes Laercio III 37; Favorino *Historia varia* III 57) según las cuales Aristóxeno acusaba a Platón de haber tomado de las *Antilogías* de Protágoras la materia política de su *República*. Analizando una cita de Porfirio (ap. Euseb. *Praep. Ev.* X 3, 25) admite la posibilidad de «plagio» en Platón en el sentido de que en la Antigüedad era considerado plagio (κλοπή), en la refutación de una doctrina, la utilización de argumentos semejantes a los que otro autor hubiera podido emplear al combatir la misma doctrina. Este «plagio» platónico se reduciría al libro I de la *República*, en que el sofista Trasímaco de Calcedonia discute sobre la justicia con un sentido oligárquico. Presenta Lana la figura histórica de este Trasímaco y confronta con un fragmento de éste (D. K. 85 B 8) el citado pasaje de la *República*. Trasímaco sería un personaje característico de la época de la guerra del Peloponeso, con sus inquietudes y descontento para con el régimen pericleo anterior (pág. 18). Protágoras, representante de la luminosa edad de Pericles, habría dedicado a combatir a Trasímaco buena parte de sus *Antilogías*. Esta es la tesis que Lana pone en apoyo de la hipótesis de Th. Gomperz *(Les penseurs de la Grèce*, trad. fr. Lausanne-París 1904, vol. I, pág. 491), el primero que limita la imitación platónica de Protágoras al libro I de la *República*. La demostración prosigue rastreando el pensamiento político del sofista de Abdera en el *Protágoras* (320 *c*-322 *d)* y atribuyéndole, conforme al sentir de la mayor parte de los estudiosos (cf. pág. 18 nota 31), la relación del mito por la que Protágoras trata como dones de Zeus las virtudes de αἰδώς y δίκη, que están en la base de toda justicia y de toda política escapando así a cualquier crítica y a la antinomia νόμος-φύσις, que no por eso ignoraba (cf. pág. 20, n. 33). Aún perfila su demostración resaltando en la *Rep.* la presencia de Clitofonte de Aristónimo junto a Trasímaco. Este Clitofonte fomenta la instauración del régimen de los 400, proyecto de Pitodoro, quien

(Diog. Laer. IX 54) acusa a Protágoras de impiedad, siendo en realidad el fondo de los cargos la excelente posición de Protágoras en la Atenas de Pericles. Aquí es preciso que Lana se plantee la cuestión de si Protágoras fué un verdadero teorizador de la democracia. Concluye que no, basándose en que su teoría de la universalidad de la αἰδώς y la δίκη puede aplicarse a cualquier sistema político. Se hace luego la reflexión de la sinceridad de estas doctrinas y no puede menos de advertir la contradicción de que no sean objeto de la aplicación de la teoría protagorea de los δύο λόγοι (pág. 29). Los contemporáneos no advirtieron estas contradicciones (cf. Plat. *Menon* 91 *d; Gorgias* 484 *c*-486 *d)* por la situación precaria de la filosofía entre los aristócratas de vida pública. Dos exigencias distintas, igualmente fuertes, se señalan en Protágoras, la práctica y la especulativa.

En el cap. III *(Documenti del pensiero politico di Protagora: Le «Leggi di Caronda per Thurii» e il «Proemio di Caronda»*, pág. 32) mueve toda su argumentación a probar: que la legislación de Thurii se basa en la constitución de Carondas y no en la Zaleuco; que hay dos códices de Carondas, uno el que conoce Aristóteles *(Polit.* II, IX 12, 5 ss.) y Teofrasto (ap. Stob. IV, II 20, pág. 127, 20 H), que es el primitivo; otro, el que conoce Diodoro Sículo (XII 11, 3), que es la nueva redacción de Protágoras; que el Proemio de Carondas, recogido por Estobeo (IV, II 24, pág. 149, 14 H), es también de Protágoras. Para demostrar esto tiene que oponerse a Delatte *(Essai sur la politique Pythagorique*, Liège-Paris 1922, págs. 177-202), que señala divergencias entre el Proemio y el códice referido por Diodoro, y a Mühl *(Die Gesetze des Zaleukos und Charondas* «Klio» 1920, páginas 446-447), que considera tal Proemio producto de la diatriba y de la propaganda filosófico-popular. Entre otros argumentos, verosímiles, y de más o menos consistencia, presenta Lana el de que el autor del Proemio recomienda el fingimiento de la justicia (προσποιεῖν δικαιοσύνην) atribuído en varios lugares de la literatura filosófica a Protágoras. Hace hincapié en la semejanza de estilo interno y externo. Y por referir alguno más de sus argumentos, hacemos alusión al ingenioso que se basa en la lección (además la más corriente y autorizada) δυναμίαν (por δύναμιν), que relaciona con la teoría lingüística, reconocidamente protagorea, de regularizar los géneros y las declinaciones (página 56 ss.). Concluye admitiendo que el Proemio es, ideológicamente, un encuentro del pitagorismo primitivo con la sofística, y explicando las razones políticas e históricas, que llevarían a Pericles y a Protágoras a salpicar de un velado tinte oligárquico, de origen pitagórico, las leyes de Thurii.

Con el cap. IV *(Opere esoteriche ed essoteriche di Protagora. Suoi rapporti con l'atomismo e il pitagorismo*, pág. 64) entra en la parte más escabrosa de la obra, aquélla en la que se dan las grandes contradic-

ciones de Protágoras. Critica a Untersteiner *(I Sofisti. Testimonianze e Frammenti.* Fasc. I: *Protagora e Seniade* Firenze 1949), que elimina de la obra de Protágoras toda contradicción interna. Pone de resalte las grandes contradicciones que en él se dan: Frente a su practicismo, vislumbra *(Teeteto* 152 *c)* una actividad esotérica del abderita y ve un cierto acercamiento al pitagorismo en la expresión ἐν ἀπορρήτῳ de tal pasaje. Ahora bien, sienta Lana (pág. 76), y ésta es la síntesis de toda su obra, que en los resultados de la actividad protagorea no hay propiamente contradicciones: la contradicción está en el mismo Protágoras, que admite tal desdoblamiento de sí mismo. Y pasa a analizar los resultados de sus especulaciones. Es muy fino el análisis que hace respecto al término «no ser» en el famoso aforismo protagoreo del hombre-medida, que, por lo demás, globalmente, analiza conforme a la tradición (pág. 79). Tal término tiene origen en Leucipo, que, frente a los eléatas, le da categoría de realidad. Explica la oposición de Demócrito a Protágoras como consecuencia de la desviación de éste hacia el relativismo. Explica su apartamento del sustancialismo atomista como una exigencia de derivarse hacia los asuntos del hombre. Para justificar el entronque con el pitagorismo se acoge, sobre todo, a Rostagni *(Un nuovo capitolo nella storia della Retorica e della Sofistica* St. It. di Filol. Class. 1922, pág. 148 ss.; y *Il verbo di Pitagora* Torino 1924), que enseña cuánto influyó el pitagorismo en la sofística. En el concepto dualístico de los pitagóricos Dios-natura, quiere Lana fundamentar los λόγοι ἀντικείμενοι de Protágoras. Señala, sin embargo, su separación en el aspecto religioso. A fin de cuentas, es un agnosticismo en lo divino y en lo humano lo que significa la fórmula del hombre-medida para Italo Lana.

Obra de un buen repertorio bibliográfico, suelta y segura, nos parece, ésta de Lana, una verdadera aportación. Sin embargo, se le pueden hacer objeciones serias para la comprensión de un Protágoras, aun sólo histórico. Por ejemplo, y no nos salimos del *quomodo*, es decir, del método histórico por Lana seguido: ¿Cómo explicar la ductilidad política, realista, de un hombre que en diatriba democratizante—al menos en este caso es innegable—sale al paso de doctrinas que el mismo Lana considera producto evidente de un cambio real de las circunstancias? (cf. pág. 21). ¿Cómo negar de plano el carácter de teorizador y de idealista, en alguna medida, a Protágoras, si en la misma exposición de sus doctrinas por el italiano se ve claro que el clima más apropiado para el total desarrollo de la función de maestro de política, que es para Protágoras—al menos en su aspecto exotérico—el sofista, es la democracia? Claro que Lana puede acogerse a su afirmación de que toda interpretación de la política protagorea queda en un plano de probabilidad. Pero no es suficiente. Sin salirnos todavía del procedimiento *quomodo*, observamos que sus argu-

mentos de las págs. 68-74 tienen la vaguedad suficiente para no deducir de ellos una actividad de Protágoras ἐν ἀπορρήτῳ con intenciones verdaderamente constructivas en la especulación. Luego, por nuestra parte, creemos que cuando el *quomodo* es del todo exacto, lleva por sí mismo, de la mano, al *quia*. Es el gran peligro de toda monografía histórica: limitar indebidamente el área del *quomodo*. ¿Si se tamiza bien el imperativo existencial del hombre griego hasta Protágoras y con Protágoras, las andanzas y agonías del plano vital (v. nuestra reseña a *Les Sophistes* de E. Duprèel, EMERITA. XVIII) y el gnoseológico, no significará nada que Protágoras muestre una decidida afición al orden en la *praxis* vital—recuérdese, p. ej., la rigidez de su teoría lingüística—frente a su actividad anarquista y disolvente en el plano epistemológico? ¿Declararse agnóstico no es—en lo hondo—cerrarse la puerta a toda investigación positiva? ¿Se podría, con este término, llamar a alguien filósofo puro? Si Protágoras combate el sustancialismo radical eleático, con el sustancialismo atomista, que le ofrece una realidad más de contraste, y a su vez escapa a éste ¿que tiene de denominador común con los eléatas el menosprecio de la δόξα, para dar a ésta categoría de realidad entera; si se acoge a los procedimientos pitagóricos y escapa a sus resultados; si todo ello lo hace al margen de toda norma científica, que se conozca, por saltos y piruetas y esas contradicciones, achaques de filólogo? no tendremos razones para hablar del valor, en último término *instrumental* de su filosofía? Y planteamos aquí esta serie de preguntas porque creemos que a su respuesta no sería ajeno un ensanchamiento justo en la órbita del procedimiento *quomodo*.

JOSÉ L. GARCÍA RÚA.

PADOVANI, HUMBERTO A.—*Storia della Filosofia*. Volume primo. Terza edizione rivista, acresciuta e integrata di una bibliografia essenziale. Milano. Carlo Marzorati, 1950. XV+391 págs.—Presenta esta historia de la Filosofía el pensamiento de la India y de la antigüedad clásica con una atención especial a los problemas morales. Encuentra el autor que, a pesar de haber aparecido en los últimos veinticinco años varias historias de la Filosofía, ninguna se ha centrado en torno a la moral. Piensa razonablemente que el problema moral es el más complejo de los problemas filosóficos.

La obra tiene una introducción y dos partes. En la introducción toca cuestiones proemiales. En la parte primera, el pensamiento indio estudiado en sus caracteres fundamentales y en capítulos el brahmanismo, los sistemas heterodoxos y la reacción ortodoxa. La parte segunda, la filosofía clásica, sus rasgos esenciales y el período naturalístico, el sistemático, el ético y el religioso.

Avisa que su pretensión no es hacer una historia erudita y analítica de la filosofía, sino mostrar el desenvolvimiento lógico del pensamiento, en sus progresos y regresos. No es una historia de los autores y las obras, sino más bien una historia de los sistemas.

En la parte introductoria expone cuestiones interesantes, aunque las trate sintéticamente—relaciones entre filosofía y su historia, entre filosofía y religión—. Explica con clara visión los rasgos característicos de los distintos períodos de la historia de la filosofía. Su orientación es metafísica y vitalista al tratar los mismos problemas morales sobre los que siempre acentúa. Para él es evidente que la moral tiene que centrarse, para ser verdadera, en la metafísica, en la ciencia de la trascendencia. Su posición es, frente a los sistemas estudiados, crítica y valorante. Y aquí es donde pueden encontrarse reparos a esta historia del pensamiento filósofico. Porque para hacer esta historia crítica es necesario tener una visión lo más amplia posible de esa filosofía ideal a la que tienden a acercarse las distintas filosofías reales. Y el autor se pronuncia por el punto de vista aristotélico tomista. Entendiendo por aristotelismo la conclusión lógica y conquista del pensamiento helénico que representa la más grande tradición filosófica de la Humanidad. Y por tomismo el tomismo filosófico, en cuanto que significa un desarrollo racional de la metafísica aristotélica. Esto explica que Aristóteles sea el autor que con mayor extensión es tratado. Y lo mismo el modo despectivo con que son estudiados los estoicos.

Aristóteles se interpreta optimistamente. Cree que la lógica de Aristóteles conduce al teísmo, aunque duda que llegase a él. Aristóteles, como buen griego, se detuvo en el dualismo. En cambio la filosofía estoica no puede quedar peor considerada—es esencialmente pragmatista y en el fondo no filosofía, y a eso se debe su extensión y fortuna en todo tiempo, como filosofía de no filósofos con pretensiones filosóficas—. Extraña es esta valoración del estoicismo en una historia del pensamiento filosófico que mira a lo moral. Y sobre todo se acentúa esta inconsecuencia cuando después de haber dedicado unas sesenta páginas a Aristóteles reserva sólo dos a Séneca y olvida problemas morales interesantísimos que se plantean en este filósofo. La moral estoica que pretende la consecución de la virtud llega a ser confundida casi con el epicureísmo. Para el autor esta virtud es orgullosa, inhumana, egoísta y se contrapone radicalmente a la humildad y caridad cristianas (pág. 269). Y, sin embargo, tiene que reconocer que la imagen del sabio estoico está más cerca del cristianismo que la figura del hombre perfecto aristotélico.

Es lástima que el propósito de este libro, de ser una historia valorativa del pensamiento moral especialmente, muy útil para descifrar con una dirección estos difíciles problemas, se desvirtúe quizá por

algo de unilateralismo. Entonces es preferible la exposición objetiva de las doctrinas.

M. J. González-Haba.

Leumann, Manu.—*Homerische Wörter.* Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenchaft, Heft 3. Basel, 1950. 360 págs.—Nos encontramos ante uno de los más importantes trabajos sobre lingüística griega que han aparecido después de la segunda guerra mundial. El autor—más conocido hasta ahora como latinista—quiere demostrar el carácter peculiar y artificioso de la lengua homérica en lo relativo al vocabulario y la semántica como antes otros lo habían hecho en lo que concierne a la fonética y morfología. Su principio metodológico consiste en considerar que a veces la existencia de palabras morfológicamente imposibles o la existencia de dos sentidos incompatibles de una misma palabra, se justifica por falsas interpretaciones de pasajes determinados dentro de la tradición épica (prehomérica y homérica). Lo que distingue estas condiciones de la evolución lexical o semántica de las generales en toda lengua es que la doble interpretación de dichos pasajes depende de su temática tradicional y su forma métrica. L. suele empezar cada capítulo con ejemplos en que ya se había llegado antes a conclusiones en el sentido de su libro; pero la originalidad de éste al perseguir sistemáticamente el método por primera vez, es grande y sus aciertos muy numerosos. En otros casos la cosa queda dudosa y expondré mi opinión personal. No oculto que en general son los casos en que se admite interdependencia de pasajes dentro de Homero, los que en general me parecen menos seguros. Como se ve, L., partiendo de un estudio lingüístico, se ha visto metido dentro de la cuestión homérica y ha adoptado una postura que postula multiplicidad de autores en los poemas homéricos y, más concretamente, en la *Ilíada*. Esto me da motivo para reservar para una discusión al final ciertas hipótesis de L.

En un capítulo preliminar L. trata del problema de las «palabras poéticas», en general. Discute el problema teórico de si en los autores posteriores tales palabras provienen de un dialecto dado o de Homero: para demostrar esto último hay que atestiguar el origen artificial de dichas palabras en Homero y que su empleo en los posteriores presupone, en cuanto al sentido, el modelo homérico. Sobre falsas interpretaciones de Homero en la poesía posterior, desde fecha muy antigua, L. da (aquí y en otros capítulos) curiosos ejemplos que forman un interesantísimo paralelo a las falsas interpretaciones en Homero de pasajes de poesía prehomérica. Finalmente, L. señala que es entre los adjetivos donde se plantean los problemas semánticos más difíciles de las palabras poéticas, ya que no se requería su plena in-

teligencia, sino que produjeran una tensión por el hecho de que suenan a extraño aunque con algún elemento conocido que recuerda o sugiere algo.

Prescindiendo de un capítulo final del que luego hablaré, el libro está organizado en tres capítulos que reseñaré sucesivamente: el II sobre «Los problemas de la separación entre palabras»; el III sobre «Nuevas palabras como resultado de interpretaciones de origen erudito, y el IV sobre «Nuevos sentidos de palabras y palabras procedentes de la interpretación de un contexto determinado».

El capítulo II trata más que de problemas semánticos, de problemas de vocabulario. Sucesivamente se consideran los casos de desplazamiento del corte de palabras (o duda sobre el mismo), los de unión de palabras primitivamente independientes y los de división de compuestos. Siempre se trata de casos que sólo el contexto épico explica; muchas veces son alteraciones posthoméricas del texto lo que se estudia (p. ej., ἠβαιόν < βαιόν, pues siempre es en la fórmula οὐδ' ἠβαιόν < οὐ δὴ βαιόν); otras, alteraciones de origen prehomérico (cf. ἐπίορκον más adelante); en alguna rara ocasión el modelo está en el propio texto homérico: Λ 754 δι' ἀσπιδέος πεδίοιο «a través de la superficie de la llanura» < Π 774 πολλὰ δὲ χερμάδια μεγάλ' ἀσπίδας ἐστυφέλιξαν donde el contexto permitía entender μεγάλα σπίδας «golpeaban... el suelo». A veces algunos de los ejemplos de Leumann eran ya conocidos (νήδυμος por ἥδ-, τανηλεγής por ἄν-, ἔπαλτο «se lanzó» de πάλλω «agitar» por una mala inteligencia de ἔπαλτο de ἄλλομαι, etc., etc.). Es en la primera parte (en la que juega un papel preponderante la elisión) en la que L. pisa un terreno más trillado. Pero cf., por ejemplo, su original interpretación de σπιδέος (arriba) o la de κατὰ κρῆθεν que en Homero es un equivalente de κατ' ἄκρης, que en un principio se refería en algún antiguo poema a la toma de Troya «desde la ciudadela» y que luego se entendió «completamente». Κατὰ κρῆθεν no sería más que κατ' ἀκρῆθεν (la interpretación «desde la cabeza» es de Hesíodo y escritores posteriores). Un caso especialmente discutible es el de λάχεια. Leumann (pág. 54) cree que λάχεια viene de una falsa interpretación τε λαχεῖα de una forma τ' ἐλαχεῖα afirma que en κ 509 ἀκτὴ τε λάχεια no puede presentar el sentido etimológico «pequeña», sino algo así como «plana», procedente de una falsa interpretación de ι 116 νῆσος ἔπειτα λάχεια, falsa interpretación ocasionada porque λάχεια era una palabra irreconocible etimológicamente. Pero, por el contrario, «promontorio plano» es lo realmente imposible y no «promontorio pequeño», y además λάχεια no está aislado, sino que tiene al lado muchos casos semejantes de falta de la vocal protética.

Menos tratada estaba la unión de palabras (aunque cf., p. ej., ἡδὺ ποτόν *passim* y ἡδυπότοιο en la Telemaquia). Claro está que siempre

se trata de conversión en primer término de compuesto de una preposición en uso adverbial o de un preverbio alejado del verbo, o de conversión en preverbio de una preposición. Siempre son falsas interpretaciones debidas a que la lengua diaria de los poetas épicos no conocía o restringía el uso adverbial de las preposiciones, la anástrofe, etc. Ejemplos: καταπρηνής, usado siempre con «mano», vendrá de un pasaje poético *χείρ δὲ κατὰ πρηνὴς ἔπεσε, pues πρηνής debió significar primeramente «de cabeza»; especialmente interesante y verosímil es la interpretación de ἐπίορκος (siempre en la frase ἐπίορκον ὀμόσσαι) como una mala inteligencia de *ἐπὶ ὅρκον ὀμόσσαι en un contexto que indique falsedad (en K 332 ἐπίορκος aún no significa «perjurio», sino promesa que no llegó a realizarse por causas extrañas; en Hes. *Op.* 282 ἐπίορκον ὀμόσσας tiene igual sentido de perjurio que 190 ἐπὶ δ' ὅρκον ὀμεῖται). Esto explica la fonética, semántica y morfología de la palabra; esta última no fué comprendida por los escritores posteriores, que tomaron ἐπίορκος por un adjetivo o crearon un ψεοδόρκιος más claro. Otras afirmaciones de Leumann no son siempre tan indiscutibles.

Pasando a la tercera parte de este capítulo o sea a la creación de palabras por desintegración de un compuesto, destaquemos φρονέω, considerado independizado de εὐφρονέω en la fórmula ὅ σφιν εὐφρονέων ἀγορήσατο, donde primitivamente σφιν se refería a ἀγορήσατο y luego se pone en relación con εὐφρονέων. Más forzado es considerar κρατέω derivado de ἐπικρατέω < ἐπικρατής; tampoco es enteramente convincente derivar βρότος «sangre» del pasaje E 339 ῥέε δ' ἄμβροτον αἷμα θεοῖο... donde Leumann ve un juego etimológico «corría la sangre que no es sangre del dios...»; ni ἰότητι, a veces «por la enemistad», de δηϊοτῆτι interpretado δὴ ἰότητι. Mucho más seguro es considerar δαίδαλος «artístico» junto a δαίδαλον «objeto de arte» como procedente de una falsa interpretación de πολυδαίδαλος. La parte más interesante de este capítulo es, sin embargo, la segunda: independización de un primer elemento de compuesto como adjetivo. Así nacerían ἀταλός de ἀταλάφρων (primitivamente lo opuesto de ταλάφρων, cf. N 300 ταλάφρονα περ πολεμιστήν); βλοσυρός de βλοσυρῶπις (primitivamente «de rostro de buitre»; βλοσυρός = lat. *uoltur*, cf. Gnomon 1933, 232), con diversos sentidos como consecuencia de lo obscuro del sentido del compuesto; γλαυκός de γλαυκῶπις; γοργός de γοργῶπις.

Pasamos con esto al capítulo III. La interpretación gramatical desacertada de algunos pasajes ha hecho nacer, por ejemplo, ciertos adverbios absurdos desde el punto de vista de la lengua: Δ 22, Θ 459 ἤτοι Ἀθηναίη ἀκέων ἦν (en una fórmula posiblemente heredada); ξ 317 ἔνθα με (masc.)... ἐκομίσσατο Φείδων / ἥρως ἀπριάτην < A 99 πρίν γ'ἀπὸ πατρὶ φίλῳ δόμεναι ἑλικώπιδα κούρην / ἀπριάτην ἀνάποινον. Otras veces

se ha creado un nuevo nombre a partir de una forma casual de doble interpretación (cf. δάκρυον sobre δάκρυα, de δάκρυ; etc.). Leumann insiste sobre todo en ὁ ἀγγελίης «el mensajero» en una serie de pasajes en que se dice ἀγγελίην ἔλθοντα (ἦλυθε edic.) o ἀγγελίης ἔλθοντα: como en este último caso sólo esta interpretación es posible, la extiende al primero por analogía y deriva el nombre de una falsa interpretación de Γ 205 ἦλυθε... σεῦ ἕνεκ' ἀγγελίης... σὺν... Μενελάῳι. Luego volveré sobre este caso. Muy notable es y casi seguro que el ἐρχατόωντο de ξ 15 deriva del ἔρχαται de una escena muy parecida de κ 283, donde se interpretó como adjetivo. En el apartado reservado a «Nuevos usos y sentidos de palabras por cambio de concordancia» se tratan algunos casos interesantes, aunque muy discutibles. Así, cree que el sentido de «estar situada» (una ciudad) que tiene con frecuencia ναιετάω, viene de una falsa interpretación de Γ 387 γρηΰ... ἐϊκυῖα... / εἰροκόπῳ, ἣ οἱ Λακεδαίμονι ναιεταούσῃ..., donde se entendió Λακεδαίμονι ναιεταούσῃ «im bevölkerten (oder: wohnlichen) Lakedaimon», sentidos uno y otro imposibles y además sin relación con el que se quiere deducir. Más bien creo en una extensión poética del sentido «habitar» a las ciudades. En cuanto al νέκυς adjetivo de Σ 152, Κ 386, Ω 35 y Ω 423 por falsa interpretación de Ρ 240 νέκυος Πατρόκλοιο («del cadáver de Patroclo» > «de Patroclo muerto»), la verdad es que no veo necesidad ninguna de entender νέκυς como adjetivo en dichos pasajes. Muy forzada es también la hipótesis relativa a ἀντιβίην. En cambio, me parece sencillamente admirable la hipótesis referente a αἷμα κελαινεφές, derivado de un verso prehomérico (Hera herida por Heracles a Zeus:) *Ζεῦ πάτερ ἀργικέραυνε / κελαινεφές, αἷμ' ἀπομόργνυ. Υ muy interesante es también lo relativo a ταλαύρινος (v. abajo).

Del capítulo IV daré tan sólo una pequeña selección de ejemplos. Un caso muy claro de un nuevo sentido de una palabra impuesto por un contexto equívoco, es δουπέω «morir» Ν 425, Ψ 695, a partir de la conocida fórmula δούπησε δὲ πεσών. No hay duda que acompaña toda la razón a Leumann cuando ve en el ἔκειτο παρήορος «yació extendido» de Η 155 una reminiscencia de Π 377 κεῖτο παρήορος «yació el caballo de guías», mal entendido. También es seguro que uno de los dos sentidos (adj. «de cabeza» y sust. «cimera del casco») de κύμβαχος no es antiguo y viene de un contexto *golpeó el casco... αὐτὰρ ὁ κύμβαχος... κάππεσε... Otros casos (ῥέθος, λάω) son menos seguros y en algunos el mismo Leumann declara el problema insoluble.

Antes del último capítulo hay aún uno breve (V) sobre palabras morfológicamente extrañas. Muy verosímil es explicar el término poético ἄνθεμον (¡sólo sing.!) como derivado de ἀνθεμόεις (como ἠνεμόεις). Οἴοθεν οἷος en Η 222 (εἴσεαι οἴοθεν οἷος) sería aún «lo sabrás tú sólo de mí sólo» (sobre un modelo prehomérico). Ἄεκητι (ἔκητι es más reciente) estaría rehecho sobre ἰότητι, cosa bastante hipotética.

El último capítulo (VI), que versa sobre las palabras poéticas fuera de la literatura poética, es muy importante. Estudia primero el testimonio de los lexicógrafos, que declara no siempre satisfactorio para probar el carácter dialectal de una palabra, pues toman sus datos muchas veces de poetas influídos por Homero: así son homerismos κέραμος· δεσμωτήριον, δούπησεν· ἀπέθανεν, etc. Entrando en materia, demuestra cómo el vocabulario jurídico y político naciente especializó muchos términos homéricos (cf. ἐπίορκος). Claro que no todos los ejemplos de L. son igual de seguros; entre ellos destaco ἅματα πάντα, λήβης (una moneda en Creta), ἀμπαντύς (en Creta), etc. También en la literatura en prosa persigue L. las huellas del vocabulario homérico y lo más original es que no sólo las encuentra en reminiscencias de tipo poético, sino también en el vocabulario técnico (en Hipócrates sobre todo); βληχρός, καταπρηνής, λίπα, ἴχωρ, «suero sanguíneo», διιπετής «clara» (el agua), etc.

Con esto he reunido y criticado algunos de los resultados más importantes de este libro, tan rico en hechos e ideas. Pero no quiero acabar sin echar una ojeada—al igual que hace el autor—a las consecuencias que se deducen para la cuestión homérica. No voy a repetir aquí ejemplos de admirable sagacidad en que se demuestra la existencia de modelos prehoméricos. Pero ya dije al principio que las dependencias interhoméricas me parecen en general deleznables. Y ello por varias razones.

Unas veces, aun siendo indudable que hay un uso más antiguo que otro, es precipitado afirmar que aquél sea el modelo. El mismo L. no se atreve a decir que K 335 *ἐπ' ἰκτιδέην sea el origen de K 458 μὲν κτιδέην, en el mismo canto. Ni tampoco que el ἐπὶ δ' ὅρκον ὀμεῖται de Hes. *Op.* 190 sea el origen de ἐπίορκον ὀμόσσαι. Pero en cambio considera A 414 αἰνὰ τεκοῦσα imitación de X 431 αἰνὰ παθοῦσα por un autor diferente. El que éste sea un uso lingüísticamente más antiguo no quiere decir que sea el modelo. De igual modo, la multitud de versos con un verbo de «ir» y ἀλαλητῷ, «con griterío» no pueden ser imitación por otros autores de un único Π 87 ἀλαλητῷ / πᾶν πεδίον κατέχουσι, donde en un principio el sentido sería el etimológico (según L. I; la cosa no es tan segura) «en su dispersión» (cf. ἀλάλημαι). Otro ejemplo: lo más acertado era derivar κελαινεφὲς αἷμα de un verso prehomérico como el que citamos. Ahora bien, en el pasaje de E que Leumann cree inspirado en dicho poema prehomérico (Afrodita herida por Diomedes) no aparece κελαινεφές. Sólo en 798 (Diomedes herido por Pándaro) hay κελαινεφὲς αἷμ' ἀπομόργνυ («se limpió la sangre κελαινεφές»). ¿Por qué, entonces, creer que ha sido el poeta de E el inventor de κελαινεφὲς αἷμα y que de ahí lo han tomado varios poetas posteriores, p. ej., el de Π 667, cuyo φίλε Φοῖβε, κελαινεφὲς αἷμα κάθηρον precisamente se acerca más al modelo supuesto?

Todo esto me recuerda lo que ha sucedido con determinados problemas sintácticos. Porque en Homero había frases a partir de las cuales se podía entender muy bien el origen del genitivo absoluto, Cauer creyó que allí tenía éste su nacimiento. Porque en Homero había frases a partir de las cuales se podía entender muy bien el origen del artículo, Meillet creyó que el artículo es posterior a Homero. Pero hoy sabemos que tanto el genitivo absoluto como el artículo son más antiguos que Homero. He aquí aún otro ejemplo del mismo proceder: ἐμμεμαώς, que es indudable en ciertos pasajes de Ε y Υ, es explicado con mucha verosimilitud por casos como γέ μεμαώς, que puede leerse γ' ἐμμεμαώς; pero L. quiere que los modelos sean concretamente X 143 y P 735 = 746. ¿Por qué éstos y no otros muchos usos semejantes en la épica prehomérica? No es que haya más argumentos a favor de esta suposición que de la de L.; pero, en todo caso, sus argumentos son demasiado débiles para probar diferencias de autores.

Otras veces mi no aceptación de estas dependencias depende de no estar de acuerdo en otros respectos con las hipótesis de Leumann Cf. lo dicho sobre νεκύς, ναιετάω y βρότος. Por cierto, que si aceptamos su hipótesis sobre esta última palabra resulta que, como él mismo afirma, Ε 399 es el modelo (inmediato o mediato) de X 245 ἔναρα βροτόεντα; se trata de dos «escenas divinas» (en la última Atena-Deifobo habla a Héctor). Y al tiempo X 269 (combate de Héctor y Aquiles) es el modelo de Ε 289 (combate de Diomedes y Eneas), según el mismo Leumann (v. más abajo sobre ταλαύρινος). ¿Cómo en el combate entre Héctor y Aquiles va a haber en el v. 245 una imitación de las hazañas de Diomedes y en el v. 269 un modelo de las mismas?

Hay otro caso que quiero exponer más despacio. Es el de ἀταλάφρων, ἁταλός, ἀτάλλω, ἀτιτάλλω, que tienen sentidos derivados de la idea de «delicado», «juvenil»; L. deduce muy bien ἁταλός de ἀταλάφρων. Pero su afirmación de que toda la evolución semántica de este grupo de palabras parte de que Z 400 ἀταλάφρων, al referirse al hijo de Héctor, se comprendió como «infantil» (con lo cual supone dependencia de este pasaje de nueve de otros cantos, de autores diferentes), es más que dudosa. ¿No es más sencillo admitir en ἀταλάφρων el paso de «no sufrido», «débil» a «delicado», «infantil»?

Sin embargo, hay que decir que no sólo en el descubrimiento de dependencias de la poesía prehomérica, sino también en este terreno que estudiamos, Leumann tiene grandes aciertos. Destaco los siguientes: Cf. sobre σπίδας arriba, pág. 2. También creo con L. que X 266 (Aquiles a Héctor) πρίν γ' ἕτερον γε πεσόντα / αἵματος ἆσαι Ἄρεα ταλαύρινον πολεμιστήν, hace referencia a Η 239 (Héctor a Ayax) τό μοι ἐστι ταλαύρινον πολεμίζειν y que por tanto hay que traducirlo por «antes de que uno de los dos (o sea: Héctor), un guerrero que maneja

el escudo, harte de sangre a Ares» y es original del autor de ambos cantos y no fórmula heredada. Por tanto, también concuerdo en que el Ἄρεα ταλαύρινον de E 288 y Ψ 77 (con otros rasgos recientes) procede de otro poeta que no entendió bien X 277. Los pocos casos que hay como éste deben atribuirse más bien (mientras no tengamos más datos) a reelaboraciones recientes de carácter parcial. Un dato para ello: el mismo Leumann ve bien que el falso παρήορος de H 155, mala interpretación de Π 377, se debía no al conocimiento del pasaje entero (como habría que pensar en el caso de una imitación extensa), sino al recuerdo de un verso muy conocido. Por cierto que el querer que Θ 80-90 (donde como en H 155 se habla de Néstor) sea del mismo autor que H porque no se usa παρήορος aunque había lugar para ello (en cambio se usa correctamente παρηορίαι), no tiene consistencia.

Finalmente, otras veces puede suponerse que la «imitación» no es más que un ligero retoque, no ya por añadidura, sino por alteración del texto. Algo así debió ocurrir con ἀγγελίης. No creo que en los pasajes del tipo ἀγγελίην ἔλθοντα haya necesidad de suponer ἀγγελίης «mensajero». Y los de tipo ἀγγελίης ἦλθε (N 252 y O 640) pueden ser casos del tipo anterior corrompidos posteriormente por influjo de Γ 206 (ἦλυθε... σεῦ ἕνεκ' ἀγγελίης) mal entendido.

En suma: no creo que los pocos casos indiscutibles destacados por Leumann puedan dar base para un nuevo análisis de la *Ilíada* en sentido de distinguir varios autores en la forma complicada en que quiere Leumann. Todo lo más, se prueban pequeñas reelaboraciones de algunos pasajes. Algo semejante ocurre con la *Odisea*, donde sólo en unos pocos casos es indudable la dependencia de un pasaje de otro o de la *Ilíada*. Los más notables son los ya citados ἡδυπότοιο, ἀπριάτην y ἐρχατόωντο.

Todas estas observaciones y divergencias no quitan importancia al rico filón descubierto y explotado con tanta ciencia y sagacidad por el señor Leumann. Lo que hace falta es que se multipliquen los estudios particulares sobre tan interesantes cuestiones para decidir en cada caso lo que debe aceptarse definitivamente o quedar todavía *sub iudice*.

F. R. ADRADOS.

JAMES H. OLIVER.—*The Athenian Expounders of the Sacred and Ancestral Law*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1950. XIV + 180 páginas.—El presente libro constituye un estudio detallado de la institución de los ἐξηγηταί en Atenas, y contiene además valiosa doctrina sobre algunos puntos de interés más general, en particular sobre ciertas épocas de la difícil historia constitucional de la primitiva Atica o sobre la vida social de la Atenas romana. Es seguramente el

continuo paso del plano de lo especial a lo general y viceversa lo que hace más interesante la lectura del libro, típica muestra de la filología norteamericana actual.

No hay que olvidar que desde hace ya veinte años los norteamericanos iniciaron la gigantesca empresa de excavar el ágora ateniense, y de aquí cabe esperar un aumento enorme de noticias sobre todas las épocas de la Atenas antigua. El autor, que ha trabajado sobre materiales de estas excavaciones, no hay que decir que los utiliza ampliamente en este libro.

Comienza el autor por situar en un amplio cuadro—dentro de las ideas del libro de W. F. Albright—el movimiento religioso que tiende hacia el año 600 a establecer en Grecia un *textus receptus* de una tradición literaria que pudiera en cierto modo equipararse a los libros sacros de las literaturas orientales. Es en este ambiente donde el autor sitúa la «edición» pisistrátida de Homero. La indicación la creemos sumamente importante, y consideraciones sociológicas parecen confirmarla resueltamente, aparte de indicios de todo orden. Homero, en aquel momento, no era un texto «de bella literatura» para quienes lo compilaron, sino que, junto con Hesíodo, pertenecía a la misma esfera religiosa que los χρησμοί de Orfeo y Museo.

En cuanto a la fijación de magistraturas colegiadas, oficialmente encargadas de la interpretación del derecho sagrado, el autor estudia cuidadosamente la fecha de su aparición, y lo que sobre ello se deduce de textos literarios y de documentos epigráficos. Oliver llega a la conclusión (pág. 120) de que hay una fuente común de los *pontífices* y *augures* romanos y de los ἐξηγηταί colegiados en Atenas, dadas las analogías en sus funciones, y dada la importancia de los libros sibilinos en la religión romana. El origen de estos libros, como el de ambos grupos de sacerdocios, está en Italia meridional, y ello explica la mayor antigüedad (de cincuenta a ciento diez años) de estas magistraturas en Roma que en Atenas.

Algunos minuciosos análisis le permiten al autor determinar la naturaleza y funciones de los exegetas, así como sus diferentes clases. Las sillas sacerdotales en el teatro de Dioniso en Atenas, otras inscripciones, un texto de Timeo y especialmente el de Platón, *Leyes* 759 *d-e*, son objeto de análisis magistrales que creemos aclaran el asunto de manera satisfactoria.

En medio de estos análisis hallamos dos brillantes síntesis: una sobre las etapas de la vida del derecho ático (pág. 48 ss.), otra sobre la historia primitiva de Atica y el sentido general de las constituciones de Dracón y Clístenes (pág. 65 ss.).

El estudio sobre los ἀρχιερεῖς áticos, basado en fuentes epigráficas, contiene una elaboración cuidadosa del material, y a la vez que constituye un estudio detallado y minucioso, con datos importantísi-

mos para la historia del culto al emperador, se remonta al plano histórico hasta constituir un cuadro de la vida social de Atenas bajo el Imperio. Las genealogías de las más aristocráticas y acaudaladas familias son estudiadas desde el punto de vista social y económico.

Un último capítulo lo constituye la revisión, sobre la base dada por la tesis doctoral de D. Magie (Leipzig, 1905), de las traducciones de las magistraturas romanas en griego. Mucho se aprende en este estudio, y por ejemplo, la *Historia Augusta* es aclarada en puntos de fuentes de manera admirable (léase, pág. 115 ss., cómo el autor descubre a Dexippos en el latín del texto).

Una colección de textos literarios (los más conocidos no en el original, sino en traducción inglesa) y de inscripciones pertinentes completa el libro.

Sólo algunas cosas obvias de crítica textual las suprimiríamos de buena gana: así sobre οὐχ ὅσιον «ὄν» en Andócides *Myster.* 116, caso de haplografía clarísimo en que no cabe conjetura mejor, o sobre Κηρύκων ὤν *(ibid.)*.

A. T.

SCHLESINGER, EILHARD.—*El Edipo Rey de Sófocles*, Instituto de Lenguas Clásicas, Textos y Estudios, 2, Universidad Nacional de La Plata, 1950. Un vol. en 8.° de 136 págs.—En la nueva colección iniciada por nuestros colegas de la Universidad de La Plata, hemos de señalar el presente estudio monográfico, fundado en un curso de seminario dado en la Universidad de Tucumán en 1947. La orientación del trabajo está dada en la advertencia preliminar, al confesar que la finalidad del mismo es, conforme ha pedido Bowra, el examen del texto mismo y su apreciación literaria.

Por otra parte, Schlesinger ha procurado valerse de toda la bibliografía sobre el tema, y ofrece con ello una monografía completísima y sumamente útil. Pero, fiel a la norma que se ha propuesto, de hacer un estudio literario de la obra de Sófocles, en todo momento, sin dejarse llevar de la erudición moderna, procura la comprensión personal y la estimación y explicación estética de la obra.

Un primer capítulo ofrece una estimación de conjunto sobre el teatro de Sófocles, con abierta reacción contra «la noche del historismo, en que todos los gatos son pardos» (Jaeger). Atribuye carácter ontológico al teatro de Sófocles y lo considera en cierto modo paralelo al pensamiento de Parménides (pág. 23).

Se fija después en el *Edipo Rey* y busca la explicación del drama en el drama mismo. Con ello da de lado a las críticas que pretenden ver en esta tragedia una tendencia religiosa o filosófica determinada, con olvido de que se hallan simplemente y nada menos que ante una

obra de arte. El estudio de la *Poética* aristotélica (de la que se debe a Schlesinger una buena versión española en colaboración con J. M. de Estrada) le sirve de guía en el examen que va a emprender del drama sofocleo.

Explica Schlesinger el contenido mítico de la tragedia en general a partir del carácter sagrado que el poeta tuvo primeramente. La materia mítica, informe y sin explicación canónica u ortodoxa, diríamos, era por el poeta «interpretada», puesta al alcance de la comprensión de los oyentes. Es verdad que Aristóteles a nada de esto se refiere en su *Poética*, pero ello se explica, dice el autor (pág. 33), con referencia a Heidegger, porque después de la condenación de los poetas por Platón «era mejor no hablar de esas cosas, ante todo cuando uno trataba de justificar la subsistencia de la poesía y defenderla contra la sentencia condenatoria de un maestro...» Como intérprete del viejo y sagrado mito, Sófocles no hace teología, como parece había hecho Esquilo sobre el mismo tema, sino que presenta los hechos que él considera necesarios para explicar los datos míticos, y sería falso acudir a otras versiones del mito, pues lo que el poeta «calló, lo omitió adrede, ya sea como innecesario o como inconveniente para su interpretación del mito» (pág. 36).

Por ajustarse a la interpretación aristotélica, quizá Schlesinger insiste demasiado en que Sófocles no traza caracteres en sentido moderno (sin embargo, la crítica literaria antigua le atribuyó, como leemos en la *Vita*, § 20, el ἠθοποιεῖν egregiamente). Pero con mucha razón insiste en que es una falsedad, aunque tan extendida, buscar en el *Edipo* una tragedia de destino. Después de analizar la definición aristotélica, con aducción de pasajes del Estagirita muy ilustrativos, Schlesinger deduce que ella «nos enseña que no debemos tratar de entender el *Edipo Rey* ni como drama psicológico, ni como ilustración o ejemplificación de una doctrina moral, ni tampoco como tragedia del destino, sino más bien como tragedia de la existencia humana, lo cual quizá no lo explique del todo, pero da una orientación utilísima a la interpretación» (pág. 46).

Pasa el autor a un tercer capítulo, «La interpretación del drama», y paso a paso va siguiendo la construcción de la pieza. La presentación de Edipo en la escena ya es lo que técnicamente se llama «ironía trágica», pues los espectadores conocen cuán falsa es la situación del protagonista, y conduce la acción el dios Apolo, en su plan «de revelar todo a los hombres» (pág. 51). Insiste muy bien el autor en que «esto no es fatalismo, ni determinismo, y no afecta en absoluto a la libertad humana» (ibid.), pues sería anacrónico creer que este problema se planteara en la época del poeta. Es la lucha de los hombres por aclarar las cosas y los continuos errores que en la empresa cometen, lo que constituye la acción exterior del drama. Esto le sirve a

Schlesinger para explicar los caracteres de Creonte y de Yocasta, así como para señalar la nobleza y rectitud de intención de Edipo. Algunos textos de Hölderlin, procedentes de las notas a su traducción del drama, le apoyan a Schlesinger en su explicación. Muy acertada es también la que da de la conducta del adivino Tiresias: admitir en él, en los momentos en que se deja llevar de la ira ante los insultos de Edipo, motivos humanos, es un punto de vista nuevo que merece aplausos. El fracaso de la interpretación humana del enigma es lo que constituye la trama de la primera parte del drama, y la intervención más directa del dios Apolo es lo que sirve de base a la segunda. La ironía trágica coloca aquí casi continuamente a Yocasta junto a Edipo; «aquí—dice el autor, pág. 80—el falso ser de Edipo aparece dentro del círculo más estrecho de la familia, o sea, la acción se lleva a la esfera de la vida privada».

El análisis del texto, siempre en relación con las indicaciones de Aristóteles, le descubre al autor cómo Yocasta resulta culpable, en su afán de desviar la investigación y negar fe a los oráculos, de ἁμαρτάνειν y aun de ἀδικεῖν (pág. 83); pero Edipo, en cambio, se mantiene inocente y justo, en medio de su situación criminal. Su único pecado está en haberse maldecido a sí mismo, al maldecir y condenar a destierro al desconocido asesino de Layo, tal es el μίασμα que le abruma (página 91 y 113 s.). Continúa el autor el examen de las rápidas escenas que conducen a la catástrofe, y al cabo de una serie de acertadas consideraciones, llega a la conclusión de que «Sófocles no comprende la historia de Edipo como la ejemplificación de una doctrina ética» (pág. 122). No quiere ello decir que considere a Sófocles como un «agnóstico y racionalista», sino que para él (ibid.) «la ley del cosmos, según la cual el transgresor es castigado, existe, y todo lo que el conocimiento humano sabe decir acerca de los dioses como guardianes de este orden no es puesto en duda». Lo que ocurre es que Sófocles, «artista puro» (pág. 123), «nos tiene que comunicar acerca del hombre y su existencia el fruto de una experiencia intuitiva». Como Homero, «se limita a presentar las cosas sin extraer de la imagen mítica ninguna moraleja ni tampoco ninguna explicación de por qué ellas son así y no de otra manera... Ni a Homero ni a Sófocles se les habría ocurrido criticar el ser en sí por ser como es y no de otra manera» (págs. 124, 131).

Tal es el resultado a que llega Schlesinger en su estudio del *Edipo Rey*, a través del cual logra una definición muy hermosa del arte de Sófocles. El libro está escrito en muy buen español, incluso a veces con sacrificio de americanismos excelentes, en los que se ha conservado la forma antigua, perdida casi en la lengua literaria peninsular: así en el caso de «se enfade más» (pág. 71). La impresión es muy pul-

cra, y sólo se podrían señalar algunas erratas, como «pretención» en la pág. 65.

Felicitamos muy sinceramente al Dr. Schlesinger por este libro, que dice mucho del progreso de nuestros estudios en las Universidades argentinas.

A. TOVAR.

DILLER, HANS.—*Göttliches und menschliches Wissen bei Sophokles* (Kieler Universitätsreden, Heft, 1). Kiel 1950. 32 págs.—El problema del saber, afirma Diller en esta disertación (1), está en el centro del drama de Sófocles. Pero su importancia es mayor en los cuatro primeros dramas, culminando en el Edipo Rey. En todos ellos hay una profecía o revelación de la voluntad divina o del destino, si se quiere. En el Ayax se nos dice que el día de la acción es crítico para Ayax y en él debe morir o salvarse; en las Traquinias, de manera análoga, se cumple el plazo de quince meses en el cual Héracles debe «hallar el fin de sus trabajos» si toma Ecalia; en la Antígona, Tiresias explica claramente a Creonte cuál es la voluntad del destino, y en el Edipo Rey, éste está cumplido desde el principio. La diferencia está en que en Ayax y Antígona, el peronaje a que se refiere este destino lo conoce desde el principio, y en las otras dos tragedias, no. Pero en las tres primeras de estas tragedias hay una serie de errores humanos en la interpretación del destino, al querer ver dilemas o posibilidades de salvación allí donde en realidad hay una manifestación terminante. Algo semejante les ocurre a Edipo y Yocasta. En los dramas se recorre el camino de la ignorancia al conocimiento. Y no es que los dioses traten de engañar, sino que el entendimiento humano es de distinta contextura que el divino: donde éste une aquél separa y ve contrastes. Una concepción semejante se ve en Heráclito, lo que no quiere decir que haya influencia literaria o filosófica.

En las otras tres tragedias, los antagonistas conocen el destino perfectamente, pero tratan de explotarlo a su favor, a veces con engaños, chocando con los protagonistas. Así Ulises con Filoctetes y Creonte y Polinices con Edipo. Todo intento de esta índole fracasa. En la *Electra*, sin embargo, la oposición de Orestes y Electra a este respecto no es fácil de reducir a esta línea general.

Finalmente, en toda esta temática referente al destino no entra la consideración de si es justo o no para determinadas personas, sino su carácter independiente y superior a la voluntad humana.

Toda la tesis del autor precisa de forma encomiable la general afir-

(1) Pronunciada con ocasión de la toma de posesión del rectorado de la Universidad de Kiel el 8 de mayo de 1950.

mación que hace de Sófocles más que un teólogo y moralista a la manera de Esquilo, un hombre religioso en quien es una idea constante la de la superioridad del poderío de los dioses, en cuyas manos se encuentran los hombres. El desarrollo de esta idea en las tragedias de Sófocles está muy bien visto; únicamente señalaré lo peligrosa que es esta tesis, no en manos del autor, pero sí en las de gentes que han definido demasiado de prisa la tragedia griega como una tragedia de destino. Subrayemos que esta idea, aunque presente, es secundaria en muchas de las tragedias, y casi inexistente en *Electra*. Peor aun sería querer hacer generalizaciones con los demás trágicos griegos.

F. R. ADRADOS.

MUSEO. *Ero e Leandro*. Edizione critica e traduzione a cura di ENRICA MALCOVATI. Istituto Editoriale Italiano. Milano, 1947. Un vol. en 4.° de XXXIV + 45 págs.—La señorita Malcovati, profesora de la Universidad de Pavía bien conocida por otros trabajos sobre la Antigüedad clásica, nos da una bellísima edición del no menos bello poema de Museo, tan encomiado por los críticos del Renacimiento y que, tal vez por algo injusta reacción, no llama hoy demasiado la atención de los filólogos.

Hallamos ante todo una introducción muy completa, con estudio conciso, pero no superficial, de la mayoría de los problemas planteados por la obrita; un enjuiciamiento estético sobrio y moderado y una historia utilísima de toda la tradición directa e indirecta del poema desde Virgilio hasta nuestros días. Siguen unos *prolegomena* en perfecto latín, referentes al texto en sí y a los manuscritos y otros medios de trabajo utilizados, y, finalmente, la edición bilingüe, de la cual no sabemos qué admirar más: si el buen tino y la discreción con que, a pesar de no haber visto manuscritos, se desenvuelve la autora en el establecimiento del texto y fijación del aparato crítico, o el excelente gusto literario de la hermosísima versión. Hay también unas notas explicativas en los lugares que las requieren.

Todo ello forma un conjunto realmente magnífico, lo cual constituye una demostración más del conocido hecho de que son muchas veces los textos de segunda fila los que mejor permiten lucirse al editor inteligente. He aquí un Museo que bien podemos calificar de intachable. Porque no podemos llamar ni aun ligeros defectos a alguna levísima omisión, como la de las diégesis de Calímaco en págs. III-IV, o la del nuevo Alceo en 11, o la falta de referencia a hechos españoles (si se exceptúa la cita de Boscán) en la historia del poema a través de los siglos: p. ej., pudo haber dicho, con Hurtado-Palencia, que «el tema de *Hero* se halla ya en el *Libro de las veinte cartas y quistiones* de

Fernando de la Torre y en el curioso libro titulado *Bursario*, atribuído a Juan Rodríguez del Padrón»; o citado el soneto de Garcilaso *Pasando el mar Leandro el animoso;* o mencionado la traducción de José Antonio Conde, *Poesías de Safo, Meleagro y Museo*, Madrid, 1797, o la inédita y hoy perdida que, según las págs. 27-28 de la edición de 1789 de su *Poética*, hizo primero en octavas y luego en endechas el preceptista Ignacio de Luzán; o, en fin, aludido al hecho trascendental para nuestra Literatura de que, según demostró Menéndez Pelayo *(La Celestina*, ed. Buenos Aires, 1947, págs. 78-79), la catástrofe de Melibea en la inmortal obra de Rojas está evidentemente tomada de la versión latina de Musuro, que sin duda conocía aquél.

M. F. Galiano.

Lindhagen, Curt.—ΕΡΓΑΖΕΣΘΑΙ Apc. 18:17; Hes. 48:18, 19. *Die Wurzel* ΣΑΠ *im* N.T. *und* A.T. *zwei beiträge zur lexikographie der griechischen bibel*, Uppsala Universitets Årsskrift, Uppsala, Leipzig, 1950, 69 págs.—La primera parte de este número de Acta Universitatis Uppsalensis está dedicada a la aclaración de un ἅπαξ de la Biblia griega. Entre los que lamentan la caída de Babilonia en el Apocalipsis figuran en 18:17 πᾶς κυβερνήτης καὶ πᾶς ὁ ἐπὶ τόπον πλέων καὶ ναῦται καὶ ὅσοι τὴν θάλασσαν ἐργάζονται. El empleo de ἐργάζεσθαι en este pasaje y en Ezequiel 48: 18, 19 es objeto, por parte de Lindhagen de una meticulosa investigación. La segunda mitad de la monografía contiene un estudio de los derivados de la raíz ΣΑΠ en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Comienza exponiendo los pasajes en que se encuentra τὴν θάλασσαν ἐργάζεσθαι fuera del N. T. En tales pasajes el giro alude tanto a la navegación marítima en general como a aquellos pueblos que se diferencian precisamente por obtener del mar sus medios de vida o a personas determinadas (comerciantes marítimos, pescadores en general, pescadores de cochinilla, flota de guerra, etc.). Esto en el griego profano. La interpretación de ὅσοι τὴν θάλασσαν ἐργάζονται en Apc. 18, 17 como «pescadores», ya tradicional en la versión armenia es sustentada modernamente por varios investigadores. Otras traducciones antiguas y modernas prefieren aclararlo en el sentido de que se trata de gentes que obtienen sus medios de vida del mar. Lindhagen se muestra partidario del valor amplio «todas las gentes del mar, en general», como lo tiene en el gr. profano Aristot. *Probl.* X 38: 2, 966 *b*, 26, καὶ ἁπλῶς οἱ τὴν θάλασσαν ἐργαζόμενοι, p. ej. Interpretación que, por lo demás, es también tradicional como prueba el autor con numerosos testimonios. El giro es de interés desde el punto de vista sintáctico. Ἐργάζεσθαι se dice del trabajo del campesino. Po-

dría tratarse, pues, de un uso poético: labrar el mar, trabajarlo, análogo a los latinos *arare, sulcare aequor, maria*. Tal suposición no es exacta. Hay que entender el acusativo θάλασσαν como el *lugar* donde se ejerce una actividad. Lindhagen aduce como prueba dos inscripciones votivas de Delos, junto con la opinión de tratadistas eminentes. Un caso más en que el gr. prefiere un verbo transitivo con objeto a la construcción con régimen preposicional de otras lenguas. ¿Por qué se ha elegido esta expresión única en la Biblia gr. en vez de otro giro de significación parecida? No puede pensarse en una dependencia de Septuaginta, donde el giro falta. Charles piensa en un modelo semítico. Realmente, afirma Lindhagen, el autor del Apc. escribe en gr., pero piensa en hebreo. Tras erudita investigación concienzuda de las formas hebreas, se llega a la conclusión de que no es una traducción de un modelo semítico, sino una libre versión interpretativa. La posible fuente hebrea sería utilizable también para Ezequiel 48:188 Y no olvidemos que el capítulo del Apc., objeto de este estudio, depende estrechamente de Ezequiel. Dirigiendo ahora la atención al giro τὴν πόλιν ἐργάζεσθαι coloca Lindhagen el texto de la Septuaginta junto al texto masorético de Ezequiel. La mejor traducción de la versión gr. es «los que habitan la ciudad». Τὴν πόλιν ἐργάζεσθαι está en la línea de τὴν θάλασσαν ἐργάζεσθαι, mutuamente se aseveran, teniendo en cuenta siempre el valor de los respectivos acusativos como el *lugar* donde se desempeña una actividad profesional. Así tiene razón Schleusner cuando traduce *qui in urbe operantur*. Considerando la indudable influencia de Ezequiel en el Apc. para la elección del giro τὴν θάλασσαν ἐργάζεσθαι debe haber concurrido y cooperado τὴν πόλιν ἐργάζεσθαι.

Die Wurzel $\breve{\Sigma}\bar{\Lambda}\Pi$ *im NT und AT*.—Se atiende preferentemente a los pasajes donde los derivados de $\breve{\sigma}\bar{\alpha}\pi$ tienen otra significación que la puramente etimológica, y encierran matiz religioso. En el N. T. y Padres Apostólicos estudiada ΣΗΠΩ, ΣΑΠΡΟΣ, esta última con interesantes consideraciones sobre el gr. profano, referidas en especial al lenguaje astrológico. En el A. T. investiga ΣΗΠΩ, ΣΑΠΡΙΖΩ, ΣΑΠΡΟΣ, ΣΗΠΗ, ΣΗΠΕΔΩΝ, ΣΗΨΙΣ y ΣΑΠΡΙΑ

Se detiene Lindhagen ampliamente en σαπρία a lo largo de toda la Biblia y especialmente en el discutido σαπρία de Isaías 28:21. Opta finalmente por σαπρία frente a πικρία mantenido por numerosos editores y tratadistas.

Enriquece y aclara algunos discutidos detalles de la Biblia griega este concienzudo trabajo. El número, un poco abrumador de citas y comprobantes, coloca la aportación de Lindhagen en el casi exclusivo campo de interés de los especialistas en estudios bíblicos.

M.ª DE LA CONCEPCIÓN GINER SORIA.

APOLODORO, BIBLIOTECA.—Ministerio de Educación, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Sección de H.ª Antigua y Medieval, Editorial Coni, 1950, 196 págs.—La señora Sara Isabel de Mundo, en colaboración con Azucena Millán de Fraboschi, ha hecho esta traducción de la *Biblioteca*. En una advertencia preliminar se nos dan las ediciones en que se ha apoyado la versión: la de Wagner (Teubner, 1894), confrontada con la edición Loeb, 1921, así como los F. H. G. La edición de Bekker (Teubner, 1854) nos ha servido para el cotejo.

Hubiera sido muy útil, incluso necesario, un prólogo que situase este manual de mitología alejandrino, de autor anónimo, esbozando algunos de los problemas ocasionados por su atribución al ateniense Apolodoro, así como un estudio breve del libro, que carece en sí de valor literario, pero es muy completo en toda clase de datos sobre mitología, que el autor acumula a veces sin citar las fuentes de donde se informa. Fuentes que están esperando un estudio definitivo.

La traducción, que carecía de dificultades en una obra sin complejidad estilística alguna, corre el riesgo de ser excesivamente literal en ciertos pasajes, sin obviar, incluso, la ambigüedad, en el seco estilo del autor del libro. La necesidad de notas en los mitos confusos se hace patente. Atribuimos a trabajo demasiado rápido algunas incorrecciones, por lo demás escasas, en la traducción.

En la transcripción de nombres propios se sigue un criterio personal y variado. El jefe de los argonautas, por ejemplo, es llamado repetidamente Iasón; líneas más allá se alterna Iasón con Jasón, para, definitivamente, dejar Jasón en el resto de la obra. Εὐρυνόμη que empieza siendo llamada Eurinomo, se convierte, sin más, en Eurínome. Cosa semejante ocurre con Στύξ; en 12-2 se le llama Esti; luego siempre Estix (prescindimos de la variante Extix, pág. 7, que debe de ser una errata, como «Eaco, hija de Egina»; «Prometeo crea al hombre y por *no* haber robado el fuego...», etc.). Se repite de continuo Troia, salvo en pág. 16, donde se lee Troya (corrección que tal vez se pueda cargar a cuenta del cajista que imprime instintivamente la forma que le es familiar). Mientras unos nombres, Ilitíia Εἰλείθυια, son transcripción fiel hasta en letras que definitivamente sobran, otros sirven la forma tradicional: Hécuba, que debiera ser Hecabe.

Tiene difícil explicación que nombres igualmente conocidos, igualmente familiares, aparezcan transcritos de modo distinto. Si Ἀχιλλεύς es «Aquiles», ¿por qué Ὀδυσσεύς es «Odiseo»?

Reconocemos que las anteriores observaciones podrían hacerse a muchos traductores y que en la transcripción de nombres propios la anarquía es general. Sería de desear cierta unidad. Nos permitimos sugerir la norma de dejar inalterados los nombres consagrados por la tradición, familiares en su forma fijada de antiguo y transcribir con

la fidelidad posible los demás, conservando la grafía que en castellano, realmente, significa algo. En todo caso, en los índices (1) o en nota, dar el exacto original griego. Sería innecesario agregar que, sígase una u otra norma, lo que no se puede hacer es dar una forma distinta (arbitrariamente o por descuido) cuando un mismo nombre, en la misma obra, se repite.

C. GINER.

HOFMANN, J. B.—*Etymologisches Wörterbuch des Griechischen*, Verlag von R. Oldenbourg, München 1950. Un vol. de VIII + 434 páginas, encuadernado en tela.—El ilustre latinista J. B. Hofmann ha sorprendido al mundo sabio con la publicación de esta obra. Se trata de un nuevo diccionario etimológico del griego, realmente muy rico y extenso, pero de más modesta apariencia y volumen, por haber renunciado al componerlo a toda referencia bibliográfica. A diferencia de los modernos diccionarios equivalentes (el Boisacq para el griego, el Walde-Hofmann para el latín, el Pokorny para el indoeuropeo), aquí hallamos los resultados de la investigación moderna, pero sin referencia expresa a cada trabajo particular. Ello permite combinar una gran riqueza de datos con economía de espacio, si bien la crítica futura queda privada de útiles indicaciones. Hofmann se hace así personalmente responsable por muchos autores. Es verdad que por ello mismo ha prescindido de etimologías aventuradas e inseguras y se ha limitado a los resultados más firmes.

De ello resulta un nuevo concepto del diccionario etimológico, un tanto semejante al que hallamos para lenguas modernas (el Kluge en alemán, por ejemplo). Dentro de ese tipo de diccionario, no podemos menos de admirar la ciencia y la prudencia de J. B. Hofmann, que ha dotado a los helenistas de un libro de consulta claro, sobrio y segurísimo, que pone al día el conocido *Dictionnaire étymologique* de Boisacq, ya bastante atrasado en cuanto a los resultados de los últimos treinta y tantos años. La comparación con el Boisacq es muy instructiva sobre cómo está construído el diccionario, y algunos ejemplos nos bastarán para ello.

En ciertos artículos acepta, cuando el Boisacq guardaba silencio, la etimología de nombres propios en relación con el antiguo indio, así en el nombre divino Πάν, o con el griego mismo, como en ἅρπυια o en Πολυδεύκης. En otros casos se da un paso más que en el Boisacq, aunque sea en tono dudoso: así en la relación de ἀθύρω con θοῦρος o en la de αἱρέω con ὁρμή. Muchas veces este avance sobre el Boi-

(1) Criterio seguido por el Dr. Tovar, p. ej., en su cuidada versión de Pausanias, Valladolid 1946.

sacq se debe a los grandes conocimientos de Hofmann en materia de etimología; por ejemplo, cuando alega el tocario *ai-* 'dar' en la etimología de αἶσα, osco *aeteis* 'partis'. Otras cuestiones las resuelve el autor con su gran autoridad de etimologista; así la equivalencia de ἀν con latín *an* y gót. *an*. Más de una vez el autor no da un paso más allá de Boisacq, por ejemplo, en εὕδω. A veces ciertos paralelos establecidos en el Boisacq se echan de menos, como en el caso de μέγαρον, que por lo demás hay que pensar quepa derivar del adjetivo μέγας.

Muchas veces bastaría establecer simples referencias en el diccionario de Hofmann para tener explicadas mejor ciertas etimologías. Por ejemplo, que ἄχθος tiene que ver con ἄγω resulta seguro sin más que ver el mismo sufijo en ἔθος y βάθος. Una palabra dada como inexplicada, γρομφάς, resulta clara con una simple referencia a γράω y γρῶνος; δεῖπνον podría tener que ver con δέπας; en κόσκινον no estaría de más una doble referencia a κεσκέον y a ξαίνω; la oscura etimología de λαός no perdería nada si se anotara al margen una referencia a λεία; para la etimología propuesta para νυός cabe recordar, como ya hace Boisacq, πενθερός. Dos palabras obscuras, ὀθνεῖος, y ὄθομαι, pueden aclararse sin más que una referencia respectivamente a ἔθνος y a ἔθος. Así creo que se aclara también el inexplicado οἴσω si lo referimos a ἐπιείσομαι, palabra homérica que significa 'perseguiré'.

Algunas veces la mutua referencia es impuesta por ciertas explicaciones: así echamos de menos la comparación de φάσγανον con σφάζω como una de las metátesis que desfiguran la palabra por motivos de magia o tabú (cf. Havers, *Neuere Literatur zum Sprachtabu*. Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften in Wien, Philos.-hist. Klasse, 223, Band, 5. Abhandlung, 1946, pág. 120 ss.) No estaría seguramente de más una referencia en τόσσαι a τόξον, con lo que nos parece que se aclararía; lo mismo en τρύξ en relación con τρύγη y τρύγοιπος. A la relación establecida en la pág. 384 entre ὕπαρ y ὄναρ podríamos añadir una referencia a νῶκαρ, cuyo significado 'sueño letal' la mantiene cerca de ambas. Otra de estas referencias aclaratorias sería la de χάρμη en χοιράς.

Aparte de estos olvidos, difícilmente nos atreveremos a discutir a un maestro como Hofmann. Sin embargo, nos parece menos que dudoso que *Artemis* sea un nombre asiánico (pág. 25), que δαίμων tenga que ver con δαίομαι de otra manera que como 'distribuidor o repartidor del destino' (cf. αἶσα); en δολιχόσκιον el segundo elemento creemos que no es otro que σκιά.

Creemos que algún día podremos ampliar nuestra explicación de ἔγχος y ἔντος (EMERITA XI, págs. 431-34) a palabras como ἔναρα (de αἴρω) y otras cuyo segundo elemento es una raíz verbal.

Señalaremos, por último, algunas referencias de palabras que es-

tán estudiadas, pero faltan en el orden alfabético, así: ἄβυσσος *v.* βῆσσα, δίσκος *v.* δικεῖν, οὐδήεσσα *v.* αὐδή, ὐδέω, Ἄγλαυρος *v.* ἀγλαός, αὖρα, Πολυδεύκης *v.* ἀδευκής.

Como erratas no salvadas citaremos: pág. 167 *l.* 14 ἄρτος; acaso sea errata Κλυταιμνήστρα, pág. 193 *l.* 2 de abajo; pág. 196 *l.* 21 bret. (y no kret.), pág. 199 *l.* 12 πεδά, pág. 205 *l.* 17 μορμο-λυκεῖον, página 236 *l.* 13 ὀπωρίζω, pág. 333 *l.* 22 στεκτικός, pág. 360 *l.* 7 Grenzstein, pág. 406 *l.* 7 de abajo **blə-*, pág. 410 *l.* 12 ai. *heṣas*, pág. 414 *l.* 10 **ghim-*.

El diccionario etimológico griego de Hofmann es, desde ahora, un instrumento de trabajo indispensable para el helenista y para el lingüista en general. Lo que tal vez le falta de referencia y cómoda documentación, está compensado por su falta total de fárrago y su esencial y segura concisión.

A. T.

Collana di studi greci diretta da VITTORIO DE FALCO. II. LIDIA MASSA POSITANO. *Saffo*. Libreria Scientifica Editrice. Napoli, 1945. Un vol. de 209 págs.—XIX. *Enea di Gaza. Epistole* a cura di LIDIA MASSA POSITANO. Napoli, 1950. Un vol. de 80 págs.—Séanos permitido dedicar unas líneas, aunque sea algo tarde, a uno de los tomos iniciales de la «Collana» que tan certeramente dirige De Falco. Es ésta una obra de la que, si no fuera por temor al tópico, diríamos que se ha escrito con el corazón. La señorita Massa Positano, una de las más prometedoras mentes que se afirman cada día en la nueva generación filológica italiana, ama a Safo y gusta de sus versos, y ello ha bastado para hacer delicioso su libro y dejarlo exento de toda pedantería y de ese afán cicatero de minuciosa crítica que tan mal parados deja a los autores clásicos en otros estudios.

El primer capítulo viene a ser un resumen de la historia del concepto que ha merecido Safo a través de los siglos: los resultados, como era de esperar, son desconsoladores en cuanto a la gran incomprensión con que, desde Platón a Verlaine pasando por la comedia ática, se ha enfrentado la posteridad con la poetisa y su obra. A este respecto, la autora aborda valientemente la delicada *Sapphofrage* para llegar a conclusiones muy claras.

El segundo estudia sagaz y disertamente lo que llama ella «motivos fundamentales de la lírica sáfica»: amor, ironía, carácter, religiosidad, ἀρετή, etc. El tercero trata excelentemente del estilo y la expresión literaria de Safo, mientras que el cuarto está dedicado a comparar el fr. 2 con el *carmen* 51 de Catulo. Sigue una traducción—muy bella casi siempre—de los fragmentos, sin texto; unas notas a los mis-

mos y unas cuantas páginas de conclusiones. El libro es utilísimo y merece especial mención entre la inmensa fronda de los en estos años consagrados a la inmortal lesbia.

* * *

Cinco años más tarde, Lidia Massa Positano, después de haber publicado los núms. 6, 12 y 13 de la colección, nos regala con otro volumen—el décimonono—en que la mayor corrección tipográfica y la mejor calidad del papel bastan a ser expresivo indicio de la enorme transformación por que ha atravesado Italia en el pasado lustro.

La edición está dedicada a un autor casi olvidado hoy, al neoplatónico Eneas de Gaza, del s. V-VI d. J. C., cuyas *Cartas* no habían sido nunca editadas críticamente. Hercher, en los *Epistolographi Graeci* de Didot, se había basado tan sólo en la edición Aldina, y un breve estudio de Sikorski *(De Aenea Gazaeo*, Breslau, 1909) se había limitado a dar unas imprecisas notas sobre los dos únicos mss. que él conocía. El mérito de la señorita Massa Positano está en haber utilizado además un manuscrito (S) de Madrid (podríamos objetar que el núm. 4693 no es el de Iriarte, sino el que hoy posee en la colección) y el haber, sobre todo, llamado la atención acerca de la gran antigüedad (s. X) del *Ambrosianus* 81 B 4 sup. de Milán (M). Con estos dos códices, el *Vaticanus Reginensis* 139 (R) y la ed. Aldina (A), la editora ha reconstruído un *stemma* muy claro: de un supuesto arquetipo α provienen M y un eslabón perdido β que se bifurca en γ (supuesto antecedente de AR) y S. Basada en tan palmarios principios, la edición resulta sólida y concreta en los datos: el aparato no está sobrecargado, y lo estaría menos aún si se omitieran por innecesarias las referencias de la ed. de Hercher cuando va con Φ *(consensus fontium sar)* o con A, es decir, cuando su texto no reposa en una conjetura personal.

Si a esto se añade que hallamos, como en la mayor parte de las ediciones modernas, un magnífico primer aparato de referencias, un *index verborum* muy completo y notas explicativas, no hará falta más para calificar de excelente la edición. Y aquí pondríamos punto final si no fuera porque hemos querido comentar muy brevemente algunos extremos de ella, aunque, desde luego, creemos que la autora tendrá razón en casi todo. Y así, apuntaremos tímidamente que en I 9 el τὸν de M puede ser una *facilior;* que no nos acaba de convencer el paralelo de Libanio para I 12; que tal vez resulte admisible en IV 9 el χαίρειν de Φ («sin necesidad de hacer y recibir saludos»); que algunos gramáticos defienden la acentuación πόνηρος (y es de suponer que πονήρως) para la acepción en V 3 empleada; que, antes de aceptar αὐτὸς de M en XII 14, convendría saber quién es Eutimio y qué significa ese

ἀντερασταῖς (¿quizás ἐρασταῖς?) y qué es ese viaje por mar; que en XIII 5 pudiéramos mantener el ὧν de los mss. suponiendo un anacoluto (el autor iría a decir: «si, siendo soldado, hubiera perdido por desgracia...»); que es estupenda la lección εἵνεκα que da la editora para XIV 6; que en XV 3 sería quizá mejor aceptar el συνεπαίζομεν de Hercher; que no es adecuado, creemos, el paralelo de Plat. *Gorg.* 468 *a* con respecto a XV 15, ni tampoco el de *Rep.* 517 *b* (donde ἐλπίς significa «vislumbre») para XV 21; que incluso paleográficamente nos convence también el πλήττομαι νῦν de Westermann en XIX 14-5 (el autor finge que, estando escribiendo, le acomete un ataque nefrítico; se explica, pues, el expresivo νῦν, monosílabo de dolor al final de la frase, y la braquilogía al emplear μεταξὺ sin artículo a diferencia de XV 14; el plural no va bien con los singulares anteriores); que con la falsa lección ἀπόντων de los mss. en XX 6 se puede comparar ἀπὼν en R para IV 9; que es curiosa la acepción κύκλος «píldora» en XX 21; y, por último, para acabar con un merecido elogio a la señorita Massa Positano, que es un acierto también la transposición ἐμποδὼν ἡ en XXI 8.

MANUEL F. GALIANO.

LEO, FEDERICO.—*Literatura Romana*, traducción castellana directa del alemán, anotada y provista de adiciones bibliográficas y de varios índices alfabéticos, por P. U. González de la Calle, Bogotá. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Series minor, I, 1950. 294 págs.—La famosa Literatura romana de F. Leo, que se editó en los comienzos de este siglo (3.ª edición de 1912) en la famosa colección *Die Kultur der Gegenwart* aparece ahora en una pulcra edición en nuestra lengua gracias a la laudable actividad del Instituto colombiano de Filología que funciona bajo los nombres de los grandes humanistas Caro y Cuervo. La obra, que en su tiempo fué tan celebrada como discutida, pertenece a un momento que podemos considerar como clásico para nuestros estudios y ya muy lejano en el tiempo. El estilo muy personal del autor hace el libro de grata lectura y lleno todavía de puntos de vista originales. Las épocas son caracterizadas por un gran conocedor de la cultura romana, y las síntesis que abren cada sección, la que cierra el libro, las de los primeros capítulos, se leen siempre con el mayor provecho, que no es corto el que muchas veces se saca de disentir.

La traducción es muy cuidada y exacta, quizá sólo perjudicada por el afán escrupuloso de fidelidad.

El traductor, nuestro compatriota profesor González de la Calle, ha completado la bibliografía con un esfuerzo muy laudable, añadiendo una gran cantidad de referencias que serán muy beneficiosas para los estudiosos.

Nos felicitamos y felicitamos a los estudiantes de tener en español una tan buena traducción de esta síntesis, y deseamos que en nuestras librerías y bibliotecas sea frecuente encontrar tan preciosa obra.

A. T.

ANDRÉ, J.—*Etude sur les Termes de Couleur dans la Langue Latine*. Paris, Klincksieck, 1949. 428 págs.—Libro grande, pero cuidadosamente elaborado, rico al mismo tiempo en material documental y en finura de análisis y estudio, bien merece ser propuesto por modelo en esta especie de investigaciones léxico-estilísticas. En la introducción, después de una exposición de los problemas que la subjetividad y la indeterminación presentan en este estudio, se pasa al apasionante y tan disputado tema de la pobreza o incapacidad de percepción del color por los antiguos, exponiendo el autor pruebas de lo contrario y atribuyendo, p. ej., la escasez cromática de Homero a motivos no fisio- ni psicológicos, sino de insuficiencia léxica y preferencias estilísticas.

La primera parte, «*Etude Sémantique*» comienza con el blanco, donde la originaria diferencia entre el *album* mate y el *candidum* relumbrante, su desaparición hasta llegar al *candidum* = blanco, y el uso de los adj. derivados *niueus, lacteus*, etc., son estudiados sucesivamente con toda abundancia de testimonios. A continuación, para el negro, se consideran los valores de *ater* y *nigrus* con la generalización de éste, y los derivados *piceus*, etc., con el arc. *furuus*. La pág. 59 ofrece una tabla con los usos de *ater* y *nigrus* como opuestos de *albus* o *candidus* en las distintas épocas y según los valores reales o figurados de su significación. En el cap. del gris se incluyen *canus, canere, rauus, pullus* con bien diversos valores, además de los derivados *cinereus*, etc. Para el rojo se pasa revista primero a los numerosos términos de la familia de *rubere*, pasando luego a *rutilus* y *puniceus* y reservando tratamiento especial para el tema de la púrpura con las diversas tonalidades que comprendía y los varios términos técnicos o poéticos a que esta industria tintorera dió nacimiento; finalmente otros muchos derivados como *ferrugineus* (valor de negro o de rojo), *roseus, sanguineus*, etc., para acabar con los términos especiales *spadix, badius*, etc., rechazando *syricus* como falso adj. cromático. A continuación un tono apenas representado entre los romanos, el pardo o moreno *(brun)*, incluye solamente *fuscus* (en algunos de sus empleos), aparte de algunos términos usados para el tinte moreno de la piel, *coloratus*, así como a veces *decolor* o *discolor*. Los matices del amarillo en sus lindes con el marrón, el rojo, el verde, son cuidadosamente distinguidos en el examen de los valores de *flauus, fuluus, ful-*

gere, luridus, y los términos destinados a la palidez, amarilla para los antiguos frente a nuestra palidez blanca: *pallere, palidus, exsanguis;* finalmente los términos especiales o raros *(florus, galbinus, giluus, heluus)* y derivados *(luteus* = naranja o amarillo, *croceus, aureus*, etcétera). En el azul se estudia primero *caeruleus/caerulus* (cuya relación con *caelum* no era sentida por los romanos) con las tonalidades azules, negras o verdes que incluyó en su significación; luego *liuidus* = azul grisáceo, el helenismo *glaucus*, el término especial para los ojos *caesius*, etc. El verde incluye, ante todo, la familia de *uirere*, algunos derivados *(uitreus, herbeus*, etc.), y algunos helenismos *prasinus*, etc.), todos ellos poco frecuentes. Mucha menos atención aún mereció a los latinos el violeta, donde, aparte el valor de *purpureus*, sólo algunos términos de la industria tintorera y casi exclusivamente aplicados a la ropa *(amethystinus, ianthinus*, etc.) se señalan. En las páginas 200-204 se hace un resumen sobre el vocabulario cromático: su variabilidad, explicada *a)* por la técnica indumentaria; *b)* por la necesidad de términos más precisos, o *c)* de más intensidad poética. En la extensión del vocabulario cromático latino, escaso sin duda originariamente, se observan dos corrientes opuestas: precisamiento del significado de una parte, extensión a matices más o menos vecinos por otra; tendencia la primera propia más bien de la prosa, la segunda de la poesía.

En la segunda parte, «Etude Lexicologique», se completa el análisis del valor de los términos de color, estudiándolos desde un punto en cierto modo inverso: por su formación, prefijos y sufijos. Se comienza con los sufijos adjetivales, primero los usados sobre radicales de significado cromático por sí (así *-wo-* en *flauus, fuluus, furuus)*, después los de adj. creados por comparación, de los que se da una lista con el primer autor en que aparecen con valor cromático; se distingue en ellos los que marcan un matiz especial del color *(cerasinus, rosaceus)* y los intensificativos *(niueus, piceus);* a continuación se pasa revista a los diminutivos y a las formaciones sobre los distintos prefijos, *in-, per-, sub-*, sobre todo, ausentes en los adjetivos por comparación y casi en la poesía, tras lo cual los part. con valor adjetival, los compuestos (de un lado los de primer término nombre de color, *auricomus*, de otro los de *-color* por segundo término, *decolor, uersicolor)* accidentales e inestables en latín, y, finalmente, los préstamos del griego, los más aceptando el sufijo gr. con el lat. correspondiente *(amethystinus, purpureus* de πορφυροῦς), otros modificándolo *(cumatilis* de κυματοειδής), y que según la moda o las necesidades de la técnica o en contados casos del vocabulario poético *(glaucus* sobre todo y *cyaneus)* fueron introducidos. En segundo lugar los sustantivos son estudiados, primero las formaciones sufijales abstractas *(cand-or*, con el sufijo más abundante, *albitudo*, etc.), el uso sustantival del

neutro o femenino del adj. después, y finalmente el uso para este fin del sust. de que se derivó un adj. por comparación (así *crocus* para el amarillo y, como en español, *uiola* para el violeta). Los verbos comprenden los de estado, casi todos en *-ere (albere)*, algunos en *-are* y en *-icare (internigrare, albicare)*; los incoativos *(exalbescere, flauescere)*; los causativos, al lado de denominativos en *-are (in(d)albare)*, comprenden *candefacere* y *rubefacere*. Como conclusión se estudia la formación de familias en el léxico cromático: la familia de tres categorías gramaticales, verbo-adj.-sust., sólo completa en los tipos no comparativos (lo que excluye, p. ej., el color azul, *caeruleus*, de esta posibilidad), y dentro de los adj., la familia de términos en gradación, que en tres grados no se ofrece más que para *albulus/albus/peralbus*, *nigellus/niger/perniger*, quedando incompleta para los demás colores (el prefijo *sub-* no marca menos intensidad, sino menos luminosidad); de toda la complejidad a que puede teóricamente llegar cada familia cromática, apenas si el radical **reudh-* nos da en lat. una idea realmente.

El estudio se hace aún más interesante en la tercera parte («Étude de Stylistique»), que comprende muy diversos aspectos de la cuestión: bajo el título «L'Affectivité» se estudia el valor melior- o peyorativo que un término cromático puede tener, bien por sí mismo en oposición a otra designación del mismo color *(albus* = blanco simplemente, frente a *candidus* = deslumbrante-, encantadoramente blanco, y los peyorativos del negro, el amarillo y el azul, *ater, luridus, liuidus)*, bien por un prefijo o sufijo; así los sufijos diminutivos, cuando no indican simplemente gradación (v. arriba), pueden ser hipocorísticos *(albulus, aureolus*, etc., significando elegancia, delicadeza, o *pallidulus*, ternura, piedad) o también peyorativos *(rubellus, rubicundulus* para la tez humana); un cuadro ordena el escaso vocabulario afectivo del lat.; a continuación se estudia el valor simbólico de los colores: blanco (pureza religiosa, alegría), rojo (juventud, junto a especiales valores en la magia y religión), amarillo (junto a la repugnancia al *luridus* y al amarillo verdoso, la estima del amarillo anaranjado del *flammeum* nupcial); haciéndose notar la falta de fijeza de tales simbolismos. De un interés central es el título siguiente («Les Styles»), en que se señalan desde luego las diferencias léxicas entre poesía y prosa, pero con un estudio particular de las preferencias en cada una: en la poesía, tras una consideración del poder de las exigencias dactílicas en la formación del vocabulario, se pasa a una distinción del vocabulario por géneros, que sólo es posible separando por un lado la épica junto con la tragedia y de otro (aparte los elementos de *sermo cotidianus* de la comedia, sátira, etc.) el resto de la poesía estudiado conjuntamente: en ésta se anotan los términos que exclusiva- (como *eburnus)* o preponderantemente la poesía los ofrece (como *ater, mar-*

moreus), encontrándose 31 términos exclusivamente poéticos y 21 que de la poesía han pasado a la prosa; característicos de la poesía son los derivados por comparación (v. arriba); los verbos cromáticos preferidos a las perífrasis con *sum*, la repugnancia a los sust. abstractos. Del abundante vocabulario cromático épico se hace (incluyendo las Metamorfosis) un análisis exhaustivo, quedando caracterizado, dentro de lo dicho sobre la poesía en general, por un afán de amplificación del valor preciso de los adj. derivados por comparación, evitación de los derivados de materias vulgares *(buxeus, cereus)* y de diminutivos, formas prefijales y términos técnicos. Sobre la prosa en general se detallan primero los términos no poéticos y los poéticos introducidos en la prosa por ornamento como en Tác. y afán de contraste de lo poético y popular, como en Petr. o Apul., distinguiéndose un caso como el de Plinio, que si coincide con la poesía en el uso, por ejemplo, de un derivado como *croceus*, en el significado se diferencia y aun opone a ella, al pretender con él una precisión de matiz. Se pasa luego a un análisis por géneros: la lengua oratoria, la historia, la lengua científica, sobre todo, con estudio sobre hechos como el anotado en Plin., así como el uso de la perífrasis *(habere aliquid* + Gen., *accedere ad*, etc.); a continuación se procuran descubrir los términos componentes del *sermo cotidianus* cromático, con su afición a las formas con prefijo y los diminutivos, rareza de verbos, etc. Detenido estudio merecen al autor los vocabularios técnicos: del pintor, de los afeites, de la tintorería, donde se estudia la influencia de la moda en el progreso del vocabulario tintorero, con repercusión aun sobre la poesía; del agricultor, distinguiéndose acertadamente entre el léxico de los *rustici* para los frutos y animales, y el de los especialistas en horticultura o cría de caballos, relativamente pobre aquél, muy afinado éste. Bajo el siguiente título («Les Procédés Stylistiques») se estudia en primer lugar la perífrasis, distinguiendo la natural de la estilística poética y de la técnica; la perífrasis nominal se presenta en la forma *color* + Gen. (con un posible desarrollo poético *color qui...)* y es analizada por colores, hallándose que, contra lo que se esperaría, no son los colores más escasos de términos los que reciben por compensación más uso de perífrasis. La adjetival presenta los tipos *similis* + Gen. o Dat., esencialmente prosaico, *aemulus, concolor* + Dat., *concolor* + adj. cromático, casi sólo poético. En la verbal se estudian de un lado las de *imitari, certare*, etc., marcando un matiz, y de otro las equivalencias de *pallere (color abit, fugit*, etc., o *colorem amittit);* aparte se estudian las perífrasis con formas métricas fijas *murice tinctus, splendentibus ostro*, etc. Siguen unas consideraciones sobre los dos móviles de la perífrasis; precisar un matiz o renovar el lenguaje. A continuación se examinan los sustitutos para evitar repetición, tipo acromático *(quaeque gerit similes candida turris aues)* o

cromático *(candida de nigris et de candentibus atra)*, con la doble consecuencia de favorecer sinonimias y de romper las fórmulas en poesía. Se estudian también los medios de compensación del desgaste: las expresiones *candidior...*, *nigrior...*, *pallidior...*; o bien el redoblamiento expresivo: *mamoreo candore*, *lurore buxeo*, etc. Extenso estudio está dedicado a «Clichés et formules» (tít. IV): con gran documentación y agudeza se ponen de relieve los tópicos sobre el tema del cuerpo humano (el blanco domina, o la mezcla rosa con blanco), del cabello, casi invariablemente rubio, de la sangre, negra siempre en Virg., por fidelidad a Homero, y de ordinario en la épica, roja más bien en el resto; de la vegetación en general, del follaje, del césped *(uiridis*, junto a efectos especiales con *ater*, etc., *canus*, etc.), del trigo maduro, de las flores en general (preferentemente *purpurei)*, de las rosas, de los frutos, de los ríos, de la mar *(caeruleus* sobre todo, con otras expresiones de color más o menos verdoso) y divinidades marinas con sus atributos; del cielo, de la nube (nunca blanca), de la aurora *(purpurea, rubicunda*, etc., de un lado, *crocea, lutea*, etc., de otro), del sol *(aureus* de un lado, *albus*, etc., por oposición a la sombra, de otro; el tema del sol poniente sólo se da una vez: Estacio Th. III 408), de la luna *(candens*, etc., primero, *aureus*, etc., luego; *rubens*, etc., por motivos particulares), de las estrellas *(candidus* y desde Virg. *aureus, fuluus)*; de los animales: el cordero, blanco siempre, igual que el puerco (nunca rosado) y el buey-toro-vaca (sólo *fuluus* una vez en Hor.), el caballo (la crin puede ser *flaua*, etc., o *nigra*, etc., pero él en conjunto siempre blanco), la paloma, blanca siempre, las serpientes y dragones (azulosas: *caeruleus, liuidus*, o negras, y desde Hor. verdes); del mármol (blanco siempre antes del Imperio, cuando la moda introduce los otros colores), del oro *(flauus, pallidus*, etc., pero desde Luc. hacia el rojo: *rutilus*, etc.), del polvo (principalmente negro, sólo blanco por esfuerzo de renovación posterior a Virg.); finalmente de los infiernos y seres relacionados: de un lado *pallidus*, de otro, en cambio, *niger, caeruleus, furuus*, etc., mientras que el tono azul y amarillo se aplican con sus términos de valor afectivo *(liuidus, luridus)*. A continuación se hace un estudio de cómo el epíteto fijado se extiende a los seres y cosas relacionados con el nombre que primero lo recibía, sobre los tres ejs. del mar, los infiernos y la aurora. La influencia griega en la elección de los colores verdaderamente no se hace notar más que para los cabellos rubios y la sangre negra; la creación y renovación de epítetos pueden obedecer a gusto personal del poeta, de la sociedad con sus modas o, la segunda, a afán de reintensificación. Se pasa luego a estudiar la asociación de varios colores, apenas frecuente más que para las parejas blanco-negro, rojo-blanco (para la tez, sobre todo del rostro), rojo-amarillo (sobre todo para la mezcla de púrpura y oro). En esta asociación fijada de dos colores (para las

que sólo tiene importancia el blanco, el rojo y el amarillo, los colores preferidos de los romanos) ve el autor una amplificación del cliché. Las fórmulas de la poesía latina son después exhaustivamente recogidas y analizadas en ordenación temática: las referentes al cuerpo humano, a la vegetación, a los fenómenos atmosféricos, al agua, a los animales, a los minerales, al humo, a la muerte y los infiernos. Se examina el mecanismo de creación de fórmulas, no siempre explicable (p. ej., ¿por qué la nieve casi nunca es la *candida nix?)*, la influencia en él del afán de arcaísmo (para la épica) y de la forma métrica, que tiene en lat. sólo cierta importancia; en cuidadosas listas se advierte a continuación los poetas que a nosotros aparecen como creadores de determinadas fórmulas (Virg. destaca entre todos; y se ve la oposición de fórmulas épicas y no épicas), así como los que rompen con ellas (las más de las innovaciones son naturalmente postvirgilianas; Ovidio destaca). En el tít. V, «L'Imitation», el autor advierte la prudencia necesaria para no decretar imitación donde no hay más que coincidencia *(uitta alba* de Ov., *nigrai noctis* de Lucr. no tienen por qué creerse traducciones de Homero), se refiere a los helenismos de forma *(melicrhus, cyaneus, auricomus)*, y del helenismo de sentido, reconocible sobre todo por la adaptación de la amplitud semántica del término al griego correspondiente; estudia el caso de χλωρὸς con su doble trad. de *pallens* y *uiridis*, que a su influencia llegan a tomar uno el valor del otro; de *purpureus* con su paso al valor de 'resplandeciente'; de *caeruleus* con su tendencia hacia el negro por influencia de κυανοῦς. Después apunta los equivalentes cromáticos de los términos gr. en los prosistas, y la trasposición de diversas fórmulas en los poetas. Se hace notar la fuerza que la imitación en general puede alcanzar (así para la coloración de la aurora) y qué épocas (la helenística sobre todo) por su propia riqueza de colores han aportado más a los poetas latinos. Pero el gusto helenístico por el color pone curiosamente de relieve M. André que los latinos (contra lo que vulgarmente se opina de la mayor riqueza cromática de los griegos) lo intensificaron todavía más, como muestra comparando Teócrito con Virg., la traducción de Cic. con su original Arato, o un pasaje como Ov. *Met.* II 534-539 con su correspondiente en Calímaco, fr. 4, 1-4. Finalmente en el tít. VI («La Personalité de l'écrivain») se ofrece cuidadosa anotación de los poetas que nos aparecen como primeros en usar un término, que después ha sido vuelto a usar antes de Apuleyo; a continuación, las creaciones individuales no repetidas o sólo excepcionalmente después de Apuleyo: prosistas y poetas por separado. Se expone la motivación de las preferencias de cada autor: por el género, por la tendencia estilística, por los gustos cromáticos personales, y en los siete poetas épicos (con las Metam.) y la tragedia se hace anotación de los términos preferidos por cada cual para el blanco, negro, rojo, amarillo

y azul, de lo que se hace un cuadro en la pág. 388. No deja de advertirse lo que en la preferencia pueda influir el valor expresivo de la palabra *(purpureus)*. El gusto por el color es determinado por la época (la más fecunda, los alrededores del siglo de Augusto), el escritor (pudiendo ser signo tanto de buen como de mal poeta el gusto o desdén por el color) y el género.

En las págs. 392-403 se exponen algunas conclusiones de orden general. Se trata primero con muy buen sentido sobre las dificultades de la traducción: la correspondencia perpetua de palabra por palabra es imposible; sin embargo, tampoco precisar con términos modernos en cada caso el valor del latino agota ya el problema: faltan los valores que cada palabra tiene aparte de su significación intelectiva, y nunca deben perderse de vista, así como tampoco el género y carácter general de la obra que traducimos. De aquí se pasa a la comparación de la riqueza léxico-cromática lat. con la griega primero (renovando la contienda de Aulo Gelio II 26), luego con la de las lenguas modernas, no apareciendo en principio como inferior a ellas a los ojos del autor. Finalmente se resumen las conclusiones acerca de la evolución del vocabulario según las épocas, y de cuáles son sus móviles: técnicas (y lujos) de un lado, poesía del otro. Rematan el libro una nutrida bibliografía, un completo índice de términos, otro de asuntos, un repertorio de los temas, objetos principales de la coloración, otro para las particularidades de los autores y un índice de colores.

Precisamente por lo acabado y cuidado de este libro, nos place hacer notar algunas leves erratas. Página 151 l. 13 *purpureae* no *purpurae;* pág. 233 ll. 9 y 11: κυανοῦς frente a *cyaneus*, γλαυκὸς frente a *glaucus* y no al revés; de la pág. 300 el párrafo 4.° seguramente debe estar colocado 2.°; pág. 366 l. 13 repetida indebidamente en l. 15 en vez de una nueva; en esta misma pág. las notas 3 y 4 han intercambiado sus referencias; pág. 375 l. 7 γλαγόεις, no χλαγόεις; página 379 l. 25 στήθεα, no σθήθεα; pág. 383 l. 24 *croceus*, no *crcoeus*. Por descuido se ha incluído el *recandescere* de Ov. *Met.* IV 530 juntamente en los términos recogidos posteriormente y en los no recogidos (página 383 y pág. 385). Al mismo tiempo nos permitimos observar que en la discusión del epíteto virgiliano de la *flaua oliua* (págs. 130 ss.) no se ha incluído una hipótesis, que nos parece la más razonable, la de metonimia del fruto, en su variedad dorada, al árbol. Igualmente sobre el *caeruleus* aplicado a *cucumis* (pág. 170) y al olivo, debemos observar que el pepino con frecuencia tiene realmente un color verde-negro azuloso, y la aceituna, en la época anterior a la madurez, toma uno bruno azulenco, que pudo extenderse al árbol; con lo que las escasas probabilidades de un valor de *caeruleus* = verde flaquean todavía más.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.

JOSEPHSON, ÅKE.—*Casae litterarum. Studium zum Corpus agrimensorum Romanorum.* Uppsala, Almqvist & Wiksells Boktryckeri Ab, MCML, 316 págs. + 2 láms. (1).—En su edición de 1848 del *Corpus agrimensorum Romanorum* no fijó C. Lachmann de una manera definitiva el texto de los interesantes opúsculos conocidos por el nombre de *Casae litterarum*, que, desde otros puntos de vista, llamaron también la atención de Mommsen, Schulten y Schanz. Es ahora J. quien fija el texto de tales opúsculos (que con su traducción alemana ocupa las págs. 1-21 del libro) y hace un detenido estudio de la transmisión manuscrita de las *Casae litt.* (en el cap. II). Los manuscritos estudiados son: **A** = Arcerianus (ss. VI-VII), **P** = Palatinus (s. IX), **C** = Fragmentum Berolinense (s. X), **Z** = Ripollensis (s. X) y **z** = Parisinus (ss. IX-X): **Z** y **z** remontan a un arquetipo ζ. En cuanto a las *Casae litt.*, son cinco series, denominadas por J.: *Casae A* (transmitidas en **A**) y *Casae I-IV* (transmitidas en **P**.). En el cap. III estudia J. las relaciones entre la recensión A y la recensión P. El texto preparado por J. es solamente el de las *Casae A* (a base de **A**, teniendo en cuenta **C**, **Z** y **z**) y el de las *Casae III*, pues J. estima que las *Casae I, II* y *IV* son recensiones posteriores y deformadas de las *Casae A*.

Previamente (en el cap. I) estudia J. el contenido y el objeto de las *Casae litt.*, no otra cosa en su origen que el comentario, quizá con fines pedagógicos, de una «forma». Modelo de estudio filológico es el que J. consagra a determinar, mediante la combinación de un pasaje del gramático Sículo Flaco 118, 16 THULIN con otros textos de los agrimensores y *CIL* XII 1244, en qué consistía una «forma». También estudia a continuación otros problemas planteados por los *realia* de las *Casae litt.* (determinación de límites, clases de campos, etc.).

Desde el punto de vista de la lengua, tienen las *Casae litt.* un interés muy especial y en consecuencia el más extenso del libro de J. es el cap. IV (págs. 151-302), por donde se hacen desfilar los fenómenos gramaticales dignos de particular atención, como son: cambios de declinación, usos sintácticos especiales del acusativo; preposición *de* en función de genitivo, grupos preposicionales; particularidades de la comparación y los pronombres; algunos fenómenos verbales *(oportet* + gerundivo, *mittere* intransitivo, expresividad de los verbos compuestos); diminutivos; particularidades del léxico.

Anotaremos que a los paralelos aducidos de sustantivos que cambiaron de declinación (pág. 151), podría añadirse *super humera homi-*

---

(1) El texto latino y su traducción alemana se publican también aparte en la *Collectio Scriptorum Veterum Vpsaliensis: Casae litterarum. Opuscula ex corpore agrimensorum Romanorum selecta recensuit et Germanice uertit* ÅKE JOSEPHSON, Vpsaliae, Typis descripserunt Almqvist & Wiksells soc., MCMLI, 28 págs. + 2 láms.

num Mt 23, 4 del Codex Bezae. También interesa destacar la consecuencia a que llega J. teniendo en cuenta el extenso uso en las *Casae litt.* del acusativo (por elipsis del predicativo, acusativo en oraciones nominales, y hasta como sujeto de formas personales de verbos incluso en pasiva), a saber: que las *Casae litt.* no fueron escritas en las Galias, donde se hacía diferencia entre caso recto y casos oblicuos, mientras que en los textos italianos de la alta Edad Media no se da tal diferencia (pág. 182). Por lo demás, J. cree (pág. 101) que el arquetipo del *Corpus agrimensorum Romanorum* se redactó en el norte de Italia a fines del siglo V o principios del VI en el momento en que era más intensa la influencia bizantina que irradiaba de Rávena.

Al tratar de los grupos preposicionales, vemos con satisfacción que (tomado de B. G. Tilander *Los Fueros de Aragón* Lund 1937, pág. 573) J. trae a colación el giro español *de sobre* (pág. 203). En cambio, en otros casos notamos la falta de ejemplos españoles, que serían muy ilustrativos, al lado de los correspondientes italianos y franceses; por ejemplo, al tratar de *lapis* femenino (pág. 157 s.) donde J. hace notar que en italiano *lapida* y *lapide* son femeninos, pero sin aducir español *lápida* y *lauda*. Igualmente encontramos perviviendo en español algunos de los valores señalados por J. a palabras de las *Casae litt.*, como el uso demostrativo de *talis* (pág. 227) y el valor de *modicus* = «pequeño» (pág. 262). Señalemos también a propósito de la preposición *da* (pág. 207), que aparece en inscripciones cristianas (DIEHL *Inscript. christ.* 3855 y 3856; cf. M. NIEDERMANN, *Humanitas* II, 1948/49, 29 ss.).

Estos opúsculos de las *Casae litt.*, particularmente interesantes para el conocimiento del latín tardío por aparecer en ellos palabras y expresiones que no se dan en textos latinos más tempranos, pero que reaparecen en las lenguas románicas o en textos latinos posteriores, están estudiados en el libro de J. de una manera magistral en todos los aspectos: importancia filológica de su contenido, transmisión manuscrita y fijación del texto, y estudio gramatical del mismo.

En resumen, que este libro de J. es un libro excelente, donde aparece en toda su eficacia, despurada, si cabe, la maestría metódica de los latinistas suecos.

VIRGILIO BEJARANO.

MARMORALE, ENZO V.—*Naevius Poeta*. Biblioteca di studi superiori. Firenze [1950]. 268 págs.—Tenemos a la vista la segunda edición de este estudio que es, prácticamente, la primera, pues la anterior, aparecida en los días azarosos de la segunda guerra universal, tuvo tan escasa difusión, por lo corto de la tirada y por la dificultad de enviar ejemplares fuera de Italia, que el propio autor se lamenta de

que, desconocida en el extranjero, no haya sido objeto sino de dos reseñas, ambas en su país. Ello es ventajoso desde el punto de vista de la perfección del trabajo que, cuando se difunde, aparece ya limado, rectificado y mejorado en detalles. Señalemos que, a pesar de su parva apariencia, lograda por la exigüidad de tipos e interlíneas, es una obra extensa y cualitativamente importante. No es propósito del autor moverse en el campo de la crítica literaria; le falta, para ello, materia de juicio, dado lo escaso de los fragmentos, que deja lo más de la obra neviana en el ámbito de lo conjetural e imaginativo. Para Marmorale el problema que Nevio plantea es transcendental y de gran amplitud: la actividad literaria de Nevio se desarrolla en una época de características histórico-políticas muy definidas; es el momento en que surgen las primeras aspiraciones a la tiranía y se echan los cimientos de los futuros poderes personales. Interesa, pues, analizar la reacción espiritual de un personaje selecto, de un intelectual; y ello es posible porque Nevio, *ciuis Romanus sine suffragio*, por su origen campano, y a la vez político por excelencia, vivamente interesado en la cosa pública y apasionado en su sentir, se servía del teatro como plataforma, portavoz y desahogadero de su pensamiento político. Es, pues, el de Marmorale, un estudio de una coyuntura histórica, a través de un poeta, y si este modo de titular no estuviera desacreditado por lo que de él ha abusado la seudohistoria, podría haberse titulado «Nevio y su tiempo».

Comprende el libro una «introducción biobibliográfica», el texto de los fragmentos conservados y un extenso y minucioso comentario. Parece, pues, que se trata de una edición comentada y prologada; pero la brevedad de lo conservado, junto con la extensión que el autor da a la introducción y su mismo propósito de centrar su estudio en los problemas históricos y no en la crítica literaria, reducen el texto a la condición de un apéndice.

Marmorale ha utilizado una extensa bibliografía; su catálogo de obras citadas, en materia no demasiado vulgar, excede de los doscientos títulos. Maneja sus materiales con laudable espíritu crítico, y surge con frecuencia el punto de vista personal. Señalemos algún ejemplo: para Marmorale el famoso saturnio *Fato Metelli Romai fiunt consules* no fué escrito primitivamente en detracción del cónsul del 206, sino en alabanza del padre de éste, cónsul el 251 y el 247, vencedor de los cartagineses en Palermo y héroe del incendio del templo de Vesta en 241, en el que, por salvar el Paladión, perdió la vista. El verso formó parte tal vez del *Bellum Poenicum*, pues Nevio no solía usar en sus alusiones escénicas nombres propios. Tal vez fué exhumado con dañada intención por personas ajenas al poeta y aplicado al hijo, con un cambio peyorativo del sentido de la palabra *fato*. La argumentación de Marmorale nos parece en este punto de gran solidez.

No nos parece tan consistente en otros puntos: por ejemplo, cuando al sostener que el encarcelamiento de Nevio no pudo ser debido al ataque contra los Metelos, da como razón el que éstos, dado que se trataba de palabras de doble sentido, no hubieran podido reunir contra el poeta pruebas de culpabilidad. No creemos que, tratándose de una venganza de poderosos, pueda edificarse nada sólido sobre argumentos basados en la legalidad o en la pureza procesal, máxime cuando en otro lugar Marmorale admite que no hubo condena formal, basada en un proceso, sino un mero *arbitrium*, es decir, una aplicación de la *coercitio*, facultad disciplinar ejercida por los *tresuiri capitales*, a modo, diríamos con terminología de hoy, de arresto gubernativo. Podemos suscribir, en cambio, la apreciación de Marmorale cuando, en oposición a Kroll, subraya la transcendencia del ataque a Escipión el Africano en una comedia, que está muy lejos de ser una broma intranscendente y es una prueba más de la arriscada independencia del poeta.

En cuanto al *Bellum Poenicum*, Marmorale acepta la tesis reciente de Strzelecki sobre la debatida cuestión de la estructura del poema: el autor hubiera iniciado la obra con la narración de los dos primeros años de guerra, no con las aventuras de Eneas; procedimiento imitado de la *Odisea* y que consiste en situar al lector *in medias res* para luego narrar en ἀπόλογοι los precedentes. En orden a las fuentes del poema también adopta Marmorale una posición personal: frente a los que suponen que el *Bellum Poenicum* se inspira en Timeo, en Filino, en Jerónimo de Cardia o en Fabio Pictor, Marmorale opina que la principal fuente es la tradición oral romana, sin necesidad de acudir a lecturas o testimonios extraños.

Cierra la obra un *index uerborum notabilium*, no limitado a las voces raras, pues al lado de arcaísmos o de ἅπαξ figuran voces corrientes y de uso clásico.

Aunque la obra está cuidadosamente limada, tal vez fuera aconsejable eliminar o reducir algunas reiteraciones, como las de las páginas 108 y 178, en que se repiten *in extenso* datos o teorías ya expuestos en otros lugares del libro.

M. MARÍN PEÑA.

DISANDRO, CARLOS A.—*La poesía de Lucrecio*. La Plata, 1950. 147 págs.—Con esta obra se inaugura la colección «Textos y Estudios» del Instituto de Lenguas Clásicas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, que se propone publicar monografías, traducciones y textos anotados, según anuncia, en advertencia preliminar, el doctor Schlesinger, director de dicho Instituto.

El propósito del Dr. Disandro en este trabajo (terminado en 1945 y no retocado, por estimar que no afectan a su tesis las publicaciones más recientes) es, con palabras de su autor, «dilucidar el carácter de la poesía lucreciana con un sentido existencial» y con ello «traer y ganar a Lucrecio para la crítica filológica de habla castellana». Una idea domina toda la obra de Disandro: *De rerum natura* es, fundamentalmente, *un poema;* en ello estriba su valor; esto es lo que le ha asegurado la inmortalidad que Ovidio vaticinó. Sus otros aspectos declinan y se apagan ante su condición y esencia de creación poética. No es la exposición de la filosofía y, sobre todo, de la física de Epicuro, lo que le salva ante la posteridad; menos aun su pretendido mensaje moral, su intento de emancipar la vida del hombre del temor a la muerte y a los dioses de la teología grecolatina. Lo que lo valora es el que «por primera vez en la antigüedad latina, una inigualable contemplación poética, acompañada de una condigna conciencia de vate y de lírico, ha realizado la aprehensión y la expresión de un modo de ser de la naturaleza.»

Casi desde las primeras páginas se enfrenta Disandro con un ineludible problema: el del materialismo lucreciano. Para Disandro es éste un materialismo *sui generis*. No es una pura y simple negación de la espiritualidad, sino más bien un contacto con las cosas visibles, una limitación de su mundo a lo sensible, que no niega ni excluye el más allá; un materialismo «no contra la realidad, sino por aceptación de una naturaleza de la realidad, la más baja, pero no por eso ausente». No creemos necesario decir, por nuestra parte, que toda la sutil penetración de Disandro, todo su buen deseo de que el altísimo poeta no afee su fisonomía moral con las negruras de un tenebroso ideario, no llega a parecernos convincente contra la crudeza drástica y tajante de las negaciones del propio vate. Otra cosa es, y el mismo Disandro lo atisba, que un espíritu de tan excelsa sensibilidad, naturalmente inclinado a lo elevado y grandioso, pudiera, ante la contemplación de la naturaleza, sentirse, a pesar suyo, llevado más allá de su pura concepción atomística del universo.

Reconoce Disandro que los argumentos de Lucrecio, desde nuestro punto de vista sobrenaturalista y cristiano, son vanos y aun risibles. Pero precisamente los argumentos son, en el poema, lo que *no vale*. Por ello, tan equivocada es, para él, la actitud del epígono que trata de convertirlo en bandera, como la del apologeta que se niega a ver el único y real valor de la obra. Así ni admite la posición de un pro-Lucrecio, del tipo del abate Marchena, ni la de un anti-Lucrecio, del tipo de Polignac.

Disandro estudia el estilo de Lucrecio «en solidaria síntesis con su visión de las cosas»; sus medios todos de expresión, su influjo en la posteridad, que no se debe a su contenido doctrinal, sino a la reali-

dad poética de su obra; su sentido de la naturaleza, interpretada de una parte *(Natura naturans)* como «un poder vivo, un orden inmutable y una interna racionalidad», lo cual tiende a convertir en panteísmo el ateísmo lucreciano; de otra *(Natura naturata)* como el conjunto y sistema de las *res*, es decir, de las criaturas.

La información de Disandro es selecta y bastante copiosa; no lo es más, en parte, por propósito del autor, que no cifra en la erudición la meta de su trabajo. El libro resulta de lectura algo laboriosa, a veces por auténtica profundidad; otras, por sutileza; siempre, por exuberancia verbal, manifiesta, entre otros signos, en la abundancia de adjetivos.

M. MARÍN PEÑA.

TITO LUCRECIO CARO.—*De la naturaleza de las cosas*. Nueva traducción española, por Lisandro Alvarado. Publicaciones del Gobierno del Estado Lara. Caracas, 1950. 285 págs.—Parécenos que este libro es, para los compatriotas del autor y para quienes, por razón de fama o conocimiento personal, conservan su memoria y la supervivencia de su dilección, como esos gratos y aun venerados recuerdos de familia en que todo es valor afectivo. El gobierno del Estado Lara, en homenaje al Generalísimo Francisco de Miranda en su bicentenario, ha editado esta obra póstuma de Lisandro Alvarado, escritor venezolano de fines del siglo XIX y principios del XX y espigador en múltiples campos culturales. Le precede un prólogo de Carlos Felice Cardot, académico en su país, y una «lección preliminar» de Guillermo Morón, más un prólogo del propio Alvarado.

Trátase de una traducción del *De rerum natura*, hecha sobre la edición inglesa, con traducción también, de Munro, y acabada hace medio siglo. Su carácter de obra póstuma impone a la crítica cierta moderación respetuosa, que no debe obstar a la objetividad.

Por propósito del autor es una traducción muy literal. Siguiendo un criterio en principio respetable, que preconizó, entre otros, Caro, se usa en ella un lenguaje deliberadamente arcaizante, por creerlo más propio para traducir a un preclásico. La fidelidad al original se extrema aun con violencia del propio idioma, y se llega a mantener literalmente el orden latino de las palabras. El arcaísmo no siempre se detiene en los límites de lo discreto, y a veces chocantes latinismos sorprenden al lector, como cuando se llama al mar «ecuórea llanura» que, sobre latinismo, es redundancia, o desconocimiento del valor de *aequor*. Usase, lo que es rarísimo en castellano, la conjunción *y* ante el primer elemento de una serie en coordinación copulativa. Laboriosísimo sería un cotejo detallado con el original, por no haber referencia alguna a la numeración de los versos latinos; pero ya en el cuarto verso nos ha

sorprendido un *genus animantum* traducido por «raza *animante*».

Huelga decir que ningún problema crítico o interpretativo de los que puedan interesar a un lector de nuestro tiempo medianamente ducho en leer clásicos tiene tratamiento o siquiera alusión en la traducción que reseñamos. En el prólogo se dice que los españoles no han estudiado, traducido ni interpretado los clásicos, por culpa, naturalmente, de la Inquisición. Sálvase Virgilio, porque se le tuvo por un poeta cristiano; Horacio coló de matute a los «devotos» españoles su epicureísmo, amparado en una perfección de forma que hoy ya no gusta tanto al mundo literario (!). El prologuista Morón hace notar cómo Lucrecio ha tenido mala suerte por «avanzado», y ello ha influído en que la traducción de Alvarado se mantuviera inédita. En la página 24 se manifiesta que la obra carece de una revisión técnica, porque ello «requiere profundos conocimientos en varias cosas, y porque conviene siempre respetar a los autores y traductores».

No sólo la exhumación del viejo trabajo, sino los prólogos en que se dicen esas cosas, salvo uno, llevan la fecha, un poco sorprendente, de 1950.

M. MARÍN PEÑA.

CICERONIS, M. T.—*Epistularum ad familiares libri XVI*. Edidit Humbertus Moricca. Pars prior (Libri I-VIII), Pars altera (Libri IX-XVI), en «Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum», Turín, 1950, Lit. 1200 y Lit. 1300.—El «Corpus» paraviano presenta a los estudiosos esta edición de las «Ad familiares», obra póstuma que sale dos años después de la muerte de su editor, el llorado estudioso italiano Umberto Moricca. La amplia introducción (págs. V-LXXII) presenta las mismas características de exhaustividad ya observadas en la edición del Séneca trágico a cargo del mismo Moricca para dicha colección: en efecto, al lado de la historia y clasificación de la tradición manuscrita, el ed. recoge una lista de los testimonios sobre las epístolas, desde Séneca retórico al Policiano, una lista de las principales ediciones críticas y exegéticas, una tabla cronológica de las cartas, una amplia bibliografía, una lista de las voces griegas que recurren en las cartas con interpretación latina, y, en apéndice al segundo volumen, un «Index nominum», que hubiéramos deseado completado por un «Index rerum». Base de esta edición es, naturalmente, el códex Mediceo 49, 9 (M), el más antiguo (siglo IX-X), el más completo (el único que posee todos los XVI libros de las «Familiares») y también el más fidedigno, directa e integralmente colacionado por el ed. sobre el original. Para el segundo grupo de cartas (11. IX-XVI) el ed. pudo colacionar directamente sólo el Palatino 598 (D) del siglo XV y, sobre reproducción fotográfica, el Parisino 14761 (V), también del siglo XV. Para los có-

dices transalpinos el ed. tuvo que contentarse de colaciones ajenas, a causa de las condiciones de la inmediata postguerra completamente desfavorables para investigaciones de tal género. Fruto de la colación directa de los códices M y D son algunas correcciones, en la mayor parte en sentido conservador (vuelta a la lección de los códices), de erradas lecturas de ediciones anteriores. E. g. IV, 3, 2: el ed. restituye *quid me sta res* del cód. M, sufragada por otras lecciones de M y por el uso del italiano antiguo y moderno *(sta* aféresis, en vez de *ista.* como en el italiano «stavolta, stanotte, stasera ecc.); V, 7, 3 *tibi multo maiore quam Africanus fuit a <nimo >, me, non multo minore quam eqs.* el ed. acoge la enmienda del Festa, que, además de dar un sentido excelente, permite dejar inalteradas las lecciones *maiore... minore* de los códd.; VII, 1, 1 *communis mimos semisomni*, carente de sentido, es conservado por el acuerdo de M G; pero en el mismo paso el ed. acoge la conjetura *scenam* del Constans en vez de *senum (= sinum)* de MGR, susceptible de sentido; IX, 2, 1 *idem et idem noster* de M es aceptado por el ed. aunque lección evidentemente corrupta y fácilmente enmendable con la lección *idem frater noster* de H, la cual da un excelente sentido.

Se podría continuar al infinito con los acuerdos y desacuerdos. El aparato crítico es copioso y excelente, pero las «novedades» propias y verdaderas son pocas y no podía ser diferente después de las grandes ediciones críticas de Mendelssohn, de Tyrre-Purser, de Constans, para no hablar del paciente continuo trabajo de crítica textual de síngulos pasos; sin embargo, esta edición, síntesis inteligente y al día de una secular elaboración crítica, constituirá para el cultor de los estudios clásicos un sólido y seguro instrumento de trabajo.

L. Previale.

Luigi, Pepe.—*Marziale.* (Biblioteca del «Giornale Italiano di Filologia».) Armanni. Napoli, 1950. 224 págs.—Trata el autor de bucear en el mar dilatado y turbulento de la producción del poeta celtíbero para «buscar su alma», intento que parece interesar poco a los filólogos y nada fácil, por cierto. Pepe lo reconoce así. Marcial es vario, multiforme; importa buscar en su polifonía (la metáfora es de Pepe) la voz principal, y ello requiere sagacidad y atento oído, porque las otras voces, en ocasiones y en el conjunto, parecen ahogarla.

Ahora bien: ¿ha logrado Pepe la neutralidad de espíritu indispensable para esa captación? Su análisis, que renuncia a los aspectos, que considera agotados o poco menos, de la investigación extrínseca y del estudio de la técnica, es minuciosa y penetrante. Nos parece, no obstante, algo influído por el prejuicio. Tal vez decir «prejuicio» sea ex-

cesivo: más bien los aspectos favorables y optimistas arrojan su luz con tal fuerza sobre los más obscuros rincones del alma y de la producción del poeta, que a su crítica todo le parece luminoso y claro, y así todo juicio se le convierte en encomio.

Este optimismo lleva a Pepe a desestimar, en cuanto perjudica al poeta, hasta las propias confesiones de éste, y así nos dice que el habitual *cliché* de Marcial procede, en parte, de incomprensión; en parte, de excesiva valoración de ciertas afirmaciones del poeta, hechas en cumplimiento de los cánones del epigrama. Marcial, habitualmente sincero, no lo es para Pepe cuando dice *mores non habet meus libellus*. Si a veces parece enfrentarse con la honestidad, es por pura ficción. Si se antoja al lector superficial un *enfant terrible*, no pasa de ser un hombre corriente, sin nada excepcional en vicio ni en virtud. Si se muestra cruel, es que exalta el lado cómico de las flaquezas o desgracias humanas, cosa natural en un epigramático. Si se presenta obsceno, es porque llama a las cosas por sus nombres... Debemos confesar que nuestra admiración por el poeta de Bílbilis no llega a tan omnímoda benevolencia que culmina en la afirmación, difícilmente comprensible, de que «assai speso, la sua è una impudicizia *sana*». El subrayado es nuestro.

Pepe concibe a Marcial como un hombre pudoroso, con elevado concepto de la bondad humana, que contempla el mundo con cándidos ojos de niño, fiel en la amistad hasta el sacrificio; moderadamente adulador de los grandes, salvo cuando llegan a la perversidad de un Domiciano.

En sus aspectos literarios, Marcial es un hombre de óptimo gusto, que se desvía con repugnancia de toda aberración estética, y así satiriza a los arcaizantes, a los imitadores de los neotéricos, a los rétores y a los que abusan de las lecturas públicas. Respeta a los antiguos, sin desorbitar su admiración por ellos. De sus coetáneos, admira con exceso a Silio, poco a Estacio, intensamente a Lucano, tal vez por reacción contra la mitología. Su gracia es «lineal y simple», y el lector deberá olvidar la antigua y común imagen de un Marcial «risible y grosero, amante de lo enorme y lo pantagruélico.

Tal es el Marcial, amable y atrayente, que ha visto Luigi Pepe. Y si en algún momento nos ha parecido discutible su polarización en la apología, su visión de defensor y no de juez, es decir, de crítico, ello no obsta a reconocer que precisamente esta posición, tal vez involuntariamente apasionada, alumbra nuevos aspectos de la conocida figura y da a este nuevo estudio un interesante matiz de originalidad.

M. MARÍN PEÑA.

PERRET, JACQUES.—*Recherches sur le texte de la «Germanie»*. París «Les Belles Lettres», 1950. 166 págs., dos fotocopias.—La edición crítica de la «Germania» que publicó en 1935 Rudney Potter Robinson planteó *ex integro*, para resolverlo según directrices propias, el problema de la tradición textual de esta obra de Tácito, hasta el punto de que, como dice con razón Perret en su reciente edición crítica de la *Collection des Universités de France*, todas las ediciones anteriores, así como los sistemas que les servían de base, podían, después de ella, considerarse caducadas. La obra de Robinson, espléndida y revolucionaria, no es, con todo, definitiva, y en poco tiempo han surgido laudables intentos para perfeccionar sus detalles. Niedermann elogia el *stemma* de la edición Lenchantin de Gubernatis, harto menos complicado que el del sabio norteamericano. Ahora tenemos a la vista este magnífico estudio de Jacques Perret cuya finalidad es, partiendo de las bases sentadas por Robinson, rectificar algunas de sus afirmaciones.

Para ello se sirve Perret de la misma documentación que Robinson, en mejores condiciones de utilización, pues los progresos de la fotografía le han permitido disponer de fotocopias donde antes sólo existían transcripciones diplomáticas; pero además se vale de algunas fuentes que Robinson no utilizó, principalmente la ed. *Bononiensis* (1472), la ed. *Romana* (c^{a} 1475) y las *notae Cantilliacenses*. Son éstas unas copiosas anotaciones manuscritas que se hallan en un ejemplar de la ed. *Romana* conservado en el Museo Condé, de Chantilly, y que contienen más de dos centenares de variantes o correcciones procedentes de un manuscrito desaparecido, emparentado con el *Neopolitanus* (N) y el *Vaticanus* 4498 (Δ), que puede ser el σ de Robinson, o una copia muy fiel de éste.

El uso de la ed. *Bononiensis* de 1472 (B) conduce a conclusiones innovadoras. Por ejemplo: establece Perret con argumentos muy sólidos que el manuscrito *Turicensis*, que era tenido por independiente de todo texto impreso, es una copia de la ed. B, y por consiguiente despreciable en orden a la fijación del texto, ya que poseemos su original. Por otra parte, la edición *Veneta Spirensis* (w), que era tenida por la *editio princeps*, de 1469 ó 70, no lo es, sino copia de la B, que sería la verdadera edición príncipe. Según esto, la *Germania* se habría llevado a la imprenta por vez primera hacia 1464, como apéndice a una traducción de Diodoro Sículo, hecha por una sociedad de impresores, de la que formaba parte Francesco dal Pozzo (Puteolanus), a la sazón profesor en Bolonia y poseedor de un manuscrito de esta obra de Tácito. La intervención de Puteolanus, con la sagacidad de su crítica y la superioridad de su cultura, explica también para Perret que la edición B esté casi totalmente exenta de las variantes procedentes del grupo τ, que perturban frecuentemente el texto de los ma-

nuscritos M *(Marcianus)* y p (Parisinus), ausencia que había hecho creer a Robinson en una mayor antigüedad de los manuscritos que ahora se dan como derivados de la edición B. El uso de esta edición explica, pues, de un modo nuevo la interdependencia y relaciones mutuas de un importante grupo de fuentes.

Perret llega, partiendo de estas bases, a una conclusión de más importancia. Arrancando del arquetipo, Robinson establecía una doble descendencia: un grupo minoritario X, constituído por los ms. W *(Vindobonensis* 711, m *(Monacensis* 5307) y h *(Hummelianus)*, derivados directamente de aquél, y otro grupo mayoritario, constituído por todos los demás, derivados del arquetipo a través de una copia o hiparquetipo Y. Perret prescinde de este intermediario y enlaza directamente con el arquetipo las familias integrantes de este grupo, lo cual simplifica notablemente el *stemma*. El hecho de que las familias de ms. sean *puras*, sin contactos genealógicos más abajo del arquetipo, plantea una dificultad: la de explicar la presencia de dobletes, así como las coincidencias textuales entre elementos de familias diferentes, cosa más frecuente en la *Germania* que en otras obras. Esto sugiere la opinión de que los dobletes aparecen ya en el mismo arquetipo, lo cual, al dar opción a los copistas, les llevaba, por vías independientes, a coincidir.

Adopta nuestro autor una posición nueva en orden a la identificación del arquetipo mismo. Prácticamente sin discusión se venía admitiendo como tal el Cod. *Hersfeldensis*, en parte perdido, y del que se descubrió en 1902 una parte, procedente por segregación, que es el Cod. *Aesinas* del *Agricola*. Hubo un tiempo en que se creyó que el arquetipo no era el *Hersfeldensis*, sino una copia hecha por Enoch de Ascoli; pero un autógrafo de Dezembrio y el descubrimiento del *Aesinas* comprobaron que los humanistas italianos habían dispuesto del propio *Hersfeldensis*. Perret, sin resucitar el *Apographum Henochianum*, vuelve a la hipótesis de admitir como arquetipo, no el propio *Hersfeldensis*, sino una copia del mismo, obtenida en el siglo XV. La distribución de párrafos, coincidente en manuscritos de familias diferentes, y distinta de la del *Hersfeldensis*, supone la existencia de un intermediario. De la propia manera esto explicaría la diversidad de tradición textual entre el *Agricola* y la *Germania*, a pesar de hallarse asociados en el Hf., así como algunos otros hechos. Esto no es negar la intervención de Enoch de Ascoli en el descubrimiento de las obras menores de Tácito, a pesar de las impugnaciones de que ha sido objeto. En cuanto a la famosa carta de Eneas Silvio a Martín Mayer en 1458, tenido por el más antiguo testimonio del conocimiento de la *Germania*, Perret la interpreta precisamente como prueba de que, en aquella fecha, el futuro Pío II, o no conocía la *Germania*, o tenía de ella un conocimiento muy superficial. Tal vez la copia cuatrocen-

tista que Perret supone ser el arquetipo se hizo para el propio Eneas.

Concluye Perret afirmando, una vez más, las dificultades que presenta un correcto establecimiento del texto de la *Germania*, en que lo sospechoso es el arquetipo mismo, manuscrito único, muy distante cronológicamente del original, no el conocimiento que de dicho arquetipo, atestiguado por cinco ramas independientes, podamos adquirir.

El estudio que comentamos es un modelo de trabajos sobre crítica textual. Ni la perfecta ilación, ni la rigurosa inferencia de las consecuencias, ni la pacientísima busca y acopio de los datos, ni el aprovechamiento agudo de lo que parece despreciable minucia, se prestan a objeción. Incluso hallamos, a través de la inevitable aridez de la materia y de la frialdad de lo estadístico, el encanto de la amenidad, surgida a veces del interés que despierta en el lector el seguir el proceso del investigador, cuya curiosidad se le contagia, y otras, como en la sección «Le milieu historique», de la habilidad para evocar épocas y ambientes. Sólo objetaremos que en algún momento el rigor objetivo nos ha parecido levemente contaminado de apriorismo: así, todo el razonamiento de las páginas 32-34, fundado en una aplicación demasiado mecánica del cálculo de probabilidades, nos parece que valora poco el factor de humana contingencia que se deriva de las condiciones personales del copista. ¿Por qué no han de ser más autorizadas las lecciones minoritarias, si dependen, cosa no imposible, de un manuscrito intermedio *mejor copiado?* Esta posibilidad dejaría en la incertidumbre las conclusiones del autor sobre eliminación racional de unos u otros de los esquemas que plantea en la pág. 32. Alguna vez, muy pocas, se utilizan argumentos de sutil atrevimiento, como cuando, en la pág. 93, se apoya la existencia de un manuscrito *Sangallensis* en la presencia de las variantes *Arnoba* y *Arbona* por *Abnoba*, que evocan la localidad de *Arbon*, cerca de St. Gall. Lo corriente en el autor, no obstante, es la mesura y la prudencia.

M. MARÍN PEÑA.

PARATORE, ETTORE.—*Tacito*. Milán, 1951 (Biblioteca Storica Universitaria).—Las apretadísimas ochocientas páginas de este libro contienen un minucioso comentario de casi la totalidad de la obra de Tácito, comentario al que el señor Paratore quiere dar como hilo conductor, como objetivo, la demostración de que la obra de Tácito obedece a móviles políticos. Así declara que es en Vogt, *Tacitus als Politiker*, donde, en parte, encontró su trabajo «luminoso punto de partida». En la exposición de esos móviles políticos, el plan del autor se propone mostrar que el pensamiento político de Tácito cambia, y que los cambios se reflejan en sus distintas obras.

Apuntaré en líneas generales—si no he entendido mal al autor—las ideas del señor Paratore.

Tácito se educa en el círculo de la oposición senatorial, en donde forma su moralismo; este moralismo le lleva a empaparse en las obras de la época neroniana, las cuales expresaban las preocupaciones éticas en forma «tensa, pasional, grandilocuente», y de aquí nace lo retórico y artístico de su personalidad. En Tácito, pues, el impulso primero es un impulso político, y, por consiguiente, «proprio che è stato giudicato sinora l'aspetto essenziale di Tacito, quello dell'artista, è determinato, condizionato dalle sue tendenze moralistiche, e queste, a lor volta, tragonno alimento dalla speziale inclinazione politica, che a spinto Tacito a nutrirsi appassionatamente di certi modelli ideologici e letterari».

En los años del *Agricola* y de las *Historias* Tácito es un conservador, un constitucionalista, enemigo de la dictadura. Sin embargo, todavía es un moderado dentro de esta actitud: acepta la institución del Principado, y creyó ver una posible realización de un Principado liberal en Trajano. Pero ya en el curso de la composición de las *Historias* se siente desilusionado de esto, viendo también unos déspotas en Nerva y Trajano. Este desengaño da lugar a que desista de historiar ambos reinados, y se vuelve, rezumando pesimismo, a los de Tiberio y sucesores, es decir, a la redacción de los *Annales*.

Relacionada con este plan general del pensamiento de Tácito, está la cuestión discutida del prólogo de las *Historiae*. Tiene razón el señor Paratore cuando desecha por inconsistente la teoría de que las palabras *principatum diui Neruae et imperium Traiani... senectuti seposui* son un simple cumplido, una afirmación insincera.

Tal teoría obedece, como es sabido, al deseo de evitar la interpretación de estas palabras como señalando una contraposición de dos buenos emperadores a todos los demás desde Galba, incluídos Vespasiano y Tito. En la exposición del señor Paratore, por el contrario, esta contraposición aparece enérgicamente defendida como supuesta intención, decidida y clara, del historiador romano. Tácito—dice el autor—condena «en bloque» la anarquía del año 69 y toda la dinastía flavia. Se advierte la lucha del señor Paratore por justificar la inclusión de Vespasiano y Tito en dicho «blocco». Respecto a Vespasiano reúne los tres o cuatro juicios severos que sobre él se encuentran en las *Historiae*, ninguno relativo al carácter general de su Principado.

La mayor dificultad se le presenta con Tito. El autor la resuelve así: para nuestro historiador lo mismo Tito que Vespasiano son responsables de haber sacrificado al interés familiar el del Imperio, al establecer el sistema hereditario en la sucesión, en lugar de la adopción, medio indispensable para asegurar la elección de los mejores, y dando lugar con ello al advenimiento del cruel despotismo de Domiciano.

Buena parte del esquema del señor Paratore, incluída la interpretación del Prólogo de las *Historiae*, había sido ya expuesto, aunque menos radicalmente, sobre todo en la citada obra de Vogt, como declara el autor con científica probidad. Pero, repetimos, menos rotundamente y, desde luego, sin el rico revestimiento de observaciones y comentarios eruditos del señor Paratore.

Ahora bien, lo más importante aquí es considerar la calidad y fuerza de la demostración del señor Paratore. No hay la menor duda de que es perfecto su dominio de la bibliografía, en la que muy excepcionalmente puede anotarse alguna omisión (como la de Klingner, *Die Geschichte Kaiser Othos bei Tacitus);* sus comentarios y discusiones están llenos muchas veces de vivo interés y dan qué pensar. Pero no sabemos hasta qué punto lograrán adhesión las ideas directrices del autor, apoyadas con cierta frecuencia solamente en lo que llamaríamos *reconstrucciones* personales, o en la suposición en Tácito de determinadas *intenciones*, aunque reconozcamos el talento y la erudición que lucen en no pocas de estas hipótesis.

En cuanto a los pormenores, es natural que en una obra tan considerable no falten las ocasiones de disconformidad con las interpretaciones y juicios de su autor. Si una reseña lo permitiera, sería muy grato entregarse a la discusión de tales casos. Nos limitaremos a algunas observaciones menos importantes.

A veces—pocas, desde luego—las palabras del señor Paratore no parecen lo necesariamente claras: así, p. ej., después de todo lo que hemos resumido de sus teorías: pensamiento político de Tácito, su origen, sus matices, su evolución y su influjo en la producción de las distintas obras, sorprende leer en la pág. 25: «A noi non interessa riprendere lo sterile, inane dibattito sull'attendibilità di Tacito, fare dell' opera sua solo un... *corpus vile* per l'eterna contesa fra autorità e libertà &» y en la pág. 41: «Il troppo sfruttato dibattito sulla vera o presunta credibilità di Tacito, sul suo sine ira et studio entrera nella nostra ricerca solo di scorcio.»

Como caso de método discutible quizá pudiéramos fijarnos en el razonamiento del señor Paratore a propósito de un pasaje de la batalla de Cremona, que utiliza, para hacer ver cómo Tácito contamina los datos de sus fuentes. Cuenta Tácito que la aparición de la luna dió lugar en dicha batalla a que los vitelianos, que vinieron a quedar entonces cara al astro, ya no pudieron dirigir bien sus tiros contra los flavianos. Y, pareciéndole poco verosímil que en estas circunstancias causaran estragos los tiros de una catapulta, «trasladó» el episodio de la acción de ésta y su inutilización por el acto heroico de dos soldados a un momento de la batalla en que todavía no había surgido la luna, cayendo entonces en otra incongruencia mayor, cual era la de hacer transcurrir en plena obscuridad todos los incidentes del mencionado episodio.

Pero, ¿es concebible que un Tácito procediera tan torpemente?

Quizá sea un poco exagerada por parte del A. la tendencia a presentar los trabajos sobre Tácito, artista, como propugnadores de un «*mero* valore retorico e artistico della storiografía tacitiana». Es verdad que el A. tiene toda la razón cuando dice que «no hay derecho a afirmar que tantas obras históricas sobre el mismo asunto que el de Tácito desaparecieron *por el solo hecho* de que el valor artístico de ellas era muy inferior al de éste»; pero el argumento que emplea el A. nos parece poco eficaz: «en tal caso—añade—no se explica la supervivencia de Suetonio y de Casio Dión». Nadie puede asegurar que una obra superior artísticamente anule a todas las demás, sin excepción.

Acéptense o no las ideas básicas del señor Paratore, discútanse más o menos tales o cuales de sus interpretaciones de casos particulares, queda firme que tenemos en este libro un espléndido repertorio, puesto al día, de las cuestiones tacitianas, rico en disquisiciones interesantes y en páginas brillantes y realzado, muchas veces, por una aguda observación. Un libro, en suma, con el que habrá que contar siempre que se trate de Tácito o de asunto con él relacionado.

J. VALLEJO.

A continuación el señor Marín Peña reseña los capítulos de este libro referentes a las Obras menores:

Vamos a tratar aquí algunos puntos bastante concretos relacionados con las producciones menores.

El estudio de cada una de éstas, a través de las ochocientas cincuenta páginas de Paratore, no forma bloque unitario, pues lo impide la conexión de las cuestiones y la visión sintética con que el autor las aborda. Tal vez influye en ello también un descuido, no sabemos si temperamental o deliberado, de la elaboración sistemática, que se traduce en una redacción, ora reiterante, ora saltuaria. Así, el *Agricola* es tratado en un capítulo con ocasión de los comienzos literarios de Tácito, y en otro, no inmediato, junto con la *Germania*, y muchas noticias y opiniones surgen, al vuelo de una asociación de recuerdos, de un modo disgregado y esporádico que, a pesar del extenso índice, hace su reencuentro algo difícil.

Por lo que toca al *Agricola*, dos puntos llaman principalmente la atención en la visión de Paratore: su toma de posición en la polémica sobre el género literario a que el *Agricola* pertenece; su enfoque de la intención y espíritu de la obra misma.

La discusión, un tanto escolástica, sobre el género literario del *Agricola*, ha tenido en los últimos años, en Francia, Bélgica y otros

países, matices de pasión que no parecen justificados por la importancia intrinseca del asunto. Paratore admite el carácter de biografía encomiástica, género procedente de Grecia, pero dentro de éste lo encasilla en un subgrupo genuinamente romano: el de las biografías de mártires de la libertad, carácter que aparece en cierto modo definido por el propio Tácito en el capítulo segundo. Tomando posiblemente como arquetipo el de Cicerón en loor de Catón, y frente al habitual encomio de los emperadores, se exalta aquí la figura de una calificada víctima de la tiranía imperial.

Ahora bien: tratando de penetrar en los móviles de Tácito, adopta Paratore una posición un tanto personal. Es bien sabido que la razón de esta biografía se buscaba tradicionalmente en motivos de noble espiritualidad; de una parte, la *pietas*, la devoción familiar de Tácito a su eximio suegro; de otra, la protesta contra la tiranía. Se ha pensado por algunos (Furneaux, Gantrelle) que pudo haber un propósito de exculpar un pretendido colaboracionismo, omisorio al menos, de Agrícola o quizá de Tácito, con los últimos Flavios, y cuyo recuerdo podía ser peligroso durante la reacción de la época de Nerva. Pero ahora Paratore rebaja mucho más la finalidad del eloglo. Para él, el móvil es probablemente un resentimiento: la familia de Agrícola estaba enojada con el emperador (Domiciano) por la lentitud, rayana en fracaso de sus esperanzas políticas, del *cursus honorum* del caudillo de Britania; la ambición decepcionada del personaje y de su parentela trajo lo demás; por otra parte, la exaltación, que Paratore califica de contradictoria e inhábil, de la figura de Agrícola, sirvió a los fines de político arrivismo del propio Tácito.

Es natural que al servicio de esta tesis se ponga una interpretación peyorativa de la vida, carrera y fin de Agrícola, a nuestro modo de ver un tanto matizada de apriorístico subjetivismo. Los hechos que Paratore presenta son exactos en sí, pero su apreciación puede parecernos, a veces, un tanto arbitraria; desde luego admiten otras interpretaciones, y la más obvia y favorable a Agrícola, que es la tradicional, no nos parece inverosímil ni contradictoria; nos presenta un carácter de una notable constancia y unidad psicológica, cuyas reacciones episódicas son humanas y congruentes, sin que neguemos que lo sean también en la opuesta interpretación de Paratore.

Cuanto al *Diálogo*, Paratore se pronuncia decididamente contra la atribución tacitea, que considera desdeñosamente como una concepción trasnochada e insostenible. Para ello reúne, en articulada serie, argumentos en pro y en contra de aquella atribución. De entre sus razones, frondosamente eruditas, entresacamos como capital la de siempre, la que impresionó a Justo Lipsio: la diversidad de estilo entre ésta y las otras obras. Al servicio de este argumento se ponen otros más endebles, cuyo elemento generalizador común es la contra-

dicción entre puntos o aspectos del *Diálogo* y facetas de lo que conocemos de la personalidad de Tácito. No tenemos espacio para detallar, pero creemos que muchas de estas dificultades nacen de considerar a Tácito (y ocurriría lo mismo con cualquier otro autor) como excesivamente rígido, inflexible y, por decirlo así, deshumanizado; se pretende que responda automáticamente a unas premisas dadas, y se descartan como inverosímiles reacciones perfectamente lógicas en el complejo humano, y más en el de un hombre genial. Un ejemplo: se dice que Pomponio Secundo, elogiado como orador en el *Diálogo* y en Quintiliano, es presentado en cambio en los *Anales* como un dramaturgo que enojó a la corte imperial, y se hace de esto argumento para deducir que el *Diálogo* es de un escritor de escuela quintilianea. En éste, como en otros puntos, la admirable, copiosa, modernísima erudición de la obra de Paratore no está servida por una lógica rigurosa. Viniendo al problema de la diferencia de estilo, nos afirmamos en nuestra vieja convicción; cierto que las razones positivas de la paternidad tacitea del *Diálogo*, fundadas en la coincidencia de su tradición textual con la de obras indubitables de Tácito, no son decisivas; pero menos lo son las razones de los impugnadores. Tácito es dueño y no siervo de sus medios expresivos y lo bastante maestro para dar su lenguaje adecuado a un diálogo de corte ciceroniano, si se propuso hacerlo; para ello no es imprescindible la hipótesis de una evolución estilística *rectilínea*, o por escalones iguales, o *parabólica*, es decir, con brusca inflexión inicial, retardada en los ulteriores estadios, y menos, naturalmente, el negar su condición de autor.

Condición que Paratore, con solución original, atribuye a Titinio Capitón. Se basa para ello en indicios, a juicio nuestro no demasiado consistentes; de ellos resulta que no hay en la figura de Capitón, sobre todo tal como la conocemos a través de Plinio, motivos de imposibilidad o, para decirlo con palabra muy grata al propio Paratore, *aporías*. Faltan, no obstante, pruebas positivas más sólidas que las que apoyan las atribuciones recibidas y tradicionales.

Estudia Paratore en la *Germania* cuestiones de fecha, génesis y móvil. Admite algo de verdad en todas las hipótesis que se han venido sucediendo: sátira de los vicios de los romanos, idealización de un siglo de oro localizado en tierras remotas, excitación a una guerra preventiva contra el peligro del próximo Oriente, libelo pacifista para disuadir a Trajano de ese mismo proyecto belicoso, exculpación del emperador, ausente de Roma para inspeccionar la frontera de Germania. Nuestro autor se adhiere a la idea, ya expuesta por otros, de que la *Germania* es un *excursus* de las *Historias*, del cual quedó adherido a modo de muñón al cuerpo principal el *excursus* más breve, pero conexo en contenido, de los bátavos. No sería la Germania, según Paratore, una digresión desgajada mecánicamente; por ejemplo, mediante

pérdida de hojas de un manuscrito, sino reelaborada intencionalmente por Tácito que, tal vez por su amor a las *pointes* o por otros motivos, quiso dejar los dos extremos en la expresión tajante y abrupta con que los conocemos. La *Germania* será así como el manifiesto o exponente del pensar de Tácito sobre las relaciones de la Roma de su tiempo con el mundo bárbaro.

Nos hemos extendido más en puntos discrepantes que en triviales elogios, no porque estimemos en menos la espléndida obra de Paratore, sino porque la estimamos rica en sugestiones y estimulante para la discusión, lo que es, a nuestro modo de ver, su mayor utilidad y su mejor alabanza. Añadamos, para terminar, que utiliza y menciona una riquísima bibliografía; en ella figuran las más modernas ediciones, como la de Koestermann y la del recién fallecido Lenchantin, ambas de 1949, y cuyas variantes presenta en los casos controvertidos, dejando, por lo común, la elección al lector.

M. MARÍN Y PEÑA

Actes du premier Congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Etudes Classiques. Paris, Klincksieck, 1951. 400 páginas.— Aparecen ahora las Actas de este Congreso, celebrado en agosto de 1950, y en el que España estuvo representada por los señores Bassols, Tovar y el abajo firmante, aunque nuestro país no es miembro de la Federación por no existir en él ninguna Asociación de Estudios Clásicos, como sería de desear.

Se abre el volumen con los discursos introductorios de los señores Hoeg, presidente de la Federación; Torres Bodet, de la Unesco; Picard, del Instituto de Arte y Arqueología (donde se celebró el Congreso); Marouzeau, presidente del Congreso; y Bosch-Gimpera, jefe de la Sección Filosofía y Civilización en el Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias humanas de la Unesco (organismo del que depende directamente la Federación). Tal vez el más interesante sea el primero, que es la justificación de la Federación y del Congreso, basada en las tendencias internacionalistas del presente, que hacen indispensable una mayor organización y cooperación en el trabajo.

El Congreso estuvo organizado en una serie de ponencias sobre varios temas fijados de antemano, seguidas de diversas comunicaciones sobre los mismos. Como suele suceder en estos casos, el nivel científico es muy variable. Las ponencias, encargadas a buenos especialistas, tienen desde luego gran interés y lo mismo ocurre con bastantes, de las comunicaciones. Aquí no podemos dar más que un breve resumen.

La ponencia sobre *L'héritage indoeuropéen et les substrats mediterranéens. Langues, Institutions, Religion*, es del Prof. B. Terracini, buen conocedor de las cuestiones del substrato, pero que no toca «la

herencia indoeuropea». De métodos más que de resultados trata esta ponencia, cuya lectura deja ver que las más de las veces en este terreno no se ha llegado aún a conclusiones definitivas. Por ejemplo, no comprendo bien ese rebelarse por sistema contra el método genealógico, sea el que lo aplique Kretschmer, Georgiev, Cuny o cualquier otro; a pesar de todo, si realmente hay caracteres comunes bastante concretos entre las lenguas mediterráneas, no creo que baste la afinidad para explicarlos.

De todas formas, la ponencia de Terracini, un verdadero conocedor de la cuestión, se lee con provecho; donde se desorbitan ya estas cuestiones es en el trabajo de V. Cicchiti *Données ethnologiques de Platon sur le Substrat Mediterranéen*, en que, tras los ataques de rigor contra «l'hipércriticisme pseudocientifique du siècle passé», acumula el mayor conjunto de fantasías que se pueda soñar, en un alarde de método anticientífico. Por ejemplo, el que, según el sacerdote de Sais, los atenienses desciendan de Hefesto y Ge, es un rasgo que nos lleva al Pacífico; pero también puede aludir a un pueblo en que los reyes son herreros mágicos, cosa que se halla en Asia y Africa Central; ahora bien, como estos pueblos no inventaron la metalurgia y tampoco se inventó (según el autor) en el Viejo Mundo, sin duda que su patria es la Atlántida. Además, Ge indica un pueblo autóctono que se mezclaría con el conquistador aludido por Hefesto. Y así todo lo demás. Por su parte, M. Félix de Pogrányi-Nagy, tratando de la reconstrucción lingüística del substrato mediterráneo, entre otras afirmaciones como que el húngaro es una lengua caucásica parcialmente finoungrizada y cuya conjugación es un resto de la quitche-maya de América Central, nos amenaza con la demostración, por parte del Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas de Cuyo, de que el 90 por 100 del vocabulario griego es preindoeuropeo. Con este «pansubstratismo» no se va sino al hundimiento de toda ciencia: ¿estará de más recordar que la civilización griega y la romana son fundamentalmente indoeuropeas y que la cultura anterior que influyó en la primera fué la cretense y no un vago Proteo inaprensible? Creemos sinceramente que trabajos como éstos no deberían haber sido publicados siquiera, pues son un descrédito para nuestra Ciencia.

Nos apresuramos a descartar la impresión de que estos dos trabajos, contra los que quisimos estampar aquí nuestra protesta, constituyan la tónica del volumen. En esta misma Sección podemos destacar la interesantísima comunicación de don Antonio Tovar sobre *Le substrat pré-latin de la Péninsule Ibérique*, donde resume sus ideas —que tanto interés despertaron en el Congreso—sobre los orígenes del vasco y el ibérico y sobre la lengua de las inscripciones célticas de la Península. Me es imposible extractar aquí estas ideas, bien conocidas por los estudiosos españoles y sobre todo, algunas de ellas,

por los lectores de EMERITA. También hay que destacar a U. Pestalozza *Il mistero de la Melagrana. Sopravivenze mediterranee nel culto di Hera a Micene.*

Muy interesante es también la Sección dedicada a *L'emprunt grec dans le monde romain;* la ponencia del Prof. Mazzarino estudia los influjos griegos en Roma en los siglos VI y V, sobre todo en la técnica agrícola y en la religión, considerándolos procedentes unas veces de una «koiné» cultural itálica y otros de relaciones marítimas con los griegos de Italia y Sicilia. Muy útilmente completa esta ponencia una comunicación del Prof. Pace sobre *La civiltá greca in Roma e la mediazione dei italioti,* en que se introducen nuevos aspectos del problema y se habla también de la nueva ola de helenismo a fines del siglo IV y en el III a. de C., cuando la conquista de la Magna Grecia. Citemos también la comunicación de M. Jacques Perret titulada *De l'hexamètre grec a l'hexamètre latin: l'emprunt, l'adaptation,* en que se hacen ver las grandes consecuencias que tuvo para la lengua y la literatura latina la adopción del hexámetro.

Los estudios sobre *Nature et chronologie des apports hellénistiques,* tienen más bien carácter arqueológico. Destaquemos la asignación por Mlle. Richter de la fecha del siglo II o III a. de C. (y no el I) al grupo del Laoconte.

Los de *Les formes du latin dit vulgaire,* contienen cosas interesantes: Pighe considera el latín vulgar como una abstracción, ya que hay formas «vulgares» en todos los estilos y épocas, y el latín vulgar nunca ha constituído un sistema lingüístico; lo que hay desde el siglo III es el latín hablado y un superstrato, y al describir el primero se suele hacer una falsa selección desde un punto de vista extrínseco: el de su persistencia o no en romance. Con él coincide M. A. Burger en una comunicación y también Mlle. Mohrmann en su *Essai de chronologie et de systématisation de l'époque augustéenne aux langues romanes* en que estudia el largo influjo del latín clásico, la fecha en cada país del hundimiento de su tradición y del origen del romance, y propone una reconstrucción del latín vulgar basada predominantemente en el estudio, aún no completo, de los textos cristianos. Por su parte, y en lo relativo al siglo I d. de C., M. H. L. W. Nelson ve en la fraseología, más que en la gramática, el medio de establecer los *Rapports entre le latin littéraire, la langue de conversation et la langue vulgaire au temps de Petrone.*

En la Sección *Les mythes grecs dans l'art et la littérature,* destacaremos la ponencia de M. Chapouthier *De l'avenir des études sur la mythologie grecque,* en que ve las mayores posibilidades en un estudio cada vez más profundo de los datos arqueológicos, así como en la interpretación «social» de los mitos y en seguirlos desde Oriente a través de Grecia hasta época moderna (entre paréntesis: no veo contra-

dicción entre la existencia de los mitos en época micénica y su origen oriental, aunque sobre este último punto creo que Ch. exagera); y, entre otras comunicaciones valiosas en que se persiguen las relaciones de lo mítico con el pensamiento religioso, o su influjo en Homero o Platón, la de F. J. Tritsch, quien cree encontrar los precedentes de la Quimera en el arte neo-hitita del norte de Siria.

De magistral puede calificarse la exposición de M. P. Courcelle sobre *La littérature latine d'époque patristique. Directions de recherches*, que puede considerarse al mismo tiempo como excelente exposición, con buena bibliografía, del estado de las cuestiones, y como programa ideal de trabajo para el futuro. Entre otras comunicaciones, citemos la de M. Georges de Plinval *La technique du dialogue chez Saint Augustin et Saint Jérome.*

De nuestros conocimientos actuales, bastante escasos por cierto, sobre la estilística griega, da un útil resumen M. Pierre Chantraine. Las comunicaciones no se refieren ninguna de ellas a estudios modernos de estilística. Tampoco es gran cosa lo que aprendemos de nuevo sobre *La romanisation: Organisation, échanges culturels et économiques, écoles d'art provincial*, pues las comunicaciones que podrían ser más interesantes aparecen sólo en brevísimo resumen.

Aunque forzosamente he debido proceder por selección, lo dicho basta para darse cuenta de la riqueza de este volumen en que junto a unas pocas comunicaciones infortunadas predominan las buenas—muchas no he podido ni citarlas—y las excelentes. Pero la selección se ha referido exclusivamente a la parte científica del Congreso y he dejado a un lado las Secciones en que se estudia la cooperación internacional en las publicaciones, el estado y perspectivas de las grandes empresas internacionales, el problema de la edición y el papel de la cultura clásica en la enseñanza moderna. Para no hacer ésta reseña interminable y también para no repetirme, me contento con remitir al lector a los números 2 y 5 de «Estudios Clásicos», donde me he ocupado de estos aspectos del Congreso y de las Actas, así como de las decisiones que se adoptaron a estos respectos.

F. R. ADRADOS

BARDON, HENRY.—*La littérature latine inconnue*. Paris, Klincksieck, 1952; 382 págs.—Es bien sabido que el conocimiento que tenemos de la literatura latina es incompleto y fragmentario; pero, con frecuencia, llevados por la fuerza de la costumbre, olvidamos lo que nos falta por conocer y damos por tanto un valor absoluto a lo que sólo lo tiene relativo y parcial. En realidad sólo han llegado a nosotros, y en forma casi siempre incompleta, las obras de 144 autores; pero sabemos por testimonios indirectos o fragmentarios de la exis-

tencia de otros 628. Estas cifras significan que el 80 por 100 de los escritores latinos son para nosotros poco más que unos simples nombres. Claro está que estos datos tienen un significado menos grave del que podría deducirse de un simple cálculo matemático; pues, por un feliz y espontáneo criterio de selección, han perdurado las obras de los escritores más representativos. Pero, con todo, las pérdidas son muy importantes y lamentables. Basta recordar los nombres de Varius, Gallus, Hortensius, Lutatius Catullus, Calvus..., etc., para comprender cuánto nos falta por conocer. Con razón, pues, cabe hablar de una literatura latina desconocida y es digno de encomio el propósito de salvar del olvido los nombres de tantos escritores cuyas obras se han perdido en la obscuridad de los siglos. Sólo dos tenues hilos nos unen todavía a estos tesoros perdidos de la literatura latina: el testimonio de los escritores antiguos y algunos breves fragmentos engarzados en sus obras. No es mucho, pero desde luego es algo.

El profesor Bardon, bien conocido entre nosotros por sus estudios sobre literatura y sus excelentes ediciones de clásicos latinos, se ha entregado a esta obra de exhumación con fervor y entusiasmo, con sagacidad y agudo sentido crítico. Su profundo conocimiento de la lengua y literatura latinas y su vasta erudición le han permitido realizar el milagro de evocarnos un cuadro vivo y animado de todo un mundo prácticamente perdido para nosotros. Debo destacar en este sentido, por ser la parte más personal de su obra, el fino análisis que hace de los breves fragmentos que tiene a su disposición, pues precisamente gracias a este análisis consigue fijar los caracteres e idiosincrasia de la mayor parte de los escritores que estudia.

Claro está que la empresa no está exenta de riesgos. Los autores antiguos eran mucho menos consecuentes en su estilo que los modernos. En realidad, adaptaban su estilo a la índole del tema que trataban. Si conserváramos de Tácito sólo algunos fragmentos de sus obras menores es indudable que nos formaríamos de este autor un concepto muy distinto del que realmente se merece. Más aun: entre la primera y última parte de sus Anales las diferencias de orden estilístico son substanciales. Sin embargo, sería injusto imputar al profesor Bardon una responsabilidad que seguramente él más que nadie ha sentido, pero que no ha estado en su mano evitar. Así, pues, podrá haber en sus juicios algunas impresiones inevitables dada la escasez de las fuentes; pero en su conjunto constituye la obra del profesor Bardon una aportación importantísima en el campo de las letras clásicas.

El primer volumen, que acaba de publicarse, está consagrado al estudio de los autores desconocidos del período republicano, desde los orígenes de la literatura hasta los poetas nuevos. Se distribuye en ocho capítulos, sirviendo de aglutinante para cada uno de ellos figuras representativas y bien conocidas del campo de las letras o de la

política, en torno a las cuales agrupa el autor los escritores por él exhumados. Son estas figuras Terencio, los Gracos, Sila, Cicerón, César y Salustio, Varrón, Lucrecio y Catulo, los cuales en cierto modo polarizan el movimiento cultural de la época republicana. Estos y otros muchos nombres por nosotros conocidos cobran, y éste es uno de los mayores méritos de las investigaciones del profesor Bardon, un nuevo y especial significado al dejar de ser figuras aisladas para quedar encuadradas en el ambiente de la época y compartir con otros escritores afanes y deseos de superación y perfección.

Esperamos que en breve quedará completada esta nueva literatura latina con el segundo tomo destinado a la época imperial, y entretanto alentamos a su autor a proseguir su lucha contra el olvido que el transcurso de los siglos y la huída de los años han ido depositando inexorable y muchas veces injustamente sobre tantos escritores ambiciosos, como Horacio, de la inmortalidad.

M. BASSOLS DE CLIMENT.

Catulo. Poesías, prólogo, texto y traducción por JUAN PETIT, doctor en Letras. Colección Canto de los Siglos, Biblioteca de obras literarias con texto original y versión castellana. Juan Flors, editor. Barcelona, Madrid, Lisboa, MCMLI. Un vol. de 150 páginas (dobles desde la 43 a la 141).—Siempre será bienvenido en nuestra lengua el afán de dotarla de traducciones solventes de los autores clásicos, y más si van acompañadas del texto original. La presente colección, muy pulcramente presentada, viene a llenar un campo aún casi totalmente vacío.

El doctor Petit ha realizado un trabajo muy cuidado. Para el texto se basa en la edición de Lenchantin de Gubernatis, las discrepancias respecto de la cual (una cuarentena en total) se anotan especialmente. Muy bien nos parece el criterio de prescindir en el texto latino de la *v*, utilizando la *u* también para el valor consonántico, tal como ocurría en la grafía original; la *j* ya hace tiempo que justificadamente ha desaparecido de las ediciones latinas, y no hay lógica si no ocurre lo mismo con la otra letra de Ramus (o de Escalígero, mejor dicho).

La edición va precedida de un prólogo, en que se expone el estado actual de los estudios sobre este autor. Petit arriesga un criterio propio sobre la composición del libro de Catulo, que habría sido realizado en dos etapas: primero como publicación por él mismo de poesías escogidas, y luego una edición póstuma de sus piezas inéditas. La ordenación en un todo de estas dos partes, con un criterio métrico, tendría lugar en época «probablemente mucho más tardía» (pág. 33).

La traducción es en general no sólo exacta, sino acertada en el as-

pecto literario. Petit ha sabido situarse muchas veces en el estado de ánimo del poeta y tomar ese tono jocundo y maldiciente que a veces veda la traducción a nuestra lengua, pero que se puede dejar sentir, pues, como acertadamente indica el traductor (pág. 41), «quien tenga en cuenta las posibilidades del lenguaje hablado entre hombres cuando, en un corro de amigos, se maldice al superior jerárquico, al rival o al enemigo, o sencillamente se echan a alguien pullas algo subidas de tono, no encontrará gran dificultad en descorrer el velo de nuestros eufemismos».

Deseando que este excelente trabajo logre una segunda edición, nos vamos a permitir hacer algunas observaciones de detalle, en las que ha de verse más que afán de crítica, el de colaborar con el traductor. En la pág. 40 señalaremos una errata grave manteniendo el genitivo *Bursians* donde no corresponde y una confusión de fecha en *L'Année Philologique* de Marouzeau. Hay alguna debilidad en la traducción de *candidi soles* (8,8), de *hircos* (37,5), cuyo equivalente español nos lleva lejos del original; la traducción del verso 20 del poema 29 no corresponde a lección que da el texto, sino a una corrección que los editores suelen admitir desde el Renacimiento. Erratas anotamos en 62,22 *retinentem*, y en la nota a esa misma página, en vez de 62,22, debe leerse 62,28; en la traducción, pág. 109, *Euán;* 68,76 *caelestis;* en la traducción de la pág. 140 sobra el acento en *Priapo*. En la pág. 94 la traducción del v. 81 debe corregirse *golpéale los lomos con la cola, soporte tus azotes*. Al final del verso 61,33 sobra la coma.

Pocas más observaciones podríamos hacer: por ejemplo, la de admitir sin explicación (17,3) la difícil forma *acsuleis*. Otras veces nuestras observaciones serían para señalar aciertos, por ejemplo, la traducción *Laporra* o ciertas expresiones frescas y vivaces, que divertirán al lector y le acercarán a este caso único de vida y alegría que es Catulo en la poesía romana.

Señalemos, pues, este mérito del doctor Petit, que ha dado a nuestras librerías un excelente volumen, y aplaudamos a la editorial por la linda presentación de la colección.

A. Tovar.

Giovenale, por E. V. Marmorale.—Bari: Laterza et Figli, 1950. Páginas 201. L. 700.—El librito que Marmorale nos presenta no es más que una reedición del trabajo que con el mismo título vió la luz pública hace ya doce años, y que por cierto suscitó algunos reparos en la crítica. Pero a Marmorale esos reparos no sólo no le han extrañado ni convencido, sino que le han afirmado en sus puntos de vista. Así es que aparte de una Introducción, en la que recoge y discute las

objeciones que se le habían hecho, el autor no ha creído conveniente introducir cambio ninguno en la edición anterior.

En el primer capítulo, *Il Moralismo di Giovenale*, se enfrenta Marmorale con el problema de si Juvenal puede o no considerarse un «moralista», según le llamó ya la Edad Media (Poeta Ethicus) y ha venido repitiéndose hasta nuestros días. Y su respuesta, categórica y rotunda, es que Juvenal no tuvo, ni un sistema filosófico que diese valor profundo y universal a su *indignatio*, ni un ideal de moral que contraponer a las costumbres por él satirizadas, ni el menor deseo de reformar y mejorar el mundo corrompido en que vivió; y que, por lo tanto, no puede considerársele «moralista». Afirmación desde luego perfectamente lógica, si se toma la palabra en su sentido estricto y propio. Pero a mí me parece dudoso que al aplicarla a Juvenal haya querido nadie atribuirle ese valor, y que, por ejemplo, haya pensado en equiparar a Juvenal con San Bernardino de Siena (mencionado por Marmorale), o aunque sólo sea con Séneca. No; indudablemente si se ha considerado a Juvenal «moralista o escritor de tendencia moralizadora», ha sido por los elementos morales que siempre contiene la sátira de los vicios (con independencia del espíritu que la anime), y además y sobre todo por los pensamientos de fondo moral que hormiguean en su obra. Pensamientos que Juvenal acuñó en frases de brevedad y belleza inmortal, y que constituyen una de sus aportaciones más preciosas al patrimonio espiritual de la humanidad. Para el caso importa poco si esos pensamientos los aprendió en la filosofía griega, o los sacó de los *loci philosophumeni* de la *philosophia vulgaris*, o se los inspiró su buen sentido de romano perspicaz y práctico. La cosa es que fué él quien los fijó en una forma de concisión y belleza inimitable y con esto les prestó un realce y brillo que el tiempo no habría de empalidecer (κτῆμα εἰς αἰεί). Y desde luego que tal vez esto no baste para calificar a un autor de moralista en sentido estricto, pero tampoco creo que ese detalle tenga tanta importancia en la valoración de una personalidad eminentemente artística.

El segundo capítulo, *La Poesia nell'opera di Giovenale*, está dedicado al estudio estético-literario de las Sátiras. Y tampoco aquí sale muy bien parada la figura de Juvenal. Marmorale parte del principio de que la función específica del poeta es «traducir en imágenes un mundo interior, rico o pobre, después de haberle decantado en una catarsis espiritual perfecta» (pág. 83), «transportar sus intuiciones, despojadas de todo lo efímero y autobiográfico, a un mundo ideal, en el que adquieran valor universal» (pág. 86). Marmorale no concibe que pueda existir «una poesía expresionista de la forma y del color, una poesía retórica de la exaltación verbal y de la invectiva, ni una poesía conceptista», según le había objetado Bayet, *Rev. des Etud. Grecques*, 42 (1939), 234; porque para él, «después de las aclaraciones y pre-

cisiones que Benedetto Croce ha traído al campo de la crítica» esos términos de «poesía» y «poesía retórica, expresionista o conceptista» son incompatibles. Y naturalmente tras estas premisas deduce que Juvenal no puede llamarse poeta. Pero claro está que no todos los críticos se mostrarán dispuestos a aceptar que los principios invocados por Marmorale sean dogmas incontrovertibles. Y, en consecuencia, se puede sospechar que tampoco sus conclusiones lograrán inspirar la confianza absoluta que en ellos pone su autor.

El tercer capítulo, *Il Vero Giovenale*, pretende fijar la posición de Juvenal en el campo literario. La conclusión del autor viene a ser que, si Juvenal no fué moralista ni poeta, tampoco puede confundírsele con los declamadores huecos y fríos, que tan de moda estuvieron en Roma en los siglos I y II d. de C. Pues, en Juvenal, a falta de otras virtudes, por lo menos hay sinceridad y pasión auténtica (aunque en el fondo, según Marmorale, esa pasión se reduzca a resentimiento y envidia de la suerte ajena). Así es que, para Marmorale, el calificativo que mejor le define es el de «literato», un tipo en el plano estético inferior al poeta, pero superior al retor; es decir, «un escritor, que sin haber hecho verdadera poesía, a la que sólo ocasionalmente llegó a rozar, supo dar expresión noble y vibrante a un contenido, ni nuevo ni sublime, pero que correspondía a sus sentimientos personales» (página 180).

Se ve, pues, que la tesis de Marmorale representa una revisión completa de las ideas corrientes sobre la cuestión. Lo que ocurre es que esa interpretación está deducida de premisas, cuyo valor absoluto no parece que pueda darse por demostrado. Por lo tanto no tendría nada de extraño que la reacción de la crítica frente a esta nueva edición se mantuviese en la misma línea de reserva que frente a la primera. En todo caso, y prescindiendo del valor que queramos dar a sus principios estéticos y a sus conclusiones, es indudable que el librito acredita en su autor la mejor preparación para los estudios estético-literarios: riqueza de erudición, finura de ingenio, claridad y elegancia de pensamiento y estilo. Cualidades todas que hacen del ensayo de Marmorale un libro, no sólo original, sino además ameno, sugestivo y lleno de interés. Es, pues, de esperar que el público español aficionado a estos estudios le dispensará la acogida que indudablemente se merece.

A. PARIENTE.

WAELE, F. J. DE.—*Titus Liuius als geschiedsschrijver van Rome's grootheid*, V-67 págs. (en multicopista). Nimega, 1949.—Es lástima que el autor, el ilustre catedrático de Nimega, no haya acompañado este excelente trabajo suyo de un resumen en alguna lengua más conoci-

da. Por ello nos tenemos que limitar a dar solamente una idea del contenido de la obra, cuya impresión de conjunto es muy buena. En la primera parte, de las tres en que aparece dividida, encontramos una bibliografía de Livio; la segunda comprende una exposición de los «Datos históricos y su utilización por Livio», donde, después de un bosquejo de la historia de Roma que arranca de los tiempos más remotos, se enumeran las fuentes de información que estaban al alcance de un historiador romano y el desarrollo de la historiografía romana. La última parte es la que aborda el tema del título del trabajo: la vida de Tito Livio y su obra histórica, examinando sus méritos y defectos.

J. VALLEJO.

BATTISTI, CARLO.—*Avviamento allo studio del latino volgare*, Bari, 1950, IV + 349 págs. (Collana di grammatiche storiche neolatine, I). Los estudios generales sobre los múltiples problemas que presenta el llamado «latín vulgar» son relativamente pocos, sobre todo en estos últimos años en que, frente al optimismo exagerado de los romanistas del siglo pasado, se llegó, poco a poco, y a través de investigaciones monográficas, sobre los diferentes autores, a ver cómo la historia del latín en los momentos de evolución a cuyo extremo están las lenguas románicas dista de ser clara y rectilínea. Y la realidad histórica de esta trayectoria no se puede de ninguna manera forzar en obsequio de teorías o simplificaciones. Hay, naturalmente, dos caminos para la reconstrucción lingüística de estas épocas: la marcha atrás partiendo de las lenguas romances—camino seguido por los romanistas, de donde las formas con asteriscos—y otro, el estudio profundo, moderno y lingüístico de los textos, documentos, etc., procedentes de todos esos siglos. Los más recientes trabajos sobre sintaxis tardía, sobre lexicografía de los autores técnicos de la decadencia, etc., parecía noblemente que habían abierto caminos nuevos dignos de ser tenidos en cuenta y utilizados plenamente, si no proseguidos. Pero el A., sin embargo, prefiere mantenerse en la línea tradicional del *Grundriss* de Gröber, lo cual parece dar al libro un tono muy poco nuevo.

La problemática que se plantea este trabajo es la siguiente: I. Latín vulgar; sus relaciones con el literario; lat. cristiano; vulgarismos en Petronio y lenguas con préstamos latinos; duración del latín vulgar; latín vulgar y arcaico; caracterizaciones de la lengua del Lacio, Italia, etc.; lenguas romances y lat. v.; relaciones léxicas en la Romanía que exigen reconstrucciones en el L. V.; sustratos. II. Fonética: acento; vocales; diptongos; fonética de préstamos griegos y germánicos; consonantismo. III. Morfología: nivelaciones flexionales; géneros; desinencias simplificadas; declinaciones; adjetivos y nuevos sufijos

adjetivales; gradación; numerales; pronombres, etc.; paso a la conjugación analítica; pasiva; deponentes; indicativo, subjuntivo, imperativo; conjugaciones; irregulares; desinencias y participios.

Como se ve no se dedica una línea a sintaxis ni a orden de palabras, etc. Naturalmente que el A. maneja una enorme abundancia de datos y su especialidad es puesta de manifiesto en la facilidad y soltura con que utiliza la dialectología italiana. Por eso precisamente era muy de desear que hubiera tenido en cuenta las más recientes adquisiciones de la Filología Clásica, de cuya bibliografía está citada en el libro la mayor parte de las obras.

Su idea del L. V. es la siguiente (pág. 23): «la lingua normalmente parlata nel mondo latino dalla maggioranza della classe media nei due ultimi secoli della repubblica e nell' impero, nel suo complesso de innovazioni, tanto positive... quanto negative», definición que recuerda, en mezcla desigual, la teoría de Marouzeau relativa al latín literario, la de De Groot (*REL* 1 [1923] 113 sqq.) y la tan conocida de Grandgent. En cuanto a las fuentes, el primer lugar lo tienen las lenguas románicas, a cuyas consecuencias las restantes fuentes sirven sólo de contraste y según este orden decreciente de importancia (página 28 sqq.): glosas, *App. Probi*, defixiones, gramáticos, diplomas, faltas en ms. (casi siempre a partir de Schuchardt!), y textos, de los que el más importante parece al A. la novela de Petronio, de la que comenta la necesidad de rebajar la fecha admitida comúnmente por la gran cantidad de innovaciones que se presentan, sin advertir que —y acepto casi todas las razones presentadas por Paoli y Marmorale—como se trata de una parodia hecha por un gran estilista se han amontonado y exagerado todos los detalles vulgarizantes o que contribuyen a dar esta impresión. En cuanto a la cronología, de acuerdo con Meyer-Lübke y Grandgent frente a las tendencias de Muller, etcétera, asigna al L. V. los años 200 a 600.

Se hace imposible seguir paso a paso sus páginas en las que se encuentran buena cantidad de datos deficientemente interpretados y con frecuencia desordenados. Para dar una idea de la débil información del A. en diversos aspectos de la cuestión latina, anoto algunas observaciones que sirvan de guía al lector. Pág. 6: «Commodianus (II sec.)» cuando la obra de van Katwijk, citada allí mismo, supone la fecha 293 (pág. X) y otros retrasan su vida mucho más (p. ej. Brewer al siglo V). Pág. 8 atribuye al siglo VII a Julianus Pomerius, del cual la única fecha que nos consta, remonta al 497 en que abrió escuela de retórica en Arlés (cf. Suelzer, *J. P.*, Westininter-Maryland, 1950, pág. 4). Pág. 14, el *Lat. Umgangssprache* de Hofmann, segunda ed. es de Heidelberg 1936, no Berlín 1937. Pág. 17 atribuye a Arno Schmid una obra sobre la lengua de Eginardo, y un estudio sobre el orden de palabras en L. V., aquél de 1907, éste de 1933; baste decir

que el autor del segundo, que es su tesis doctoral, nació en 1910 y se llama Adolf Schmidl. Pág. **17**, bajo el nombre Karl Schrijnen (se llamaba Joseph), introduce una obra sobre el Latín Medieval que desconoce la Bibliografía del Prof. de Nimega en *Collectanea Schr.* 1939, porque supongo será la de K. Strecker. No es sólo en la Bibliografía donde se observan errores y descuidos de bulto; véase, por ej., página **70**, donde se da con asteriscos la palabra **cepulla*, de la que a continuación, con flagrante contradicción, se escribe que se encuentra testimoniada en Dioscúrides (anoto que en un texto más accesible y conocido se puede leer ya en Apicio y bastantes veces, p. ej., 7, 6, 2; con geminada como exigen las lenguas neolatinas aparece ya en Oribasio *synopsis* 2, 6 en la recensión La, pero sobre todo el A. debía conocer la equivalencia magnífica *c(a)epa* = *caepulla* de CGlL V 175, 23 y 177, 29). En otros sitios es más explicable el asterisco, p. ej., página **80**, donde se le coloca a **arcia*, palabra que con la forma *argia* he documentado con textos del siglo VII en EMERITA 16 [1948] 230-233.

En la parte más técnica, fonética y morfología, se hace casi imposible discutir una por una las afirmaciones poco claras del A. Me limito a recoger algunos detalles que creo de interés para justificar el juicio general que merece la obra. Pág. **103** el A. dice: «caratteristica per il l. v. è la contrazione di dittonghi ascendenti: IE': e; EO': o; IA': a; IV': u quando la vocale accentata sia lunga per natura o per posizione». En primer lugar, estos grupos vocálicos no fueron nunca diptongos, de los que el L. conoció la menor cantidad posible y sólo descendentes, ya que el doble valor vocálico—que se opone al concepto común de diptongo—sólo se perdió al darse la sinizesis, para la cual digamos de paso que no hace falta buscar cronología por ser un fenómeno fonológico del «Allegrosprache», de donde se tomó como libertad poética para los casos más antiguos; en cuanto al proceso de pérdida de la semivocal, dista de ser claro (cfr. Niedermann, *Gnomon* 14 [1938] 273 sqq. reseñando a Svennung, *Kleine Beiträge z. lat. Lautlehre*, Uppsala, 1936), y no se pueden precisar ni los momentos ni las causas; en cuanto a los casos de hiato ante larga de que parte el A., hay que advertir que son los otros, los ante breve, *ares*, *pares*, los testimoniados de más antiguo. Pág. **105** dice que «-oe- pasa a -e-, fase ya alcanzada en la Urbe en el s. I de la era vulgar» y como confirmación añade: «cfr. la «scrittura inversa» *Coenalia* in un'iscrizione del III sec. a Cr.». Sin duda se refiere al siglo III d. de C., aunque ya antes pueden verse casos de monoptongo, como los que aduce Väänänen, pág. 40, con lo que se hace inútil argumentar con la grafía inversa, tomada de una inscripción que no hemos podido localizar. El proceso fonético, si lo hubo aquí, y creo que no, sería acelerado por la coexistencia de formas corrientes con diptongo y con monoptongo, cfr. *foenum/fenum*. Pág. **112** el A. habla de cómo en la postónica de

esdrújulos *e/i* sustituye a *a*, y da como ejemplos *álecer* > *alécre*, de *alacer*—fenómeno muy dudoso—; *Caeseris*, de CIL VI 5822, 27772, y vocablos griegos, como *trutina* por τρυτάνη. La última palabra, por su época, debe ser un producto semejante a *macina*, de la que incluso pudo recibir influjo (no olvidemos que aparece la primera vez ya en Catón, agr. 13, 3); en cuanto a *Caeseris*, ya atestiguado en Pompeya CIL IV 2308, ejemplo anterior a los presentados por el A., es un caso quizá de dialectalismo, aunque no me atreva a asegurarlo, pero que en toda hipótesis hay que comparar con *citera* por *citara*. Que el fenómeno debió de ser reducido lo acredita el opuesto, que sí fué extenso en L. V., el paso de *e* a *a*, que tenemos en el App. Pr., en *passar*, *carcar*, *ansar* y en las lenguas modernas, esp. 'para' y fr. 'marché'; pero sin duda debe pensarse en un fenómeno no de vocalismo, sino derivado de cierta nueva pronunciación de la *r*. Los otros ejemplos aducidos son poco convincentes, así, p. ej., *monicus*, forma de la que no es seguro decir equivale a *monachus;* cabría incluso pensar en influjo de *monisterium/monest-* que se encuentra en época tardía (cf. aesp. 'monesterio'), pero creo más vale prescindir de datos de ambigua interpretación. Pág. **117:** la vocal prostética ante *s* + cons., no es sólo *i*, sino también *e* y *a;* el primer ejemplo no es el de la inscripción de Barcelona CIL II 5129, sino que se encuentra ya en Pompeya, y los casos en el siglo II son abundantes (cf. O. Prinz, *Glotta* 26 [1938] especialmente pág. 105; no citado por el A.). Página **150** sostiene que grafías como *Decumainus* por *Decumanius* (CIL XII 1753 [siglo I]) demuestran la palatalización de *-nj-*, fenómeno que con *-gn-* ya había ocurrido en el siglo I a. de C. (sic) como muestran *ignominiae* en la *Lex Julia* del a. 45 (CIL I 206, 121, que dice *ingnominiae)* y la escritura hiperurbana *insicnia* (VI 7462 del año 183)—así escribe el A.—. Pero todo esto no es claro: primero, porque la metátesis aducida en primer término, debe más bien ser, como supone el ed. del Corpus, un error del grabador; segundo, porque la grafía de la *Lex Julia*, aparte de la calidad deficiente de las grafías del bronce, debe significar sólo el intento de recalcar el valor de la nasal gutural que se solía representar por *-g-* ante *-n-* (cf. Sommer² páginas 234 y 266, y el juego de palabras de Cicerón rep. 4, 6); tercero, porque *insicnia*—ignoro la verdadera grafía por haberme sido imposible encontrar esta inscripción—no muestra nada respecto a la palatalización, ni se puede ver por qué su grafía es hiperurbana. Páginas **204-7** tratando de los casos, y tras citar a Norberg, *Synt. Forsch.*, cuya postura no parece ser idéntica a la del A., prefiere éste explicar la reducción de casos partiendo del trivial argumento de las confusiones fonéticas. Esto hubo más bien de suceder al revés, es decir, que cuando ya no se sintió necesaria la correcta distinción de las finales porque la lengua había encontrado otros medios de expresión de las

relaciones nominales, fué cuando se llegó a la indistinta pronunciación de aquéllas, como si fuese un cuidado superfluo que la comodidad siempre operante de la lengua no tenía por qué mantener. Pág. **214**, el A. escribe **magnificens* con asterisco, cuando la forma era bien conocida de los gramáticos del siglo IV, cf. Th L L, VIII 109, s. *magnificus*. Pág. **215** hablando de los superlativos escribe: «da *-ismmos* con síncope *pigerrimus, pauperrimus*». Ni procede de *-ismmos*, sino de *-samos*, ni ha habido jamás síncopa, ya que se trata de un desarrollo vocálico a partir de *r* sonante junto con la asimilación regresiva del sufijo citado (cf. Leumann-Hofmann, *Lat. Gramm.*, página 297). Pág. **218** sobre la flexión de *duo:* aparte de que es muy dudoso el poder hablar de abreviación yámbica en esta palabra, por cuanto ambas formas son antiguas en gr., p. ej., hay que decir que *duae* no se hizo a partir de *dua*, sino al revés, pues la primera forma aparece desde Plauto, y el neutro solamente desde Pompeya CIL IV 1507.

Otros muchos lugares podríamos presentar en que las tesis del A., dogmáticamente promulgadas en su mayoría, van contra la doctrina común, y que evitamos para no recargar inútilmente las tintas de esta reseña. En los hechos románicos no juzgo, aunque creo también habría materia para un desacuerdo (p. ej., pág. **153** parece ignorar la existencia de *s* sonora en aesp.). Finalmente, en cuanto al método, hemos de advertir que la cronología está poco ordenada, falta grave, en todo estudio histórico (cf. pág. **156** donde se cita por este orden: CIL XI 4339, del año 491; II 2940, de datación dudosa, pero por el formulario sin duda anterior a la primera; *Historia Francorum;* siglo VII; Codex Cavensis [¿por qué no dar las siglas sin remitir a Arnaldi, cuando se manejan relativamente pocos textos, aunque demasiado medievales?] del año 842 y Oribasio, traducción de los sig. V/VI) y que no se citan buen número de trabajos de los cuales unos le son conocidos y los utiliza sin duda,y otros no, que enumerar aquí haría esto todavía más largo.

Cuando tan necesitados estamos de una buena Introducción al L. V., moderna y completa, es de lamentar que no se cuide más la elaboración de un libro que de por sí estaba llamado a llenar un hueco en la bibliografía lingüística actual. Las líneas que anteceden habrán de servir sólo de una especie de advertencia al lector de esta obra del Prof. Battisti, bien conocido, por lo demás, por sus magníficos estudios sobre los dialectos italianos.

M. C. DÍAZ Y DÍAZ.

Martini Bracarensis Opera Omnia, edidit Claude W. Barlow.—The American Academy in Rome.—New Haven, Yale University Press,

1950. ix, 328 págs.—Esta edición de Barlow es la primera recopilación científica del conjunto de la obra conservada de San Martín de Braga. Hasta ahora la edición más completa era la de Flórez (España Sagrada, 15), y la que, reproduciendo editores más antiguos, se hace en Migne (PL 72). De una de las obras del obispo de Braga, dada a conocer por Flórez, se había publicado en 1883 una edición especial (Casparri, De correctione rusticorum, Christianía), y más tarde otra, en España, obra de Madoz (Est. Ecles. 1942). De las demás obras no se disponía de nada más moderno que Flórez.

El editor comenzó hace muchos años sus trabajos sobre San Martín, según lo que él mismo nos dice de su tesis doctoral inédita y el trabajo que ya conocíamos, publicado en TAPA, 1937, págs. 26-42.

Para esta obra el editor ha procedido a una sistemática revisión del conjunto de la tradición manuscrita, realizada con ejemplar escrupulosidad, incluso por lo que hace a los manuscritos españoles que nos dice que sólo ha podido consultar en fotografías. Mi lectura, por ejemplo, del Esc. M. III. 3, texto de la Fórmula, de Ira y los Tratados morales, hecha directamente sobre el cod. escurialense, sólo difiere en uno o dos puntos de escasa importancia de la de Barlow, como digo en el estudio recientemente aparecido en el Bol. de la Fac. de Letras de la Univ. de Granada.

La obra de Barlow no es sólo una edición con revisión del material manuscrito, sino, en muchos lugares, un valioso estudio de las fuentes. Así, por ejemplo, en el análisis comparativo de los textos de Pascasio y Martín de las Sententiae Patrum Aegyptiorum, puestos paralelamente en comparación con otros textos de Sententiae (págs. 12-17). Lo mismo puede decirse de la comparación establecida entre textos de Casiano y los tratados morales de San Martín (págs. 52-55) y lo que es a mi juicio más sugestivo aun, entre textos martinianos de la Formula Vitae Honestae y párrafos de Séneca (Epistolae, Dialogi). Insisto en este punto porque tal vez sea un buen punto de partida para dar con la clave definitiva de la fuente senecana de este importante tratado de San Martín: y en vez de buscar una obra desconocida o perdida de Séneca que nuestro autor haya podido resumir en el siglo VI, podríamos pensar que hace sencillamente una recopilación miscelánea de pasajes de distintos lugares del autor antiguo, sistemáticamente unidos en torno al esquema de las cuatro virtudes platónicas.

El trabajo de Barlow es, en conjunto, escrupuloso, acertado, sugestivo y, hoy por hoy, definitivo.

A. FONTÁN.

ROBERT C. STONE.—*The language of the latin of Codex Bezae (With an Index Verborum)*. Published by the University of Illinois Under

the Auspices of the Graduate School Urbana, Illinois, 1946, 200 páginas.—El códice bilingüe, así llamado por haberlo conseguido Teodoro Beza, el reformador ginebrino, en el Monasterio de San Ireneo de Lión, cuando las tropas hugonotes saquearon esta ciudad en 1562, es un códice que contiene, con algunas lagunas, el texto griego y la versión latina de los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, y (solamente en latín) 3 Juan 11-15. Había sido utilizado por el obispo de Clermont, Guillermo de Prato, en el Concilio de Trento, y colacionado por Stephanus en su edición del Nuevo Testamento de 1550. En 1581 fué llevado a la Universidad de Cambridge, donde se publicó en facsímile en 1899 y donde se encuentra actualmente. Este famoso códice ha sido objeto de numerosos estudios, tendentes sobre todo a determinar la fecha y el lugar en que fué escrito. Teniendo en cuenta los estudios anteriores, Robert C. Stone nos ofrece un trabajo amplio y detallado sobre los problemas suscitados por el Codex Bezae.

En el cap. I, de introducción, se hace la historia del códice, muy obscura antes del siglo XVI, si bien resulta casi seguro que ya estaba en Lión en el siglo VIII. Enumera después R. C. Stone las opiniones referentes a la fecha en que fué escrito el Codex Bezae. La más general es que fué escrito en el siglo VI; pero hay quienes, como Kenyon y Lowe, creen que puede pertener al siglo V, y hasta a principios de este siglo, como Chapman. Ni falta tampoco algún estudioso que todavía rebaja esta fecha, como veremos. Implicado con este problema, pero quizá aun más difícil, es el de dónde se escribió el Codex Bezae. Robert C. Stone hace una exposición de las diferentes teorías sobre el particular, indicando las razones diversas que para defender sus puntos de vista da cada uno de los autores: Kipling lo atribuye a Egipto; Clark, a Egipto o a Palestina, entre el siglo III y el IV; Sanders, a Egipto, en el siglo IV; Chase, a Antioquía de Siria; Brightman, a Italia del Sur, y lo mismo Lake; Ropes, a Sicilia; Sonter, a Cerdeña; Gospels, Harris y Kenyon, este último con indecisión, a Francia del Sur. Robert C. Stone intenta, precisando el carácter del lenguaje del Codex Bezae, contribuir a esclarecer el problema, aunque, en el momento de pasar a estudiar el lenguaje, se pregunta con escepticismo si el análisis lingüístico puede dar la llave de la cuestión.

El análisis gramatical del Codex Bezae se hace en el cap. II; pero como, por su interés, volveremos más detalladamente sobre él, saltamos al cap. III, de conclusión, donde, luego de resumir en sus rasgos fundamentales los fenómenos gramaticales analizados en el capítulo precedente, R. C. Stone acaba por afirmar que el «Codex Bezae is lmost certainly not Gallic in origin» (pág. 67), que el Sur de Italia uede prácticamente eliminarse como su lugar originario; que Egipto resenta en cuanto a ser patria del Codex Bezae numerosas ventajas obre Sicilia, pero que debió escribirse en un sitio donde el latín y el

griego no eran bien conocidos: probablemente una colonia militar romana en una región imperfectamente helenizada. Clark sugería ya como patria del Codex Bezae Palestina, y R. C. Stone la puntualiza en Jerusalén, donde Adriano, sobre la ciudad destruída por Tito, fundó una colonia que llegó a ser sede de una cristiandad y patriarcado desde 451. La conservación del manuscrito puede que se debiera, «despite its egregious faults» (pág. 68), a habérsele considerado, en su uso en el culto durante los siglos V y VI, como objeto especialmente sagrado. Al entrar los mahometanos en Jerusalén en 638, el Codex Bezae, llevado por algún fugitivo, debió de empezar su camino hacia el oeste («its westward journy»).

El cap. III es un detallado «registro» de fenómenos gramaticales (fonéticos, morfológicos y sintácticos) no conformes con las reglas gramaticales del latín literario clásico. La agrupación y clasificación de los fenómenos gramaticales está hecha siguiendo un rígido criterio de la estructura externa de las formas. Esto hace que con frecuencia aparezcan clasificados juntos fenómenos absolutamente dispares, a despecho de su semejanza externa, y cuya causa y explicación es bien distinta. Por ejemplo, a la pág. 17, bajo el epígrafe «*e* > *i* long, inacented» van una tras otra las formas *possideritis, disponsatam;* a la página 19, sin más indicación que la de «vocales incorrectamente insertas», *confortians, serpiat* (de *serpo), audiebat* (de *audeo);* a la pág. 19, agrupadas únicamente porque *b* > *p*, las formas *optulunt, piscipus, suptus, exproprari*. Y fácil es echar de ver las diferentes causas de la *p* en *optulunt, suptus*, de un lado, y *piscipus, exproprari*, de otro.

Anotemos algunas observaciones a este «registro» gramatical:

El «*diligis* for second person singular of the future» de Mt 22, 37 señalado a la pág. 18, hay que ponerlo en relación tanto con el praesens pro futuro como con el presente con fuerza imperativa (cf. *cum feceritis quae dico dicitis* Lc 17, 10, pág. 59), que se da también en castellano. Tampoco se señala en *sinestra* (bajo la rúbrica «*i* > *e* short, accented», pág. 18) la influencia analógica de *dextra*, ni en *norum* («*u* > *o* short, accented», pág. 18). Bonita es la grafía *ingnorabant* Mc 14, 40 (pág. 21), y se nos ocurre si podría ser testimonio de la pronunciación velar *ŋ* del grupo gráfico *gn*, más clara en las inscripciones *(ingnes CIL* IV 3121, cf. Väänänen, pág. 116; *singnifer* CIL VI 3637, *dingnissime* CIL XIV 1836).

A la pág. 27 se enumeran varios «errores» debidos a la confusión de los géneros. En algunos casos se señala como causa de tal confusión el calco mecánico sobre el griego, y parece evidente. Creemos que, aparte la tendencia a pasar a masculinos los sustantivos cuyo acusativo terminase en *-um*, p. ej., *aequalem domum, uiridem faenum* (página 27), esa es la causa que ha contribuído al masculino de Lc 11, 24 s. *reuertar in domum meum... mundatum adornatum*. Y esa es la

explicación de *id* > *eam* (pág. 28) para Lc 16, 16 *regnum... omnes in eam conantur* (ἡ βασιλεία τοῦ θεοῦ εὐαγγελίζεται καὶ πᾶς εἰς αὐτὴν βιάζετα). Los dos casos de confusión de género: Lc 1, 65 *factum est timor magnus* y A 19, 23 *factum est... tumultus*, creo que tienen su explicación en que la forma verbal *factum est* tiene fuerza intransitiva más bien que pasiva (equivalente del griego ἐγένετο). En Mt 5,12 *daemonia dicentes* parece tratarse de una κατὰ σύνεσιν especial, al menos diferente de las constructiones ad sensum señaladas a la página 32, en las que, como es lo corriente en este fenómeno, entre las formas en discordancia van siempre insertas otras palabras. (Podríamos traer aquí el italiano *le bracia, le membra*, y habría que explicar el hecho en relación con la pérdida del neutro.) Donde evidentemente se trata de una κατὰ σύνεσιν es en A 15, 17 *gentes super quos* (pág. 28). De los imperativos por indicativo registrados a la pág. 59, puede explicarse por calco mecánico sobre el griego el *facite* de J 8, 38, y aunque el motivo sea el mismo para el *scitote* de Lc 21, 30, aquí el imperativo hace sentido perfectamente.

Creo interesante decir que en su «registro» gramatical da Robert C. Stone fenómenos sintácticos ya estudiados en otros autores latinos tardíos (remito, para fenómenos análogos, a J. Svennung *Glotta* XXII 1934, 163-193). Tales son: oraciones completivas en indicativo (Mc 12, 38 *qui uolunt salutationes in foro facitis*, J 3, 12 *scis testimonium nostrum uerum est)* y en subjuntivo (A 16, 27 *existimans effugisset custodias)*. También, a la misma pág. 57, infinitivos que ocupan el lugar de un subjuntivo exigido por *ut:* A 22, 14 *ds... praeordinauit te ut cognosceris... et uidere... et audire*, A 14, 1 *contigit... ut... introire eos... et loqui*, cuyo origen, creo, se ve claramente que está en la traducción excesivamente literal del griego. En la primera frase el infinitivo se mantiene inmediatamente detrás de *ut*, pero aparece el infinitivo, calcado sobre el texto griego, tan pronto como se olvida, por la interposición de otras palabras, que debería continuarse la secuencia sintáctica que exige subjuntivo.

Otra construcción evidentemente calcada sobre el griego, pero que resultaba un instrumento utilísimo y de fácil manejo, era el infinitivo regido por preposición: Lc 19, 11 *propter quod esset iuxta Hierusalem et putare quia...* (διὰ τὸ εἶναι... καὶ δοκεῖν), Lc 24, 15 *factus est in eo fabulari eos et conquerere* (ἐν τῷ ὁμελεῖν... καὶ συνζητεῖν), de tan amplio desarrollo en el latín filosófico de la Escolástica y en las lenguas románicas.

Podríamos detenernos todavía en la discusión de otros muchos puntos, pues el «registro» gramatical de Robert C. Stone al Codex Bezae es un acervo excelente de material, útil, valioso, completo y fácilmente manejable por ese mismo cerrado criterio adoptado para la clasificación de los fenómenos gramaticales, a saber, la forma externa.

La bibliografía es breve y no siempre utilizada a fondo.

Las erratas son escasas: señalemos *habitat* por *habibat* a la pág. 17.

Y, finalmente, el trabajo de Robert C. Stone ofrece un instrumento precioso: un magnífico índice donde se recogen todos los lugares en que sale cada una de las palabras del Codex Bezae en todas las formas que presentan las que son variables.

VIRGILIO BEJARANO.

BIELER, LUDWIG.—*Studies on the text of Muirchú.* (Proceedings of the Royal Irish Academy) Dublin, 1950.—Inserta este trabajo, en primer lugar, una edición crítica, muy escrupulosa, del llamado texto de Miurchú, o sea, la Vida de San Patricio, a base de la publicación, por vez primera, de un manuscrito de la Biblioteca Capitular de Novara. El señor Bieler vió recompensada su sospecha de que la segunda parte de este manuscrito (del siglo XIII) contuviera la *Vita Patricii* del irlandés Muirchú Maccu Macctheni. Es además el único texto completo del Muirchú. A continuación presenta el autor un interesante comentario que abarca varias cuestiones. Primeramente sobre la latinidad del texto: se trata de un latín tardío, correcto, cuyas particularidades atañen casi todas al léxico. En segundo lugar aborda el señor Bieler las cuestiones de crítica textual tanto las referentes a determinados pasajes del manuscrito de Novara como a la relación de éste con los otros testimonios de la *Vita Patricii.*

Y, finalmente, una investigación, muy erudita, acerca de la composición del texto de Muirchú.

En suma, es éste un estudio concienzudo, agradablemente redactado y, naturalmente, utilísimo para los cultivadores de la Filología medieval.

J. V.

GRANT, MICHAEL.—*The decline and fall of city-coinage in Spain.* (Separata de *Numismatic Chronicle*, vol. IX, 1949.)—La decadencia de las acuñaciones de *municipia* y *coloniae* hispánicos, tanto en el número de cecas como en la cantidad acuñada, se coloca corrientemente en el principado de Tiberio. Pero el señor Grant, con más reflexivas estadísticas, demuestra plenamente que tal decadencia empezó ya en los últimos dieciséis años de Augusto (y más concretamente en la década anterior al año 2 a. de C.), como consecuencia de una disminución de las ocasiones propicias a las acuñaciones, y, al mismo tiempo, del papel económico desempeñado por estas acuñaciones hispánicas ante el considerable aumento de otras emisiones imperiales.

La segunda cuestión que estudia el señor Grant es la fecha de la terminación de las acuñaciones, llegando a la conclusión de que «el decisivo período fué el de los últimos quince meses del reinado de Calígula (otoño del 39 a. de C. a enero del 41). Este hecho es común a todas las regiones del Imperio y la explicación que de él nos da el señor Grant, apoyado en sus portentosos conocimientos numismáticos e históricos, convence y deleita.

Al comienzo de su reinado, Calígula desarrolló una política de vehemente glorificación de su dinastía; esta política se manifestó también en las acuñaciones, en las cuales un tipo «dinástico» llega a ser considerado como rasgo propio y especial de las emisiones de *municipia* y *coloniae*. Ahora bien, en su último, o dos últimos años, Gaius cambia radicalmente, abominando de su política dinástica, y así se puede explicar que las emisiones provinciales, ya de carácter más propagandístico que económico, más ligadas, por tanto, a esa política, cesaran por la misma fecha. El señor Grant cree también que este nuevo carácter político de las acuñaciones parciales fué el causante de la supresión y no reaparición de ellas durante el Imperio.

En España el cambio tuvo más radicales consecuencias que en otras provincias por el hecho de que las acuñaciones, en contraste con las otras regiones, procedían casi exclusivamente de comunidades de ciudadanos romanos.

Este artículo, como todos los estudios del señor Grant, es de sumo interés para cuantos se dedican a la Historia antigua, aunque no cultiven especialmente la Numismática. La insuperable calidad de sus trabajos ya es bien familiar a todo lector del señor Grant.

JOSE VALLEJO.

GRANT, MICHAEL.—*The Colonial Mints of Gaius.* (Separata del *Numismatic Chronicle)* 1949.—Precioso artículo con dos soberbias láminas de reproducciones de monedas en el que, como asunto principal, el eminente autor de *From Imperium to Auctoritas* se propone demostrar la existencia de otras dos acuñaciones de Gaius: las de las colonias romanas de Patrae y Nemausus. A mi juicio, el trabajo del autor es plenamente convincente. Como siempre, el despliegue de erudición del señor Grant es asombroso. Y la finura de su juicio y la pureza de su espíritu de investigación también, como siempre, admirables.

J. V.

Edición Nacional de las Obras Completas de MENÉNDEZ PELAYO, dirigida por A. GONZÁLEZ PALENCIA (†). XLIV-XLIX. *Biblio-*

grafía hispano-latina clásica, edición preparada por E. SÁNCHEZ REYES. I-VI (Accio-Horacio). C. S. I. C. Madrid, 1950-1951. Seis volúmenes en 4.° de 400, 431, 377, 535, 335 y 585 págs., respectivamente.—Ha llegado su turno, en esta magna empresa de edición de las obras de Menéndez Pelayo que con tal tino venía dirigiendo el nunca bastante añorado González Palencia, a la *Bibliografía hispano-latina*, maravilloso tesoro de datos, noticias y juicios críticos que, si bien hubo de quedar incompleto por culpa de la inevitable dispersión de actividades a que todo espíritu genial, despierto y ágil se ve fatalmente sometido, se hace aún hoy día imprescindible, incluso en la mínima parte del total de la obra proyectada que llegó a publicarse, como un testimonio de primer orden para la historia no bien conocida del Humanismo español.

Ya sería cosa meritoria el reeditar simplemente un trabajo cuya utilización, por los muchos años transcurridos desde que vió la luz y la escasa tirada de la revista en que fué publicado, resulta dificilísima o imposible; pero además, la edición de Sánchez Reyes contiene algunas mejoras que la hacen ganar notablemente en importancia y utilidad.

El primer tomo, tras de una advertencia del colector a que luego nos referiremos, comprende el brevísimo prólogo de Menéndez Pelayo y las fichas, ya publicadas en la primera edición, correspondientes a Accio-Catón. Descuellan por su extensión y calidad, como nadie ignora, las series de papeletas dedicadas a Afranio (hemos pasado un buen rato releyendo el «expediente» de la pintoresca controversia sobre un pasaje de aquel autor en que intervinieron Raimundo de Miguel, el marqués de Morante, Camús, Quicherat y otros), Apuleyo, Ausonio, Boecio y Catón.

El segundo está casi íntegramente dedicado a Catulo, César y Cicerón (hasta el núm. CCLXX).

El tercero comienza con el final de Cicerón (CCLXXI-CDLV; este último son los «Apuntes sobre el ciceronianismo en España y sobre la influencia de Cicerón en la prosa latina de los humanistas españoles»). Sigue el prólogo a las Obras completas del orador que fué publicado en el vol. XIV de la Biblioteca Clásica, y que con muy buen sentido (al igual que otras piezas sueltas de que luego daremos cuenta) ha sido intercalado aquí por el colector. Y a continuación empieza la parte inédita, compuesta por papeletas que tenía ya don Marcelino seleccionadas y clasificadas para ir a la imprenta; algunas de ellas no están escritas por él, sino por amigos suyos que le ayudaban proporcionándole noticias, entre los que se contaron Rodríguez Marín y el colombiano don Miguel Antonio Caro. Es natural que este material haya quedado algo imperfecto, pues se nota en las papeletas de esta parte una cierta sequedad en la redacción y ausencia de comentarios

o apostillas; pero aun así, la publicación de tan importantes inéditos representa una valiosísima aportación para todo estudio sobre la influencia de cualquier autor latino en nuestra literatura. En el volumen a que nos referimos están recogidos los datos de Claudiano, Columela, Coripo, Cuadrigario, Curcio Rufo, Domicio, Donato, Ennio, Cecilio Estacio, Publio Papirio Estacio, Eutropio, Dosemno Fabio, Fedro (algo más extenso que los demás), Floro, Frontino, Furio de Ancio, Furio Bibáculo, Galo C. Asinio, Cayo Galo, Cneo Gelio, Aulo Gelio, Germánico, Granio y la Historia Augusta.

Los volúmenes IV-VI están dedicados enteramente a Horacio. El cuarto comienza con las fichas referentes, por este orden, a traductores españoles, hispanoamericanos, catalanes, portugueses, imitaciones y reminiscencias horacianas: fichas que constituyen un conjunto algo heterogéneo, pues las hay que están del todo acabadas, mientras que otras no son más que brevísimas anotaciones, nunca, sin embargo, carentes de importancia. Algunas de ellas le fueron facilitadas por buenos amigos como Pérez de Guzmán, Rodríguez Marín, Serrano Morales y Estelrich. Podemos señalar, entre otras cosas buenas, unas aclaraciones muy curiosas hechas por el colombiano Rafael Pombo a sus propias versiones.

El tomo quinto comprende una reimpresión de la segunda edición (Barcelona, 1908) de las *Odas de Quinto Horacio Flaco traducidas e imitadas por ingenios españoles y coleccionadas por don M. Menéndez Pelayo*, en las que se han corregido bastantes erratas; y vienen luego las apostillas autógrafas a las traducciones e imitaciones horacianas de Fray Luis de León escritas por don Marcelino al margen de la edición del P. Merino, apostillas que publicó ya Artigas hace más de veinte años. El sexto reproduce enteramente la segunda edición (Madrid, 1885) del famoso *Horacio en España.*

En la advertencia preliminar del primer tomo, el señor Sánchez Reyes anuncia que serán también intercalados en el lugar correspondiente la versión de los *Cautivos*, la de los fragmentos de Salustio, el prólogo a la traducción de los *Anales* de Coloma, el que precede a la traducción de las *Geórgicas* del duque de Villahermosa, el estudio preliminar de las *Eglogas* y *Geórgicas* de la Biblioteca Clásica y el de la *Eneida* de la misma colección. Nos parece una buena idea el recoger aquí unos trabajos que andan demasiado desperdigados para que resulte fácil su consulta actual. También será publicado el Indice biográfico de autores, traductores, etc., que promete Menéndez Pelayo en su prólogo; varias monografías sobre Diccionarios, Crestomatías, Historias de la Literatura, etc.; notas para una *Biblioteca de Traductores españoles*, un primer proyecto que se amplió más tarde para intentar abarcar todo lo comprendido en la *Bibliografía hispano-latina;* índices compuestos, nos figuramos que con su escrupulosidad habi-

tual, por los hijos de don Angel González Palencia; y, en fin, algo —muy poco al parecer—sobre influencia en España de los autores griegos, restos de un proyecto de *Bibliografía greco-hispana* que nunca llegó a adquirir grandes vuelos.

El acopio de materiales es, pues, enorme; la seriedad y meticulosidad con que ha procedido el colector, muy encomiables; la impresión, correcta, más exenta de erratas en lo español que en las partes latinas o francesas; el cariño y respeto hacia la colosal figura de Menéndez Pelayo que revelan cada página y cada línea, francamente conmovedores. Que veamos pronto terminada la obra y que los estudiosos que durante medio siglo se han visto privados de materiales tan preciosos, puedan utilizarlos ahora sin restricciones.

M. F. Galiano.

Cassani, Jorge Luis.—*La medicina romana en España y su enseñanza* (Separata de *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1949.)—El magisterio estimulante del señor Sánchez Albornoz rebasa ya los límites de la Historia Medieval y sus discípulos empiezan á dar los frutos de su actividad en el campo de la Historia Antigua. En estas mismas páginas reseñamos un estudio de I. A. Arias sobre los traslados de personas en la España romana. El señor Cassani, en este suyo, reúne y comenta cuantas noticias ha podido allegar relativas a la Medicina en la España antigua. Trabajo útil y bien expuesto.

J. V.

Arias, Irene A.—*Materiales epigráficos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España romana.* (Separata de *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1949.)—Este trabajo constituye una reunión y ordenación de materiales sumamente útiles para la Historia Antigua de España. Cuando su autora lo complete, como anuncia, seguramente podrá sacar de estos datos conclusiones curiosas e interesantes. Ahora, además de los cuadros en que expone las noticias reveladoras de traslados de personas, en notas copiosas la autora procura identificar los topónimos antiguos, mostrándose bien enterada de lo esencial de la bibliografía.

J. V.

Jimenez Navarro, Ernesto.—La «Colección de Lápidas» de don Claudio Constanzo. Un manuscrito arqueológico inédito (1800). Tira-

da aparte de la *Revista de Estudios extremeños*, Badajoz, 1950.—El erudito extremeño, Constanzo, dedicó gran parte de su vida a la búsqueda y estudio de antigüedades. Fruto de esa larga y apasionada labor fué un voluminoso trabajo, todavía inédito, del cual existen varias copias. Una de éstas, la que perteneció al numismático Delgado, y que se conserva hoy en la Academia de la Historia, ha sido la más utilizada, especialmente por Hübner. Pero, desgraciadamente, esta copia es bastante incorrecta.

La más completa la posee el eruditísimo profesor y bibliófilo señor Rodríguez Moñino. Con excelente y patriótico acuerdo, el señor Jiménez Navarro, distinguido autor del folleto que reseñamos, y el señor R. Moñino se han propuesto editar críticamente, en colaboración, la obra de Constanzo, con lo que prestarán un gran servicio a la arqueología española, y muy especialmente a la romana.

En este folleto el señor J. Navarro hace la historia de la cuestión y da una idea general del contenido de la citada «Colección».

J. VALLEJO.

M. MINUCII FELICIS, OCTAVIUS, rec. M. Pellegrino, en «Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum», Torino, 1950, Lit. 400.—Como es sabido, el único códice para la constitución del texto del «Octavius» es el Parisinus 1661 (P), de hacia el siglo IX, que presenta el diálogo minuciano como el libro VIII del «Adversus Nationes» de Arnobio. El otro códice que nos ha transmitido el diálogo, el Bruxellensis 10847 (B), del siglo XI-XII, no es sino un apógraphon del Parisinus y, por lo tanto, tiene muy escasa importancia. Tal circunstancia empero es sólo favorable en apariencia y no facilita para nada la constitución del texto, puesto que, si no existe el problema de la elección entre varias lecciones, se impone el más oneroso y de mayor empeño de la enmienda de un códice de lo más incorrecto. Por lo cual dos diferentes vías se abren al editor del texto minuciano: una es la recorrida hacia el final del siglo pasado por Cornelissen, por Baehrens y por otros, los cuales, partiendo de la discutible premisa de una rigurosa ortodoxia ciceroniana del diálogo, no vacilaron en moldear el texto en el lecho de Procuste del ciceronianismo, transformándolo profundamente y, por lo demás, sin verdadera necesidad; la otra es la de la prudencia conservadora recorrida por los editores anteriores a los arriba citados y por los más recientes, que se mantienen atados al códice lo más posible, alejándose solamente donde imperiosas razones de gramática y de sentido del contexto lo imponen. El editor moderno, después de haber establecido que la lección del códice es verdaderamente corrupta y exige la intervención quirúrgica de la enmienda, se halla embara-

zado al tener que escoger «fior da fiore» en el multicolor prado de las innumerables enmiendas propuestas en cuatrocientos años de elaboración crítica (la ed. princeps es del 1543). (Puede también, es obvio, desahogarse por cuenta propia en propuestas de enmiendas, pero generalmente renuncia a ello.) A esta difícil tarea se ha prestado P. con esta edición crítica para la cual se había venido preparando con una notable edición comentada (Turín 1947) y con un volumen de «Saggi su l'antica apologetica» (Roma, 1947) reseñado con favor en esta misma revista por Vallejo (EMÉRITA, XVIII, 1949, pág. 340). P. es netamente conservador, y no lo oculta; por el contrario afirma que ha preferido dejar intactas lecciones de dudosa genuinidad en vez de enmendar lecciones susceptibles de una aceptable interpretación. También en la *vexata quaestio* del orden de los capítulos 21, 3-24, que la mayor parte de los autores modifican, P. sigue al códice, «non quod illum nihil peccare arbitremur, sed quod nemo nostro quidem iudicio meliorem ordinem proposuerit». P. ha sometido de nuevo el Parisinus a rigurosa colación por medio de una reproducción fotográfica, pero el fruto de su labor, como era de esperar, es muy modesto: tres lecciones (7, 3 vuelve a *honore* de la manus prima, inferior por el sentido a *honere*, por *onere*, de la manus secunda; 23, 7 *iudiciis* no es una lección, sino una conjetura, ya que el códice da *videtiis* comúnmente corregido en *vitiis;* 30, 6 la lección del cod. es *infactas*, por *infectas*, pero nunca *infactus*, como leyeron los edd. precedentes). Por no recargar excesivamente el aparato crítico, P. da en el prefacio una amplia lista de las faltas ortográficas del cod., que denuncian no solamente la negligencia, sino también la ignorancia verdaderamente no común del amanuense. Típico el desorden de 19, 9, alrededor del cual se fatigaron los doctos hasta lograr una sistemación aproximada (Médan, Rev. Phil. 29, 331 ss.) que P. acepta. Tal vez el conservadurismo de P. puede parecer incluso excesivo (como, por ejemplo, en 20, 4; 22, 1; 26, 12, donde el ed. prefiere reproducir la lección del códice, evidentemente corrupta, en lugar de decidirse por una de las numerosas e ingeniosas enmiendas propuestas). Pero después de las intemperancias conjeturales de los edd. del siglo pasado, que nos habían aliñado, por decirlo así, *alterum Minucium*, muy lejano del de la tradición manuscrita, quizás la excesiva prudencia de P. parece una «felix culpa».

L. PREVIALE.

Reseñas de artículos.

American Journal of Philology, LXXII, 4, 1951. C. W. Mendell y S. A. Ives: *Ryck's Manuscript of Tacitus.*—En 1686 el filólogo Ryck dió noticia de que poseía un manuscrito de Tácito (XI-XXI) distinto del M. y citó de él más de 1.200 lecturas. Del manuscrito había hablado, por vez primera, en 1584 el bibliotecario de Komburg (Alemania) Modius, por quien nos enteramos que había pertenecido al humanista flamenco Rodolfo Agrícola, muerto en 1485. En 1772 se publicó un comentario de Heinsius (muerto hacía mucho tiempo) con 500 lecturas del manuscrito Agrícola.

Desde entonces, cada día se ha hecho menos caso de este manuscrito, que ya tuvo la desgracia de que Lipsius casi lo considerase como un mito. Varios filólogos modernos (p. ej., Goelzer) han expresado dudas sobre su existencia. Actualmente sólo unas pocas lecturas del manuscrito aparecen en las ediciones, pero como conjeturas de Agrícola.

Giarratano, en su edición de las *Historias*, 1939, cita un manuscrito de la Universidad de Leiden (B. P. L. 16. B.), pero incluyéndolo en la lista de los manuscritos sin importancia ni interés («alius alio peior») incluídos en la familia *Medicea*, o tradición *única* para Tácito XI-XXI.

Pues bien, los señores Mendell e Ives nos dan en este artículo la importantísima información de que han identificado plenamente dicho manuscrito de Leiden como el mismísimo de Rodolfo Agrícola, relatándonos sus vicisitudes desde el siglo XV.

Se trata de un manuscrito en papel del siglo XV. Su característica más importante es el hecho de ser el único manuscrito conocido en que no ocurre la conocida trasposición de páginas que afecta a *Historias* IV, 46, 52 y 53.

Los señores Mendell e Ives anuncian un segundo artículo en que demo trarán la importancia de este manuscrito, revelador de una tradición diferente de la *Medicea*.

J. Vallejo.

LXXII, 2. J. W. Poultney: *Volscians and Umbrians.*—El autor confirma la idea del parentesco especial entre el volsco y el umbro,

y además salva la dificultad que presentaba el espacio entre ambos dialectos, señalando algunos fenómenos comunes con éstos en los dialectos geográficamente intermedios.

Hay que suponer una emigración de umbros a la región comprendida entre el Lacio y la Campania.

Artículo interesante, escrito con mucha discreción.

J. V.

ERANOS XLIX, 3-4, 1951. A. Nelson: *Chateaux en Espagne dans le latin medieval.*—El autor encuentra el primer testimonio en la *Philosophia pauperum* atribuída a Alberto Grande (muerto en 1280). Desde luego uno de los manuscritos de esta obrita es del siglo XIII. El pasaje que lo contiene dice: *Haec enim virtus facit castra in Hispania, et fingit chimaeras et hircocervos.* Como la expresión se lee ya en textos franceses del siglo XIII es muy probable que la latina sea solamente una traducción. También es bastante probable la existencia en latín medieval de la variante *in sphaera aeris,* aunque su aparición en texto latino es más tardía.

J. V.

R. H. Martin: *Caecina's meeting with Bassus.*—Preciosa nota que en dos páginas propone de la manera más rotundamente convincente una corrección a Tácito, *Hist.* II, 100: *mox Pataui secretum... quaesitum,* donde hay una corrupción por *mox* PATUIT *secretum... quaesitum.* A mi parecer, no queda la menor duda.

J. V.

LANGUAGE, VOL. 26, 4, 1950. R. Smal-Stocki: *Taboos on animal names in Ukrainian.*—Después de exponer brevemente las distintas teorías explicativas del tabú en cuestión, el autor, que se declara cazador acérrimo en los Cárpatos, expone la suya. Según él, por lo menos en lo que se refiere al oso y al país ucraniano, no hay motivos para fundamentar el tabú ni en motivos religiosos ni en otras supersticiones sobre el fracaso de la caza, como consecuencia de la pronunciación del nombre del animal. Son variadas las denominaciones del oso [algunas usadas en España]: el gruñidor, el tío, el cobrador, «ese», el viejo, el gordo. Para el autor de este artículo, el tabú está determinado por un concepto mágico de la fuerza de la palabra: para mucha gente la palabra pronunciada tiene un mágico poder evocador, que determina la presencia de la cosa que designa; por consecuencia, no se pronuncia el nombre del animal por temor a verlo aparecer.

Otra explicación que el autor ha oído en los Cárpatos es que la pronunciación del verdadero nombre de un animal es como insultarlo, y puede provocar su venganza. Y de ahí que se empleen palabras cariñosas para referirse a las alimañas, como llamar «el perrito» al lobo, etc.

J. V.

TRANSACTIONS AND PROCEEDINGS OF THE AMERICAN PHILOLOGICAL ASSOCIATION, LXXXI, 1950.

E. Adelaide Hahn, *Genesis of the Infinitive With Subject-Accusative*. El título del artículo podría hacer pensar en una explicación nueva sobre el origen de la construcción. Pero lo que en él encontramos sustancialmente es una ilustración abundante de las construcciones ya anteriormente alegadas como causantes del Acus.-Infin. Es una bonita selección de ejemplos la reunida por el autor, y entre ellos es interesante también la presentación de algunas construcciones hititas relacionadas con la cuestión.

J. V.

INDICES DE REVISTAS

AEGYPTUS

ANNO XXXI. FASC. 1
Gennaio-Giugno 1951

R. Calderini: Βουλευτικά.—J. Tondriau: *Fouilles d'Egypte 1950-1951.*—A. Calderini: *Proposta di un catalogo sistematico di Papiri documentari.*

AMERICAN JOURNAL OF PHILOLOGY

VOL. LXXII, 1
January 1951

F. Solmsen: *Epicurus and Cosmological Heresies.*—M. Ostwald: *The Prytaneion Decree Re-examined.*—S. G. P. Small: *The Composition of Anth. Pal., VII, 476 (Meleager).*—H. M. Howe: *Amafinius, Lucretius, and Cicero.*—W. Winter: *Two Greek Names for the Truffle.*

VOL. LXXII, 2
April 1951

J. W. Poultney: *Volscians and Umbrians.*—L. Wallach: *Alcuin's Epitaph of Hadrian I. A Study in Carolingian Epigraphy.*—M. Wheeler: *Aristotle's Analysis of the Nature of Political Struggle.*—J. A. Crook: *Titus and Berenice.*—G. A. Papantoniou: *Once or Twice?*—L. Bieler: *A Political Slogan in Ancient Athens.*

VOL. LXXII, 3
July 1951

G. S. Kirk: *The Problem of Cratylus.*—L. Ross Taylor: *On the Chronology of Caesar's First Consulship.*—P. A. Brunt: *The Megarian De-*

cree.—Arthur E. y Joyce S. Gordon: *Roman Names and the Consuls of A. D. 13.*—W. C. Helmbold: *The Paradox of the Oedipus.*—L. B. Lawler: Περιεκόκκασα.—*Aristophanes, Knights, 697.*

VOL. LXXII, 4
October 1951

C. W. Mendell y S. A. Ives: *Ryck's Manuscript of Tacitus.*—O. Szemerenyi: *Greek μέλλω. A Historical and Comparative Study.*—G. Highet: *Juvenal's Bookcase.*—C. W. R. Larson: *The Platonic Synonyms, δικαιοσύνη and σωφροσύνη.*

AMPURIAS
XIII
1951

O. Gil Farrés: *La ceca de la Colonia Caesarea Augusta.*—C. Torres: *La fundación de Valencia.*—W. Borgeaud: *El nombre Amphiarãos en relación con otros topónimos ilirios.*—A. Ferrer Soler: *Hallazgo de una necrópolis romana en el santuario del Vinyet (Sitges).*—F. Soler Quintana: *Hallazgo de un ara romana en San Juan de Vilatorrada.*

ATHENAEUM
VOL. XXIX
1951

A. Barigazzi: *Un'orazione pronunciata a Napoli ai tempi di Adriano.*—E. Gabba: *Ricerche su alcuni punti di storia Mariana.*—P. Meriggi: *La bilingue di Karatepe in cananeo e geroglifici etei.*—E. Malcovati: *Sul prologo della Farsaglia.*—R. Nascimbene: *Ancora dei Chabiru.*

THE CLASSICAL REVIEW
NEW SERIES. VOL. I. N.° 1
March 1951

A. C. Moorhouse: *Latin amata, amita.*—J. O. Thomson: *Juvenal 10. 173-8.*—C. E. Stevens: *The Will of Q. Veranius.*—C. E. Stevens: *Claudius and the Orcades.*—R. M. Cook: *The Homeric Epigramm to the Potters.*—W. L. Grant: *Cicero, Pro Milone 98.*—T. L. Zinn, *A Pun in Suetonius.*—D. B. Gregor: *In Summa.*—F. H. Sandbach: *Some Manuscripts of Juvenal.*

DIONISO
Vol. XIV. Fasc. 1-2.
Gennaio-Aprile 1951

G. B. Pighi: *La monodia di Palaestra. Parte prima: critica del testo e metrica; parte seconda: ritmica.*—M. Untersteiner: *La tetralogia eschilea degli «Eolidi». Parte seconda: I* Θεωροὶ ἢ Ἰσθμιασταί. *Parte terza: Il «Sisifo fuggitivo».*—M. Gigante: *Ad Eurip. Alc. 205-208.*—P. Venini: *Tragedia e storia in Polibio.*—G. Belloni: *Interpretazioni sofoclee. I. L'«Edipo Re».*—G. L. Luzzatto: *Traduzioni di Euripide.*

ERANOS
Vol. XLIX. Fasc. 1-2
1951

J. Ernst: *Book-Reviews: The Bibliographer's Point of View.*—E. Roos: *De exodi Ecclesiazusarum fabulae ratione et consilio.*—R. Höistad: *Was Antisthenes an Allegorist?*—G. Rudberg: *Stratonica.*—E. Laughton: *The Prose of Ennius.*—E. Fraenkel: *Additional Note on the Prose of Ennius.*—J. A. Thomopoulos: *Remarques sur quelques manuscrits grecs d'Upsal.*—E. Fraenkel: *A Marathon Epigramm.*

Vol. XLIX. Fasc. 3-4

H. H. von der Osten: *Anatolische Wege.*—H. Bengston: *Themistokles und die delphische Amphiktyonie.*—D. Tabachovitz: *Furcht und Hoffnung. Zum Gebrauch von* μή *und* μὴ οὐ *in Befürchtungssätzen und beim Infinitiv.*—P. M. Fraser: -κύρω *and* -κυρέω. *A Lexicographical Note.*—P. Åström: *A Greek «Mummy-Label».*—F. Klingner: *Tibulls Geburtstagsgedicht an Messalla (I 7).*—S. Cavallin: *Bemerkungen zu Querolus.*—A. Nelson: *«Châteaux en Espagne» dans le latin médiéval.*—E. Fraenkel: *The Pedigree of the Saturnian Metre.*—A. Fuks: Κολωνὸς μίσθιος: *Labour Exchange in Classical Athens.*—R. H. Martin: *Caecina's Meeting with Bassus.*

LES ETUDES CLASSIQUES
Tome XIX. N. 1
Janvier 1951

W. Peremans: *La critique historique appliquée aux sources de l'antiquité gréco-romaine.*—P. Cloché: *Philippe II, roi de Macédoine, de 359*

a 351 avant J.-C. (Suite).—A. Zwaenepoel: *La défense de Rome et de l'Empire par Octavien.*—J. Fonsny: *Corneille, ce méconnu...*—P. Colmant, S. J.: *L'épisode de Nisus et Euryale ou le poème de l'amitié (Enéide, IX, 176-502).*

HUMANIDADES
Vol. III. N.° 1
1951

J. Pedraz, S. I.: *Filosofía de la historia del Imperio Romano en los poemas de Prudencio.*—J. M.ª de Oleza, S. I.: *Consultas de lenguas clásicas: «tertio quoque anno» = cada dos años.*—J. Fantini: *Adverbios en -ως formados directamente de un participio que se leen en el tratado «Quis diues saluetur» de Clemente de Alejandría.*

LANGUAGE
Vol. 27. N.° 1
January-March 1951

G. M. Messing: *Structuralism and Literary Tradition.*—W. P. Lehmann: *The Distribution of Proto-Indo-European /r/.*—I. Silva-Fuenzalida: *Syntactical Juncture in Colloquial Chilean Spanish: The Actor-Action Phrase.*

Vol. 27. N.° 2
April-June 1951

G. Must: *The Origin of the Germanic Dental Preterit.*—Th. Henrique Maurer Jr.: *The Romance Conjugation in -ēsco (-īsco) -īre.*—R. A. Fowkes: *Some Problems of Celtic Vocabulary.*—R. L. Politzer: *On the Phonemic Interpretation of Late Latin Orthography.*

ANNALI DELLA SCUOLA NORMALE SUPERIORE DI PISA
Vol. XX. Fasc. I-II
1951

S. Timpanaro Jr.: *Questioni di metrica greca.*—E. Benveniste: *Sur l'histoire du mot latin negotium.*—O. Bertolini: *Appunti per la storia del Senato di Roma durante il dominio bizantino.*—E. Garin: *Contributi alla storia del platonismo medievale.*—S. T. Collins: *De gestorum Frederici I Codice Vaticano.*

LATOMUS

TOME X. FASC. 1
Janvier=Mars 1951

A. Ernout: *Les noms des parties du corps en latin.*—A. K. Michels: *The Drama of the Tarquins.*—L. Herrmann: *Le dieu inconnu du ch. VIII de la Satire sur l'Apothéose de Claude.*—L. Alfonsi: *Nota Prudenziana.* G. Faider=Feytmans: *Sépultures du IVe siècle à Tournai.*

TOME X. FASC. 2
Avril=Juin 1951

M. Gigante: *A Catullo, c. 76, vv. 5=6.*—L. Herrmann: *La Révolution des idiots.*—I. Lévy: *La légende d'Osiris et Isis chez Sénèque.*—G. Quispel: *Anima naturaliter christiana.*—J. Mertens: *Terres cuites de l'époque romaine trouvées à Elewijt (Brabant).*—S. J. de Laet: *Survivances du culte d'Epona dans le folklore brabançon.*—M. Renard: *Les figurines d'Asse=Elewijt et le culte d'Epona.*

TOME X. FASC. 3
Juillet=Septembre 1951

J. Heurgon: *Au dossier des deux Palés.*—R. Verdière: *Vergilianum.* † V. Basanoff: *M. Calpurnius Flamma.*—Id. *Caedius primipilaris.*—G. Dumézil: *Propertiana.*—M. Borda: *L'Egistofonia di Ariccia ed il suo significato stilistico.*—L. Deroy: *Qui signifie le titre de l'«Apocoloquintose».*—W. Deonna: *L'alouette guerrière.*—L. Herrmann: *Le fragment obscène de l'«Ane d'or» (X, 21).*—A. Berger: *A propos d'une édition de Gaius.*

MNEMOSYNE

VOL. IV. FASC. I
1951

R. Pettazzoni: *Les deux sources de la religion grecque.*—W. J. W. Koster: *Ad Alcaeci carmen recens inventum.*—W. J. W. Koster: *De lectione ἰδέ ad o 334 ficta.*—C. J. de Vogel: *Une nouvelle interprétation du problème socratique.*—J. D. Meerwaldt: *Cleanthea I.*—A. J. Roos: *Remarques sur un édit d'Antiochos III roi de Syrie.*—W. Lameere: *Sur un personage de Philon d'Alexandrie.*—J. C. K.: *Prop. I 9 23 confertur cum fragmento Bucolico Graeco Vindobonensi.*—A. N. Zadoks=Josephus Jitta: *The Contorniates in the Royal Coin Cabinet at The Hague.*

MUSEUM HELVETICUM

Vol. 8. Fasc. 1
März 1951

R. Merkelbach: *Eine orphische Unterweltsbeschreibung auf Papyrus.* G. Zuntz: *On the Etymology of the Name Sappho.*—F. Wehrli: *Ethic und Medizin.*—H. Koller: *Praesens historicum und erzählendes Imperfekt.*—Ph. Merlan: *Die Hermetische Pyramide und Sextus.*

Vol. 8. Fasc. 2/3
Juli 1951

E. Howald: *Sarpedon.*—E. Meyer: *Pylos und Navarino.*—G. Haffner: *Margos Eros.*—R. Hampe: *Paris oder Helena?*—C. Weickert: *Zur griechischen Grabstele.*—W.=Herwig Schuchardt: *Jünglingskopf in Nyon.* E. Langlotz: *Die Larisa des Telephanes.*—K. Schefold: *Zwei tarentinische Meisterwerke.*—F. Wehrli: *Der Arztvergleich bei Platon.*—R. Exuer: *Herakles und Hyda.*—A. Alföldi: *Die Geburt des kaiserlichen Bildsymbolik.*—L. Curtius: *Amethyst in Paris.*—R. Herbig: *Mancipatio.*—W. Deonna: *L'Apollon citharède d'Uriage.*—H. Schoppa: *Zwei Togastatuen in Bordeaux und ihre Beziehungen zur rheinischen Grabmalplastik.*—P. Collart: *Baalbek et Rome.*—M. Stettler: *Vom römischen zum christlichen Rundbau.*—S. Guyer: «*Untergang der Antike*»?—W. Andreas: *Goethes römische Briefe an Herzog Carl August.*—H. Möbius: *Hyakinthos und Polyboia.*—F. Staehelin: *Burckhardt und Dilthey.*

LA PAROLA DEL PASSATO

Fasc. XVI
Gennaio=Febbraio 1951

A. Maiuri: *La ricerca archeologica in Magna Grecia.*—A. Pagliaro: *Tacitae per amica silentia lunae.*—M. Gigante: *La crisi di Polibio.*—L. Broccia: Θαλλός *in Asclepiade.*—S. Ferri: *Osservazioni sulle Tavole Iguvine.*—G. Pugliese Carratelli: *Sul culto delle Paides e di Anna in Acre.*

Fasc. XVII
Marzo=Aprile 1951

G. B. Pellegrini: *Divinità paleovenete.*—G. Broccia: *Giustizia e vita nel mito esiodeo delle cinque razze.*—A. Barigazzi: *Contributo al vero*

Tirteo.—V. Arangio Ruiz: *Nuove osservazioni sul proceso di Giusta.*—G. Nenci: *Il rapporto* μάθησις-γνῶσις *in Eraclito.*—S. Ferri: *L'Anabeblemene di Kalamis.*—S. Timpanaro jr.: *Note a testi latini.*—S. Borsari: *Le migrazioni dall'Oriente in Italia nel VII secolo.*—M. Segre: *Rituali rodii di sacrifici.*

FASC. XIX
Luglio-Agosto 1951

A. Biscardi: *La questione italica e le tribù soprannumerarie.*—G. Biraghi: *Il problema economico del regno di Nerva.*—A. Maiuri: *Origine e decadenza di Paestum.*—S. Borsari, M. Gigante: *Poeti italobizantini di Terra d'Otranto nel secolo XIII.*

REVUE DES ETUDES GRECQUES

TOME LXIV. Ns. 299-301
Janvier-Juin 1951

P. Chantraine et J. Irigoin: *Alcman, fragment 74 B Bergk = 55 Diehl.*—J. Taillardat: *Comica (Aristophane, Nuées 955, Cav. 326, 963, fr. 101, 694 Kock. Cratinus, fr. 170, 214 Kock).*—E. Delebecque: *Sur la date et l'objet de l'Economique.*—Ch. Mugler: *Archimède répliquant à Aristote.*—P. Pedech: *Polybe et l'Eloge de Philopoemen.*—G. Mihailov: *Epigramme funéraire d'un Thrace.*—Ph. E. Legrand: *Prophète et Pythie à Delphes.*—P. Boyancé: *Le dieu cosmique.*—H.-J. Festugière: *La religion grecque à l'âge hellénistique.*—R. Flacelière: *Le poète stoïcien Sarapion d'Athènes, ami de Plutarque.*

REVUE DES ETUDES ANCIENNES

TOME LII. Ns. 1-2
Janvier-Juin 1950

A. Roes: *Un ancien symbole persique.*—J. Carrière: *Controverse sur Théognis.*—R. Flacelière: *Deux rites du culte de Mater Matuta (Plut. Camille, 5, 2).*—P. Grenade: *Le mythe de Pompée et les Pompéiens sous les Césars.*—P. Boyancé: *Properce aux fêtes de quartier.*—J. Aymard: *L'Adventus de Marc-Aurèle sur l'Arc de Constantin.*—J. Guey: *Flavien Nicomaque et Leptis Magna.*

TOME LII. Ns. 3-4
Juillet-Décembre 1950

G. Méautis: *Le mythe de Timarque.*—P. Boyancé: *Lucrèce et son disciple.*—R. Lucot: *Note sur Properce IV, 3, 11.*—P. Grimal: *La com-*

position dans les «dialogues» de Sénèque. II: Le De Providentia.—P. Grenade: *Le règlement successoral d'Hadrien.*—R. Thouvenot: *Les «lions» de Caracalla.*—Ed. Galletier: *La mort de Maximien d'après le panégyrique de 310 et la vision de Constantin au temple d'Apollon.*—F. Lot: *L'énigme de «Cieutat».*—R. Flacelière: *Le délire de la Pythie est-il une légende?*

TOME LIII. NS. 1-2
Janvier-Juin 1951

Ch. Picard: *Le culte et la légende du Centaure Chiron dans l'Occident méditerranéen.*—H. Daudin: *Les rapports de l'être et de la connaissance chez Platon et chez Aristote.*—J. Delorme: *Héraklès et les* Ἐλαιοπῶλαι *de Délos.*—P. Grimal: *Enée à Rome et le triomphe d'Octave.*—R. Etienne: *«Quadragesima» ou «Quinquagesima Hispaniarum»?*—A. Albenque: *Nouveaux graffites de Le Graufesenque.*—P. Grimal: *La date du Satiricon. A propos d'une palinodie.*—A. Pépin: *A propos d'une controverse sur Théognis (237-254).*

REVUE DE PHILOLOGIE, DE LITTERATURE ET D'HISTOIRE ANCIENNES
ANNEE ET TOME XXV. FASC. I
1951

P. Mazon: *Notes sur Sophocle.*—E. de Saint-Denis: *Alaise (Doubs) ne peut pas être Alésia.*—Ch. Mugler: *Sur quelques fragments d'Empédocle.*—R. Waltz: *Deux retouches au texte de Lucrèce.*—A. Ernout: *Notes et discussions: Eloge funèbre d'une matrone romaine.*

RIVISTA DI FILOLOGIA E DI ISTRUZIONE CLASSICA
VOL. XXIX. FASC. 1
1.er trimestre 1951

M. Ghio: *Ennio e le fonti del primo libro di Livio.*—P. Meloni: *La tirannide di Eufrone I in Sicione.*—M. Sardi: *La pace di Atene del 371/0.*

VOL. XXIX. FASC. 2
2.° trimestre 1951

J. Colin: *Encolpio e il piatto d'argento con lo Zodiaco (Petronio 35).* I. Lana: *I ludi Capitolini di Domiziano.*

VOL. XXIX. FASC. 3
3.er trimestre 1951

I. Lana: *Tracce di dottrine cosmopolitiche in Grecia prima del Cinismo (Continua).*—G. Schiassi: *De temporum quaestionibus ad Atticas IV saeculi meretrices et eiusdem comicas fabulas pertinentibus.*—G. Restelli: *La forma* Διόσκουροι *nelle più importanti epigrafi greche.*—M. Guarducci: *L'iscrizione arcaica della fratria delfica dei Labiadi.*

RIVISTA DI STUDI LIGURI
ANNO XVII. N.° 1
Gennaio-Marzo 1951

M. Escalon de Fonton et G. Daumas: *La grotte de la Montade N. 3 (Marseille), Epipaléolithique Méditerranéen.*—L. Bernabó Brea: *Il Teatro antico di Pollentia nell'isola di Maiorca.*—G. D. Serra: *Il toponimo Dego e la continuità nell'Italia Superiore della voce latina decus (= decussis).*

DIE SPRACHE
II. BAND, 3. HEFT
1951

J. Knobloch: *Zur Vorgeschichte des indogermanischen Genitivs der o-Stämme auf -sjo.*—P. Kretschmer: *Kontamination lautähnlicher Wörter.*—L. Mittner: *Die Kenning als tragisch-ironisches Sinnbild in der Edda.*—D. J. Wölfel: *Die Gottesnamen der Libyer und der Berber.*

AEVUM
ANNO XXIV. FASC. 5
Settembre-Ottobre 1950

G. Aliprandi: *Il Vico e l'etimologia.*—G. Fantelli: *False attribuzione medievale di opere grammaticale a Quinto Remmio Palemone.*—A. R. Natale: *Un nuovo codice umanistico di Tibullo (Nota paleogràfica).*

ANNO XXIV. FASC. 6
Novembre-Dicembre 1950

A. Pertusi: *Intorno alla tradizione manoscritte degli scolii di Proclo ad Esiodo. II. Il Cod. Paris. Gr. 2771 (A).*

ANNO XXV. FASC. 1
Gennaio=Febbraio 1951

A. Pertusi: *In torno alla tradizione manoscritta degli scolii di Proclo ad Esiodo. III. Il Cod. Vatic. Gr. 904 (Q).*

ANNO XXV. FASC. 2
Marzo=Aprile 1951

Stam. C. Caratzas: *Sull'etimologia di* ΑΤΣΑΛΛΟΣ.—A. Neppi Modonna: *Nel campo delle Etruscologia.*—L. Alfonsi: *Studi Boeziani.*—A. Pertusi: *Intorno alla tradizione manoscritta degli scolii di Proclo ad Esiodo. IV. Proclo e non Proclo.*

ANNO XXV. FASC. 3
Maggio=Giugno 1951

L. Alfonsi: *Studi Boeziani.*—A. Neppi Modonna: *Nel campo della Etruscologia.*—A. Pertusi: *Intorno alla tradizione manoscritta degli scolii di Proclo ad Esiodo. IV. Proclo e non Proclo.*

ANNO XXV. FASC. 4
Luglio=Agosto 1951

E. Franceschini: *Il testo della «Regula Magistri» secondo i Codici di Parigi.*—R. Giomini: *Ciris 292; 293=4.*—A. Pertusi: *Intorno alla tradizione manoscritta degli scolii di Proclo ad Esiodo V. Scolii planudei e bizantini inediti alle «Opere».*

ANNO XXV. FASC. 5
Settembre=Ottobre 1951

B. Riposati: *Giuseppe Toraldo nella tradizione umanistica dei traduttori latini.*—H. Drexler: *Hexameterstudien.*

ACME
VOL. III. FASC. 3
Settembre=Dicembre 1950

E. Norden: *Logos e Ritmo* (a cura di G. W. Aranzini).—C. Manaresi: *Nuovi orizzonti sugli sviluppi della scrittura latina nei primi secoli della*

nostra era.—U. Pestalozza: *Generazioni divine e rinascite umane nell' Egitto e nell'Ellade.*—A. Barigazzi: *Note a Livio Andronico, Lucrezio, Cicerone.*—A. Barigazzi: *Lettere del ciclo di Alessandro in un papiro fiorentino (PSI 1285).*

ANALECTA SACRA TARRACONENSIA
Vol. XXIII. Fasc. 1.°
1950

A. Cordoliani: *Los manuscritos de cómputo eclesiástico en las Bibliotecas de Barcelona.*

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS
Año VII. Cuaderno 3.°
1951

A. Tovar: *Ezker, esku. Notas de etimología vasca.*

BYZANTINISCHE ZEITSCHRIFT
43. Band. Heft 1
1950

A. Mentz: *Zwei tachygraphische Papyri der Sammlung Ibscher.*—F. Scheidweiler: *Paulikianerprobleme I.*

43. Band. Heft 2
1950

V. Beševliev: *Zwei Randnotizien zu Theophylaktos Simokattes.*—C. Wendel: *Die ταπεινότης des griechischen Schreibermönches.*—A. Bombaci: *Due clausole del trattato in greco tra Mahometo II e Venezia, del 1446.*—Th. Elwert: *Uber das «Nachleben» phanariotischer Gräzismen im Rumänischen.*—D. J. Georgacas: *The medieval Names Melingi and Ezeritae of Slavic Groups in the Peloponnesus.*—R. Keydell: *Die Unechtheit der Gregor von Nazianz zugeschriebenen Exhortatio ad Virgines.*—F. Dolger: *Nochmals: Wer war Theophano?*—R. Guilland: *Contribution a l'histoire de l'Empire Byzantin. Le Drongaire et le Grand Drongaire de la Veille.*—F. Scheidweiler: *Paulikianerprobleme II.*

ANALECTA BOLLANDIANA
Tomus LXIX. Fasc. I et II
1951

H. Grégoire avec la collaboration de P. Orgels: *La véritable date du martyre de S. Polycarpe (23 février 177) et le «Corpus polycarpianum».*—F. de Visscher: *Le régime juridique des plus anciens cimetières chrétiens à Rome.*—B. de Gaiffier: *Les sources de la Passion de saint Eutrope de Saintes dans le «Liber Sancti Iacobi».*—F. Halkin: *Inscriptions grecques relatives à l'hagiographie (suite). IV. La Palestine.*—M. Coens: *L'origine corbéienne du psautier de Zurich Car. C 161 d'après ses litanies.*—P. Devos: *Actes de Thomas et Actes de Paul.*

BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Tomo XXXI. Cuaderno CXXXIII
Mayo-Agosto de 1951

R. Menéndez Pidal: *Cantos románicos andalusíes (Continuadores de una lírica latina vulgar).*

BOLETIN DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
Año VI. N.° 2
Mayo-Agosto 1950

P. U. González de la Calle: *«Lo compramos con él» (Glosas a una construcción consultada).*

Año VI. N.° 3
Septiembre-Diciembre 1950

Miguel Antonio Caro: *Del ritmo acentual en la versificación latina.*

BOLETIM DE FILOLOGIA
Tomo XI, II
1950

J. G. Chorão de Carvalho: *Derivados do Latim galla.*—V. Väänänen: *A propos de l's final dans les langues romanes.*—P. U. González de la Calle: *Anotaciones a un texto magistral.*—S. Lambrino: *Le décret en l'honneur de l'architecte Epicratès.*—A. Tovar y J. M. de Navascués:

Algunas consideraciones sobre los nombres de divinidades del oeste peninsular.—A. Grénier: *Indigetes et Novensiles: Divinités collectives de l'ancienne religion romaine.*—N. I. Herescu: *Fastidium similitudinis. La techniques de la répétition chez les poètes latins.*—A. Pinto de Carvalho: *Os Prologos Salustianos.*—L. F. Lindley Cintra: *O Liber Regum e Outras Fontes do Livro das Linhagens do Conde D. Pedro.*

Tomo XII. Fasc. 1
1951

H. Sten: *Accusatif + infinitif et nominatif + infinitif.*

Tomo XII. Fasc. 2
1951

J. Hubschmid: *Studien zur iberoromanischen Wortgeschichte und Ortsnamenkunde.*—H. Lüdtke: *Sobre a função do verbo em românico, germânico e eslavo.*

ESTUDIOS CLASICOS
Año I. N.º 1
Diciembre de 1950

M. Fernández-Galiano: *Veinte años de crítica textual de la Biblia griega (continuará).*—F. Rodríguez Adrados: *Observaciones sobre el aspecto verbal.*—E. Valentí Fiol: *La traducción en la metodología del latín.*

Año I. N.º 2
Marzo de 1951

M. Fernández-Galiano: *Veinte años de crítica textual de la Biblia griega (conclusión).*—A. Tovar: *El verdadero fin de la utopía platónica.*

Tomo I. N.º 3
Junio de 1951

V. García de Diego: *Observaciones sobre la metodología del latín en el Bachillerato.*—J. Santa Cruz Teijeiro: *Las fundaciones alimentarias y una carta de Plinio el Joven.*—J. Muñoz Sendino: *Páez de Castro, traductor de Plutarco (versión inédita del tratado que no se debe tomar a logro).*

Tomo I. N.° 4
Noviembre de 1951

M. Bassols de Climent: *Los grados comparativos.*—F. Rodríguez Adrados: *La selección de textos en la clase de griego.*

THE CLASSICAL JOURNAL
Vol. 46. N.° 4
January 1951

O. L. Wilner: *Some Comical Scenes from Plautus and Terence.*—F. C. Bourne: *Poetic Economy in the Annals of Tacitus.*—W. C. Korfmacher: *Nightfall in the Greek Lyric Poets.*—A. C. Keller: *Lucretius and the Idea of Progress.*—W. H. Fitz-Gerald, S. J.: *Pietas Epicurea.*

Vol. 46. N.° 5
February 1951

C. Murley: *The Gates ef Janus.*

Vol. 46. N.° 6
March 1951

J. W. Spaeth Jr.: *Hector's Successor in the Aeneid.*

Vol. 46. N.° 7
April 1951

Sir A. Zimmern: *Our Greek Augustan Age.*—Th. Means: *Argonautica and Post Homerica.*

Vol. 46. N.° 8
May 1951

P. Sibley Wild: *Ausonius (with vita of author).*

Vol. 47. N.° 1
October 1951

W. H. Stahl: *The Ancient Greek Astronomers.*—C. A. Forbes: *Quantum Mutata.*

Vol. 47. N.° 2
November 1951

J. H. Turner: *Roman Elementary Mathematics.*—Ch. J. Robbins: *Rhetoric and Latin Word Order.*—K. Gries: *Latin Word Order.*—E. W. Bowen: *Roman Currency under the Republic.*

THE CLASSICAL QUARTERLY
Vol. XLIV. Ns. 1, 2
January-April 1950

F. Jacoby: *The authorship of the Hellenica of Oxyrhyncus.*—A. Ker: *Some Explanations and Emendations of Martial.*—A. Hudson-Williams: *Notes on Orientius' Commonitorium II.*—E. L. B. Meurig Davies: *Catullus and Statius: Four Notes.*—A. W. Stubbs: *Spartan Austerity: A Possible Explanation.*—J. A. Faris: *Is Plato's A Caste State, Based on Racial Differences?*—K. J. Dover: *The Chronology of Antiphon's Speeches.*—P. G. Mason: *The Manuscript Tradition of Euripide's Troades.*—G. Zuntz: *Notes on Epictetus, Lucian, and the 'Edict of Ptolemy IV' (B. G. U. 1211).*—A. C. Moorhouse: *The Etymology of* ΠΕΡΙΣΤΕΡΑ *and Some Allied Words.*—H. R. King: *Aristotle's Theory of* ΤΟΠΟΣ.—E. T. Boyber and P. Maas: *Callimachea.*

Vol. XLIV. Ns. 3, 4
July-October 1950

T. B. Mitford: *Kafizin and the Cypriot Syllabary.*—W. L. Lorimer: *Collations of Platonis W.*—A. Momigliano and Peter Fraser: *A New Date for the Battle of Andros? A Discussion.*—D. Daube: *Demolior as a Passive.*—H. D. Broadhead: *Notes on the Tragic Poets.*—B. M. Tidman: *On the Foundation of the Actian Games.*—D. L. Page: *On the New Greek Historical Drama.*—J. Barns: *A New Gnomologium: With Some Remarks on Gnomic Anthologies (I).*—A. M. Dale: *The Metrical Units of Greek Lyric Verse. I.*—G. S. Kirk: *The Michigan Alcidamas-Papyrus; Heraclitus Fr. 56 D; the Riddle of the Lice.*—E. A. Barber and P. Maas: *Callimachea.*

New Series. Vol. I. Ns. 1, 2
January-April 1951

J. Barns: *A New Gnomologium: With Some Remarks on Gnomic Anthologies II.*—A. M. Dale: *The Metrical Units of Greek Lyric Verse II.*

C. A. Trypanis: *The Epigrams of Anacreon on Hermae.*—R. H. Martin: *A Twelfth-century Manuscript of Cicero De Officiis.*—A. Andrewes: *Ephoros Book I and the Kings of Argos.*—A. J. Beattie: *An Early Laconian Lex Sacra.*—D. Tarrant: *Plato's Use of Quotations and other Illustrative Material.*—H. Ll. Hudson-Williams: *Political Speeches in Athens.*—W. R. Smyth: *Interpretationes Propertianae II.*—L. Pearson: *Notes on Two Passages of Strabo.*—R. G. Bury: *Plato and History.* P. Maas: *Aeschylus, Agam. 230 ff., Illustrated.*

NEW SERIES. VOL. I. NS. 3, 4
July-October 1951

A. S. F. Gow: *Nicandrea: With Reference to Liddell and Scott.*—A. M. Dale: *The Metrical Units of Greek Lyric Verse. III.*—F. E. Adcock: *The Interpretation of the Res Gestae Divi Augusti, 34. 1.*—A. Y. Campbell: *On the Cruces of Horace, Satires 2, 2.*—R. D. Williams: *The local Ablativ in Statius.*—J. E. Raven: *Polyclitus and Pythagoreanism.*—E. L. B. Meurig Davies: *Elephant Tactics: Amm. Marc. 25. 1. 14; Sil. 9. 581-3; Lucr. 2. 537-9.*—A. Fuks: *Note on the Nova Hellenicorum Oxyrhynchiorum Fragmenta.*—J. A. B. Palmer: *Periplus Maris Erythraei.*—M. L. Clarke: *The Thesis in the Roman Rhetorical Schools of the Republic.*—M. Platnauer: *Two Notes on the Text of Aristophanes.*—R. E. Smith: *The Law of Libel at Rome.*

THE CLASSICAL WEEKLY
VOL. 45. N.° 2
November 26, 1951

E. M. Sanford: *Bread and Circuses.*

VOL. 45. N.° 4
December 10, 1951

R. J. Smuty: *The Sources of Cicero's Income.*

VOL. 45. N.° 5
December 17, 1951

E. Swallow: «*Dido's Pyre*».

HERMATHENA
No. LXXVII
May 1951

F. La Touche Godfrey, M. A.: *The Idea of Independence.*—Marcus N. Tod, Litt. D.: *A Teetotaller's Epitaph.*—F. R. Montgomery Hitchcock, D. D., Litt. D.: *On waht charge was St. Paul beheaded?*—W. H. Porter, M. A.: *Note on Tacitus, Agricola 28, 2.*—Sir J. Miles, Litt. D.: *The Marriage of Plangon (Dolly).*—W. B. Stanford, Litt. D.: *Studies in the Characterization of Ulysses. IV.*—L. J. D. Richardson, M. A.: *A Law of Apocope in Homer.*

No. LXXVIII
November 1951

G. W. Williams, B. A.: *The Curse of Alkmaionidae.*—Sir J. Miles, Litt. D.: *Some Observations on Demosthenes' Speech Against Pantaenetus.*—W. B. Stanford, Litt. D.: *Studies in the Characterization of Ulysses. V.*

TRANSACTIONS AND PROCEEDINGS OF THE AMERICAN PHILOLOGICAL ASSOCIATION
Vol. LXXXI
1950

E. G. Berry: *The Oxyrhynchus Fragments of Aeschines of Sphettus.*—A. P. Dorjahn: *A Further Study on Demosthene's Ability to Speak Extemporaneously.*—G. M. A. Grube: *Antisthenes was no Logician.*—J. A. Notopoulos: *The Generic and Oral Composition in Homer.*—L. A. Post: *A Fragment of Menander Augmented and Located.*—L. Casson: *The Isis and Her Voyage.*—G. Downey: *Aurelian's Victory over Zenobia at Immae, A. D. 272.*—E. M. Husselman: *Two New Documents from the Tebtunis Archive.*—L. B. Lawler: «*Limewood*» *Cinesias and the Dithyrambic Dance.*—L. H. Neatby: *Romano-Egyptian Relations During the Third Century B. C.*—H. C. Youtie: *Greek Ostraca from Egypt.*—E. A. Hahn: *Genesis of the Infinitive with Subject-Accusative.*—S. Levin: *The Significance of Ethnic Classes in Greek and English.*—W. Allen, Jr.: *The «Vettius Affair» Once More.*—L. W. Daly: *Vota publica pro salute alicuius.*—E. C. Evans: *A Stoic Aspect of Senecan Drama: Portraiture.*—R. E. Messenger: *Processional Hymnody in the Later Middle Ages.*—L. H. Feldman: *Jewish «Sympathizers» in Classical Literature and Ins-*

criptions.—A. Sperduti: *The Divine Nature of Poetry in Antiquity.*—A. Diller: *Excerpts from Strabo and Stephanus in Byzantine Chronicles.*

INTERNATIONAL JOURNAL OF AMERICAN LINGUISTICS
Vol. 17. N.° 4
October 1951

L. L. Hammerich: *Kleinschmidt Centennial VI: Can Eskimo Be Related to Indo-European?*

THE JOURNAL OF HELLENIC STUDIES
Vol. LXXI
1951

F. E. Adcock: *Thucydides in Book I.*—A. W. Gomme: *Four Passages in Thucydides.*—A. S. F. Gow: *Notes on Noses.*—P. Jacobsthal: *The Date of the Ephesian Foundation-Deposit.*—G. Murray: *Dis Geniti.*—D. L. Page: *Simonidea.*—D. S. Robertson: *Prometheus and Chiron.*—M. N. Tod: *Epigraphical Notes from the Ashmolean Museum.*—A. Rumpf: *Armillae.*—A. J. B. Wace: *Notes on the Homeric House.*—H. T. Wade-Gery: *Miltiades.*

LINGUA NOSTRA
Vol. XII
1951

G. Devoto: *Linguistica «europea» e linguistica «americana» o respublica philologica?*

PHILOLOGICAL QUARTERLY
Vol. XXX. N.° 3
July 1951

A. M. Sturtevant: *Certain Semantic Changes in Old Norse.*

LA PAROLA DEL PASSATO
Fasc. XIV
1950

F. de Visscher, F. della Corte, C. Gatti, M. A. Levi: *Tabula Hebana (testo).*—F. della Corte, M. A. Levi: *Tavola di Heba (versione).*—F. della Corte: *Lingua e cultura nella Tabula Hebana.*—F. de Visscher:

La destinatio.—A. dell'Oro: *Rogatio e riforma dei comizi centuriati.*—C. Gatti: *Gli honores postumi a Germanico.*—M. A. Levi: *La Tabula Hebana e il suo valore storico.*—W. Seston: *Germanicus héros fondateur.*

FASC. XV
1950

S. Eitrem: *Ambivalenza.*—U. Pestalozza: *La base bat(t)a nell'area mediterranea.*—G. Giarrizzo: *La diarchia di Sparta.*—A. Luppino: *Per l'interpretazione del nuovo Alceo.*—G. Nenci: *Per una interpretazione storiografica del proemio dei 'Persiani'.*—A. Maiuri: *Significato e natura del solium nelle terme romane.*—W. Aly e F. Sbordone: *Zum neuen Strabon-Text.*

SICULORUM GYMNASIUM
N. S. a. IV.° N.° 1
Gennaio-Giugno 1951

F. Capodamo: *Realtà e fantasia nelle elegie di Ligdamo.*—S. Gennaro: *Il Croiset e il frammento di Pindaro nel «Gorgia».*—A. Ardizzoni: *Lo stile di Eschilo.*—E. Rapisarda: *Ratio e fides nell'opere di Ilario di Poitiers.*

PAIDEIA
ANNO V. N.° 5
Settembre-Ottobre 1950

Fr. Altheim: *Proskynesis.*—M. Timpanaro Cardini: *Di alcune dimostrazioni geometriche in Aristotele.*

ANNO V. N.° 6
Novembre-Dicembre 1950

C. Schick: *Polibio da Megalopoli.*—M. Marconi: *Ancora il problema del Minotauro.*

ANNO VI. N.° 1
Gennaio-Febbraio 1951

I. Lana: *L'utopia di Teopompo.*

ANNO VI. NS. 2-3
Marzo-Giugno 1951

V. Pisani: *Latino rapsare.*

ANNO VI. N.° 4
Luglio=Agosto 1951

E. V. D'Arbela: *Scriver latino.*—G. Alessio: *Lat. volg. *collare e *tirare.*

ANNO VI. N.° 5
Settembre=Ottobre 1951

A. di Prima: *Tacitae per amica silentia lunae.*—V. Pisani: *Miti glot=tologici: I. Gr. κίκκος. II. Lat. Macellum.*—V. Pisani: *Su un epigram=ma attribuito a Platone.*—A. Leone: *Eroda VI.*—I. Pari: *Rotari cap. 194.*

L'ANTIQUITE CLASSIQUE
TOME XX. 1° FASC.
1951

G. Lopuszanski: *La Police romaine et les Chrétiens.*—L. Herrmann: *Anthologie Palatine, VII, 233 et 234.*—A. Carnoy: *La Divinisation des rivières et la toponymie celtique.*—P. Lambrechts: *Divinités équestres cel=tiques ou défunts héroïsés?*—J. Colin: *Graffites nouveaux de Pompéi. A propos de la publication d'un supplément des inscriptions pariétales: C. I. L. IV, Suppl. III.*

WORD
VOL. 6. N.° 3
December 1950

J. Kurylowicz: *Réflexions sur l'apophonie qualitative en Indo=Euro=péen.*

VOL. 7. N.° 1
April 1951

E. A. Nida: *A System for the Description of Semantic Elements.*—E. Pulgram: *Phoneme and Grapheme: A Parallel.*

ZEPHYRUS
I
1950

A. Tovar: *Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra Península.*

II
Enero=Abril 1951

M. Palomar Lapesa: *De Epigrafía española romano=cristiana y visi=goda I.*

II
Mayo=Agosto 1951

M. Sánchez Ruipérez: *La «Dea Artio» celta y la «Artemis» griega.*

II
Septiembre=Diciembre 1951

P. Bosch Gimpera: *Celtas e Ilirios.*

ORIENTE
Año I. N.° 2
Abril=Junio 1951

C. Lascaris Comneno: *La Paideia cristiana.*

GNOMON
23. Band, Heft 1/2
1951

H. Langerbeck: *1. Bultmann, Theologie des Neuen Testaments. 2. Ders., Das Urchristentum im Rahmen der antiken Religionen.*—W. Kraus: *Reinhardt, Aischylos als Regisseur und Theologie.*—R. Camerer: *Euripi=des Iphigenie bearb. von Strohm; Euripides Iphigenie übertr. u. erl. von Buschor.*—H. J. Mette: *Pohlenz, Die Stoa.*—A. Klotz: *César Guerre d'Afrique ed. Bouvet.*—R. Gungerich: *Tacitus ed. Koestermann; Taci=tus ed. Lenchantin de Gubernatis* †.—A. D. Nock: *1. Walzer, Galen on Jews and Christians. 2. Den Boer, Scriptorum paganorum I=IV saec. de Christianis testimonia.*—F. R. Walton: *Kirfel, Die dreiköpfige Gottheit.* H. Kock: *Kahler, Wandlungen der antiken Form.*—A. v. Gerkan: *Lu=gli et Gismondi, Forma Urbis Romae imperatorum aetate.*—Y. Béqui=gnon: *Philippson, Die griech. Landschaften I 1.*—H. Schaefer: *Taeger, Alkibiades.*—H. Strasburger: *Instinsky, Alexander der Grosse am Hel=lespont.*—F. Altheim: *The Cambridge Ancient History XII.*

23. Band. Heft 3/4
1951

E. R. Curtius: *Highet, The classical tradition.*—L. Dehio: *L. Curtius, Deutsche und antike Welt.*—R. Hampe: *Brommer, Satyrspiele.*—R. Camerer: *Euripide's Alkestis ed. van Lennep.*—A. Lesky: *Sneller, De Rheso Tragoedia.*—H. Strohm: *Ryffel,* ΜΕΤΑΒΟΛΗ ΠΟΛΙΤΕΙΩΝ.—U. Fleischer: *Aristotle's prior and posterior Analytics ed. Ross.*—F. Stoessl: *Weinreich, Epigramm und Pantomimus.*—E. Risch: *Redard, Les noms grecs en -της, -τις.*—M. Pallottino: *Stoltenberg, Etruskische Sprachlehre.*—F. Bömer: *Axelson, Unpoetische Wörter.*—H. Drexler: *Harsh, Iambic words and regard for accent in Plautus.*—R. Hanslik: *1. Alfonsi, Tibullo e gli autori del 'Corpus Tibullianum'. 2. Pepe, Tibullo Minore.*—V. Milojčić: *Pittioni, Die urgeschichtlichen Grundlagen der europäischen Kultur.*—A. Heuss: *Stier, Grundlagen und Sinn der griechischen Geschichte.*—F. Altheim: *Cameron, Persepolis treasury tablets.*—W. Schwabacher: *May, Ainos.*—U. Kahrstedt: *Launey, Recherches sur les armées hellénist. I.*—B. Saria: *Vetters, Dacia Ripensis. Egger, Der Grabstein von Čekančevo.*

23. Band, Heft 5
1951

G. Pasquali: *Dair, Les manuscrits.*—P. Maas: *Schubart, Griechische literarische Papyri.*—R. Merkelbach: *Giabbani, Testi letterari Greci di provenienza Egiziana.*—W. Jaeger: *Wilpert, Zwei aristotelische Frühschriften über die Ideenlehre.*—K. Latte: *Theocritus ed. Gow.*—K. Büchner: *Naevius poeta ed. Marmorale (2. Auflage).*—U. Kahrstedt: *Magie, Roman Rule in Asia Minor.*—H. Möbius: *Stavropoullos,* Ἡ ἀσπὶς τῆς Ἀθηνᾶς Παρθένου τοῦ Φειδίου.—A. M. Schneider: *Janin, Constantinople Byzantine.*

23. Band, Heft 6
1951

O. Becker: *Van der Waerden, Ontwakende Wetenschap.*—P. Mazon: *Aeschylus, Agamemnon ed. Ed. Fraenkel.*—R. Camerer: *Diller, Göttl. und menschl. bei Sophokles.*—W. Süss: *Marmorale, La questione Petroniana.*—H. Volkmann: *1. Grant, Aspects of the principate of Tiberius.*—*2. Ders., Roman anniversary issues.*—S. J. de Laet: *Pflaum, Les procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain.*—M. Kaser: *Westrup, Introduction to early Roman Law.*

23. Band, Heft 7
1951

A. W. Byvanck: *Vermächtnis der antiken Kunst, hrsg. von Herbig.*—H. Seyffert: *Irmscher, Götterzorn bei Homer.*—H. J. Mette und E. Fraenkel: *Leumann, Homerische Wörter.*—R. Merkelbach: *Labarbe, L'Homère de Platon.*—R. Schröter: *Jachmann, Vom frühalexandrinischen Homertext.*—F. Tietze: *Ernout, Les adjectifs latins en -osus et en -ulentus.*—G. Klaffenbach: *Robert, Hellenica. VIII. IX.*—C. Schneider: *Kötting, Peregrinatio religiosa.*

23. Band, Heft 8
1951

U. Hölscher: *Georgiades, Der griechische Rhythmus.*—R. P. Winnington-Ingram: *Solmsen, Hesiod und Aeschylus.*—A. Lesky: *Hiltbrunner, Wiederholungs- und Motivtechnik bei Aischylos.*—R. Till: *Vergili Catalepton ed. Westendorp Boerma.*—F. Altheim: *Walser, Rom, das Reich und die fremden Volker.*—L. Wickert: *Meyer, Römischer Staat und Staatsgedanke.*—E. Birley: *Stein, Die Präfekten von Ägypten in römischer Zeit.*

ANZEIGER FUR DIE ALTERTUMSWISSENSCHAFT

IV. Band, 4. Heft
Oktober 1951

A. Lesky: *Homer II.*

BEITRAGE FUR NAMENFORSCHUNG

Zweiter Jahrgang, Heft 3
1950/51

H. Krahe: *Alteuropäische Flussnamen (Fortsetzung).*—H. Rix: *Picentes-Picenum.*—J. Pokorny: *Zu keltischen Namen (Fortsetzung).*—E. Schwarz: *Beiträge zur Ortsnamenkunde im Regensburg.*—E. Dickenmann: *Die Flurnamen der Gemeinde Pfyn (Fortsetzung).*—F. Liewehr: *Bemerkungen zur Literatur der bekannteren Topika Osteuropas.*—M. Szadrowsky: *Gemeinschaft in der Landschaft.*—H. Moser: *Ortsübernamen.*

CUADERNOS DE HISTORIA DE ESPAÑA
XV
1951

R. Gibert: *El contrato de servicios en el derecho medieval español.*

SOBRE EL NUEVO TEXTO DE ESTRABON

Nota introductoria.—Quienquiera que vuelva la mente a la excepcional importancia de la Geografía de Estrabón y a la utilidad continua que desde tiempos muy remotos han venido obteniendo de ella, no sólo cultivadores de la Geografía histórica, sino también y especialmente estudiosos de las más variadas ramas de la ciencia del mundo antiguo (filólogos, historiadores, arqueólogos, lingüistas, etc.), quedará sin duda asombrado al detenerse a comprobar cómo no existe todavía hoy una verdadera edición crítica de una obra tan importante.

Pero hay más. No sólo han sido descuidados totalmente, o en gran parte, los códices de la tradición medieval y humanista, cuyo stemma se puede decir permanece aún en el campo de las hipótesis, sino que es también muy poco lo que se ha hecho con respecto a un singular y precioso tesoro, el palimpsesto vaticano criptoferratense, que remonta al siglo V, y marca una etapa decisiva para la «emendatio» del texto de Estrabón.

La antigüedad del documento es ya motivo suficiente para acreditar sus lecciones frente a las de los otros códices, todos posteriores en varios siglos. A esta ventaja *a priori* se añade una circunstancia muy feliz: entre las páginas borradas dos veces y dos veces vueltas a escribir (iguales en extensión a 1/7 aproximadamente de toda la obra), encontramos reproducida gran parte de los libros VIII y IX, cruz y delicia de los editores estrabonianos. Estos libros, por efecto del desgaste marginal producido hacia el final del Parisino griego 1397, fueron llenándose de numerosísimas lagunas, breves, pero frecuentes y molestas; con la ayuda preciosa del ms. Vaticano, tal inconveniente puede ser en gran parte eliminado.

Descubridor del palimpsesto fué Angelo Mai, que lo compró en una almoneda el 16 de marzo de 1844: su estudio fué emprendido una treintena de años más tarde por el Padre basilio Giuseppe Cozza-Luzi, que se limitó a la lectura exclusiva de los pergaminos tratados con ácidos: los tres de Grottaferrata y aquel «dossier» de folios vati-

canos que hoy lleva la signatura 2306. Después de un primer ensayo sumario, que le atrajo las iras de Cobet, Cozza-Luzi publicó por cuadernos siete monografías, suficientes para formar un considerable volumen: la masa excesiva, las inútiles divagaciones y otras deficiencias de método alejaron de una vez para siempre de su trabajo la estima de los filólogos. Hubo un codicilo insignificante de V. Strazzulla y después cerca de treinta años de silencio. Posteriormente se reanudó el trabajo, esta vez con medios ópticos y fotoeléctricos adecuados, por el conocido helenista Wolfgang Aly. Algunas observaciones suyas de carácter general y un primer «specimen» de nuevas lecciones, aparecieron pronto en las Actas de la Academia de Heidelberg; ulteriores investigaciones permiten profundizar algunos problemas de crítica del texto estraboniano y explanar aquí y allá el arduo y largo camino al futuro editor de la Geografía.

FRANCESCO SBORDONE.

(De la revista *La Parola del Passato*, XV, 1950, pág. 228 ss.).

† WILHELM SCHMID

El 6 de noviembre de 1951 ha fallecido en Tübingen (Alemania) a los noventa y tres años de edad el profesor jubilado de su Universidad Dr. Wilhelm Schmid, cuyo nombre permanecerá ligado en la historia de la Filología Clásica a la gloria de la mayor empresa realizada hasta ahora—y tal vez en el futuro—en el campo de la Historia de la Literatura griega.

En 1887 salía a la luz pública el primero de los cinco tomos que componen la obra que puso los cimientos del sólido prestigio de Schmid: *Der Atticismus in seinen Hauptvertreter von Dionysius von Halicarnass bis auf den zweiten Philostratus* (1887-1897), estudio, clásico desde su misma aparición, sobre el movimiento aticista, cuya consulta será siempre imprescindible para los historiadores de la literatura y para quienes se dedican a estilística o lexicografía. Su actividad infatigable no conoció nunca descanso. Además de numerosas colaboraciones en revistas, Schmid es autor de importantes monografías como *Zur Geschichte des attischen Dithyrambus* (1901) y *Untersuchungen zum gefesselten Prometheus* (1931), en la cual se encuentra la más razonada y minuciosa crítica de la atribución del *Prometeo* a Esquilo, negada finalmente por Schmid.

Pero sobre todo Schmid es conocido en el mundo de los filólogos clásicos como autor de la Historia de la Literatura griega en el *Handbuch* de Iwan Müller-Walter Otto. En 1908 se publicaba revisada por Schmid la 5.ª edición de la benemérita Literatura de Christ. La 6.ª, igualmente revisada por Schmid y con la parte de literatura judía y cristiana totalmente rehecha por Otto Stählin, aparecía en tres volúmenes entre 1912 y 1924.

Los cinco tomos de su *Geschichte der griech. Literatur* aparecidos de 1929 a 1948 constituyen una obra realmente nueva, que, tanto por su plan general como por el objetivo que se propone, es totalmente diferente de las anteriores revisiones de la Literatura de Christ. Schmid ha puesto en manos de los filólogos la más completa obra de estudio y de consulta que se podía apetecer, con todo el material de fuentes y bibliografía recogido en extensas y apretadas notas. La enorme extensión con que es tratada en ella la historia de la literatura griega (baste decir que los cinco tomos publicados, a pesar de tener unas seis veces la amplitud del primer tomo de Christ., no abarcan aún la parte prehelenística tratada en éste) no es resultado de una inerte acumulación de material ni tampoco de puro diletantismo. Antes

bien, Schmid supo estructurar, no ahogarse en el mar de las fuentes y de la bibliografía, hacer la lectura agradable. Si en algunos puntos importantes, como la cuestión homérica y el problema del origen de la tragedia, se le puede reprochar falta de crítica, también es cierto que Schmid, perfecto conocedor de los métodos y de la técnica de la historia de la literatura (aunque intencionadamente evitó consideraciones metodológicas explícitas), superando el positivismo y el idealismo y la falsa oposición de ambos, ha creado verdadera ciencia literaria. Tiene su obra características tan esenciales como buscar siempre paralelos modernos vivos a los fenómenos literarios antiguos que estudia, atender por igual a la temática, a la forma y al contenido de la obra y al desarrollo orgánico de ella y de la personalidad del autor, todo lo cual sabe enmarcar maravillosamente dentro del cuadro evolutivo general de la cultura griega y de la historia política, social y económica.

Emociona ver en el prólogo a su último tomo (1948) cómo el anciano nonagenario, con la vista atropellada, pero en perfecto uso de sus facultades mentales, da cima a su programa de trabajo, contempla la ingente labor realizada y designa al Prof. Hans Herter, de la Universidad de Bonn, como el continuador de su Historia de la Literatura.

Conmovedoras son las líneas, que por su interés transcribimos, de una carta que Schmid dirigió el 10 de diciembre de 1950 al catedrático de la Universidad de Salamanca Sr. Tovar. El sobre es autógrafo, escrito con letra muy insegura. En la cabecera de la carta advierte: *Epistulam dictavi mulieri quam post mortem uxoris rei domesticae meae praefeci.* El párrafo a que nos referimos es el siguiente: *Me quem per tot annos foverunt Musae nuper nonagenarium deseruerunt et vexandum reliquerunt senectuti dolosae et somno, qui me fratri suo traditurus est, deficit me oculorum et mentis acies, genuum viriditas, memoriae firmitas neque invitus excedam ex hac aerumnosa aetate divina medicina egente post vitam enormem rerum et secundarum et adversarum, ut par est, plenam. meliora experiantur superstites ad sobrietatem et pietatem reversi.*

M. S. RUIPÉREZ.

† RVDO. P. ALEJO REVILLA

Una dolorosa pérdida para nuestros estudios representa la muerte del P. Alejo Revilla, ocurrida en Salamanca el 18 de noviembre de 1951. Nacido el 17 de febrero de 1892 en Buenavista (Palencia), tomó el hábito agustino en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial el 7 de diciembre de 1906 y profesó el 18 de febrero de 1908. Terminados sus estudios de Filosofía, estudió Teología en la Universidad Grego-

riana de Roma, donde se licenció. Profesor de Teología en su Orden y de Derecho Canónico en el colegio de Estudios Superiores de María Cristina del Escorial, fué nombrado Maestro General. En el año 1936, muy poco antes de la guerra civil, aparecía el volumen primero de su *Catálogo de los manuscritos griegos del Escorial*, que había sido premiado por la Biblioteca Nacional. Los materiales para el volumen segundo, casi terminados y dispuestos para la imprenta, fueron destruídos por las milicias rojas en el mismo año 1936. El P. Revilla, después de haber sufrido prisión, al acabar la guerra se reintegró a su trabajo en el Monasterio del Escorial, en el que fué regente de estudios y Prior. Desempeñaba también una cátedra en la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca.

Su muerte prematura viene a privarnos de la terminación de su gran obra, el *Catálogo de los manuscritos griegos del Escorial*. Aunque el saqueo de los materiales del segundo volumen se había extendido también al aparato bibliográfico de que disponía en su celda, el Padre Revilla, animosamente, había recomenzado su labor y aprovechando algún viaje a Roma, trabajaba incesantemente en la realización de una empresa que interesaba a todo el mundo filológico. Desgraciadamente la muerte ha venido a interrumpir demasiado pronto su labor y será difícil que halle por de pronto continuador el que sin disputa era el primero de nuestros helenistas paleógrafos. Los tesoros del Escorial habían hallado en él un explorador incomparable, y quizá quedarán por ahora sin terminar de ser catalogados.

En esta triste ocasión, séanos dado recordar cómo la aparición del primer tomo del *Catálogo* era saludado por las revistas críticas más prestigiosas. A. Dain decía en la *Revue des Etudes Grecques*, 1936, página 294: «Ce volume de toute première qualité...» En la *Revue des Etudes Anciennes*, 1937, pág. 149, decía Vieillefond: «Ce catalogue est un des plus beaux exemples de cette admirable renaissance scientifique par laquelle, ces dernières années, l'Espagne avait voulu racheter le lourd retard dont elle souffrait...», y habla de «soin admirable» en el trabajo del P. Revilla.

Estos testimonios nos hablan de la resonancia internacional que había logrado su obra y explican cómo la mano cuidadosa del P. Revilla será echada de menos por los volúmenes griegos del Escorial.

Descanse en paz el buen P. Alejo Revilla, sabio con alma cándida, que deja en sus amigos un recuerdo lleno de profundo afecto.

A. T.

Summary of articles

A. D'ORS, *P. Mich. 456 r.*

Some improvements on the reading of the papyrus and a hypothetical reconstruction of its lines, of which only the central part is kept, are presented.

It seems to be a legal book, perhaps a book of *quaestiones*, the case dealt with being perhaps that of a *dominus negotii* who, after the favourable sentence got during his absence by a *procurator*, in an eviction case, wishes to one with the *actio iudicati*.

The interest of the document lies mainly in the fact that it seems to be the oldest fragment of a legal book kept nowadays.

A. PARIENTE, *Ferentarius and Parens.*

After discussing the usual opinion concerning these words, the author points out that *ferentarius* and *parens* can be explained as the results of some original forms **ferientarius* < *feriens* (present participle of *ferio)* and **partens/-ntis* < **partans/-ntis* (present participle of **partare)*.

The disappearance of the *i* in **ferientarius* and of the *t* in **partentes* > *parentes* must have been phenomena of dissimilation, similar to those we find, on one hand *a)* in *merīdies* < *merīdie* < **mediei-die, sententia* < **sentientia, corarius* < **coriarius*, etc.; and on the other hand *b)* in *marītus* < **martītus, teres/-etis* < **tertes/-etis* < *tertus* = *tersus, trames/-itis* < **trantes/-etis* < *trans, satelles/-tis* < **statelles/-etis* < **statelli* < *stati* (sc. *milites)* (milites) = soldier in guard duty (with the semantic evolution we find in *statio* = guard room).

DÍAZ Y DÍAZ, *Latinitas; about the evolution of its meaning.*

Among the different names given to the Latin language, which are briefly studied by the author here, the formula *Latinitas* very

frequently appears, above all after the III century. Originally, it was used to name the very pure Latin and it only appeared in the *Rhet. Her.* Based on new data, the author denies that it was Varron who gave a definition of *Latinitas* which in fact, was worked out in the II century A. D. Cicero used the expression *urbanitas* to name the purity of the language. Diomedes introduced the use of the word we are studying, which was soon widely spread, stretching its meaning more and more so that it soon became the equivalent of *The Latin language, Latin-speaking people, Latin literature* and even in a more general way of *Romania*, a meaning which outlived in the Middle Ages. Imitating *Latinitas*, Hilary of Poitiers created the word *Graecitas* meaning *Lingua Graeca*. The expression *tota latinitas* meaning the gathering of Latin writers and works, appeared in the Carolingian period for the first time.

H. DREXLER, *Zur Frage der Schuld des Tiberius Gracchus.*

El problema sobre que versa este trabajo viene planteado por el hecho de que el asesinato de los Gracos, ya entre los contemporáneos, pareció *aliis pessimum, aliis pulcherrimum facinus*. ¿Cómo ha de superarse esta divergencia de juicio que ha perdurado hasta hoy? Sólo poniendo en claro las escalas valorativas, las categorías de juicio que subyacen en el fondo. La primera categoría es la del derecho formal, la de la legitimidad. La función formal del derecho es simplemente la del orden; su contenido debe a su vez justificarse por deducción exterior de una idea, en el caso del Estado, de la idea de la *salus publica*. El programa de reforma de los Gracos está sin duda justificado por esta idea. Pero, sin duda también, los *possessores* del *ager publicus* percibían justos intereses, que Tiberio Graco no se había cuidado de tomar en consideración. Hecho ampliamente rico en secuelas era el de no haber considerado las consecuencias de la reforma, desde las referentes a la cuestión de los confederados hasta las atañentes a la organización estatal en su conjunto. Porque la necesidad de reformas en el Estado llegaba tan lejos que sólo una revolución habría podido proveer remedio, con lo que se plantea y, bajo ciertas presunciones, se contesta positivamente a la cuestión de la justificación de una revolución.

¿Qué significación tiene el criterio del fracaso para el juicio sobre Tiberio Graco? (pág. 76 ss.). Verosímilmente era inevitable la destitución de Octavio, por la cual Tiberio Graco se colocaba fuera del derecho formal. En la ingenua sencillez, empero, y limitación de su programa se patentiza una falta de comprensión viva de la realidad histórica. Aún menos captado y discernido está el problema de la organización de sus seguidores. Pues en el obrar político no somos libres,

sino que dependemos de la situación total, del partido de oposición del adversario y de aquel en cuyas filas nos situamos. Por esto, aún delimitado exacta y jurídicamente el problema de la responsabilidad y culpa, se contorna más allá la fundamental cuestión en punto a la posibilidad de la acción humana, con relación, de una parte, a la aludida falta de libertad, de otra, a la inmensidad del espacio, en que ponemos pie con nuestro obrar. Se hace inevitable el fracaso de un ἄριστον βούλευμα para el cual, después, precisamente esto mismo es una justificación plenamente suficiente.

H. DREXLER, *Zur Frage der Schuld des Tiberius Gracchus.*

The subject of this article is a problem stated by the fact that the murder of the Gracchi was already judged *aliis pessimum, aliis pulcherrimum facinus*, by their contemporaries. How can we overcome these two opposite opinions which have lasted up to now? Only by explaining the scale of values, the range of judgement which lie in the bottom. The first cathegory is that of formal law, that of legality. The formal function of law is simply to keep order; its contents must be on their turn justified by inferring an idea which in the case of the State is the idea of *salus publica*. The programme of reform which the Gracchi made, was undoubtedly justified by this idea. But on the other hand, the *possessores* of the *ager publicus* perceived fair interests a fact which Tiberius Gracchus had not taken the trouble to take into account. Not to have taken into consideration the consequences of the reform, from those which concerned the problem of the confederates to those belonging to the organization of the State as a whole, was a fact, the results of which would be noteworthy. Being a reform so necessary in the State that only a revolution could have provided a remedy, it is stated and answered affirmatively, by making certain conjectures, the question whether a revolution was justified.

What is the reason why we consider Tiberius Gracchus to have failed? (p. 76 s. s.). Obviously, Octavius' dismissal was inevitable, but this placed Tiberius Gracchus outside formal law. However, the great simplicity and limitation of his programme makes evident that he lacked acute comprehension of the historical reality. The problem of the organization of his followers is even less clearly discerned. In politics, we do not act freely, we depend on the situation as a whole, on the opposition, and on the party whose ranks we have joined. For this reason, though the problem of the responsability and guilt may be exactly and juridically outlined, the fundamental problem of human liberty of action, related on one hand to the above mentioned lack of liberty, on the other to the immensity of space-which we en-

ter on accomplishing an action, is sketched. The failure of a ἄριστον βούλευμα for which this is afterwards a fully satisfactory justification, becomes unavoidable.

O. MASSON, *Notes sur quelques manuscrits de Jean Tzetzès.*

Les manuscrits qui nous ont conservé les nombreux ouvrages du philologue byzantin Jean Tzetzès (XIIe siècle) sont pour la plupart mal connus. Un progrès considérable a été apporté par l'article *Tzetzes* de la *Real-Encyclopädie*, dû au regretté C. Wendel et paru en 1948. Intéressé par les citations d'auteurs anciens qui sont semées dans les oeuvres de Tzetzès, j'ai été amené progressivement à examiner un bon nombre de manuscrits de cet auteur ou à rechercher des renseignements plus précis sur eux, en prenant comme point de départ le travail de C. Wendel. Au cours de cette recherche, je me suis aperçu qu'un manuscrit important de (1) l'*Exegesis ad Iliadem*, jusqu'ici méconnu, contenait un texte beaucoup plus étendu que celui qui fut publié au XIXe siècle. Des renseignements d'ordre divers sont ensuite fournis sur la tradition manuscrite d'autres oeuvres de Tzetzès. Sont étudiés successivement les manuscrits de: (2) *Commentaire* ou *Scholies* sur l'*Alexandra* de Lycophron; (3) *Carmina Iliaca*, composés de trois parties, les *Antehomerica*, les *Homerica*, les *Posthomerica;* (4) Traité *De Metris;* (5) *Histoires* ou *Chiliades*. Accessoirement, des informations supplémentaires sont données sur le *Commentaire* des *Opera et Dies* d'Hésiode, les *Allegoriae ad Iliadem* et les *Scholies* écrites par Tzetzès sur quelques pièces d'Aristophane.

F. R. ADRADOS, *About the «Arrephoria» or «Errephoria».*

The article is a new study of all the texts about the Athenian feast of the Arrephoria or Errephoria, the results of which coincide with a new etymology proposed for ἀῤῥηφόρος or ἐῤῥηφόρος (Athenian girls who on the occasion of that feast placed baskets full of mysterious objects in an underground place). This word proceeds no doubt from an old form *ἀῤῥενοφόρος or *ἐῤῥενοφόρος «uirilia ferens» as in archaic Attic as well as in Ionian and in other dialects, both ἄῤῥην and ἔῤῥην must have existed. In fact, the text of Sch. Luc. *Dial. Mar.* II, 1, in which it is said that the contents of the above mentioned baskets was μιμήματα ἀνδρείων σχημάτων, is confirmed to belong to our feast (against what some people believe) *a)* because the μιμήματα are identified with the ἀνάστατοι or ritual little loaves which were made for the Arrephoroi; and *b)* because the author also succeeds in showing that it depends from the text of Istrus from which

we get our knowledge about the Arrephoria. The analysis of our information makes even more clear the knowledge of the feast: it was an old fecundity ceremony forming part of the worship of Aphrodita of the Gardens and which was not included in Athena's worship till later on; it was celebrated on the Panathenaea's Eve. Finally several interpretations and etymologies of this feast are criticised.

P. CHANTRAINE, *A propos d'un nom grec de la force:* ἰσχύς.

Pour la mentalité des Grecs de l'époque homérique, le mot participait de la chose signifiée et était une force. Ceci est naturellement surtout visible pour les noms de la *force* qui sont nombreux et mériteraient d'être examinés de près. Il faut notamment mettre à part ἰσχύς qui désigne la robustesse, la force du corps et qui semble apparenté à ἰξύς et ἰσχίον, noms des hanches et des reins. Il s'agit d'un vieux mot probablement populaire, ce que confirme la variation phonétique entre ἰσχύς et ἰξύς.

A. PARIENTE, *Notes on Plautus Stich. 165.*

The author supports the idea that the reading of the passage transmitted by the and accepted by some authors (that is to say, *uteri dolores mi* (or *mihi) oboriuntur cotidie)* would meet with insolvable metrical difficulties. Therefore he suggests reading it with a small transposition: *dolores mi uteri oboriuntur cotidie.*

As for the rest the author thinks that, though both branches of tradition have preserved it, and, though in its essence it fits in with Plautus' metrical technique, the passage has certain points which prevent it from being considered as genuinely Plautine. For this reason he supposes that both that line and the following one, must be an interpolation, undoudtedly a very old one (perhaps even of Plautus' time or of the period immediately after) but in any case foreign to the original text.

A. GARCÍA CALVO, *Quom and the primitive anastrophe.*

Quom (and in the same way *tum* (§ 10) with *dōnec* and *dōnicum, quam-tam, quandō, quande)* must be explained as the result of the contraction of an instrumental in *-ō* (*-ā* for *quando*, etc.) with the particle *en* (or *endō*, **ende)* used in anastrophe, a use which is well proved in the Italic languages and which can also be compared and opposed with the situation in other Indo-european not Western langua-

ges, which use besides the preposition a particle, though not identical to it, as a postposition (§§ 8-9, 16). The archaic Latin offers sufficient data to face the morphological and phonetical difficulties (§§ 3-7). The reason for using the preposition in anastrophe and for using it so frequently with the interrogative-relative pronoun is explained (§§ 17-18) as a fact due to the initial (not stressed!) accentuation (which is even kept in prepositional groups or their like: *in manu)*, which the author supports as a feature of primitive Latin.

L. MONTEAGUDO, *Map of Roman Corunna.*—I. *The interior.*

In this work, the last results that we have reached trying to localize the towns and geographical accidents in Corunna, quoted in classical sources, are pointed out. We have used all the literary sources, especially Ptolemy and we have interpreted them making use of Mathematics, Geography and Philology mainly, but also of Astronomy, Geology, Archeology and Phsychology besides our own autopsies. However there are still many problems which remain in the dark.

Working out the degree in the Galicia of Ptolemy.—We obtained it by making two of Ptolemy's points previously coincide with reality: 1) The mouth of the *Limius* river which naturally coincides with that of the Limia. 2) The mouth of the *Nabialbionis* which we have recognized as that of the present Navia. After finding the differences between the two longitudes, on one hand, and their latitudes, on the other we have squared the map according to these differences, and we have automatically obtained the value of Ptolemy's degree in Galicia, whose latitude is 84 km. and its longitude 30 km. corresponding to the real degree 111 and 71 km. respectively.

Reasons for Ptolemy's errors.—They are numerous and varied: from the point of view of Astronomy, of itineraries, of the way in which they are explained etc.

1) *Lack of accuracy.*—Due to the fact that he cannot determine over 5′; therefore the maximum he can reach is 2′ 3″ (= 4 km. latit. and 1,3 km. long.).

2) *Erroneous observation of Astronomy and of itineraries.*—His astronomical errors are due to his lack of adequate equipment, his itineraries are mistaken due 1) to the difficulty of turning the duration of the itinerary into distances, 2) to the impossibility of fixing the direction followed accurately, on account of which a twisted route was frequently considered to be straight.

3) *Error of an extra degree of latitude.*—For *Argentiola, Brigaecium* and probably *Bracara.*

4) *Error of 5° and 6° in Ptolemy's coast meridians.*—They are due to the fact that Ptolemy tends to orientate the meridians of the

Galician coast from S. to N. instead of 12° SSE-NNW. This can be explained mainly by the fact that the Western coast of Portugal runs from the South to the North for a fairly long distance, and on reaching the cape of Silleiro *(Orvium prom.?)* the sailors did not realize that the coast turned to the NNW.

5) *Internal angular error.*—It consists in erring in about 30° the orientation of certain points of the interior of Galicia which are between the Cape of St. Adrian and Viana do Bolo. We imagine that the first direction was mistaken and that the successive triangulations were referred to it.

6) *Error of the 3rd. semicorrection.*—Probably because the longitude which does not need to be corrected was taken in terrestrial itineraries while the latitude, corrected by turning it 12°, as it is done in all the Galician coast, was taken from the sea.

7) *Error of latitude.*—Due to having used the duration of the day (which varies according to the seasons), to the refraction of the star light on going through the atmosphere, and to the 11° digression of the Polar star.

8) *Error of orientation.*—The orientation was appraised by dead reckoning and the error sometimes turns the longitude into latitude and vice verso. The nautical chartographer had to reduce into figures some data as fallible as the difference of visibility of the coast irregularities. It was the most frequent error.

9) *Error of longitude.*—It even originated the repetition of isles along the parallel.

10) *Error of the 4th correction.*—Perhaps because the erroneous placing of the important town of *Iria Flavia* was taken as a basis.

Corrections.—We think that in order to interpret Ptolemy's placings, there is no other solution but to set aside stiff interpretations and to submit Ptolemy's data to general corrections which may affect the greatest possible number of wrong placings. We propose the following corrections:

1st) To turn the Western coast 12° towards the West, taking the mouth of the river Limia as a centre.

2nd) To turn Ptolemy's map 30° towards the NE. taking the point in which Ptolemy places (rectified according to the 3rd correction) the promontory of the Aras de Sestio (9 km. NE. Cape of St. Adrián) as a centre.

3rd) (semicorrection) On the non-corrected longitude, the latitude, rectified according to the 1st correction, should be applied, that is to say, on the 45° 30′ parallel resulting from having turned the 5° and 6° meridians 12° negatively taking the mouth of the river Limia as a centre.

4th) To displace seven of Ptolemy's interior towns in the S. of

Corunna, N. of Pontevedra and *Turriga* (Dorra, SW. Lugo) about 18-28 km. to the NW.

Phonetic variability of the words.—Appart from the copists' mistakes this variability is due: 1) To the habit of pronouncing the vowels and some groups of consonants in a very obscure way. 2) To the lack of an alphabet. 3) To the psychic phenomenon of popular etymology. 4) Perhaps to a remote reflection of the fluctuations of some vowels and consonants of Mediterranean origin.

Finding the position of geographical places.—It is frequently very difficult because the sources are incomplete and contradictory. Only by attacking all these complexities as a whole, can the difficulties be overcome. This explains our using the adjectives *possible* and *probable* and their adverbs, so often and our putting at the beginning of each placing a number which expresses its degree of probability: 1, not very probable; 2, fairly probable; 3, very probable; 4, certain.

Clandio Nerium.—(3) Xanzón. With our first correction we get very close to the point. *Clandionem* normally turns into Xanzón (almost pronounced like Sansón) in the Galician spoken in Muxía.

Novium.—[3] Noya. Also applying to the first correction. The change *-u* > *a* has other parallels in Galicia.

Olina.—[1] By the river Sor. With a metathesis it could correspond to Luhía (Ortigueira).

Guruptiana.—[3] Mount Corzán (10 km. W. Negreira) where there exists a famous celtic «castro». We use the 4th correction and we correct the initial of *Turuptiana* which appears in Ptolemy's codices.

Glandomirum [3] Reyes? Vilariño? Baamonde? (Teo), with the 4th. correction. The study of this mannor in the IA., relating it with the following ones and with Archeology and Philology strengthens the position we have found for it.

Capororum. Iria Flavia.—[4] Iria, 700 m. N. of Padrón. With the 4th correction. The «Caporos» occupied the valley of the river Ulla and probably that of the Tambre from Noya or Iria as far as Lugo.

Baedyum. Flavia Lambris.—[3] Lambre, 5 km. NNW. Irixoa. The explanation of Ptolemy's error in this case is very complex and not very sure. The ending *-bre* in geographical names can have different origins, though in general (especially in those ending in *-obre)* it comes from the celt. *-briga* which means height, fortress. The root *-tam* seems preide. meaning *pebble* or rather *mire*. The suffix *-aro* is collective, preide.

Libros recibidos.

LORENZI, A. DE: *Precedenti Greci della Commedia Romana*. Napoli, 1950.

ERRANDONEA, I.: *Gramática Latina*. Barcelona, 1951.

MARTINAZZOLI, F.: *La «Successio» di Marco Aurelio*. Bari, 1951.

POP, S.: *La Dialectologie*. Aperçu historique et méthodes d'enquêtes linguistiques. Gembloux, 1950.

DELEBECQUE, E.: *Le cheval dans l'Iliade*. París, 1951.

VIAN, F.: *Repertoire des Gigantomachies*. París, 1951.

JOCHUMS, M. C.: *John Milton's an Apology*. Urbana, 1950.

THEANDER, C.: *Plutarch und die Geschichte*. Lund, 1951.

ARISTÓTELES: *El Arte de la Retórica*. Tomo I. Texto griego y traducción con notas y comentarios de E. Ignacio Granero. Mendoza, 1951.

SPRINGHETTI, A.: *Latinitas Perennis I*. Selecta latinitatis scripta auctorum recentium (Saec. XV-XX). Romae, 1951.

PARATORE, E.: *Una nuova ricostruzione del «De poetis» di Suetonio*. Torino, 1946.

CHION OF HERACLEA: *A novel in letters edited with introduction and commentary by Ingemar Düring*. Göteborg, 1951.

VECCHI, G.: *Studi Salvianei I*. Bologna, 1951.

HELMBOLD, W. C.: *The Structure of Juvenal I*. Berkeley, 1951.

ROBBINS, E. W.: *Dramatic characterization in printed commentaries on Terence 1473-1600*. Urbana, 1951.

KRETSCHMER, P.: *Objektive Konjugation im Indogermanischen*. Wien, 1947.

SCHENK, E.: *Ein unbekaunter Brief Leopold Mozarts*, Wien, 1947.

DELEBECQUE, E.: *Euripide et la guerre du Péloponnèse*. París, 1951.

SANMARTÍ BONCOMPTE, F.: *La partícula modal An-ke*. Barcelona, 1951.

SANMARTÍ BONCOMPTE, F.: *Introducción a la prosa ática*. Barcelona, 1951.

CICERO, MARCUS TULLIUS: *Brutus. On the Nature of the Gods. On Divination. On Duties*. Translated by Hubert M. Poteat with an introduction by Richard Mc. Keon. Chicago, 1950.

ALTHEIM, F.: *Römische Religionsgeschichte I. Band*. Baden-Baden, 1951.

ARIAS, I. A., TOVAR, A., RUIZ MORENO, A.: *La medicina en la obra de San Isidoro*. Buenos Aires, 1950.

OLDFATHER, W. A.: *Contributions to-ward a bibliography of Epictetus*. Urbana, 1952.

CLOCHÉ, P.: *Thèbes de Béotie des origines à la conquête romaine*. Namur [s. a.] 1952?

INDICE GENERAL DE MATERIAS Y DE NOMBRES

Ablativo de comparación, 181.
Acento inicial, 187 ss.
Afrodita de los Jardines, 121.
Anástrofe, 177 ss., 185 ss.
Arreforias, 117 ss.
Auctor ad Herennium: creador de la palabra *latinitas*, 38.
Carmina Iliaca, 111.
Cicero, M. Tullius, 85.
Cicerón: sus usos de *latinitas*, 40 ss.
clientela, 90 s.
Commentaire sur l'Alexandra, 107.
Contracción (en latín), 164.
crético y baquiaco, 165 n. 2.
fal. *cuando*, 160, 181.
cum, v. *quom*.
cum preposición, 169, 178 ss.
Dahlmann, 36, 43 ss.
denominaciones del latín, 35 ss.
Diomedes: su definición de *latinitas*, 41 ss.
dōnec, 160, 182 ss.
dōneque, *dōnique*, 182.
dōnicum, 160.
dum, 160 s., 182 s.
eātenus, 163.
elipsis (de un sustantivo), 158 ss.
en, 159 ss.
Ennio, 37.
Erreforias, 117 ss.
Esciroforias, 122 ss.
Exegesis ad Iliadem, 105 ss.
Exegesis ad «Opera et Dies», 104.
ferentarius, 15=34.
Gracchus, C. Sempronius, 63 s., 91 s. passim
Gracchus, Tib. Sempronius, 51 ss.
graecitas, 47.
hiato, 169 s., 178 ss.
gót. *hvan*, 158 s.
Hipponax (cité par J. Tzetzès), 106.
Historiae (Chiliades), 115.
inguem, 173.
Intensidad inicial, 188 s.
Interrogativos (acentuación), 189.
Istro, 125 s.
Kübler, B., 47.
Laelius, C., 70 ss. passim.
latinitas, 35 ss.
latinus, 38.
Lot, F., 36.
maritus, 20=30.
mercen(n)arius, 16.
Nasal final, 168 ss., 170 ss.
Nevio, 38.
nōmen, 172.
Norden, E., 37.
u. *numem*, *nome*, 173.
Numitorio, 39.
=*o*= en o.=u., 166.
Octavius, M., 57 ss. passim

=*om*, G. pl., 166 s.
o. *pan*, 159, 167, 174.
Panateneas, 121.
u. *pan(n)e*, 159, 171.
parens, 27=34.
o. *pon*, *pun*, 157, 166, 171.
u. *pon(n)e*, *pun(n)e*, 157, 166 s.
u. *prepa*, 159 s.
quam, 159 ss.
=*quam*, 174, 180 s.
quamobrem, 180, 189.
quandē, 159 ss.
quandō, 160 s.
quātenus, 163.
quī, 162.
quo, 161 s.
quōcirca, 163, 177.
quom, 157 ss.
quondam, 168.
quoniam, 165 ss.
quorsum, 163, 177.
quousque, 163, 177, 189.
Revolution, 63 s., 72 ss.
Romanitas, 48.
satelles, =*itis*, 30=33.
Scholies anciennes sur l'Alexandra, 107 ss.
Scholies d'Aristophanes, 116.
Scipio Aemilianus, P. Cornelius, 71 ss. passim.
Scipio Nasica, P. Cornelius, 58 ss. passim.
sermo, 44.
Sofer, J., 47.
Stern, E. von, 51 ss.
tam, 189 ss.
tamen, 181, 186.
tandem, 181.
teres, =*etis*, 29.
Tesmoforias, 122 ss.
tota latinitas, 49.
Traité «De Metris», 114.
trames, =*itis*, 29.
tribuni plebis, 59 s.
tum, 157 ss.
Tzetzès (Isaac), 104 ss.
Tzetzès (Jean), 104 ss.
urbanitas, 39, 41.
Varrón: supuesta definición de *latinitas*, 41 ss.
uenio, 168 s.
unde, 181.
voluntarius, 16.

INDICE DE PALABRAS GRIEGAS

ἀνάστατοι, 125.
ἀῤῥηφόρος: etimología, 128 ss.
ἄρσην, 129 s.
ἑλληνισμός, 43.
ἐῤῥηφόρος: etimología, 128 ss.
ἔρσην, 129 s.
ἵνα, 159, 186.
ἰξύς, 141.
ἰσχίον, 142.
ἰσχύς, 136 ss.
οὔπω, 162.
ῥώμη, 136.